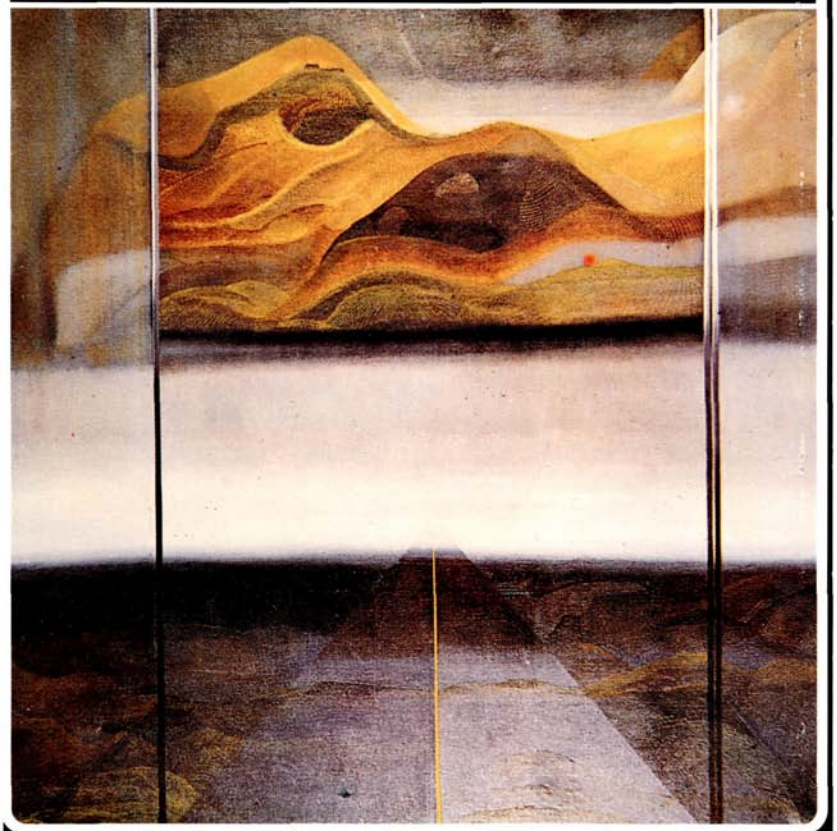
189

GABRIELA MISTRAL

POESIA Y PROSA

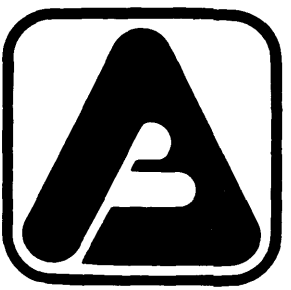


La BIBLIOTECA AYACUCHO
fue instituida por decreto ejecutivo
N° 407 (del 10 de septiembre de 1974)
dictado por el Presidente de la República
de Venezuela, señor CARLOS ANDRES PEREZ
para celebrar el Sesquicentenario
de la batalla de Ayacucho (Perú, 1824)
cuando las tropas patriotas, bajo la
conducción del Gran Mariscal venezolano
Antonio José de Sucre, sellaron la
independencia de la América del Sur.
El decreto expresaba que la celebración
de este hecho histórico debía formar
parte de un proceso general de la política
de los pueblos latinoamericanos para
reafirmar su independencia y su progreso
en la presente etapa de la vida del
Continente; añadiendo que entre los
propósitos conmemorativos no podían
quedar al margen las manifestaciones
que señalan el grado, madurez y
desarrollo de la cultura de los pueblos
latinoamericanos, como factores de la
unidad integral que debe regir las
relaciones entre ellos, vinculados
estrechamente por la historia y la
geografía.

Por eso, a través de esta colección se
busca poner en práctica un dispositivo
que se oriente a mantener la vigencia del
legado civilizador y colectivo de América
y que sirva a manera de aglutinación
dinámica de los intelectuales del
Continente, como estímulo para la
defensa, difusión y comunicación del
pensamiento y la formación de un área
común para la circulación de las ideas y
de los libros.

La BIBLIOTECA AYACUCHO,
en tal sentido, está destinada a recoger
las más importantes obras de la creación
y del pensamiento latinoamericano,
desde los orígenes hasta el presente,
cuidadas, prologadas y anotadas por
especialistas de reconocida competencia
en sus respectivos géneros.

La BIBLIOTECA AYACUCHO
es, en síntesis, un homenaje permanente
de Venezuela a la cultura de nuestra
América, a la vez que pretende
constituirse en el repositorio de su rica
tradición literaria, subrayando lo que
tiene de lección viva y presente para las
generaciones actuales y lo que en ella
convoca a una plena autonomía
intelectual y a una amplia unidad
continental.



FUNDACION
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J Velásquez
Pascual Venegas Filardo

DIRECTOR LITERARIO

José Ramón Medina

POESIA Y PROSA

GABRIELA MISTRAL

POESIA Y PROSA

Selección, prólogo, cronología y bibliografía
JAIME QUEZADA

BIBLIOTECA AYACUCHO

© de esta edicion
BIBLIOTECA AYACUCHO 1993
Apartado Postal 14413
Caracas Venezuela 1010
Derechos reservados
conforme a la ley
(mediante contrato
con Provincia Franciscana
de la Santisima Trinidad,
Santiago de Chile)
ISBN 980 276 228 8 (rustica)
ISBN 980 276 229 6 (empastada)

Diseño Juan Fresan
Fotocomposicion y Montaje
Ediguias, C A
Impreso en Chile
Printed in Chile

GABRIELA MISTRAL A TRAVES DE SU OBRA

Yo tengo una palabra en la garganta
y no la suelto, y no me libro de ella
aunque me empuja su empellón de sangre.
Si la soltase, quema el pasto vivo,
sangra al cordero, hace caer al pájaro.
Tengo que desprenderla de mi lengua.

G M "Una palabra" *(Lagar)*

I

DE *DESOLACION* EN DESOLACION

EN UN VALLE llamado de Elqui, tan pequeño que puede llegar a amarse como lo perfecto, nace Gabriela Mistral, de nombre entonces Lucila Godoy. Si la ciudad de Vicuña fue verdaderamente el lugar de su nacimiento, Montegrande será el de su infancia. Esa geografía natal, que tiene las cosas que los hombres pueden pedir a una tierra para vivir en ella: la luz, el agua, el vino, los frutos, será su patria y, para siempre, los años de su dulzura: "qué linda vida emocional tuvimos en medio de nuestras montañas salvajes, qué ojo bebedor de luces y de formas y qué oído recogedor de vientos y aguas sacamos de esas aldeas"[1]. El paisaje de sus niñeces, que tanto va a necesitar después cuando ande mucha tierra, le hará el alma recia y primitiva en medio de sus soledades y silencios. Sus gentes eran como ella, fuertes, rojas, sanguíneas, bien punzadas de sol. O andará averiguando por qué tenía en la oreja tantos sonidos sueltos de ese valle: chillido de pájaros, rezongo del río y mascullar del agua de riego.

Doña Petronila Alcayaga, su madre, "una viejecita con estatura de niño", le borda o le teje su vestido, mientras Lucila juega medio oculta en el huerto, en un convivio humano con la naturaleza y un trato viviente y casi fraterno con los árboles. Juega, también, de tarde en tarde, con otras muchachas a las albricias, aunque prefiere su emporio de maravillas que eran los juguetes de su gusto: huesos de fruta, piedras de forma sobrenatural, vidrios de colores, pájaros, culebras muertas. Antes de cumplir diez años, su padre (Jerónimo Godoy Villanueva), un

profesor que sabía su latín y su dibujo decorativo, que tocaba guitarra y componía versos, había abandonado el hogar en una errancia sin regreso. Esta circunstancia nunca fue, sin embargo, una marca visible de amargura para la Mistral. De él le vendrá más tarde ese vagar mundo y ese destierro voluntario permanente. De él heredará, además, sus afanes poéticos iniciales, toda vez que no eran jugos ajenos a su cuerpo, pues le venía por la sangre paterna. Pero ese, que contaba historias y fábulas, antes de marcharse plantó higueras, paltos y nogales en el huerto de la casa. "Esos árboles tienen exactamente mi edad", dirá después Gabriela Mistral en uno de sus pocos regresos a los lugares natales. Y no sólo su pasión poética, de su padre le vendrá también su origen diaguita del que ella tanto se vanagloriaba. En México, al salir al campo, se admirará de observar los rostros de los campesinos indígenas, "porque había en esos rostros un no sé qué de mi padre muerto. Entonces supe de golpe que rostros caxaqueños o rostros diaguitas eran la misma cosa. Desde ese día ya no me sentí huésped pegadizo de México, sino pariente"[2]. Pero, sin duda, va a ser su madre ("mi madre va conmigo, ni olvidada ni rendida") un recuerdo recreador permanente en su vida y en su obra.

Muy joven la futura autora de *Desolación* realiza labores de profesora interina en escuelas rurales. Enseña el alfabeto a niños y a muchachones que la sobrepasan de edad. Adolescente aún, escribe poemas y artículos en periódicos locales de la ciudad de La Serena, de Coquimbo, de Vicuña. Artículos que no ocultaban sus lecturas recientes (Montaigne, Flammarion) y que le traerían no pocos pesares: "parece que no tuve el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes"[3]. Así, Gabriela Mistral que se conocía una a una sus cien montañas, dejará de ser dichosa apenas sale de su valle: "nadie podrá devolverme jamás la alegría que me robaron", dirá después la poetisa reconstruyendo esa etapa de su vida.

Unos famosos Juegos Florales celebrados en Santiago, en diciembre de 1914, darán flor natural, medalla de oro y corona de laurel, y nombre definitivo a nuestra Gabriela Mistral. Con ese seudónimo firma sus célebres *Sonetos de la muerte.* La profesora de castellano del liceo de niñas de Los Andes tiene veinticinco años, y aunque no asiste personalmente a recibir su galardón, está de cuerpo y alma presenciando la ceremonia, más anónima que oculta, entre el público del teatro. Estos Sonetos, que tienen mucho de romanticismo y drama (el suicidio de Romelio Ureta), junto a otros poemas de atmósferas similares —*Balada, Tribulación, Nocturno, Interrogaciones*— formarán parte de una de las secciones de *Desolación,* con todo lo que tienen de historia y leyenda, de dolor e instan-

cias personales o pasionales el asunto de la muerte y el suicidio como tema y motivo de sus preocupaciones poéticas, y acaso por toda la vida, ella llevará esa imagen como un permanente vaho de fantasmas

Cinco o seis años permanece en Los Andes Trabaja, enseña, escribe para diferentes revistas del país *(Primorose, Luz y Sombra, Sucesos, Zig Zag, La Mañana)* Viaja de vez en cuando a Santiago, lo menos posible La capital no tiene lo que ella necesita cielo y árboles, mucho cielo y muchos árboles Lee a los modernistas (Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Amado Nervo) Andando el tiempo reconocerá que sus maestros en el arte y para regir la vida eran la Biblia, Dante, Tagore y los novelistas rusos Y siempre recordará la tirada de Salmos, 'que unas veces eran de angustia aullada y otras de gran júbilo', que le leía del Antiguo Testamento su abuela paterna También la fe, la tierra y la poesía serán sus grandes amores

Por iniciativa del hispanista Federico de Onís[4], el Instituto de las Españas, en los Estados Unidos, publica *Desolación* (Nueva York, 1922) la primera obra de esta excelsa mujer chilena" llamada Gabriela Mistral Desde entonces una imagen de aureola y glorificación rodeará para siempre a la poetisa No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez', pide en un saludo-prologal su amigo el novelista Pedro Prado[5] Y Hernán Díaz Arrieta —Alone—, el crítico de los críticos chilenos, celebrará la obra por su afán de intensidad y de vigor por sobre todas las cosas retuerce el lenguaje, lo aprieta, lo atormenta en un romper las tradiciones de la poesía castellana[6] La autora dedica su obra al político radical chileno y protector de su carrera de maestra, Pedro Aguirre Cerda — 'a quien debo la hora de paz en que vivo"—, mucho antes de que éste llegara a ser presidente de la República de Chile, el año 1938 Esa hora de paz que le permitió escribir, en los más diversos lugares geográficos del país —Los Andes, Traiguén, Punta Arenas, Temuco, Santiago—, una centena de textos que integran este libro desolado "En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme'[7]

De esta manera, *Desolación* se publica primero en país extranjero ("y en país extranjero me voy a morir', dice ella en verso premonitorio), Estados Unidos, y no en Chile, su patria natal Sin embargo, son lugares geográficos chilenos, en su gran parte, los que sirven de marco de referencia y de escritura a este libro Su título mismo proviene del nombre de uno de sus poemas —*Desolación*— en los *Paisajes de la Patagonia* de la sección "Naturaleza' Aquellas desolaciones que tanto la marcaron en su vida de maestra y educadora También en una estrofa del poema *El corro luminoso* aparecen estos versos *En la estepa in-*

mensa, / en la estepa yerta / de desolación. Por otra parte, en una de las prosas de *Los motivos del barro,* Gabriela Mistral habla desgarradoramente de las ánforas de la Desolación (y escribe la palabra Desolación con mayúscula), remarcando los abandonos y las miserias humanas y espirituales. De las desolaciones patagónicas, en los paisajes del fin del mundo, a las desolaciones del corazón tipifican título y tema a este libro-vida. Será Magallanes, sin duda, la región de la noche larga, el territorio del encuentro con ella misma en su infinitud y lejanía: *La tierra a la que vine no tiene primavera*[8]. En esas grises postrimerías, donde el país no parece chileno —*sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos*—, escribe en grandes cuadernos escolares sobre las aves, las hierbas medicinales, el folklore y las voces indígenas. El "hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre" de su *Oración de la maestra,* se hace evidente y cierto.

En este libro desolado —"Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también"[9]— está, sin embargo, la vida, la escuela, lo religioso, la naturaleza, el atisbo de la América (sobre todo a partir de la segunda edición, Santiago, Nascimento, 1923), temas que irán referencialmente haciéndose básicos y centrales en sus libros posteriores, y en toda su obra en prosa: *La maestra rural* en ese apostolado de dar y enseñar, que fue ella misma; *Al oído de Cristo, Viernes Santo* en un acercamiento a lo piadosamente cristiano, religioso y casi litúrgico; *Balada, Interrogaciones, Sonetos de la muerte* con todo el amor-dolor en su romanticismo y celos y tragedia; *Poema del hijo* en sus anhelos y ausencias de maternidades; *Arbol muerto* en el remirar y sentir las blasfemias de un paisaje austral y patagónico; y, en fin, a manera sólo de ejemplo esos poemas que definen las grandes atmósferas y vertientes de esta obra vida-desolada. Libro amargo, dice la Mistral en su resuelto *Voto* o compromiso de ardiente fidelidad. Más que amargos, tienen estos poemas el verso íntimo, conversacional y emotivo: *Creo en mi corazón siempre vertido / pero nunca vaciado*[10]. También las sencilleces y el sufrimiento de lo fuerte y lo poderoso. Estos poemas no son, por lo tanto, obras de gabinete y de recreo —dice Julio Saavedra Molina—, sino trozos de vida[11].

Y Gabriela Mistral que se leyó su Job, su Kempis, su noble Biblia siempre[12], escribió con intención marcadamente religiosa unas prosas complementarias de sus poemas, que le causaron no poco dolor, sobre todo cuando habla de que la santidad de la vida comienza con la maternidad. Verdaderas prosas humanas o canto, después de todo, a la vida total en la *Imagen de la tierra* o en los *Poemas de las madres.* Importa, además, el lenguaje mistraliano en su palabra precisa y exac-

ta que queda vibrando en su proyección honda. Habla de su español con el canturreo de su valle de Elqui y con las sencilleces familiares y cotidianas: "Yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos: yo sigo alimentándome de las mismas cosas que me hicieron el paladar en el sentido teológico de la sal en el bautismo, y hasta estoy segura de que se me han quedado casi puros mis gestos de allá: la manera de partir el pan, de comer las uvas, de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado"[13].

El mismo año que se publica *Desolación* —1922—, Gabriela Mistral se hispanoamericaniza viajando a México. Y a contribuir en los asuntos y reformas educacionales en un país que reordenaba su vida republicana después de una revolución. Porque la Mistral andará, también, en los asuntos quemantes de la historia y en su circunstancia. Así *Tala,* su libro que bien podríamos llamar fundamental, se publica (1938) cuando ella recién venía de nuevo a nuestra América saliendo de la guerra fratricida de España. Y *Lagar,* su libro de 1954, estará empapado de las atmósferas bélicas de una segunda guerra, cuando el mundo estalla en llamas. Con aquel viaje a México, Gabriela Mistral inicia en forma definitiva su errancia, su destierro voluntario. Incluso en *Desolación* (edición de 1923) se encontrarán algunos poemas escritos por el maravillamiento que le produjo la tierra mexicana —la "mexicanización" del libro, como dice certeramente el ensayista Jaime Concha[14]—, con su dios-poeta precolombino Netzahualcóyotl y la extensa meseta del Anáhuac. También la montaña azteca con el Ixtlazihuatl soberbio que le recordará sus montañas de Montegrande: *Mas tú la andina, la de greña oscura, / mi Cordillera, la Judith tremenda*[15]. El andar mucha tierra que ya veía en su infancia se va haciendo realidad en su obra, en países y continentes.

Y no sólo circunstancias históricas o viajeras marcarán mucho de su originalísima escritura ("escribo sin prisa, o con una rapidez de rodado de piedra de cordillera otras veces"). Lo íntimo, también, en lo desgarradoramente emotivo o en el depurado dolor. La muerte de Amado Nervo (1870-1919), "ese místico doloroso y sereno que se adentró en mi alma", precede a *Desolación,* cuando la Mistral escribe, temblando bajo la Cruz del sur, su famoso *In memoriam,* dando testimonio de gratitud poética a su admirado y epistolar maestro: *Verso de Amado Nervo... / que me hiciste más suave la línea de la loma, / cuando yo te leía en mis mañanas puras*[16]. Esa "mexicanización" venía gestándose en la Mistral, al menos literariamente, desde sus años de permanencia en su Magallanes austral. Así lo suyo personal e íntimo, lo histórico, lo

geográfico, lo religioso será, en la obra y en la vida de nuestra autora, un contar mundo con proyección de humanidad. Y en un encadenamiento permanente de las más humildes cosas y de las más soberbias también. Un comprender que es siempre un goce.

II

PENSAR Y CONTAR LA AMERICA

El tema de América, con sus bultos corporales de cordillera a fruto tropical, constituye no sólo uno de los fundamentos de la obra de Gabriela Mistral, sino también uno de sus desvelos permanentes: pasión atenta del destino del Continente nuestro. Vocacionalmente americanista (martiana, bolivariana, sarmentiana) en emocionalidad y en sentido, en acercamiento a las realidades vivas de lo humano, lo racial, lo histórico, lo geográfico, lo porvenir. Y, sobre todo, una América como expresión de unidad de pueblo a pueblo y de gente a gente: "Los miembros de la vida espiritual de nuestros países andan sueltos como las tribus que no han aprendido aún vertebración, y por sueltos, desventurados, y por desventurados, rebeldes con no sé qué suicidio resuelto en la cara"[17].

Poéticamente será *Tala* uno de los libros en los cuales Gabriela Mistral deja testimonio de su mucha vivencia y experiencia de la América —América nuestra, como dice siempre; o Nuestra América, en el decir de Martí— en sus poemas-himnos al sol del Trópico, a la Cordillera, al Maíz, al Mar Caribe y a otros materiales formidables: "Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos. Parece que tenemos contados todos los caracoles, los colibríes y las orquídeas nuestros, y que siguen en vacancia cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América"[18]. Una actitud ritual y de advocación casi sagrada hay en esos versos que toman nombres de pájaros y frutos (el quetzal, el mango, la pitahaya, la yuca) o de culturas indo-milenarias (Palenque, Cuzco, Yucatán), con gentes quechuas y gentes mayas. También los mitos y los dioses de pueblos mágicos, o el aroma de una tierra donde existe el árbol del pan y el árbol del bálsamo Y los sudores del hombre precolombino secándose en lomos y en costados. Ella misma se definirá por ahí muchas veces como "una mujer de acérrima lengua americana en la tonada muy criolla que es mi poesía". Recuérdese que la Academia Sueca seña-

laba en uno de sus fundamentos, al otorgarle el Premio Nobel de Literatura, que la poesía de Gabriela Mistral estaba "inspirada por poderosas emociones y que ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano".

Pero a Gabriela Mistral, que con sus Himnos ya había hecho muy suyo lo americano, importaba, a su vez, la otra realidad viva del Continente: su indigenismo o sus indianidades, su costumbre y su folklore, sus cuestiones económicas y sus verdades sociales, sus guías espirituales y sus reformadores educacionales, sus ensayistas, sus escritores, sus poetas. Una geografía humana que iba a la par con la otra su física geografía, que se conoció y se recorrió en una especie de beneplácito en el bien ver, en el bien pensar, en el bien hacer. Dirá la Mistral: "No soy una patriota ni una panamericanista que se endroga con las grandezas del Continente. Me lo conozco casi entero, desde Canadá hasta la Tierra del Fuego; he comido en las mejores y las peores mesas; tengo esparcida en la propia carne una especie de limo continental. Y me atrevo a decir, sin miedo de parecer un fenómeno, que la miseria de Centroamérica me importa tanto como la del indio fueguino y que la desnudez del negro de cualquier canto del Trópico me quema como a los tropicales mismos"[19].

Y esta especie de "limo continental", esparcido en su propia carne, es una muestra de su adhesión casi fisiológica a los más variados asuntos de la América. Sus artículos o recados testimonian su palabra-pensamiento, su palabra-verdad, su palabra-ígnea. Importa en Gabriela Mistral tanto el pretérito como el futuro de su América, tanto el ahora como el día que viene Un Vasco de Quiroga o un Fray Bartolomé, que en tiempos de conquista y arcabuces apostolizan con hechos sus ejemplos cristianos. Y después un Sarmiento, un Juan Montalvo o un José Vasconcelos que hacen su obra educadora con sentido americanista más allá de su Argentina, de su Ecuador o de su México. Y, sobre todo, José Martí, "santo de pelea", como lo llama en activa y piadosa frase. Y a quien alaba, porque combatió sin aborrecer, luchó sin odio: "Todo es grande y es agradecimiento del guía de hombres que la América produjo"[20].

Estos son los hombres de la América a quienes Gabriela Mistral admira en alabanza y en conducta, muy lejos de los pedestales estatuarios o de héroes alegóricos. "Hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario", dice de Bolívar, y a quien mucho pareció seguir en una América unitaria, "vivámosle en la permanencia y no sólo en las lentas puntadas de los centenarios".

En sus viajes por Europa, por los años veinte o treinta, Gabriela Mistral comprobará, con mucho de dolor y de desazón, el desconocimiento que los europeos tenían de la América, que siempre resultaba inédita a sus ojos. De ahí que no se equivoca nuestra americanista cuando critica el mero criollismo, por ejemplo, de muchos de los escritores latinoamericanos. Escritores que, por entonces, bien poco o casi nada revelaban en sus obras nuestra naturaleza o nuestras costumbres: "La América, continente geográfico efectivo, parece una fábula en nuestra literatura, sin vicuña, sin vizcacha, casi sin Cordillera de los Andes"[21]. Ella exigía en cada escritor un contar su América, un saber poner el nombre de sus árboles correntinos y los gestos violentos y las interjecciones legítimas de sus arrieros o de sus buscadores de caucho.

Ella, que supo contar, en su escritura y en su pensamiento, nuestra América, pedirá también a los jóvenes hacer el verdadero clasicismo americano más o menos según esta fórmula, que era la de nuestro Andrés Bello: "a escribir las Georgias, mirando a Virgilio, pero cortando la caña, el algodón y el banano, donde él cortaba el trigo y vareaba el olivo. Y les pedirá cantar a nuestro Pacífico, vacante aún de alabanza. Yo les rogaría que recojamos, baya por baya, nuestro enorme folklore indígena, lo devastemos y lo escardemos"[22]. Es lo que ha hecho magistralmente la Mistral, hablando en sus poemas con dejo de sus mares bárbaros, o en sus recados con sentido plural y acérrima lengua americana.

III

TERNURA: ARRORRO DEL MUNDO

De un coloquio diurno y nocturno de la madre con su alma, con su hijo, y con la tierra visible de día y audible de noche, viene, en gran parte, el origen de *Ternura:* canciones de cuna, rondas, jugarretas, cuenta-mundo. Arrullos con largas pausas para cantar a la liebre rojiza o a la vizcacha parda. Arrorrós que rescatan lo más genuino y tradicional del folklore infantil-adulto chileno, latinoamericano, español viejo.

Se ha creído, equivocadamente, que *Ternura* sea un libro menor o de intenciones meramente pueriles en la obra toda de Gabriela Mistral. Sin embargo, ni por su título ni por su contenido, este libro —librito, dicen algunos para marcar la intencionalidad peyorativa— está lejos de cumplir, a página cabal, con una "empalagosa o catequística pedagogía".

Más bien se escribió originalmente como una reacción a la poesía escolar en boga en aquella época (década de los años veinte) y que en nada satisfacía a nuestra autora "He querido hacer una poesía escolar nueva, porque la que hay en boga no me satisface, una poesía escolar que no por ser escolar deje de ser poesía, que lo sea, y más delicada que cualquiera otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón más estremecida de soplo de alma"[23] Poesía escolar, reconoce ella, en estas frases epistolares de 1915 Y eso será efectivamente la obra en sus comienzos —canciones de niños—, y que luego, en "un proceso de reelaboración sostenido", irá nutriéndose de otros temas humanos, geográficos y desvariadores notables Así, el librito de 1924 —*Ternura*— terminará siendo, entre desolaciones, talas y lagares, un "superlibro", según la exacta expresión superlativa del estudioso Jaime Concha

Ternura es paradojalmente un libro siempre nuevo y casi inédito El pulso vivo de una Gabriela Mistral con su aliento, su sentido y su cuerpo late, por mañas o por magias, en esta poesía Libro de fundamento en el andar lugares y recorrer territorios *(Estoy donde no estoy,* dice en el primer verso de *Niño mexicano),* en el goce maravillador de olores, sabores y colores *(Ronda de los aromas,* por ejemplo), en el nombrar frutos y animales en sus zoologías y botánicas permanentes (desde *La rata que corrió a un venado* a la fábula-cuento *La Madre Granada)* Y, sobre todo, en el descubrir poema tras poema, los temas siempre perdurables de la obra mistraliana la tierra, la naturaleza geográfica y humana, las materias Sólo que aquí el niño (niño de aldea, niño campesino, niño indio) es, de veras, un personaje *Me encontré este niño / cuando al campo iba (Hallazgo), Duerme, huesito de cereza, / y bocadito de chañar (Semilla), Niño indio, si estás cansado, / tú te acuestas sobre la Tierra (La Tierra)* Y ella, la Mistral (la Sara vieja del poema *Pan* en *Tala),* una mujer que ha recogido en su mirada todos los valles y el alfabeto de los sonidos de esos valles También sus sueños y sorpresas, sus miedos y desvaríos, sus albricias y sus hallazgos Mucho de lo que fue y quiso ser su infancia, pero no de una manera ingenua de hacer autobiografía Gabriela Mistral recrea, a su gusto y a su antojo, desvariadoramente, su mundo de realidades y encantamientos

Ternura se publica por primera vez en Madrid, el año 1924, y en la Editorial Saturnino Calleja Edición de 105 páginas y de 32 grabados en madera Joya bibliográfica, no joya hoy de lectura Llevaba, entonces, un subtítulo de *Canciones de niños* para remarcar, tal vez, el carácter y las intencionalidades de las ' Rondas", "Canciones de la tierra", ' Estaciones", "Religiosas", 'Canciones de cuna", que dividían seccionalmente el libro Una veintena de poemas —*Piececitos, El himno cotidiano,*

Obrerito, El ángel guardián, entre varios otros— había aparecido un par de años antes en *Desolación* (1922, edición de Nueva York; 1923, edición de Santiago de Chile), con la salvedad llamativa de las "Canciones de cuna" *(Meciendo, Apegado a mí, Yo no tengo soledad, Encantamiento, Suavidades)* que en *Desolación* aparecen en la sección "Prosa", como textos prosísticos, en consecuencia, adquiriendo en cambio una versión versificada en *Ternura.*

Este trasvasijamiento de *Desolación* a *Ternura* ha hecho decir al ensayista Jaime Concha, en uno de los mejores y clarificadores estudios sobre la obra de Gabriela Mistral, que "no es necesario dedicar muchas páginas a *Ternura,* ya que se trata en gran medida de un desprendimiento —rezago, diría tal vez su autora— de la anterior *Desolación*[24]. Esta afirmación es válida para la edición primera de *Ternura* (1924), que como lo hemos dicho, se formaba con un propósito muy definido: canciones de niños. También otras varias canciones de cuna y cuentamundo se reeditarán en la edición primera de *Tala* (Editorial Sur, Buenos Aires, 1938). Sólo en 1945, al publicarse en Buenos Aires la segunda edición de *Ternura* (Editorial Espasa-Calpe Argentina) las "Canciones de niños" pasarán a ser "Casi escolares", reordenándose el libro en nuevas secciones, proyectadas desde y para un sujeto-lector más amplio y total. La edición de 1945 viene a ser, por lo tanto, la más completa, aunque no la definitiva, y debería de servirnos de fuente de referencia y estudio.

Si la edición de 1924 tiene mucho de *Desolación,* la de 1945 tiene secciones completas de *Tala.* Sólo que las "Jugarretas" de *Ternura (La pajita. La manca, La rata, El papagayo, El pavo real)* serán las "Albricias" de *Tala.* Y de editarse *Ternura* hoy debería tener las "Rondas" de *Lagar* (1954), como efectivamente se incorporan en las llamadas *Poesías completas* de la Editorial Aguilar (1962): *Ronda argentina, Ronda de los aromas, Ronda cubana, Ronda del fuego*[25]. Y si fuéramos todavía más apegados a *Ternura,* y siguiendo el pensamiento reordenador de nuestra Mistral, dos o tres textos del póstumo *Poema de Chile* (1967) deberían integrarse a *Ternura.* Tal es el caso de *El cuco,* por ejemplo, poema que nada tiene que ver, ni por tema ni por lenguaje en el libro referido. Ese texto pertenecía, junto a otros, a una obra que la Mistral preparaba por 1947 y que no llegó a concluir: *Poemas para los niños de Chile.*

De esta manera, *Ternura* fue para Gabriela Mistral un libro, sin duda, muy querido, y que anduvo siempre formando parte de toda su obra. Era su proyecto de obra permanente. Ninguno de sus libros fundamentales, de *Desolación* a *Lagar,* de *Tala* a *Poema de Chile,* están

exentos de varios poemas que son las jugarretas y las ternuras mismas La propia Gabriela Mistral decía en una entrevista, en noviembre de 1945 'Les parecerá extraño, pero entre todos mis trabajos, el que prefiero es una pequeña canción de cuna que escribí con el título de *La pajita* Debe ser porque yo siento un profundo afecto por esta clase de poesía [26] Afecto que viene en los afanes de averiguar y de conocerse las tradiciones de nuestras hablas autóctonas y nacionales Al explicar de viva voz este mismo poema o jugarreta, la autora de *Ternura* entrega, en un par de líneas, las claves y fundamentos de su nada de menuda obra Voy a decirles esa pequeña poesía que habla de la viga en el ojito del niño Se llama *La pajita* Y está escrita en la lengua folklórica de nuestro pueblo chileno que cuenta de una curiosa manera diciendo *esta que* o *este que* [27]

Esta que era una niña de cera,
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era
Pero no era una gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla
Tampoco etc etc

Varios de los poemas de *Ternura* vinieron escribiéndose desde muy temprano Es cosa de revisar el acucioso trabajo de Raúl Silva Castro en los *Anales de la Universidad de Chile,* de 1957 y la producción primera de Gabriela Mistral[28] Es cierto que muchos de estos poemas se escribieron a pedido de editores o antologadores de textos escolares y que, en definitiva, bien poco o casi nada contribuyeron al buen conocimiento de su obra, a no ser un prejuicio escolar que quedará de ella —de su obra—, mejor Citemos sólo los míticos libros de lectura —ejemplares de exposiciones bibliográficas ahora— de Manuel Guzmán Maturana, profesor cultísimo y caballero perfecto", como lo llamará Gabriela Mistral celebrando sus tomos de *El lector chileno* En una carta dirigida al poeta Roberto Meza Fuentes, y fechada por la Mistral en mayo de 1918, le dice "Desde hace unos 3 años don Manuel Guzmán viene solicitándome, con esa bondad suya tan profunda como su cultura, un volumen de poesías Le contesté lo que a Prado, cuando los Diez fueron editores ¡que hay tantos libros de versos!' [29]

Por estos años, marzo de 1913, su poema *El ángel guardián* era ya publicado en la revista *Elegancias,* que dirigía en París nada menos que el azulado nicaraguense Rubén Darío Es, después de todo, el primer poema que se publica de Gabriela Mistral en el extranjero Además de *El ángel guardián* de esta época datan también *Mientras baja la nieve,*

Echa la simiente, Hablando al padre, que con todas las significativas variantes del caso, pasarán a formar parte de *Ternura.* Poemas primeros que estuvieron a punto de publicarse en un libro que por entonces —1915— anunciaba con entusiasmo Gabriela Mistral. El libro se iba a llamar *Suaves decires,* y que después, en 1924, vendría a ser síntesis y complemento en *Ternura.*

La Mistral, si se dejaba halagar, no se dejaba tentar... en ediciones. Que hay tantos libros de versos, decía. Efectivamente, sus *Suaves decires* era el libro que la revista *Los Diez,* órgano literario del grupo homónimo, tenía incluido en su proyecto de ediciones. En una carta escrita a Pedro Prado —Prado como lo llama ella patronímicamente—, uno de los integrantes del activo grupo decimal, y fechada a fines de 1916, Gabriela Mistral da luz suficiente sobre el asunto: "En cuanto a su ofrecimiento harto honroso para mí sobre edición de un libro, debo contarle que de un año a esta parte la fiebre de dar el primer volumen se me ha ido. Me parece hoy una cosa remota la publicación de una obra. He cobrado tal respeto al volumen, a lo que representa un libro, que llego a sonreír recordando que he pensado alguna vez en darlo, temeraria, ingenuamente... Como cantidad, hay material para más de un volumen; como calidad, creo que no la hay"[30]. Y a más abundamiento epistolar, Gabriela Mistral le dice a su amigo Eugenio Labarca, en 1915: "A mediados del presente año publicaré un volumen de versos escolares. He querido hacer una poesía escolar nueva... Di al poeta Silva (Víctor Domingo, por cierto) parte de los originales, para que me haga un prólogo... Después de ese mi primer libro vendrá otro con versos de otra índole, compañeros de los *Sonetos de la muerte*[31]. El libro de versos escolares era *Suave decir,* y el "de otra índole", sería más tarde *Desolación.*

De manera, pues, que *Ternura,* no sólo desde 1924, sino mucho antes, viene como una constante preocupación en la obra creadora de Gabriela Mistral, y en un afán de hacer y rehacer, ordenar y reordenar sus canciones, jugarretas y cuenta-mundo. Este *guaguetear* en la Mistral queda de manifiesto al seleccionarse ella misma, en la sección "Maternidad", de la antología mexicana de *Lectura para mujeres* (1923) varias de sus canciones de cuna: *Meciendo, Canción amarga, Duérmete apegado a mí... Ternura,* entonces, no termina con la edición madrileña de 1924, sino que se proyecta de obra en obra. Somos nosotros, sus casi lectores, los que ojeamos y hojeamos mal. "Nonada, dirán algunos; un juguete gracioso". Tan graves se han puesto los ánimos de algunos que parecen alquimistas en sueño filosofal —estoy citando a Luis Oyarzún—. Habría que remecerlos para recordarles que la poesía es también

gracia, magia de las palabras, encantamiento del sentir poético, juego, y sólo a causa de todo eso, algo más. La poesía, *anís desvariador*[32].

Gabriela Mistral era enemiga de niñeces o niñerías de poesía o cuento infantil, de balbuceo primario más que elemental, de más chiste que de gracia. Prefiere el verso que tenga el ritmo y la tradición de lo vernacular y lo clásico a la manera de una seguidilla o romancillo: "en la poesía popular española, en la provenzal, en la italiana del medioevo, creo haber encontrado el material más genuinamente infantil de Rondas que yo conozca. El propio folklore adulto de esas mismas regiones está lleno de piezas válidas para los niños. Hurgando en eso cuanto me era dable hurgar, supe yo, artesana ardiente pero fallida, que me faltaban en sentidos y en entrañas, siete siglos de Edad Media criolla, de tránsito moroso y madurador, para ser capaz de dar una docena de *arrullos* y de *rondas* castizos"[33].

Estos arrullos y rondas castizos quedan de manifiesto en las expresiones populares, chilenismos, americanismos de numerosos poemas de *Ternura*. El verso *tanta madre tuya* del poema *Niño chiquito,* por ejemplo, está tomado de un decir popular mexicano; como el llamar *Cara de Dios* al pan, en un verso del poema *La casa (Pero este Pan cara de Dios / no llega a mesas de las casas),* es un recoger un lenguaje popular chileno. "En Chile, el pueblo llama al pan *Cara de Dios*"[34], dice en una nota al poema de *Ternura*. Repárese también en el vocablo *chata* (del poema desvariador *La madre-niña):* menuda, baja, de poca altura. O en el vocablo *huera* (poema *La nuez vana),* entre otros bien identificadores adjetivos de nuestros decires cotidianos.

"Arrurrupatas, arrorrós, nanas y canciones de cuna, vienen cantándose en Chile desde las primeras épocas de la colonia", dice el investigador chileno Oreste Plath. "De ahí que las arrurrupatas chilenas se identifiquen con las de España y algunos pueblos de América, derivándose entonces de su tronco común, el español"[35]. De estos arrullos —*Arrullo patagón, Arrorró elquino*—, o cantarcillos para hacer dormir los niños, Gabriela Mistral dirá a su vez: "Sigo escribiendo *arrullos* con largas pausas; tal vez me moriré haciéndome dormir, vuelta madre de mí misma, como las viejas que desvarían con los ojos fijos en sus rodillas vanas, o como el niño japonés que quería dormir su propia canción antes de dormirse él"[36].

En muchas de estas jugarretas, rondas y cuenta-mundo está presente el característico verbo mistralino *(aupar, repechar, voltear, revolar, requemar)* o su vivificador léxico valle elquino adentro *(agriura, almud, sollamadura, espumajeo, sembradía).* Lenguaje y tono conversacional que le viene de sus reiteradas lecturas del Viejo Testamento y de

sus gentes mismas de su Montegrande natal. Ella misma lo dirá: dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui —mi región— y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folklóricas de mis cinco años y las demás que me han venido con mi pasión folklórica después, son las mejores para mí, son eso que llaman *la belleza pura* los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos"[37]. Así, de infancia a edad madura, de memoria a oído atento, la bendita lengua de la Mistral es su pecho y su respiro, como en su poema *Bendiciones: Bendita mi lengua sea,* lengua que no descuida los énfasis verbales, folklóricos, lingüísticos, populares, las voces dialogantes, las interjecciones, los diminutivos que tan reiterados serán en *Poema de Chile* (todito, dedito, madrecita, obrerito, chiquito, puñitos, colgadito, manitas, arañitas). Igual cosa ocurre con los frutos y los paisajes que van y vienen por estos poemas, poemillas; versos, versillos; romances, romancillos. La poesía de *Ternura* revela la esencialidad primera, original de la obra posterior de una Mistral que bebe la sed de sorbos grandes.

Ternura es un valioso antecedente de algunos de los mejores y ya clásicos poemas de Gabriela Mistral. Las materias, por ejemplo, que tan fundamentales van a ser en *Tala* —el aire y la luz, el agua y la sal—, son ya elementos esenciales y reiterativos en esta poesía de la autora. El agua adquiere en *Ternura* la unción de santa y de amante (poema *El agua,* de "Cuenta-mundo"). Y la sal, a su vez, será un conjuro y un rito *(Canción de la muerte)* con mucho de sabiduría popular y supersticioso mito folklórico. Poema tan mítico como existencial, tan lleno de elementales materias: sales, harinas, leches, arenas, y que tanta significación alcanzarán después en formidables poemas de *Tala* o en sus hermosos textos en prosa. Resulta curioso y contradictorio (y en este caso premonitorio: la muerte de su sobrino Juan Miguel años después) que la muerte aparezca aquí nada menos que a semejanza de una canción de cuna: *la mañosa muerte, / cuando vaya de camino, / mi niño no encuentre.* Así, entre bendiciones y muerte hay una necesidad de permanencia que supera lo meramente infantil. Las dedicatorias de varios de los poemas revelan, sin duda, la trascendencia que la Mistral quería darle a su *Ternura,* hacerlo libro para el hombre todo, sin edades convencionales. Al escritor guatemalteco Arévalo Martínez dedicará su canción de cuna *Niño rico.* Al poeta portugués Tasso de Silveira su tan conocida ronda *Dame la mano.* Y su *Ronda de la paz* (que en la edición

de 1924 se llamaba *La guerra)* estará dedicada nada menos que a don Enrique Molina (1871-1959), humanista de pensamiento superior y hombre de Universidad (fundador y primer rector de la Universidad de Concepción, Chile).

Importa también el gesto, el ánimo, el habla en cada uno de estos actos fundacionales. Si *Beber,* por ejemplo, se llama un poema de *Tala,* que se refiere a cuatro sorbos o gestos de beber el agua, en su "Cuentamundo" de *Ternura,* ese inmenso afán de bebedura es un goce y un deleite, un acercamiento a la naturaleza y la vida: *Bebe la sed de sorbos grandes.* Por otra parte, la raíz del pensamiento y la conciencia social e indigenista de Gabriela Mistral se va poéticamente desarrollando en *Ternura* hasta alcanzar su proyección mayor en sus trabajos futuros. El poema *La casa* (que tiene su historia y su anécdota con el pan, el indio quechua, el hambre) dará origen a *Pan,* aquel largo, ritual y simbólico poema de las materias de *Tala.* "Me asombro que los epígonos de la poesía social no hayan descubierto poemas como *La casa,* que aparece en *Ternura"* —dice el ensayista Luis Oyarzún—, "en donde se cuenta con sobrio patetismo el duelo del pan y del hambre. Conmueve más que himnos y arengas esta oposición del pan dorado sobre la mesa y del hambre que gira en remolino las parvas"[38].

A su vez, *Himnos americanos* de *Tala,* tiene su antecedente en poemas de *Ternura* que cantan al maíz, a los frutos americanos, a la tierra. En *Ternura* están también los primeros hallazgos —y *Hallazgo* es una palabra muy mistraliana— de lo que será después lo más notable de *Lagar: Los desvaríos* y las *Locas mujeres. La Desvariadora* se llama precisamente una sección que habla de la madre-niña, de los encargos y de los miedos. Y las *mujeres locas / no griten ni sepan* de los versos de *Ternura,* serán las futuras ansiosas, fervorosas y piadosas de las *Locas mujeres* de *Lagar.*

Ternura viene a ser, tal vez, para Gabriela Mistral el libro que ella misma no tuvo en su infancia, porque vino a tener de adulta las fábulas que se oyen a los siete años, y "hasta la vejez dura y perdura en mí el gusto del cuento pueril y del pintarrajeado de imágenes y me los leo con la avidez de todos aquellos que llegaron tarde a sentarse a la mesa y por eso comen y beben desaforadamente"[39]. Mucho de su andar países y geografías conlleva también este libro desde la Patagonia chilena a la meseta mexicana —*arrullo patagón, niño mexicano*— o el mar de las Antillas. La ronda de la ceiba ecuatoriana y la cajita de madera olorosa de Olinalá, y *el mujerío de Olinalá.* La adultez y la infancia de una Mistral que anduvo, con su ritmo y su ronda y su corro, desde muy

niña tocando las cosas primeras: las gredas, la piedra porosa, la almendra velluda. Es decir, sus "Albricias".

No es, pues, *Ternura* un libro ingenuamente infantil. Los metales de sus cerros de Montegrande están yacentes en esta poesía valiosísima de tema, de tratamiento en el decir poético, del rescate arrullador de la infancia y de un acercamiento a los hombres y al mundo: "El pan, el agua, la sal, el aire, la luz, las alondras, la montaña, las frutas, el fuego, la casa, la tierra son, entre muchos otros, los testimonios de un alma que llega a un deleite puro en el contacto con las cosas más simples, esas mismas cosas que poseen algo de santo por la ternura humana que palpita en ellas"[40]. La mismísima Mistral vendría a saber con el tiempo —según lo confiesa en un Recado— que "todos los hombres son desgraciados y necesitan una canción de cuna para que apacigüe su corazón"[41]. Y en una evocación de la madre también dira: "De las enseñanzas que me diste, una se adentró muy hondo: la de devolver. Así, madre, yo he hecho las canciones de cuna tuyas y ninguna otra cosa más quisiera hacer"[42].

Y todavía más: hablando de los más diversos temas —una nueva organización del trabajo, por ejemplo—, Gabriela Mistral dejará testimonio de estos afanes reveladores de ternura: "Cuando he escrito una ronda infantil, mi día ha sido verdaderamente bañado de Gracia, mi respiración como más rítmica y mi cara ha recuperado la risa perdida en trabajos desgraciados. Tal vez el esfuerzo fuese el mismo que se puso en escribir una composición de otro tema, pero algo, que insisto en llamar *sobrenatural,* lavaba mis sentidos y refrescaba mi carne vieja"[43].

"Canciones de cuna", "Rondas", "La Desvariadora", "Jugarretas", "Cuenta-mundo", "Casi escolares" y "Cuentos", las siete secciones de *Ternura* (1945) resumen el buen decir de este libro tan lleno de bendiciones. Libro que nace de boca contadora de la Mistral, cuando contar es encantar, con lo cual se entra en la magia.

IV

UN SENTIDO RELIGIOSO

No hay en toda la obra de Gabriela Mistral y, por lo mismo, en su vida, que esté al margen de lo íntimo y esencialmente religioso: lo sagrado en su ritualidad y en su pensamiento, en su palabra y en su gesto de

quien quiso ser siempre la mujer fuerte de la Biblia Es decir, la Sara vieja de su libro *Tala* o la Ruth moabita espigando en las eras de *Desolación* Su valle natal es, a su vez, el paisaje humano y geográfico del Antiguo Testamento En ese lugar, su infancia será un escuchar la tirada de Salmos que unas veces eran de angustia aullada y otras de gran júbilo En las edades que otras niñas jugaban a las albricias, ella —la Mistral— tenía su encuentro cotidiano con la Biblia, el libro que fundamentó su arte y su vivir La enriqueció el Evangelio hasta la mayor hondura

Familiar y anecdóticamente sería su abuela paterna, Isabel Villanueva, 'una vieja santa, de catolicismo provincial, que bordaba casullas y ornamentos de iglesias", la que le enseñará el camino de perfección bíblico leyéndole siempre las escrituras de David "Entonces bebiendo la sabiduría milenaria del libro sagrado, hice de la Biblia mi libro predilecto"[44]

Tanto la marcaron esas lecturas y esas escenas litúrgicas de infancia que mucho de su propia poesía tendrá, después, el regusto bíblico de la expresión y del tema Ella misma llevará consigo también, a la manera de vademécum, una vieja Biblia de tapas resobadas y en la cual iría anotando, al margen de la página, la motivación de sus lecturas Reconocía, además, que en el Libro Sagrado estaba el suelo seguro de sus pies de mujer 'Libro mío, libro en cualquier tiempo y en cualquier hora, bueno y amigo para mi corazón, fuerte, poderoso compañero", escribió una vez, dejando testimonio de su apego muy adentro por el versículo o la parábola que leía 'Los profesores llenan de cifras y sutilezas tu margen Tarjan y clasifican Yo te amo' [45]

A manera de artículo de fe, Gabriela Mistral se definió siempre como una cristiana, señalando que no era antirreligiosa, ni siquiera arreligiosa 'Creo casi con el fervor de los místicos, pero creo en el cristianismo primitivo, no enturbiado por la Teología" En 1922, cuando cumple sus 33 años de edad, y en tierra extranjera, dirá con cierto consuelo piadoso "entro parece en el año místico" Misticismo que le viene de sus montañas elquinas y de las obras (montañas también) de Teresa de Jesús —*Las Moradas, El Castillo Interior, Camino de Perfección*— Tanta admiración va a tener por la Carmelita de Avila que, al correr del tiempo, andará por la meseta de Castilla siguiendo la huella de la fundadora, de la andariega, de la loca de amor por Cristo, como bien la llama No se cansará de caminar, en medio de diálogos y apariciones, calzando la sandalia de la austera monja

También el budismo tuvo en Gabriela Mistral su época de interés y de desvelo 'Yo aspiraba el Budismo a grandes sorbos con la misma avidez que el viento en mi montaña andina' El budismo era su dieta, su ayuno de filo helado Pero todo no pasó de ser una búsqueda de afanes

religiosos que iban moldeando su carácter y su temperamento Para una Navidad, hablando de su permanencia en la ciudad de Los Andes (año 1915) confiesa, de paso, su faceta budista 'No me acuerdo de mí misma en estas Nochebuenas andinas, ignoro si yo tenía oración verdaderamente cristiana para el pesebre en esos años capitosos, en que, echada contra un árbol, yo era un tronco alentador no más, y en la cordillera partida como un gran toro de sacrificio una especie de agua despeñada que no se mira a sí misma Pagana, y bien pagana que se había metido por la fuerza en el zapato de fierro de un budismo, con el que al fin no puede más, eso parece que haya sido yo por aquellos tiempos'[46]

No deben olvidarse, tampoco, las lecturas que apasionaron a Gabriela Mistral adolescente, en su mocedad fermental Muy muchacha, en las aulas serenenses o coquimbanas, sería acusada de alumna atea por su no oculta simpatía de leer libros llamados racionalistas En verdad, a comienzos de siglo ya la futura autora de los *Sonetos de la muerte,* se leía las obras y los pensamientos filosóficos de un Montaigne y las relaciones astronómicas del francés Camilo Flammarion Aunque una y otra lectura entendería a tercias o a cuartas, dirá después recordando el episodio

Pero, sin duda, es el misticismo su clamor de éxtasis y su ansia de amor divino Son los años que escribe *Al oído de Cristo* y *El Dios triste,* entre varios otros poemas de atmósferas semejantes Su exaltación espiritual es su rezar y su querer intenso 'Voy orando, orando mi corazón y mi pensamiento son una llama que clamorea al cielo por trepar hasta Dios Y esos son mis días de dicha intensa'[47] Dicha intensa que en algunos momentos quema el alma —sollamadura—, que está reflejada en sus *Motivos de la Pasión,* en un sentir el dolor y la agonía de Cristo, y en sus *Lecturas espirituales,* expresión de belleza, salterio y misericordia de Dios

Son, sin embargo, los *Motivos de San Francisco*[48] las oraciones prosísticas más perfectas de Gabriela Mistral, en su lenguaje de religiosidad y en su escritura unitaria y depurada San Francisco parece ser el santo-hombre preferido de nuestra Mistral, en quien admiraba sus supremas pobrezas y humildades Como se sabe, el santo de Asís es una de las más grandes figuras de la Edad Media, y ejerció profunda influencia en la vida espiritual, en la cultura europea y en la recristianización de la sociedad medieval, por su piedad, su humildad y dulzura evangélicas y, sobre todo, por su ardiente caridad y amor hacia todas las criaturas Las bellísimas prosas de Gabriela Mistral tienen materia y alma, espíritu y sentido en la exacta expresión de Juan de la Cruz, ese otro santo-místico poeta, aun en este siglo que viene del dieciséis Los

textos mistralianos son únicos por su originalidad y por el tratamiento de época y de vida de este Francisco de Asís, que hablaba con dulzura a los pájaros como si sus palabras fueran alpistes y cañamones dorados", superando lo meramente hagiográfico

Entregan, además, estos Motivos unas materias linguísticas muy propias de la escritura de la Mistral Por aquí andan voces nuevas y viejas, arcaicas, criollas, españolas, chilenismos, americanismos, diminutivos, diálogos, coloquialismos, acepciones neológicas y, en fin, lenguaje deslumbrante y deslumbrador Así de Gabriela Mistral vamos aprendiendo lengua lengua de Dios, lengua de idioma Y nombrando cosas aparecen, también, las materias —agua, cristal, fuego— que tipificarán reveladoramente una temática muy mistraliana "Materias" será una sección de *Tala* y *Elogios de las materias,* unas prosas después de elogio también El buen Padre Seráfico le va dando su mano creadora a nuestra Mistral, revelándole ya los yacimientos de su futura poesía y prosa Y en estas materias hay, a su vez, una identidad de dar nombre a las cosas, como quien dice objeto-alma, cosa-espíritu La harina blanquísima de una castaña, por ejemplo, puede ser aquí la santidad "¿Por qué hiciste tu sayal de ese color de castaña, Francisco? Tal vez te lo dieron las espinas quemadas Ellas disimulan la harina blanquísima, que las hincha Así tú disimulabas la santidad"[49]

En sus temas religiosos o cristianos, humanizadores y muchas veces críticos, Gabriela Mistral sabe nombrar donosamente, con amor y miedo de amor, las situaciones cotidianas y altísimas que le preocupaban una alabanza a la Virgen, una estampa de Sor Juana Inés de la Cruz, un recado a Fray Bartolomé (el misionero por excelencia), una evocación navideña, un retrato memorial del arzobispo Clemente Errázuriz[50] o un recorrer los sagrados lugares de Lourdes, peregrina y devota, confundida entre los tuberculosos y los inválidos que esperan el milagro que repare la pierna inválida o recupere la salud el pulmón dañado En muchos de estos motivos está la experiencia misma de la Mistral también, además de su castellano y de su historia, su religión y su evangelio "Cuando tuve una escuela mía puse siempre delante de las niñas láminas en que la figura de Cristo era serena, o el Jesús rodeado de los niños, que dijo la frase eterna, o el Jesús glorioso que ha vencido a la muerte Fue a mi sala de trabajo a donde llevé el Cristo con sangre, el Cristo de la propia Inmolación, que conforta al maestro en su agonía"[51]

Estampas, figuras cristianas, lugares, personalísimas biografías de santos, todo tiene en la escritura mistraliana su manifiesto don de señalar lo justo y lo valioso, en lo sobrio y lo austero de su lenguaje,

siempre en un acercamiento familiar de conversación y diálogo Las lecturas bíblicas de la infancia dejaron su hondura en el gusto y en el regusto de la frase o el párrafo que tiene su fuerza y su lengua, su terrenal existencia y su proyección divinizada. "Fui torpe para muchas faenas —dice la Mistral—, pero siempre he querido ser la dulce dueña, la que coge las cosas con dulzura por si entendiesen." Y este entender es lo que está en cada uno de sus motivos religiosos que escribió en tantas partes y en tantos aventados años: de lo cotidiano a lo angélico, de lo sublime y humano a lo personal y plural.

V

MATERIA DE *TALA*

De la obra poética de Gabriela Mistral no del todo extensa pero sí intensa, *Tala* constituye, tal vez, su libro fundamental. Ella misma lo consideraba que era su verdadera obra, sobre todo porque en sus páginas está la raíz de lo indoamericano. Libro de los ánimos espirituales y las materias corporales (pan, sal, agua), las ausencias, los nocturnos y las alucinaciones: el mundo y el ser. Pero también está la América precolombina, ritual y ceremoniosa *(Sol del Trópico, Cordillera)* con sus himnos indios a los incas y a los mayas, y todos los frutos americanos: el maguey y la yuca, los mangos y las pitahayas. Además el santo maíz milenario y mágico. La cordillera tutelar de Los Andes, a quien llama *madre yacente, madre que anda.* Y todos los árboles balsámicos con su copal y su mirra y su estoraque. Libro abierto a las naturalezas humanas y geográficas de nuestro continente con sus paisajes y sus seres indios Sin embargo, *Tala* es también el libro de la fe —"libro de la recreación religiosa del mundo"— lo llama el estudioso Gastón von dem Bussche[52], de la devota consumación del dolor, del descendimiento y la letanía Verso certero y religioso, que parece nuevo o como no visto, y que maravilla de gozo por su lengua cotidiana.

Esta lengua cotidiana, muchas veces conversacional, es la que va a tipificar una escritura única y novedosa, cargada de lo viejo y de lo nuevo que hay en sus temas: lo arcaico y lo criollo, lo indígena y lo español. De ahí su verso que va siempre de lo doloroso a lo íntimo, de lo áspero a lo bíblico, de lo sanguíneo al sacudón del alma. Acaso por esto mismo, Gabriela Mistral reconocía que había en *Tala* un pequeño

rezago de *Desolación* su libro primero[53] Más que rezago hay, en verdad, una proyección mayor y honda de los asuntos o bultos corporales que le importaron la tierra y sus frutos, la naturaleza y sus culturas, los viajes y los pueblos, los paisajes y las gentes Confieso que, por voluntad mía o por temperamento, las tierras extrañas no me arrasan la costumbre que apenas me la remesen, de que la tengo añeja y tenaz Errante y todo, soy una tradicionalista risible que sigue viviendo en el valle de Elqui de su infancia [54] Del sentimiento del amor, tan evidente y patético de los poemas iniciales, al sentimiento del dolor — no son buenos ni bellos los llamados frutos del dolor y a nadie se los deseo , dice la Mistral— que ilumina mucho de la poesía de *Tala*, en una pluralidad de lo humano y de reencuentro con otras patrias lejanas No en vano han transcurrido redondamente 16 años entre su desolado *Desolación* y su perpetuo *Tala,* que no deja de ser en su título (cortar por el pie talar un árbol, arrasar) y en muchos poemas, desolado, también Sólo que ahora una especie de nostalgia o de *saudade* de recuerdo permanente otorga una atmósfera de memoria divina y evocadora *Recuerdos gestos de criatura / y son gestos de darme agua*

Sin embargo, la poesía de Gabriela Mistral, y de manera especialísima en *Tala,* no es, en el sentido tradicional, pesimista, sino al revés siempre sencillamente renovada, activa y ardiente No era aventurado el juicio de Hernán Díaz Arrieta (Alone), el crítico chileno de la época, celebrando en su momento la publicación de la obra La poesía de *Tala* entraña una virtud tónica, una nobleza reconfortante, una limpieza primitiva que a todos los ojos permite mirar no sólo con admiración sino con respeto [55] Esa limpieza primitiva que rescata lo tutelar de un continente hacia un redescubrimiento de lo original americano

Tala se publica originalmente en 1938, y en la ciudad de Buenos Aires[56], gracias a la escritora argentina Victoria Ocampo, noble amiga de Gabriela Mistral Recuérdese que fue también un extranjero, el muy español Federico de Onís, quien cargará con la responsabilidad de editar *Desolación* Ahora *Tala* se publica en un momento histórico demasiado dramático para el mundo la guerra civil española Y Gabriela Mistral que había vivido sus años consulares en Madrid, hospedada muchas veces en la hospitalaria Residencia de Pedralbes (*La Patria no me preguntaron, / La cara no me la sabían / Me señalaron con la mano / lecho tendido, mesa tendida*), no me permanece ajena Si España era la tierra que más quería sobre este mundo[57], se conmueve ante la tragedia de muchos niños vascos —ella que era mestiza de vascos, como dice— que tuvieron que salir huérfanos de sus hogares aventados por la guerra De ahí que *Tala,* en un acto de compromiso de humanidad, se

edita "Por no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersos a los cuatro vientos".

El 38, y lavado *Tala* de su miseria esencial por este ademán de servir, es un año además referencial, un hito importantísimo para la poesía chilena e hispanoamericana. Marca esta obra una renovación no sólo en el mundo poético de una Gabriela Mistral (siempre ausente y extranjera, pero con mucho de aire en el aire de su lenguaje) sino en la literatura del continente americano y en el ámbito de la lengua española. Libro que cierra una de las décadas más trascendentes y representativas en el panorama poético de Chile, iniciada con *Altazor* (1931) de Vicente Huidobro y continuada, luego, con *Residencia en la tierra* (1935) de Pablo Neruda. Década que se extenderá, sin duda, a todo el siglo veinte. Sin embargo, *Tala* "es todavía hoy, con muy pocas excepciones críticas, una obra escasamente leída y casi desconocida dentro y fuera de Chile". La afirmación del estudioso Jaime Concha[58] debería, en rigor, hacerse válida y extensiva a toda la obra, tanto poética como prosística de nuestra Mistral.

Tala es un libro que Gabriela Mistral va escribiendo en sus largos años de errancia (con sólo su destino como almohada) por países de América y Europa. Y siempre con una mirada recogedora de cuarenta panoramas. Redescubriendo el continente americano y sus culturas indígenas (léanse sus dos himnos: *Sol del Trópico, Cordillera*); sobrevolando en los primeros aeroplanos, y sin temor al vértigo, el mar de las Antillas o su muy querida isla de Puerto Rico (poema *Mar Caribe*); maravillada por la luz de la meseta mexicana tan verde de magueyes y de milpa (poema *Maíz*). Y no sólo el paisaje en su geografía totalizadora y en su flora y fauna americana, sino fundamentalmente lo humano sufriente y sudoroso de los seres-habitantes milenarios de ese paisaje americano: *Sol de los Incas, sol de los Mayas, / maduro sol americano, / sol en que mayas y quichés / reconocieron y adoraron, / y del que quechuas y aimaráes / como el ámbar fueron quemados*[59]. O caminando, casi rompiendo su sandalia teresiana de caminar, por el mundo viejo que la acerca al mundo nuevo. Este vagabundaje por las serranías de Castilla o por Florencia o por Amberes queda en evidencia en su poema *La extranjera: Vivirá entre nosotros 80 años, / ¿pero siempre será como si llega hablando lengua que jadea y gime.* O en el *País de ausencia* que llevó consigo en su desvelo y en su arrebato y en su destino: *Y en país sin nombre / me voy a morir.*

Así, Gabriela Mistral no anduvo por éstos y mil lugares con afanes de turista primitiva, o con mentalidad de ojo de *Kodak,* según una gráfica expresión de ella misma. Sino destinada a cumplir obligaciones

educacionales ("no voy sino a los pueblos en que puedo servir"), a decir su palabra, que era palabra ardiendo, en conferencias y congresos internacionales, a desempeñar funciones en consulados de segunda o tercera categoría, y, en definitiva, en busca de una hora de paz que le permitiera hacer su obra, su *Tala,* y satisfacer el hambre de extensión verde que es para "mí entre las más nobles avideces que llevamos, y yo no sé vivir en paisaje que no me la aplaque y, además, me la revele".

La muerte de su madre —"esa linda viejecita que reía mis torpezas"— motivará, en Gabriela Mistral, una de las secciones más sentidas de *Tala,* con mucho de descendimiento y de religiosidad (el tema de la muerte viene ya desde aquellos trágicos y dolorosos sonetos de *Desolación*). Doña Petronila Alcayaga era para Gabriela Mistral una especie de subsuelo de donde le venía fuerza y nobleza: "Ella se me volvió una larga y sombría posada", dice la autora en una de sus características y singulares notas; "se me hizo un país en que viví cinco o seis años, país amado a causa de la muerta, odioso a causa de la volteadura de mi alma, en una larga crisis religiosa"[60]. Y siempre estuvo atenta a ella en la realidad de vida y en la realidad de sus poemas: *Mi madre era pequeñita como la menta o la hierba,* escribe en un verso, recordándola en medio del huerto de su infancia del valle de Elqui. O en este otro verso de *Lápida final: Amados pechos que me nutrieron / con una leche más que otra viva.* Un depurado dolor, que quiere ser derrota o fuga, queda en estos poemas tremendos y gloriosos. Pero al mismo tiempo un confortamiento bíblico que supera lo nocturno y la consumación. Gabriela Mistral cuenta que al morir su madre, ella no fue otra que una especie "de vagabunda que no tiene más que el aire y la luz en este pobre mundo": un vaho de fantasmas. Y así lo dirá también en estos versos iniciales con que se abre su formidable obra: *Madre mía, en el sueño / ando por paisajes cardenosos: / un monte negro que se contornea / siempre, para alcanzar el otro monte; / y en el que sigue estás tú vagamente, / pero siempre hay otro monte redondo / que circundar, para pagar el paso / al monte de tu gozo y de mi gozo*[61].

Por otra parte, *Tala* tiene su fundamento mayor en secciones como *Materias* y *América.* El lenguaje mistraliano adquiere aquí una categoría importantísima, semejante al tema que trata: los grandes monumentos naturales de nuestro continente. El himno reivindicatorio de los mitos y las realidades americanas. Igual cosa ocurre con sus elogios al pan *(Se ha comido en todos los climas / el mismo pan en cien hermanos),* a la sal *(la Santa de la sal que nos conforta y nos penetra),* el agua *(me venza y pare los alientos / el agua acérrima y helada),* todo en un

tratamiento hondamente ritual y sagrado. Aquí la materia tiene alma e idioma y habla con el lenguaje de la infancia o con el verbo de la pasión. Esa pasión se hace en la poesía de la Mistral gesto, acto simple de humildad y de gracia. Un recrear el mundo con lo bellamente sensorial y motivador. Cada palabra en la poesía de *Tala* —libro hermético, lo llama equivocadamente un estudioso de su poesía[62]— da nombre y lugar, canto y entraña, testimonio de un alma "que llega al deleite puro en el contacto con las cosas que poseen algo de santo por la ternura humana que palpita en ellas"[63] Ya en un célebre recado sobre Pablo Neruda, escrito en abril de 1936, Gabriela Mistral marca un resuelto interés por el tema de las materias, en un conocer, ver e instalarse realmente dentro del objeto tema de su verso[64]. La materia como cosa redimida y redivinizada.

Gabriela Mistral se definió, en una oportunidad, como una coleccionadora no sólo de imágenes anchas, sino de gestos menudillos. *Tala* es, después de todo, su mejor aserto un saboreo dichoso de la memoria y un desgajamiento del tiempo.

VI

EL MUJERIO O LA MUJER DE SU TIEMPO

No es nada de extraño que nuestra Gabriela Mistral —"tengo a la mujer como más saturada de sabiduría de vida que el hombre común' — haya escrito no sólo mucha buena prosa de elogio o de alabanza a la mujer de su tiempo, sino además haber hecho viva conciencia de la dignidad y la labor de ésta en una época de tantos feminismos rabiosos Así, la Efigenia, la Rosalía, la Soledad (y la misma Lucila) de su fábula-poema elquino va a alcanzar la expresión de lo verídico y lo bellamente amado[65] Mujeres chilenas o extranjeras, que bien poco importaba en la Mistral los distingos limitantes de las nacionalidades o de las razas, y con quienes anduvo conversando en la admiración y la amistad en sus lugares de residencia por el mundo, tendrán su recado de acercamiento y simpatía

Este *mujerío,* palabra tan única y tan suya, siempre estuvo muy cerca de sus preocupaciones: en el prólogo de libro o en la conferencia pública, en la relación epistolar o en la mesa compartida de maíz y

leche caseros Importaba, en la Mistral, un ver y un sentir ciertas consecuencias de la persona en la obra Y la obra como un todo que define carácter y personalidad

La mujer de la época mistraliana, llamase maestra, artista, escritora, o simplemente la que llamamos la mujer de su casa (salvando las intencionalidades peyorativas en beneficio de tener la casa como universo o forma de vida noble para la mujer), será una motivación entusiasta y vitalizadora en la escritura y en el ajetreo cotidiano de la autora de *Desolación* Y no es que ella fuera una furibunda feminista Más bien miraba con cierto desdén tanta reunión o asamblea que enarbolaba el tema de la cuestión del feminismo[66] Es la década de los años veinte o treinta cuando los aires mujeriles toman cuerpo congresista en Europa, en los Estados Unidos, en Chile En este período de declaraciones feministas, la Mistral tampoco está ajena y dirá su palabra, honda y verbalísima, en la rueda de amigas, en el artículo de prensa, en el paraninfo universitario del Continente Dirá más de una vez "Las mujeres no nos juntamos sino para golpear el codo a los diputados por el voto, o a organizar obras de caridad que se toquen como las piedras [67]

Y aunque no le inspiraba confianza grande esta materia, el año 1925 fija posiciones en un significativo recado que tituló *Organización de las mujeres*[68] "El feminismo llega a parecernos a veces, en Chile, una expresión más de sentimentalismo mujeril, quejumbroso, blanducho, perfectamente invertebrado, como una esponja que flota en un líquido inocuo Tiene más emoción que ideas, más lirismo malo que conceptos sociales Mucha legitimidad en los anhelos, pureza de intenciones, hasta un fervor místico, que impone el respeto, pero poca, ¡muy poca!, cultura en materias sociales"

Cuando se le preguntaba ¿es usted feminista?, Gabriela Mistral respondía con un *no* escueto Eran, sin duda, sus preocupaciones, sus juicios y sus decires familiares Había en ella un permanente apego y una admirativa actitud por el trabajo de la mujer, por el oficio cumplido e, incluso, por las tareas del hogar En carta escrita a don Pedro Aguirre Cerda[69], muchos años antes que éste llegara a la presidencia de la República de Chile, le dice "Yo no veo hacia Chile trabajo apreciable, verdaderamente tan bello, y perfecto de las mujeres, sino las labores de mano, en alguna parte, la floricultura, y las obras de beneficencia, en el aspecto social"[70] Y hablando de la mujer chilena, la Mistral escribe, en frase que bien la retrata a ella misma también 'La llaman constantemente una temperamental y el punto de arranque de su arrebato es casi siempre un amor absoluto de cuya llama salen y saltan las más cuerdas acciones y las más desatadas fantasías[71]

Este feminismo en la Mistral será, a su vez, pacifismo y devota solidaridad americana. Tal cosa ocurre, por ejemplo, con una carta abierta que dirige a la mujer peruana en aquellos críticos años (1926-1927) de resolución limítrofe definitiva entre Chile y Perú. Palabra epistolar oportuna y necesaria y que revela toda su política espiritual y su estrategia moral muy dignas de un mujerío listo: "La paz es, primero, un estado moral colectivo, de confianza y de simpatía: cuando esto no existe hay guerra, aunque no se den batallas"[72]. Se comprenderá entonces el profundo sentido americanista de una autora a quien preocupaba no sólo el escribir versos, sino además el acercamiento de real hermandad en el Continente.

Diarios y revistas de su tiempo recogerán muchos de los temas mujeriles que importaron a Gabriela Mistral, en variados y recreadores semblantes que tienen su página de elogio. Elogio que no es aquí jalea dulzona ni amaneramiento metafórico. En esta escritura que adquiere su rango de sencillez —"la sencillez revela gran raza en cualquier oficio"— hay, naturalmente, mucho de novedosa materia en lo humano, lo testimonial y lo crítico. Historia mujeril que tiene su momento y su circunstancia en la epifanía, en la anécdota referencial, en el contar lo cercano y lo próximo. Nuestra Mistral humaniza a la destinataria de su recado para celebrar su vida o para sentir, de sentimiento adentro, su muerte: "Es cosa desusada en la América dar su valor exacto a los vivos y seguir dando la admiración a los muertos", había dicho. Se sentirá mucho más pobre y mucho más sola cuando muere la venezolana Teresa de la Parra, y con los ojos enrojecidos sobre la página por el lagrimal que llora, escribirá su conmovedora estampa de recuerdo a la escritora amiga. Algo semejante ocurre con la argentina Alfonsina Storni o la uruguaya Luisa Luisi y otras numerosas *hermanas de leche.* A su vez, cuando habla de Isadora Duncan remarcará el atrevimiento y la sensualidad de aquella bailarina yanqui-irlandesa, a despecho de algunos pudibundos de la época.

Poéticamente Gabriela Mistral había escrito ya en *Tala,* su libro de 1938, algunos extensos y vivificadores poemas-recados al mujerío de su simpatía. Así ocurre con el recado a la mexicana Lolita Arriaga, su compañera en los mismos afanes de maestra en las granjas y ruralidades del país azteca: *Panadera en aldea sin pan, que tornó Villa, / para que no lloraran los chiquitos, y en otra / aldea del azoro, partera a media-noche, / lavando al desnudito entre los silabarios.* O su formidable recado a Victoria Ocampo en la Argentina: *Te quiero porque eres vasca / y eres terca y apuntas lejos, / a lo que viene y aún no llega,* le dice en unos

versos[73] que serán después prosa: "a manos llenas para prestar y dar el conocimiento de todas las especies de humanidad". La Mistral le dará un sentido singularísimo a cada tema, rescatando sus realidades y sus vivencias. El mujerío mistraliano significa relación de belleza y de vida. Nada de vanidades, *hornaza* de temperamento vuelto un grande amor.

VII

LAGAR O EL DESVARIO

Lagar, libro sanguíneo y ansioso de búsqueda Suprema, se publica en 1954, y en Santiago de Chile. Es el único de los volúmenes poemáticos mistralianos que se edita originalmente en el país natal de la poetisa. En septiembre de ese mismo año Gabriela Mistral visita su patria por última vez, reencontrándose con el largo territorio después de mucho andar extranjería: "En mis años de vida errante, yo supe siempre que nadie iba a enseñarme la verdad acerca de las tierras que recorría, sino su tradición y sus costumbres presentes, o sea, cierta familiaridad con los muertos y los vivos de cada región"[74]. Su regreso es una fiesta nacional y una apoteosis. Honores oficiales y doctorados honoris causa que parecían dejarla indiferente. Ella habla a los niños, a los universitarios, a las mujeres o al mujerío, a los campesinos (su pasión agraria de toda una vida), a las gentes de su Valle: *Los tejados de mi aldea / si vuelvo, no los conozco, / y el hermano de mis leches / no me conoce tampoco.* Sin embargo, ella —la otra, la que camina, la humillada— estaba bellamente ausente ya de todo: *Tanto quiso olvidar que ya ha olvidado. / Tanto quiso mudar que ya no es ella,* como bien se retrata a sí misma en uno de sus poemas de *Locas mujeres*[75].

Entre la publicación de *Tala* (1938), su libro anterior, y *Lagar* han transcurrido nada menos que 16 años. Otra vez la cifra cabalística y sorprendentemente simbólica en la evolución poética y publicante de nuestra autora. Es el período mayor, definitivo y total de una Gabriela Mistral que unifica obra y vida en sus soledades, vagabundajes y desvaríos. Y de rezago también a través de un encadenamiento de libro a libros: "Así ocurre en mi valle de Elqui con la exprimidura de los racimos. Pulpas y pulpas quedan en las hendijas del *lagar.* Las encuentran después los peones de la vendimia. Ya el vino se hizo y

aquello se deja para el turno siguiente de los canastos"[76]. Ha estallado la Segunda Guerra y el mundo arde en llamas. Un aire denso y sucio mancha los cielos de la humanidad. Y mientras *suena el infierno de los tanques, / y caen los aviones en sesgo de verguenza* (poema *Campeón finlandés),* Gabriela Mistral escribe su manifiesto por la causa de la paz, desmenuzándose por esta palabra de yodo y piedra alumbre entre los labios. El tema de la guerra será, en la primera parte de *Lagar,* su circunstancia, su motivación y su compromiso de humano pacifismo: *Es amargo rezar oyendo el eco / que un aire vano y un muro devuelven* (poema *Caída de Europa).*

Estas casi dos décadas han dejado su huella en el mundo, y en el mundo íntimo de la Mistral. Vive por entonces en Petrópolis (Brasil), desempeñando funciones consulares. Allí recibe los más tristes golpes de su vida (ella que recibió tantos tristes golpes en su vida) y las noticias más bienaventuradas también. Muere de extraña muerte su sobrino Juan Miguel (Yin-Yin). Y ese suceso trágico será su padecimiento eterno: *Todavía siento extrañeza / de no apartar tus naranjas / ni comer tu pan sobrado,* dice definitoriamente en unos versos de *Lagar*[77]. La muerte del sobrino amado, como la de Romelio Ureta en sus años coquimbanos y en sus tiempos de *Desolación,* contribuirá al no poco mito y a la fábula emotivo-sentimental: ¿Suicidio? ¿Homicidio? Contra el logro de la muerte y de matadores habla la autora en un poema *(Aniversario* de la sección "Luto"). Así y todo, en este y otros poemas, Gabriela Mistral evoca con depurado dolor las voces, los pasos, los cabellos del joven Juan Miguel: *Todavía estoy contigo / parada y fija en tu trance, / tendidos como en un puente, / sin decidirte tú a seguir, / y yo negada a devolverme.* Agréguese a esta muerte otro suicidio, el de Stefan Zweig (1881-1942), escritor austríaco de origen judío y por quien Gabriela Mistral sentía un afecto entrañable[78].

En medio de estos tristes sucesos, Gabriela Mistral recibe la noticia del Premio Nobel de Literatura (1945): "Por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza", dirá con humildad y con razón esta maestra chilena que hacía de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano. Su obra, inspirada en poderosas emociones, trascendía por el humanitario mensaje de sus poemas y por su pensamiento vivo de conciencia creadora.

Lagar es un libro símbolo y significante en la poesía mistraliana, con todo lo de recado terrestre y lo de tiempo-religioso que tiene. Con el *bendícenos, Padre, la mesa, la jarra* y con el salmónico regreso del

desnudos volveremos a nuestro Dueño. Cada una de sus secciones, con su constante de lenguaje y de presencia de época en los temas, representan vivencial y testimonialmente los elementos y las cosas más queridas de la autora. Reconstruyen bien su mundo en los paisajes y la naturaleza, los oficios, las jugarretas, las gentes amigas. También los lutos, la guerra, los nocturnos, los vagabundajes, los desvelos de mujer piadosa. En mucho de este desvelarse, sobre todo en la sección *Locas mujeres,* la autora pareciera retratarse a sí misma en un continuo retorno a los años de sus infancias elquinas. Si aquellos años fueron su dicha y su fervor intensos, lo serán ahora en el poema que reconstruye la memoria: *La aldea que no me vio / me verá cruzar sin rostro* (poema *La dichosa*).

Y no sólo su aldea natal. Ella de cuerpo y alma reverberándose en cada imagen de mujer abandonada, fugitiva, humillada. Pero también la misma que camina, la misma fervorosa y dichosa. En todas estas mujeres —señala el escritor Fernando Alegría, "hay, escondido, un signo de soledad, de luto y de lejanía. Ya no son apasionadas: viven el rescoldo de una tragedia. En ella vemos el reflejo de antiguas llamas. En ellas quedó Gabriela Mistral[79]. Es el tiempo que la poetisa vive en los más diferentes lugares (buscando siempre mejores climas y regiones para su salud cada vez más afectada: corazón, diabetes, pulmón, presión arterial), en Veracruz y en Génova; en Rapallo, Nueva York y California: *Aquellos que la amaron no la encuentran, / el que la vio la cuenta por fábula*[80].

La naturaleza, con sus paisajes, sus gentes y sus geografías —y siempre tan presentes en las vivencias mistralianas—, representa en *Lagar* lo menudo y lo fecundo de una flora americana o latinoamericana. Exóticos frutos con sus nombres que aroman el huerto o la mesa familiar (el maguey, el mamey, la pitahaya, la yuca), plantas y árboles que revelan hasta la reiteración sus pasiones forestales: *De palmas llevo marcha lenta, / tránsito y vuelo de palmeras / éxtasis lento de la Tierra*[81]. Lo llamativo está, a su vez, en la expresión gestual que adquiere en el poema el elemento natural, sea éste flor, fruto, árbol. Sucede, por ejemplo, con *Ocotillo,* una especie de pino resinoso que, sustentado en medio del desierto de Arizona, provoca en la Mistral una admirada piedad por esos *huesecillos requemados / crepitando y resistiendo / tantos gestos aventados.* El tratamiento lírico y formal de este poema recuerda aquel *Arbol muerto* de los paisajes de la Patagonia *—un árbol seco su blasfemia alarga—* de su libro *Desolación.* Algo semejante ocurre con el poema *Vertiente,* que hace pensar de inmedia-

to en aquellos rituales y ceremoniosos gestos o ademanes de *Beber,* el religioso y casi litúrgico poema de *Tala.* Ahora, en el huerto de la aldea y haciendo cuenco con sus manos, bebe de rodillas en la vertiente de *Lagar: Y yo le llevo tan sólo / las sedes que más se inclinan: / la sed de las pobres bestias, la de los niños, la mía*[82].

Lagar es, de hecho, el último libro escrito por Gabriela Mistral (aunque *Poema de Chile* se haya publicado póstumamente). De alguna manera viene a definir y resumir la obra poética de su autora, sólo que ahora *—ni mi triunfo ni mi derrota—* desasida ya de todo: *Todo lo di, ya nada llevo.* Abismante y abismado libro que "termina con sobrecogedora grandeza un destino poético inevitable en su autenticidad"[83]. Y esta autenticidad está en la palabra poética mistraliana que quema el pasto vivo, hace sangrar al cordero, caer al pájaro. Si el padre Job la dijo ardiendo, así la dice también nuestra Mistral en su verso que tuerce y abrasa. Repárese en las realidades sociales y humanas que *Lagar* no deja de lado, y que son las evidencias de decir lo suyo en su amor fraternal por el prójimo. Tal es el caso del poema *Mujer de prisionero (y es bueno, sí, que hablemos de él, sentados / o caminando, y en vela o durmiendo),* y, sobre todo, *Manos de obreros (las he visto en bocaminas y en canteras azuladas),* verdadero himno a la laboriosidad del trabajo en los telares, en los hornos, en los yunques.

Con esta obra, Gabriela Mistral ha completado, conscientemente, todo su vasto ciclo lírico de excepcional y único lenguaje. Y en ese lenguaje una sensibilidad también única. No es de extrañar, entonces, que una atmósfera de resuelta nostalgia y melancolía vaya y venga en el tratamiento de varios de estos poemas. Libro de los adioses y las despedidas, sin duda. Al cruzar una puerta *(entre los gestos del mundo / recibí el que dan las puertas)* la autora tiene el presentimiento de la muerte, de los muertos que la llevan. Y ya no habrá otra vez para cruzar esa puerta, sino esta última. En este irse de todo y de todos solamente cabe dar las gracias a las materias y a los frutos que fueron siempre su gozo en casa, costumbre, lares y expresiones cotidianas. Y su dicha sensorial y casi mística: *Gracias del pan, de la sal y de la pitahaya / del lecho que olía a mentas / y la noche hablada*[84]. Un recogimiento hacia lo íntimo, hacia lo hondo de sí misma, hacia lo total.

En *Lagar,* un recorrer nombres y geografías también, se definen los lugares natales y amados y vivenciales de Gabriela Mistral: *Hay dos puntos cardinales: Son Montegrande y el Mayab,* dice la autora en los versos de su poema *Patrias,* en las páginas ya finales del libro. Si Vicente Huidobro (1893-1948) escribía con gracia altazoriana que los cua-

tro puntos cardinales eran tres el Sur y el Norte, para nuestra Mistral eran efectiva y realmente dos su aldea natal del Valle de Elqui (la infancia es la patria real, había dicho una vez) y aquel lugar maya-indígena de la península de Yucatán, en México Después de sus andanzas y sus vagabundajes, el vivir en el retorno para siempre *Mi último árbol no está en la tierra / no es de semilla ni de leño / no se plantó, no tiene riegos / Soy yo misma mi ciprés / mi sombreadura y mi ruedo / mi sudario sin costuras, / y mi sueño que camina*[85]

VII

UNA VOLUNTAD DE SER

"Por mi voz hablan muchas mujeres de clase media y del pueblo"[86], dirá Gabriela Mistral por el año constitucional chileno de 1925 Y en esa frase está resueltamente su identidad social y su visionario compromiso con las realidades contingentes patrias No sólo autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e hispanoamericana del siglo veinte, sino que a la par también una mujer-ciudadana en su tiempo y en su porvenir Se diría conciencia viva de una época que resume en sus recados y ensayos el ritmo vital de Chile, la faena de una América y la visión del mundo Si su obra poética no es del todo cabalmente conocida, mucho menos lo es su prosa —nunca reunida en libro definitivo— y, de manera especial, aquella que tiene que ver con las circunstancias reales y dramáticas del quehacer contemporáneo

Interés nada de antojadizo o meramente ocasional, sino que obedece a las permanentes preocupaciones que siempre, en todo momento y lugar, tuvo nuestra autora por las cuestiones inmediatas y quemantes de su Chile natal —*país civilísimo, del civis político y del civis social,* como ella decía— y de su propio Continente americano "Voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque política vendrá a ser (perversa política) la entrega de la riqueza de nuestros pueblos, el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo, la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a

medias su especialidad; el jacobinismo avinagrado, de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios; las influencias extranjeras que ya se desnudan con un absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes"[87].

Gabriela Mistral, que nace en una aldea del Valle Elqui en pleno gobierno, en Chile, de José Manuel Balmaceda (1840-1891), "ese hombre con afanes de limpieza republicana y el ídolo de una nación entera", no estará ajena a los acontecimientos políticos, sociales, agrarios, educacionales, religiosos e ideológicos que le tocó vivir tanto en sus años de permanencia en Chile como en los otros muchos de su errancia por el mundo. Tales sucesos no la iban a dejar indiferente estuviera donde estuviera. Así nacerán sus lacerantes, elocuentes e indesmentibles artículos-ensayos que testimonian su pensar y su verdad.

Y no sólo la página escrita para el periódico o la revista. También ese "hablar por mi voz" en las más diversas tribunas internacionales. Sin titubeo alguno expresará su pensamiento, denunciando a todos los vientos la injusticia social —"que hace tanto bulto en el Continente como la cordillera"— y la tiranía de gobiernos acomodaticios; hablando con fervor de una urgente reforma agraria que favorezca a los campesinos. O abogando por la paz y por el respeto a los Derechos Humanos en la Asamblea General de las Naciones Unidas. O solidarizando con la causa sandinista de los años treinta en Centroamérica, o con los patriotas republicanos de una España heroica: "Yo no tengo por mi pequeña obra literaria el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares, de aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países"[88].

Tres grandes temas —el problema agrario, el asunto indígena, la cuestión social— importarán decididamente y durante toda su vida a Gabriela Mistral. Serán su materia y su rezongo, sus impaciencias motivadoras cotidianas. Venida de una zona rural, de hortelanos y pequeños agricultores elquinos ("toda cultura debería comenzar por la tierra", escribe), conocerá desde muy joven la realidad del campo chileno. Ella misma consideraba que los campesinos eran su verdadera familia en cualesquier parte y constituían la raza chilena efectiva, la mayor y la mejor de nuestras clases sociales. En ese campesinado de Chile, o *campesinería* como le gustaba decir, ponía todo su amor y, también, toda su pasión, sintiéndose ligada "como la miga y la miga dentro del pan, o más bien como la pulpa a la piel en el fruto"[89].

No extrañará, entonces, el afán juicioso y detallado que va a tener por la urgencia de una reforma agraria, sobre todo en un país de Chile con latifundio medieval Consideraba que el suelo abandonado era lisa y llanamente una expresión de barbarie, y sin hacer artículo de especialidad que no sé escribir, he dicho cada vez que he podido mi aborrecimiento de nuestro feudalismo '[90] En septiembre de 1954, en su última visita a Chile, al hablar al pueblo desde uno de los balcones de La Moneda, la Casa de Gobierno, se alegrará que al fin el campesino chileno pudiera gozar de su tierra esto es de una justicia de un tamaño que no se puede medir"[91] Muchos creyeron, y creen todavía, que la Mistral decía cosas líricas, propias de su ausencia real del país Hasta el presidente Ibáñez (el mismo que en 1929 le había suspendido su pensión de gracia), que estaba ahora a su lado, pareció incómodamente sorprendido

Pero Gabriela Mistral — yo soy una chilena ausente, no una ausentista '— decía con su franqueza habitual un tema que no le era ajeno Es cierto que sólo ocho años después de su visita, en 1962, se implantará legalmente en Chile la reforma agraria Sin embargo, desde 1923 venía ella preocupándose públicamente de estas materias En México vivirá, en verdad, esta experiencia "Con la reforma agraria no sólo buscan los hombres de la revolución mexicana el cumplimiento de las promesas democráticas hechas al pueblo, buscan algo más la mayor producción que es en todas partes el resultado de la división de la tierra [92] Esa acción agraria decorosa y salvadora era también la que deseaba para Chile, considerando que sólo los pueblos agrarios eran pueblos morales por sensatez

Sobradas razones tendrá entonces el demócrata Pedro Aguirre Cerda para dedicar su vasto libro *El problema agrario* (París, 1929) a "mi distinguida amiga Gabriela Mistral, trabajo que Ud ha inspirado" Años después, en pleno gobierno constitucional de Aguirre Cerda (1938-1941), nuestra Mistral celebrará este libro con la admiración por un hombre que siente pasión por la tierra", señalando, a su vez, que América está en deuda con él por el libro fundamental de que es autor"[93]

Otras sorprendentes palabras las estampará Gabriela Mistral en su artículo *Agrarismo en Chile,* y publicado en septiembre de 1928 "Escribirme contándome que mi madre se ha puesto joven y fuerte no me llenaría de mayor complacencia El contarme que ha brotado petróleo a lo largo del país, me exaltaría menos Pero una noticia sobre una acción agraria decorosa y salvadora, me endereza de un gozo que no sé decir Porque un pozo de nafta brota porque sí, por antojo de la geología, y una ley agraria nace cuando en un pueblo madura la conciencia"[94]

Será México, también, el país que le revelará en su mayor intensidad otra de sus bravas pasiones: la masa indígena o las netas indianidades vueltas conciencia viva de la raza. Este acercamiento a las verdades indias tendría su encuentro originario por 1919, en la región de su destierro magallánico: "allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alcalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobrecitos fueguinos. Eran el aborigen inédito, el hallazgo mejor para una indigenista de siempre"[95]. Luego en Temuco, aquella maravillosa zona de la araucanía, conocerá sin prejuicio alguno al pueblo mapuche, la *formidable raza gris,* como la llama. Mirándole vivir un tiempo entenderá a esas indianas aventadas y barbarizadas por el despojo de su tierra: "Nos manchan y nos llagan, creo yo, los delitos del matón rural que roba predios de indios, vapulea hombres y estupra mujeres sin defensa a un kilómetro de nuestros juzgados indiferentes y de nuestras iglesias consentidoras"[96]. Recuérdese que en *Poema de Chile* estos mismos asuntos serán materia poética para sus textos *Reparto de tierra* y *Araucanos.*

Y todo esto lo dice la Mistral con palabras que arden y queman, sin perdonar nada, importándole grandemente la justicia social, y el destino "del pueblo, que es el vidente mayor". Miraba con cierto desdén a la oligarquía y a la aristocracia criolla chilena. Nunca llamó, por ejemplo, a los conservadores por su nombre, sino usando a menudo el peyorativo apodo de los *pelucones.* Ella misma consideraba que la clase social dentro de la cual se sentía, aquella de la que esperaba más y a la que amaba de corazón, era la clase obrera. Remarcará estas frases con énfasis definitivo: "Soy, antes que todo, obrerista y amiga de los campesinos; jamás he renegado de mi adhesión al pueblo y mi conciencia social es cada día más viva"[97]. No sólo en sus relaciones epistolares dejaba constancia de este anhelo de justicia social y de esta adhesión al pueblo. Varios de sus recados ahondarán en estas materias, así resulte comunista para los conservadores de Monterrey, o beata para los radicales de Michoacán: "Tenemos que habituarnos al nuevo acento de las masas populares: hiere a los viejos oídos, un poco femeninos, de puro delicados, mas tiene que oír esos oídos"[98].

A estas preocupaciones sociales, agrarias, indigenistas, deben agregarse otras tantas que tuvo Gabriela Mistral. Ni tampoco los asuntos mujeriles —sin ser ella una rematada feminista, como se ha dicho— le iban a ser ajenos, al igual también que los problemas educacionales. Y aunque ella reconocía no tener manía política ni genio político, en la realidad tales asuntos fueron además sus motivaciones. Sobre todo en tiempos de tanto tradicionalismo y de tanta sociabilidad —"por no

llamarle con nombre legítimo la ociosidad dorada"—, nuestra Mistral estará ocupada en temas analíticos de una organización del trabajo nueva y moderna o discutiendo acerca del todavía incipiente voto femenino: "el derecho femenino al voto me ha parecido siempre cosa naturalísima"[99]. Consideraba que las mujeres debían hablar de lo suyo en legítimo, presentando en carne viva lo que es su oficio; que una delegada de las costureras, de las maestras primarias, de las obreras del calzado debería ser escuchada con gusto en el Parlamento.

La maestra chilena —"como buena maestra de niños, es sincera"— no hace otra cosa que ser fiel a una tarea que vocacionalmente se impuso desde muy joven: Ya organizando escuelas nocturnas para peones del campo, ya enseñando a muchachones que la sobrepasaban en edad (en Punta Arenas "un pueblo entero, desde el obrero de la Federación de Magallanes a los capitalistas, pueden decir en qué forma cumplí mi misión")[100]. No sólo, pues, autora de unos poemas que irían a llenar páginas enteras de textos escolares. Gabriela Mistral iba creadoramente trabajando su obra poética, su desolada *Desolación* o el maravillamiento de su *Ternura*. Y creadoramente también iba en ella un compromiso con las realidades inmediatas de la vida misma del país de Chile y de su América toda.

Una de las etapas más desconocidas de la vida y de la obra de Gabriela Mistral es el apoyo intelectual que dio al patriota Augusto César Sandino y a su causa nicaragüense de los años treinta. Por estas circunstancias, el propio jefe guerrillero, desde sus montañas de las Segovias, decretaría: "Fuera de Nicaragua la abanderada intelectual del Sandinismo, entre el sexo femenino, fue la célebre Gabriela Mistral, Benemérita del Ejército"[101]. La maestra rural chilena estaba lejos todavía del Premio Nobel de Literatura (1945), pero muy cerca de la carne viva de la historia: "Es necesario decir algo en favor de la desgraciada Nicaragua. Es preciso acompañar siquiera con palabras a esa gente desventurada y heroica que padece por la justicia"[102].

Aunque nuestra Mistral creía no tener manía política tuvo, sin embargo, una extraordinaria adhesión hacia aquel "hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no me toque ver otro", y hacia aquella causa de ese pequeño ejército loco y de voluntad de sacrificio. Memorables artículos, casi desconocidos hoy, publicaría en la prensa latinoamericana de entonces. "Para mí Sandino es todo un héroe", repite diez o quince veces en esos recados, como para refutar el calificativo de "bandido" que le daba el invasor norteamericano. Gabriela Mistral no permanece ajena a los acontecimientos de Nicaragua, aun cuando ella está

en París, Marsella o Nueva York. Los cables de la prensa le hacen temblar el pulso. No se queda ella en panegíricos, recados o contestaciones a encuestas, sino en hechos rotundos a través de su escritura también rotunda. Solicita públicamente a los hispanistas políticos una colecta continental para la causa sandinista, o insta a los jóvenes a formar la Legión Hispanoamericana de Nicaragua. Razón de gratitud tendría, entonces, el hombrecito Sandino para honrar a Gabriela Mistral como abanderada intelectual del sandinismo.

Y no sólo Sandino en este contar y pensar la América, que sus buenas páginas mistralianas tiene. También otros derroteros morales nuestros: un Bartolomé de Las Casas, "honra del género humano, el misionero por excelencia, el misionero al rojo blanco, salido de un cristianismo vertical". Un Simón Bolívar tan fascinante y definitivo, a quien dedica algunos recados para destacar y compartir el sueño de unidad americana del visionario venezolano, revelando al hombre y no al militar: "a este hombre de batallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba, era civil, como si al general lo dejase en el estribo"[103]. Un Eugenio María de Hostos, el patriota puertorriqueño tan ligado a Chile en las últimas décadas del siglo pasado: "Hostos no sirvió gobiernos vergonzosos de obedecer y en Chile enseñó bajo la autoridad solar de nuestro Balmaceda"[104]. Un Domingo Faustino Sarmiento, el maestro argentino que entre la civilización y la barbarie encuentra en Chile una tierra de asilo. Y un José Martí, el maestro americano más ostensible en la obra de la Mistral, como ella misma lo reconocerá en un sentido elogio. Alaba al patriota cubano, "al guía de hombres terriblemente puro que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido y que padecemos todavía"[105].

¿No son también estos mismísimos evangelizadores y maestros y patriotas poética y épicamente los protagonistas-libertadores en las páginas nerudianas del *Canto General* (1950)? Lo que Pablo Neruda (1904-1973) escribió en un contar la América durante un forzoso destierro, una Gabriela Mistral haría otro tanto en sus destierros también por el mundo, aunque no hay destierro en nuestra América, decía ella. La que se consideró modestamente una tradicionalista fue, sin embargo, una mujer de su tiempo y una adelantada, en muchos casos, a ese tiempo. Su Chile y su América no eran sólo un aleluya de gracia y epifanía, sino también un testimoniar y un denunciar los agrios materiales de la realidad.

No hay, entonces, el la prosa-recado o la prosa-motivo de Gabriela Mistral otra Gabriela Mistral. Es la única y la misma siempre: conciencia viva de una voluntad de ser sin atadura posible.

IX

POEMA DE CHILE O UN OFICIO DE CREACION DE PATRIA

Un recorrer geográficamente el territorio patrio es *Poema de Chile:* su naturaleza física y humana, sus valles y ríos, su cordillera y sus metales, su desierto y su mar, su flora y su fauna. Lo vivo y lo viviente del suelo natal en un redescubrir la entraña misma del largo país. Viene a testimoniar también la verdadera y siempre permanente relación que nuestra Gabriela Mistral tuvo con lo real y lo genuino, lo criollo y lo autóctono de la tierra chilena. Territorio que, en gran parte, hizo suyo en sus andanzas y desventuras primeras: su valle de Elqui y su Araucanía, su Antofagasta y su Magallanes, su aldea andina y sus islas australes. Siempre llevó consigo este panorama geográfico que se hizo aun mayor en su extranjería.

Una lámina coloreada en un texto de botánica o de zoología le daría, en su tiempo de vagabundeo por el mundo, la presencia de la chinchilla o del castor, el aroma de la hierba o de la planta. Todo en un revivir fervorosamente los sentidos: "Yo no sé nombrar con propiedad, sino a las salvias, que con el azul fuerte y el olor preciso, no se dejan confundir. En cada tierra donde vivo pregunto por ella y me dicen que la tienen; pero siempre me resulta otra. Daría yo no sé qué y no sé cuánto por recuperar, si no puedo en la figura, que parece que no la tengamos sino nosotros, al menos en el nombre devolvedor de las cosas. Si yo la tuviese mientras voy escribiendo, ella sola se acarrearía los materiales perdidos[106].

Poema de Chile se publica póstumamente en 1967, diez años después de la muerte de la poetisa. Sin embargo, no es este un libro postrero en la obra mistraliana. Vino gestándose y escribiéndose durante toda la vida de Gabriela Mistral. Chile era su continuo paisaje evocador y existencial en el verso o en el recado. Es, a su vez, un libro unitario y homogéneo. Extenso poema de armónico lenguaje lírico que mantiene un ritmo y una forma precisa e inalterable. La totalidad de este volumen es un solo pulso y aliento mistraliano. No tiene ni pretende una erudición cabal de nombres, datos o fechas. Tampoco una relación especializada o científica de las muchas especies vegetales o animales que se describen. Gabriela Mistral simplemente da nombre a aquella hierba tal cual la denominaban sus antepasados aldeanos, o tal la escuchó de labios de sus gentes elquinas. *Yo fui huertera,* dice, *me*

crié con más cerros y montañas que rosas y claveles[107]. Prefiere muchas veces designar con nombre vernacular, o indígena en su caso, a la *topa-topa,* al *amancai* o al *huilli*[108]: "Gentes hay que ni las ven y pasan como que nada", se lamentará en uno de sus versos. Aquí están las botánicas y las zoologías de Chile: su flora de manzanilla a araucaria, y su fauna de torcaza a huemul trotador.

Viviendo en Rapallo, en California o en Veracruz, Gabriela Mistral llevaba consigo las versiones manuscritas de sus temas patrios y que iban dando forma lentamente al poema definitivo. Su secretaria y amiga, la maestra mexicana Palma Guillén, cuenta en una nota: "Tiene escrito un *Recado de Chile,* verdadero poema de más de cien mil versos, exigiría un libro para él solo y que algún día se publicará. Para escribirlo Gabriela se documentó, buscó datos reales y verdaderos sobre muchas cosas: los pájaros de su país, las costumbres de los animales, los nombres de los peces, hasta el sabor de los metales. Estuvo escribiendo a muchos amigos, durante meses, recabando los datos que no hallaba en los libros"[109]. También, y por 1941, en un recado escrito en Petrópolis, Gabriela Mistral le dice al escritor chileno Benjamín Subercaseaux, el autor del atrayente libro-ensayo *Chile o una loca geografía:* "Yo pensé alguna vez hacerme en un libro parecido al suyo el perro de Tobías que condujese a los cegatones propios y extraños por la bien hallada tierra chilena; quise volverme al lazarillo ganoso que trotase al lado de los indigentes de fervor, cuando ellos caminan sin hazaña interna, es decir, sin hallazgo"[110]. Ese pensar era una motivación permanente, sobre todo en ella que se había vivido el país natal desde sus salinas hasta sus hielos, cosechando novedades a manos llenas. Y *Hallazgo* se llamará, precisamente, el poema que abre este póstumo libro.

Así, de su experiencia personal, andando mucha tierra, valle o confín ("yo me gocé y me padecí las praderas patagónicas en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos") y del reencuentro con el texto o el libro geográfico, Gabriela Mistral escribió su extenso *Poema de Chile.* Es, al mismo tiempo, su pasión y su grandeza por las vivencias fundamentales que la nutrieron: *Mi infancia aquí mana leche / de cada rama que quiebro / y de mi cara se acuerdan / salvia con el romero / y vuelven sus ojos dulces / como con entendimiento*[111]. Este nutrimiento viene en Gabriela Mistral desde su infancia en la tierra elquina: un volver a su niñez marcadora y gozosa a través, ahora, del recuerdo casi obsesivo de su madre (aquella "linda viejecita"), y en la transfiguración de ella misma en madre también, hecha sonámbula, sombra, fantasma (en *Tala* ya Gabriela Mistral usaba este recurso alucinato-

rio en su poema *El Fantasma Aquí estoy si acaso me ven / y lo mismo si no me vieran),* que relata sus hallazgos y sus albricias al niño atacameño, curioso de ver y preguntar, en la mutua compañía de recorrer suelo patrio Tan marcadamente están su valle y su pueblo natales que *Poema de Chile* se cierra con un advocativo verso final *Ya me llama el que es mi Dueño* Y ese Dueño bien pudiera ser una personificación divina, Dios, pero también una identificación geográfica, su aldea natal de Montegrande La mismísima Mistral lo dice en el poema inicial del libro *El Valle lo mientan Elqui / y Montegrande mi dueño* [112]

Tratándose de Chile no hay en el Poema una relación de historia en el sentido convencional de destacar al héroe o de relatar gestas o procesos episódicos La historia de Chile me gusta como oficio de creación de patria"[113], dice la autora Y cuando hay una referencia, por ejemplo, a Bernardo O Higgins *(el Bernardo,* como simplemente lo nombra en el poema *Chillán),* no es para destacar al hombre-héroe, ganando batallas o gobernando el país o sufriendo destierros, sino para hacer vivo y evocador el retrato de la niñez del padre de la patria, en su anécdota o en su entretenimiento, jugando a los volantines, encumbrando cometas pintarrajeados en la aldea vieja de su Chillán siglo dieciocho Igual cosa ocurre con la presencia humana que es más bien anónima y generalizada cultivadores de huertos, campesinos del valle central, indígenas, quechuas o araucanos Y no sólo lo bellamente geográfico del país es lo que importa Gabriela Mistral en muchos de sus versos deja su motivadora preocupación social por el problema indigenista Ella que se vivió sus años en la Araucanía — esa maravillosa zona de la rebeldía , como la llama—, deja su solidaridad con la brava gente en su poema *Araucanos ellos eran dueños de bosques y montañas / hasta el llegar de unos dueños / de rifles y caballadas / Pero son la Vieja Patria, / el primer vagido nuestro / y nuestra primera palabra* A través de *Poema de Chile,* Gabriela Mistral escribe siete, once, quince veces la palabra indio, indígena, araucano No es, pues, un recurso metafórico, sino una identidad y una conciencia preocupante por sus indianidades Así también sus Juanes y sus Pedros (poema *Reparto de tierra)* andan por estas páginas en su campesinería que fue, en nuestra autora, su dicha y su costumbre

La presencia humana, activa y dialogante de *Poema de Chile* está en Gabriela Mistral misma que se hace acompañar de un niño atacameño en sus andanzas patrias, otorgando a lo poético-geográfico un enlace conversacional y vivificador Mi *mama* llama el niño a la poetisa en su recorrer territorio Y ésta, a su vez, le dice familiarmente mi

chiquito, indito, tontito mío, indito cara taimada. En este acompañarse mutuamente —*las rutas sin compañero parecen largo bostezo*— Gabriela Mistral va explicando, sin afanes didácticos ni pedagógicos, el real maravillamiento de la patria geográfica: *Vamos caminando juntos / así, en hermanos de cuento, / tú echando sombra de niño, / yo apenas sombra de helecho*[114].

Este procedimiento de incorporar a un niño como personaje en sus poemas no es materia solamente de *Poema de Chile*. En otros textos de sus libros anteriores aparece en reiterados versos este mismo recurso. En *Tala*, por ejemplo, y en unos versos del poema *Pan*, Gabriela Mistral dice: *Yo con mi cuerpo de Sara vieja / y él con el suyo de cinco años.* Y ese él es, por cierto, un niño que al encontrarlo la Mistral no sabe si ella ha envejecido o renacido con el hallazgo. Algo similar ocurre en *Ternura* (poema *La casa)*. Otra vez el mismo niño, niño indio, niño quechua: *Los trigos, hijo, son del aire, / y son del sol y de la azada.*

Será ahora en *Poema de Chile* ese niño —*indito pata pelada*— el que pisa con orientadora seguridad el territorio, asombrándose de lo que ven sus ojos de Desierto a Patagonia y de volcanes a mar sempiterno. Ese Desierto que en el poema se llama *padre*, y *madre blanca* esa Patagonia. Porque en este afán de nombrar con sentido bautismal y cercano a los bultos corporales amados, Gabriela Mistral otorga a *Poema de Chile* una expresividad resuelta y propia del habla nacional. Ocurre con variadas frases —*de golpe y porrazo, hablar largo y tendido, como Pedro por su casa, come y calla, andar a pata pelada*— que utilizadas a manera de versos dan al poema una vivacidad lingüística chilenísima y propia: *Sólo les traigo la lengua / y los gestos que me dieron / y, abierto el pecho, les doy / la esperanza que no tengo*[115].

No es aventurado decir que Gabriela Mistral escribió *Poema de Chile* pensando en un destinatario singularísimo y único: el niño. A él, y sin caer en ingenuidades o niñerías de ocasión, está destinado el libro, en un ir norte a sur del país, romance a romance, lección a lección poética cargada de diminutivos *(chiquito, huertecillo, velludito)*, de voces pueriles, de interjecciones, de diálogos y, en fin, el habla viva y coloquiante[116]. De allí viene el fundamento y el destinatario de esta tan emotiva como maravillosa obra.

En muchos casos, entre diálogos de *Mama* a niño ("te enseñaré a deletrear"), hay veladas, precisas y preocupantes observaciones críticas a la realidad social, campesina e indígena del país. En este recorrer territorio, no sólo el paisaje y la geografía de Chile será el tema de sus andanzas, también su acercamiento a su Juan Labrador o a su Juan

Cosechero. El poema *A dónde es que tú me llevas,* por ejemplo, termina con el siguiente diálogo: *"Te voy llevando a lugar / donde al mirarte la cara / no te digan como nombre / lo de "indio pata rajada", / sino que te den parcela / la gente que labra / la hora de recibir / con la diestra y con el alma.* Situaciones semejantes encontramos en *Jardines, Castañas, Manzanos* y otros textos, para no citar ya su *Reparto de tierras* y *Araucanos.* No es, pues, *Poema de Chile* solamente una epifanía de la tierra natal en el ver, sentir, oler lo vivo-natural del suelo patrio, sino además lo mucho de lo personal-biográfico *(Que tú eres mujer pagana / que haces unos locos versos / donde no mientas, dijeron, / sino a la mar y a los cerros)* y, sobre todo, un reflexivo y consciente evocar, recordar, hacer presente lo real-cotidiano de lo chileno *(¡Qué buenos que son los pobres / para ofrecer sopa y casa!).* Y aún así diciendo ella cosas "terrenales" que no puede decir, porque es ya, alegórica y personificadamente, puro fantasma, sombra, vaho.

En cada uno de estos poemas, hablando de las palmas de Ocoa o del tordo, de la manzanilla o de la noche andina, Gabriela Mistral vuelve, una y otra vez, a su infancia *(toda me doblo y me fundo),* a sus pueblos y aldeas, a sus vivos y a sus muertos. Todo en un revivir y en un repasar dichoso el cordón de los recuerdos. Nunca olvidará sus montañas elquinas, que tanto carácter le van a dar siempre. Y aunque le digan el *mote* de ausente y renegada, como ella dice, *me las tuve y me las tengo / todavía, todavía, y me sigue su mirada.*

En *Poema de Chile* está, pues, el país patrio entero, y el cuerpo y el alma de una Mistral que eterniza lo geográfico. Una feliz recreación desde las raíces y lo fecundo: desde una simple castaña a los resuellos blancos de los volcanes, desde la amada bestiecita del ciervo (huemulillo que va en la andanza también) al sonoro estremecimiento de los ríos chilenos. En fin, el aire y el agua y el canto de los pájaros. Autora, niño y huemul forman la andariega trilogía de personajes en este tan poco estudiado libro[117].

Libro de acción de gracias por el suelo nutricio en su alabanza y en su elogio. Y la prolongación permanente en su memoria del país-patrio que la Mistral se caminó en su muy útil vagabundeo.

Mama, todo lo que vos
estás contando es un cuento?

A veces son grandes veras
y otras, humos friolero.

XLIX

X

LA PALABRA DESPRENDIDA

Caso único en la literatura chilena la muy vasta labor de una mujer como Gabriela Mistral, que casi a diario estuvo escribiendo no sólo del prójimo, del otro que fue su hermano en la misma tarea creadora, sino también de otros temas fermentales que siempre la nutrieron su patria natal, su América nuestra, sus andanzas por aquellas otras patrias adoptivas del mundo Amén de sus devotos artículos de fe o de su mujerío muy listo vuelto temperamento y pasión humana Ella que anduvo ya no errante, sino en múltiples actividades de educadora, de congresista, de ajetreos consulares, se dejó su tiempo, su roba-noche, para preparar sus recados que iban luego a las páginas de los periódicos y de las revistas de Chile e Hispanoamérica Mientras dictaba una conferencia sobre Chile, su geografía y su gente, o sobre el sentido de la profesión en paraninfos universitarios, su tarea creadora y recreadora se complementaba con aquellos artículos que serían, después, sus motivos o sus recados muy singulares su prosa escritural en lenguaje suyo y estilo suyo y tratamiento de la palabra muy suyo Esta gráfica y sorprendente descripción —se habla de lengua— nos revela todo el maravillamiento de una Mistral por el rescate deslumbrador de la palabra Empieza un hombre a vislumbrar lo que es la lengua cuando una palabra cualquiera —no importa cuál— le hace de pronto el efecto de una iluminación y es como si la descubriese o la inventase o le viese la entraña por primera vez La paladea, la voltea, le sonríe como a cosa erótica Antes de eso se puede leer y escribir mucho y hasta estar copiosamente informado, pero no se ha recibido el *toque de gracia*"[118]

La obra de Gabriela Mistral —sea verso, sea prosa— recrea una experiencia personal y humana, y en su habla muy castiza de la América De ahí que cuando más de alguien le reprochaba el excesivo uso de arcaísmos, vocablos extraños y neologismos, ella respondía que los usaba no por fantasía, sino por una necesidad estricta y ceñida El habitante de Santiago ignora bastante la lengua que habla el campo de Chile En Puerto Rico me encontré con el español del Elqui, siglo XVI, y me dio gusto saber que hablo lo mío más legítimo y entrañable [119] Ya en unas notas a los poemas de su libro *Tala,* mencionaba Gabriela Mistral que no sólo en su escritura, sino también en su habla, dejaba por complacencia, mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo que la de que esté vivo y sea llano El campo americano —y en el campo yo me

crié— sigue hablando su lengua nueva veteada de arcaísmos abundantes. La ciudad lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca"[120].

En estas lingüísticas materias, ella misma se encargará de darnos todavía más luces: "No soy ni una purista ni una pura, sino una persona impurísima en cuanto toca el idioma. De haber sido una purista, jamás entendiese en Chile, ni en doce países criollos, la conversaduría de un peón de riesgo, de un vendedor, de un marinero, y de cien oficios más". Y luego agregará: "Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquiera del mundo. Esa es la lengua más viva que se oye, sea del lado provenzal, sea del siciliano, sea del taraunara, sea del chilote, sea del indio amazónico"[121]. Frases iluminadoras para entender y comprender el tratamiento muy suyo del lenguaje mistraliano, en rudeza y sobriedad y gozo lectural.

Con esa vivacidad y esa llaneza, Gabriela Mistral escribirá cada uno de sus *recados* (que "llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir") y lo mejor de su valiosa y permanente poesía. La palabra hecha verso, hecha prosa, desprendida bellamente de su lengua. Lo que la mismísima Gabriela Mistral decía de Martí, bien vale en plenitud para ella: ¡Ah, mina sin acabamiento ésta de la persona de la Mistral, en la obra de la Mistral!

JAIME QUEZADA

Santiago de Chile, verano, 1992

NOTAS Y REFERENCIAS

I De "Desolación" en *Desolación*

[1] Gabriela Mistral *Breve descripción de Chile* en *Anales de la Universidad de Chile,* Santiago, segundo trimestre de 1934, pp 211-233 Lo recoge el agustino Alfonso M Escudero en *Recados contando a Chile* (Editorial Del Pacífico, Santiago, 1957)

[2] Gabriela Mistral *Un poema y un comentario sobre cuatro sorbos de agua,* conferencia-recital ofrecida por la autora, marzo de 1947, en la Universidad de California Publicada en *La Nación,* Santiago, 17 de octubre de 1947 Se refiere Gabriela Mistral, aquí, a su poema *Beber,* de la sección ' Saudade" de su libro *Tala.* 'Voy a leer un poema sin trascendencia de tono ni de forma es un poco de mi vida puesta en cuatro ademanes que son uno solo el de beber"

[3] Gabriela Mistral *El oficio lateral,* publicado en el semanario chileno *Pro Arte,* Santiago, 14 y 21 de abril de 1949 Roque Esteban Scarpa lo selecciona en el libro de prosas mistralianas *Magisterio y Niño* (Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979), pp 43-51

[4] En febrero de 1921, uno de los directores del Instituto de las Españas, Federico de Onís, profesor de Literatura española en la Universidad de Columbia, 'dio una de las conferencias organizadas por el Instituto y habló en ella de la poetisa chilena Gabriela Mistral Este nombre, hoy glorioso, sonaba probablemente por primera vez en los oídos de la mayor parte de los numerosos asistentes, casi todos maestros y estudiantes de español Pero apenas fue conocida la admirable personalidad de la joven escritora y maestra chilena, a través de lo que el Sr Onís dijo y de la lectura que hizo de algunas de sus obras, puede decirse que Gabriela Mistral conquistó, no sólo la admiración, sino el cariño de todos Porque todos vieron en la escritora hispanoamericana, no sólo el gran valor literario, sino el gran valor moral" (Prólogo de la edición norteamericana de *Desolación,* 1922)

[5] El lacrimoso y retórico prólogo de Pedro Prado (1886-1952) a la segunda edición de *Desolación* (Ed Nascimento, Santiago, 1923) no hará otra cosa que confirmar la personificación de un progresivo mito —"a ella la invade el divino estupor de saberse la elegida"— que ya empezaba a rodear a Gabriela Mistral, superando, en muchos casos, la trascendencia y validez de su obra misma

[6] Hernán Díaz Arrieta Prólogo a la tercera edición de *Desolación* (Ed Nascimento, Santiago, 1926) El mismo Alone (seudónimo literario de Hernán Díaz Arrieta), comentando esta tercera edición, dirá "Siempre hay en las poesías de Gabriela Mistral, a veces entre obscuridades y vehemencias forzadas, un verso límpido, violento y deslumbrante como el rayo, un verso carnal y divino que lo obscurece todo en torno, que hiere medio a medio el pecho y, al que no lo tiene roído de vejez o mezquindad, se lo llena de esa felicidad, de esa plenitud luminosa que dan la perfección del arte y el contacto del genio ' (*Gabriela Mistral* por Alone, Ed Nascimento, Santiago, 1946, pp 39-42)

[7] Gabriela Mistral *Voto,* texto-colofón en *Desolación* (Ed Nascimento, Santiago, 1923), p 349

[8] Gabriela Mistral Poema *Desolación,* en *Paisajes de la Patagonia,* sección 'Naturaleza *(Desolación,* ob cit nota 7)

[9] Gabriela Mistral *Voto* (ob cit nota 7)

[10] Gabriela Mistral Poema *Credo* sección Vida' (ob cit nota 7), p 51

[11] Julio Saavedra Molina *Desolación su originalidad poética,* en el prólogo para la edición española de *Poesías completas* de Gabriela Mistral (Aguilar Ediciones, Madrid, 1962), p XXXIV

[12] Gabriela Mistral *Mis libros,* sección Vida , en *Desolación,* (ob cit nota 7), pp 52 54

[13] Gabriela Mistral *Un Valle de Chile,* escrito en Barcelona, enero de 1933 Lo publica Roque Esteban Scarpa en *Gabriela anda por el mundo* (Ed Andrés Bello, Santiago, 1978), p 332

[14] Jaime Concha *Gabriela Mistral* Ediciones Júcar, Colección los poetas, Madrid, 1987 El libro del riguroso ensayista chileno constituye, en la bibliografía mistraliana, uno de los mas certeros, completos, desmitificadores y objetivos estudios que se han escrito sobre la vida y la obra de la autora de *Desolación*

[15] Gabriela Mistral *El Ixtlazihuatl,* en sección Naturaleza de *Desolacion* (ob cit nota 7), p 228

[16] Gabriela Mistral *Mis libros* (ob cit nota 12) p 53 En esta materia resulta interesantísimo el valioso trabajo del ensayista Ivan Carrasco Muñoz (Universidad Austral de Chile) En *Mis libros* Gabriela Mistral desarrolla una especie de didáctica intuitiva de la lectura, a partir de su propia experiencia, hace una demostración del modo de leer un libro y enseña a leer tomando como base su forma y experiencia personal de lectura" [*Un poema de la lectura, de Gabriela Mistral, Alpha,* revista de artes, letras y filosofía, N° 5 Departamento de Educación y Ciencias, Instituto Profesional de Osorno (Chile), 1989, pp 91-102]

II *Pensar y contar la América*

[17] Palabras de Gabriela Mistral en el Consejo Directivo de la Unión Panamericana, en Washington, el 19 de marzo de 1946 Discurso que publica *El Mercurio,* Santiago, 20 de mayo de 1946, p 3 Con el título de *La faena de nuestra América* lo publica la revista *Política y Espíritu,* N° 15, Santiago, septiembre de 1946, pp 76 78

[18] Gabriela Mistral *Dos Himnos,* en *Notas a* Tala (Ed Sur, Buenos Aires, 1938), p 276 En relación con estas *Notas,* Gabriela Mistral señala, a manera de excusa, que una cauda de notas finales no da enfasis a un escrito, sea verso o prosa Ayudar al lector no es protegerlo, seria cuanto más saltarle al paso, como el duende, y acompañarle unos trechos de camino, desapareciendo en seguida

[19] Gabriela Mistral Idem, nota 17

[20] Gabriela Mistral *La lengua de Martí* en *Revista Hispánica Moderna,* Nueva York, enero, 1937 Texto recogido por Alfonso Calderón en *Materias* (Ed Universitaria, Santiago, 1978), pp 278 297 Es importante, en relación a este texto, seña-

lar aquí estas palabras introductorias del ensayista Guillermo de Torre "A instancias mías, para una serie *El pensamiento vivo,* que publicaba la Editorial Losada, Gabriela Mistral proyectó la redacción de un breve libro sobre José Martí Debía de ser hacia 1941 Gabriela Mistral residía entonces en Petrópolis, próxima a Río de Janeiro, como cónsul de su país, Chile Su generosa humanidad se desbordaba en una preocupación constante sobre los amigos próximos y lejanos —particularmente por el destino de los españoles exiliados, durante aquellos años dramáticos—, una correspondencia innumerable acaparaba las horas que hubiera podido consagrar a su obra personal Por este motivo no llegó nunca a rematar el planeado libro sobre Martí A modo de anticipo me envió únicamente el capítulo que hoy exhumo es una versión más depurada de una conferencia que había dado en La Habana, 1934 La prosa de Gabriela Mistral posee tan subidos o superiores quilates a los de su verso Inclusive en ella se expresa de modo más vivo y directo su acento personal e inconfundible, su lengua propia, tan americana y teresiana a la vez'

21 Gabriela Mistral *Un maestro americano del cuento Ventura García Calderón,* en *Repertorio Americano,* San José (Costa Rica), 5 de marzo de 1927, tomo XIV, pp 137-38 El texto, sobre la obra cuentística del escritor peruano, fue escrito en Fontainebleau (Francia), en enero de 1927

22 Gabriela Mistral *Juan Montalvo y el clasicismo* (Conferencia en la Universidad de Guayaquil, agosto, 1938), en *El Mercurio,* Santiago, 27 de noviembre de 1938, p 2

III *Arrorró del mundo*

23 Gabriela Mistral Carta a Eugenio Labarca, *Anales de la Universidad de Chile,* Santiago, Segundo Trimestre de 1957, N° 106, p 270 (Introducción y notas de Raúl Silva Castro)

24 Jaime Concha *Gabriela Mistral* (ob cit nota 14), p 79

25 He citado, de paso, las llamadas *Poesías completas* (Madrid, Aguilar, segunda edición, 1962) Pero bien valdría la pena llamar a interés del estudioso por los varios errores de forma y fondo que tienen los poemas de *Ternura,* en la versión de Margaret Bates allí publicada, alterando muchas veces no sólo la métrica y el ritmo interno del poema, sino también el acostumbrado tratamiento del lenguaje poético de Gabriela Mistral Cambiar, por ejemplo, en la tercera estrofa del poema *Obrerito* los signos de exclamación (¡!) por los de interrogación (¿?), perdiendo así el sentido imperativo que el texto tiene O hacer plural la singularidad del último verso del poema *El aire Y a todos deja, por bueno(s), el aire* En otros casos el uso real y arcaico del mistraliano (*me los tengo de gastar,* en quinta estrofa del poema *Caricia*) se cambia por la nada sugestiva convencionalidad de *me los tengo que gastar* Y esto para citar algunos casos No considero algunos otros errores, ¿erratas? *tierra* por *tierna,* en el poema *La fresa* O *vida* por *viva* en la segunda estrofa de *Carro del cielo,* etc Hago estas observaciones porque *Poesías completas,* desde 1962, viene circulando como edición definitiva de las obras de Gabriela Mistral

26 Entrevista a Gabriela Mistral, en *El Mercurio,* Santiago, 16 de noviembre de 1945

27 Gabriela Mistral Lectura pública de su poesía en el Teatro Caupolicán, Santiago, mayo de 1938

[28] Raúl Silva Castro *Producción de Gabriela Mistral de 1912 a 1918,* en *Anales de la Universidad de Chile* (ob cit nota 23) pp 195-249

[29] Carta de Gabriela Mistral a Roberto Meza Fuentes, en *Anales de la Universidad de Chile* (ob cit nota 23), p 247

[30] René de Costa *Recapitulación de la historia de Los Diez,* en revista *Atenea,* Nº 420, Universidad de Concepción (Chile), abril-junio, 1968, p 126

[31] Gabriela Mistral Carta a Eugenio Labarca (ob cit nota 23)

[32] Luis Oyarzún *Gabriela Mistral, poesía perenne,* en *Temas de la cultura chilena,* Ed Universitaria, Santiago, 1967, p 63

[33] Gabriela Mistral *Colofón con cara de excusa,* texto escrito a pedido del editor argentino de *Ternura* (Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1945), pp 156-164

[34] Gabriela Mistral Poema *La casa* en *Ternura* (ob cit nota anterior)

[35] Oreste Plath *Folklore chileno,* Ediciones Platur, Santiago, 1962, pp 358-359 En relación con el término *Arrorró* es interesante señalar lo que dice este estudioso e investigador del folklore chileno ' En Chile se usan los términos *arrurrupata, arrorró, nana* y *canción de cuna* La expresión *a la rurru* podría ser una forma onomatopéyica del ruido de la cuna, pero en el diccionario se encuentra la expresión *rorro,* que significa niño pequeñito, lo que hace suponer que *rurru* es una adulteración de *rorro* Muchos se inclinan a creer que la palabra *a la rurru* debe provenir de la española *a la rorro,* que se encuentra en varias coplas de cuna española"

[36] Gabriela Mistral *Colofón con cara de excusa* (ob cit nota 33)

[37] Gabriela Mistral *Contar,* en *Repertorio Americano,* San José (Costa Rica), Tomo XVIII, 20 de abril de 1929, pp 238-239 Lo recoge, también, Roque Esteban Scarpa en *Gabriela Mistral Magisterio y Niño* (ob cit en nota 3), pp 94-97

[38] Luis Oyarzún *Temas de la cultura chilena* (ob cit nota 32)

[39] Gabriela Mistral *¿Qué es una Biblioteca?,* en *Repertorio Americano,* San José (Costa Rica), 10 de mayo, 1950 José Pereira Rodríguez, que selecciona este texto en *Páginas en prosa de Gabriela Mistral* (Ed Kapelusz, Buenos Aires 1962), pp 63-67, indica la siguiente referencia "Bajo el patronato de Miguel Alemán, presidente de México, se inauguró en Veracruz una Biblioteca Popular Gabriela fue invitada a presenciar tal acontecimiento, y aprovechó la ceremonia para leer unas cuartillas a propósito de la finalidad que cumplen las bibliotecas en bien de la cultura '

[40] Luis Oyarzún *Temas de la cultura chilena* (ob cit nota 32)

[41] Gabriela Mistral *Evocación de la madre,* texto recogido por José Pereira Rodríguez en *Páginas en prosa* (ob cit nota anterior), p 42

[42] Gabriela Mistral *Evocación de la madre,* en *Páginas en prosa* (ob cit nota 39)

[43] Gabriela Mistral *Una nueva organización del trabajo,* en *El Mercurio,* Santiago, 19 de junio de 1927, p 3

IV Un sentido religioso

[44] Gabriela Mistral *Mi experiencia con la Biblia,* texto publicado en la *Revista de la Sociedad Hebraica Argentina,* Buenos Aires, mayo junio de 1938 Lo selecciona Luis Vargas Saavedra en *Prosa religiosa de Gabriela Mistral* (Ed Andrés Bello, Santiago, 1978), pp 39-46

[45] Frases o anotaciones escritas, con lápiz de grafito, por Gabriela Mistral al margen de las páginas de un ejemplar de la Biblia que se leía diariamente Dicho ejemplar se conserva en el Liceo N° 6 de Niñas, de Santiago (Norberto Pinilla *Biografía de Gabriela Mistral,* Santiago, Ed Tegualda, 1946, p 67)

[46] Gabriela Mistral *Fascinación de la Natividad,* en *El Mercurio,* 25 de diciembre, 1949, p 1 La autora recuerda aquí una de mis cinco Nochebuenas de Los Andes, que se me han hecho bloque El texto lo selecciona Alfonso Calderón en *Materias* (ob cit nota 20), pp 389 397

[47] Gabriela Mistral Carta al poeta Manuel Magallanes Moure (1878-1924), fechada en la ciudad de Los Andes, 26 de enero de 1915 Publicada en *Cartas de amor de Gabriela Mistral,* recopilación de Sergio Fernández Larraín (Editorial Andrés Bello, Santiago, 1978), p 104

[48] Mientras residía en México, por los años 1922 1923, Gabriela Mistral escribió estos textos —*Motivos de San Francisco*— con la intención de publicar un libro en homenaje al santo de Asís Contemplando el lago de Chapala o el lago de Pátzcuaro, que uno y otro se recorrió en sus andanzas por tierras aztecas, se fueron escribiendo estas delicadas y casi íntimas prosas El libro nunca llegó a tener forma a no ser en publicaciones parciales de periódicos y revistas de la época En 1965, Editorial Del Pacífico (Santiago de Chile) realizó una cuidada edición, aunque incompleta, con selección y prólogo de César Díaz-Muñoz Cormatches

[49] Gabriela Mistral *El sayal,* en *Motivos de San Francisco,* Editorial del Pacífico, Santiago, 1965, pp 123 24 También en *Prosa religiosa de Gabriela Mistral* (recopilación de Luis Vargas Saavedra, ob cit nota 44, p 125) El tema de la harina sera, en Gabriela Mistral, una de las materias de elogio siempre frecuente en su obra poética y prosística Una buena muestra de estos elogios se encuentran en *Remo* (recopilación de Gastón Von Dem Bussche), Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1983, pp 111 180

[50] Crescente Errázuriz (1839 1931), alta autoridad de la Iglesia chilena Era arzobispo de Santiago cuando, en 1925, el Estado se separó constitucionalmente de la Iglesia Gabriela Mistral escribió un admirativo *Recado sobre el Arzobispo Errázuriz,* publicado originalmente en *El Mercurio,* Santiago, 22 de marzo de 1936, p 3

[51] Gabriela Mistral *Cristo en la Escuela,* escrito en París (septiembre de 1926) y publicado en *El Mercurio,* Santiago, 17 de octubre de 1926, p 5 También en *Magisterio y Niño* (ob cit nota 3), pp 211-217

V Materia de *Tala*

[52] Gastón Von Dem Bussche *Visión de una poesía* (Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1967), p 65

[53] Gabriela Mistral "Lleva este libro algún pequeño rezago de *Desolación* Y el libro que le siga —si alguno sigue— llevará también un rezago de *Tala*", en *Excusa de unas notas Tala* (Ed Sur, Buenos Aires, 1938), p 273

[54] Gabriela Mistral *Un poema y un comentario sobre cuatro sorbos de agua* (ref en nota 2)

[55] Hernán Díaz Arrieta (Alone) *Gabriela Mistral* (Ed Nascimento, Santiago, 1946), p 83

[56] Gabriela Mistral, en *Razón de este libro,* explica que "alguna circunstancia me arranca siempre el libro que yo había dejado para las Calendas por dejadez criolla La primera vez el Maestro Onís y los profesores de español de Estados Unidos forzaron mi flojedad y publicaron *Desolación,* ahora entrego *Tala* por no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos del mundo" *(Tala,* ob cit nota 53) p 271

[57] Isauro Santelices Escalante *Mi encuentro con Gabriela Mistral* (Editorial Del Pacífico, Santiago, 1972), p 83

[58] Jaime Concha *Gabriela Mistral* (ob cit nota 14), pp 97-98

[59] Gabriela Mistral *Sol del Trópico* (en Dos Himnos), sección "América", *Tala* (ob cit nota 53), pp 91 97

[60] La sección *Muerte de mi madre,* con que se abre *Tala,* reúne ocho poemas, entre nocturnos, descendimientos y letanías, escritos con el sentimiento de alucinación ("el autor que es poeta y que no puede dar sus razones entre la materia alucinada que es la poesía") y desconsuelo por la madre ausente "Ella se me volvió una larga y sombría posada, se me hizo un país en que viví cinco o siete años, país amado a causa de la muerta, odioso a causa de la volteadura de mi alma en una larga crisis religiosa' *(Excusa de unas notas,* en *Tala,* ob cit nota 53), p 274

[61] Gabriela Mistral Primera estrofa del poema *La Fuga (Tala,* ob cit nota 53), p 11

[62] Para Julio Saavedra Molina, que se quedó hechizado en *Desolación* —donde "la tragedia maternal era lo sustancioso"—, lo hermético, lo esotérico, lo enigmático, lo caótico parece tipificar las angustiosas llanuras de *Tala,* 'libro sellado, que no vierte en mi vaso gotas de contagiosa emoción" (Estudio crítico-biográfico a *Poesías Completas,* Aguilar, Madrid, Segunda Edición, 1962, p LXXXII)

[63] Luis Oyarzún *Gabriela Mistral en su poesía,* página 44 de *Temas de la cultura chilena,* (ob cit nota 32)

[64] Gabriela Mistral *Recado sobre Pablo Neruda,* en *Repertorio Americano,* San José (Costa Rica), 23 de abril de 1936, Tomo XXX, pp 278-79 El agustino Alfonso M Escudero lo selecciona en *Recados contando a Chile* (Editorial Del Pacífico, Santiago, 1957), pp 165-69

VI El mujerío o la mujer de su tiempo

[65] Gabriela Mistral Poema *Todas íbamos a ser reinas,* sección "Saudade", en *Tala* (ob cit nota 53), pp 132-135

[66] Gabriela Mistral *Feminismo,* en *Revista Universitaria* (Universidad Católica de Chile, Santiago, mayo de 1927), pp 211-214

[67] Gabriela Mistral *Una nueva organización del trabajo,* texto publicado en *El Mercurio,* Santiago, 12 de junio de 1927, p 4

[68] Gabriela Mistral *Organización de las mujeres,* publicado en *El Mercurio,* Santiago, 5 de julio de 1925, p 3

[69] Pedro Aguirre Cerda (1879-1941) profesor, abogado y político radical chileno Llegó a ocupar, en los inicios de la década de los años cuarenta, la Presidencia de la República de Chile Gabriela Mistral lo consideró siempre "mi amigo, mi guía y mi único protector de mi carrera' Agradecida, por la hora de paz en que vivía, le dedicará, en 1922, *Desolación,* su primer libro Y, a su vez, Aguirre Cerda dedicará a Gabriela Mistral su libro *El problema agrario,* editado en París, en 1929

[70] Gabriela Mistral *Carta a Pedro Aguirre Cerda, en* revista *Mapocho,* Nº 24, Biblioteca Nacional, Santiago, 1977, pp 192 Gabriela Mistral tenía un vivo interés y preocupación por la dignidad de los oficios manuales y artesanales alfareras, tejedoras a crochet, etc Y abogaba por una necesidad de organizarlas y prestarles ayuda estatal

[71] Gabriela Mistral *Sobre la mujer chilena,* publicado en la revista *Política y Espíritu,* Nº 11, Santiago, mayo de 1946, p 131

[72] Gabriela Mistral *Carta a una peruana,* en *El Mercurio,* Santiago, 19 de septiembre de 1926, p 5

[73] Gabriela Mistral *Recado a Victoria Ocampo en la Argentina,* sección "Recados", *Tala* (Ed Sur, Buenos Aires, 1938), pp 265 268 También, en febrero de 1942, Gabriela Mistral escribió su recado en prosa *Victoria Ocampo* Lo publica Roque Esteban Scarpa en *Gabriela piensa en* (Editorial Andrés Bello, Santiago, 1978), pp 49-56

VII *Lagar* o Desvarío

[74] Gabriela Mistral *La aventura de la lengua,* en *Repertorio Americano,* San José (Costa Rica), 30 de junio de 1949, Tomo XLV, pp 191-193 Originalmente este ensayo se había publicado en *La Nación,* Buenos Aires, el 9 de marzo de 1947

[75] Gabriela Mistral *La que camina,* poema de la sección 'Locas mujeres" de *Lagar* (Editorial Del Pacífico, Santiago, 1954), p 83

[76] Gabriela Mistral *Excusa de unas notas,* en *Tala* (ob cit nota 53), p 273 "Ayudar al lector no es protegerlo', dice la autora en esta reflexiva mirada de notas sobre su propia obra, sería cuanto más saltarle al paso, como el duende, y acompañarle unos trechos de camino, desapareciendo en seguida "

[77] Gabriela Mistral *Versos de la segunda estrofa del poema Anwersario,* sección Luto', de *Lagar* (ob cit nota 75), p 39

[78] En su recado *La muerte de Stefan Sweig,* escrito en Petrópolis, Brasil, en marzo de 1942, Gabriela Mistral señala "Escritor más sensato, más dueño de su alma, me-

nos delirante (a pesar de haber descrito como nadie el delirio), no puede tal vez encontrarse en nuestra generación' *(El Mercurio,* Santiago, 9 de marzo de 1942)

[79] Fernando Alegría *Genio y figura de Gabriela Mistral,* Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), Buenos Aires, 1966, p 124 Dice el escritor y riguroso ensayista chileno "Toda la sección de *Lagar* llamada "Locas mujeres" no es sino un autorretrato visto a través de mujeres que amó, que compadeció, que recuerda u olvida, mujeres que, en el fondo, son parte de ella misma porque en ellas quedó para siempre No son locas estas mujeres son tristes porque están solas Por eso son Gabriela

[80] Gabriela Mistral *La que camina* (ref nota 75)

[81] Gabriela Mistral *Palmas de Cuba,* poema de la sección "Naturaleza ' de *Lagar* (ob cit nota 75), p 105

[82] Gabriela Mistral *Vertiente,* sección ' Naturaleza", de *Lagar* (ob cit nota 75) p 115

[83] Gastón Von Dem Bussche *Visión de una poesía* (ob cit nota 52), p 65

[84] Gabriela Mistral *Despedida,* poema de la sección "Vagabundaje", en *Lagar* (ob cit nota 75), p 169 Una forma de despedirse de las materias también, de aquellos elementos que tanto en *Tala* como en *Lagar* son sus temas siempre perdurables el pan, el agua, la sal, etc ' Ella no entra en el elemento a la manera agónica con que lo hace Neruda en *Residencia* , escribe Von Dem Bussche, "sino que más bien son los elementos mismos los que se le aparecen en su más evidente y profunda presencia'

[85] Gabriela Mistral Poema *Luto,* sección "Luto ', de *Lagar* (ob cit nota 75), p 45

VIII Una voluntad de ser

[86] Gabriela Mistral Carta a Pedro Aguirre Cerda, en revista *Mapocho,* N° 24, Biblioteca Nacional, Santiago, 1977, p 178

[87] Gabriela Mistral *Sandino, contestación a una encuesta,* en *El Mercurio,* Santiago, 4 de marzo de 1928, p 5

[88] Gabriela Mistral Discurso en la Unión Panamericana (Washington), en *Repertorio Americano,* N° 21, Tomo 8, San José (Costa Rica), 11 de agosto de 1924, p 321

[89] Gabriela Mistral *Contadores de patrias Benjamín Subercaseaux y su libro "Chile o una loca geografía",* en *La Nación,* Buenos Aires, 27 de abril de 1941 Se incorporará, como prólogo después, a las reediciones de la obra del autor

[90] Gabriela Mistral *Agrarismo en Chile,* escrito en Avignon (Francia) y publicado en *El Mercurio,* Santiago, 23 de septiembre de 1928

[91] Gabriela Mistral *Gabriela habla al pueblo,* en *La Nación,* Santiago, 9 de septiembre de 1954, p 1

[92] Gabriela Mistral *El presidente Obregón y la situación de México,* en *El Mercurio,* Santiago, 1 de julio de 1923 También en *Croquis Mexicanos* (selección y prólogo de Alfonso Calderón), Editorial Nascimento, Santiago, 1979, pp 57-63

93 Gabriela Mistral *El Mercurio,* Santiago, 22 de febrero de 1939

94 Gabriela Mistral *Agrarismo en Chile,* escrito en Avignon, Francia, y publicado en *El Mercurio,* 23 de septiembre de 1928, p 4

95 Gabriela Mistral *La Antártida y el pueblo magallánico,* en *La Nación,* Santiago, 24 de octubre de 1948 También en *Gabriela anda por el mundo* (Selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa), Editorial Andrés Bello, Santiago, 1978, pp 369-376

96 Gabriela Mistral *Recuerdos de Cautín,* en 'Música Araucana , publicado en *La Nación,* Buenos Aires, 17 de abril de 1932 Lo recoge Alfonso M Escudero en *Recados contando a Chile* (ob cit nota 1), pp 80 90

97 Isauro Santelices Escalante *Mi encuentro con Gabriela Mistral* (ob cit nota 57), p 82

98 Gabriela Mistral *Cristianismo con sentido social,* en revista *Atenea,* Universidad de Concepción, noviembre de 1925, pp 473-77 Lo selecciona Luis Vargas Saavedra en *Prosa religiosa de Gabriela Mistral* (ob cit nota 44), pp 35-38

99 Gabriela Mistral *El voto femenino,* en *El Mercurio,* Santiago, 17 de junio de 1928, p 4

100 Un momento de charla con Gabriela Mistral", entrevista en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 22 de junio de 1922, p 7

101 "Pauta y organización del Ejército sandinista (Servicio femenino), en revista *Alero,* Nº 17, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala, C A , marzo abril de 1976, p 72

102 Gabriela Mistral *Sandino contestación a una encuesta,* en *El Mercurio* (Ref cit en nota 87) El artículo se publica con la siguiente nota de la Redacción "Una opinión de Gabriela Mistral, cualquiera que sea el carácter que revista o el tono que asuma, será siempre un eco de interés vivo Hablar sobre Sandino, el caudillo, como ella habla ahora en estas líneas, es sostener el aspecto noble de una buena causa *Es necesario,* dice ella, *decir algo en favor de la desgraciada Nicaragua Es preciso acompañar siquiera con palabras a esa gente desventurada y heroica que padece por la justicia*'

103 Gabriela Mistral *Bolívar a los 40 años,* escrito en Nueva York, enero de 1931 Publicado en *El Mercurio,* Santiago, 1 de febrero de 1931, p 5 También en *Repertorio Americano,* Tomo XII, San José (Costa Rica), 14 de marzo de 1931, pp 157 138

104 Gabriela Mistral *América y Hostos,* en *Repertorio Americano,* Tomo XX, San José (Costa Rica), 10 de diciembre de 1932, pp 337 338 Con el título de *Una biografía de Eugenio María de Hostos,* Gabriela Mistral escribe este breve ensayo en la ciudad de Nápoles (Italia), en septiembre de 1932

105 Gabriela Mistral *El hombre José Martí,* en *El Mercurio,* Santiago, 26 de junio de 1932 Con algunas variantes este artículo pasará, después, a formar parte del ensayo *La lengua de Martí* (ref cit en nota 20)

106 Gabriela Mistral *Ruralidad chilena,* texto publicado originalmente en *El Mercurio,* Santiago, 14 de mayo de 1933, p 3 Recogido por Alfonso M Escudero en *Recados contando a Chile* (ob cit nota 1), pp 112-117

107 Gabriela Mistral *Flores,* en *Poema de Chile* (con "Nota al Lector" de Doris Dana), Editorial Pomaire, Barcelona (España), 1967, pp 89-103

108 Topa-topa (nombre mapuche de varias especies del género *Calceolarias),* amancai (nombre quechua, planta común en el norte de Chile, *Hippeastrum bicolor,* conocida también como añañuca), huilli (nombre mapuche de una planta del norte y centro del país, especies del género *Leucocoryne)* En *Poema de Chile,* Gabriela Mistral habla de numerosísimas hierbas chilenas con verdadera unción "Tú hablas de las matas como si fueran *criaturas*", le dice el niño a su Mama Y ella le responde 'Las flores de Chile son / tantas, tantas mi chiquillo' La mayoría de estas hierbas citadas —toronjil, manzanilla, poleo, romero, menta, hierbabuena, altamisa, salvia— tienen propiedades medicinales y son de uso común en la farmacopea doméstica chilena

109 Víctor Alba 'La Mistral vista por su amiga y secretaria", en *Anales de la Universidad de Chile* (Homenaje a Gabriela Mistral), Segundo Trimestre de 1967, año CXV, N° 106, p 93

110 Gabriela Mistral *Contadores de patria,* recado introductorio al libro del escritor chileno Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía,* Ediciones Ercilla, Santiago, 1956, pp 13-26

111 Gabriela Mistral *Valle de Elqui,* en *Poema de Chile* (ob cit nota 107), pp 45-48

112 Gabriela Mistral *Hallazgo,* en *Poema de Chile* (ob cit nota 107), pp 7 11

113 Gabriela Mistral *Breve descripción de Chile,* conferencia dictada en Málaga, España (1934), y publicada en *Anales de la Universidad de Chile,* Santiago, Segundo Trimestre de 1934 También en *Recados contando a Chile* (ob cit nota 1), pp 120-133

114 Gabriela Mistral *Hallazgo,* en *Poema de Chile* (ob cit nota 107)

115 Gabriela Mistral *Valle de Elqui,* en *Poema de Chile* (ob cit nota 107)

116 Varios de los textos incluidos en *Poema de Chile* tuvieron originalmente el provisorio título de *Poemas para los niños de Chile,* proyecto de libro de la autora que no llegó a realizarse Algunos de estos poemas —*El cuco, Canción de cuna del ciervo, A dónde es que tú me llevas*— se publicaron en diarios y revistas *(La Nación,* de Buenos Aires, *El Diario Ilustrado,* de Santiago) de la época, con la indicación expresa de la obra y título que Gabriela Mistral preparaba

117 El hermoso, geográfico y realista libro que es *Poema de Chile,* no ha sido aún del todo debidamente estudiado Amerita, sin duda, un atento análisis de sus significativos textos y, acaso también, un reordenamiento crítico de la obra en su totalidad Buen aporte han hecho en esta materia los estudiosos y ensayistas Luis Vargas Saavedra ("Don Alonso de Ercilla y *La Araucana* vistos por Gabriela Mistral",

en revista *Mapocho,* Santiago, N° 20, 1970), Jaime Quezada (Prólogo y notas a la segunda edición de *Poema de Chile,* Literatura Contemporánea Seix Barral, Santiago, 1985), Jaime Concha (*Gabriela Mistral,* Ediciones Júcar, Madrid, 1987), Santiago Daydí Tolson (*El último viaje de Gabriela Mistral,* Editorial Aconcagua, Santiago, 1989)

X La palabra desprendida

[118] Gabriela Mistral *Carner, el catalán,* publicado por Roque Esteban Scarpa en *Gabriela piensa en* (ob cit nota 73), pp 258-259

[119] Gabriela Mistral *Elogio de la isla de Puerto Rico La lengua* ("En ninguna parte oí más tierna la santa lengua mía, habiendo vivido entre tantas gentes, ninguna me bañó como ésta el corazón de las mieles morales de la casta") *El Mercurio,* Santiago, 10 de enero de 1932, p 2

[120] Gabriela Mistral *Nocturno de la derrota,* en Notas a *Tala* (ob cit nota 53), p 275

[121] Gabriela Mistral *La aventura de la lengua,* conferencia en la Universidad de California en 1947 La recoge José Pereira Rodríguez en *Páginas en prosa de Gabriela Mistral* (ob cit nota 39), pp 74-79

CRITERIO DE ESTA EDICION

Para la selección de los poemas que forman parte de esta bien amplia y representativa muestra antológica de la obra de Gabriela Mistral, hemos consultado preferentemente las primeras ediciones de sus libros O aquellas que la representan a cabalidad por el cuidado y rigor de las publicaciones La edición chilena de 1923 (Santiago, Editorial Nascimento) es la fuente para los poemas de *Desolación* De la edición crítica, que preparamos con motivo del centenario del nacimiento de Gabriela Mistral, se han seleccionado los textos de *Ternura* (Santiago, Ed Universitaria, 1989) teniendo, a su vez, como referencia la edición argentina de 1945 *Tala* (Buenos Aires, Ed Sur, 1938) y *Lagar* (Santiago, Ed Del Pacífico, 1954), en sus respectivas primeras ediciones, son el fundamento de los poemas aquí antologados Los textos de *Poema de Chile* proceden de la edición póstuma que reordenamos para la colección 'Literatura Contemporánea Seix Barral' (Santiago, Cochrane-Planeta, 1985)

Los poemas incluidos en esta selección se publican íntegramente, conservando su ordenamiento original y las secciones respectivas de cada una de las obras En algunos casos se han corregido erratas, ausencia de versos y falta, incluso, de estrofas (que los libros de nuestra Mistral, por desgracia, adolecen casi siempre de estos descuidos), procurando no alterar ni forma ni fondo del poema mismo, en el más fiel apego al ánimo y espíritu mistraliano

De una variada poesía inédita —inédita de libro— de Gabriela Mistral, y que ha andado aventada en revistas, periódicos y antologías, hemos rescatado aquellos textos que nos parecen interesantes en la producción de la autora Escritos en distintos momentos, épocas y lugares, en la patria real de Chile o en la extranjería Nunca han formado parte alguna de su obra conocida (o desconocida todavía) El mundo de la infancia, la naturaleza, lo religioso, el desvarío, el cuerpo humano, el amor dolor, el tiempo, la muerte, y otros temas que siempre le importaron, en sus atmósferas y ritualidades, van y vienen, de alguna evidente manera, por los versos de estos poemas

Su prosa —llámese Motivo o Recado— tipifica toda una escritura única y sorprendente por su tema y su lenguaje Estuvo siempre destinada a volanderas páginas de revistas y periódicos de varios países de nuestro Continente Tampoco llegó a reunirse en libro alguno, aunque más de una vez Gabriela Mistral tuvo esta intención Sólo mucho tiempo después de su muerte, investigadores y estudiosos han recopilado gran parte de estos valiosos textos prosísticos Los elogios, motivos y recados, que hemos seleccionado para este volumen, revelan resueltamente a la notable contadora" o recadora" que nuestra Mistral fue

Tanto al final de los Poemas inéditos como de la Prosa, se indican las referencias originales de los textos, o lo que hemos llamado, en su homenaje, *Fuentes mistralianas*

J Q.

DESOLACION
(1922)

VIDA

EL PENSADOR DE RODIN

A Laura Rodig

Con el mentón caído sobre la mano ruda,
el Pensador se acuerda que es carne de la huesa,
carne fatal, delante del destino desnuda,
carne que odia la muerte, y tembló de belleza.

Y tembló de amor, toda su primavera ardiente,
y ahora, al otoño, anégase de verdad y tristeza.
El "de morir tenemos" pasa sobre su frente,
en todo agudo bronce, cuando la noche empieza.

Y en la angustia, sus músculos se hienden, sufridores.
Cada surco en la carne se llena de terrores.
Se hiende, como la hoja de otoño, al Señor fuerte

que le llama en los bronces... Y no hay árbol torcido
de sol en la llanura, ni león de flanco herido,
crispados como este hombre que medita en la muerte.

LA CRUZ DE BISTOLFI

Cruz que ninguno mira y que todos sentimos,
la invisible y la cierta como una ancha montaña:
dormimos sobre ti y sobre ti vivimos;
tus dos brazos nos mecen y tu sombra nos baña.

El amor nos fingió un lecho, pero era
sólo tu garfio vivo y tu leño desnudo.
Creímos que corríamos libres por las praderas
y nunca descendimos de tu apretado nudo.

De toda sangre humana fresco está tu madero,
y sobre ti yo aspiro las llagas de mi padre,
y en el clavo de ensueño que lo llagó, me muero.

¡Mentira que hemos visto las noches y los días!
Estuvimos prendidos, como el hijo a la madre,
a ti, del primer llanto a la última agonía!

AL OIDO DE CRISTO

A Torres Rioseco

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas,
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
si te tienen, forma demasiado cruenta,
sin esas blanduras que aman las mujeres,
y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,
no fueran capaces de amarte tampoco
así, con sus ímpetus laxos y marchitos

Porque como Lázaro *ya hieden, ya hieden,*
por no disgregarse, mejor no se mueven
¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia de gesto y color,
y en la crispadura tuya del madero,
en tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración
y plebeyo gusto, el que Tú lloraras

y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto, que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón

mojada en lascivia, ni firme ni roja;
¡y como de fines de otoño, así, floja
e impura, la poma de su corazón!

III

¡Oh Cristo! un dolor les vuelva a hacer viva
l'alma que les diste y que se ha dormido,
que se la devuelva honda y sensitiva,
casa de amargura, pasión y alarido.

¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carnes hiendan
tal como se hienden quemadas gavillas;
llamas que a su gajo caduco se prendan,
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!

¡Llanto, llanto de calientes raudales
renueve los ojos de turbios cristales
y les vuelva el viejo fuego del mirar!

¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si Tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!

AL PUEBLO HEBREO

(Matanzas de Polonia)

Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece aún tu selva de clamores.

Nunca han dejado orearse tus heridas;
nunca han dejado que a sombrear te tiendas,
para estrujar y renovar tu venda,
más que ninguna rosa enrojecida.

Con tus gemidos se ha arrullado el mundo,
y juega con las hebras de tu llanto.
Los surcos de tu rostro, que amo tanto,
son cual llagas de sierra de profundos.

Temblando mecen su hijo las mujeres,
temblando siega el hombre su gavilla.
En tu soñar se hincó la pesadilla
y tu palabra es sólo el «¡miserere!»

Raza judía, y aún te resta pecho
y voz de miel, para alabar tus lares,
decir el Cantar de los Cantares
con lengua, y labio, y corazón deshechos.

En tu mujer camina aún María.
Sobre tu rostro va el perfil de Cristo;
por las laderas de Sion le han visto
llamarte en vano, cuando muere el día...

Que tu dolor en Dimas le miraba
y El dijo a Dimas la palabra inmensa,
y para ungir sus pies busca la trenza
de Magdalena ¡y la halla ensangrentada!

¡Raza judía, carne de dolores,
raza judía, río de amargura:
como los cielos y la tierra, dura
y crece tu ancha selva de clamores!

VIERNES SANTO

EL sol de Abril aún es ardiente y bueno
y el surco, de la espera, resplandece;

pero hoy no llenes l'ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa,
la mano en el arado, echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aún Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aún padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando,
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño hoy va como un hombre llorando,
Jesús padece.

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

RUTH

A González Martínez

I

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino.

El sol caldeo su espalda acuchilla,
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla,
y la fatiga le rinde el costado.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita,
desde la sierra hasta donde él reposa,

que la abundancia ha cegado el camino...
Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene, espigando, a encontrar su destino!

II

Booz miró a Ruth, y a los recolectores
dijo: "Dejad que recoja confiada..."
Y sonrieron los espigadores,
viendo del viejo la absorta mirada...

Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;
su voz pasaba de alcor en alcores,
pero podía dormir a un infante...

Ruth lo miró de la planta a la frente,
y fue sus ojos saciados bajando,
como el que bebe en inmensa corriente...

Al regresar a la aldea, los mozos
que ella encontró la miraron temblando.
Pero en su sueño Booz fue su esposo...

III

Y aquella noche el patriarca en la era
viendo los astros que laten de anhelo,
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: más hijos que estrellas dio al cielo.

Y suspiró por su lecho baldío,
rezó llorando, e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío,
hacia él vendría en la noche callada.

Ruth vio en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho, y se fue por el campo...

Dormía el justo, hecho paz y belleza.
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza.

LA MUJER FUERTE

Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días,
mujer de saya azul y de tostada frente,
que en mi niñez y sobre mi tierra de ambrosía
vi abrir el surco negro en un Abril ardiente.

Alzaba en la taberna, ebrio, la copa impura
el que te apegó un hijo al pecho de azucena,
y bajo ese recuerdo, que te era quemadura,
caía la simiente de tu mano, serena.

Segar te vi en Enero los trigos de tu hijo,
y sin comprender tuve en ti los ojos fijos,
agrandados al par de maravilla y llanto.

Y el lodo de tus pies todavía besara,
porque entre cien mundanas no he encontrado tu cara
¡y aun tu sombra en los surcos la sigo con mi canto!

LA MUJER ESTERIL

La mujer que no mece un hijo en el regazo,
cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas,
tiene una laxitud de mundo entre los brazos;
todo su corazón congoja inmensa baña.

El lirio le recuerda unas sienes de infante;
el Angelus le pide otra boca con ruego;
e interroga la fuente de seno de diamante
por qué su labio quiebra el cristal en sosiego.

Y al contemplar sus ojos se acuerda de la azada;
piensa que en los de un hijo no mirará extasiada,
cuando los suyos vacien, los follajes de Octubre.

Con doble temblor oye el viento en los cipreses.
¡Y una mendiga grávida, cuyo seno florece
cual la parva de Enero, de vergüenza la cubre!

IN MEMORIAM

Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo, tienes losa sobre la frente,
baja en la nieve tu mortaja inmensamente
y la tremenda albura cayó sobre tu faz.

Me escribías: "Soy triste como los solitarios,
pero he vestido de sosiego mi temblor,
mi atroz angustia de la mortaja y el osario
y el ansia viva de Jesucristo, mi Señor!"

¡Pensar que no hay colmena que entregue tu dulzura;
que entre las lenguas de odio eras lengua de paz;
que se va el canto mecedor de la amargura,
que habrá tribulación y no responderás!

De donde tú cantabas se me levantó el día.
Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz.
Aún era heroica y fuerte, porque aún te tenía;
sobre la confusión tu resplandor caía.
¡Y ahora tú callas, y tienes polvo, y no eres más!

No te vi nunca. No te veré. Mi Dios lo ha hecho.
¿Quién te juntó las manos? ¿quién dio, rota la voz,
la oración de los muertos al borde de tu lecho?
¿Quién te alcanzó en los ojos el estupor de Dios?

Aún me quedan jornadas bajo los soles. ¿Cuándo
verte, dónde encontrarte y darte mi aflicción,

sobre la Cruz del Sur que me mira temblando,
o más allá, donde los vientos van callando,
y, por impuro, no alcanzará mi corazón?

Acuérdate de mí —lodo y ceniza triste—
cuando estés en tu reino de extasiado zafir.
A la sombra de Dios, grita lo que supiste:
que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste,
¡que toda carne con angustia pide morir!

CREDO

Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.

Creo en mi corazón, el que no pide
nada porque es capaz del sumo ensueño
y abraza en el ensueño lo creado
¡inmenso dueño!

Creo en mi corazón, que cuando canta
hunde en el Dios profundo el flanco herido,
para subir de la piscina viva
como recién nacido

Creo en mi corazón, el que tremola
porque lo hizo el que turbó los mares,
y en el que da la Vida orquestaciones
como de pleamares.

Creo en mi corazón, el que yo exprimo
para teñir el lienzo de la vida
de rojez o palor, y que le ha hecho
veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
por el surco sin fin fue acrecentado.

Creo en mi corazón siempre vertido
pero nunca vaciado.

Creo en mi corazón en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho del Dios terrible y fuerte.

MIS LIBROS

(Lectura en la Biblioteca mexicana Gabriela Mistral)

Libros, callados libros de las estanterías,
vivos en su silencio, ardientes en su calma;
libros, los que consuelan, terciopelos del alma,
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

Mis manos en el día de afanes se rindieron;
pero al llegar la noche los buscaron, amantes,
en el hueco del muro donde como semblantes
me miran confortándome *aquellos que vivieron.*

¡Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo,
en donde se quedaron mis ojos largamente,
tienes sobre los *Salmos* como lavas hirvientes
y en su río de fuego mi corazón enciendo!

Sustentaste a mis gentes con tu robusto vino
y los erguiste recios en medio de los hombres,
y a mí me yergue de ímpetu sólo el decir tu nombre;
porque yo de ti vengo he quebrado al Destino.

Después de ti, tan sólo me traspasó los huesos
con su ancho alarido, el sumo Florentino.
A su voz todavía como un junco me inclino;
por su rojez de infierno fantástica atravieso.

Y para refrescar en musgos con rocío
la boca, requemada en las llamas dantescas,

busqué las Florecillas de Asís, las siempre frescas
¡y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío!

Yo vi a Francisco, a Aquel fino como las rosas,
pasar por su campiña más leve que un aliento,
besando el lirio abierto y el pecho purulento,
por besar al Señor *que duerme entre las cosas.*

¡Poema de Mistral, olor a surco abierto
que huele en las mañanas, yo te aspiré embriagada!
Vi a Mireya exprimir la fruta ensangrentada
del amor y correr por el atroz desierto.

Te recuerdo también, deshecha de dulzuras,
verso de Amado Nervo, con pecho de paloma,
que me hiciste más suave la línea de la loma,
cuando yo te leía en mis mañanas puras.

Nobles libros antiguos, de hojas amarillentas,
sois labios no rendidos de endulzar a los tristes,
sois la vieja amargura que nuevo manto viste:
¡desde Job hasta Kempis la misma voz doliente!

Los que cual Cristo hicieron la Vía-Dolorosa,
apretaron el verso contra su roja herida,
y es lienzo de Verónica la estrofa dolorida;
¡todo libro es purpúreo como sangrienta rosa!

¡Os amo, os amo, bocas de los poetas idos,
que deshechas en polvo me seguís consolando,
y que al llegar la noche estáis conmigo hablando,
junto a la dulce lámpara, con dulzor de gemidos!

De la página abierta aparto la mirada
¡oh muertos! y mi ensueño va tejiéndoos semblantes:
las pupilas febriles, los labios anhelantes
que lentos se deshacen en la tierra apretada.

EL DIOS TRISTE

Mirando la alameda de otoño lacerada,
la alameda profunda de vejez amarilla,

como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla.

Y en esta tarde lenta como una hebra de llanto
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño, un Dios sin ardor y sin canto
¡y lo conozco triste, lleno de desaliento!

Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
Señor, al que cantara de su fuerza embriagada,
no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.

Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza;
su mirada hacia mí como lágrima rueda
y esa mirada mustia me inclina la cabeza.

Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
"Padre, nada te pido, pues te miro a la frente
y eres inmenso ¡inmenso! pero te hallas herido".

LA ESCUELA

LA MAESTRA RURAL

A Federico de Onís

La Maestra era pura. "Los suaves hortelanos",
decía, "de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz".

La Maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor!
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.

¡Y el cuidador de tumbas, como aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

LA ENCINA

A la maestra señorita
Brígida Walker

I

Esta alma de mujer viril y delicada,
dulce en la gravedad, severa en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfumada,
por cuyos brazos rudos trepara un mirto en flor.

Pasta de nardos suaves, pasta de robles fuertes,
le amasaron la carne rosa del corazón,
y aunque es altiva y recia, si miras bien adviertes
un temblor en sus hojas que es temblor de emoción.

Dos millares de alondras el gorjeo aprendieron
en ella, y hacia todos los vientos se esparcieron
para poblar los cielos de gloria. ¡Noble encina,

déjame que te bese en el tronco llagado,
que con la diestra en alto, tu macizo sagrado
largamente bendiga, como hechura divina!

II

El peso de los nidos ¡fuerte! no te ha agobiado
Nunca la dulce carga pensaste sacudir.
No ha agitado tu fronda sensible otro cuidado
que el ser ancha y espesa para saber cubrir.

La vida (un viento) pasa por tu vasto follaje
como un encantamiento, sin violencia, sin voz;

la vida tumultuosa golpea en tu cordaje
con el sereno ritmo que es el ritmo de Dios.

De tanto albergar nido, de tanto albergar canto,
de tanto hacer tu seno aromosa tibieza,
de tanto dar servicio, y tanto dar amor,

todo tu leño heroico se ha vuelto, encina, santo.
Se te ha hecho en la fronda inmortal la belleza,
¡y pasará el otoño sin tocar tu verdor!

III

¡Encina, noble encina, yo te digo mi canto!
Que nunca de tu tronco mane amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor!

DOLOR

EL ENCUENTRO

Le he encontrado en el sendero.
No turbó su ensueño el agua
ni se abrieron más las rosas;
pero abrió el asombro mi alma.
¡Y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas!

Llevaba un canto ligero
en la boca descuidada,
y al mirarme se le ha vuelto
hondo el canto que entonaba.
Miré la senda, la hallé
extraña y como soñada.

¡Y en el alba de diamante
tuve mi cara con lágrimas!

Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas...
Detras de él no fueron más
azules y altas las salvias.

¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.
¡Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!

Esta noche no ha velado
como yo junto a la lámpara;
como él ignora, no punza
su pecho de nardo mi ansia;
pero tal vez por su sueño
pase un olor de retamas,
¡porque una pobre mujer
tiene su cara con lágrimas!

Iba sola y no temía;
con hambre y sed no lloraba;
desde que lo vi cruzar,
mi Dios me vistió de llagas.
Mi madre en su lecho reza
por mí su oración confiada.
¡Pero yo tal vez por siempre
tendré mi cara con lágrimas!

AMO AMOR

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas.
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabios, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso pára en morir!

EL AMOR QUE CALLA

Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro!

Tú lo *quisieras vuelto un alarido,*
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por *mi* callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

EXTASIS

Ahora, Cristo, bájame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobra ya todas las horas
y fueron dichas todas las palabras.

Me miró, nos miramos en silencio
mucho tiempo, clavadas,
como en la muerte, las pupilas. Todo
el estupor que blanquea las caras
en la agonía, albeaba nuestros rostros.
¡Tras de ese instante, ya no resta nada!

Me habló convulsamente;
le hablé, rotas, cortadas
de plenitud, tribulación y angustia,
las confusas palabras.
Le hablé de su destino y mi destino,
amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Después de esto ¡lo sé! no queda nada!
¡Nada! Ningún perfume que no sea
diluido al rodar sobre mi cara.

Mi oído está cerrado,
mi boca está sellada.
¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!
¡ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!

Por eso es que te pido,
Cristo, al que no clamé de hambre angustiada:
ahora, pára mis pulsos,
y mis párpados baja!

Defiéndeme del viento
la carne en que rodaron sus palabras;
líbrame de la luz brutal del día
que ya viene, esta imagen.
Recíbeme, voy plena,
¡tan plena voy como tierra inundada!

INTIMA

Tú no oprimas mis manos.
Llegará el duradero

tiempo de reposar con mucho polvo
y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: —"No puedo
amarla, porque ya se desgranaron
como mieses sus dedos".

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que estaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: —"La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso".

Y me angustiara oyéndote,
y hablaras loco y ciego,
que mi mano será sobre tu frente
cuando rompan mis dedos,
y bajará sobre tu cara llena
de ansia mi aliento.

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo,
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

DIOS LO QUIERE

I

La tierra se hace madrastra
si tu alma vende a mi alma.
Llevan un escalofrío
de tribulación las aguas.
El mundo fue más hermoso
desde que yo te fui aliada,
cuando junto de un espino
nos quedamos sin palabras,
¡y el amor como el espino
nos traspasó de fragancia!

Pero te va a brotar víboras
la tierra si vendes mi alma;
baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas.
Se apaga Cristo en mi pecho
¡y la puerta de mi casa
quiebra la mano al mendigo
y avienta a la atribulada!

II

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas
y oteándolas como un siervo,
te sigo por las montañas...

A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa,
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas;
mas, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.

DESVELADA

Como soy reina y fui mendiga, ahora
vivo en puro temblor de que me dejes,
y te pregunto, pálida, a cada hora:
"¿Estás conmigo aún? ¡Ay! no te alejes!"

Quisiera hacer las marchas sonriendo
y confiando ahora que has venido;
pero hasta en el dormir estoy temiendo
y pregunto entre sueños: —"¿No te has ido?"

VERGÜENZA

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!

BALADA

El pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

El besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces.
(Dios quiere callar)
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

TRIBULACION

En esta hora, amarga como un sorbo de mares,
Tú sosténme, Señor.
¡Todo se me ha llenado de sombras el camino
y el grito de pavor!
Amor iba en el viento como abeja de fuego,
y en las aguas ardía.
Me socarró la boca, me acibaró la trova,
y me aventó los días.

Tú viste que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena;
Tú viste que vinieron a tocar los cristales
de mi fuente serena.
Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible;
¡y sabes de qué modo maravilloso hacíase
el prodigio indecible!

Ahora que llego, huérfana, tu zona por señales
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro, Tú no apagues la lámpara,
¡Tú no sigas callando!

Tú no cierres la tienda, que crece la fatiga
y aumenta la amargura;
y es invierno, y hay nieve, y la noche se puebla
de muecas de locura.

¡Mira! De cuantos ojos veía abiertos sobre
mis sendas tempraneras,
sólo los tuyos quedan. Pero ¡ay! se van llenando
de un cuajo de neveras...

NOCTURNO

Padre Nuestro que estás en los cielos,
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en Febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aún no quieres mi pecho oprimir!

Caminando vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados,
por no ver más Enero ni Abril.

Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
¡Has herido la nube de Otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di,
y en mi noche del Huerto, me han sido
Juan cobarde y el Angel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir;
¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir.
Y perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de Ti:
¡Padre Nuestro que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. El gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: —"Por las sendas mortales
le llevan ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor".

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O Tú llegas después que los hombres se han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas?
¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y responde, Señor· cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las hondas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo, que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura;
la catarata, vértigo, aspereza, la sierra,
Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra!

LA ESPERA INUTIL

Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz ¡y tú no viniste!

El sol fue desmenuzando
su ardida y muerta amapola;
flecos de niebla temblaron
sobre el campo ¡Estaba sola!

Al viento otoñal, de un árbol
crujieron los secos brazos
Tuve miedo y te llamé
"¡Amado, apresura el paso!

Tengo miedo y tengo amor,
¡amado, el paso apresura!"
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;

de tu inerte mano torpe
ya para buscar mi mano·
¡de tus ojos dilatados
del inquirir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
búho con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar,
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!

COPLAS

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

¡Ojos apretados
de calientes lágrimas!
¡boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
¡Ni voy en tu busca
ni consigo tampoco olvidarte!

Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo
que no ven tus ojos,
¡de palpar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos!

Carne de miseria,
gajo vergonzante, muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta, trémulo,
al impuro pezón de la Vida!

CERAS ETERNAS

¡Ah! Nunca más conocerá tu boca
la vergüenza del beso que chorreaba
concupiscencia, como espesa lava!

Vuelven a ser dos pétalos nacientes,
esponjados de miel nueva, los labios
que yo quise inocentes.

¡Ah! Nunca más conocerán tus brazos
el nudo horrible que en mis días puso
oscuro horror: ¡el nudo de otro abrazo!...

Por el sosiego puros,
quedaron en la tierra distendidos,
¡ya ¡Dios mío! seguros!

¡Ah! Nunca más tus dos iris cegados
tendrán un rostro descompuesto, rojo
de lascivia, en sus vidrios dibujado!

¡Benditas ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternales
y duras, de la muerte!

¡Bendito toque sabio,
con que apretaron ojos, con que apegaron brazos,
con que juntaron labios!

¡Duras ceras benditas,
ya no hay brasa de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os derritan!

EL VASO

Yo sueño con un vaso de humilde y simple arcilla,
que guarde tus cenizas cerca de mis miradas;
y la pared del vaso te será mi mejilla,
y quedarán mi alma y tu alma apaciguadas.

No quiero espolvorearlas en vaso de oro ardiente,
ni en la ánfora pagana que carnal línea ensaya:
sólo un vaso de arcilla te ciña simplemente,
humildemente, como un pliegue de mi saya.

En una tarde de estas recogeré la arcilla
por el río, y lo haré con pulso tembloroso.
Pasarán las mujeres cargadas de gavillas,
y no sabrán que amaso el lecho de un esposo.

El puñado de polvo, que cabe entre mis manos,
se verterá sin ruido, como una hebra de llanto.
Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano,
y mi mirada inmensa será tu único manto!

EL RUEGO

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca.
Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.

Me cuido hasta de aquellos en que no puse nada;
¡no tengas ojo torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fue aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Que fue crüel? Olvidas, Señor, que le quería,
y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprende: ¡yo le amaba, le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrel tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Di el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos oscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

POEMA DEL HIJO

A Alfonsina Storni

I

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
la frente de estupor y los labios de anhelo!

Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,
y mis entrañas como perfume derramado
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.

Al cruzar una madre grávida, la miramos
con los labios convulsos y los ojos de ruego,
cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos.
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!

En las noches, insomne de dicha y de visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.
Para el que nacería vestido de canciones
yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...

El sol no parecíame, para bañarlo, intenso;
mirándome, yo odié, por toscas, mis rodillas;
mi corazón, confuso, temblaba al don inmenso;
¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!

Y no temí a la muerte, disgregadora impura;
los ojos de él libraran los tuyos de la nada,
y a la mañana espléndida o a la luz insegura
yo hubiera caminado bajo de esa mirada...

II

Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea
la ceniza precoz de la muerte. En mis días,
como la lluvia eterna de los Polos, gotea
la amargura con lágrima lenta, salobre y fría.

Mientras arde la llama del pino, sosegada,
mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
un hijo mío, infante con mi boca cansada,
mi amargo corazón y mi voz de vencido.

Y con tu corazón, el fruto de veneno,
y tus labios que hubieran otra vez renegado.
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,
que sólo por ser tuyo me hubiese abandonado.

Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes
lavara, en primavera, su sangre de mi pena,
si fui triste en las landas y en las tierras clementes,
y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

Y el horror de que un día con la boca quemante
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
"¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?"

Siento el amargo goce de que duermas abajo
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera
mi mano, por dormir yo también sin trabajos
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

Porque yo no cerrara los párpados, y loca
escuchase a través de la muerte, y me hincara,
deshechas las rodillas, retorcida la boca,
si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.

Y la tregua de Dios a mí no descendiera:
en la carne inocente me hirieran los malvados,
y por la eternidad mis venas exprimieran
sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.

¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocada en *miserere!*

La selva hecha cenizas retoñará cien veces
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses;
conmigo entran los míos *a la noche que dura.*

Y como si pagara la deuda de una raza,
taladran los dolores mi pecho cual colmena.
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;
como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes,
con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
Se me cansan los labios de las preces fervientes
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
un brazo con amor para la hora postrera,
cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
y mi mano tantee la sábana ligera.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero,
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

PALABRAS SERENAS

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor:
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.
Abren violetas divinas, y el viento
desprende al valle un aliento de miel.

Ahora no sólo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.
La sed es larga, la cuesta es aviesa;
pero en un lirio se enreda el mirar.

Grávidos van nuestros ojos de llanto
y un arroyuelo nos hace sonreír;
por una alondra que erige su canto
nos olvidamos que es duro morir.

No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabóse el hervir.
Aun me apacienta el mirar de mi madre.
¡Siento que Dios me va haciendo dormir!

NATURALEZA

PAISAJES DE LA PATAGONIA

I —DESOLACION

La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde
me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.
La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,
miro morir inmensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido
si más lejos que ella sólo fueron los muertos?
¡Tan sólo ellos contemplan un mar callado y yerto
crecer entre sus brazos y los brazos queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el puerto
vienen de tierras donde no están los que son míos;
sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos.

Y la interrogación que sube a mi garganta
al mirarlos pasar, me desciende, vencida:
hablan extrañas lenguas y no la conmovida
lengua que en tierras de oro mi pobre madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;
miro crecer la niebla como el agonizante,
y por no enloquecer no cuento los instantes,
porque la *noche larga* ahora tan sólo empieza.

Miro el llano extasiado y recojo su duelo,
que vine para ver los paisajes mortales.
La nieve es el semblante que asoma a mis cristales;
¡siempre será su albura bajando de los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la gran mirada
de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre mi casa;
siempre, como el destino que ni mengua ni pasa,
descenderá a cubrirme, terrible y extasiada.

II —ARBOL MUERTO

A Alberto Gullén

En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;

un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.

De su bosque el que ardió sólo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamió, como el amor mi alma.
¡Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada!

Los que amó, y que ceñían
a su torno en Setiembre una guirnalda,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana...

Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,
y alargan, por que mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
¡Y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga!

III —TRES ARBOLES

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan,
apretados de amor, como tres ciegos.

El sol de ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños
¡y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto!

Uno, torcido, tiende
su brazo inmenso y de follaje trémulo

hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son, llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.
¡Y mudos y ceñidos,
nos halle el día en un montón de duelo!

LA MONTAÑA DE NOCHE

Haremos fuegos sobre la montaña.
La noche que desciende, leñadores,
no echará al cielo ni su crencha de astros.
¡Haremos treinta fuegos brilladores!

Que la tarde quebró un vaso de sangre
sobre el ocaso, y es señal artera.
El espanto se sienta entre nosotros
si no hacéis corro en torno de la hoguera.

Semeja este fragor de cataratas
un incansable galopar de potros
por la montaña, y otro fragor sube
de los medrosos pechos de nosotros.

Dicen que los pinares en la noche
dejan su éxtasis negro, y a una extraña,
sigilosa señal, su muchedumbre
se mueve, tarda, sobre la montaña.

La esmaltadura de la nieve adquiere
en la tiniebla un arabesco avieso:
sobre el osario inmenso de la noche,
finge un bordado lívido de huesos.

E invisible avalancha de neveras
desciende, sin llegar, al valle inerme,

mientras vampiros de arrugadas alas
rozan el rostro del pastor que duerme.

Dicen que en las cimeras apretadas
de la próxima sierra hay alimañas
que el valle no conoce y que en la sombra,
como greñas, desprende la montaña.

Me va ganando el corazón el frío
de la cumbre cercana. Pienso: acaso
los muertos que dejaron por impuras
las ciudades, eligen el regazo

recóndito de los desfiladeros
de tajo azul, que ningún alba baña,
¡y al espesar la noche sus betunes
como una mar invadan la montaña!

Tronchad los leños tercos y fragantes,
salvias y pinos chisporroteadores,
y apretad bien el corro en torno al fuego,
que hace frío y angustia, leñadores!

CIMA

La hora de la tarde, la que pone
su sangre en las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;
una pierde, angustiada,
en este atardecer el solo pecho
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma.
Pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.
¿Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.

EL IXTLAZIHUATL

El Ixtlazihuatl mi mañana vierte;
se alza mi casa bajo su mirada,
que aquí a sus pies me reclinó la suerte
y en su luz hablo como alucinada.

Te doy mi amor, montaña mexicana;
como una virgen tú eres deleitosa;
sube de ti hecha gracia la mañana,
pétalo a pétalo abre como rosa.

El Ixtlazihuatl con su curva humana
endulza el cielo, el paisaje afina.
Toda dulzura de su dorso mana;
el valle en ella tierno se reclina.

Está tendida en la ebriedad del cielo
con laxitud de ensueño y de reposo,
tiene en un pico un ímpetu de anhelo
hacia el azul supremo que es su esposo.

Y los vapores que alza de sus lomas
tejen su sueño que es maravilloso:
cual la doncella y como la paloma
su pecho es casto pero se halla ansioso.

Ella a sus gentes dijo la armonía;
la depurada curva hizo su alma;
les ha vertido cada medio día
en la canción el óleo de su calma.

Mas tú la andina, la de greña oscura,
mi Cordillera, la Judith tremenda,
hiciste mi alma cual la zarpa dura
y la empapaste en tu sangrienta venda.

Y yo te llevo cual tu criatura.
Te llevo aquí en mi corazón tajeado,
que me crié en tus pechos de amargura
¡y derramé mi vida en tus costados!

PROSA

LA ORACION DE LA MAESTRA

A César Duayen

¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es *carne de mis carnes.* Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame! ¡sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces

contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. ¡Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor.

POEMAS DE LAS MADRES

A doña Luisa F de García Huidobro

I

ME HA BESADO

Me ha besado y ya soy otra: otra, por el latido que duplica el de mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble como mi corazón...

Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre la hierba!

¿COMO SERA?

¿Cómo será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa, y los palpé con delectación: querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así, oscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida entera.

Miro las quiebras de las sierras, cuando se van poblando de niebla, y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima: que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor leve de su voz cuando me habla, pues en el que viene quiero amar a aquél que me besara.

SABIDURIA

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado cortar las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, éste era mi vino.

Para éste yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro, con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, por que recoja de mi carne su ardor inextinguible.

LA DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón, desde que lleva el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente: creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre los que velan inclinados.

LA HERMANA

Hoy he visto una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacía su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura; la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, que

va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegará al suyo, rico, sus labios.

EL RUEGO

¡Pero no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno, si El mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra como de promesa sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recoger el rocío de la noche, pongo yo mi pecho ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamo el Henchidor, y le pido el licor de la vida, abundoso. Mi hijo llegará buscándolo con sed.

SENSITIVA

Ya no juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Soy como la rama con fruto.

Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín, y un simple canto que viene en el viento o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

EL DOLOR ETERNO

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste que está en mí y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado con mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Mi llanto y mi sonrisa comenzarán en tu rostro, hijo mío!

POR EL

Por él, por el que está adormecido, como hilo de agua bajo la hierba, no me dañéis, no me deis trabajos. Perdonádmelo todo: mi descontento de la mesa preparada y mi odio al ruido.

Me diréis los dolores de la casa, la pobreza y los afanes, cuando lo haya puesto en unos pañales.

En la frente, en el pecho, donde me toquéis, está él y lanzaría un gemido respondiendo a la herida.

LA QUIETUD

Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente: quiero para él anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor hora tras hora el sol acre. Quiero destilar como la fruta miel hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los vientos coloreen y laven mi sangre. Para lavarla también yo no odio, no murmuro, ¡solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas, y rostro, y mirada, y depurado corazón.

ROPITAS BLANCAS

Tejo los escarpines minúsculos, corto el pañal suave: todo quiero hacerlo por mis manos.

Vendrá de mis entrañas, reconocerá mi perfume.

Suave vellón de la oveja: en este verano te cortaron para él. Lo esponjó la oveja ocho meses y lo emblanqueció la luna de Enero. No tiene agujillas de cardo ni espinas de zarza. Así de suave ha sido el vellón de mis carnes, donde ha dormido.

¡Ropitas blancas! El las mira por mis ojos y se sonríe, dichoso, adivinándolas suavísimas....

IMAGEN DE LA TIERRA

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos (con sus criaturas en los anchos brazos).

Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira, también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente que las breñas hacen todavía invisible. Ya soy

como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

AL ESPOSO

Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir del fondo de mi ser como un lirio de aguas. Déjame ser como un agua en reposo.

¡Amame, ámame ahora un poco más! Yo ¡tan pequeña! te duplicaré por los caminos. Yo ¡tan pobre! te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo ¡tan tierna! me hendiré como un ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mí.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y me diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Seme más que nunca dulce. No remuevas ansiosamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy sólo un velo; todo mi cuerpo es un velo bajo el cual hay un niño dormido!

LA MADRE

Vino mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y, por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía la honda láctea.

Enrojecida, llena de confusión, le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

CUENTAME, MADRE

Madre, cuéntame todo lo que sabes por tus viejos dolores. Cuéntame cómo nace y cómo viene su cuerpecillo, entrabado con mis vísceras.

Dime si buscará solo mi pecho o si se lo debo ofrecer, incitándolo.

Dame tu ciencia de amor ahora, madre. Enséñame las nuevas caricias, delicadas, más delicadas que las del esposo.

¿Cómo limpiaré su cabecita, en los días sucesivos? ¿Y cómo lo liaré para no dañarlo?

Enséñame, madre, la canción de cuna con que me meciste. Esa lo hará dormir mejor que otras canciones.

EL AMANECER

Toda la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay el sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Y te llamo ahora Dulzura Infinita a Ti, Señor, para que lo desprendas blandamente.

Nazca ya, y mi grito de dolor suba en el amanecer, trenzado con el canto de los pájaros!

LA SAGRADA LEY

Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares: ¡yo sólo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro!

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la Tierra con este hijo en los brazos, y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, como las palmas y los surcos.

MOTIVOS DEL BARRO

A Eduardo Barrios

I —EL POLVO SAGRADO

Tengo ojos, tengo mirada: los ojos, y las miradas derramadas en mí por los tuyos que quebró la muerte, y te miro con todas ellas. No soy ciego como me llamas.

Y amo; tampoco soy muerto. Tengo los amores y las pasiones de tus gentes derramadas en mí como rescoldo tremendo; el anhelo de sus labios me hace gemir.

II —EL POLVO DE LA MADRE

¿Por qué me buscabas mirando hacia la noche estrellada? Aquí estoy, recógeme con tu mano. Guárdame, llévame. No quiero que me

huellen los rebaños ni que corran los lagartos sobre mis rodillas. Recógeme en tu mano y llévame contigo. Yo te llevé así. ¿Por qué tú no me llevarías?

Con una mano cortas las flores y ciñes a las mujeres, y con la otra oprimes contra tu pecho a tu madre.

Recógeme y amasa conmigo una ancha copa, para las rosas de esta primavera. Ya he sido copa, pero copa de carne henchida, y guardé un ramo de rosas: te llevé a ti. Yo conozco la noble curva de una copa porque fui el vientre de tu madre.

Volé en polvo fino de la sepultura y fui espesando sobre tu campo, todo para mirarte, ¡oh hijo labrador! Soy tu surco. ¡Mírame y acuérdate de mis labios! ¿Por qué pasas rompiéndome? En este amanecer, cuando atravesaste el campo, la alondra que voló cantando subió del ímpetu desesperado de mi corazón.

III —TIERRA DE AMANTES

Alfarero, ¿sentiste el barro cantar entre tus dedos? Cuando le acabaste de verter el agua, gritó entre ellos. ¡Es su tierra y la tierra de mis huesos que por fin se juntaron!

Con cada átomo de mi cuerpo lo he besado, con cada átomo lo he ceñido. ¡Mil nupcias para nuestros dos cuerpos! ¡Para mezclarnos bien nos deshicieron! ¡Como las abejas en el emjambre, es el ruido de nuestro fermento de amor!

Y ahora, si haces una Tanagra con nosotros, ponnos todo en la frente o todo en el seno. No nos vayas a separar distribuyéndonos en las sienes o en los brazos. Ponnos mejor en la curva sagrada de la cintura, donde jugaremos a perseguirnos, sin encontrarnos fin.

¡Ah, alfarero! Tú que nos mueles distraído cantando, no sabes que en la palma de tu mano se juntaron, por fin, las tierras de dos amantes que jamás se reunieron sobre el mundo.

IV —A LOS NIÑOS

Después de muchos años, cuando yo sea un montoncito de polvo callado, jugad conmigo, con la tierra de mi corazón y de mis huesos. Si me recoge un albañil, me pondrá en un ladrillo, y quedaré clavada para siempre en un muro, y yo odio los nichos quietos. Si me hacen ladrillo de cárcel, enrojeceré de vergüenza oyendo sollozar a un hombre; y si

soy ladrillo de una escuela, padeceré también de no poder cantar con vosotros, en los amaneceres

Mejor quiero ser el polvo con que jugáis en los caminos del campo Oprimidme he sido vuestra, deshacedme, porque os hice, pisadme, porque no os di toda la verdad y toda la belleza O, simplemente, cantad y corred sobre mí, para besaros las plantas amadas

Decid, cuando me tengáis en las manos, un verso hermoso y crepitaré de placer entre vuestros dedos Me empinaré para miraros, buscando entre vosotros los ojos, los cabellos de los que enseñé

Y cuando hagáis conmigo cualquier imagen, rompedla a cada instante, que a cada instante me rompieron los niños de ternura y de dolor!

V —LA ENEMIGA

Soñé que ya era la tierra, que era un metro de tierra oscura a la orilla de un camino Cuando pasaban, al atardecer, los carros cargados de heno, el aroma que dejaban en el aire me estremecía al recordarme el campo en que nací, cuando después pasaban los segadores enlazados, evocaba también, al llorar los bronces crepusculares, el alma mía recordaba a Dios bajo su polvo ciego

Junto a mí, el suelo formaba un montoncillo de arcilla roja, con un contorno como de pecho de mujer y yo, pensando en que también pudiera tener alma, le pregunté

—¿Quién eres tú?

—Yo soy, dijo, tu Enemiga, aquella que así, sencillamente, terriblemente, llamabas tú la Enemiga

Yo le contesté

—Yo odiaba cuando aún era carne, carne con juventud, carne con soberbia Pero ahora soy polvo ennegrecido y amo hasta el cardo que sobre mí crece y las ruedas de las carretas que pasan magullándome

—Yo tampoco odio ya, dijo ella, y soy roja como una herida porque he padecido, y me pusieron junto a ti porque pedí amarte

—Yo te quisiera más próxima, respondí, sobre mis brazos, los que nunca te estrecharon

—Yo te quisiera, respondió, sobre mi corazón, en el lugar de mi corazón que tuvo la quemadura de tu odio

Pasó un alfarero, una tarde, y, sentándose a descansar, acarició ambas tierras dulcemente

—Son suaves, dijo son igualmente suaves, aunque una sea oscura y la otra sangrienta Las llevaré y haré con ellas un vaso

Nos mezcló el alfarero como no se mezcla nada en la luz: más que dos brisas, más que dos aguas. Y ningún ácido, ninguna química de los hombres, hubiera podido separarnos.

Cuando nos puso en un horno ardiente, alcanzamos el color más luminoso y el más bello que se ha mostrado al sol: era un rosa viviente de pétalo recién abierto..

Cuando el alfarero lo sacó del horno ardiente, pensó que aquello ya no era lodo, sino una flor: como Dios, ¡él había alcanzado a hacer una flor!

Y el vaso dulcificaba el agua hasta tal punto que el hombre que lo compró gustaba de verterle los zumos más amargos: el ajenjo, la cicuta, para recogerlos melificados. Y si el alma misma de Caín se hubiera podido sumergir en el vaso, hubiera ascendido de él como un panal, goteante de miel...

VI —LAS ANFORAS

Ya hallaste por el río la greda roja y la greda negra; ya amasas las ánforas, con los ojos ardientes.

Alfarero, haz la de todos los hombres, que cada uno la precisa semejante al propio corazón.

Haz el ánfora del campesino, fuerte el asa, esponjado el contorno como la mejilla del hijo. No turbará cual la gracia, más será el Anfora de Salud

Haz el ánfora del sensual; hazla ardiente como la carne que ama; pero, para purificar su instinto, dale labio espiritual, leve labio.

Haz el ánfora del triste; hazla sencilla como una lágrima, sin un pliegue, sin una franja coloreada, porque el dueño no le mirará la hermosura. Y amásala con el lodo de las hojas secas, para que halle al beber el olor de los otoños, que es el perfume mismo de su corazón.

Haz el ánfora de los miserables, tosca, cual un puño, desgarrada de dar, y sangrienta, como la granada. Será el Anfora de la Protesta.

Y haz el ánfora de Leopardi, el ánfora de los torturados que ningún amor supo colmar. Hazles el vaso en que miren su propio corazón, para que se odien más. No echarán en ella ni el vino ni el agua, que será el Anfora de la Desolación. Y su seno vaciado inquietará más que si estuviera colmada de sangre, al que lo mire.

VII —VASOS

—Todos somos vasos —me dijo el alfarero, y como yo sonriera, añadió: —Tú eres un vaso vaciado. Te volcó un grande amor y ya no te

vuelves a colmar más. No eres humilde, y rehusas bajar como otros vasos a las cisternas, a llenarte de agua impura. Tampoco te abres para alimentarte de las pequeñas ternuras, como algunas de mis ánforas que reciben las lentas gotas que les vierte la noche y viven de esa breve frescura. Y no estás roja, sino blanca de sed, porque el sumo ardor tiene esa tremenda blancura.

VIII —LA LIMITACION

—Los vasos sufren de ser vasos —agregó—. —Sufren de contener en toda su vida nada más que cien lágrimas y apenas un suspiro o un sollozo intenso. En las manos del Destino tiemblan, y no creen que vacilan así porque son vasos. El amor los tajea de ardor, y no ven que son hermanos de mis gredas abiertas. Cuando miran al mar, que es ánfora inmensa, los vasos padecen, humillados. Odian su pequeña pared, su pequeño pie de copas, que apenas se levanta del polvo para recibir un poco la luz del día.

Cuando los hombres se abrazan, en la hora del amor, no ven que son tan exiguos como un tallo de hierba y que se ciñen con un solo brazo extendido: ¡lo mismo que un ánfora!

Miden desde su quietud meditativa el contorno de todas las cosas, y su brevedad no la conocen, de verse engrandecidos en su sombra.

Del dedo de Dios que los contorneó, aún conservan un vago perfume derramado en sus paredes, y suelen preguntar en qué jardín de aromas fueron amasados. Y el aliento de Dios, que caía sobre ellos mientras iba labrándolos, les dejó para mayor tortura esta vaga remembranza de una insigne suavidad y dulzura.

IX —LA SED

—Todos los vasos tienen sed —siguió diciéndome el alfarero—; "esos" como los míos, de arcilla perecedera. Así los hicieron, abiertos, para que pudieran recibir el rocío del cielo, y también ¡ay! para que huyera presto su néctar.

Y cuando están colmados tampoco son dichosos, porque todos odian el líquido que hay en su seno. El vaso de falerno aborrece su áspero olor de lagares; el de óleo perfumado odia su grávida espesura y envidia la levedad del vaso de agua clara.

Y los vasos con sangre viven desesperados del grumo tenaz que se cuaja en sus paredes y que no pueden ir a lavar en los arroyos, y son los más angustiados.

Para pintar el ansia de los hombres haz de ellos solamente el rostro con los labios entreabiertos de sed, o haz sencillamente un vaso, que también es una boca con sed.

TERNURA
(1924)

I. CANCIONES DE CUNA

MECIENDO

El mar sus millares de olas
mece; divino.
Oyendo a los mares amantes.
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

HALLAZGO

Me encontré a este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
en unas espigas...

O tal vez ha sido
cruzando la viña:
buscando los pámpanos
topé su mejilla...

Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapore como
la helada en las viñas...

APEGADO A MI

Velloncito de mi carne,
que en mi entraña yo tejí,

vellóncito friolento,
¡duérmete apegado a mí!

La perdiz duerme en el trébol
escuchándole latir:
no te turben mis alientos,
¡duérmete apegado a mí!

Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir,
no te sueltes de mi pecho:
¡duérmete apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido
ahora tiemblo de dormir.
No resbales de mi brazo:
¡duérmete apegado a mí!

ME TUVISTE

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la ronda de astros
quien te va meciendo.

Gozaste la luz
y fuiste feliz.
Todo bien tuviste
al tenerme a mí.

Duérmete mi niño,
duérmete sonriendo,
que es la Tierra amante
quien te va meciendo.

Miraste la ardiente
rosa carmesí.
Estrechaste al mundo:
me estrechaste a mí.

Duérmete, mi niño,
duérmete sonriendo,
que es Dios en la sombra
el que va meciendo.

DORMIDA

Meciendo mi carne,
meciendo a mi hijo,
voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos.

El mundo, de brazos
de mujer molido,
se me va volviendo
vaho blanquecino.

El bulto del mundo,
por vigas y vidrios,
entra hasta mi cuarto,
cubre madre y niño.

Son todos los cerros
y todos los ríos,
todo lo creado,
todo lo nacido...

Yo mezo, yo mezo
y veo perdido
cuerpo que me dieron,
lleno de sentidos.

Ahora no veo
ni cuna ni niño,
y el mundo me tengo
por desvanecido...

¡Grito a Quien me ha dado
el mundo y el hijo,
y despierto entonces
de mi propio grito!

ARRORRO ELQUINO

A Isolina Barraza de Estay

En la falda yo me tengo
una cosa de pasmar:
niña de algodón en rama,
copo de desbaratar,
cabellitos de vilanos
y bracitos sin cuajar.

Vienen gentes de Paihuano
y el "mismísimo" Coguaz*
por llevarse novedades
en su lengua lenguaraz.

Y no tiene todavía
la que llegan a buscar
ni bautismo que le valga
ni su nombre de vocear.

Tanta gente y caballada
en el patio y el corral
por un bulto con un llanto,
y una faja, y un puñal.

Elquinada novedosa,
resonando de metal;
que se sienten en redondo
como en era de trillar.

Que la miren embobados,
—ojos vienen y ojos van—
y le pongan en hileras
pasas, queso, uvate**, sal.

Y después que la respiren
y la toquen como el pan,

---

* Aldea en la Cordillera, donde termina el valle de Elqui (Nota de la autora)
** Dulce o confitura hecho con el hollejo de la uva (Nota de la autora)

que se vuelvan y nos dejen
en "compaña" y soledad.

Con las lunas de milagro,
con los cerros de metal,
con las luces, y las sombras,
y las nieblas de soñar.

Me la tengo todavía
siete años de encañar.
¡Madre mía, me la tengo
de tornearla y rematar!

¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!,
¡viejo torno de girar!
¡Siete años todavía
gira, gira y girarás!

CANCION QUECHUA*

Donde fue Tihuantisuyo,
nacían los indios.
Llegábamos a la puna
con danzas, con himnos.

Silbaban quenas, ardían
dos mil fuegos vivos.
Cantaban Coyas de oro
y Amautas benditos.

Bajaste ciego de soles,
volando dormido,
para hallar viudos los aires
de llama y de indio.

Y donde eran maizales
ver subir el trigo

* El fondo de esta canción, su esencia, corresponde a otra, citada por los Reclus, como un texto oral de mujer quechua, en una edición de sus *Geografías* que consulté en Nueva York (Nota de la autora)

y en lugar de las vicuñas
topar los novillos.

¡Regresa a tu Pachacamac,
En-Vano-Venido.
Indio loco, Indio que nace,
pájaro pérdido!

CANCION AMARGA

¡Ay! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

Este verde campo es tuyo.
¿De quién más podría ser?
Las oleadas de la alfalfa
para ti se han de mecer.

Este valle es todo tuyo.
¿De quién más podría ser?
Para que los disfrutemos
los pomares se hacen miel.

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén
y que el seno de tu madre
se secó de padecer!)

El cordero está espesando
el vellón que he de tejer,
y son tuyas las majadas.
¿De quién más podrían ser?

Y la leche del establo
que en la ubre ha de correr,
y el manojo de las mieses
¿de quién más podrían ser?

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén

y que el seno de tu madre
se secó de padecer!)

—¡Sí! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

SEMILLA

A Paula Alegría

I

Duerme, hijito, como semilla
en el momento de sembrar,
en los días de encañadura
o en los meses de ceguedad.

Duerme, huesito de cereza,
y bocadito de chañar,
color quemado, fruto ardido
de la mejilla de Simbad.

Duerme lo mismo que la fábula
que hace reír y hace llorar.
Por menudo y friolera,
como que estás y que no estás...

II

Cuerpecito que me espejea
de cosas grandes que vendrán,
con el pecho lleno de luna
partido en tierras por arar;

con el brazo dado a los remos
de quebracho y de guayacán,
y la flecha para la Sierra
en donde cazan el faisán

Duerme, heredero de aventuras
que se vinieron por el mar,
ahijado de antiguos viajes
de Colón y de Gengis-Kan;

heredero de adoraciones,
que al hombre queman y al copal,
y figura de Jesucristo
cuando repartas Pez y Pan.

SUEÑO GRANDE

A Adela Formoso de Obregón

A niño tan dormido
no me le recordéis.
Dormía así en mi entraña
con mucha dejadez.

Yo lo saqué del sueño
de todo su querer,
y ahora se me ha vuelto
a dormir otra vez.

La frente está parada
y las sienes también.
Los pies son dos almejas
y los costados pez

Rocío tendrá el sueño,
que es húmeda su sien.
Tendrá música el sueño
que le da su vaivén.

Resuello se le oye
en agua de correr;
pestañas se le mueven
en hojas de maitén.

Les digo que lo dejen
con tanto y tanto bien,

hasta que se despierte
de sólo su querer...

El sueño se lo ayudan
el techo y el dintel,
la Tierra que es Cibeles,
la madre que es mujer.

A ver si yo le aprendo
dormir que ya olvidé
y se lo aprende tanta
despierta cosa infiel.

Y nos vamos durmiendo
como de su merced,
de sobras de ese sueño,
hasta el amanecer...

ARRULLO PATAGON

A doña Graciela de Menéndez

Nacieron esta noche
por las quebradas
liebre rojiza,
vizcacha parda.

Manar se oyen dos leches
que no manaban,
y en el aire se mueven
colas y espaldas.

¡Ay, quién saliese,
ay, quién acarreara
en brazo y brazo
la liebre, la vizcacha!

Pero es la noche
ciega y apretujada
y me pierdo por cuevas
y por aguadas.

Me quedo oyendo
las albricias que llaman.
sorpresas, miedos,
pelambres enrolladas;

sintiendo dos alientos
que no alentaban,
tanteando en agujeros
cosas trocadas

Hasta que venga el día
que busca y halla
y quebrando los pastos
las cargue y traiga...

CANCION DE LA MUERTE

La vieja Empadronadora,
la mañosa Muerte,
cuando vaya de camino,
mi niño no encuentre.

La que huele a los nacidos
y husmea su leche,
encuentre sales y harinas,
mi leche no encuentre.

La Contra-Madre del Mundo,
la Convida-gentes,
por las playas y las rutas
no halle al inocente

El nombre de su bautismo
—la flor con que crece—,
lo olvide la memoriosa,
lo pierda, la Muerte

De vientos, de sal y arenas,
se vuelva demente,
y trueque, la desvariada,
el Oeste, y el Este.

Niño y madre los confunda
lo mismo que peces.
y en el día y en la hora
a mí sola encuentre.

NIÑO MEXICANO

Estoy en donde no estoy,
en el Anáhuac plateado,
y en su luz como no hay otra
peino un niño de mis manos.

En mis rodillas parece
flecha caído del arco,
y como flecha lo afilo
meciéndolo y canturreando.

En luz tan vieja y tan niña
siempre me parece hallazgo,
y lo mudo y lo volteo
con el refrán que le canto.

Me miran con vida eterna
sus ojos negri-azulados,
y como en costumbre eterna,
yo lo peino en mis manos.

Resinas de pino-ocote
van de su nuca a mis brazos,
y es pesado y es ligero
de ser la flecha sin arco...

Lo alimento con un ritmo,
y él me nutre de algún bálsamo
que es el bálsamo del maya
del que a mí me despojaron.

Yo juego con sus cabellos
y los abro y los repaso,

y en sus cabellos recobro
a los mayas dispersados.

Hace doce años dejé
a mi niño mexicano;
pero despierta o dormida
yo lo peino de mis manos...

¡Es una maternidad
que no me cansa el regazo
y es un éxtasis que tengo
de la gran muerte librado!

II. RONDAS

¿EN DONDE TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos, mejor, en el bosque?
La voz y la voz va a trenzar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita!
¡La iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!

LA MARGARITA

A Marta Samatán

El cielo de diciembre es puro
y la fuente mana, divina,
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle,
y sobre la alta hierba fina
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una loca margarita
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina...

DAME LA MANO*

A Tasso de Silveira

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor, y nada más...

El mismo verso cantaremos,
al mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga, y nada más.

---

* Mi compañero el poeta Tasso de Silveira, me salvó una estrofa perdida de esta Ronda, la única que tal vez importaba cuidar, y que había sido suprimida por editor o tipógrafo (Nota de la autora)

Te llamas Rosa y yo Esperanza;
pero tu nombre olvidarás,
porque seremos una danza
en la colina, y nada más...

TIERRA CHILENA

Danzamos en tierra chilena,
más bella que Lía y Raquel;
la tierra que amasa a los hombres
de labios y pecho sin hiel...

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que roza los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río hizo nuestro reír,
y besas los pies de la ronda
que la hace cual madre gemir.

Es bella, y por bella queremos
sus pastos de rondas albear;
es libre y por libre deseamos
su rostro de cantos bañar...

Mañana abriremos sus rocas,
la haremos viñedo y pomar;
mañana alzaremos sus pueblos;
¡hoy sólo queremos danzar!

LOS QUE NO DANZAN

Una niña que es inválida
dijo: —"¿Cómo danzo yo?"
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón...

Luego dijo la quebrada:
—"¿Cómo cantaría yo?"

Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón...

Dijo el pobre cardo muerto:
—"¿Cómo danzaría yo?"
Le dijimos: —"Pon al viento
a volar tu corazón..."

Dijo Dios desde la altura:
—"¿Cómo bajo del azul?"
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol.
A quien falte se le vuelve
de ceniza el corazón...

RONDA DE LA PAZ

A don Enrique Molina

Las madres, contando batallas,
sentadas están al umbral.
Los niños se fueron al campo
la piña de pino a cortar.

Se han puesto a jugar a los ecos
al pie de su cerro alemán.
Los niños de Francia responden
sin rostro en el viento del mar.

Refrán y palabra no entienden,
mas luego se van a encontrar,
y cuando a los ojos se miren
el verse será adivinar.

Ahora en el mundo el suspiro
y el soplo se alcanza a escuchar
y a cada refrán las dos rondas
ya van acercándose más.

Las madres, subiendo la ruta
de olores que lleva al pinar,
llegando a la rueda se vieron
cogidas del viento volar...

Los hombres salieron por ellas
y viendo la tierra girar
y oyendo cantar a los montes,
al ruedo del mundo se dan

RONDA DE LA CEIBA ECUATORIANA

A la maestra Emma Ortiz

¡En el mundo está la luz,
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la América!

¡Ea, ceiba, ea, ea!

Arbol-ceiba no ha nacido
y la damos por eterna,
indios quitos no la plantan
y los ríos no la riegan.

Tuerce y tuerce contra el cielo
veinte cobras verdaderas,
y al pasar por ella el viento
canta toda como Débora.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

No la alcanzan los ganados
ni le llega la saeta.
Miedo de ella tiene el hacha
y las llamas no la queman.

En sus gajos, de repente,
se arrebata y se ensangrienta
y después su santa leche
cae en cuajos y guedejas.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

A su sombra de giganta
bailan todas las doncellas,
y sus madres que están muertas
bajan a bailar con ellas.

¡Ea, ceiba, ea, ea!

Damos una y otra mano
a las vivas y a las muertas,
y giramos y giramos
las mujeres y las ceibas...

¡En el mundo está la luz
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde,
llamarada de la Tierra!

TODO ES RONDA

Los astros son rondas de niños,
jugando la tierra a espiar...
los trigos son talles de niñas
jugando a ondular..., a ondular...

Los ríos son rondas de niños
jugando a encontrarse en el mar...
Las olas son rondas de niñas
jugando la Tierra a abrazar...

EL CORRO LUMINOSO

A mi hermana

Corro de las niñas,
corro de mil niñas
a mi alrededor:
¡oh, Dios, yo soy dueña
de este resplandor!

En la tierra yerma,
sobre aquel desierto
mordido de sol,
¡mi corro de niñas
como inmensa flor!

En el llano verde,
al pie de los montes
que hería la voz,
¡el corro era un solo
divino temblor!

En la estepa inmensa,
en la estepa yerta
de desolación,
¡mi corro de niñas
ardiendo de amor!

En vano quisieron
quebrarme la estrofa
con tribulación,
¡el corro la canta
debajo de Dios!

RONDA ARGENTINA

La ronda de la Argentina
en el Trópico aparece
y bajando por los ríos
con sus mismos ríos crece.
Pasa, pasa los plantíos
y en helechos se atardece.
Caminamos con el día
seguimos cuando anochece.

Dejando Mesopotamia
como que desaparece,
porque el anillo se rompe
con la fuerza de las mieses.
Siete veces se nos rompe
y se junta siete veces.

En la Pampa va cruzando
la grosura de las reses
y la ronda blanca parte
negruras y bermejeces.
Y con el viento pampero
a más canta más se crece.

Llegando a la Patagonia,
de avestruces emblanquece,
y pescamos en las Islas
los que son últimos peces.
La ronda de la Argentina
que en el Trópico aparece.
Y la ronda da la vuelta
donde el mundo desfallece...

En el blanco mar Antártico
prueba el mar hasta las heces,
y en un giro da la vuelta
donde el mundo desfallece,
la ronda de la Argentina
que en el Trópico aparece.

RONDA CUBANA

Caminando de Este a Oeste
con su arrastre de metales,
hacen la ronda de espadas
doce mil palmeras reales.

Se desparraman en grupos
como estrellas o animales;
y de nuevo se rehace
la ronda de palmas reales...

Entre cafés y algodones,
y entre los cañaverales,
avanza abriéndose paso
la ronda de palmas reales...

Saltan con una pernada
maniguas y platanales
y de noche van sonámbulas
andando, las palmas reales...

Cuando, de loca frenética,
suelta las cofias y chales,
se da a bailar con nosotros
la ronda de palmas reales...

Pero ahora, de ligeras,
no llevan cuerpos mortales,
y se pierde rumbo al cielo,
la ronda de palmas reales.

LA DESVARIADORA

QUE NO CREZCA

Que el niño mío
así se me queda.
No mamó mi leche
para que creciera.
Un niño no es el roble,
y no es la ceiba.
Los álamos, los pastos,
los otros, crezcan:
en malvavisco
mi niño se queda.

Ya no le falta nada:
risa, maña, cejas,
aire y donaire.
Sobra que crezca.

Si crece, lo ven todos
y le hacen señas.
O me lo envalentonan
mujeres necias

o tantos mocetones
que a casa llegan:
¡que mi niño no mire
monstruos de leguas!

Los cinco veranos
que tiene tenga.
Así como está
baila y galanea.

En talla de una vara
caben sus fiestas,
todas sus Pascuas
Y Noches-Buenas.

Mujeres locas
no griten y sepan:
nacen y no crecen
el Sol y las piedras,
nunca maduran
y quedan eternas.
En la majada
cabritos y ovejas,
maduran y se mueren:
¡malhaya ellas!

¡Dios mío, páralo!
¡Que ya no crezca!
Páralo y sálvalo:
¡mi hijo no se me muera!

ENCARGOS

A Amalia Castillo Ledón

Le he rogado al almud de trigo
guarde la harina sin agriura,
y a los vinos que, cuando beba,
no me le hagan sollamadura.
Y vino y trigo que me oían
se movieron como quien jura...

Grité en la peña al oso negro,
al que llamamos sin fortuna,
que, si sube despeñadero,
no me lo como bestia alguna.
Y el oso negro prometía
con su lomo sin sol ni luna...

Tengo dicho a la oreja crespa
de la cicuta, que es impura,
que si la muerde, no lo mate,
aunque su flor esté madura.
Y la cicuta, comprendiendo,
se movía, jura que jura...

Y mandado le tengo al río,
que es agua mala, de conjura,
que le conozca y no le ahogue,
cuando le cruce embocadura.
Y en ademán de espuma viva,
el río malo me lo jura...

Ando en el trance de mostrarlo
a las cosas, una por una,
y las mujeres se me ríen
del sacar niño de la cuna,
aunque viven a lluvia y aire
la granada con la aceituna.

Cuando ya estamos de regreso
a la casa de nuez oscura,
yo me pongo a rezar el mundo,
como quien punza y lo apresura,
¡para que el mundo, como madre,
sea loco de mi locura
y tome en brazos y levante
al niñito de mi cintura!

MIEDO

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;

se hunde volando en el Cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La subirían al trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan hacer reina!

BENDICIONES*

A Carmen Valle

I

Bendita mi lengua sea
y mi pecho y mi respiro
y benditas mis potencias
para bendecir al hijo.

Benditos tus cinco siervos
que llamas cinco sentidos,

---

* "Día de las madres en Brasil" (Nota de la autora).

tu cabeza con bautismo
y tus hombros con rocío.

Benditos tus alimentos
en su imagen y en su signo
y en tu mano den las frutas
luz y trasluces divinos

Bendito cojas el bulto
del timón o del martillo
o muelas metales, o hagas
el rostro de Jesucristo.

Bendito te huela el tigre
y te conozca bendito
y el zorro belfos helados
no te ronde los cortijos.

Bendita sea tu fuerza
cuando majes al destino
y te aúpe en la derrota,
y devuelva lo perdido.

Bendito de Dios galopes;
el mar navegues bendito.
Bendito vayas y vuelvas.
Nunca te traigan herido.

Bendito entres por las casas,
alzada de árbol florido,
y Raquel te sepa suyo,
y arribado sin caminos

Bendito vayas de muerto
como el pez de tres abismos,
repechando las cascadas
de Padre, de Hijo y Espíritu

II

Bendita seas andando
por la tierra sembradía

que se vuelve con los surcos
para decirte bendita.

Los pájaros que te cruzan
como al Angel y a Tobías
le dejen caer su gracia
a la madre que camina.

Bendita te cante el viento
en las cañas y en las quilas
y la ráfaga, zumbando,
quiebro a quiebro te bendiga.

Las bestias en torno tuyo
hagan una rueda viva
y por bendita te lleven
hasta la puerta sus crías.

Entres bendita al establo
a lavar a las novillas:
belfos y hálitos parados
te topen como neblinas.

Pan sollamado que partas
en su tajo te sonría:
Enderezada en las palmas
se te embelese la miga.

El algodón de la zafra
cuando lo tronchas no gima:
majado de los telares
se vuelva a ti todavía.

Oigas el hacha del hijo
abriendo la selva viva,
y el pecho del hijo te oiga
como una concha escondida.

Con dos edades te vean
las gentes el mismo día;
el mozo te llame "madre"
y un viejo te diga "niña".

Cuando se venza tu carne,
te conozcan la fatiga;
te vean menguar la sombra,
te den por luna cumplida.

Baje entonces a tu seña
el Halcón de Halconería
y arrebatada te lleve
a espirales de alegría...

LA CAJITA DE OLINALA*

A Emma y Daniel Cossío

I

Cajita mía
de Olinalá,
palo-rosa,
jacarandá.

Cuando la abro
de golpe da
su olor de Reina
de Sabá.

¡Ay, bocanada
tropical:
clavo, caoba
y el copal!

La pongo aquí,
la dejo allá;
por corredores
viene y va.

* Cajitas de Olinalá (México) coloreadas y decoradas, hechas en madera de olor (Nota de la autora)

Hierve de grecas
como un país:
nopal, venado,
codorniz.

Los volcanes
de gran cerviz
y el indio aéreo
como el maíz.

Así la pintan,
así, así,
dedos de indio
o colibrí;

y así la hace
de cabal
mano azteca,
mano quetzal.

II

Cuando la noche
va a llegar,
porque me guarde
de su mal,

me la pongo
de cabezal
donde otros ponen
su metal.

Lindos sueños
hace soñar;
hace reír,
hace llorar...

Mano a mano
se pasa el mar,

sierras mellizas*
campos de arar.

Se ve al Anáhuac
rebrillar
la bestia-Ajusco**
que va a saltar,

y por el rumbo
que lleva al mar
a Quetzalcoalt
se va a alcanzar.

Ella es mi hálito
yo su andar,
ella saber,
yo desvariar.

Y paramos
como el maná
donde el camino
se sobra ya,

donde nos grita
un ¡halalá!
el mujerío
de Olinalá.

JUGARRETAS

LA PAJITA

Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era.

---

* Sierra Madre Oriental y Sierra Madre Occidental (Nota de la autora)
** El cerro Ajusco, que domina la capital (Nota de la autora)

Pero no era una gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla*.
Tampoco era la flor sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojitos era.

¡Alléguense a mirar cómo he perdido entera,
en este lagrimón, mi fiesta verdadera!

LA MANCA

Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena,
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero
y el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:
—"Novedad de tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña.
¡La que esté manca lo venga a buscar!"

Que me den un barco para ir a traerlo,
y para el barco me den capitán,
para el capitán que me den soldada,
y que por soldada pide la ciudad:
Marsella con torres y plazas y barcos
de todo el mundo la mejor ciudad,
que no será hermosa con una niñita
a la que robó su dedito el mar,
y los balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Gibraltar...

LA RATA

Una rata corrió a un venado
y los venados al jaguar,

* En Chile llamamos "flor de la maravilla" al girasol (Nota de la autora).

y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar...

¡Pillen, pillen a los que se van!
¡Pillen a la rata, pillen al venado,
pillen a los búfalos y a la mar!

Miren que la rata de la delantera
se lleva en las patas lana de bordar,
y con la lana bordo mi vestido
y con el vestido me voy a casar.

Suban y pasen la llanada,
corran sin aliento, sigan sin parar,
vuelen por la novia, y por el cortejo,
y por la carroza y el velo nupcial.

EL PAPAGAYO

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y azafrán,
me dijo "fea" con su habla gangosa
y con su pico que es de Satanás.

Yo no soy fea, que si fuese fea,
fea es mi madre parecida al sol,
fea la luz en que mira mi madre
y feo el viento en que pone su voz,
y fea el agua en que cae su cuerpo
y feo el mundo y El que lo crió...

El papagayo verde y amarillo
el papagayo verde y tornasol,
me dijo "fea" porque no ha comido
y el pan con vino se lo llevo yo,
que ya me voy cansando de mirarlo
siempre colgado y siempre tornasol...

EL PAVO REAL

Que sopló el viento y se llevó las nubes
y que en las nubes iba un pavo real,

que el pavo real era para mi mano
y que la mano se me va a secar,
y que la mano la di esta mañana
al rey que vino para desposar.

¡Ay que el cielo, ay que el viento, y la nube
que se van con el pavo real!

CUENTA-MUNDO

EL AIRE

Esto que pasa y que se queda,
esto es el Aire, esto es el Aire,
y sin boca que tú le veas
te toma y besa, padre amante.
¡Ay, le rompemos sin romperle;
herido vuela sin quejarse,
y parece que a todos lleva
y a todos deja, por bueno, el Aire...

LA LUZ

Por los aires anda la Luz
que para verte, hijo, me vale.
Si no estuviese, todas las cosas
que te aman no te mirasen;
en la noche te buscarían,
todas gimiendo y sin hallarte.

Ella se cambia, ella se trueca
y nunca es cosa de saciarse.
Amar el mundo nos creemos,
pero amamos la Luz que cae.

La Bendita, cuando nacías,
tomó tu cuerpo para llevarte.

Cuando yo muera y que te deje,
¡síguela, hijo, como a tu madre!

EL AGUA

¡Niñito mío, qué susto tienes
con el Agua adonde te traje,
y todo el susto por el gozo
de la cascada que se reparte!
Cae y cae como mujer,
ciega en espuma de pañales.
Esta es el Agua, ésta es el Agua,
santa que vino de pasaje.
Corriendo va con cuerpo bajo,
y con espumas de señales.
En momentos ella se acerca
y en momentos queda distante.
Y pasando se lleva el campo
y lleva al niño con su madre...

¡Beben del Agua dos orillas,
bebe la Sed de sorbos grandes,
beben ganados y yuntadas,
y no se acaba, el Agua Amante!

MARIPOSAS

A don Eduardo Santos

Al Valle que llaman de Muzo*,
que lo llamen Valle de Bodas.
Mariposas anchas y azules
vuelan, hijo, la tierra toda.
Azulea tendido el Valle,
en una siesta que está loca
de colinas y de palmeras

* El valle de Muzo, en Colombia, es el de las esmeraldas y las mariposas, y lo llaman un "fenómeno de color (Nota de la autora)

que van huyendo luminosas.
El Valle que te voy contando
como el cardo azul se deshoja,
y en mariposas aventadas
se despoja y no se despoja...

En tanto azul, apenas ven
naranjas y piñas las mozas,
y se abandonan, mareadas,
al columpio de mariposas.
Las yuntas pasan aventando
con el yugo, llamas redondas,
y las gentes al encontrarse
se ven ligeras y azulosas
y se abrazan alborotadas
de ser ellas y de ser otras...

El agrio sol, quémalo-todo,
quema suelos, no Mariposas.
Salen los hombres a cazarlas,
cogen en redes la luz rota,
y de las redes azogadas
van sacando manos gloriosas.

Parece fábula que cuento
y que de ella arda mi boca;
pero el milagro se repite
donde al aire llaman Colombia.
Cuéntalo y cuéntalo me embriago.
Veo azules, hijo, tus ropas,
azul mi aliento, azul mi falda,
y ya no veo más otra cosa...

MONTAÑA

Hijo mío, tú subirás
con el ganado la Montaña.
Pero mientras yo te arrebato
y te llevo sobre mi espalda.

Apuñada y negra la vemos,
como mujer enfurruñada.
Vive sola de todo tiempo,
pero nos ama, la Montaña,
y hace señales de subir
tirando gestos con que llama...

Trepamos, hijo, los faldeos,
llenos de robles y de hayas.
Arremolina el viento hierbas
y balancea la Montaña,
y van los brazos de tu madre
abriendo moños que son zarzas...

Mirando al llano, que está ciego,
ya no vemos río ni casa.
Pero tu madre sabe subir,
perder la Tierra, y volver salva.

Pasan las nieblas en trapos rotos;
se borra el mundo cuando pasan.
Subimos tanto que ya no quieres
seguir y todo te sobresalta.
Pero del alto Pico del Toro,
nadie desciende a la llanada.

El sol, lo mismo que el faisán,
de una vez salta la Montaña,
y de una vez baña de oro
a la Tierra que era fantasma,
¡y la enseña gajo por gajo
en redonda fruta mondada!

LA CASA

La mesa, hijo, está tendida,
en blancura quieta de nata,
y en cuatro muros azulea,
dando relumbres, la cerámica.

Esta es la sal, éste el aceite
y al centro el Pan que casi habla.
Oro más lindo que oro del Pan
no está ni en fruta ni en retama,
y da su olor de espiga y horno
una dicha que nunca sacia.
Lo partimos, hijito, juntos,
con dedos puros y palma blanda,
y tú lo miras asombrado
de tierra negra que da flor blanca.

Baja la mano de comer,
que tu madre también la baja.
Los trigos, hijo, son del aire,
y son del sol y de la azada;
pero este Pan "cara de Dios"*
no llega a mesas de las casas.
Y si otros niños no lo tienen.
mejor, mi hijo, no lo tocaras,
y no tomarlo mejor sería
con mano y mano avergonzadas.

Hijo, el Hambre, cara de mueca,
en remolino gira las parvas,
y se buscan y no se encuentran
el pan y el Hambre corcobada.
Para que lo halle, si ahora entra,
el Pan dejemos hasta mañana;
el fuego ardiendo marque la puerta,
que el indio quechua nunca cerraba,
y miremos comer al Hambre,
para dormir con cuerpo y alma.

LA TIERRA

Niño indio, si estás cansado,
tú te acuestas sobre la Tierra,

---

* En Chile, el pueblo llama al pan cara de Dios (Nota de la autora)

y lo mismo si estás alegre,
hijo mío, juega con ella...

Se oyen cosas maravillosas
al tambor indio de la Tierra:
se oye el fuego que sube y baja
buscando el cielo, y no sosiega.
Rueda y rueda, se oyen los ríos
en cascadas que no se cuentan.
Se oyen mugir los animales;
se oye el hacha comer la selva.
Se oyen sonar telares indios.
Se oyen trillas, se oyen fiestas.

Donde el indio lo está llamando,
el tambor indio le contesta,
y tañe cerca y tañe lejos,
como el que huye y que regresa...

Todo lo toma, todo lo carga
el lomo santo de la Tierra:
lo que camina, lo que duerme,
lo que retoza y lo que pena;
y lleva vivos y lleva muertos
el tambor indio de la Tierra.

Cuando muera, no llores, hijo:
pecho a pecho ponte con ella
y si sujetas los alientos
como que todo o nada fueras,
tú escucharás subir su brazo
que me tenía y que me entrega
y la madre que estaba rota
tú la verás volver entera.

CASI ESCOLARES

PIECECITOS

A doña Isaura Dinator

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!

¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
una flor de luz viva
dejáis;

que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

MANITAS

Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas,

de los valles del mundo
sois dueñas.

Manitas de los niños
que al grano se tienden,
por vosotros las frutas
se encienden.

Y los panales llenos
de su carga se ofenden
¡Y los hombres que pasan
no entienden!

Manitas blancas, hechas
como de suave harina,
la espiga por tocaros
se inclina.

Manitas extendidas,
piñón, caracolitos,
bendito quien os colme,
¡bendito!

Benditos los que oyendo
que parecéis un grito,
os devuelven el mundo:
¡benditos!

ECHA LA SIMIENTE

El surco está abierto, y su suave hondor
en el sol parece una cuna ardiente
¡Oh labriego!, tu obra es grata al Señor:
¡echa la simiente!

Nunca más el hambre, negro segador,
entre por tus puertas solapadamente,
para que haya pan, para que haya amor,
¡echa la simiente!

La vida conduces, duro sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
bruñido de siesta y de resplandor
¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en los vientos Dios te bate la frente.
Hombre que voleas trigo volador:
¡prospere tu rubia simiente!

CARICIA

Madre, madre, tú me besas
pero yo te beso más
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar...

Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear.
Cuando escondes a tu hijito
ni se le oye respirar...

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en las *niñas* tienes
a tu hijo y nada más.

Los ojitos que me diste
me los tengo de gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...

DULZURA

Madrecita mía,
madrecita tierna,

déjame decirte
dulzuras extremas

Es tuyo mi cuerpo
que juntaste en ramo;
deja revolverlo
sobre tu regazo

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío;
y en tus brazos locos
tenme suspendido.

Madrecita mía,
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos

OBRERITO

Madre, cuando sea grande
¡ay, qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos,
como el zonda* al herbazal.

O te acostaré en las parvas
o te cargaré hasta el mar
o te subiré las cuestas
o te dejaré al umbral

Y ¡qué casal ha de hacerte
tu niñito, tu titán,
y qué sombra tan amante
sus aleros van a dar!

Yo te regaré una huerta
y tu falda he de cansar
con las frutas y las frutas
que son mil y que son más

---

* Viento calido de la región del norte (Nota de la autora)

O mejor te haré tapices
con la juncia de trenzar;
o mejor tendré un molino
que te hable haciendo el pan.

Cuenta, cuenta las ventanas
y las puertas del casal;
cuenta, cuenta maravillas
si las puedes tú contar...

DOÑA PRIMAVERA

Doña Primavera
viste que es primor,
viste en limonero
y en naranjo en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas,
y por caravana
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo...

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a toparlas
entre los jazmines?

¿Cómo va a encontrarlas
junto de las fuentes

de espejos dorados
y cantos ardientes?

Da la tierra enferma
en las pardas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas...

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño,
y de exultación.

EL ANGEL GUARDIAN

Es verdad, no es un cuento:
hay un Angel Guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.

Tiene cabellos suaves
que van en la venteada,
ojos dulces y graves
que te sosiegan con una mirada
y matan miedos dando claridad.
(No es un cuento, es verdad.)

El tiene cuerpo, manos y pies de alas
y las seis alas vuelan o resbalan.
Las seis te llevan de su aire batido
y lo mismo te llevan de dormido.

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su taimada envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Es quien te ayuda a que cortes las rosas,
que están sentadas en trampas de espinas,
el que te pasa las aguas mañosas
y el que te sube las cuestas más pinas.

Y aunque camine contigo apareado,
como la guinda y la guinda bermeja,
cuando su seña te pone el pecado
recoge tu alma y el cuerpo te deja.

Es verdad, no es un cuento:
hay un Angel Guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.

HIMNO AL ARBOL

A don José Vasconcelos

Arbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en la pradera de la vida,

mi suave y cálida influencia
de criatura bendecida.

Arbol diez veces productor·
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador;

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de brazos agobiantes
y de gargantas melodiosas·

hazme en el dar un opulento.
¡para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!

Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del mundo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dio a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Arbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar

los que en el bosque humano, inmenso,
rama no hallaron para hogar.

Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
levantarás eternamente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
levante mi alma un invariado
y universal gesto de amor.

EL HIMNO COTIDIANO

A la señorita Virginia Trewhela

En este nuevo día
que me concedes, ¡oh Señor!,
dame mi parte de alegría
y haz que consiga ser mejor.

Dame Tú el don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;
y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí;
si una luz más mis pasos guía
y si un error más yo extinguí.

Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió,
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer

cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.

Y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar.
Y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.

Que dé la suma de bondad,
de actividades y de amor
que a cada ser se manda dar:
suma de esencias a la flor
y de albas nubes a la mar.

Y que, por fin, mi siglo engreído
en su grandeza material,
no me deslumbre hasta el olvido
de que soy barro y soy mortal.

Ame a los seres este día;
a todo trance halle la luz.
Ame mi gozo y mi agonía:
¡ame la prueba de mi cruz!

HABLANDO AL PADRE

Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé,
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar,
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal:
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver,
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar
y el alcanzar,
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,
llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
Dé tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

CANCION DEL MAIZAL

I

El maizal canta en el viento
verde, verde de esperanza.
Ha crecido en treinta días:
su rumor es alabanza.

Llega, llega al horizonte,
sobre la meseta afable,
y en el viento ríe entero
con su risa innumerable.

II

El maizal gime en el viento
para trojes ya maduro;
se quemaron sus cabellos
y se abrió su estuche duro.

Y su pobre manto seco
se le llena de gemidos:
el maizal gime en el viento
con su manto desceñido.

III

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
diez semanas en los tallos
bien prendidas que se mecen.

Tienen un vellito de oro
como de recién nacido
y unas hojas maternales
que les celan el rocío.

Y debajo de la vaina,
como niños escondidos,
con sus dos mil dientes de oro
ríen, ríen sin sentido...

Las mazorcas del maíz
a niñitas se parecen:
en las cañas maternales
bien prendidas que se mecen.

El descansa en cada troje
con silencio de dormido;
va soñando, va soñando
un maizal recién nacido.

CUENTOS

LA MADRE GRANADA

(Plato de cerámica de Chapelle-aux-Pots.)

Contaré una historia en mayólica
rojo-púrpura y rojo-encarnada,
en mayólica mía, la historia
de Madre Granada.

Madre Granada estaba vieja,
requemada como un panecillo;
mas la consolaba su real corona,
larga codicia del membrillo.

Su profunda casa tenía partida
por delgadas lacas
en naves donde andan los hijos
vestidos de rojo-escarlata.

Con pasión de rojeces, les puso
la misma casulla encarnada.
Ni nombre les dio ni los cuenta nunca,
para no cansarse, la Madre Granada.

Dejó abierta la puerta,
la Congestionada,
soltó el puño ceñido,
de sostener las mansiones, cansada.

Y se fueron los hijos
de la Empurpurada.
Quedóse durmiendo y vacía
la Madre Granada...

Iban como las hormigas,
estirándose en ovillos,
iguales, iguales, iguales,
río escarlata de monaguillos.

A la Catedral solemne llegaron,
y abriendo la gran puerta herrada,
entraron como langostinos
los hijos de Madre Granada.

En la Catedral eran tantas naves
como cámaras en las granadas,
y los monaguillos iban y venían
en olas y olas encontradas...

Un cardenal rojo decía el oficio
con la espalda vuelta de los armadillos.

A una voz se inclinaba o se alzaba
el millón de monaguillos.

Los miraban los rojos vitrales,
desde lo alto, con viva mirada,
como treinta faisanes de roja
pechuga asombrada.

Las campanas se echaron a vuelo;
despertaron todo el vallecillo.
Sonaban en rojo y granate,
como cuando se quema el castillo.

Al escándalo de los bronces
fueron saliendo en desbandada
y en avenida bajaron la puerta
que parecía ensangrentada.

La ciudad se levanta tarde
y la pobre no sabe nada.
Van los hijos dejando las calles;
entran al campo a risotadas...

Llegan a su tronco, suben en silencio,
entran al estuche de Madre Granada,
y tan callados se quedan en ella
como la piedra de la Kaaba.

Madre Granada despertóse llena
de su millón rojo y sencillo;
se balanceó por estar segura;
pulsó su pesado bolsillo.

Y como iba contando y contando,
de incredulidad, la Madre Granada,
estallaron en risa los hijos
y ella se partió de la carcajada...

La granada partida en el huerto,
era toda una fiesta incendiada.
La cortamos guardando sus fueros
a la Coronada...

La sentamos en un plato blanco,
que asustó su rojez insensata.
Me ha contado su historia, que pongo
en rojo-escarlata...

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo sufre de extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.
Sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos,
—"Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas".

Caperucita es cándida como los lirios blancos.
—"Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que se derrama en jugo.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive en la entrada de él.

Y ahora, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que la hacen olvidarse del viaje del Traidor...

El Lobo fabuloso de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña ha anunciado el Traidor.)

Ha tres días la bestia no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quien la va a defender!
...Se la comió riendo toda y pausadamente
y se puso en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el Lobo: —"Quién va?"

La voz es ronca —"Pero la abuelita está enferma",
la niña ingenua explica —"De parte de mamá"

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas
Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor
—"Deja los pastelitos, ven a entibiarme el lecho"
Caperucita cede al reclamo de amor

De entre la cofia salen las orejas monstruosas
—"¿Por qué tan largas?", dice la niña con candor
Y el velludo engañoso, abrazando a la niña
—"¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor"

El cuerpecito tierno le dilata los ojos
El terror en la niña los dilata también
—"Abuelita, decidme ¿Por qué esos grandes ojos?"
—"Corazoncito mío, para mirarte bien"

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor
—"Abuelita, decidme ¿Por qué esos grandes dientes?"
—Corazoncito, para devorarte mejor"

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón,
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón

TALA
(1938)

MUERTE DE MI MADRE

LA FUGA

Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre, para alcanzar el otro monte;
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Mas, a trechos tú misma vas haciendo
el camino de burlas y de expolio.
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos,
mas no podemos vernos en los ojos,
y no podemos trocarnos palabra,
cual la Eurídice y el Orfeo solos,
las dos cumpliendo un voto o un castigo,
ambas con pies y con acentos rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo en mí, en un peso angustioso
y amoroso a la vez, como pobre hijo
galeoto a su padre galeoto,
y hay que enhebrar los cerros repetidos
sin decir el secreto doloroso:
que yo te llevo hurtada a dioses crueles
y que vamos a un Dios que es de nosotros.

Y otras veces ni estás cerro adelante,
ni vas conmigo, ni vas en mi soplo:
te has disuelto con niebla en las montañas,
te has cedido al paisaje cardenoso.
Y me das unas voces de sarcasmo
desde tres puntos, y en dolor me rompo,
porque mi cuerpo es uno, el que me diste,
y tú eres un agua de cien ojos,
y eres un paisaje de mil brazos,

nunca más lo que son los amorosos:
un pecho vivo sobre un pecho vivo,
nudo de bronce ablandado en sollozo.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos,
como dicen que quedan los gloriosos,
delante de su Dios, en dos anillos
de luz, o en dos medallones absortos,
ensartados en un rayo de gloria
o acostados en un cauce de oro.

O te busco, y no sabes que te busco,
o vas conmigo, y no te veo el rostro;
o en mí tú vas, en terrible convenio,
sin responderme con tu cuerpo sordo,
siempre por el rosario de los cerros,
que cobran sangre por entregar gozo,
y hacen danzar en torno a cada uno,
¡hasta el momento de la sien ardiendo,
del cascabel de la antigua demencia
y de la trampa en el vórtice rojo!

LAPIDA FILIAL

Apegada a la seca fisura
del nicho, déjame que te diga:
—Amados pechos que me nutrieron
con una leche más que otra viva;
parados ojos que me miraron
con tal mirada que me ceñía;
regazo ancho que calentó
con una hornaza que no se enfría;
mano pequeña que me tocaba
con un contacto que me fundía.
¡resucitad, resucitad,
si existe la hora, si es cierto el día,
para que Cristo os reconozca
y a otro país deis alegría,
para que pague ya mi Arcángel
formas y sangre y leche mía,

y que por fin te recupere
la vasta y santa sinfonía
de viejas madres: la Macabea,
Ana, Isabel, Lía y Raquel!

NOCTURNO DE LA CONSUMACION

A Waldo Frank

Te olvidaste del rostro que hiciste
en un valle a una oscura mujer;
olvidaste entre todas tus formas
mi alzadura de lento ciprés;
cabras vivas, vicuñas doradas
te cubrieron la triste y la fiel.

Te han tapado mi cara rendida
las criaturas que te hacen tropel;
te han borrado mis hombros las dunas
y mi frente algarrobo y maitén.
Cuantas cosas gloriosas hiciste
te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca
la canción por la sola merced;
como Tú me enseñaste este modo
de estirarte mi esponja con hiel,
yo me pongo a cantar tus olvidos,
por hincarte mi grito otra vez.

Yo te digo que me has olvidado,
pan de tierra de la insipidez,
leño triste que sobra en tus haces,
pez sombrío que afrenta la red.
Yo te digo con otro* que "hay tiempo
de sembrar como de recoger".

No te cobro la inmensa promesa
de tu cielo en niveles de mies;
no te digo apetito de arcángeles

* Salomón

ni potencias que me hagan arder;
no te busco los prados de música
donde a tristes llevaste a pacer.

Hace tanto que masco tinieblas,
que la dicha no sé reaprender;
tanto tiempo que piso las lavas
que olvidaron vellones los pies;
tantos años que muerdo el desierto,
que mi patria se llama la Sed.

La oración de paloma zurita
ya no baja en mi pecho a beber;
la oración de colinas divinas,
se ha raído en la gran aridez,
y ahora tengo en la mano una nueva,
la más seca, ofrecida a mi Rey.

Dame Tú el acabar de la encina
en fogón que no deje la hez;
dame Tú el acabar del celaje
que su sol hizo y quiso perder;
dame el fin de la pobre medusa
que en la arena consuma su bien.

He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén:
he ganado el amor de la nada,
apetito del nunca volver,
voluntad de quedar con la tierra
mano a mano y mudez con mudez,
despojada de mi propio Padre,
rebanada de Jerusalem!

NOCTURNO DE LA DERROTA

Yo no he sido tu Pablo absoluto
que creyó para nunca descreer,
una brasa violenta tendida
de la frente con rayo a los pies.

Yo le quise el tremendo destino,
pero no merecí su rojez.

Brasa breve he llevado en la mano,
llama corta ha lamido mi piel.
Yo no supe, abatida del rayo,
como el pino de gomas arder.
Viento tuyo no vino a ayudarme
y blanqueo antes de perecer.

Caridad no más ancha que rosa
me ha costado jadeo que ves.
tu semblante a este campo de muerte
y tu mano a mi gran desnudez.

Tú, que losa de tumba rompiste
como el brote que rompe su nuez,
ten piedad del que no resucita
ya contigo y se va deshacer,
con el liquen quemado en sus sales,
con genciana quemada en su hiel,
con las cosas que a Cristo no tienen
y de Cristo no baña la ley.

(Cielos morados, avergonzados
de mi derrota.
Capitán vivo y envilecido,
nuca pisada, ceño pisado
de mi derrota.
Cuerno cascado de ciervo noble
de mi derrota.)

NOCTURNO DE LOS TEJEDORES VIEJOS

Se acabaron los días divinos
de la danza delante del mar
y pasaron las siestas del viento
con aroma de polen y sal
y las otras en trigos dormidas
con nidal de paloma torcaz.

Tan lejanos se encuentran los años
de los panes de harina candeal
disfrutados en mesa de pino,
que negamos, mejor, su verdad,
y decimos que siempre estuvieron
nuestras vidas lo mismo que están,
y vendemos la blanca memoria
que dejamos tendida al umbral.

Han llegado los días ceñidos
como el puño de Salmanazar.
Llueve tanta ceniza nutrida
que la carne es su propio sayal.
Retiraron los mazos de lino
y se escarda, sin nunca acabar,
un esparto que no es de los valles
porque es hebra de hilado metal...

Nos callamos las horas y el día
sin querer la faena nombrar,
cual se callan remeros muy pálidos
los tifones, y el boga, el caimán,
porque el nombre no nutra al destino,
y sin nombre, se pueda matar.

Pero cuando la frente enderézase
de la prueba que no han de apurar,
al mirarnos, los ojos se truecan
la palabra en el iris leal,
y bajamos los ojos de nuevo,
como el jarro al brocal, contumaz,
desolados de haber aprendido
con el nombre la cifra letal.

Los precitos contemplan la llama
que hace dalias y fucsias girar;
los forzados, como una cometa,
bajan y alzan su "nunca jamás".
Mas nosotros tan sólo tenemos,
para juego de nuestro mirar,
grecas lentas que dan nuestras manos,

golondrinas, al muro de cal,
remos negros que siempre jadean
y que nunca rematan el mar.

Prodigiosas las dulces espaldas
que se olvidan del se enderezar,
que obedientes cargaron los linos
y obedientes la leña mortal
porque nunca han sabido de dónde
fueron hechas y a qué volverán.

¡Pobre cuerpo que todo ha aprendido
de sus padres José e Isaac,
y fantásticas manos leales,
las que tejen sin ver ni contar,
ni medir paño y paño cumplido,
preguntando si basta o si es más!

Levantando la blanca cabeza
ensayamos tal vez preguntar
de qué ofensa callada ofendimos
a un demiurgo al que se ha de aplacar,
como leños de hoguera que odiasen
el arder, sin saberse apagar.

Humildad de tejer esta túnica
para un dorso sin nombre ni faz,
y dolor el que escucha en la noche
toda carne de Cristo arribar,
recibir el telar que es de piedra
y la Casa que es de eternidad.

NOCTURNO DEL DESCENDIMIENTO

A Victoria Ocampo

Cristo del campo, "Cristo del Calvario"*
vine a rogarte por mi carne enferma;

* Nombre popular de los cerros que tienen un crucifijo en Europa.

pero al verte mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con verguenza.
Mi sangre aún es agua de regato;
la tuya se paró como agua en presa.
Yo tengo arrimo en hombro que me vale,
a ti los cuatro clavos ya te sueltan,
y el encuentro resulta recogerte
la sangre como lengua que contesta,
pasar mis manos por mi pecho enjuto,
coger tus pies en peces que gotean.

Ahora ya no me acuerdo de nada,
de viaje, de fatiga, de dolencia.
El ímpetu del ruego que traía
se me dobla en la boca pedigüeña,
de hallarme en este pobre anochecer
con tu bulto vencido en una cuesta
que cae y cae y cae sin parar
en un trance que nadie me dijera.
Desde tu vertical cae tu carne
en cáscara de fruta que golpean:
el pecho cae y caen las rodillas
y en el cogollo abatido, la cabeza.

Acaba de llegar, Cristo, a mis brazos,
peso divino, dolor que me entregan,
ya que estoy sola en esta luz sesgada
y lo que veo no hay otro que vea,
y lo que pasa tal vez cada noche
no hay nadie que lo atine o que lo sepa,
y tu caída, los que son tus hijos
como no te la ven, no la sujetan,
y la pulpa de sangre no reciben,
¡de ser el cerro soledad entera
y de ser la luz poca y tan sesgada
en un cerro sin nombre de la Tierra!

Año de la Guerra Española.

LOCAS LETANIAS

¡Cristo, hijo de mujer,
carne que aquí amamantaron,

que se acuerda de una noche,
y de un vagido, y de un llanto:
recibe a la que dio leche
cantándome con tu salmo
y llévala con las otras,
espejos que se doblaron
y cañas que se partieron
en hijos sobre los llanos!

¡Piedra de cantos ardiendo,
a la mitad del espacio,
en los cielos todavía
con bulto crucificado,
y cuando busca a sus hijos,
piedra loca de relámpagos,
piedra que anda, piedra que vuela,
vagabunda hasta encontrarnos.
Piedra de Cristo, sal a su encuentro
y cíñetela a tus cantos
y yo mire de los valles,
en señales sus pies blancos!

¡Río vertical de gracia,
agua del absurdo santo,
parado y corriendo vivo,
en su presa y despeñado;
río que en cantares mientan
"cabritillo" y "ciervo blanco":
a mi madre que te repecha,
como anguila, río trocado,
ayúdala a repecharte
y súbela por tus vados!

¡Jesucristo, carne amante,
juego de ecos, oído alto,
caracol vivo del cielo,
de sus aires torneado:
abájate a ella, siente
otra vez *que te tocaron;*
vuélvete a su voz que sube
por los aires extremados,
y si su voz no la lleva,
toma la niebla de su hálito!

¡Llévala a cielo de madres,
a tendal de sus regazos,
que va y que viene en un golfo
de brazos empavesado,
de la canción de la cuna
mecido como de tallos,
donde las madres arrullan
a sus hijos recobrados
o apresuran con su silbo
a los que gimiendo vamos!

¡Recibe a mi madre, Cristo,
dueño de ruta y de tránsito,
nombre que ella va diciendo,
sésamo que irá gritando,
abra nuestra de los cielos,
albatros no amortajado,
gozo que llaman los valles.
¡Resucitado, Resucitado!

ALUCINACION

LA MEMORIA DIVINA

A Elsa Fano

Si me dais una estrella,
y me la abandonáis, desnuda ella
entre la mano, no sabré cerrarla
por defender mi nacida alegría.
Yo vengo de una tierra
donde no se perdía.

Si me encontráis la gruta
maravillosa, que como una fruta
tiene entraña purpúrea y dorada,
y hace inmensa de asombro la mirada,
no cerraré la gruta

ni a la serpiente ni a la luz del día,
que vengo de una tierra
donde no se perdía.

Si vasos me alargaseis,
de cinamomo y sándalo, capaces
de aromar las raíces de la tierra
y de parar al viento cuando yerra,
a cualquier playa los confiaría,
que vengo de una tierra
en que no se perdía.

Tuve la estrella viva en mi regazo,
y entera ardí como un tendido ocaso.
Tuve también la gruta en que pendía
el sol, y donde no acababa el día
Y no supe guardarlos,
ni entendí que oprimirlos era amarlos
Dormí tranquila sobre su hermosura
y sin temblor bebía en su dulzura.

Y los perdí, sin grito de agonía,
que vengo de una tierra
en donde el alma eterna no perdía.

GESTOS

LA COPA

Yo he llevado una copa
de una isla a otra isla sin despertar el agua.
Si la vertía, la sed traicionaba;
por una gota, el don era caduco;
perdida toda, el dueño lloraría.

No saludé las ciudades;
no dije el elogio a su vuelo de torres,
no abrí los brazos en la gran Pirámide
ni fundé casa con corro de hijos.

Pero entregando la copa, yo dije
con el sol nuevo sobre mi garganta:
—"Mis brazos ya son libres como nubes sin dueño
y se mece mi cuello en la colina,
de la invitación de los valles".

Mentira fue mi aleluya: vedme.
Yo tengo la vista caída a mis palmas;
camino lenta, sin diamante de agua;
callada voy, y no llevo tesoro,
y me tumba en el pecho y los pulsos
la sangre batida de angustia y de miedo!

LA MEDIANOCHE

Fina, la medianoche.
Oigo los nudos del rosal:
la savia empuja subiendo a la rosa.

Oigo
las rayas quemadas del tigre
real: no le dejan dormir.

Oigo
la estrofa de uno,
y le crece en la noche
como la duna.

Oigo
a mi madre dormida
con dos alientos.
(Duermo yo en ella,
de cinco años).

Oigo el Ródano
que baja y que me lleva como un padre,
ciego de espuma ciega.

Y después ya no oigo
sino que voy cayendo

en los muros de Arlés
llenos de sol...

DOS ANGELES

No tengo sólo un Angel
con ala estremecida:
me mecen como al mar
mecen las dos orillas
el Angel que da el gozo
y el que da la agonía,
el de alas tremolantes
y el de las alas fijas.

Yo sé, cuando amanece,
cuál va a regirme el día,
si el de color de llama
o el color de ceniza,
y me les doy como alga
a la ola, contrita.

Sólo una vez volaron
con las alas unidas:
el día del amor,
el de la Epifanía

¡Se juntaron en una
sus alas enemigas
y anudaron el nudo
de la muerte y la vida!

HISTORIAS DE LOCA

LA MUERTE-NIÑA

A Gonzalo Zaldumbide

—"En esa cueva nos nació,
y como nadie pensaría,

nació desnuda y pequeñita
como el pobre pichón de cría.

¡Tan entero que estaba el mundo!
¡tan fuerte que era al mediodía!
¡tan armado como la piña,
cierto del Dios que sostenía!

Alguno nuestro la pensó
como se piensa villanía;
la Tierra se lo consintió
y aquella cueva se le abría.

De aquel hoyo salió de pronto,
con esa carne de elegía;
salió tanteando y gateando
y apenas se la distinguía.

Con una piedra se aplastaba,
con el puño se la exprimía.
Se balanceaba como un junco
y con el viento se caía...

Me puse yo sobre el camino
para gritar a quien me oía.
—"¡Es una muerte de dos años
que bien se muere todavía!"

Recios rapaces la encontraron,
a hembras fuertes cruzó la vía;
la miraron Nemrod y Ulises,
pero ninguno comprendía...

Se envilecieron las mañanas,
torpe se hizo el mediodía;
cada sol aprendió su ocaso
y cada fuente su sequía.

La pradera aprendió el otoño
y la nieve su hipocresía,
la bestezuela su cansancio,
la carne de hombre su agonía.

Yo me entraba por casa y casa
y a todo hombre se lo decía:
—"¡Es una muerte de siete años
que bien se muere todavía!"

Y dejé de gritar mi grito
cuando vi que se adormecían.
Ya tenían no sé qué dejo
y no sé qué melancolía.

Comenzamos a ser los reyes
que conocen postrimería
y la bestia o la criatura
que era la sierva nos hería.

Ahora el aliento se apartaba
y ahora la sangre se perdía,
y la canción de las mañanas
como cuerno se enronquecía.

La Muerte tenía treinta años
y ya nunca más moriría,
y la segunda Tierra nuestra
iba abriendo su Epifanía".

Se lo cuento a los que han venido,
y se ríen con insanía:
"—Yo soy de aquellas que bailaban
cuando la Muerte no nacía..."

LA FLOR DEL AIRE*

A Consuelo Saleva

Yo la encontré por mi destino,
de pie a mitad de la pradera,
gobernadora del que pase
del que le hable y que la vea.

---

* "La Aventura , quise llamarla, mi aventura con la Poesia

Y ella me dijo· —"Sube al monte.
Yo nunca dejo la pradera,
y me cortas las flores blancas
como nieves, duras y tiernas".

Me subí a la ácida montaña,
busqué las flores donde albean,
entre las rocas existiendo
medio-dormidas y despiertas.

Cuando bajé, con carga mía,
la hallé a mitad de la pradera,
y la fui cubriendo frenética,
y le di un río de azucenas.

Y sin mirarse la blancura,
ella me dijo: —"Tú acarrea
ahora sólo flores rojas.
Yo no puedo pasar la pradera".

Trepé las peñas con el venado,
y busqué flores de demencia,
las que rojean y parecen
que de rojez vivan y mueran.

Cuando bajé se las fui dando
con un temblor feliz de ofrenda,
y ella se puso como el agua
que en ciervo herido se ensangrienta.

Pero mirándome, sonámbula,
me dijo: —"Sube y acarrea
las amarillas, las amarillas.
—Yo nunca dejo la pradera".

Subí derecha a la montaña
y me busqué las flores densas,
color de sol y de azafranes,
recién nacidas y ya eternas.

Al encontrarla, como siempre,
a la mitad de la pradera,

yo fui cubriéndola, cubriéndola,
y la dejé como las eras.

Y todavía, loca de oro,
me dijo: —"Subete, mi sierva,
y cortarás las sin color,
ni azafranadas ni bermejas";

"las que yo amo por recuerdo
de la Leonora y la Ligeia,
color del Sueño y de los sueños.
—Yo soy Mujer de la pradera".

Subí a la montaña profunda,
ahora negra como Medea,
sin tajada de resplandores,
como una gruta vaga y cierta.

Ellas no estaban en las ramas,
ellas no abrían en las piedras
y las corté del aire dulce,
tijereteándolo ligera.

Me las corté como si fuese
la cortadora que está ciega.
Corté de un aire y de otro aire,
tomando el aire por mi selva...

Cuando bajé de la montaña
y fui buscándome a la reina,
ahora ella caminaba,
ya no era blanca ni violenta;

ella se iba, la sonámbula,
abandonando la pradera,
y yo siguiéndola y siguiéndola
por el pastal y la alameda,

cargada así de tantas flores,
con espaldas y mano aéreas,
siempre cortándolas del aire
y con los aires como siega...

Ella delante va sin cara;
ella delante va sin huella,
y yo siguiéndola, siguiéndola,
entre los gajos de la niebla,

con estas flores sin color,
ni blanquecinas ni bermejas,
hasta mi entrega sobre el límite,
hasta que el Tiempo se disuelva...

EL FANTASMA

En la dura noche cerrada
o en la húmeda mañana tierna,
sea invierno, sea verano,
esté dormida, esté despierta,

aquí estoy si acaso me ven,
y lo mismo si no me vieran,
queriendo que abra aquel umbral
y me conozca aquella puerta.

En un turno de mando y ruego,
y sin irme, porque volviera,
con mis sentidos que tantean
sólo este leño de una puerta,

aquí me ven si es que ellos ven,
y aquí estoy aunque no supieran,
queriendo haber lo que yo había
que como sangre me sustenta;

en país que no es mi país,
en ciudad que ninguno mienta,
junto a casa que no es mi casa,
pero siendo mía una puerta,

detrás la cual yo puse todo
yo dejé todo como ciega,

sin traer llave que me conozca
y candado que me obedezca.

Aquí me estoy, y yo no supe
que volvería a esta puerta
sin brazo válido, sin mano dura
y sin la voz que mi voz era;

que guardianes no me verían
ni oiría su oreja sierva,
y sus ojos no entenderían
que soy íntegra y verdadera;

que anduve lejos y que vuelvo
y que yo soy, si hallé la senda,
me sé sus nombres con mi nombre
y entre puertas hallé la puerta,

¡a buscar lo que les dejé,
que es mi ración sobre la tierra,
de mí respira y a mí salta,
como un regato, si me encuentra!

A menos que él también olvide
y que tampoco entienda y vea
mi marcha de alga lamentable
que se retuerce contra su puerta,

si sus ojos también son esos
que ven sólo las formas ciertas,
que ven vides y ven olivos
y criaturas verdaderas,

y de verdad yo soy la Larva
desgajada de otra ribera,
que resbala país de hombres
con su hueso de sueño y niebla;

¡que no raya su pobre llano,
y no lo arruga de su huella,
que no echa vaho de jadeo
contra la piedra de una puerta,

¡que dormida dejó su carne,
como el árabe deja la tienda,
y por la noche, sin soslayo,
llegó a caer sobre su puerta!

MATERIAS

PAN

A Teresa y Enrique Díez-Canedo

Dejaron un pan en la mesa,
mitad quemado, mitad blanco,
pellizcado encima y abierto
en unos migajones de ampo.

Me parece nuevo o como no visto,
y otra cosa que él no me ha alimentado,
pero volteando su miga, sonámbula,
tacto y olor se me olvidaron.

Huele a mi madre cuando dio su leche,
huele a tres valles por donde he pasado:
a Aconcagua, a Pátzcuaro, a Elqui,
y a mis entrañas cuando yo canto.

Otros olores no hay en la estancia
y por eso él así me ha llamado;
y no hay nadie tampoco en la casa
sino este pan abierto en un plato,
que con su cuerpo me reconoce
y con el mío yo reconozco.

Se ha comido en todos los climas
el mismo pan en cien hermanos:
pan de Coquimbo, pan de Oaxaca,
pan de Santa Ana y de Santiago.

En mis infancias yo le sabía
forma de sol, de pez o de halo,
y sabía mi mano su amiga
y el calor de pichón emplumado.

Después le olvidé, hasta este día
en que los dos nos encontramos,
yo con mi cuerpo de Sara vieja
y él con el suyo de cinco años.

Amigos muertos con que comíalo
en otros valles, sientan el vaho
de un pan en septiembre molido
y en agosto en Castilla segado.

Es otro y es el que comimos
en tierras donde se acostaron.
Abro la miga y les doy su calor;
lo volteo y les pongo su hálito.

La mano tengo de él rebosada
y la mirada puesta en mi mano;
entrego un llanto arrepentido
por el olvido de tantos años,
y la cara se me envejece
o me renace en este hallazgo.

Como se halla vacía la casa,
estemos juntos los reencontrados,
sobre esta mesa sin carne y fruta,
los dos en este silencio humano,
hasta que seamos otra vez uno
y nuestro día haya acabado...

SAL

La sal cogida de la duna,
gaviota viva de ala fresca,
desde su cuenco de blancura,
me busca y vuelve su cabeza.

Yo voy y vengo por la casa
y parece que no la viera
y que tampoco ella me viese,
Santa Lucía blanca y ciega.

Pero la Santa de la sal,
que reconforta y que penetra,
con la mirada enjuta y blanca,
alancea, mira y gobierna
a la mujer de la congoja
y a lo tendido de la cena.

De la mesa viene a mi pecho;
va de mi cuarto a la despensa,
con ligereza de vilano
y brillos rotos de saeta.

La cojo como a criatura
y mis manos la espolvorean,
y resbalando con el gesto
de lo que cae y se sujeta,
halla la blanca, ve la triste
duna de sal de mi cabeza.

Me salaba los lagrimales
y los caminos de mis venas,
y de pronto me perdería
como en juego de compañera,
y en mis palmas, a su regreso,
con mi sangre se reencuentra...

Mano a la mano nos tenemos,
como Raquel, como Rebeca.
Yo volteo su cuerpo roto
y ella voltea mi guedeja,
y nos contamos las Antillas
o desvariamos las Provenzas.

Ambas éramos de las olas
y sus espejos de salmuera,
y del mar libre nos trajeron
a una casa profunda y quieta;

y el puñado de Sal y yo,
en beguinas o en prisioneras,
las dos llorando, las dos cautivas,
atravesamos por la puerta...

AGUA

Hay países que yo recuerdo
como recuerdo mis infancias.
Son países de mar o río,
de pastales, de vegas y aguas.
Aldea mía sobre el Ródano,
rendida en río y en cigarras;
Antilla en palmas verdi-negras
que a medio mar está y me llama;
¡roca lígure de Portofino,
mar italiana, mar italiana!

Me han traído a país sin río,
tierras-Agar, tierras sin agua;
Saras blancas y Saras rojas,
donde pecaron otras razas,
de pecado rojo de atridas
que cuentan gredas tajeadas;
que no nacieron como un niño
con unas carnazones grasas,
cuando las oigo, sin un silbo,
cuando las cruzo, sin mirada.

Quiero volver a tierras niñas;
llévenme a un blando país de aguas.
En grandes pastos envejezca
y haga al río fábula y fábula.
Tenga una fuente por mi madre
y en la siesta salga a buscarla,
y en jarras baje de una peña
un agua dulce, aguda y áspera.

Me venza y pare los alientos
el agua acérrima y helada.

¡Rompa mi vaso y al beberla
me vuelva niñas las entrañas!

EL AIRE

A José Mª Quiroga Plá

En el llano y la llanada
de salvia y menta salvaje,
encuentro como esperándome
el Aire.

Gira redondo, en un niño
desnudo y voltijeante,
y me toma y arrebata
por su madre.

Mis costados coge enteros,
por cosa de su donaire,
y mis ropas entregadas
por casales...

Silba en áspid de las ramas
o me empina matorrales;
o me para los alientos
como un Angel.

Pasa y repasa en helechos
y pechugas inefables
que son gaviotas y aletas
de Aire.

Lo tomo en una brazada;
cazo y pesco, palpitante,
ciega de plumas y anguilas
del Aire...

A lo que hiero no hiero,
o lo tomo sin lograrlo,
avéntandome y cazándome
burlas de Aire...

Cuando camino de vuelta,
por encinas y pinares,
todavía me persigue
el Aire

Entro en mi casa de piedra
con los cabellos jadeantes,
ebrios, ajenos y duros
del Aire.

En la almohada, revueltos,
no saben apaciguarse,
y es cosa, para dormirme,
de atarles

Hasta que él allá se cansa
como un albatros gigante,
o una vela que rasgaron
parte a parte,

Al amanecer, me duermo
—cuando mis cabellos caen—
como la madre del hijo,
rota del Aire...

AMERICA

DOS HIMNOS

A don Eduardo Santos

I

SOL DEL TROPICO

Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano,

sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y del que quechuas y aimaráes
como el ámbar fueron quemados;
faisán rojo cuando levantas
y cuando medias, faisán blanco,
sol pintador y tatuador
de casta de hombre y de leopardo.
Sol de montañas y de valles,
de los abismos y los llanos,
Rafael de las marchas nuestras,
lebrel de oro de nuestros pasos,
por toda tierra y todo mar
santo y seña de mis hermanos.
Si nos perdemos que nos busquen
en unos limos abrasados,
donde existe el árbol del pan
y padece el árbol del bálsamo

Sol del Cuzco, blanco en la puna,
Sol de México, canto dorado,
canto rodado sobre el Mayab*,
maíz de fuego no comulgado,
por el que gimen las gargantas
levantadas a tu viático;
corriendo vas por los azules
estrictos o jesucristianos,
ciervo blanco o enrojecido,
siempre herido, nunca cazado..

Sol de los Andes, cifra nuestra,
veedor de hombres americanos,
pastor ardiendo de grey ardiendo
y tierra ardiendo en su milagro,
que ni se funde ni los funde,
que ni devora ni es devorado;
quetzal de fuego emblanquecido
que cría y nutre pueblos mágicos;
llama pasmado en rutas blancas
guiando llamas alucinados...

---

* Nombre indígena de Yucatán

Raíz del cielo, curador
de los indios alanceados;
brazo santo cuando los salvas,
cuando los matas, amor santo.
Quetzalcóatl, padre de oficios
de la casta de ojo almendrado,
moledor de añiles y cañas
y tejedor de algodón cándido.
Los telares indios enhebras
con colibríes alocados
y das las grecas pintureadas
al mujerío de Tacámbaro.
¡Pájaro Roc*, pulmón que empolla
dos orientes desenfrenados!

Llegas piadoso y absoluto
según los dioses no llegaron,
bandadas de tórtolas blancas,
maná que baja sin doblarnos.
No sabemos qué es lo que hicimos
para vivir transfigurados.
En especies solares nuestros
Viracochas se confesaron,
y sus cuerpos los recogimos
en sacramento calcinado.

A tu llama fie a los míos,
en parva de ascuas acostados;
con un tendal de salamandras
duermen y sueñan sus cuerpos santos.
O caminan contra el crepúsculo,
encendidos como retamos,
azafranes contra el poniente,
medio Adanes, medio topacios...

Desnuda mírame y reconóceme,
si no me viste en cuarenta años
con la Pirámide de tu nombre**,

---

* Castellanizo la palabra ajena Rock
** La Pirámide del Sol en México

con la pitahaya y con el mango,
con los flamencos de la aurora
y los lagartos tornasolados.

¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruápan,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,
en ti me abro, en ti me baño!
Tómame como los tomaste,
el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir,
pasmada dentro de tu pasmo.

Pisé los cuarzos extranjeros,
comí sus frutos mercenarios;
en mesa dura y vaso sordo
bebí hidromieles que eran lánguidos;
recé oraciones mortecinas
y me canté los himnos bárbaros,
y dormí donde son dragones
rotos y muertos los Zodíacos.

Te devuelvo por mis mayores
formas y bulto en que me alzaron.
Riégame con tu rojo riego
y ponme a hervir dentro tu caldo.
Emblanquéceme u oscuréceme
en tus lejías y tus cáusticos
¡Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame hablas, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
límpiame oídos, lávame vistas,
purifica manos y tactos!

Hazme las sangres, y las leches,
y los tuétanos, y los llantos.
Mis sudores y mis heridas
sécame en lomos y en costados,

y otra vez íntegra incorpórame
a los coros que te danzaron,
los coros mágicos, mecidos
sobre Palenque y Tihuanaco

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos
De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo,
de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entraremos rectamente
según dijeron Incas Magos.

¡Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado!

II

CORDILLERA

Cordillera de los Andes,
Madre yacente y Madre que anda,
que de niños nos enloquece
y hace morir cuando nos falta;
que en metales y que en amiantos
nos aupaste las entrañas,
hallazgo de los primogénitos,
Mama Oello y Manco Cápac,
tremendo amor y alzado cuerno
del hidromiel de la esperanza!

Jadeadora del Zodíaco,
sobre la esfera galopada,
corredora de meridianos,
piedra Mazzepa que no se cansa,

Atalanta que en la carrera
es el camino y es la marcha
y nos lleva pecho con pecho,
a lo madre y a lo marejada,
a maná blanco y peán rojo
de nuestra bienaventuranza.

Caminas, madre, sin rodillas,
dura de ímpetu y confianza;
con tus siete pueblos caminas
en tus faldas acigüeñadas;
caminas de noche y de día,
desde mi Estrecho a Santa Marta,
subiendo de las aguas últimas
el unicornio del Aconcagua
Pasas el valle de mis leches,
amoratando la higuerada;
cruzas el cíngulo de fuego
y los ríos Dioscuros lanzas*;
pruebas Sargassos de salmuera
y desciendes alucinada...

Viboreas de las señales
del camino del Inca Huayna,
veteada de ingenierías
y tropeles de alpaca y llama,
de la hebra del indio atónito
y del ¡ay! de la quena mágica.
Donde son valles, son dulzuras,
donde repechas, das el ansia;
donde azurean altiplanos
son anchuras de la alabanza.

Extendida como una amante
y en los soles reverberada,
punzas al indio y al venado
con el gengibre y con la salvia;
en las carnes vivas te oyes
lento hormiguero, sorda vizcacha;

---

* El Cauca y el Magdalena

oyes al puma ayuntamiento
y a la nevera despeñada,
y te escuchas el propio amor
en tumbo y tumbo de tu lava...
Bajan de ti, bajan cantando,
como de nupcias consumadas,
tumbadores de las caobas
y rompedor de araucarias.

Aleluya por el tenerte
para cosecha de las fábulas,
alto ciervo que vio San Jorge
de cornamenta aureolada
y el fantasma del Viracocha,
bulto de niebla, vaho de habla.
¡Por las noches nos acordamos
de bestia negra y plateada,
leona que era nuestra madre
y de pie nos amamantaba!

En los umbrales de mis casas,
tengo tu sombra amoratada.
Hago, sonámbula, mis rutas,
en seguimiento de tu espalda,
o devanándome en tu niebla
o tanteándote el flanco de arca;
y la tarde me cae al pecho
en una madre desollada:
¡ancha pasión, por la pasión
de hombros de hijos jadeada!

¡Carne de piedra de la América,
halalí de piedras rodadas,
sueño de piedra que soñamos,
piedras del mundo pastoreadas;
enderezarse de las piedras
para juntarse con sus almas!
¡En el cerco del valle de Elqui,
en luna llena de fantasmas,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrobadas!

Vuelven los tiempos en sordo río
y se les oye la arribada,
a la meseta de los Cuzcos
que es la peana de la gracia.
Silbaste el silbo subterráneo
a la gente color del ámbar,
y desatamos tu mensaje
enrollado de salamandra;
y el destino que es de nosotros
nos exhalas en bocanada.

¡Anduvimos como los hijos
que perdieron signo y palabra,
como beduino o ismaelita,
como las peñas hondeadas,
aventados o envilecidos,
gajos pisados de vid santa,
hasta el día de recobrarnos
como amantes que se encontraran!

Otra vez somos los que fuimos,
cinta de hombres, anillo que anda,
viejo tropel, larga costumbre
en derechura a la peana,
donde quedó la madre augur
que desde cuatro siglos llama,
en toda noche de los Andes
y con el grito que es lanzada.

Otra vez suben nuestros coros
y el roto anillo de la danza,
por caminos que eran de chasquis*,
y en pespunte de llamaradas.
Son otra vez adoratorios
jaloneando la montaña,
y la espiral en que columpian
mirra-copal, mirra-copaiba,
¡para tu gozo y nuestro gozo
balsámica y embalsamada!

* Chasquis, correos quechuas

Al fueguino sube al Caribe
por tus punas espejadas;
a criaturas de salares
y de pinar, lleva a las palmas.
Nos devuelves al Quetzalcóatl
acarreándonos al maya,
y en las mesetas cansa-cielos,
donde es la luz transfigurada,
braceadora, ata tus pueblos
como juncales de sabana.

¡Suelde el caldo de tus metales
los pueblos rotos de tus abras;
cose tus ríos vagabundos,
tus vertientes acainadas;
purifícanos y condúcenos;
a hielo y fuego purifícanos!
¡Te llamemos en aleluya
y en letanía arrebatada!:
¡Especie eterna y suspendida,
Alta-ciudad — Torres-doradas,
Pascual Arribo de tu gente,
Arca tendida de la Alianza!

EL MAÍZ

I

El maíz del Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.
En el viento me huye
jugando a que lo encuentre,
y me cubre y me baña
el Quetzalcóatl* verde
de las colas trabadas

* Quetzalcóatl, la serpiente emplumada de los aztecas

que lamen y que hieren
Braceo en la oleada
como el que nada siempre;
a puñados recojo
las pechugas huyentes,
riendo risa india
que mofa y que consiente,
y voy ciega en marea
verde resplandeciente,
braceándole la vida,
braceándole la muerte!

II

El Anáhuac ensanchan
maizales que crecen.
La tierra por divina
parece que la vuelen.
En la luz sólo existen
eternidades verdes,
remadas de esplendores
que bajan y que ascienden.
Las Sierras Madres pasa
su pasión vehemente.
El indio que los cruza
como que no parece.
Maizal hasta donde
lo postrero emblanquece,
y México se acaba
donde el maíz se muere.

III

Por bocado de Xóchitl,
madre de las mujeres,
por que el umbral en hijos
y en danza reverbere,
se matan los mexitlis

como Tlálocs* que jueguen
y la piel del Anáhuac
de escamas resplandece.
Xóchitl va caminando
filos y filos verdes.
Su hombre halló tendido
en caña de la muerte.
Lo besó con el beso
que a la nada desciende
y le sembró la carne
en el Aháhuac leve,
en donde llama un cuerno
por el que todo vuelve...

IV

Mazorcada del aire**
y mazorcal terrestre,
el tendal de los muertos
y el Quetzalcóatl verde,
se están como uno solo
mitad frío y ardiente,
y la mano en la mano
se velan y se tienen.
Están en turno y pausa
que el Anáhuac entiende,
hasta que el silbo largo
por los maíces suene
de que las cañas rotas
dancen y desperecen:
¡eternidad que va
y eternidad que viene!

V

Las mesas del maíz
quieren que yo me acuerde.

---

* Espíritus juguetones del agua
** Alusión al fresco del maíz de Diego Rivera llamado "Fecundación"

El corro está mirándome
fugaz y eternamente.
Los sentados son órganos*,
las sentadas magueyes.
Delante de mi pecho
la mazorcada tienden.
De la voz y los modos
gracia tolteca llueve.
La casta come lento
como el venado bebe

Dorados son el hombre,
el bocado, el aceite,
y en sesgo de ave pasan
las jícaras alegres.
Otra vez me tuvieron
éstos que aquí me tienen,
y el corro, de lo eterno,
parece que espejee .. .

VI

El santo maíz sube
en dos ímpetus verdes,
y dormido se llena
de tórtolas ardientes.
El secreto maíz
en vaina fresca hierve
y hierve de unos crótalos
y de unos hidromieles.
El dios que lo consuma,
es dios que lo enceguece;
le da forma de ofrenda
por dársela ferviente;
en voladores hálitos
su júbilo disuelve
Y México se acaba
donde el maizal muere.

---

* Cactus cirial simple

VII

El pecho del maíz
su fervor lo retiene.
El ojo del maíz
tiene el abismo breve.
Su obsidiana se funde
como una contra-nieve.
El habla del maíz
en valva y valva envuelve.
Ley vieja del maíz,
caída no perece,
y el hombre del maíz
se juega, no se pierde.
Ahora es en Anáhuac
y ya fue en el Oriente:
¡eternidades van
y eternidades vienen!

VIII

Molinos rompe-cielos
mis ojos no los quieren.
El maizal no aman
y su harina no muelen:
no come grano santo
gente de Norte y Este;
cuando mecen sus hijos
de otra mecida mecen,
en vez de los niveles
de balanceadas frentes.
A costas del maíz
mejor que no naveguen:
maíz de nuestra boca
lo coma quien lo rece.
El cuerno mexicano
de maizal se vierte
y así tiemblan los pulsos
en trance de cogerle

y así canta la sangre
con el arcángel verde
porque el mágico Anáhuac
se ama perdidamente...

IX

Hace años el maíz
no me canta en las sienes
ni corre por mis ojos
la crinada serpiente.
Me faltan los maíces
y me sobran las mieses.
Y al sueño, en vez de Anáhuac,
le dejo que me suelte
su mazorca infinita
que me aplaca y me duerme.
Y grano rojo y negro*
y dorado y en cierne,
el sueño sin Anáhuac
me cuenta hasta mi muerte...

"TAMBORITO PANAMEÑO"**

A Méndez Pereira

De una parte mar de espejos,
de la otra serranía,
y partiéndonos la noche
el tambor de la alegría.

Donde es bosque de quebracho,
panamá y especiería,
apuñala de pasión
el tambor de la alegría.

---

* Especies coloreadas del maíz en México
** Nombre de un baile indígena de Panamá

Emboscado silbador,
cebo de la hechicería,
guiño de la media noche,
panameña idolatría...

Los muñones son caoba
y la piel venadería,
y más loco a cada tumbo
el tambor de la alegría.

Jadeante como pecho
que las sierras subiría.
Y la noche que se funde
del tambor de la alegría.

Vamos donde tú nos quieres,
que era donde nos querías,
embozado de las greñas,
tamborito de alegría.

Danza de la gente roja,
fiebre de panamería,
vamos como quien se acuerda
al tambor de la alegría.

Como el niño que en el sueño
a su madre encontraría,
vamos a la leche roja
del tambor de la alegría.

Mar pirata, mar fenicio,
nos robó a la paganía,
y nos roba al robador
el tambor de la alegría...

Vamos por ningún sendero,
que el sendero sobraría,
por el tumbo y el jadeo
del tambor de la alegría.

SAUDADE

PAIS DE LA AUSENCIA

País de la ausencia,
extraño país,
más ligero que ángel
y seña sutil,
color de alga muerta,
color de neblí,
con edad de siempre,
sin edad feliz.

No echa granada,
no cría jazmín,
y no tiene cielos
ni mares de añil.
Nombre suyo, nombre,
nunca se lo oí,
y en país sin nombre
me voy a morir.

Ni puente ni barca
me trajo hasta aquí.
No me lo contaron
por isla o país.
Yo no lo buscaba
ni lo descubrí.

Parece una fábula
que yo me aprendí,
sueño de tomar
y de desasir.
Y es mi patria donde
vivir y morir.

Me nació de cosas
que no son país:
de patrias y patrias
que tuve y perdí;

de las criaturas
que yo vi morir;
de lo que era mío
y se fue de mí.

Perdí cordilleras
en donde dormí;
perdí huertos de oro
dulces de vivir,
perdí yo las islas
de caña y añil,
y las sombras de ellos
me las vi ceñir
y juntas y amantes
hacerse país.

Guedejas de nieblas
sin dorso y cerviz,
alientos dormidos
me los vi seguir,
y en años errantes
volverse país.
Y en país sin nombre
me voy a morir.

LA EXTRANJERA

A Francis de Miomandre

—"Habla con dejo de sus mares bárbaros,
con no sé qué algas y no sé qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso,
envejecida como si muriera.
En huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.
Alienta del resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,
que nunca cuenta y que si nos contase
sería como el mapa de otra estrella.
Vivirá entre nosotros ochenta años,

pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden sólo bestezuelas.
Y va a morirse en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y *extranjera".*

BEBER

Al Dr. Pedro de Alba

Recuerdo gestos de criaturas
y eran gestos de darme el agua.

En el Valle de Río Blanco,
en donde nace el Aconcagua,
llegué a beber, salté a beber
en el fuete de una cascada,
que caía crinada y dura
y se rompía yerta y blanca.
Pegué mi boca al hervidero,
y me quemaba el agua santa,
y tres días sangró mi boca
de aquel sorbo del Aconcagua.

En el campo de Mitla, un día
de cigarras, de sol, de marcha,
me doblé a un pozo y vino un indio
a sostenerme sobre el agua,
y mi cabeza, como un fruto,
estaba dentro de sus palmas.
Bebía yo lo que bebía,
que era su cara con mi cara,
y en un relámpago yo supe
carne de Mitla ser mi casta.

En la Isla de Puerto Rico,
a la siesta de azul colmada,
mi cuerpo quieto, las olas locas,
y como cien madres las palmas,

rompió una niña por donaire
junto a mi boca un coco de agua,
y yo bebí, como una hija,
agua de madre, agua de palma.
Y más dulzura no he bebido
con el cuerpo ni con el alma.

A la casa de mis niñeces
mi madre me traía el agua.
Entre un sorbo y el otro sorbo
la veía sobre la jarra.

La cabeza más se subía
y la jarra más se abajaba.
Todavía yo tengo el valle,
tengo mi sed y su mirada.
Será esto la eternidad
que aún estamos como estábamos.

Recuerdo gestos de criaturas
y eran gestos de darme el agua.

TODAS IBAMOS A SER REINAS

Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.

En el Valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo o azafrán,

Lo decíamos embriagadas,
y lo tuvimos por verdad,
que seríamos todas reinas
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,
y batas claras de percal,

persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral,

De los cuatro reinos, decíamos,
indudables como el Korán,
que por grandes y por cabales
alcanzarían hasta el mar.

Cuatro esposos desposarían,
por el tiempo de desposar,
y eran reyes y cantadores
como David, rey de Judá.

Y de ser grandes nuestros reinos,
ellos tendrían, sin faltar,
mares verdes, mares de algas,
y el ave loca del faisán.

Y de tener todos los frutos,
árbol de leche, árbol del pan,
el guayacán no cortaríamos
ni morderíamos metal.

Todas íbamos a ser reinas,
y de verídico reinar;
pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán.

Rosalía besó marino
ya desposado con el mar,
y al besador, en las Guaitecas,
se lo comió la tempestad.

Soledad crió siete hermanos
y su sangre dejó en su pan,
y sus ojos quedaron negros
de no haber visto nunca el mar.

En las viñas de Montegrande,
con su puro seno candeal,
mece los hijos de otras reinas
y los suyos no mecerá.

Efigenia cruzó extranjero
en las rutas, y sin hablar,
le siguió, sin saberle nombre,
porque el hombre parece el mar.

Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaveral,
en las lunas de la locura
recibió reino de verdad.

En las nubes contó diez hijos
y en los salares su reinar,
en los ríos ha visto esposos
y su manto en la tempestad.

Pero en el Valle de Elqui, donde
son cien montañas o son más,
cantan las otras que vinieron
y las que vienen cantarán:

—"En la tierra seremos reinas,
y de verídico reinar,
y siendo grandes nuestros reinos,
llegaremos todas al mar".

COSAS

A Max Daireaux

1

Amo las cosas que nunca tuve
con las otras que ya no tengo:

Yo toco un agua silenciosa,
parada en pastos friolentos,
que sin un viento tiritaba
en el huerto que era mi huerto.

La miro como la miraba;
me da un extraño pensamiento,

y juego, lenta, con esa agua
como con pez o con misterio.

2

Pienso en umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.

3

Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron.
Fue una mujer haciendo el pan
y yo su santa boca veo.

4

Viene un aroma roto en ráfagas;
soy muy dichosa si lo siento;
de tan delgado no es aroma,
siendo el olor de los almendros.

Me vuelve niños los sentidos;
le busco un nombre y no lo acierto,
y huelo el aire y los lugares
buscando almendros que no encuentro...

5

Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento.
Es canturía de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños, no tenemos.

6

Cuando sueño la Cordillera,
camino por desfiladeros,
y voy oyéndoles, sin tregua,
un silbo casi juramento.

7

Veo al remate del Pacífico
amoratado mi archipiélago,
y de una isla me ha quedado
un olor acre de alción muerto...

8

Un dorso, un dorso grave y dulce,
remata el sueño que yo sueño.
Es al final de mi camino
y me descanso cuando llego.

Es tronco muerto o es mi padre,
el vago dorso ceniciento.
Yo no pregunto, no lo turbo.
Me tiendo junto, callo y duermo.

9

Amo una piedra de Oaxaca
o Guatemala, a que me acerco,
roja y fija como mi cara
y cuya grieta da un aliento.

Al dormirme queda desnuda;
no sé por qué yo la volteo.
Y tal vez nunca la he tenido
y es mi sepulcro lo que veo...

LA OLA MUERTA

AUSENCIA

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.
Se va mi cara en un óleo sordo;
se van mis manos en azogue suelto;
se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!

Se va mi voz, que te hacía campana
cerrada a cuanto no somos nosotros.
Se van mis gestos que se devanaban,
en lanzaderas, delante tus ojos.
Y se te va la mirada que entrega,
cuando te mira, el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:
como humedad de tu cuerpo evaporo.
Me voy de ti con vigilia y con sueño,
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.
Y en tu memoria me vuelvo como esos
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas
de tu labor, y en tu boca de mosto.
Tu entraña fuera, y sería quemada
en marchas tuyas que nunca más oigo,
y en tu pasión que retumba en la noche
como demencia de mares solos.

¡Se nos va todo, se nos va todo!

MURO

Muro fácil y extraordinario,
muro sin peso y sin color:
un poco de aire en el aire.

Pasan los pájaros de un sesgo,
pasa el columpio de la luz,
pasa el filo de los inviernos
como el resuello del verano;
pasan las hojas en las ráfagas
y las sombras incorporadas.

¡Pero no pasan los alientos,
pero el brazo no va a los brazos
y el pecho al pecho nunca alcanza!

LEÑADOR

Quedó sobre las hierbas
el leñador cansado,
dormido en el aroma
del pino de su hachazo.
Tienen sus pies majadas
las hierbas que pasaron.
Le canta el dorso de oro
y le sueñan las manos.
Veo su umbral de piedra,
su mujer y su campo.
Las cosas de su amor
caminan su costado,
y las que nunca tuvo
le hacen como más casto,
y el muy dormido, duerme
sin nombre, como un árbol.

El mediodía punza
lo mismo que venablo.
Con una rama fresca
la cara le repaso.
Se viene de él a mí
su día como un canto
y mi día le doy
como pino cortado.

Regresando, a la noche,
por ceguedad del llano,
oigo gritar mujeres
al hombre retardado;
y cae a mis espaldas
y tengo en cuatro dardos
nombre del que guardé
con mi sangre y mi hálito.

CRIATURAS

CANCION DE LAS MUCHACHAS MUERTAS

Recuerdo de mi sobrina Graciela

¿Y las pobres muchachas muertas,
escamoteadas en abril,
las que asomáronse y hundiéronse
como en las olas el delfín?

¿A dónde fueron y se hallan
encuclilladas por reír,
agazapadas esperando
voz de un amante que seguir?

¿Borrándose como dibujos
que Dios no quiso reteñir
o anegadas poquito a poco
como en sus fuentes un jardín?

A veces quieren en las aguas
ir componiendo su perfil,
y en las carnudas rosas-rosas
casi consiguen sonreír.

En los pastales acomodan
su talle y bulto de ceñir
y casi logran que una nube
les preste cuerpo por ardid;

Casi se juntan las deshechas;
casi llegan al sol feliz;
casi rompen la nuez del suelo
y van llegándose hasta mí;

Casi deshacen su traición
y caminan hacia el redil.
¡Y casi vemos en la tarde
el divino millón venir!

GRACIAS EN EL MAR

A Margot Arce

Por si nunca más yo vuelvo
de la santa mar amarga
y no alcanza polvo tuyo
a la puerta de mi casa,
en el mar de los regresos,
con la sal en la garganta,
voy cantándote al perderme:
¡gracias, gracias!

Por si ahora hay más silencio
en la entraña de tu casa,
y se vuelve, anocheciendo,
la diorita sin mirada,
de la joven mar te mando,
en cien olas verdes y altas,
Beatrices y Leonoras,
y Leonoras y Beatrices,
a cantar sobre tu costa·
¡gracias, gracias!

Por si pones al comer
plato mío, miel, naranjas;
por si cantas para mí,
con la roja fe insensata,
por si mis espaldas ves
en el claro de las palmas,
para ti dejo en el mar:
¡gracias, gracias!

Por si roban tu alegría
como casa transportada;
por si secan en tu rostro
el maná que es de tu raza,
para que en un hijo tuyo
vuelvas, en segunda albada,
digo vuelta hacia el Oeste:
¡gracias, gracias!

Por si no hay después encuentros
en ninguna Vía Láctea,
ni país donde devuelva
tu piedad de blanco llama,
en el hoyo que es sin párpado
ni pupila, de la nada,
veas tú mis dobles gritos,
y te alumbren como lámparas
y te sigan como canes·
¡gracias, gracias!

Para tallarte
gruta de plata
o hacer el puño
de la granada,
en donde duermas
profunda y alta,
y de la muerte seas librada,
mitad del mar yo canto:
¡gracias, gracias!

Para mandarte
oro en la ráfaga,
y hacer metal
mi bocanada,
y crearte ángeles
de una palabra,
canto vuelta al Oeste:
¡gracias, gracias!

VIEJA

Ciento veinte años tiene, ciento veinte,
y está más arrugada que la Tierra.
Tantas arrugas lleva que no lleva otra cosa
sino alforzas y alforzas como la pobre estera

Tantas arrugas se hizo como la duna al viento,
y se está al viento que la empolva y pliega;
tantas arrugas muestra que le miramos sólo
sus escamas de pobre carpa eterna.

Se le olvidó la muerte inolvidable,
como un paisaje, un oficio, una lengua.
Y a la muerte también se le olvidó su cara,
porque se olvidan las caras sin cejas...

Arroz nuevo le llevan en las dulces mañanas;
fábulas de cuatro años al servirle le cuentan;
aliento de quince años al tocarla le ponen;
cabellos de veinte años al besarla le allegan.

Mas la misericordia que la salva es la mía.
Yo le regalaré mis horas muertas,
y aquí me quedaré por la semana,
pegada a su mejilla y a su oreja.

Diciéndole la muerte lo mismo que una patria;
dándosela en la mano como una tabaquera;
contándole la muerte como se cuenta a Ulises,
hasta que me la oiga y me la aprenda.

"La Muerte", le diré al alimentarla;
y "La Muerte", también, cuando la duerma;
"La Muerte", como el número y los números,
como una antífona y una secuencia.

Hasta que alargue su mano y la tome,
lúcida entera en vez de soñolienta,
abra los ojos, la mire y la acepte
y despliegue la boca y se le beba.

Para que al fin se doble de obediencia
y de una gran dulzura se disuelva,
con la ciudad fundada el año suyo
y el barco que lanzaron en su fiesta,

Y yo pueda sembrarla lealmente,
como se siembran maíz y lenteja,
donde a tiempo las otras se sembraron,
más dóciles, más prontas y más frescas,

Su corazón aflojado soltando,
y su nuca acostando sobre arena,

las viejas que pudieron no morir:
Clara de Asís, Catalina y Teresa.

RECADOS

RECADO DE NACIMIENTO, PARA CHILE

Mi amigo me escribe: "Nos nació una niña".
La carta esponjada me llega
de aquel vagido. Y yo la abro y pongo
el vagido caliente en mi cara.

Les nació una niña con los ojos suyos,
que son tan bellos cuando tiene dicha,
y tal vez con el cuello de la madre
que es parecido a cuello de vicuña.

Les nació de sorpresa una noche
como se abre la hoja del plátano.
No tenía pañales cortados
la madre, y rasgó el lienzo al dar su grito.

Y la chiquita se quedó una hora
con su piel de suspiro,
como el niño Jesús en la noche,
lamida del Géminis, el León y el Cangrejo,
cubierta del Zodíaco de enero.

Se la pusieron a la madre al pecho
y ella se vio recién nacida,
con una hora de vida y los ojos
pegados de cera...

Le decía al bultito los mismos primores
que María la de las vacas, y María de las cabras:
—"Conejo cimarrón", "Suelta de talle"...*

* Expresión popular chilena que quiere decir desparpajada y donairosa a la vez

Y la niña gritaba pidiéndole
volver donde estaba sin las estaciones...

Cuando abrió los ojos,
la besaron los monstruos arribados:
la tía Rosa, la "china" Juana,
dobladas como los grandes quillayes
sobre la perdiz de dos horas.

Y volvió a llorar despertando vecinos,
noticiando al barrio,
importante como la Armada Británica,
sin querer aplacarse hasta que todos hubiesen sabido...

Le pusieron mi nombre,
para que coma salvajemente fruta,
quiebre las hierbas donde repose
y mire el mundo tan familiarmente
como si ella lo hubiese creado, y por gracia...

Mas añadieron en aquel conjuro
que no tenga nunca mi suelta imprudencia,
que no labre panales para osos
ni se ponga a azotar a los vientos...

Pienso ahora en las cosas pasadas,
en esa noche cuando ella nacía
allá en un claro de mi Cordillera.

Yo soñaba una higuera de Elqui
que manaba su leche en mi cara.
El paisaje era seco, las piedras
mucha sed, y la siesta, una rabia.

Me he despertado y me ha dicho mi sueño:
—"Lindo suceso camina a tu casa".

Ahora les escribo los encargos:
No me le opriman el pecho con faja.
Llévenla al campo verde de Aconcagua,

pues quiero hallármela bajo un aromo
en desorden de lanas, y como encontrada.

Guárdenle la cerilla del cabello,
porque debo peinarla la primera
y lamérsela como vieja loba.
Mézanla sin canto, con el puro ritmo
de las viejas estrellas.

Ojalá que hable tarde y que crezca poco;
como la manzanilla está bien.
Que la parturienta la deje
bajo advocación de Marta o Teresa.
Marta hacía panes
para alimentar al Cristo hambreado
y Teresa gobernó sus monjas
como el viejo Fabre sus avispas bravas...

Yo creo volver para Pascua
en el tiempo de tunas* fundidas
y cuando en vitrales arden los lagartos.
Tengo mucho frío en Lyon
y me abrigo nombrando el sol de Vicuña.

Me la dejarán unas noches
a dormir conmigo.
Ya no tengo aquellas pesadillas duras
y con el armiño, me duermo tres meses.

Dormiré con mi cara tocando
su oreja pequeña,
y así le echaré soplo de Sibila.
(Kipling cuenta de alguna pantera
que dormía olfateando un granito
de mirra pegado en su pata...)**

Con su oreja pequeña en mi cara,
para que, si me muero, me sienta,

---

* Higos chumbos
** Kipling no cuenta nada Cita para honrar a dos Palurdo, gran citador

porque estoy tan sola
que se asombra de que haya mujer así sola
el cielo burlón,
y se para en tropel el Zodíaco
a mirar si es verdad o si es fábula
esta mujer que está sola y dormida!

RECADO PARA LAS ANTILLAS

La isla celebra fiesta de la niña.
El Trópico es como Dios absoluto
y en esos soles se muere o se salva.

Anda el café como un alma vehemente;
en venas anda de valle o montaña
y punza el sueño de niños oscuros;
hierve en el pan y sosiega en el agua.

De leño tiene su casa la niña
y llega el viento del mar a su cama;
abre en truhán con olor de plantíos
y entran en él toronjales y cañas.

La niña lee un poema de Blake
y de San Juan de la Cruz una estancia,
cuenta sus años y saltan los veinte
como perdiz al mirar su nidada...

Se los sabía y no lo sabía:
en huevos de oro le colman la falda:
cuando pasea son veinte flamencos;
cuando conversa son veinte calandrias.

Ella se acuerda de Cuba y Castilla,
de adolescencias de ayer y de infancias.
Niña jugó bajo un árbol del pan
y amó de amor en las Córdobas blancas.

Cantan sus muros de fábulas locas;
cuando se duerme, más alto le cantan;

toda canción que es canción de los hombres
ellos las tienen, las silban, las danzan;

Van por los muros en aves o víboras;
cuando ella duerme se suben y bajan:
el Siboney y la india Guarina,
el Mar Sargasso y el Barco Fantasma.

La negra sirve un café subterráneo,
denso en el vértigo y casto en la nata.
Entra partida de su delantal,
de risa grande y bandeja de plata.

Yo, que no estoy, se la mando a que llegue
tosca y divina como es una fábula,
y mientras bebe la niña su néctar,
la negra dice su ensalmo de magia.

Sale corriendo a encontrar sus amigas,
grita sus nombres de tierras cristianas.
Se llaman dulce, modoso o agudo:
Agueda, Juana, Clarisa, Esperanza.
Y entre ellas hierven revoloteando
locas palomas pardi-jaspeadas.

Los mozos llegan a la hora de siesta;
son del color de la piña y el ámbar.
Cuando la miran la mientan su sangre;
si consintiese, llamaránla *Patria.*

En medio de ellos parece la piña,
entre su mata ceñida de espadas.
En medio de ellos es el flanboyant*,
llama que el viento tajea en mil llamas.

La aman diversa y nacida de ellos,
como los lagos se aman sus garzas.
Y otra vez caen y vuelan sesgueando
palomas rojas y amoratadas.

---

* El "árbol del fuego", que vino del Océano Indico con nombre medio galo

Ahora duerme en cardumen de oro
del cielo tórrido, junto a las palmas,
adormecida en su Isla de fuego,
pura en su tierra y en su agua antillana.

Duerme su noche de aromas y duerme
sus mocedades que aún son infancias.
¡Duerme su patria que son tres Antillas
y los destinos que están en su raza!

RECADO A VICTORIA OCAMPO EN LA ARGENTINA

Victoria, la costa a que me trajiste,
tiene dulces los pastos y salobre el viento,
el mar Atlántico como crin de potros
y los ganados como el mar Atlántico.

Y tu casa, Victoria, tiene alhucema,
y verídicos tiene hierro y maderas,
conversación, lealtad y muros.

Albañil, plomero, vidriero,
midieron sin compases, midieron mirándote,
midieron, midieron...
Y la casa, que es tu vaina,
medio es tu madre, medio tu hija...
Industria te hicieron de paz y sueño;
puertas te dieron para tu antojo
y el umbral tendieron a tus pies...

Yo no sé si es mejor fruta que pan
y es el vino mejor que la leche en tu mesa.
Tú decidiste ser "la terrestre",
y te sirve la Tierra de la mano a la mano,
con espiga y horno, cepa y lagar.

La casa y el jardín cruzan los niños;
ellos parten tus ojos yendo y viniendo;
sus siete nombres llenan tu boca,

los siete donaires sueltan tu risa
y te enredas con ellos en hierbas locas
o te caes con ellos pasando médanos.

Gracias por el sueño que me dio tu casa,
que fue de vellón de lana merino;
por toda hora en que olí alhucema,
por la mañana en que oí las torcazas;
por tu ocurrencia de "fuente de pájaros"*,
por tanto verde en mis ojos heridos,
y bocanada de sal en mi aliento:
por tu paciencia para poetas
de los cuarenta puntos cardinales...

Te quiero porque eres vasca
y eres terca y apuntas lejos,
a lo que viene y aún no llega;
y porque te pareces a bultos naturales;
a maíz que rebosa la América,
—rebosa mano, rebosa boca—,
y a la Pampa que es de su viento
y al alma que es del Dios tremendo ..

Te digo adiós y aquí te dejo,
como te hallé, sentada en dunas
Te encargo tierras de la América,
¡a ti tan ceiba y tan flamenco,
y tan andina y tan fluvial
y tan cascada cegadora
y relámpago de la Pampa!

Guarda libre a tu Argentina
el viento, el cielo y las trojes;
libre la Cartilla, libre el rezo,
libre el canto, libre el llanto,
el pericón y la milonga,
libre el lazo, libre el galope·
¡el dolor libre, la dicha libre!

---

* V O ha hecho en su jardín de Mar del Plata una fuentecita mínima de piedra donde beben los pájaros Y la alimenta

Por la Ley vieja de la Tierra;
por lo que es, por lo que ha sido,
por tu sangre y por la mía,
¡por Martín Fierro y el gran Cuyano*
y por Nuestro Señor Jesucristo!

NOTAS DE GABRIELA MISTRAL A SU LIBRO *TALA*

DEDICATORIA

Tardo es mi pago de deudas. Pero en esta ausencia de doce años de mi México no tuve antes sosiego largo para juntar lo disperso y aventado. ¡La paz de los Portugales no se la tuvo antes!

MUERTE DE MI MADRE

Ella se me volvió una larga y sombría posada; se me hizo un país en que viví cinco o siete años, país amado a causa de la muerta, odioso a causa de la volteadura de mi alma en una larga crisis religiosa. No son ni buenos ni bellos los llamados "frutos del dolor" y a nadie se los deseo. De regreso de esta vida en la más prieta tiniebla, vuelvo a decir, como al final de *Desolación,* la alabanza de la alegría. El tremendo viaje acaba en la esperanza de las *Locas Letanías* y cuenta su remate a quienes se cuidan de mi alma y poco saben de mí desde que vivo errante.

NOCTURNO DE LA CONSUMACION

Cuantos trabajan con la expresión rimada, más aún con la cabalmente rimada, saben que la rima, que escasea al comienzo, a poco andar se viene sobre nosotros en una lluvia cerrada, entrometiéndose dentro del verso mismo, de tal manera que, en los poemas largos, ella se vuelve lo natural y no lo perseguido... En este momento, rechazar una rima interna llega a parecer... rebeldía artificiosa. Ahí he dejado varias de esas rimas internas y espontáneas. Rabie con ellas el de oído

---

* Nombre popular chileno de José de San Martín, nuestro héroe común

retórico, que el niño o Juan Pueblo, criaturas poéticas cabales, aceptan con gusto la infracción.

NOCTURNO DE LA DERROTA

No sólo en la escritura sino también en mi habla, dejo por complacencia, mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo que la de que sea fácil y llano. Muchos, digo, y no todos los arcaísmos que me acuden y que sacrifico en obsequio de la persona antiarcaica que va a leer. En América esta persona resulta siempre ser una capitalina. El campo americano —y en el campo yo me crié— sigue hablando su lengua nueva veteada de arcaísmos abundantes. La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca...

DOS HIMNOS

Después de la trompa épica, más elefantina que metálica, de nuestros románticos, que recogieron la gesticulación de los Quintanas y los Gallegos, vino en nuestra generación una repugnancia exagerada hacia el himno largo y ancho, hacia el tono mayor. Llegaron las flautas y los carrizos, ya no sólo de maíz, sino de arroz y cebada... El tono menor fue el bienvenido, y dejó sus primores, entre los que se cuentan nuestras canciones más íntimas y acaso las más puras. Pero ya vamos tocando al fondo mísero de la joyería y de la creación en acónitos. Suele echarse de menos, cuando se mira a los monumentos indígenas o la Cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables.

Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos. Parece que tenemos contados todos los caracoles, los colibríes y las orquídeas nuestros, y que siguen en vacancia, cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América.

Lo mismo que cuando hice unas *Rondas* de niños y unas *Canciones de Cuna,* balbuceo el tema por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotados que nosotros y "con la estrella de la fortuna" a mitad de la frente. Puede que, como en el caso anterior, el que entendió la señal siga la ruta y alcance el logro. Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del arduo asunto. Igual que otras veces,

afronto el ridículo con la sonrisa buena de la mujer rural cuando se le malogra el frutillar o el arrope en el fuego...

El que discuta la necesidad de hacer de tarde en tarde el himno en todo mayor, sepa a lo menos que vamos sintiendo un empalago de lo mínimo y de lo blando, del "mucílago de linaza..."

Si nuestro Rubén, después de la *Marcha Triunfal* (que es griega o romana) y del *Canto a Roosevelt* que es ya americano, hubiese querido dejar los Parises y los Madriles y venir a perderse en la naturaleza americana por unos largos años —era el caso de perderse a las buenas— ya no tendríamos estos temas en la cantera; estarían debastados y andarían entonando el alma del mocerío. Llega el escuadrón de mozos sin mucho gusto que digamos del "Aire Suave" o de la Marquesa Eulalia. Tienen razón: el aire del mundo se ha vuelto un *puelche** violento y el mar de jacintos se muda de pronto en el otro mar que los marinos llaman *acarnerado.*

SAUDADE

Suelo creer con Stefan George en un futuro préstamo de lengua a lengua latina. Por lo menos, en el de ciertas palabras, logro definitivo del genio de cada una de ellas, expresiones inconmovibles en su rango de palabras "verdaderas". Sin empacho encabezo una sección de este libro, rematado en el dulce suelo y el dulce aire portugueses, con esta palabra *Saudade.* Ya sé que dan por equivalente de ella el *soledades* castellano. La sustitución vale para España; en América el substantivo *soledad* no se aplica sino en su sentido inmediato, único que allá le conocemos.

BEBER

Falta la rima final, para algunos oídos. En el mío, desatento y basto, la palabra esdrújula no da rima precisa ni vaga. El salto del esdrújulo deja en el aire su cabriola como una trampa que engaña al amador del sonsonete. Este amador, persona colectiva que fue millón, disminuye a ojos vistas, y bien se puede servirlo a medias y también dejar de servirlo...

---

* *Puelche,* viento de la Patagonia

TODAS IBAMOS A SER REINAS

Esta imaginería tropical vivida en un valle caliente, aunque sea cordillerano, tenía su razón de ser. El hacendado Don Adolfo Iribarren —Dios le dé bellas visiones en el cielo—, por una fantasía rara de hallar en hombre de sangre vasca, se había creado, en su casa de Montegrande, casi un parque o huerto, medio botánico y zoológico. Allí me había yo de conocer el ciervo y la gacela, el pavo real, el faisán, y muchos árboles exóticos, entre ellos el flamboyán de Puerto Rico, que él llamaba por su nombre verdadero de "árbol del fuego" y que de veras ardía en el florecer, no menos que la hoguera.

No bautizan con Ifigenia sino con Efigenia, en mis cerros de Elqui. A esto lo llaman disimilación los filólogos, y es operación que hace el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió, la cual avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído.

LA SOMBRA

Ya otras veces ha sido, para algún místico, el cuerpo la sombra y el alma, la "verdad verídica". Como aquí.

POETA

La poesía entrecomillada pertenece al orden de las que en conjunto podrían llamarse *La garganta prestada* como "Viejo León" y "Jugadores". A alguno que rehuía en la conversación su confesión o su anécdota, se le cedió filialmente la garganta. Fue porque en la confidencia ajena corría la experiencia nuestra a grandes oleadas o fue sencillamente porque la confidencia patética iba a perderse como vilanos en el aire. Infiel es el aire, al hombre que habla, y no quiere guardarle ni siquiera el hálito. Yo cumplo aquí, en vez del mal servidor...

ALBRICIAS

"*Albricia mía:* Es en el juego de las *Albricias* que yo jugaba en mis niñeces del valle de Elqui, sea porque los chilenos nos evaporamos la *s* final, sea porque las albricias eran siempre cosa en singular —un objeto

escondido que se buscaba— la palabra se volvía una especie de sustantivo colectivo. Tengo aún en el oído los gritos de las *buscadoras* y nunca más he dicho la preciosa palabra sino como la oí entonces a mis camaradas de juego.

"La feliz criatura que inventó la expresión donosa y la soltó en el aire, vio el contenido de ella en pluralidad, como una especie de gajo de uvas de puñado de algas, y en plural la dio, puesto que así *la veía.* El sentido de la palabra en la tierra mía es el de *suerte, hallazgo* o *regalo.* Yo corrí tras la *albricia* en mi valle de Elqui, gritándola y viéndola en unidad. Puedo corregir en mi seso y en mi lengua lo aprendido en las edades feas —adolescencia, juventud, madurez— pero no puedo mudar de raíz las expresiones recibidas en la infancia. Aquí quedan, pues, esas albricias en singular..."

RECADOS

Las cartas que van para muy lejos y que se escriben cada tres o cinco años, suelen aventar lo demasiado temporal —la semana, el año— y lo demasiado menudo —el natalicio, el año nuevo, el cambio de casa—. Cuando se las escribe sobre el rescoldo de una poesía, sintiendo todavía en el aire el revoloteo de un ritmo sólo a medias roto y algunas rimas de esas que llamé entrometidas, en tal caso, la carta se vuelve esta cosa juguetona, tirada aquí y allá por el verso y por la prosa que se la disputan.

Además, la persona nacional con quien se vivió (personas son siempre para mí los países) a cada rato se pone delante del destinatario y a trechos lo desplaza. Un paisaje de huertos o de caña o de cafetal, tapa de un golpe la cara que teníamos a la vista y a la que sonreíamos; un cerro suele cubrir la casa que estábamos mirando y por cuya puerta la carta va a entrar llevando su manojo de noticias.

Me ha pasado esto muchas veces. No doy por novedad tales caprichos o jugarretas: otros las han hecho y, con más pudor que yo, se las guardaron. Yo las dejo en los suburbios del libro, "fuora dei muri", como corresponde a su clase un poco plebeya o tercerona. Las incorporo por una razón atrabiliaria, es decir por una loca razón, como son las razones de las mujeres: estos Recados llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir.

LAGAR
(1954)

GUERRA

CAIDA DE EUROPA

A Roger Caillois

Ven, hermano, ven esta noche
a rezar con tu hermana que no tiene
hijo ni madre ni casta presente.
Es amargo rezar oyendo el eco
que un aire vano y un muro devuelven.
Ven, hermano o hermana, por los claros
del maizal antes que caiga el día
demente y ciego, sin saber que pena
la que nunca penó y acribillada
de fuegos y ahogada de humareda
arde la Vieja Madre que nos tuvo
dentro de su olivar y de su viña.

Solamente la Gea americana
vive su noche con olor de trébol,
tomillo y mejorana y escuchando
el rumor de castores y de martas
y la carrera azul de la chinchilla.
Tengo vergüenza de mi "Ave" rendida
que apenas si revuela por mis hombros
o sube y cae en gaviota alcanzada,
mientras la Madre en aflicción espera,
mirando fija un cielo de azabache
que juega a rebanarle la esperanza
y grita "No eres" a la Vieja Noche.

Somos los hijos que a su Madre nombran,
sin saber a estas horas si es la misma
y con el mismo nombre nos responde,
o si mechados de metal y fuego
arden sus miembros llamados Sicilia,
Flandes, la Normandía y la Campania.

Para la compunción y la plegaria
bastan dos palmos de hierbas y de aire.

Hogaza, vino y fruta no acarreen
hasta en el día de leticia y danza
y locos brazos que columpien ramos.
En esta noche, ni mesa punteada
de falerno feliz ni de amapolas;
tampoco el sollozar; tampoco el sueño.

CAMPEON FINLANDES

Campeón finlandés, estás tendido
en la relumbre de tu último Stadium,
rojo como el faisán en su vida y su muerte,
de heridas pespunteado y apurado
gárgola viva de tu propia sangre.

Has caído en las nieves de tu infancia,
en filos azulados y en espejos acérrimos
diciendo ¡no! hacia el Norte y el Este,
un ¡no! que aprieta los gajos de nieve,
endurece como diamantes los skíes
y para el tanque como un jabalí...
Nadador, pelotaris, corredor,
que te quemen el nombre y te llamen "Finlandia".
Benditos sean tu última pista,
el meridiano que tomó tu cuerpo
y el sol de medianoche, que te cedió el milagro.

Negaste al invasor el sorbo de tus lagos,
tus caminos y la hebra de tus renos.
el umbral de tu casa, el cubo de tu arena,
el arco-iris de las Vírgenes de Cristo,
la bautizada frente de tus niños.

Te miran tus quinientos lagos
que probaron tu cuerpo uno por uno.
Se empina, atarantada, por saberte, la morsa,
como cuando gritabas la Maratón ganada,
y dos renos te echan el humo del aliento
en dos pitones blancos que se hacen y deshacen...

Para que no te aúllen, te bailen ni te befen
esta noche los tártaros dementes,
cuyas botas humean de nieve y tropelía,
las mujeres te conducimos como a un hijo,
alzamos la nonada de tu cuerpo
y vamos a quemarte en tus pinos del Norte.

No lloran ni las madres ni los niños,
ni aun el hielo, en la Finlandia enjuta
como la Macabea, que da sudor de sangre
y da de mamar sangre, pero no llora llanto;
y nosotras tampoco lloramos, atizando
el ruedo y los cogollos de tu hoguera.

La hoguera es alta como el trance, y arde
sin humo y sin ceniza, toda en fucsias y en dalias,
mientras suena el infierno de los tanques,
la frontera de su metal, castañetea
y caen los aviones en sesgo de vergüenza...

Campeón finlandés, saltas ahora
más hermoso que en todos tus Stadiums.
Subes y vas oreando tu sangre
con el rollo del viento que te enjuga.
¡Partes el cielo, ríes y lloras
al abrazar a Judas Macabeo!

LA HUELLA

Del hombre fugitivo
sólo tengo la huella,
el peso de su cuerpo
y el viento que lo lleva.
Ni señales ni nombre,
ni el país ni la aldea;
solamente la concha
húmeda de su huella;
solamente esta sílaba
que recogió la arena
¡y la Tierra —Verónica
que me lo balbucea!

Solamente la angustia
que apura su carrera:
los pulsos que lo rompen,
el soplo que jadea,
el sudor que lo luce
la encía con dentera
¡y el viento seco y duro
que el lomo le golpea!

Y el espinal que salta,
la marisma que vuela,
la mata que lo esconde,
y el sol que lo confiesa,
la duna que lo ayuda,
la otra que lo entrega,
¡y el pino que lo tumba,
y Dios que lo endereza!

Y su hija, la sangre,
que tras él lo vocea:
la huella, Dios mío,
la pintada huella:
el grito sin boca,
la huella la huella!

Su señal la coman
las santas arenas.
Su huella tápenla
los perros de niebla.
Le tome de un salto
la noche que llega
su marca de hombre
dulce y tremenda.

Yo veo, yo cuento
las dos mil huellas.
¡Voy corriendo, corriendo
la vieja Tierra,
rompiendo con la mía
su pobre huella!
¡O me paro y la borran

mis locas trenzas,
o de bruces mi boca
lame la huella!

Pero la Tierra blanca
se vuelve eterna;
se alarga inacabable
igual que la cadena;
se estira en una cobra
que el Dios Santo no quiebra
¡y sigue hasta el término
del mundo la huella!

HOSPITAL

Detrás del muro encalado
que no deja pasar el soplo
y me ciega de su blancura,
arden fiebres que nunca toco,
brazos perdidos caen manando,
ojos marinos miran, ansiosos.

En sus lechos penan los hombres,
metales blancos bajo su forro,
y cada uno dice lo mismo
que yo, en la vaina de su sollozo.

Uno se muere con su mensaje
en el desuello del fruto mondo,
y mi oído iba a escucharlo
toda la noche, rostro con rostro.

Hacia el cristal de mi desvelo,
adonde baja lo que ignoro,
caen dorsos que no sujeto,
rollos de partos que no recojo,
y vienen carnes estrujadas
de lagares que no conozco.

Juntos estamos, según las cañas,
oyéndonos como los chopos,

y más distantes que Ghea y Sirio,
y el pobre coipo del faisán rojo.
Porque yo tengo y ellos tienen
muro yerto que vuelve el torso,
y no deja acudir los brazos,
ni se abre al amor deseoso.

El Celador costado blanco
nunca se parte en grietas de olmo,
y aunque me cele como un hijo
no me consiente ir a los otros:
espalda lisa que me guarda
sin volteadura y sin escorzo.

El Sordo quiere que vivamos
todos perdidos, juntos y solos,
sabiéndonos y en nuestra búsqueda,
en laberinto blanco y redondo,
hoy al igual de ayer, lo mismo
que en un cuento de hombre beodo,
aunque suban, del otro canto
de la noche, cuellos ansiosos,
y me nombren la Desvariada,
el que hace señas y el Niño loco.

JUGARRETAS

AYUDADORES

A María Fernanda de Mélida

Mientras el niño se me duerme,
sin que lo sepa ni la tierra,
por ayudarme en acabarlo
sus cabellos hace la hierba,
sus deditos la palma-dátil
y las uñas la buena cera.
Los caracoles dan su oído

y la fresa roja su lengua,
y el arroyo le trae risas
y el monte le manda paciencias.

(Cosas dejé sin acabar
y estoy confusa y con vergüenza:
apenas sienes, apenas habla,
apenas bulto que le vean.)

Los que acarrean van y vienen,
entran y salen por la puerta
trayendo orejitas de "cuye"
y unos dientes de concha-perla.

Tres navidades y será otro,
de los tobillos a la cabeza:
será talludo, será recto
como los pinos de la cuesta.

Y yo iré entonces voceándolo
como una loca por los pueblos,
con un pregón que van a oírme
las praderías y los cerros.

CAJITA DE PASAS

A don Pedro Moral

El negro dejó a la puerta
la cajita claveteada
que me coge y me retiene
en sus clavillos las faldas.

Llena de marcas, aturdida,
como oveja que desembarcan,
trae nombre y trae cifra
su costilla ensalmuerada.

Más recta vino que el barco
por las olas insensatas,

entre dormida y despierta,
enjuta en el agua amarga,
y pasó por diez caletas
de ancla y grúas asustada...

Me la destapo con tientos,
y con miedo de azorarla;
volteo el forro de mentas
que las ciega y embalsama
y con un grito levanto
a las treintas sofocadas...

Van saliendo los sartales
de abejas y de cigarras
con sollamo de diez soles
y enjutas, pero enmieladas.

Cepa mía vendimiaron
Ana y Rosa al sol dobladas.
En sarmientos lagarteando,
donde yo corté, cortaban,
y toparon con mis dedos
de niña entre la maraña...

Los que llegan palpan todo
y se quedan sin la gracia:
ladera y viña no ven;
no cae el Valle a sus caras.
Ellos festejan racimos,
yo festejo resolanas,
gajos vivos de mi cuerpo
y la sangre mía arribada...

DOÑA VENENOS

Doña Venenos habita
a unos pasos de mi casa.
Ella quiere disfrutar
rutas, jardines y playas,
y todo ya se lo dimos,
pero no está apaciguada.

¿A qué vino de tan lejos
si viaja llevando su alma?
a los que nacen o mueren,
a los que arriban o zarpan,
y aunque son muchos sus días
¡no se cansa, no se cansa!

A qué vino de tan lejos
si viaja llevando su alma.
Pudo dejarla, sí, pudo,
en cactus abandonada,
y hacerse, cruzando mares,
otra de hieles "lavada".

¿A qué vino a ser la misma
bajo el país de las palmas?
Me la dicen, me la traen
todos los días *contada,*
pero yo aún no la he visto
y me la tengo sin cara.
Cada día me conozco
árbol nuevo, bestia rara
y criaturas que llegan
a la puerta de mi casa.

¿Pero si no la vi nunca
cómo echo a la forastera?
Y si me la dejo entrar
¿qué hace de mi paz ganada,
qué de mi bien que es un árbol?

Todos me preguntan si
ya vino la malhadada
y luego me dicen que...
es peor si se retarda.

NACIMIENTO DE UNA CASA

Para Concha Romero James

Una casa va naciendo
en duna californiana

y va saltando del médano
en gaviota atolondrada.

El nacimiento lo agitan
carreras y bufonadas,
chorros silbados de arena,
risas que suelta la grava,
y ya van las vigas-madres
subiendo apelicanadas.

Puerta y puertas van llegando
reñidas con las ventanas,
unas a guardarlo todo,
otras a darlo, fiadas.
Los umbrales y dinteles
se casan en cuerpos y almas,
y unas piernas de pilares
bajan a paso de danza...

Yo no sé si es que la hacen
o de sí misma se alza;
mas sé que su alumbramiento
la costa trae agitada
y van llegando mensajes
en flechas enarboladas...

El amor acudiría
si ya se funde la helada,
y por dar fe, luz y aire,
hasta tocarla se abajan,
aunque se vea tan sólo
a medio alzar las espaldas...

Llegando están los trabajos
menudos, pardos y en banda,
cargando en gibados gnomos
teatinos, mimbres y lanas
que ojean buscando manos
todavía no arribadas...

Y baja en un sesgo el Angel
Custodio de las moradas

volea la mano diestra,
jurándole su alianza
y se la entrega a la costa
en alta virgen dorada.

En torno al bendecidor
hierven cien cosas trocadas;
fiestas, bodas, nacimientos,
risas, bienaventuranzas,
y se echa una Muerte grande,
al umbral, atravesada...

LUTO

ANIVERSARIO

Todavía, Miguel, me valen,
como al que fue saqueado,
el voleo de tus voces,
las saetas de tus pasos
y unos cabellos quedados,
por lo que reste de tiempo
y albee de eternidades.

Todavía siento extrañeza
de no apartar tus naranjas
ni comer tu pan sobrado
y de abrir y de cerrar
por mano mía tu casa.

Me asombra el que, contra el logro
de Muerte y de matadores,
sigas quedado y erguido,
caña o junco no cascado
y que, llamado con voz
o con silencio, me acudas.

Todavía no me vuelven
marcha mía, cuerpo mío.

Todavía estoy contigo
parada y fija en tu trance,
detenidos como en puente,
sin decidirte tú a seguir,
y yo negada a devolverme.

Todavía somos el tiempo,
pero probamos ya el sorbo
primero, y damos el paso
adelantado y medroso.
Y una luz llega anticipada
de La Mayor que da la mano,
y convida, y toma, y lleva.

Todavía como en esa
mañana de techo herido
y de muros humeantes,
seguimos, mano a la mano,
escarnecidos, robados,
y los dos rectos e íntegros,

Sin saber tú que vas yéndote,
sin saber yo que te sigo,
dueños ya de claridades
y de abras inefables
o resbalamos un campo
que no ataja con linderos
ni con el término aflige.

Y seguimos, y seguimos,
ni dormidos ni despiertos,
hacia la cita e ignorando
que ya somos arribados.
Y del silencio perfecto,
y de que la carne falta,
la llamada aún no se oye
ni el Llamador da su rostro.

¡Pero tal vez esto sea
¡ay! amor mío, la dádiva
del Rostro eterno y sin gestos
y del *reino sin contorno*!

EL COSTADO DESNUDO

A Ines María Muñoz Marín

Otra vez sobre la Tierra
llevo desnudo el costado,
el pobre palmo de carne
donde el morir es más rápido
y la sangre está asomada
como a los bordes del vaso

Va el costado como un vidrio
de sien a pies alargado
o en el despojo sin voz
del racimo vendimiado,
y más desnudo que nunca,
igual que lo desollado

Va expuesto al viento sin tino
que lo befa sobre el flanco,
y, si duermo, queda expuesto
a las malicias del lazo,
sin el aspa de ese pecho
y la torre de ese amparo

Marchábamos sin palabra,
la mano dada a la mano,
y hablaban las sangres nuestras
en los pulsos acordados
Ahora llevo sin habla
esa diestra, ese costado

Y ahora es el tantear
con pobres ojos de ocaso,
preguntando por mi senda
a las bestias y a los pájaros,
y el oír que la respuesta
le dan el pinar o el traro

Otra vez la escarcha helada
más dura que el aletazo

y el rayo que va siguiéndome
de fuego envalentonado
y la noche que se cierra
en puño oscuro de tártaro

Ya no más su vertical
como un paso adelantado
abriéndome con su mástil
los duros cielos de estaño
y conjugando en la marcha
el álamo con el álamo

Voy solo llevando el vaho
o el hálito apareado,
sin perfil ni coyunturas
en que llega mi trocado,
niebla de mar o de sierra,
rasando dunas y pastos

Aunque el naranjal me dé,
cuando cruzo, brazo y brazo,
y se allegue el Cirineo
o dé el niño un grito blanco,
¿quién consigue que no vea
con volverme, mi costado?

Cargo la memoria viva
en el tuétano envainado
y a cada noche yo empino
y vierto el profundo vaso,
siendo yo misma la Hebe
y siendo el vino que escancio

Me acuerdo al amanecer
y cuando el mundo es soslayo,
y subiendo y descendiendo
los azules meridianos
Y a cada día camino
lenta, lenta, por el diálogo
en que la memoria mana
a turnos con mi costado

Cuando me volví memoria
y bajé a tiniebla y vaho,
arañando entre madréporas
y pulpos envenenados,
volví sin él, pero traje,
desde el Hades, como dádiva,
la anémona que es de fuego
de la verdad al costado.

Ahora que supe puedo
con lo que falta de tránsito:
apenas tres curvas, tres
blancas lejías de llanto
y se me va apresurando
el correr como el regato.

Han de ponernos en valle
limpio de celada y garfio,
claros, íntegros, fundidos
como en la estrella los radios,
en la blanca geometría
del dado junto del dado,
como fuimos en la luz,
el costado en el costado.

Van a descubrirse, juntos,
el sol y el Cristo velados,
y a fundírsenos enteros
en río de desagravio,
rasgando mi densa noche,
hebra a hebra y gajo a gajo,
y aplacando con respuestas
el grito de mi costado.

Hacia ese mediodía
y esa eternidad sin gasto,
camino con cada aliento,
sin la deuda del tardado,
en este segundo cuerpo
de yodo y sal devorado,

que va de Gea hasta Dios
rectamente como el dardo,
¡así ligero de ser
sólo el filo de un costado!

LUTO

En sólo una noche brotó de mi pecho,
subió, creció el árbol de luto,
empujó los huesos, abrió las carnes,
su cogollo llegó a mi cabeza.

Sobre hombros, sobre espaldas,
echó hojazones y ramas,
y en tres días estuve cubierta,
rica de él como de mi sangre.
¿Dónde me tocan ahora?
¿Qué brazo daré que no sea luto?

Igual que las humaredas
ya no soy llama ni brasas.
Soy esta espiral y esta liana
y este ruedo de humo denso.

Todavía los que llegan
me dicen mi nombre, me ven la cara;
pero yo que me ahogo me veo
árbol devorado y humoso,
cerrazón de noche, carbón consumado,
enebro denso, ciprés engañoso,
cierto a los ojos, huido en la mano.

En una pura noche se hizo mi luto
en el dédalo de mi cuerpo
y me cubrió este resuello
noche y humo que llaman luto
que me envuelve y que me ciega.

Mi último árbol no está en la tierra
no es de semilla ni de leño,

no se plantó, no tiene riegos.
Soy yo misma mi ciprés
mi sombreadura y mi ruedo,
mi sudario sin costuras,
y mi sueño que camina
árbol de humo y con ojos abiertos.

En lo que dura una noche
cayó mi sol, se fue mi día,
y mi carne se hizo humareda
que corta un niño con la mano.

El color se escapó de mis ropas,
el blanco, el azul, se huyeron
y me encontré en la mañana
vuelta un pino de pavesas.

Ven andar un pino de humo,
me oyen hablar detrás de mi humo
y se cansarán de amarme,
de comer y de vivir,
bajo de triángulo oscuro
falaz y crucificado
que no cría más resinas
y raíces no tiene ni brotes
Un sólo color en las estaciones,
un sólo costado de humo
y nunca un racimo de piñas
para hacer el fuego, la cena y la dicha.

MESA OFENDIDA

A Margaret Bates

A la mesa se han sentado,
sin señal, los forasteros,
válidos de casa huérfana
y patrona de ojos ciegos;
y al que es dueño de esta noche
y esta mesa no le tengo,

no le oigo, no le sirvo,
no le doy su mango ardiendo.

¿A qué pasaron, a qué
el umbral de roto espejo
que del animal nocturno
recogió el hedor y el peso,
cuando belfos y pelambres
los dice sus compañeros?

Mi soledad tengo a diestra
en un escarchado helecho,
y delante un pan ladeado
de dos bandas de silencio,
y mi balbuceo rueda,
como las algas, sin eco.

Nunca me he sentado a mesa
de mayor despojamiento:
la fruta es sin luz, los vasos
llegan a las manos hueros.

Ella azulada como los vidrios
parecida al agua quieta,
dándole a mí, dándome a él,
calla, alienta y reverbera.

Ni se mueve ni se cansa,
brecha divina, rama entreabierta.

Con el corazón los llamo,
sin gesto, silbo, ni grito
y el venir es el doblarse
y ser los dos siendo que es ella.

Es mi día hora por hora
esperarles tras una puerta
segura de ellos como de mí,
ojos, oídos y alma ciertas.

El crepúsculo se me tarda
o se me apura sobre la tierra.

Maduro en fruta nunca vista
fija, alba, calenturienta.

UNA PALABRA

Yo tengo una palabra en la garganta
y no la suelto, y no me libro de ella
aunque me empuja su empellón de sangre.
Si la soltase, quema el pasto vivo,
sangra al cordero, hace caer al pájaro.

Tengo que desprenderla de mi lengua,
hallar un agujero de castores
o sepultarla con cal y mortero
porque no guarde como el alma el vuelo.

No quiero dar señales de que vivo
mientras que por mi sangre vaya y venga
y suba y baje por mi loco aliento.
Aunque mi padre Job la dijo, ardiendo,
no quiero darle, no, mi pobre boca
porque no ruede y la hallen las mujeres
que van al río, y se enrede a sus trenzas
o al pobre matorral tuerza y abrase.

Yo quiero echarle violentas semillas
que en una noche la cubran y ahoguen,
sin dejar de ella el cisco de una sílaba.
O rompérmerla así, como la víbora
que por mitad se parte entre los dientes.

Y volver a mi casa, entrar, dormirme,
cortada de ella, rebanada de ella,
y despertar después de dos mil días
recién nacida de sueño y olvido.

¡Sin saber ¡ay! que tuve una palabra
de yodo y piedra-alumbre entre los labios
ni poder acordarme de una noche,
de la morada en país extranjero,

de la celada y el rayo a la puerta
y de mi carne marchando sin su alma!

LOCAS MUJERES

LA ABANDONADA

A Emma Godoy

Ahora voy a aprenderme
el país de la acedía,
y a desaprender tu amor
que era la sola lengua mía,
como río que olvidase
lecho, corriente y orillas.

¿Por qué trajiste tesoros
si el olvido no acarrearías?
Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida;
¡tanto, Dios mío, que me sobra
mi vida desde el primer día!

Dénme ahora las palabras
que no me dio la nodriza
Las balbucearé demente
de la sílaba a la sílaba:
palabra "expolio", palabra "nada",
y palabra "postrimería",
¡aunque se tuerzan en mi boca
como las víboras mordidas!

Me he sentado a mitad de la Tierra,
amor mío, a mitad de la vida,
a abrir mis venas y mi pecho,
a mondarme en granada viva,
y a romper la caoba roja
de mis huesos que te querían.

Estoy quemando lo que tuvimos:
los anchos muros, las altas vigas,
descuajando una por una
las doce puertas que abrías
y cegando a golpes de hacha
el aljibe de la alegría.

Voy a esparcir, voleada,
la cosecha ayer cogida,
a vaciar odres de vino
y a soltar aves cautivas;
a romper como mi cuerpo
los miembros de la "masía"
y a medir con brazos altos
la parva de las cenizas.

¡Cómo duele, cómo cuesta,
cómo eran las cosas divinas,
y no quieren morir, y se quejan muriendo,
y abren sus entrañas vividas!
Los leños entienden y hablan,
el vino empinándose mira,
y la banda de pájaros sube
torpe y rota como neblina.

Venga el viento, arda mi casa
mejor que bosque de resinas;
caigan rojas y sesgados
el molino y la torre madrina.
¡Mi noche, apurada del fuego,
mi pobre noche no llegue al día!

LA ANSIOSA

Antes que él eche a andar, está quedado
el viento Norte, hay una luz enferma,
el camino blanquea en brazo muerto
y, sin gracia de amor, pesa la tierra.

Y cuando viene, lo sé por el aire
que me lo dice, alácrito y agudo;

y abre mi grito en la venteada un tubo
que le mima y le cela los cabellos,
y le guarda los ojos del pedrisco.

Vilano o junco ebrio parecía;
apenas era y ya no voltijea;
viene más puro que el disco lanzado,
más recto, más que el albatros sediento,
y ahora ya la punta de mis brazos
afirman su cintura en la carrera...

Pero ya saben mi cuerpo y mi alma
que viene caminando por la raya
amoratada de mi largo grito,
sin enredarse en el fresno glorioso
ni relajarse en los bancos de arena.

¿Cómo no ha de llegar si me lo traen
los elementos a los que fui dada?
El agua me lo alumbra en los hondones,
el fuego me lo urge en el poniente
y el viento Norte aguija sus costados.

Mi grito vivo no se le relaja;
ciego y exacto lo alcanza en los riscos.
Avanza abriendo el matorral espeso
y al acercarse ya suelta su espalda,
libre lo deja y se apaga en mi puerta.

Y ya no hay voz cuando cae a mis brazos
porque toda ella quedó consumida,
y este silencio es más fuerte que el grito
si así nos deja con los rostros blancos.

LA DESASIDA

En el sueño yo no tenía
padre ni madre, gozos ni duelos,
no era mío ni el tesoro
que he de velar hasta el alba,
edad ni nombre llevaba,
ni mi triunfo ni mi derrota.

Mi enemigo podía injuriarme
o negarme Pedro, mi amigo,
que de haber ido tan lejos
no me alcanzaban las flechas:
para la mujer dormida
lo mismo daba este mundo
que los otros no nacidos...

Donde estuve nada dolía:
estaciones, sol ni lunas,
no punzaban ni la sangre
ni el cardenillo del Tiempo;
ni los altos silos subían
ni rondaba el hambre los silos.
Y yo decía como ebria:
¡Patria mía, Patria, la Patria!

Pero un hilo tibio retuve,
—pobre mujer— en la boca,
vilano que iba y venía
por la nonada del soplo,
no más que un hilo de araña
o que un repunte de arenas.

Pude no volver y he vuelto.
De nuevo hay muro a mi espalda,
y he de oír y responder
y, voceando pregones,
ser otra vez buhonera.

Tengo mi cubo de piedra
y el puñado de herramientas.
Mi voluntad la recojo
como ropa abandonada,
desperezo mi costumbre
y otra vez retomo el mundo.

Pero me iré cualquier día
sin llantos y sin abrazos,
barca que parte de noche
sin que la sigan las otras,

la ojeen los faros rojos
ni se la oigan sus costas...

LA DESVELADA

—En cuanto engruesa la noche
y lo erguido se recuesta,
y se endereza lo rendido,
le oigo subir las escaleras.
Nada importa que no le oigan
y solamente yo lo sienta.
¡A qué había de escucharlo
el desvelo de otra sierva!

En un aliento mío sube
y yo padezco hasta que llega
—cascada loca que su destino
una vez bajan y otras repecha
y loco espino calenturiento
castañeteando contra mi puerta—.

No me alzo, no abro los ojos,
y sigo su forma entera.
Un instante, como precitos,
bajo la noche tenemos tregua;
pero le oigo bajar de nuevo
como en una marea eterna.

El va y viene toda la noche
dádiva absurda, dada y devuelta,
medusa en olas levantada
que ya se ve, que ya se acerca.
Desde mi lecho yo lo ayudo
con el aliento que me queda,
por que no busque tanteando
y se haga daño en las tinieblas.

Los peldaños de sordo leño
como cristales me resuenan.
Yo sé en cuáles se descansa,
y se interroga, y se contesta.

Oigo donde los leños fieles,
igual que mi alma, se le quejan,
y sé el paso maduro y último
que iba a llegar y nunca llega...

Mi casa padece su cuerpo
como llama que la retuesta.
Siento el calor que da su cara
—ladrillo ardiendo— contra mi puerta.
Pruebo una dicha que no sabía:
sufro de viva, muero de alerta,
¡y en este trance de agonía
se van mis fuerzas con sus fuerzas!

Al otro día repaso en vano
con mis mejillas y mi lengua,
rastreando la empañadura
en el espejo de la escalera.
Y unas horas sosiegan mi alma
hasta que cae la noche ciega.

El vagabundo que lo cruza
como fábula me lo cuenta.
Apenas él lleva su carne,
apenas es de tanto que era,
y la mirada de sus ojos
una vez hiela y otras quema.

No le interrogue quien lo cruce;
sólo le digan que no vuelva,
que no repeche su memoria,
para que él duerma y que yo duerma.
Mate el nombre que como viento
en sus rutas turbillonea
¡y no vea la puerta mía,
recta y roja como una hoguera!

LA DICHOSA

A Paulsta Brook

Nos tenemos por la gracia
de haberlo dejado todo;

ahora vivimos libres
del tiempo de ojos celosos;
y a la luz le parecemos
algodón del mismo copo.

El Universo trocamos
por un muro y un coloquio.
País tuvimos y gentes
y unos pesados tesoros,
y todo lo dio el amor
loco y ebrio de despojo.

Quiso el amor soledades
como el lobo silencioso.
Se vino a cavar su casa
en el valle más angosto
y la huella le seguimos
sin demandarle retorno...

Para ser cabal y justa
como es en la copa el sorbo,
y no robarle el instante,
y no malgastarle el soplo,
me perdí en la casa tuya
como la espada en el forro.

Nos sobran todas las cosas
que teníamos por gozos:
los labrantíos, las costas,
las anchas dunas de hinojos.
El asombro del amor
acabó con los asombros.

Nuestra dicha se parece
al panal que cela su oro;
pesa en el pecho la miel
de su peso capitoso,
y ligera voy, o grave,
y me sé y me desconozco.

Ya ni recuerdo cómo era
cuando viví con los otros.

Quemé toda mi memoria
como hogar menesteroso.
Los tejados de mi aldea
si vuelvo, no los conozco,
y el hermano de mis leches
no me conoce tampoco.

Y no quiero que me hallen
donde me escondí de todos;
antes hallen en el hielo
el rastro huido del oso.
El muro es negro de tiempo
el líquen del umbral, sordo,
y se cansa quien nos llame
por el nombre de nosotros.

Atravesaré de muerta
el patio de hongos morosos.
El me cargará en sus brazos
en chopo talado y mondo.
Yo miraré todavía
el remate de sus hombros.
La aldea que no me vio
me verá cruzar sin rostro,
y sólo me tendrá el polvo
volador, que no es esposo.

LA FERVOROSA

En todos los lugares he encendido
con mi brazo y mi aliento el viejo fuego;
en toda tierra me vieron velando
el faisán que cayó desde los cielos,
y tengo ciencia de hacer la nidada
de las brasas juntando sus polluelos

Dulce es callando en tendido rescoldo,
tierno cuando en pajuelas lo comienzo.
Malicias sé para soplar sus chispas
hasta que él sube en alocados miembros.

Costó, sin viento, prenderlo, atizarlo:
era o el humo o el chisporroteo;
pero ya sube en cerrada columna
recta, viva, leal y en gran silencio.

No hay gacela que salte los torrentes
y el carrascal como mi loco ciervo;
en redes, peces de oro no brincaron
con rojez de cardumen tan violento.
He cantado y bailado en torno suyo
con reyes, versolaris y cabreros,
y cuando en sus pavesas él moría
yo le supe arrojar mi propio cuerpo.

Cruzarían los hombres con antorchas
mi aldea, cuando fue mi nacimiento
o mi madre se iría por las cuestas
encendiendo las matas por el cuello.
Espino, algarrobillo y zarza negra,
sobre mi único Valle están ardiendo,
soltando sus torcidas salamandras,
aventando fragancias cerro a cerro.

Mi vieja antorcha, mi jadeada antorcha
va despertando majadas y oteros;
a nadie ciega y va dejando atrás
la noche abierta a rasgones bermejos.
La gracia pido de matarla antes
de que ella mate el Arcángel que llevo.

(Yo no sé si lo llevo o si él me lleva;
pero sé que me llamo su alimento,
y me sé que le sirvo y no le falto
y no lo doy a los titiriteros.)

Corro, echando a la hoguera cuanto es mío.
Porque todo lo di, ya nada llevo,
y caigo yo, pero él no me agoniza
y sé que hasta sin brazos lo sostengo.
O me lo salva alguno de los míos,
hostigando a la noche y su esperpento,

hasta el último hondón, para quemarla
en su cogollo más alto y señero.

Traje la llama desde la otra orilla,
de donde vine y adonde me vuelvo.
Allá nadie la atiza y ella crece
y va volando en albatros bermejo
He de volver a mi hornaza dejando
caer en su regazo el santo préstamo

¡Padre, madre y hermana adelantados,
y mi Dios vivo que guarda a mis muertos:
corriendo voy por la canal abierta
de vuestra santa Maratón de fuego

LA FUGITIVA

—Arbol de fiesta, brazos anchos,
cascada suelta, frescor vivo
a mi espalda despeñados
¿quién os dijo de pararme
y silabear mi nombre?

Bajo un árbol yo tan sólo
lavaba mis pies de marchas
con mi sombra como ruta
y con el polvo por saya

¡Qué hermoso que echas tus ramas
y que abajas tu cabeza,
sin entender que no tengo
diez años para aprenderme
tu verde cruz que es sin sangre
y el disco de tu peana!

Atísbame, pino-cedro,
con tus ojos verticales,
y no muevas ni descuajes
los pies de tu terrón vivo:
que no pueden tus pies nuevos

con rasgones de los cactus
y encias de las risqueras.

Y hay como un desasosiego,
como un siseo que corre
desde el hervor del zodíaco
a las hierbas erizadas.
Viva está toda la noche
de negaciones y afirmaciones,
las del Angel que te manda
y el mío que con él lucha;

Y un azoro de mujer
llora a su cedro de Líbano
caído y cubierto de noche,
que va a marchar desde el alba
sin saber ruta ni polvo
y sin volver a ver más
su ronda de dos mil pinos.

¡Ay, árbol mío, insensato
entregado a la ventisca
a canícula y a bestia
al azar de la borrasca.
Pino errante sobre la Tierra!

LA QUE CAMINA

Aquel mismo arenal, ella camina
siempre hasta cuando ya duermen los otros;
y aunque para dormir caiga por tierra
ese mismo arenal sueña y camina.
La misma ruta, la que lleva al Este
es la que toma aunque la llama el Norte,
y aunque la luz del sol le da diez rutas
y se las sabe, camina la Unica.
Al pie del mismo espino se detiene
y con el ademán mismo lo toma
y lo sujeta porque es su destino.

La misma arruga de la tierra ardiente
la conduce, la abrasa y la obedece
y cuando cae de soles rendida
la vuelve a alzar para seguir con ella
Sea que ella la viva o que la muera
en el ciego arenal que todo pierde,
de cuanto tuvo dado por la suerte
esa sola palabra ha recogido
y de ella vive y de la misma muere.

Igual palabra, igual, es la que dice
y es todo lo que tuvo y lo que lleva
y por su sola sílaba de fuego
ella puede vivir hasta que quiera.

Otras palabras aprender no quiso
y la que lleva es su propio sustento
a más sola que va más la repite
pero no se la entienden sus caminos.

¿Cómo, si es tan pequeña la alimenta?
¿Y cómo si es tan breve la sostiene
y cómo si es la misma no la rinde
y a dónde va con ella hasta la muerte?
No le den soledad por que la mude,
ni palabra le den, que no responde.
Ninguna más le dieron, en naciendo,
y como es su gemela no la deja.

¿Por qué la madre no le dio sino ésta?
¿Y por qué cuando queda silenciosa
muda no está, que sigue balbuceándola?
Se va quedando sola como un árbol
o como arroyo de nadie sabido
así marchando entre un fin y un comienzo
y como sin edad o como en sueño
Aquéllos que la amaron no la encuentran,
el que la vio la cuenta por fábula
y su lengua olvidó todos los nombres
y sólo en su oración dice el del Unico.

Yo que la cuento ignoro su camino
y su semblante de soles quemado,
no sé si la sombrean pino o cedro
ni en qué lengua ella mienta a los extraños.

Tanto quiso olvidar que ya ha olvidado.
Tanto quiso mudar que ya no es ella,
tantos bosques y ríos se ha cruzado
que al mar la llevan ya para perderla,
y cuando me la pienso, yo la tengo,
y le voy sin descanso recitando
la letanía de todos los nombres
que me aprendí, como ella vagabunda;
pero el Angel oscuro nunca, nunca,
quiso que yo la cruce en los senderos.

Y tanto se la ignoran los caminos
que suelo comprender, con largo llanto,
que ya duerme del sueño fabuloso,
mar sin traición y monte sin repecho,
ni dicha ni dolor, nomás olvido.

UNA PIADOSA

Quiero ver al hombre del faro,
quiero ir a la peña del risco,
probar en su boca la ola,
ver en sus ojos el abismo.
Yo quiero alcanzar, si vive,
al viejo salobre y salino.

Dicen que sólo mira al Este,
—emparedado que está vivo—
y quiero, cortando sus olas
que me mire en vez del abismo.

Todo se sabe de la noche
que ahora es mi lecho y camino:
sabe resacas, pulpos, esponjas,
sabe un grito que mata el sentido.

Está escupido de marea
su pecho fiel y con castigo,
está silbado de gaviotas
y tan albo como el herido
¡y de inmóvil, y mudo y ausente,
ya no parece ni nacido!

Pero voy a la torre del faro,
subiéndome ruta de filos
por el hombre que va a contarme
lo terrestre y lo divino,
y en brazo y brazo le llevo
jarro de leche, sorbo de vino...

Y él sigue escuchando mares
que no aman sino a sí mismos.
Pero tal vez ya nada escuche,
de haber parado en sal y olvido.

LA HUMILLADA

Un pobre amor humillado
arde en la casa que miro.
En el espacio del mundo,
lleno de duros prodigios,
existe y pena este amor,
como ninguno ofendido.

Se cansa cuanto camina,
cuanto alienta, cuanto es vivo,
y no se rinde ese fuego,
de clavos altos y fijos.

Junto con los otros sueños,
el sueño suyo Dios hizo
y ella no quiere dormir
de aquel sueño recibido.

La pobre llama demente
violento arde y no cansino,

sin tener el viento Oeste
sin alcanzar el marino,
y arde quieta, arde parada
aunque sea torbellino.

Mejor que caiga su casa
para que ella haga camino
y que marche hasta rodar
en el pastal o en los trigos.

Ella su casa la da
como se entrega un carrizo;
da su canción dolorida,
da su mesa y sus vestidos.

Pero ella no da su pecho
ni el brazo al fuego extendido,
ni la oración que le nace
como un hijo, con vagido,
ni el árbol de azufre y sangre
cada noche más crecido,
que ya la alcanza y la lame
tomándola para él mismo!

MUJER DE PRISIONERO

A Victoria Kent

Yo tengo en esa hoguera de ladrillos,
yo tengo al hombre mío prisionero.
Por corredores de filos amargos
y en esta luz sesgada de murciélago,
tanteando como el buzo por la gruta,
voy caminando hasta que me lo encuentro,
y hallo a mi cebra pintada de burla
en los anillos de su befa envuelto.

Me lo han dejado, como a barco roto,
con anclas de metal en los pies tiernos:
le han esquilado como a la vicuña
su gloria azafranada de cabellos.

Pero su Angel-Custodio anda la celda
y si nunca lo ven es que están ciegos.
Entró con él al hoyo de cisterna;
tomó los grillos como obedeciendo;
se alzó a coger el vestido de cobra,
y se quedó sin el aire del cielo.

El Angel gira moliendo y moliendo
la harina densa del más denso sueño;
le borra el mar de zarcos oleajes,
le sumerge una casa y un viñedo,
y le esconde mi ardor de carne en llamas,
y su esencia, y el nombre que dieron.

En la celda, las olas de bochorno
y frío, de los dos, yo me las siento,
y trueque y turno que hacen y deshacen,
de queja y queja los dos prisioneros
¡y su guardián nocturno ni ve ni oye
que dos espaldas son y dos lamentos!

Al rematar el pobre día nuestro,
hace el Angel dormir al prisionero,
dando y lloviendo olvido imponderable
a puñados de noche y de silencio.
Y yo desde mi casa que lo gime
hasta la suya, que es dedal ardiendo,
como quien no conoce otro camino,
en lanzadera viva voy y vengo,
y al fin se abren los muros y me dejan
pasar el hierro, la brea, el cemento...

En lo oscuro, mi amor que come moho
y telarañas, cuando es que yo llego,
entero ríe a lo blanquidorado;
a mi piel, a mi fruta y a mi cesto.
El canasto de frutas a hurtadillas
destapo, y uva a uva se lo entrego;
la sidra se la doy pausadamente,
por que el sorbo no mate a mi sediento,
y al moverse le siguen —pajarillos
de perdición— sus grillos cenicientos.

Vuestro hermano vivía con vosotros
hasta el día de cielo y umbral negro:
pero es hermano vuestro, mientras sea
la sal aguda y el agraz acedo,
hermano con su cifra y sin su cifra,
y libre o tanteando en su agujero,
y es bueno, sí, que hablemos de él, sentados
o caminando, y en vela o durmiendo,
si lo hemos de contar como una fábula
cuando nos haga responder su Dueño.

Y cuando rueda la nieve los tejados
o a sus espaldas cae el aguacero,
mi calor con su hielo se pelea
en el pecho de mi hombre friolento:
él ríe entero a mi nombre y mi rostro
y al cesto ardiendo con que lo festejo,
¡Y puedo, calentando sus rodillas,
contar como David todos sus huesos!

Pero por más que le allegue mi hálito
y le funda su sangre pecho a pecho,
¡cómo con brazo arqueado de cuna
yo rompo cedro y pizarra de techos,
si en dos mil días los hombres sellaron
este panal cuya cera de infierno
más arde más, que aceites y resinas,
y que la pez, y arde mudo y sin tiempo!

NATURALEZA

AMAPOLA DE CALIFORNIA

A Eda Ramelli

Llama de la California
que sólo un palmo levantas
y en reguero de oro lames

las avenidas de hayas:
contra-amapola que llevas
color de miel derramada.

La nonada por prodigio,
unas semanas por dádiva,
y con lo poco que llevas,
igual que el alma, sobrada,
para rendir testimonio
y aupar acción de gracias.

En la palma apenas duras
y recoges, de tomada,
como unos labios sorbidos
tus cuatro palabras rápidas,
cuando te rompen lo erguido
y denso de la alabanza.

Californiana ardentía,
aguda como llamada,
con cuatro soplos de fuego
que das a la ruta pávida
a quien no sabes parar,
ni irte corriendo a su zaga.

Corre la ruta frenética
como la Furia lanzada,
y tú que quieres salvar
te quedas a sus espaldas,
ámbar nutriendo su arena,
substancia californiana.

Entre altos naranjales
y pomares que se exhalan,
tú no le guiñas al hambre
ni a la sed: no más alabas
con las cuatro lenguas vivas
y la abrasada garganta.

Alabas rasgando el día,
más a la siesta mediada,
y al soslayo de la tarde,

ya con las vistas cegadas,
tus hijos, como los cinco
sentidos, dicen y alaban.

¿Qué eres allí donde eres
y estás alta y arrobada
y de donde te abajaste
acortando gozo y llama?
¡Qué íntegra estabas arriba
sin ruta y sin invernada!

¡Pobre gloria tuya y mía
(pobre tu alma, pobre mi alma)
arder sin atizadura
e igual que acicateadas,
en una orilla del mundo,
caídas de nuestra Llama!

HALLAZGO DEL PALMAR*

Me hallé la mancha de palmeras.
Reina tan dulce no me sabía.
A la Minerva del pagano
o a la Vírgen se parecían.
Les dieron el mayor cielo
—de verlas tan dignas sería—
Les regalaron los veranos
y ramos de Epifanía;
y les dijeron que alimentasen
al Oriente y la raza mía.
Yo les gozaba, les gozaba
los cogollos de su alegría.
—Dénme el agua fina, les dije
y la miel de mi regalía
y la cuerda que dicen recia
y la cera que llaman pía
(el agua de otro bautismo,
la miel para amargo día,

* Se refiere a la palma de Chile, que produce una miel exquisita.

la cuerda de atar las fieras,
las ceras de mi agonía,
que me puedo morir de noche
y el alto cirio llega al día...)

Yo les hablaba como a madres
y el corazón se me fundía.
Yo me abrazaba a las cuelludas
y las cuelludas me cubrían.
Las palmeras en el calor
eran geíseres de agua viva;
se mecían sobre mi cuerpo
y con mi alma se mecían.

LA PIEDRA DE PARAHIBUNA

Entre hallazgos me encontré
la Piedra de Parahibuna.
La moja el primer rocío
y el sol primero la enjuga.
Ella retuesta los quiscos
y retuerce cacto y yuca.

Parece mi Cordillera
abajada, sierva y junta.
Parece Madre-Elefanta,
y el regazo que más dura
y la voz que más aúpa.
Parece el haz de una Gloria,
y el perdón de nuestras culpas,
y de lo ancha que es, la noche,
a ella no más arrebuja.

Buena para hacer la ofrenda
y alzar de lo alto su aleluya,
para encender una hoguera
u ofrecer desnudo un hijo
o morir dando el espíritu
de muerte aceptada y pura.

Niños blanquean sus faldas;
Rey que pasa la saluda;
la hebra de los indios muertos
hasta el alba se la rondan,
y mi desvelo la busca
y la halla, marchando ciego

MUERTE DEL MAR

A Doris Dana

Se murió el Mar una noche,
de una orilla a la otra orilla,
se arrugó, se recogió,
como manto que retiran.

Igual que albatros beodo
y que alimaña huida
hasta el último horizonte
con diez oleajes corría.

Y cuando el mundo robado
volvió a ver la luz del día,
él era un cuerno cascado
que al grito no respondía.

Los pescadores bajamos
a la costa envilecida,
arrugada y vuelta como
la vulpeja consumida.

El silencio era tan grande
que los pechos oprimía,
y la costa se sobraba
como la campana herida

Donde él bramaba, hostigado
del Dios que lo combatía,
y replicaba a su Dios
con saltos de ciervo en ira,

y donde mozos y mozas
se daban bocas salinas
y en trenza de oro danzaban
sólo el ruedo de la vida,

quedaron las madreperlas
y las caracolas lívidas
y las medusas vaciadas
de su amor y de sí mismas

Quedaron dunas-fantasmas
más viudas que la ceniza,
mirando fijas la cuenca
de su cuerpo de alegrías.

Y la niebla, manoseando
plumazones consumidas,
y tanteando albatros muerto,
rondaba como la Antígona.

Mirada huérfana echaban
acantilados y rías
al cancelado horizonte
que su amor no devolvía.

Y aunque el mar nunca fue nuestro
como cordera tundida,
las mujeres cada noche
por hijo se lo mecían.

Y aunque el sueño él volease
el pulpo y la pesadilla,
y al umbral de nuestras casas
los ahogados escupía,

de no oírle y de no verle
lentamente se moría,
y en nuestras mejillas áridas
sangre y ardor se sumían.

Con tal de verlo saltar
con su alzada de novilla,

jadeando y levantando
medusas y praderías,

con tal de que nos batiese
con sus pechugas salinas,
y nos subiesen las olas
aspadas de maravillas,

pagaríamos rescate
como las tribus vencidas
y daríamos las casas,
y los hijos y las hijas.

Nos jadean los alientos
como al ahogado en mina
y el himno y el peán mueren
sobre nuestras bocas mismas.

Pescadores de ojos fijos
le llamamos todavía,
y lloramos abrazados
a las barcas ofendidas.

Y meciéndolas meciéndolas,
tal como él se les mecía,
mascamos algas quemadas
vueltos a la lejanía,
o mordemos nuestras manos
igual que esclavos escitas.

Y cogidos de las manos,
cuando la noche es venida,
aullamos viejos y niños
como unas almas perdidas:

"¡Talassa, viejo Talassa,
verdes espaldas huidas,
si fuimos abandonados
llámanos a donde existas,

y si estás muerto, que sople
el viento color de Erinna

y nos tome y nos arroje
sobre otra costa bendita,
para contarle los golfos
y morir sobre sus islas".

OCOTILLO

Ocotillo de Arizona
sustentado en el desierto,
huesecillos requemados
crepitando y resistiendo
tantos gestos aventados
y, uno, y solo, y terco anhelo.

Por sus filos empolvados
sube un caldo de tormento.
En el viento va su lengua
como va el lebrel sediento,
y al remate está el descanso
del ansiar y del jadeo:
¡ocotillo refrescado
de su sangre, no del viento!

Rasa patria, raso polvo,
raso plexo del desierto;
duna y dunas enhebradas,
y hasta Dios, rasos los cielos,
todo arena voladora
y sólo él permaneciendo;
toda hierba consumada
y no más su grito entero.

Dice "¡no!" la vieja arena
y el blanquear del castor muerto,
y el anillo de horizonte
dice "¡no!" a su prisionero,
y Dios dice "¡si!" tan solo
por el ocotillo ardiendo.

¿A quién manda su palabra
que parece juramento?

¿A quién clama lo que pide
que será su refrigerio?
¿A quién llama todavía,
insistente como el eco?
Al nacer, ¿a quién llamó?
¿Y a quién mira y ve en muriendo?

Cuando pára y cae rota
la borrasca, y no hay senderos,
voy andando, voy llegando
a su magullado cuerpo
y lo oscuro y lo ofendido
yo le enjugo y enderezo
—como a aquél que me troncharon—
con la esponja de mi cuerpo,
y mi palma lo repasa
en sus miembros que son fuego.

PALMAS DE CUBA

Isla Caribe y Siboney,
tallo de aire, peana de arena,
como tortuga palmoteada,
de conjunciones de palmeras,
clara en los turnos de la caña,
sombría en discos de la ceiba.

Palmas reales doncelleando
a medio cielo y a media tierra,
por el ciclón arrebatadas
y suspendidas y devueltas.

Corren del Este hacia el Oeste.
Por piadosas siempre regresan.
El cielo habla a Siboney
por el cuello de las palmeras
y contesta la Siboney
con avalancha de palmeras.

Si no las hallo quedo huérfana,
Si no las gozo estoy aceda

Duermo mi siesta azuleada
de un largo vuelo de cigüeñas,
y despierto si me despiertan
con su silbo de tantas flechas.

Los palmares de Siboney
me buscan, me toman, me llevan
La palma columpia mi aliento;
de palmas llevo marcha lenta,
Tránsito y vuelo de palmeras
éxtasis lento de la Tierra.
Y en el sol acre, pasan, pasan,
y yo también pasé con ellas.
Y me llevan sus escuadrones
como es que lleva la marea
y me llevan ebria de viento
con las potencias como ebrias...

VERTIENTE

En el fondo de la huerta
mana una vertiente viva
ciega de largos cabellos
y sin espumas herida,
que de abajada no llama
y no se crece, de fina.

De la concha de mis manos
resbala, oscura y huida.
Por lo bajo que rebrota
se la bebe de rodillas,
y yo le llevo tan sólo
las sedes que más se inclínan:
la sed de las pobres bestias,
la de los niños, la mía.

En la luz ella no estaba
y en la noche no se oía,
pero desde que la hallamos
la oímos hasta dormidas,

porque desde ella se viene
como punzada divina,
o como segunda sangre
que el pecho no se sabía.

Era ella quien mojaba
los ojos de las novillas.
En la oleada de alhucemas
ella iba y venía
y hablaba igual que mi habla
que los pastos calofría.

No vino a saltos de liebre
bajando la serranía.
Subió cortando carbunclos,
mordiendo las cales frías.
La vieja tierra nocturna
le rebanaba la huida;
pero llegó a su querencia
con más viaje que Tobías...

(Al que manó sólo una
noche en el Huerto de Olivas
no lo miraron los troncos
ni la noche enceguecida,
y no le oyeron la sangre,
de abajada que corría.

Pero nosotras que vimos
esta agua de la acedía
que nos amó sin sabernos
y caminó dos mil días;
¿cómo ahora la dejamos
en la noche desvalida?
¿Y cómo dormir lo mismo
que cuando ella no se oía?)

NOCTURNOS

MADRE MIA

I

Mi madre era pequeñita
como la menta o la hierba;
apenas echaba sombra
sobre las cosas, apenas,
y la Tierra la quería
por sentírsela ligera
y porque le sonreía
en la dicha y en la pena.

Los niños se la querían,
y los viejos y la hierba,
y la luz que ama la gracia,
y la busca y la corteja.

A causa de ella será
este amar lo que no se alza,
lo que sin rumor camina
y silenciosamente habla:
las hierbas aparragadas
y el espíritu del agua.

¿A quién se la estoy contando
desde la Tierra extranjera?
A las mañanas la digo
para que se le parezcan:
y en mi ruta interminable
voy contándola a la Tierra.

Y cuando es que viene y llega
una voz que lejos canta,
perdidamente la sigo,
y camino sin hallarla.

¿Por qué la llevaron tan
lejos que no se la alcanza?
¿Y si me acudía siempre
por qué no responde y baja?

¿Quién lleva su forma ahora
para salir a encontrarla?
Tan lejos camina ella que
su aguda voz no alcanza.
Mis días los apresuro
como quien oye llamada.

II

Esta noche que está llena
de ti, sólo a ti entregada,
aunque estés sin tiempo tómala,
siéntala, óyela, alcánzala.
Del día que acaba queda
nada más que espera y ansia.

Algo viene de muy lejos,
algo acude, algo adelanta;
sin forma ni rumor viene
pero de llegar no acaba.
¿Y aunque viene así de recta
por qué camina y no alcanza?

III

Eres tú la que camina,
en lo leve y en lo cauta.
Llega, llega, llega al fin,
la más fiel y más amada.
¿Qué te falta donde moras?
¿Es tu río, es tu montaña?
¿O soy yo misma la que
sin entender se retarda?

No me retiene la Tierra
ni el Mar que como tú canta;
no me sujetan auroras
ni crepúsculos que fallan.

Estoy sola con la Noche,
la Osa Mayor, la Balanza,
por creer que en esta paz
puede viajar tu palabra
y romperla mi respiro
y mi grito ahuyentarla.

Vienes, madre, vienes, llegas,
también así, no llamada.
Acepta el volver a ver
y oír la noche olvidada
en la cual quedamos huérfanos
y sin rumbo y sin mirada.

Padece pedrusco, escarcha,
y espumas alborotadas.
Por amor a tu hija acepta
oír buho y marejada,
pero no hagas el retorno
sin llevarme a tu morada.

IV

Así, allega, dame el rostro,
y una palabra siseada.
Y si no me llevas, dura
en esta noche. No partas,
que aunque tú no me respondas
todo esta noche es palabra:
rostro, siseo, silencio
y el hervir la Vía Láctea.

Así... así... más todavía.
Dura, que no ha amanecido.
Tampoco es noche cerrada.

Es adelgazarse el tiempo
y ser las dos igualadas
y volverse la quietud
tránsito lento a la Patria.

V

Será esto, madre, di,
la Eternidad arribada,
el acabarse los días
y ser el siglo nonada,
y entre un vivir y un morir
no desear, de lo asombradas.
¿A qué más si nos tenemos
ni tardías ni mudadas?

¿Cómo esto fue, cómo vino,
cómo es que dura y no pasa?
No lo quiero demandar;
voy entendiendo, azorada,
con lloro y con balbuceo
y se funden las palabras
que me diste y que me dieron
en una sola y ferviente:
—"Gracias, gracias, gracias, gracias!"

CANTO QUE AMABAS

Yo canto lo que tú amabas, vida mía,
por si te acercas y escuchas, vida mía,
por si te acuerdas del mundo que viviste
al atardecer yo canto, sombra mía.

Yo no quiero enmudecer, vida mía,
¿Cómo sin mi grito fiel me hallarías?
¿Cuál señal, cuál me declara, vida mía?

Soy la misma que fue tuya, vida mía.
Ni lenta ni trascordada ni perdida.

Acude al anochecer, vida mía;
ven recordando un canto, vida mía,
si la canción reconoces de aprendida
y si mi nombre recuerdas todavía.

Te espero sin plazo y sin tiempo.
No temas noche, neblina ni aguacero.
Ven igual con sendero o sin sendero.
Llámame adónde eres, alma mía
y marcha recto hacia mí, compañero.

OFICIOS

HERRAMIENTAS

A Ciro Alegría

En el valle de mis infancias
en los Anáhuac y en las Provenzas,
con gesto duros y brillos dulces,
me miraron las herramientas
porque sus muecas entendiese
y el cuchicheo les oyera.

En montones como los hombres
encuclillados que conversan,
sordas de lodo, sonando arenas,
amodorradas pero despiertas,
resbalan, caen y se enderezan
unas mirando y otras ciegas.

Revueltas con los aperos,
trabados los pies de hierbas
trascienden a naranjo herido
o al respiro de la menta.
Cuando mozas brillan de ardores
y rotas son madres muertas.

Pasando ranchos de noche
topé con la parva de ellas
y las azoró mi risa
como un eco de aguas sueltas.

Echadas de bruces, sueñan
sus frías espaldas negras
o echadas como mujeres
lucen a la luna llena.

Topándome en la mejilla
afilada, las horquetas,
y un rastrillo masticando
toda la pradera muerta
las unas bailan de mozas,
las otras sueñan de viejas,
torcidas, rectas, bruñidas,
enmudecido coro: herramientas.

Persigno mis pies errantes
ajetreados como ellas
y con la azada más pura,
por que descansen y duerman
voy persignando mi pecho
y el alma que lo gobierna.

Toque a toque la azada viva
me mira y recorre entera,
y le digo que me dé,
al caer, la última tierra;
y con ternura de hermana
yo la suelto, ella me deja:
azul tendal, adormecido,
hermosura callada: herramientas.

MANOS DE OBREROS

Duras manos parecidas
a moluscos o alimañas;
color de humus o sollamadas

con un sollamo de salamandra,
y tremendamente hermosas
se alcen frescas o caigan cansadas.

Amasa que amasa los barros,
tumba y tumba la piedra ácida
revueltas con nudos de cáñamo
o en algodones avergonzadas,
miradas ni vistas de nadie
sólo de la Tierra mágica.

Parecidas a sus combos
o a sus picos, nunca a su alma;
a veces en ruedas locas,
como el lagarto rebanadas,
y después, Arbol-Adámico
viudo de sus ramas altas.

Las oigo correr telares;
en hornos las miro abrasadas
El yunque las deja entreabiertas
y el chorro de trigo apuñadas.

Las he visto en bocaminas
y en canteras azuladas
Remaron por mí en los barcos,
mordiendo las olas malas,
y mi huesa la harán justa
aunque no vieron mi espalda...

A cada verano tejen
linos frescos como el agua.
Después encardan y peinan
el algodón y la lana,
y en las ropas de los niños
y de los héroes, cantan.

Todas duermen de materias
y señales garabateadas.
Padre Zodíaco las toca
con el Toro y la Balanza.

¡Y cómo, dormidas, siguen
cavando o moliendo caña,
Jesucristo las toma y retiene
entre las suyas hasta el Alba!

RELIGIOSAS

ALMUERZO AL SOL

Bendícenos, el Padre,
el tendal del almuerzo.

Bendice el mediodía
blanco como el cordero
que a los dispersos trae
y va sentando en ruedo.

La gracia de la hora
dibuja el cerco
en mandando su rayo
preciso y recto
¡y se dora la tierra
de hombres y de alimentos!

Bendícenos la mesa
hija de siete huertos,
y de un trigal dorado
y un herbazal al viento;

Bendícenos la jarra
que abaja el cuello fresco,
la fruta embelesada,
la mazorca riendo,
y el café de ojo oscuro
que está empinado, viéndonos.

Las grecas de los cuerpos
bendígalas su Dueño;

ahora el brazo en alto,
ahora el pecho,
y la mano de siembras,
y la mano de riegos.

Si acaso somos dignos
de sentir, Padre Nuestro,
que pasas y repasas
la parva de alimentos.

Y si yantan en torno
boyadas y boyeros,
y ya bebió el cabrito
y el pájaro sediento.

Al mediodía, Padre,
en el azul acérrimo,
¡qué íntegro tu pecho
qué redondo tu reino!

EL REGRESO

Desnudos volveremos a nuestro Dueño,
manchados como el cordero
de matorrales, gredas, caminos,
y desnudos volveremos al abra
cuya luz nos muestra desnudos:
y la Patria del arribo
nos mira fija y asombrada.

Pero nunca fuimos soltados
del coro de las Potencias
y de las Dominaciones,
y nombre nunca tuvimos
pues los nombres son del Unico.

Soñamos madres y hermanos,
rueda de noches y días
y jamás abandonamos
aquel día sin soslayo.

Creímos cantar, rendirnos
y después seguir el canto;
pero tan sólo ha existido
este himno sin relajo.

Y nunca fuimos soldados,
ni maestros ni aprendices,
pues vagamente supimos
que jugábamos al tiempo
siendo hijos de lo Eterno.
Y nunca esta Patria dejamos,
y lo demás, sueños han sido,
juegos de niños en patio inmenso:
fiestas, luchas, amores, lutos.

Y la muerte fue mentira
que la boca silabeaba;
muertes en lechos o caminos,
en los mares o en las costas;
pequeñas muertes en que cerrábamos
ojos que nunca se cerraron.

Dormidos hicimos rutas
y a ninguna parte arribábamos,
y al Angel Guardián rendimos
con partidas y regresos.

Y los Angeles reían
nuestros dolores y nuestras dichas
y nuestras búsquedas y hallazgos
y nuestros pobres duelos y triunfos.

Caíamos y levantábamos,
cocida la cara de llanto,
y lo reído y lo llorado,
y las rutas y los senderos,
y las partidas y los regresos,
las hacían con nosotros,
el costado en el costado.

Mandaban y obedecíamos
con rostro iracundo o dichoso

y el arribo no llegaba
y unas dichas casquivanas
si asomaban, no descendían.

Y los oficios jadeados
nunca, nunca los aprendíamos:
el cantar, cuando era el canto,
en la garganta roto nacía

Y sólo en el sueño profundo
como en piedra santa dormíamos
y algo soñábamos que entendíamos
para olvidarlo al otro día...
Y recitábamos Padrenuestros
a los Angeles que sonreían.

De la jornada a la jornada
jugando a huerta, a ronda, o canto,
al oficio sin Maestro,
a la marcha sin camino,
y a los nombres sin las cosas
y a la partida sin el arribo
fuimos niños, fuimos niños,
inconstantes y desvariados.

Y baldíos regresamos,
¡tan rendidos y sin logro!
balbuceando nombres de "patrias"
a las que nunca arribamos
Y nos llamaban forasteros
¡y nunca hijos, y nunca hijas!

LAMPARA DE CATEDRAL

A Jacques y Raissa Maritain

La alta lámpara, la amante lámpara,
tantea el pozo de la nave
en unos buceos de ansia.
Quiere coger la tiniebla

y la tiniebla se adensa,
retrocede y se le hurta.

Parece el ave cazada
a la mitad de su vuelo
y a la que atrapó una llama
que no la quema ni suelta,
ni le consiente que vaya
sorteando las columnas,
rasando los capiteles.

Corazón de Catedral,
ni enclavado ni soltado,
grave o ligero de aceite,
brazo ganoso o vencido,
sólo válido si alcanza
el flanco hendido de Cristo,
el ángulo de su boca.

La sustenta un pardo aceite
que cuando ya va a acabarse,
para que ella al fin descanse,
alguien sube, alguien provee
y le devuelve todos sus ojos.

Vengo a ver cuando es de día
a la que no tiene día,
y de noche otra vez vengo
a la que no tiene noche.
¡Y cuando caigo a sus pies,
citas son, llantos, siseos,
su llamada de lo alto
mi fracaso en unas losas!

Caigo a sus pies y la pierdo,
y corriendo al otro ángulo
de la nave, por fin logro
sus sangrientos lagrimales.
Entonces, loca, la rondo,
y me da al pecho y me inunda
su lampo de aceite y sangre.

Vendría de hogar saqueado
y con las ropas ardiendo,
como yo, y ha rebanado
pies, y memoria, y regresos.
Tambaleando en humareda,
ebria de dolor y amor,
desollada danzaría
hasta que ya fue aupada.

Desde el hondón de la nave
oigo al Cristo prisonero,
que le dice: "Resta, dura".
"Ni te duelas ni te rindas,
y ningún relevo esperes".

Ni ella ni El tienen sueño,
tampoco muerte ni Paraíso.

MEMORIA DE LA GRACIA

Al Rev. Gabriel Méndez Plancarte

I

Cincuenta años caminando
detrás de la Gracia,
gracia de las dos Marías,
y de las dos Anas.

Cosa mejor que las albas,
y el golpe de ráfaga,
cayendo al pecho lo mismo
que niña azorada
y el instante diciendo ¡gracias!
y el asombro diciendo ¡gracias!

Me pasó por el costado
en niebla fugada;
en la piedra aguamarina
me echó la mirada.

La sospecho en rama sin
aire columpiada,
y su iris hecho y deshecho
de las cataratas.

Conozco a la fugitiva
por aire y espaldas,
el volar de sus cabellos
y la seña rápida;
y el juego que va jugando
de niña trocada;
y con diez nombres la llamo
por si uno la alcanza.

Dura lo que el parpadeo
o el habla siseada.
Me la gano de camino,
la pierdo, arribada,
o me suelto de ella cuando
ya iba a ser salva,
y sigo por soledades
de Ismael sin patria.

En otra parte yo fui
de ella amamantada.
Rondas trenzaron conmigo
sus manos de agua.
O la seguía lo mismo
que oveja cebada,
o me caía en el sueño
como ave cazada...

La miraba de hito en hito
y ella me miraba.
No había hora futura
ni hora pasada
y a nudo de madre e hija
eso se igualaba.

Tal vez se rompió en el mundo
primero la Gracia

y ahora cuesta jadeo
y sangre ganarla.
Mas sin ella me reseco
de rostro y entrañas,
y me vuelvo la cal muerta,
la fruta pisada.

II

Pero a veces tres cruzamos
los campos llamándola,
desde que cae la noche
al rasgón del alba.
Nuestra carrera conturba
a las desveladas
y se llenan de memoria
las desmemoriadas.

Como quien suelta a una Isla
de noche, las barcas,
porque de ella no se olviden
en mesa ni almohada,
yo le nombro a las dormidas
la Madre olvidada.
Una noche hablan la lengua
que con ella hablaban;
pero en despertando vuelven
a ser trascordadas.

PROCESION INDIA

Rosa de Lima, hija de Cristo
y Domingo el Misionero,
que sazonas a la América
con Sazón que da tu cuerpo:
vamos en tu procesión
con gran ruta y grandes sedes,
y con el nombre de "Siempre",
y con el signo de "Lejos".

Y caminamos cargando
con fatiga y sin lamento
unas bayas que son veras
y unas frutas que son cuento
el mamey, la granadilla,
la pitahaya, el higo denso.

Va la vieja procesión,
en anguila que es de fuego,
por los filos de los Andes
vivos, santos y tremendos,
llevando alpaca y vicuña
y callados llamas lentos,
para que tú nos bendigas
hijos, bestias y alimentos.

Polvo da la procesión
y ninguno marcha ciego,
pues el polvo se parece
a la niebla de tu aliento
y tu luz sobre los belfos
da zodíacos ardiendo.

De la sierra embalsamada
cosas puras te traemos:
y pasamos voleando
árbol-quina y árbol-cedro,
y las gomas con virtudes
y las hierbas con misterios.

Santa Rosa de la Puna
y del alto ventisquero:
te llevamos nuestras marchas
en collares que hace el tiempo;
las escarchas que da Junio,
los rescoldos que da Enero.
De las puertas arrancamos
a los mozos y a los viejos
y en la cobra de la sombra
te llevamos a los muertos.

Abre, Rosa, abre los brazos,
alza tus ojos y venos.
Llama aldeas y provincias:
haz en ellas el recuento
¡y se vean las regiones
extendidas en tu pecho!

El anillo de la marcha
nunca, Madre, romperemos
en el aire de la América
ni en el abra de lo Eterno.
Al dormir tu procesión
continúe en nuestro sueño
y al morirnos la sigamos
por los Andes de los Cielos.

VAGABUNDAJE

PUERTAS

Entre los gestos del mundo
recibí el que dan las puertas.
En la luz yo las he visto
o selladas o entreabiertas
y volviendo sus espaldas
del color de la vulpeja.
¿Por qué fue que las hicimos
para ser sus prisioneras?

Del gran fruto de la casa
son la cáscara avarienta.
El fuego amigo que gozan
a la ruta no lo prestan.
Canto que adentro cantamos
lo sofocan sus maderas
y a su dicha no convidan
como la granada abierta:
¡Sibilas llenas de polvo,
nunca mozas, nacidas viejas!

Parecen tristes moluscos
sin marea y sin arenas.
Parecen, en lo ceñudo,
la nube de la tormenta.
A las sayas verticales
de la Muerte se asemejan
y yo las abro y las paso
como la caña que tiembla.

"¡No!", dicen a las mañanas
aunque las bañen, las tiernas.
Dicen "¡No!" al viento marino
que en su frente palmotea
y al olor de pinos nuevos
que se viene por la Sierra.
Y lo mismo que Casandra,
no salvan aunque bien sepan:
porque mi duro destino
él también pasó mi puerta.

Cuando golpeo me turban
igual que la vez primera.
El seco dintel da luces
como la espada despierta
y los batientes se avivan
en escapadas gacelas.
Entro como quien levanta
paño de cara encubierta,
sin saber lo que me tiene
mi casa de angosta almendra
y pregunto si me aguarda
mi salvación o mi pérdida.

Ya quiero irme y dejar
el sobrehaz de la Tierra,
el horizonte que acaba
como un ciervo, de tristeza,
y las puertas de los hombres
selladas como cisternas.
Por no voltear en la mano
sus llaves de anguilas muertas

y no oírles más el crótalo
que me sigue la carrera.

Voy a cruzar sin gemido
la última vez por ellas
y a alejarme tan gloriosa
como la esclava liberta,
siguiendo el cardumen vivo
de mis muertos que me llevan.
No estarán allá rayados
por cubo y cubo de puertas
ni ofendidos por sus muros
como el herido en sus vendas.

Vendrán a mí sin embozo,
oreados de luz eterna.
Cantaremos a mitad
de los cielos y la tierra.
Con el canto apasionado
heriremos puerta y puerta
y saldrán de ellas los hombres
como niños que despiertan
al oír que se descuajan
y que van cayendo muertas.

RECADO TERRESTRE

Padre Goethe que estás sobre los cielos
entre los Tronos y Dominaciones
y duermes y vigilas con los ojos
por la cascada de tu luz rasgados:
si te liberta el abrazo del Padre,
rompe la Ley y el cerco del Arcángel,
y aunque te den como piedra de escándalo,
abandona los coros de tu gozo,
bajando en ventisquero derretido
o albatros libre que llega devuelto.

Parece que te cruza, el Memorioso,
la vieja red de todas nuestras rutas

y que te acuden nombres sumergidos
para envolverte en su malla de fuego:
Tierra, Deméter, y Gea Prakriti.
Tal vez tú nos recuerdes como a fábula
y, con el llanto de los trascordados,
llores recuperando al niño tierno
que mamó leches, chupó miel silvestre,
y quebró conchas y aprendió metales.

Tú nos has visto en hora de sol lacio
y el Orión y la Andrómeda disueltos
acurrucarnos bajo de tu cedro,
parecidos a renos atrapados
o a bisontes cogidos del espanto.

Somos, como en tu burla visionaria,
la gente de la boca retorcida
por lengua bífida, la casta ebria
del "sí" y el "no", la unidad y el divorcio,
aun con el Fraudulento mascullando
miembros tiznados de palabras tuyas.

Todavía vivimos en la gruta
la luz verde sesgada de dolo,
donde la Larva procrea sin sangre
y funden en Madrépora los pólipos.
Y hay todavía en grasas de murciélago
y en plumones morosos de lechuzas,
una noche que quiere eternizarse
para mascar su betún de tiniebla.

Procura distinguir tu prole lívida
medio Cordelia loca y medio Euménide.
Todo hallarás igual en esta gruta
nunca lavada de salmuera acérrima.
Y vas a hallar, Demiurgo, cuando marches,
bajo cubo de piedra, la bujeta
donde unos prueban mostaza de infierno
en bizca operación de medianoche.

Pero será por gracia de este día
que en el percal de los aires se hace

paro de viento, quiebro de marea.
Como que quieres permear la Tierra,
sajada en res, con tu río de vida,
y desalteras al calenturiento
y echas señales al apercibido.
Y vuela el aire un guiño de respuesta
un si-es no-es de albricias, un vilano,
y no hay en lo que llega a nuestra carne
tacto ni sacudida que conturben
sino un siseo de labio amoroso
más delgado que silbo: apenas habla.

PATRIAS

A Emma y a Daniel Cosío Villegas

Hay dos puntos en la Tierra
son Montegrande y el Mayab**.*
Como sus brocales arden
se les tiene que encontrar.

Hay dos estrellas caídas
a espinales y arenal;
nos las contaron por muertas
en cada piedra de umbral.
El canto que les ardía
nunca dejó de llamar,
y a más andamos, más crecen
como el padre Aldebarán.

Hay dos puntos cardinales:
Son Montegrande y el Mayab.
Aunque los ciegue la noche
¿quién los puede aniquilar?
y los dos alciones vuelan
vuelo de flecha real

* Montegrande, aldea del valle de Elqui (Chile)
** Mayab, nombre indígena de la península de Yucatán (México)

Hay dos espaldas en duelo
que un calor secreto dan,
grandes cervices nocturnas
tercas de fidelidad.
Las dos volvieron el rostro
para no mirar a Cam,
pero en oyendo sus nombres
las dos vuelven por salvar.

No son mirajes de arenas;
son madres en soledad.
Dieron el flanco y la leche
y se oyeron renegar.
Pero por si regresásemos
nos dejaron en señal,
los pies blancos de la ceiba
y el rescoldo del faisán.

Vamos, al fin, caminando
¡Montegrande y el Mayab!
Cuesta repechar el valle
oyendo burlas del mar.
Pero a más andamos, menos,

se vuelve la vista atrás.
La memoria es un despeño
y es un grito el recobrar.

Piedras del viejo regazo,
jades que ya van a hablar,
leños al soltar la llama
en mi aldea y el Mayab:
sólo estamos a dos marchas
y alientos de donde estáis.
Ya podéis secar el llanto
y salirnos a encontrar,
quemar las cañas del Tiempo
y seguir la Eternidad.

ADIOS

Adiós la tierra de dos años,
dorada como Epifanía

dulce de andar, dulce de ver,
y de tomar la vida mía
De ti me voy, también me voy
aunque restar bien me creía.

Adiós la tierra de cinco años,
Provenza sin melancolía,
alegre del claro aceite,
de felibres y romerías,

aunque te quiero sol y viento
y como joya me bruñías
tu padre-río ya lo dejo
aunque su silbo ya fuese mío.

Liguria matrona y doncella
donde tan dulce se dormía,
donde tan dulce se marchaba,
y sin accidia se vivía:
también me voy, también de ti
aunque fui tuya y eras mía.

DESPEDIDA

Ahora son los adioses
que por un golpe de viento
se allegan o parten;
así son todas las dichas.
Si Dios quiere vuelvo un día
de nuevo la cara
y no regreso si los rostros
que busco me faltan.

Así somos como son
cimbreando las palmas
apenas las junta el gozo
y ya se separan.

Gracias del pan, de la sal
y de la pitahaya,

del lecho que olía a mentas
y la noche "hablada".
La garganta más no dice
por acuchillada;
no ven la puerta los ojos
cegados de lágrimas.

ULTIMO ARBOL

A Oscar Castro

Esta solitaria greca
que me dieron en naciendo:
lo que va de mi costado
a mi costado de fuego;

Lo que corre de mi frente
a mis pies calenturientos;
esta Isla de mi sangre,
esta parvedad de reino,

Yo lo devuelvo cumplido
y en brazada se lo entrego
al último de mis árboles,
a tamarindo o a cedro.

Por si en la segunda vida
no me dan lo que ya dieron
y me hace falta este cuajo
de frescor y de silencio.

Y yo paso por el mundo
en sueño, carrera o vuelo,
en vez de umbrales de casas,
quiero árbol de paradero!

Le dejaré lo que tuve
de ceniza y firmamento,
mi flanco lleno de hablas
y mi flanco de silencio,

Soledades que me di,
soledades que me dieron,
y el diezmo que pagué al rayo
de mi Dios dulce y tremendo;

Mi juego de toma y daca
con las nubes y los vientos,
y lo que supe, temblando,
de manantiales secretos.

¡Ay, arrimo tembloroso
de mi Arcángel verdadero,
adelantado en las rutas
con el ramo y el ungüento!

Tal vez ya nació y me falta
gracia de reconocerlo,
o sea el árbol sin nombre
que cargué como a hijo ciego.

A veces cae a mis hombros
una humedad o un oreo
y veo en contorno mío
el cíngulo de su ruedo.

Pero tal vez su follaje
ya va arropando mi sueño
y estoy, de muerta, cantando
debajo de él, sin saberlo.

POEMA DE CHILE
(1967)

HALLAZGO

Bajé por espacio y aires
y más aires, descendiendo,
sin llamado y con llamada
por la fuerza del deseo,
y a más que yo caminaba
era el descender más recto
y era mi gozo más vivo
y mi adivinar más cierto,
y arribo como la flecha
éste mi segundo cuerpo
en el punto en que comienzan
Patria y Madre que me dieron.

¡Tan feliz que hace la marcha!
Me ataranta lo que veo,
lo que miro o adivino,
lo que busco y lo que encuentro;
pero como fui tan otra
y tan mudada regreso,
con temor ensayo rutas,
peñascales y repechos,
el nuevo y largo respiro
los rumores y los ecos.
O fue loca mi partida
o es loco ahora el regreso;
pero ya los pies tocaron
bajíos, cuestas, senderos,
gracia tímida de hierbas
y unos céspedes tan tiernos
que no quisiera doblarlos
ni rematar este sueño
de ir sin forma caminando
la dulce parcela, el reino
que me tuvo sesenta años
y me habita como un eco.

Iba yo, cruza-cruzando
matorrales, peladeros,
topándome ojos de quiscos

y escuadrones de hormigueros
cuando saltaron de pronto,
de un entrevero de helechos,
tu cuello y tu cuerpecillo
en la luz, cual pino nuevo.

Son muy tristes, mi chiquito,
las rutas sin compañero:
parecen largo bostezo,
jugarretas de hombre ebrio.
Preguntadas no responden
al extraviado ni al ciego
y parecen la Canidia
que sólo juega a perdernos.
Pero tú les sabes, sí,
malicias y culebreos...

Vamos caminando juntos
así, en hermanos de cuento,
tú echando sombra de niño,
yo apenas sombra de helecho...
(¡Qué bueno es en soledades
que aparezca un Angel-ciervo!)

Vuélvete, pues, huemulillo,
y no te hagas compañero
de esta mujer que de loca
trueca y yerra los senderos,
porque todo lo ha olvidado,
menos un valle y un pueblo.
El valle lo mientan "Elqui"
y "Montegrande" mi dueño.

Naciste en el palmo último
de los Incas, Niño-Ciervo,
donde empezamos nosotros
y donde se acaban ellos;
y ahora que tú me guías
o soy yo la que te llevo
¡qué bien entender tú el alma
y yo acordarme del cuerpo!

Bien mereces que te lleve
por lo que tuve de reino.
Aunque lo dejé me tumba
en lo que llaman el pecho,
aunque ya no lleve nombre
ni dé sombra caminando,
no me oigan pasar las huertas
ni me adivinen los pueblos.

Cómo me habían de ver
los que duermen en sus cerros
el sueño maravilloso
que me han contado mis muertos.
Yo he de llegar a dormir
pronto de su sueño mismo
que está doblado de paz,
mucha paz y mucho olvido,
allá donde yo vivía,
donde río y monte hicieron
mi palabra y mi silencio
y Coyote ni Coyote
hielos ni hieles me dieron.

¿Qué año o qué día moriste
y por qué cruzas sonámbula
la casa, la huerta, el río,
sin saberte sepultada?
Ve más lejos, sólo un poco
más, donde está tu morada,
al lugar adonde miras
y te retardas, quedada.
No respondas a los vivos
con voz rota y sin mirada.

Se murieron tus amigos,
te dejaron tus hermanas
y te mueres sin morir
de ti misma trascordada,
y sueles interrogarnos
sobre tu nombre y tu patria.

Llegas, llegas a nosotros
desde una estrella ignorada,
preguntando nuestros nombres,
nuestro oficio, nuestras casas.
Eres y no eres; callamos
y partes, sin dar, hermana,
tu patria y tu nombre nuevos,
tu Dios y tu ruta larga,
para alcanzar hasta ellos,
hermana perdida, Hermana.

EN TIERRAS BLANCAS DE SED

En tierras blancas de sed
partidas de abrasamiento,
los Cristos llamados cactus
vigilan desde lo eterno.

Soledades, soledades,
desatados peladeros.
La tierra crispada y seca
se aparea con sus muertos,
y el espino y el espino
braceando su desespero,
y el chañar cociendo el fruto
al sol que se lo arde entero.

Y en el altozano y en
las quebradas como aperos
tirados como tendal,
tumbados de buhoneros,
aldeas y caseríos
llenos de roña y misterio

Locos repechos, bajadas
como para niño y ciervo,
pero apenas un bocillo
de pastos de trecho en trecho
y caseríos callados
a medio alzarse, de miedo,

bajo el viento que los lleva
y que los suelta en dos tiempos.

Y otras tierras desolladas
en Bartolomés inmensos,
de un costado desangradas,
del otro en tendido incendio.
Y otra y otra vez aldeas
acurrucadas, friolentas,
con techo de paja y
huyendo y permaneciendo.

Tienen sed el cabrerío,
el olivillo y la salvia,
el pasto de cortos dedos
y el cuarzo y el cuellecillo
de muchachito y el ciervo.
Miseria de higuera sola
azuleando higos cenceños
y de tunal en que araña
a tientas un rapazuelo
y de mujeres que vuelcan
las "gamelas" y los tiestos
y el umbral empedernido:
toda la Tierra y el cielo.

Claman ¡agua!, silabean
¡agua! durmiendo o despiertos.
La desvarían tumbados
o en pie, con substancia y miembros.
Y agua que les van a dar a
los tres entes pasajeros
con garganta que nos arde
y los costados resecos.

Cruzamos, pasamos, blancos
de puna y de polvo suelto,
del resuello de la Gea
y el sol blanco de ojo ciego
y repetimos los tres
callando, de pecho adentro;

Agua de Dios, un cadejo
de nube, un hilillo fresco.

El agua en sorbo o en hebra,
sonando su silabeo,
merced al hilo de agua
delgada, piedad de estero,
mejor que el oro y la plata
y el amor dado y devuelto.

No se me doble el huemul
al que le blanquea el belfo
y no me mire el diaguita
que me rompe su deseo.
Un poco más y ella salta
con sus ojos azulencos
y van a beber de bruces
con risadas de contento
más doblados que sus cuellos
iguales en ciervo y ciervo.

Se paran, o siguen y arden,
callan y laten enteros;
y el soplo que yo les doy
no les vale, de ser fuego...

Apunta sí el "ojo de agua",
ya en lo bajo del faldeo;
yo no sé, no, si es verdad
o mentira del deseo.
Está redondo y pefecto,
está en anillo pequeño;
brilla pequeñito y quieto
con dos párpados de hierba
y el ojo a nosotros vuelto
asombrado de sí mismo,
sin voz, pero con destello
milagro tardío y cierto.

ATACAMA

En arribando a Coquimbo
se acaba el Padre-desierto

queda atrás como el dolor
que nos mordió mucho tiempo,
queda con nuestros hermanos
que en prueba lo recibieron
y que después ya lo amaron
como ama sin ver el ciego.

El sol ya coció su piel
y olvidaron verdes huertos
como la mujer que olvida
amor feliz por infiernos
o el penitente que tumba

. . . . . .

No vuelvan atrás los ojos
pero guarden el recuerdo
de los que doblados tapan
sal parecida al infierno,
la hallan y la regustan
en el yantar, en el dejo,
y son como ella los hizo
de los pies a los cabellos,
y la terca sal los guarda
íntegros hasta de muertos.
¡Qué dura tiene la índole
sal sin ola y devaneo,
pero que noble los guardas
enteros después de muertos!

Vamos dejando el cascajo
y las arenas de fuego,
y vamos dando la cara
a olores que trae el viento
como que, apuntando el agua,
vuelva nuestro ángel devuelto.

LA CHINCHILLA

Te traje por andurriales,
dejando a la bien querida,

la Madre y Señora Ruta,
madre tuya y madre mía.
Ahora que hagas paciencia,
vamos siguiendo una huida.

—¿A quién, di, mama antojera,
rebuscas con picardía?

—Calla, calla, no la espantes:
por aquí huele a chinchilla.

—¡Oh! las mentaba mi madre;
pero esas tú no las pillas.
Pero ahora es el correr
y volar, ¡mírala, mírala!

—¿No la ves que va delante?
¡ay qué linda y qué ladina!

—Qué ves, di qué se te ocurre?

—Corre, corre, ¡es la chinchilla!

—Yo veo una polvareda
y tú como loca gritas.
Queda atrás que yo la sigo,
suéltame que ya la alcanzo.
¿Quién pierde cosa tan linda?
Calla, para, yo la atrapo.
Escapó, mírala, mírala,
ya se pierde en unas quilas
¡Que no se la logre un pícaro!
Es la chilena más linda.
Su bulto me lo estoy viendo
en las hierbas que palpitan.

—Tú la quieres y, ¿por qué
dejas que otros la persigan?

—Ja, ja, ja. Yo soy fantasma,
pero cuando era una viva,

nunca me tuve la suerte
de ser en rutas oída.
Tampoco en casas ni huertos.
¿Por qué tan triste me miras?

—Mira la raya que deja
sobre los trigos la huida.

—No rías tú, tal vez tienen
un ángel las bestiecitas.
¿Por qué no? ¿Como es, chiquito
que todavía hay hermana chinchilla?
Las hostigan y las cogen.
Quien las mira las codicia,
los peones, los chiquillos,
el zorro y la lobería.

—Oye, ¿la mentaste hermana?

—Sí, por el hombre Francisco
que hermanita le decía
a todo lo que miraba
y daba aliento u oía.

—Eso, eso me lo cuentas
largo y tendido otro día.
Ahora, mama, tengo pena
de no mirar cosa viva.
Tú caminas sin parar
y yo me pierdo lo que iba,
apenas me alcanzo a ver,
veo aguas y bestiecitas.

MONTAÑAS MIAS

En montañas me crié
con tres docenas alzadas.
Parece que nunca, nunca,
aunque me escuche la marcha,
las perdí, ni cuando es día

ni cuando es noche estrellada,
y aunque me vea en las fuentes
la cabellera nevada,
las dejé ni me dejaron
como a hija trascordada.

Y aunque me digan el mote
de ausente y de renegada,
me las tuve y me las tengo
todavía, todavía,
y me sigue su mirada.

A VECES, MAMA, TE DIGO...

—A veces, mama, te digo,
que me das un miedo loco.
¿Qué es eso, di, que caminas
de otra laya que nosotros
y, de pronto, ni me oyes
y hablas lo mismo que el loco
mirando y sin responder
o respondiendo a los otros?
¿Con quién hablas, dime, cuando
yo me hago el que duerme... y oigo?
Será con los animales,
la hierba o el viento loco.

—Porque todos están vivos
y a lo vivo les respondo.
También contesto a lo mudo,
por ser mis parientes todos.

—Ja, ja, ja, mama, la mama,
calla o me lo cuentas todo.

—Me llamaban "cuatro añitos"
y ya tenía doce años.
Así me mentaban, pues
no hacía lo de mis años:
no cosía, no zurcía,

tenía los ojos vagos,
cuentos pedía, romances,
y no lavaba los platos...
¡Ay! y, sobre todo, a causa
de un hablar así, rimado.

—¿Y qué más, qué más hacías?
¡Ve contando, ve contando!

—Me tenía una familia
de árboles, otra de matas,
hablaba largo y tendido
con animales hallados.
Todavía hablo con ellos
cuando te vas escapado.

Pero ellos contestan sólo
cuando no les haces daño.
No los hostigó mi Santo
Francisco y les dijo hermanos.

ANIMALES

En este revoloteo
nuestro y este toma y daca,
doblando helechos mojados
y quebrando gajos muertos,
vamos oyendo los dos
un ruido que no es confeso,
una carrerita corta,
un paro y un mastiqueo.

—Yo oigo, sí, pero se va
en cuantito que me allego...
Pero con el ruidecillo...
pasan, Mama, ojos con miedo.

—Le "apuntaste", pero tú
no sabes el nombre de eso.
Eso se llama el castor
y malo no es, sólo es feo.

Tiene más miedos que tú,
ocho miedos y diez celos.

—Mama, no te estés riendo
de mí. ¿Qué es eso de celo?

—Es don Castor marrullero,
o tal vez doña Castora
que ya tendrá críos nuevos
y que los cela de ruidos
y ojos que son traicioneros.

—Allá saltó, Mama. Párate,
que si corro me lo tengo.

—Sí es Castora y tiene críos,
no te allegues, te lo ruego.
Déjalo, novedosillo.
Ya lo viste. Donde apunte
debe tener la manada
y va a los suyos corriendo.

—Oyeme, indito, oye, Mío:
nunca mates lo que es madre
que amamanta bajo el cielo,
da su leche y acarrea
semillas y "comederos".

—No mataré, pero... Mama,
déjame ver el nidero.
¡Cosa nunca vista!
Y también son feos, mira,
y saltan y son pequeños.
Repite, Mama, su nombre.
Ahora ya no me lo tengo.
¿Todos se llaman lo mismo?
Ya los vi. Vámonos yendo.
Cas-tora, cas-tor. ¡Qué lindo
es mentar un nombre nuevo!
Y tú, ¿tienes otro nombre,
la Mama?

—Sí, el que me dieron
y el que me di de mañosa
y el nuevo me mató el viejo.
No averigües más. ¡Camina!
¿Tienes hambre? Se han quedado
muy atrás los piñoneros.
Trota más, para llegar...

VALLE DE ELQUI

Tengo de llegar al Valle
que su flor guarda el almendro
y cría los higuerales
que azulan higos extremos,
para ambular a la tarde
con mis vivos y mis muertos.

Pende sobre el Valle, que arde,
una laguna de ensueño
que lo bautiza y refresca
de un eterno refrigerio
cuando el río de Elqui merma
blanqueando el ijar sediento.

Van a mirarme los cerros
como padrinos tremendos,
volviéndose en animales
con ijares soñolientos,
dando el vagido profundo
que les oigo hasta durmiendo,
porque doce me ahuecaron
cuna de piedra y de leño.

Quiero que, sentados todos
sobre la alfalfa o el trébol,
según el clan y el anillo
de los que se aman sin tiempo
y mudos se hablan sin más
que la sangre y los alientos.

Estemos así y duremos,
trocando mirada y gesto
en un repasar dichoso
el cordón de los recuerdos,
con edad y sin edad,
con nombre y sin nombre expreso,
casta de la cordillera,
apretado nudo ardiendo,
unas veces cantadora,
otras, quedada en silencio.

Pasan, del primero al último,
las alegrías, los duelos,
el mosto de los muchachos,
la lenta miel de los viejos;
pasan, en fuego, el fervor,
la congoja y el jadeo,
y más, y más: pasa el Valle
a curvas de viboreo,
de Peralillo a La Unión,
vario y uno y entero.

Hay una paz y un hervor,
hay calenturas y oreos
en este disco de carne
que aprietan los treinta cerros.
Y los ojos van y vienen
como quien hace el recuento,
y los que faltaban ya
acuden, con o sin cuerpo,
con repechos y jadeados,
con derrotas y denuedos.

A cada vez que los hallo,
más rendidos los encuentro.
Sólo les traigo la lengua
y los gestos que me dieron
y, abierto el pecho, les doy
la esperanza que no tengo.

Mi infancia aquí mana leche
de cada rama que quiebro

y de mi cara se acuerdan
salvia con el romero
y vuelven sus ojos dulces
como con entendimiento
y yo me duermo embriagada
en sus nudos y entreveros.

Quiero que me den no más
el guillave de sus cerros
y sobar, en mano y mano,
melón de olor, niño tierno,
trocando cuentos y veras
con sus pobres alimentos.

Y, *si de pronto mi infancia*
vuelve, salta y me da al pecho,
toda me doblo y me fundo
y, como gavilla suelta,
me recobro y me sujeto,
porque ¿cómo la revivo
con cabellos cenicientos?

Ahora ya me voy, hurtando
el rostro, por que no sepan
y me echen los cerros ojos
grises de resentimiento.

Me voy, montaña adelante,
por donde van mis arrieros,
aunque espinos y algarrobos
me atajan con llamamientos,
aguzando las espinas
o atravesándome el leño.

EL CUCO

La siesta de los cinco años
el Cuco me la punteaba.
El no volaba mi rostro
ni picoteaba mi espalda.

Yo no sé de dónde el tierno
sus dos sílabas mandaba
o las dejaba caer
de alguna escondida rama.
Pero a la siesta, a la siesta,
esas dos me adormilaban,
dos no más; pero insistentes
como burlona llamada...
Y la lana de mi sueño
ya era lana agujereada...
Y la mata de mi sombra
se abría de su lanzada.

Cuco-Cuco al mediodía,
y en la tarde ensimismada,
Cuco-Cuco a medio pecho,
Cuco-Cuco a mis espaldas.
¿Por qué no ponía nunca
otra sílaba inventada?

Cuco pico entrometido,
Cuco nieto de un solo árbol,
siempre en una misma rama
y nunca de ella abajado,
Cuco ni blanco ni rojo,
ni azul. ¡Pobre Cuco pardo!

Ya no duermo bajo árbol
que tenga Cuco en las ramas
ni al sol ni a la luna juegan
conmigo las que jugaban.
Burladas y burladoras
en los trances de la danza.

Pero donde es Montegrande
nunca se rompió la danza
ni el Cuco falló a la cita
en higuerales ni chacras,
¡ni a mí me faltó al dormir
el Cuco de mis infancias!

HUERTA

—Niño, tú pasas de largo
por la huerta de Lucía,
aunque te paras, a veces,
por cualquiera nadería.

¿Que le miras a esa mata?
Es cualquier pasto. ¡Camina!

—¿Qué? es la huerta de Lucía.
Tan chica, mama, y sin árboles.
¿Qué haces ahí, mira y mira?
Esa vieja planta todo.
Por vieja, tendrá manías.

—Tontito mío. Es la albahaca.
¡Qué buena! ¡Dios la bendiga!

—Pero si no es más que pasto,
mama. ¿Por qué la acaricias?

—Le oí decir a mi madre
que la quería y plantaba
y la bebía en tisana,
le oí decir que alivia
el corazón, y eran ciertas
las cosas que ella nos contaba.

—¿Por qué entonces no la coges?

—Chiquito, soy un fantasma
y los muertos, ya olvidaste,
no necesitan de nada.

—¡Ay, otra vez, otra vez
me dices esa palabra!

—¿Cómo te respondo entonces
a tantas cosas que me hablas?

—Mama, oye: algunas veces
me lo creo, otras veces, nada...

Me dices que te moriste
pero hablas tal como hablabas,
Cuando voy solo y con miedo,
siempre vienes y me alcanzas,
casi nada has olvidado
¡y caminas tan ufana!
¿Por qué te importan, por qué
todavía hasta las plantas?

—Chiquito, yo fui huertera.
Este amor me dio la mama.
Nos íbamos por el campo
por frutas o hierbas que sanan.
Yo le preguntaba andando
por árboles y por matas
y ella se los conocía
con virtudes y con mañas.

Por eso te atajo cuando
te allegas a hierbas malas.
Esta Patria que nos dieron
apenas cría cizañas,
gracias le daba al Señor
por todo y por esta hazaña.
Le agradecía la lluvia,
el buen sol, la trebolada,
la lluvia, la nieve, el viento
norte que nos trae el agua.
Le agradecía los pájaros,
la piedra en que descansaba,
y el regreso del buen tiempo.
Todo lo llamaba "gracia".

—¿Gracia? ¿Qué quiere decir?

EL MAR

—Mentaste, Gabriela, el Mar
que no se aprende sin verlo
y esto de no saber de él

y oírmelo sólo en cuento,
esto, mama, ya duraba
no sé contar cuánto tiempo.
Y así de golpe y porrazo,
él, en brujo marrullero,
cuando ya ni hablábamos de él
apareció en loco suelto.

Y ahora va a ser el único:
Ni viñas ni olor de pueblos,
ni huertas ni araucarias,
sólo el gran aventurero.
Déjame, mama, tenderme,
para, para, que estoy viéndolo.
¡*Qué cosa bruja, la mama!*
y hace señas entendiendo.
Nada como ése yo he visto.
Para, mama, te lo ruego.
¿Por qué nada me dijiste
ni dices? Ay, dime, ¿es cuento?

—Nadie nos llamó de tierra
adentro: sólo éste llama.
—¡Qué de alboroto y de gritos
que haces volar las bandadas!
Calla, quédate, quedemos,
échate en la arena, mama.
Yo no te voy a estropear
la fiesta, pero oye y calla.

¡Ay, qué feo que era el polvo,
y la duna qué agraciada!

—Echate y calla, chiquito,
míralo sin dar palabra.
Oyele él habla bajito,
casi casi cuchicheo.

—Pero, ¿qué tiene, ay, qué tiene
que da gusto y que da miedo?
Dan ganas de palmotearlo

braceando de aguas adentro
y apenas abro mis brazos
me escupe la ola en el pecho.
Es porque el pícaro sabe
que yo nunca fui costero.
O es que los escupe a todos
y es Demonio. Dilo luego.

Ay, mama, no lo vi nunca
y, aunque me está dando miedo,
ahora de oírlo y verlo,
me dan ganas de quedarme
con él, a pesar del miedo,
con él, nada más, con él,
ni con gentes ni con pueblos.
Ay, no te vayas ahora,
mama, que con él no puedo.
Antes que llegue, ya escupe
con sus huiros el soberbio.

—Primero, óyelo cantar
y no te cuentes el tiempo.
Déjalo así, que él se diga
y se diga como un cuento.

El es tantas cosas que
ataranta a niño y viejo.
Hasta es la canción de cuna
mejor que a los niños duerme.
Pero yo no me la tuve,
tú tampoco, mi pequeño.
Míralo, óyelo y verás:
sigue contando su cuento.

PALMAS DE OCOA

Recto caminamos como
los que llevan derrotero,
según volaba la flecha
del indio, loca de cielo

por el país que parece
dulce corredor eterno.
Pero va llegando ahora
un llamado, un palmoteo.

Son las palmeras de Ocoa
lo que se viene en el viento,
son unas hembras en pie,
altas como gritos rectos,
a la hora de ir cayendo
en el mes de su saqueo,
y las demás dando al aire
un duro y seco lamento.
Y son heridas que manan
miel de los flancos abiertos,
y el aire todo es ferviente
y dulce es, y nazareno,
por las reinas alanceadas
que aspiramos y no vemos.

Caminamos respirándolas
la mujer, el indio, el ciervo,
y llorándolas los tres
de amor y duelo diversos.

El que más sabe es el indio;
el que oye mejor, el ciervo;
y yo trato en estos hijos
por gracia de ambos, sabiendo.

MONTE ACONCAGUA

Yo he visto, yo he visto
mi monte Aconcagua.
Me dura para siempre
su loca llamarada
y desde que le vimos
la muerte no nos mata.
Manda la noche grande,
suelta las mañanas,

se esconde en las nubes,
bórrase, acaba...
y sigue pastoreando
detrás de la nubada.

Parado está en el sueño
de su cuerpo y de su alma,
ni sube ni desciende,
de lo absorto no avanza;
su adoración perenne
no se rinde y relaja,
pero nos pastorea
con lomos y llamarada
aunque le corran cuatro
metales las entrañas.
La sombra grave y dulce
rueda como medalla;
ella cae a las puertas,
las mesas y las caras,
los ojos hace amianto,
los dorsos vuelve plata,
conforta, llama, urge,
nos aúpa y abrasa,
Elías, carro ardiendo
¡Monte Aconcagua!

Cebrea los pastales,
tornea las manzanas,
enmiela los racimos,
enjoroba las parvas,
hace en turno de Jove,
tempestad y bonanzas
cuenta y recuenta hijos
y de contar no acaba...

Le aguardan espinales
a la primer jornada;
después, salvias y boldos
con reveses de plata,
y a más y a más que sube
el pecho se le aclara:

arrebatado Elías,
¡Elohim Aconcagua!

A veces las aldeas
son de su ardor mesadas
y caen desgranándose
en uvas rebanadas.
Mas nunca renegamos
su pecho que nos salva,
parece sueño nuestro,
parece fábula
el que tras de las nubes
su rostro guarda.
¡Elohim abrasado,
viejo Aconcagua!

Yo veo, yo veo,
mi Padre Aconcagua
de nuestro claro arcángel
desciende toda gracia.
Ya se oyen sus cascadas,
por las espumas blancas
la madre mía baja
y después se va yendo
por faldas y quebradas.
¡Demiurgo que nos haces,
viejo Aconcagua!

Di su nombre, dilo a voces
para que te ensanche el pecho
y te labre la garganta
y se te baje a los sueños.
Aconcagua "padre de aguas",
Aconcagua, duro gesto,
besado del Dios eterno
y del arrebol postrero.
Algo ha en tus manos, algo
que invoca por tus dos pueblos.
"Paz para los hombres, paz",
bendición para el pequeño
que está naciendo, dulzura
para el que muere...

VALLE DE CHILE

Al lindo Valle de Chile
se le conjuga en dos tiempos:
él es heroico y es dulce,
tal y como el viejo Homero;
él nunca muerde con soles
rojos ni con largos hielos,
él se apellida templanza,
verdor y brazos abiertos.

Para repasarlo, yo
que lo dejé, siempre vuelvo
a besarlo sobre el lago
mayor y el oscuro pecho
y me echa un vaho de vida
el respiro de sus huertos.

El da mieles a la palma,
funde su damasco denso
y le inventa doce tribus
al canon del duraznero
y al manzanar aureola
de un pudor de aroma lento.

Y las pardas uvas vuelve
lapislázuli, oros viejos,
tú, larga Gea chilena,
contra-Canidia, ojos buenos,
consumada al tercer día,
prefigurada en los Cielos.

JARDINES

—Mama, tienes la porfía
de esquivar todas las casas
y de entrarte por las huertas
a hurgar como una hortelana.
¿No sabes tú que tienen dueño
y te pondrá mala cara?

A huertos ajenos entras
"como Pedro por su casa".

—A unos enseñé a leer,
otros son mis ahijados
y todos por estos pastos
vivimos como hermanados,
y las santiaguinas sólo
me ven escandalizadas
y gritan —"¡Válgame Dios!"
o me echan perros de caza.
Pero pasaré de noche
por no verlas ni turbarlas.
¡Qué buenos que son los pobres
para ofrecer sopa y casa!

LUZ DE CHILE

¿Qué tendrán las piedras pardas
y los pedriscos y el légamo
que al más cascado lo llevan
alácrito de ardimiento?
Es como que el Valle hace
de camino y de viajero
y nos lleva liberados
de jornada y de aceceo.

La luz viva travesea
a donaire y devaneo
y da mirada de amante
rica de descubrimientos.
Prendidos a lo que amamos
vistas ni aromas perdemos
y por la luz que tuvimos
de muertos seguimos viendo.

Hermana loca la Ruta,
Madre Luz y Padre el Viento,
y tu Norte aventurero
no me faltéis que voy sola
con un huemul y un pergenio.

Lleva un lindo trotecito
el ciervo en Abel contento
y el Valle se nos anima
de sus locos corcoveos.

Por fin la sonrisa sube
al indio en corto chispeo
y a los tres ya no les pesa
el mundo que recibieron.

La luz del Valle Central
es la que nos da ardimiento,
hace ver el maizal
en muchachada que danza
y las melgas de frijoles
son un baile de muchachas.

Ella muda el nisperal
en cargazón de luceros;
de la higuera hace matrona
inmóvil por regadora;
de cada piedra hace otra
que es Reina y camina...

MANZANOS

La manzana como niña
se columpia en lo escondido
y su olor, de dulce y manso,
no arrebata los sentidos.
Huele a gracia y a bondad
cual la menta y el tomillo.
De lo dulce que comienza
para en mejilla de niño,
y juran los forasteros
que ella es lo mejor que hubimos.

Nos retiene todavía
el manzanar alto y fino,
será que se da con gusto

al que lo abaja sin ruido
y no le rompe la rama
ni lo agita y ataranta,
porque defiende los nidos.

—¿Sabes tú? Los extranjeros
nos disputan lo que hubimos
pero cubren de alabanzas
la manzana que les dimos.
Plántalas en cuanto crezcas,
no estarás arrepentido.

—Mama, repite otra vez
aquello, aquello que has dicho,
que vamos a tener todos
sí, sí, huerta..., o huertecillo.
Pero tanto tiempo dicen
eso mismo y no ha venido.

—Cree ahora a quien lo dice,
la huerta viene en camino.

—¿Camino?

—Sí, ya se acerca.
Está llegando, mi niño.

MANZANILLAS

Ellas cogen, cogen, cogen,
sin manos las manzanillas,
y son no más que juguetes
del aire, o no más que niñas.

Apenas dejan detrás
al viejo con lagrimeo,
apenas van don Invierno
a meterse en su agujero,
haciendo "las que son nada"
ni van a ser en el huerto,

se están viniendo, se vienen
y apuntan como en secreto.

Tan negra, tan fea y muda
que Mama-Tierra parece
y de donde irán subiendo
las que de pronto aparecen.
Ay, les torcimos el nombre
y ni llamadas se vienen.
Y cuelli-alzadas y atentas,
ya no miran ni se vuelven.
Cuando pasamos mentándolas
apenas si se estremecen.

Margaritas, margaritas,
no aquellas otras que huelen
y viven sólo en jardines
como quien todo merece.
Esas son las tuberosas
y son si acaso son parientes.
Las margaritas son estas
cuyas cabecitas juegan
como al irse y al volverse,
porque el aire que las tiene
no deja, no, que sosieguen.

—Pero ¿por qué, por qué, di,
toman su nombre las gentes?

—Las gentes, esas se nombran
así, así, por parecérseles.

—Mira, mío, qué ocurrencia
eso de hacerlas mujeres,
con nosotras nunca el aire,
ay, ay, así juguetea.

—Todos las cortan ¿por qué
tu niño no ha de cogerlas?

—Yo no he visto que las gentes
las pongan nunca en macetas.

—Déjalas. Bien basta que
Dios las siembre y las florezca.
Tanto le gustan a El
que en todas partes las siembra,
como un loco, Tata Dios
en el aire las volea.

—Si te paras, si paramos,
algún día, alguno, ¡ea!
las vamos a sembrar, mama,
al lado y lado en la huerta.

—No sembramos los fantasmas.

—¡Ah, de veras, pobrecita!
¿Lloras por eso? ¿Es que lloras?

—Sí, porque quise la Tierra
y no sembré...

CORDILLERA

I

Este día ya no digas
más, que me la sigo viendo
y se me van a quedar
en los ojos veinte cerros.
¡Es la Patrona Blanca
que da el temor y el denuedo!

—¿Por qué no se acuesta nunca
y no se baja? No entiendo.
Yo jugaría con ella,
con susto, pero riendo;
mas ella está encocorada
y nunca, nunca baja a vernos.
La grito por si responde
y apenas contesta el eco.

¿Y siempre va a estar así,
mama? ¿Por qué estás riendo?

—Porque a la vez, tú la quieres
y a la vez, le tienes miedo.
Dicen que el cordillerano
mamó leche de dos pechos,
el uno blando y florido,
el otro taimado y recio.
La madraza de ojos fijos
sólo les copiaba el gesto,
y el vendimiador contento
y el fatigado minero,
rostro dichoso tenían
contando en hijos sus cerros,
y yo bien me la tenía
en las veras y en los sueños.

—Mama, pero eso que no habla
¿cómo es que algo te decía?

—No eran palabras, con gestos
iba diciendo y diciendo...

—¡Qué cara pones, la mama,
y lloras y no es de miedo!
Y ahora a causa de ti
siempre voy a estarme viendo
lo mismo que tú, y a urdir
con ella veras y cuentos...

Aunque queremos la Ruta
varia, ardiente y novelera,
y al mar buscamos oír
el duro grito y la endecha,
pasa siempre que volvemos
el rostro a la Madre cierta.
Cuando decae la marcha
y la garganta jadea
y nos miramos, tú, Ciervo,
y yo, la apunta-senderos,

cae la vista rendida,
sin buscarlo, sin saberlo,
sobre aquella Dama Blanca
que mira y mira sin gestos,
y la divina y la fiel,
puro amor y seguimiento,
la mirada nos devuelve,
como amando y entendiendo.

—¿A ti te ha querido, a ti,
que me pones ese gesto?

—Tal vez. Eso parece
un sí y un no al mismo tiempo.

II

Andando va con nosotros
como un sueño verdadero,
casi tocando el costado
la dueña de nuestros cuerpos,
como una sola alma fiel
y con semblantes diversos.

Mirando recta hacia el niño,
haciendo señas al Ciervo,
y cerrándoseme a mí
en un nudo que le entiendo,
mi cordillera camina
con sus carnes y sus huesos.

Centaura y costumbre nuestra,
divina bestia sin tiempo,
aupada por el Espíritu
y abajada por los miembros,
así, entre Dios y nosotros,
existe en Pillán de fuego.

Cada uno de nosotros
la va ignorando y sabiendo;

le va hablando con la marcha
y con el entendimiento,
punzados y enardecidos
de su llameante arponeo.

Sin abajarse nos cubre,
lúcidos vuelve a los ciegos,
y en el tumbo de la sangre
nos amartillea el pecho:
alto yunque que nos hace
medio Arcángel, medio Hefesto.
Y así nos labra y nos urge
a filo de piedra y hielo.

Enderezados los tres
o sin alzar nuestros cuellos,
lo mismo la habemos como
al Dios de tactos inmensos:
la desvariamos dormidos
y la sabemos despiertos.

Su vertical nos retiene
o nos suben sus faldeos
que los tres le repechamos
en Pasión o regodeo.
Nunca la alcanzamos, pero
en el soñar la tenemos.

Vamos unidos los tres
y es que juntos la entendemos
por el empellón de sangre
que va de los dos al Ciervo
y la lanzada de amor que
nos devuelve, entendiendo,
cuando los tres somos uno
por amor o por misterio.

EL MAITEN

Donde empiecen humedades
de oscuros suelos de riego

y salte el primer maitén,
la siesta la dormiremos.
Mira el maitén, miraló,
diaguita labios sedientos.
En el verdor él es mozo,
en lo amparador, abuelo.
El entrega su verdor
como cascada en despeño
y en la siesta vale más
que alerce y que piñonero.

Mira el maitén embobado
el hijito del desierto
y la bestezuela mueve
el rabo en caracoleo.

GARZAS

Quiere la gana de algunas
que en mi conflicto de garzas
yo me olvide de la gris
y me quede con la blanca,
pero tengo tentación
de quedar con la agrisada.
Tanto, tanto, tanto vi.
Vendrá mi hastío del blanco
de mis nieves apuradas;
vendrá de que en palomares
mimo siempre a la azulada;
vendrá de que el gris-azul
me acaricia la mirada.
Pero la blanca se tiene
tanta leyenda dorada
tanto la han cantado que
la van volviendo sagrada.
Y ya me cansa de fría,
de perfecta y de alabada.

FRUTAS

El Valle Central está,
como los mostos, ardiendo

de pomar, de duraznales
y brazos de cosecheros
a trabazones de olores,
coloración y fermentos.

Los tendales de la fruta
llaman con verdes sangrientos
y a golpes de olor confiesan
los pomares y el viñedo,
y frutillares postrados
sueltan por el entrevero
un trascender que enternece
por lo sutil y lo denso.

Todo se mueve en un vaho
que nos pone el andar lento
por ver y por aspirar
en lo emboscado o confeso
y atisbar rostros y espaldas
volteados, de cosecheros.

Los troncos parecen vivos
de mozuelos y mozuelas
que trepan y que despojan
a saltos y a lagarteos.

Y los cestos van y vienen
con el peso y el arqueo
del vientre de nuestras madres
y son maravillamientos
la piel del albaricoque,
la pera, la piña al viento.

Lindas que pasan las granjas,
trascendedores los huertos;
pero nosotros no somos
ni señores ni pecheros
y nos vamos adentrando,
a maña y a manoteo,
en busca de hierbas locas,
altamisas y poleos,

en la greña y la maraña
por antojo nos perdemos,
entreabierto y pellizcando
pastos que no supo Homero.

CHILLAN

La ciudad de amansaderas,
curtidores y alfareros,
tiene tendones heridos
y un no sé qué de lo huérfano,
y a medio alzarse nos cuenta
de su tercer nacimiento.

El Volcán baja a buscarla
como quien busca su oreo.
Pero ella, que es mujer,
le hurta el abrazo tremendo,
y de todo tiempo dura
su amor sin aplacamiento.

El juega en todas las rondas,
vuelto niño de su tiempo.
Da a Eduardo su romance
y a Manuel sopla sus cuentos
y a Pablo le hace cantar
su más feliz canto nuevo.

El baja por no olvidar
la Cordillera,
la madraza araucaria,
la feria del chillanejo.

Y cuando baja, lo sigue
por la vertical del vuelo
Doña Isabel, y se adentra
por éste y el otro pueblo
donde un corro de mujeres
baila bailes de su tiempo;
y entre una y otra danza,

nos averigua si habemos
más pan, más leche y contento.
Y ahora le vamos a contar
que cunden cosas y puertos.

Doña Isabel se retarda,
Bernardo vuelve contento
y después, después, los dos
vuelven tejiendo el comento.

En la presencia callada
y viva, es el largo aliento
de uno que vive en
mundo como un sacramento
que en la caída nos alza
y en la lentitud da el vuelo.
El frecuenta a los ancianos
y llega a los nacimientos,
y acude a las bodas
y amortaja a nuestros muertos.

Por la feria de Chillán
donde rebrillan en cercos
maíces, volaterías,
riendas, estribos, aperos,
cruzaremos sin pararnos
y azuzados del deseo,
porque la que va en fantasma
voz no lleva ni dineros.

Arden eras chillanejas.
Todo Chillán es fermento.
Toda su tierra parece
ofrenda, fervor, sustento,
y salta una llamarada
que nos da a mitad del pecho.
Ternuras balbuceamos
al Padre, oídos abiertos,
y El mira y oye a sus tres
carrizos calenturientos.

Dejen que lo mire largo
en el último reencuentro,
que lo beba fijamente
hasta que imposible sea verlo
y que sus memorias vayan
bajando como en deshielo.

Por esta tierra que mira
con pestañas abrasadas
y unos barbechos de oro
y un trascender de retamas.

Encumbraría el Bernardo
cometas pintarrajeadas,
mestizo de ojos de lino,
hombros altos, cejas bravas.

Voces de doña Isabel
venían en la venteada.
Pero tirado en maíces
el mozo oía otras hablas,
la oreja puesta en la tierra
y la vista desvariada.
A otro grito el cimarrón
apenas se enderezaba,
y volvía a dar la oreja
a la greda y a las pajas
y a lo que ellas le decían.

Doña Isabel lo quería
suyo y lo mismo la Parda,
y el Bernardo entre las dos
como un junquillo temblaba.
La Parda se lo luchaba
y de vuelta, trascordado,
las dos sílabas mascaba
y sería de esa brega
la luz que lo iluminaba.

A DONDE ES QUE TU ME LLEVAS

¿A dónde es que tú me llevas
que nunca arribas ni paras?

O es, di, que nunca tendremos
eso que llaman "la casa"
donde yo duerma sin miedo
de viento, rayo y nevadas.
Si tú no quieres entrar
en hogares ni en posadas
¿cuándo es que voy a dormir
sin miedo de las iguanas
y cuándo voy a tener
cosa parecida a casa?
Parece, Mama, que tú
eres la misma venteada...

—Si no me quieres seguir
¿por qué no dijiste nada?
Yo te he querido dejar
en potrerada o en casa
y apenas entras por éstas
te devuelves y me alcanzas
y tienes miedo a las gentes
que te dicen bufonadas
y en las ciudades te azoran
los rostros y las campanas.

—Es que yo quiero quedarme
contigo y tú nunca paras.

Di siquiera a dónde vamos
a llegar. ¿Es en montañas
o es en el mar? Dilo, Mama.

—Te voy llevando a lugar
donde al mirarte la cara
no te digan como nombre
lo de "indio pata rajada",
sino que te den parcela
muy medida y muy contada.
Porque al fin ya va llegando
para la gente que labra
la hora de recibir
con la diestra y con el alma.

Ya camina, ya se acerca,
feliz y llena de gracia.

CAMPESINOS

Todavía, todavía
esta queja doy al viento:
los que siembran, los que riegan,
los que hacen podas e injertos,
los que cortan y cargan
debajo de un sol de fuego
la sandía, seno rosa,
el melón que huele a cielo,
todavía, todavía
no tiene un "canto de suelo".

De tenerlo, no vagasen
como el vilano en el viento,
y de habérmelo tenido
yo no vagase como ellos,
porque nací, te lo digo,
para amor y regodeo
de sembrar maíz que canta,
de celar frutillas lento
o de hervir, tarde a la tarde,
arropes sabor de cielo.

Pero fue en vano de niña
la pela y el asoleo,
y en vano acosté racimos
en sus cajitas de cuento,
y en vano celé las melgas
de frutillares con dueño...
porque mis padres no hubieron
la tierra de sus abuelos,
y no fui feliz, cervato,
y lo lloro hasta sin cuerpo,
sin ver las doce montañas
que me velaban el sueño,
y dormir y despertar

con el habla de cien huertos
y con la sílaba larga
del río adentro del sueño.

REPARTO DE TIERRA

Aún vivimos en el trance
del torpe olvido y el gran silencio,
entraña nuestra, rostros de bronce,
rescoldo del antiguo fuego,
olvidadosos como niños
y absurdos como los ciegos.

Aguardad y perdonadnos.
Viene otro hombre, otro tiempo.
Despierta Cautín, espera Valdivia,
del despojo regresaremos
y de los promete-mundos
y de los don Mañana-lo-haremos.

El chileno tiene brazo
rudo y labio silencioso.
Espera a rumiar tu Ercilla,
indio que mascas recuerdos
allí en tu selva madrina.
Dios no ha cerrado sus ojos,
Cristo te mira y no ha muerto.

Yo te escribo estas estrofas
llevada por su alegría.
Mientras te hablo mira, mira,
reparten tierras y huertas.
¡oye los gritos, los "vivas"
el alboroto, la fiesta!

¿Te das cuenta? ¡Entiende, mira!
Es que reparten la tierra
a los Juanes, a los Pedros.
¡Ve correr a las mujeres!

BIO-BIO

—Paremos que hay novedad.
¡Mira, mira el Bío-Bío!

—¡Ah! mama, párate, loca,
para, que nunca lo he visto.
¿Y para dónde es que va?
No para y habla bajito,
y no me asusta como el mar
y tiene nombre bonito.

—¡No te acerques tanto, no!
Echate aquí, loco mío,
y óyelo no más.
Podemos quedar con él
una semana si quieres,
si no me asustas así.

—¿Cómo dices que se llama?
Repite el nombre bonito.

—Bío-Bío, Bío-Bío,
qué dulce que lo llamaron
por quererle nuestros indios.

—Mama, ¿por qué no me dejas
aquí, por si habla conmigo?
El casi habla. Si tú paras
y si me dejas contigo,
yo sabré lo que nos dice,
por si se me vuelve amigo.
¡Qué de malo va a pasarme,
Mama! Corre tan tranquilo.

—No, no chiquito, él ahoga,
a veces gente y ganados.
Oyelo, sí, todo el día,
loquito mío, antojero.

Yo no quiero que me atajen
sin que vea el río lento

que cuchichea dos sílabas
como quien fía secreto.
Dice Bío-Bío, y dícelo
en dos estremecimientos.
Me he de tender a beberlo
hasta que corra en mis tuétanos.

Poco lo tuve de viva;
ahora lo recupero
la eterna canción de cuna
abajada a balbuceo.
Agua mayor de nosotros,
red en que nos envolvemos,
nos bautizas como Juan,
y nos llevas sobre el pecho.

Lava y lava piedrecillas,
cabra herida, puma enfermo.
Así Dios "dice" y responde,
a puro estremecimiento,
con suspiro susurrado
que no le levanta el pecho.
Y así los tres le miramos,
quedados como sin tiempo,
hijos amantes que beben
el tu pasar sempiterno.
Y así te oímos los tres,
tirados en pastos crespos
y en arenillas que sumen
pies de niño y pies de ciervo.

No sabemos irnos, ¡no!
cogidos de tu silencio
de Angel Rafael que pasa
y resta y dura asistiendo,
grave y dulce, dulce y grave,
porque es que bebe un sediento...

Dale de beber tu sorbo
al indio y le vas diciendo

el secreto de durar
así, quedándose y yéndose,
y en tu siseo prométele
desagravio, amor y huertos.

Ya el Tolomí te vadea,
a braceadas de foquero;
los ojos del niño buscan
el puente que mata el miedo,
y yo pasaré sin pies
y sin barcaza de remos,
porque más me vale, ¡sí!
el alma que valió el cuerpo.

Bío-Bío, espaldas anchas,
con hablas de Abel pequeño:
corres tierno, gris y blando
por tierra que es duro reino.
Tal vez, estás, según Cristo,
en la tierra y en los cielos,
y volvemos a encontrarte
para beberte de nuevo...

—Dime tú que has visto cosas
¿hay otro más grande y lindo?

—No lo hay en tierra chilena,
pero hay unos que no he dicho,
hay más lejos unos lagos
que acompañan sin decirlo
y hacia ellos vamos llegando
y ya pronto llegaremos.

ARAUCANOS

Vamos pasando, pasando
la vieja Araucanía
que ni vemos ni mentamos.
Vamos, sin saber, pasando
reino de unos olvidados,

que por mestizos banales,
por fábula los contamos,
aunque nuestras caras suelen
sin palabras declararlos.

Eso que viene y se acerca
como una palabra rápida
no es el escapar de un ciervo
que es una india azorada.
Lleva a la espalda al indito
y va que vuela. ¡Cuitada!

—¿Por qué va corriendo, di,
y escabullendo la cara?
Llámala, tráela, corre
que se parece a mi mama.

—No va a volverse, chiquito,
ya pasó como un fantasma.
Corre más, nadie la alcanza.
Va escapada de que vio
forasteros, gente blanca.

—Chiquito, escucha: ellos eran
dueños de bosque y montaña
de lo que los ojos ven
y lo que el ojo no alcanza,
de hierbas, de frutos, de
aire y luces araucanas,
hasta el llegar de unos dueños
de rifles y caballadas.

—No cuentes ahora, no,
grita, da un silbido, tráela.

—Ya se pierde ya, mi niño,
de Madre-Selva tragada.
¿A qué lloras? Ya la viste,
ya ni se le ve la espalda.

Di cómo se llaman, dilo.

—Hasta su nombre les falta.
Los mientan "araucanos"
y no quieren de nosotros
vernos bulto, oírnos habla.
Ellos fueron despojados,
pero son la Vieja Patria,
el primer vagido nuestro
y nuestra primera palabra.
Son un largo coro antiguo
que no más ríe y ni canta.
Nómbrala tú, di conmigo:
brava-gente-araucana.
Sigue diciendo: cayeron.
Di más: volverán mañana.

Deja, la verás un día
devuelta y transfigurada
bajar de la tierra quechua
a la tierra araucana,
mirarse y reconocerse
y abrazarse sin palabras.
Ellas nunca se encontraron
para mirarse a la cara
y amarse y deletrear
sobre los rostros sus almas.

COPIHUES

Por lo denso y lo sombrío
de nuestra Madre la Selva,
pasan, pasan y repasan
como gnomos que la peinan,
unos golpes de color,
unos gestos y unas señas.
Sí, en lo denso y en lo oscuro
es como si fueran gestos.

—De veras y son de dos
colores, lo estoy viendo.
Mama, ¿qué son ellos, mama?

Para, para. ¿Por qué sigues?
Para, que yo quiero verlos.
Me dijiste que la selva
no da flores, sólo leños.
¡Y qué lindas que las da
de repente! Como un cuento.

—Eso no es árbol, eso es
el copihue, nada menos.

—¿Por qué no lo hallamos antes?
¡Ay! deja verlo, paremos.
Se puede cortarle un gajo
mama, sí, mama, paremos.

Tú te lo sabes contado.
La fiesta, la fiesta es verlo.

—No más, no cortes, no más.
¡Tantos hay por el sendero!

—¿Tú te sabes el camino
mama? Pero dime: ¿es cierto?

—Los hay, sí, los hay, mi loco
porfiado, "te lo prometo".
¿Es que no te lo sabías
por la canción que le hicieron?

—Canción, canción, yo no sé
apenas silbar... al viento.
Sílbalo, sílbalo tú.

—Para qué, si está silbando
desde ayer el mismo puelche
y te dio miedo, sí, sí.
Paremos ¿quieres? Verás
que te toma y te gobierna.

—¿Quieres decir, mama, que
a ese loco le obedeces?

—Tal vez, chiquito. Me gusta
caminar con él, seguirlo,
hablarle a trechos, decirle
viejas palabras mimosas.
El tiene cuarenta nombres
y uno le robé, sin miedo.

—¿Para qué, di, mama loca?

—Me lo hallé en tierras extrañas,
duro, juguetón, violento.
Las mujeres lo temían
como demonio de cuento;
a mí me doblaba el alma,
el respiro y el contento.

—¡Ay, mama! Será que es cierto
lo que de ti me dijeron.
Yo no lo quise creer
¡y era cierto, y era cierto!

¿Qué? Dilo, dilo, cuenta.

—Que tú eres mujer pagana,
que haces unos locos versos
donde no mientas, dijeron,
sino a la mar y a los cerros.

—¡Ja, ja, ja! Niño, parece
que todo lo que cruzamos
y todo lo que tenemos
y todo lo que alabamos
hemos de amarlo y lo amamos;
pero que no lo decimos
por locos o renegados.

—Mama, y no te aburres, di,
de caminar sin descanso
tierras ajenas, oyendo
ajenas lenguas y cantos.

No me canso, no, chiquito,
a todos perdí en marchando.
La montaña me aconseja,
el viento me enseña el canto
y el río corre diciendo
que va a la mar de su muerte,
como yo, loco y cantando.

ARAUCARIAS

Doce son de todo tiempo
las madres-araucarias
Cada leñador que cruza
quiere tumbar la parvada,
y halla que de la primera
mañana a la tarde canta
y hierve y bulle esta ronda
y nunca su canto para,
y las doce duran íntegras
por la gracia amadrinadas.
Cuando Dios repartió dones
y exhaló de sí la Gracia
y lento la fue exhalando
sobre el tendal de las plantas,
dicen que El hizo a la última
la más feliz de las dádivas
y la última de todas
fue nuestra Madre Araucaria.

Desde entonces hasta hoy,
los cuatro vientos proclaman
a todo el que va cruzando
que en el País de Extremo,
en lonja apenas montada,
vive la Madre y Señora
y Patrona Araucaria

—A ver si nos acostamos
y dormimos siesta mansa
si ella nos regala el sueño

de Jacob y la Agraciada
bajo la mirada fija
de Madraza Araucaria.

—Niño, no sé si son veras
o no son las que te cuento,
pero yo le creo más
a gañán que a faroleros.

Tiene Juan casa tan triste
que sueña y cree en sus sueños
y cuentos crea dormido
y cuentos también, despierto.

—Mama, todo lo que vos
estás contando es un cuento?

—A veces son grandes veras
y otras, humos frioleros.

—Dame, entonces, de los dos;
pero dime si eso es cuento.

—Sigamos, el niño mío,
con *el piano-sube-cielos*
acordándote de que él
inventa y regala sueños.
¿A qué trocar por licores
el falerno que te dieron,
si el corazón, que es tu vino,
arde dentro de tu pecho?

ISLAS AUSTRALES

En donde Chile cansado
por fin de rutas y espacio
quiere morir como todos,
gacela, coyote o ganso,
él empecinado aún
ojea acalenturado

la nidada de las islas
fuera de ley y de hallazgo;
pero se acabó su reino,
su voluntad y su mando,
y se queda en Puerto Montt,
como amante defraudado,
vencido el ojo de polvo,
una vez por fin exhausto.

¿Qué va a hacer el peregrino,
el trotamundos mirando
la danza de las cien islas
que ríen o están cantando?
Viene una aguda fragancia,
una incitación, de coro báquico de niñas
tiradas a la mar libre,
vírgenes pero embriagadas.
Yo no les sigo el canto,
maña, locura ni danza.
Todas ellas son hermanas,
pero por la niebla vaga
unas parecen figuras;
todas están bautizadas
y, como las Gracias, todas
son donosas y alocadas.

PATAGONIA

A la Patagonia llaman
sus hijos la Madre Blanca.
Dicen que Dios no la quiso
por lo yerta y lo lejana,
y la noche que es su aurora
y su grito en la venteada
por el grito de su viento,
por su hierba arrodillada
y porque la puebla un río
de gentes aforesteradas.

Hablan demás los que nunca
tuvieron Madre tan blanca,

y nunca la verde Gea
fue así de angélica y blanca
ni así de sustentadora
y misteriosa y callada.
¡Qué Madre dulce te dieron,
Patagonia, la lejana!
Sólo sabida del Padre
Polo Sur, que te declara,
que te hizo, y que te mira
de eterna y mansa mirada.

Oye mentir a los tontos
y suelta tu carcajada.
Yo me la viví y la llevo
en potencias y en mirada.

—Cuenta, cuenta, mama mía
¿es que era cosa tan rara?
Cuéntala aunque sea yerta
y del viento castigada.

Te voy a contar su hierba
que no se cansa ni acaba,
tendida como una madre
de cabellera soltada
y ondulando silenciosa,
aunque llena de palabras.
La brisa la regodea
y el loco viento la alza.
No hay niña como la hierba
en abajar bulto y hablas
cuando va llegando el puelche
como gente amotinada,
y silba y grita y aúlla,
vuelto solamente su alma.

DESPEDIDA

Ya me voy porque me llama
un silbo que es de mi Dueño,

llama con una inefable
punzada de rayo recto:
dulce-agudo es el llamado
que al partir le conocemos.

Yo bajé para salvar
a mi niño atacameño
y por andarme la Gea
que me crió contra el pecho
y acordarme, volteándola,
su trinidad de elementos.
Sentí el aire, palpé el agua
y la Tierra. Y ya regreso.

El ciervo y el viento van
a llevarte como arrieros,
como flechas apuntadas,
rápido, íntegro, ileso,
indiecito de Atacama,
más sabe que el blanco ciego,
y hasta dormido te llevan
tus pies de quechua andariego,
el Espíritu del aire,
el del metal, el del viento,
la Tierra Mama, el pedrisco,
el duende de los viñedos,
la viuda de las cañadas
y la amistad de los muertos.
Te ayudé a saltar las zanjas
y a esquivar hondones hueros.

Ya me llama el que es mi Dueño...

POEMAS INEDITOS

LA PALABRA

Desdeñarás tu verbo, el que no te ha aplacado;
no amarás como un hijo el canto que entregaste.
En cada uno de ellos, hombre, te traicionaste,
dijiste otro mensaje, y no el tuyo, sagrado.

Mejor expresa al alma del granado su fruta
de frenesí; mejor, la pluma azafranada
del faisán de oro, dice su Persia apasionada,
y mejor dice el polvo la gran sed de la ruta.

Y mejor, todavía, las madre-perlas, duras,
tornasoladas como los ojos de Proteo,
y la medusa que muda como el deseo,
dicen al mar y son sus fieles criaturas.

Hiciste tu palabra con tu carne más roja
y te dolió arrancar su almendra ensangrentada.
El canto fue la médula de tus huesos volteada;
pero, fuera de ti, tu canción es tu mofa.

No tiembla como tiembla tu boca con jadeo
y no entrega la rima tu entrechocar de dientes.
Se muere el canto, como la salamandra ardiente,
saliendo de tu entraña, torcida de deseo.

EVA

Con el cuerpo de Abel en el regazo,
se quedó en la mitad del paisaje.
El hijo desangrábase; ella supo
la rojez que salió de sus entrañas.

Gritó, gritó, sobre el llano extendido,
yacente en resplandor bajo la siesta.
La escucharon las rocas, como carne
que no puede acudir. Llegaron osos

y pequeños venados, que aspiraron
el olor nuevo como un humus áspero;
después, con grandes ojos,
mirando a Eva, echáronse a su lado.

Vino la noche, haciendo prodigioso
el mundo como gruta.
La madre estaba dentro de la noche
como una estalactita que en el pecho
otra cal de silencio sustentaba.

Llegó Adán junto a ella,
y, palpando, no supo
qué era la muerte, sino un gran pez suave
y esquivo, que saltaba de sus manos...

Salió el sol, como Abel resucitado.
Eva no levantaba su semblante,
mirando al hijo, que ahora le miraba
como las algas debajo del hielo.

Se pudrió Abel encima del regazo;
entero se rompió bajo sus ojos.
Ella lo abandonó como cualquiera
que ha caído en la tierra...

Lenta, en el paisaje
fue caminando como loba herida
y, contra el viento, huyendo
el olor de su pecho.

Por cien días
olió la corrupción sobre los valles
y odió el lecho de Adán. Anduvo errante
¡hasta que el mar saltó en el horizonte,
ancho de vida eterna!

¡Gritó, abriendo los brazos,
y le aventó los gajos de la muerte!

LA CASA DEL SEÑOR

I

Para la casa del Padre, que alzamos,
cede tu alerce tenaz, leñador,
dame tus pinos que intensos trascienden,
tus robles de más leal corazón

Que como en aquel tiempo bíblico, el pájaro
tiene su nido en la rama con flor,
y la alimaña su cueva con musgo·
¡mas rueda en polvo la casa de Dios!

Dichoso el pino que abrigará el cáliz
y el roble que siga el clamor de David,
yo para El me trocara estas carnes,
yo aquí en columnas fijara el vivir.

Y para el lírico bronce doliente
de la campana, pondrás, forjador,
los cobres más encendidos del monte
con los estaños de gris corazón.

Dios les da en ella a los pueblos sus hablas,
en la campana de humano plañir,
como una madre la voz de sus hijos,
El las mil voces sabrá distinguir.

Vacía los cobres color de la sangre
que la campana aullará de emoción,
vacía el estaño color de las lágrimas,
¡mezcla, batiendo, dolor con dolor!

II

El leñador dio los robles inmensos,
el forjador dio el más casto metal;

ahora, cantero, quebranta las rocas,
y que ellas auguren un templo eternal.

Y tú, labriego, separa la espiga,
la más morena y que dé más blancor;
vendimiador, echa el rubio racimo
que escancie en el vino un aliento de flor.

Esto que alzamos al viento y al cielo
es mucho más que la casa de Dios,
el seno donde escondido el semblante
en llanto vertimos acerbo dolor.

Turbias ya son de lujuria las casas,
la ciudad toda trasciende a lagar,
tan sólo el templo han dejado virgíneo
para David, Isaías y Juan.

Tiene el Señor unas hondas ternuras,
erige el árbol y amasa el metal;
pero prefiere pedirlo a los hombres;
cédeles El la ilusión que hoy le dan.

¡Qué van a dar si El espesa la selva!
¡qué van a dar si El les dará el trigal!;
¡que no les tiemble en la mano la dádiva;
que El no les sienta un instante dudar!

Mientras se eleva a las nubes el templo
como un gran roble de copa con voz,
cuenta Jesús, sonriendo, los leños,
mira los mármoles y mide el sudor.

Y buscando el rostro de los que acudieron,
besa la mano en que no hubo temblor;
y en la hora última dirá, al recordaros:
éste dio el bronce y aquél el amor.

¡Oh, mi Señor, yo no tengo una selva!
¡Oh, mi Señor, yo no tengo un trigal!

Tú me pusiste en la lengua armonía.
Tú me curvaste en placer de adorar.

Como la viuda de los Evangelios,
cubro mi rostro, quemado en rubor;
no tengo más que este ramo de cantos:
Déjame aquí para ser tu cantor.

RONDA DE LOS ALTOS PINARES

La alta ronda de los pinares
nunca se cansa de girar.
Arriba, en la montaña, santa,
tocando las nubes está.

Ella subió en remota noche,
la montaña blanca y mortal,
subió hasta colgarse en los cielos,
y no ha vuelto nunca a bajar.

Danzan arriba, sin descanso,
en cielo claro o tempestad;
el canto no se les escucha,
pero no cesan de cantar.

Otros pinares van subiendo
las cuestas en obscuridad.
¡Ay, jadean en los repechos
y se deshace su collar;
pero siguen subiendo siempre,
apretados de voluntad!

Arriba es la luz tan insigne
que el cuerpo se hace claridad
y en el aire fino comienza
lo leve de la eternidad.

Remota ronda de pinares
que no se cansa de girar.
Arriba, en la montaña santa,
llamando siempre, siempre está.

GOLONDRINAS DEL YODO

Del Desierto de Atacama,
moradas de amanecer,
las golondrinas del yodo
suben todas de una vez.

Vuelan espejos andinos,
ciegas de su ciega Fe,
una por cada hombre herido
y el otro que va a caer.

Vuelan dormidas tres mares
sin coger alga ni pez
y no paran en las Islas
ni por juegos ni por sed.

Oyen gritos de penínsulas
que no las hacen volver
y en duna africana posan
con su abrasada merced.

Entran por los hospitales
en bandada y en mudez,
abren las lonas embreadas
y van, mansas, a caer
en cofias, manos y vendas,
plegadas como el Amén.
Tanteando llegan a Lázaro
y hallan su pecho y sus pies.

Los soldados malheridos
en su capullo candiel
se alzan desde su resuello
de algodones, para ver
las golondrinas que cosen
y cosen sin escoger
piel australiana, brazos galeses:
carne acostada sobre Argel.

Ellas se hunden las llagas
sin volver a aparecer,

ellas no ven al que salvan
y el salvado no las ve,
golondrinas requemadas
de su amor como Raquel,
ocres al rasar la llaga,
sombrías al parecer. · ·

En fantasmas acongojado
llego al campo del inglés
Cuento soldados heridos,
las cuento a ellas también.
Yo las exprimo y las cargo
como el pescador la red,
y las sepulto en las dunas
a la luz de su rojez,
en un pespunte y una hebra
de yodo y de sangre fiel.

EL SEPTIMO

(Historias de loca)

Los seis hermanos se parecen
como en su año los venados
y las cigüeñas en el vuelo;
pero el séptimo no es hermano.

Recoge piedras coloradas
en la playa en que nos bañamos
y canta «nanas» traveseando
con este mar que juega al cándido.

Pesca tiene cuando no hay pesca
rosas encuentra antes de Mayo;
cazó el faisán que no cogimos
y encontró el agua en el peñasco.

El trajo el vino a una boda
de Canaán con secos cántaros
y a una muerte de mendigo
sin costura llevó el sudario.

Mujer de fonda que le sirve
le pasa el pollo más dorado
y las viejas lo miran como
si sus pechos le amamantaron.

Cuando iba andando con nosotros,
las diez muchachas que encontramos
se fueron todas a su encuentro
como los ríos a su estuario...

Aunque nosotros somos seis
para la danza y para el cántico,
no danzamos si él no comienza
y no cantamos sin su canto.

Y aunque somos trabajadores,
en la obra siempre esperamos
que llegue para hacer la casa,
echar la red, tumbar el plátano.

En cada gesto lleva oficio
y lleva un reino en cada mano;
pero no huele a las badanas,
a las maderas ni a los pastos.

Su nombre es nombre de nosotros,
pero es un nombre de prestado;
como mujer que encuentra un niño
le dimos nombre sin nombrarlo.

En el tiempo de nuestra alianza,
en lo que dura nuestro lazo,
dos hermanos murieron, dos
se partieron y regresaron.

El no se ha ido, pero va
en sus noches donde no vamos,
donde no baja la fatiga,
ni se hacen cabellos blancos.

Cuando yo, que tengo metales,
miro callada a mis hermanos,

sé que tal vez uno por uno
los amortaje por mi mano;

Y los acueste a los seis míos,
cocido el rostro de mi llanto;
le miro a él y yo me sé
que no tendré de amortajarlo.

Que se queda tras de nosotros
como el arco que echó sus dardos
como el Zodíaco, como el viento,
van a quedarse sobre el llano.

Viviendo en corro de otros seis,
que le dirán también «hermano»,
cantando al sol bañado de oro
y con el mar jugando al cándido.

ESPIRITU SANTO

I

Hornaza de los astros
que va soltando signos,
vieja Llama primera,
disco encendido;
de ti fue que rodamos
de ti venimos.

Como troncos tirados
a noche, polvo y frío,
como los minerales
oscuros y tendidos,
hasta que nos aúpes
aquí seguimos.

Desde el hierro, y la brea,
la ceniza y el cisco,
desvariamos, cubiertos
de escarcha y cardemillo.

Dueño del fuego blanco,
pecho nidal, arrimo,
rumor de rama leve,
paso, siseo, arribo:
llégate y posa,
Rebervero divino.

II

Como que estabas
y no hiciste camino,
velo-velando,
presente y cristalino,
más cerca, más que el hálito,
y que el sentido,
y forrados de noche
no lo supimos,
por mareas y dunas
ensordecidos,
grava y polvo en el flanco
y en el sentido
y cayendo a la espalda
nieve o pedrisco
¡nada supimos!

LOS VERSOS VIEJOS

Carta que nunca llegas,
que nunca has de llegar;
carta que se ama tanto
por eso. porque no se leerá.

Carta esperada en toda
tarde, mañana, noche y mediodía,
para esperarte vivo,
¡muriéndome de amor te leería!

Carta ingenua y dolida
de niño apasionado, carta llena

de amor y de destino.
Mano que has de escribirla, ¿por qué esperas?

Cada día te cobro,
cada día te aguardo.
Llena, exalta la vida
este esperarte largo y angustiado.

Carta que nunca llegas, dulce carta,
por ti se vive, hasta por ti se canta.

LA TROCADA

Así no fue como me amaban
y ando por eso desalentada.
Serían aquéllos los metales
donde el amor tuvo peana;
serían los tristes líquenes,
el descampado, la venteada.
Acaso eran los sustentos:
(piñón, y cardo y avellana),
que me querían como se odia
y al mismo amor avergonzaban.

El montañés tuvo mi rostro
por una ruta con celada.
Fui para él loba y raposa,
por matorrales rastreada.
Veía el duende de la niebla,
los cristales de la avalancha,
y no miró mi ceibo ardiendo
sobre su puerta con escarcha.

Se me levantan como juncos
pisoteados las espaldas.
Bato cabellos alborotados
por este viento de la infancia.
Creen mi llanto, creen mi risa;
me llaman gozo y confianza,
y ya no grito cuando duermo,
de ser en sueños renegada.

En el país de la gaviota,
del aire suyo voy llevada,
y pregúntase al que me lleva
por qué bajando fui trocada,
por qué me creen en las dunas,
por qué en arena y sal me aman.

Pero mi voz la tengo nueva
como alondra recién cazada,
y está mi voz amanecida
horas y días calla y calla,
de no saber si es el amor
o de qué nombre se le llama.

Pues lo que fue así no era
y hay que aprender tierra mudada,
clara patria color de leche,
lento olivar, lindas aguadas.
Y hay que ensayar toda la vida
como unas ropas trastocadas,
con extrañeza, con asombro
y azoro de resucitada.

SOÑOLIENTA

(Canción de cuna)

—Duerme, duerme; ya se durmieron
los de las otras que cantaban:
el de la Rana, el del Mochuelo,
el de la Liebre, el de la Cabra.

Una sola sigue cantando
y se le seca la garganta,
por esos ojos tan abiertos
como la puerta sin bisagra.

Duérmete luego, y yo me cuente
a madre Urraca, a madre Cabra,
que tú no sabes cuándo es noche
ni cuándo pinta la mañana.

Duerme la Rana en su charquito;
en su cerco duerme la Cabra,
y yo me duermo por esos ojos
destapados como la jarra.

Duérmete para que no quede
tu pobre madre avergonzada
de que su niña se le duerme
después del Sapo y de la Urraca.

Y mañana tenga los ojos
rojos y andando trastocada
rompa la loza, queme la sopa
y de revés lleve la falda.

O que de sueño y de cansancio
la madre tuya se deshaga,
cuando mañana estén enteras
la madre Urraca, la madre Cabra.

Y que no me halles en el lecho
y que me llames asustada,
cuando lleguen para vestirle
la madre Liebre, la madre Cabra.

VERSOS DE ALBUM

Maestro Jesús, cuida
de tapiarle el oído y nublar su mirada.
Bacante ebria, la vida
cantando va su estrofa encanallada.
La hiciste suave de índole y suave de semblante,
dale, también, tu boca sin ardor.
Pon tus linos helados entre ella y la bacante
¡y acuéstala en la tierra ignorando el amor!

YO NO SE CUALES MANOS

Yo no sé cuáles manos aquel día menguado
sin terror recogieron, con dulzura también,

las esparcidas láminas de tu cráneo trizado
los iris de los ojos, la astilla de la sien;

que lavaron la masa de cabellos, caliente
y mojada de grumos, y en gozo de servir,
la untaron de perfumes e hiciéronte en la frente
la señal de la cruz como a un niño al dormir.

Pero esta tarde, cuando rezó la boca mía
por su pena, y la tuya que no puede rogar,
pidió por esas manos al que las vio aquel día,
por que antes que me muera, me las deje besar.

¿SIENTES ALLA ABAJO?

¿Sientes allá abajo
el ardor delicado de esta primavera?
A través de la tierra ¿te pasa
el perfume agudo de las madreselvas?

¿Te acuerdas del cielo,
del surtidor claro como cimera fresca?
del sendero con hondos tapices,
de mi mano plácida en tu mano trémula?

Esta primavera perfuma y afina
el dulce licor de las venas.
¡Si bajo la tierra, pegada la boca
bella no tuvieras!

Orillando el río, a esta apretadura
de fronda vinieras;
la tibieza que tengo en la boca,
me gustaras, sutil y violenta.

Pero estás abajo,
bien desmenuzada de polvo la lengua;
no hay modo que cantes conmigo canciones
dulces y encendidas esta primavera.

HACE SESENTA AÑOS

Largo cuento de mis años,
historia loca de mis días.
Si no la digo no la creen,
y contada sabe a mentira.

Ha sesenta años que en un valle
de leche y mieles se nacía
y una montaña me miraba
y una madre me sonreía.

Ha sesenta años, valle mío,
yo era un vagido que tenía
cabellos de aire, mirada de agua
y ojos que rutas no sabían.

Son sesenta años huidos,
y cuento mío se diría
que me dieron gesto y mirada
y un vagido que ni me oían.

Y me dieron los elementos
—las estaciones y los días—
Hace tanto que... no me acuerdo.
La Madre sí se acordaría.

Hace tanto que no me acuerdo,
y tan poco que bien podría...
Pero si ella me lo contase,
¡lo creería, lo creería!

POEMAS DEL CUERPO HUMANO

LAS MANOS

Manos, vosotras acariciáis las cosas. Conocéis el contorno del vaso lleno de gracia y también el de las colinas; habéis desgranado la espiga en la quietud de la tarde y cubierto la semilla en los huertos; conocéis el valle que me entregó el Señor para regocijarme.

Sois suaves peinando a un niño y finas limpiando el cristal de la copa; pero, os volvéis fuertes para herir el rostro de la maldad. Mentira que porque sois leves no podéis hacer otra cosa que desangrar el verso entre los dedos Cuando falte esta escuela o se apague el canto en el corazón, manos de mujer fuerte podaréis el árbol en el llano requemado y abriréis la tierra, que sois hijas del Dios fuerte y os refrescan sus aguas eternas.

Caéis como muertas en la hora del ensueño y os levantáis enseguida a realizarlo con tremendo vigor.

Cuando quedéis ya por siempre sosegadas, manos mías, dejaréis caer en la tierra uno a uno vuestros dedos, como otras simientes, para que de sus cales intensas se hagan las otras manos que vendrán...

LOS OJOS

Ojos humanos, mirad con ternura, pues sois como las madres de lo creado. Rozad las cosas con vuestro terciopelo ardiente, paladead como vinos los horizontes. Reflejad ardientemente el mundo, porque la belleza de la tierra pide mirarse en espejos quemantes.

No temáis el hastío, ojos humanos, que cada tarde tiene otro modo de rojez o de dulcedumbre.

Salid en las mañanas a beber la luz sobre las colinas; poned en ellas las siluetas amadas; llevad a las mujeres y a los niños por el campo abierto, que sólo conocéis a los seres cuando están bañados de la luz plena.

Sed como abejas agudas que liban el mundo; decended hacia él ávidamente; arrancadle en la mirada la recóndita dulzura.

Entrad en la casa al anochecer, cuando la última luz se ha vaciado hacia el ocaso, y abrid entonces el libro que os alumbrará con dulzura la noche ciega.

LA BOCA

Boca suave que bebes el viento fino: devuélvelo agudo en la palabra. Pequeña boca humana, por ti se dice el mundo que es inmenso, se dice la montaña amoratada, los juncales y las praderas.

Y tú alivias el alma de su tremenda plenitud, tú la viertes gota a gota hasta que ella queda apaciguada.

Boca mía, tejida, amasada para la verdad: dila que para eso viniste. Entrégala trenzada con la belleza cuando puedas, como se trenza la columna con el mirto; pero cuando no alcance a depurarse en tu lengua la miel de la estrofa, dila desnudamente, que si la callas pudrirás tu corazón.

LOS PIES

Pies que camináis por alcores y quebradas, avanzad amando, besad la tierra con beso ligero.

Sed vagabundos si no os fijó el destino con un hijo sobre el regazo; sed vagabundos... No os clavéis en la tierra verde, que las áridas os están llamando con otra belleza. No os encariñéis con la llanura, que las montañas os hacen señales en sus sueltas nieblas. Seguid siempre, seguid siempre.

Danzad en las praderas, sobre el rocío de las mañanas. Así danzaban hace dos mil años las plantas de David, embriagadas de la alegría de vivir. Mirad a los fakires inmóviles que están muertos, y pasad... Vosotros vais vivos como llamas.

Descansad en los hogares. Asomaos a la puerta, consultad los rostros y entrad. Conoceréis la casa de los pobres, os sentaréis en su duro apoyo o en el suelo desnudo; pero seguiréis. Conoceréis la alfombra del rico, y no os quedaréis gozándola mucho tiempo porque su blandura es fatal.

Heridos en la zarza de los recodos traidores, no miréis la sangre que el viento sabe orearla; sentiréis que las heridas van refrescándoos por el camino, como manojos de hierbas húmedas...

Conoced toda la tierra de Dios, extendida como muchos pétalos. Y caminad desnudos de fuerza y sinceridad.

EL CUERPO HUMANO

Cuerpo humano, en ti el barro es más maravilloso que en la rosa: en ti padece y canta.

Te lleva María de Nazareth, y eres entonces una sola azucena que mece el viento; te lleva Ruth por el campo y te vuelve La Gracia; y si te lleva Francisco de Asís, vas trémulo de alegría y alabanza.

Cuando Dios te hizo, cuerpo humano, dejó de crear; tú pasabas a ser el creador. Y te tejió después que a las otras criaturas, después de

los jacintos y de los céspedes, para poner en tus contornos todas las suavidades que tiene la hierba.

Cuerpo humano, Cristo te llevó, Cristo entró en ti. Eres hondo y le hiciste conocer la henchidura de nuestro sollozo y paladear la sal que hay en las lágrimas humanas.

Gracias porque viste mi alma, que sin ti fuese por los valles invisibles como el viento. No me la hubieran conocido mis hermanos y los niños no hubiesen jugado conmigo en la ronda que hacen, al caer la tarde, en la pradera .

SALTO DEL LAJA

A Radomiro Tomic

Salto del Laja, viejo tumulto,
hervor de las flechas indias,
despeño de belfos vivos,
majador de tus orillas.

Avientas las rocas, rompes
tu tesoro, te avientas tú misma,
y por vivir y por morir,
agua india, te precipitas.

Cae y de caer no acaba
la cegada maravilla,
cae el viejo fervor terrestre,
la tremenda Araucanía.

Juegas cuerpo y juegas alma;
caes entera, agua suicida;
caen contigo los tiempos,
caen gozos con agonías,
cae la mártir indiada,
y cae también mi vida.

Las bestias cubres de espumas;
ciega las liebres tu neblina,
y hieren cohetes blancos
mis brazos y mis rodillas.

Te oyen caer los que talan,
los que hacen pan o que caminan,
los que duermen no están muertos,
o dan su alma o cavan minas
o en los pastos y las lagunas
cazan el coipo y la chinchilla.

Cae el ancho amor vencido,
medio dolor, medio dicha,
en un ímpetu de madre
que a sus hijos encontraría.

Y te entiendo y no te entiendo,
Salto del Laja, vocería,
vaina de antiguos sollozos
y aleluya que cae rendida.

Salto del Laja, pecho blanco
y desgarrado, Agua Antígona,
mundo cayendo sin derrota,
Madre, cayendo sin mancilla...

Me voy con el río Laja,
me voy con las locas víboras,
me voy por el cuerpo de Chile;
doy vida y voluntad mías;
juego sangre, juego sentidos
y me entrego, ganada y perdida...

VOLCAN OSORNO

A D. Rafael Larco Herrera

Volcán de Osorno, David
que te hondeas a ti mismo,
mayoral en llanada verde,
mayoral ancho de tu gentío.

Salto que ya va a saltar
y que se queda cautivo;

lumbre que al indio cegaba,
huemul de nieves, albino.

Volcán del Sur, gracia nuestra,
no te tuve y serás mío,
no me tenías y era tuya,
en el Valle donde he nacido.

Ahora caes a mis ojos,
ahora bañas mis sentidos,
y juego a hacerte la ronda,
foca blanca, viejo pingüino...

Cuerpo que reluces, cuerpo
a nuestros ojos caído,
que en el agua del Llanquihue
comulgan, bebiendo, tus hijos.

Volcán Osorno, el fuego es bueno
y lo llevamos como tú mismo
el fuego de la tierra india,
al nacer, lo recibimos.

Guarda las viejas regiones,
salva a tu santo gentío,
vela indiada de leñadores,
guía chilotes que son marinos.

Guía a pastores con tu relumbre,
Volcán Osorno, viejo novillo,
¡levanta el cuello de tus mujeres,
empina gloria de tus niños!

¡Boyero blanco, tu yugo blanco,
dobla cebadas, provoca trigos!
Da a tu imagen la abundancia,
rebana el hambre con gemido.

¡Despeña las voluntades,
hazte carne, vuélvete vivo,
quémanos nuestras derrotas
y apresura lo que no vino!

Volcán Osorno, pregón de piedra,
peán que oímos y no oímos,
quema la vieja desventura,
¡mata a la muerte como Cristo!

LAGO LLANQUIHUE

A doña Carmela Errázuriz

Lago Llanquihue, agua india,
antiguo resplandor terrestre,
agua vieja y agua tierna,
bebida de vieja gente,
agua fija como el indio
y como él fría y ardiente
y en su pecho de marinero
tatuada de señales verdes.

Bebo en tu agua lo que he perdido:
bebo la indiada inocente,
tomo el cielo, tomo la tierra,
bebo la patria que me devuelves.

Cincuenta años esperamos,
tú con agua, yo con sedes
Lago Llanquihue, mi capitán,
te llego antes de mi muerte,
con la boca me dieron,
agua mía para beberte.

Baja y suelta por mi pecho
el agua blanda, el agua fuerte,
entrabada de los helechos
y las quilas medio-serpientes.

Baja recta, agua querida,
baja entera en hebras fieles,
baja lenta, baja rápida,
y me sacies y me entregues
el cielo mío, los limos míos
y la sangre de toda mi gente.

Bebo quieta lo que me das,
igual que bebe, curvado, el ciervo,
bebo pausada, regustándote,
bebo y sólo sé que te bebo...

Perdón de tu frente rota,
perdón de tu surco abierto.
Como el niño y el huemul
porque te amo te quiebro...

Lago de Llanquihue, arcángel
que se me da prisionero,
gesto que mi antojo sirves,
abajadura del cielo,
doblada y caída, no hablo,
cegada de sorbo ciego,
y de ser tuya nada digo:
te bebo, te bebo, te bebo...

CUATRO TIEMPOS DEL HUEMUL

I

Ciervo de los Andes, aire
de los aires consentido,
¿dónde mascarás la hierba
con belfos enternecidos?

En los Natales* partías
trébol y avena floridos,
punteados de luz los cuernos
y las ancas de rocíos.

A la siesta, los gandules
no te gozaron dormido,
la oreja en hoja de chopo,
los párpados con batido.

---

* Natal, región de la Patagonia chilena

El matrero, el perdulario
y el compra y vende prodigios
iban zumbando a tu zaga
viento, fogonazo y grito.

Los hálitos te volaban
adelantados como hijos
y te humeaban las corvas
como las del indio huido...

Prefirieron, los chalanes,
a tu vela y a tu cuido
ir arreando muladas
y carneros infinitos...

II

Resbalaste de los llanos
hacia los valles urgidos,
escapabas y volvías
como el Señor Jesucristo.

Cuando fue el atravesar
los límites indecisos,
se quejaron las aguadas
y los alerces benditos;

Hasta que no regresaste
en tu equinoccio sabido,
tragado de soledades
y peladeros andinos.

El aire preguntó al aire,
la llanura viuda, al risco,
y las liebres demandaron
a los tres vientos ladinos..

En nuestra luz se borraron
unos cuellos y belfillos,

y la pampa se bebió
la saeta de tus ritmos.

III

¿Dónde husmeas en la niebla,
mirada de hembra y de niño,
y por qué no vadeamos
ijar con ijar los ríos?

Estás sin lodos ni bestias
ni corazón pavorido,
en verdes postrimerías,
celado de Quien te hizo;

Remecidos los costados
del saberte manumiso
en trasluz de piñoneros
o entre quijadas de riscos.

Y en llegando día y hora,
bajas los Andes-zafiros,
a hilvanes deshilvanados,
por los hielos derretidos.

Castañetea el faldeo
de cascos y cuernecillos;
después, ya todo ensordece
en avenas y carrizos ..

Entonces la Pampa se abre
en miembros estremecidos,
da un alerta de ojos anchos
y echa un oscuro vagido

IV

Todavía puedo verte,
mi ganado y mi perdido,

cuando lo recobro todo
y entre fantasmas me abrigo.

Me voy, forrada de noche,
paso el mar, llego a los trigos
que en lo herido y lo postrado
me dicen tu calofrío.

Veo desde lejos, veo
la Pampa de tus arribos,
mayor que el entendimiento
y de diez oros, divina.

Rastreando voy tu pechada
que tumba, en blanco, el carrizo
y oliendo en polvo de espigas,
sólo tu sangre que sigo...

Tanteo en los pajonales;
sorteo esteros subidos,
y en mimbres encuclillados,
doy con unos tactos tibios.

Bien que sabes, bien que llegas,
como el grito respondido
y me rebozas los brazos
de pelambres y latidos...

Me echas tu aliento azorado
en dos tiempos blanquecinos.
Con tus cascos traveseo;
cuello y orejas te atizo...

Patria y nombre te devuelvo,
para fundirte el olvido,
antes de hacerte dormir
con tu sueño y con el mío.

La Pampa va abriendo labios
oscuros y apercibidos,
y, con insomnio de amor
habla a punzadas y a silbos.

Echada está como un dios
prieta de engendros distintos,
y se hace a la medianoche,
densa y dura de sentido.

Pesadamente voltea
el bulto y da un gran respiro.
El respiro le sorbemos
mujer y bestia contritos...

FUENTES MISTRALIANAS PARA LOS POEMAS INEDITOS

1 *La Palabra* Publicado en *El Mercurio,* Santiago, 14 de noviembre de 1926 p 3

2 *Eva* También en *El Mercurio,* igual fecha de la fuente anterior

3 *La casa del Señor Revista Atenea,* Año I, N° 6, Universidad de Concepción, septiembre de 1924 Poema dedicado al poeta y sacerdote Luis Felipe Contardo (1880-1931), "con ocasión de inaugurarse la iglesia parroquial de Chillán"

4 *Ronda de los altos pinares* Ver fuente en nota 1

5 *Golondrinas del yodo* Escrito en Petrópolis (Brasil) y publicado en *La Nación,* Buenos Aires, diciembre de 1943 Texto encontrado en el archivo de Alfonso M Escudero O S A , Iglesia de San Agustín, Santiago de Chile

6 *El Séptimo* Con el subtítulo de *Historias de loca* este poema se publicó en *Atenea,* Año X, N° 95, Tomo XXIII Universidad de Concepción, marzo de 1933 pp 23-25

7 *Espíritu Santo* Revista *Orfeo,* Edición extraordinaria en homenaje a Gabriela Mistral, Santiago, 1967 p 121 El poema está dedicado a Esther de Cáceres

8 *Los versos viejos* Originalmente publicado en revista *Ideales,* Concepción, 24 de julio, 1915 Lo recoge Raúl Silva Castro en *Producción de Gabriela Mistral de 1912 a 1918* Anales de la Universidad de Chile, Santiago, Año CXV, segundo trimestre de 1957, N° 106 p 219

9 *La Trocada* Está fechado por Gabriela Mistral en la ciudad de Petrópolis (Brasil), en febrero de 1942 Publicado en *La Nación,* Buenos Aires, en fecha que no se precisa (Archivo Alfonso M Escudero O S A)

10 *Soñolienta* Canción de cuna publicada en revista *Atenea,* Año IX, Tomo XXII, Núms 91 92 Universidad de Concepción, septiembre-octubre de 1932

11 *Versos de álbum* Revista *Ideales,* Concepción, 31 de julio de 1915, También en el N° 106 de *Anales de la Univesidad de Chile* p 220 (Ver fuente en nota 8)

12 *Yo no sé cuáles manos* Recogidos por Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya en la antología *Selva Lírica* Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1917 p 167

13 *¿Sientes allá abajo?* Aparecido en *Selva Lírica,* p 169 (Ver fuente en nota 12)

14 *Hace sesenta años* Archivo de la Biblioteca Alfonso M Escudero O S A Recogido también por Gastón Von Dem Bussche en *Remo,* Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1983 p 175

15 *Poemas del cuerpo humano* Estos desconocidos poemas en prosa de Gabriela Mistral fueron escritos en 1922, en Ciudad de México, y leídos por su autora en una comida literaria ofrecida en su honor por el diario *El Universal* Originalmente se publicaron en *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica Tomo 5, N° 3, 23 de octubre de 1922 p 30

16 *Salto del Laja* Tanto este poema como *Volcán Osorno* y *Lago Llanquihue* se han publicado en numerosas antologías, no figurando en obra alguna de Gabriela Mistral Fueron publicados originalmente, con el título genérico de tres poemas chilenos , en *El Mercurio,* Santiago, 15 de mayo de 1938 Gabriela Mistral los leyó por primera vez, como textos inéditos, en el Palacio de la Unión Panamericana, en Washington, el 24 de febrero de 1939, al concluir su conferencia *Geografía humana de Chile*

17 *Volcán Osorno* Ver fuente en nota anterior

18 *Lago Llanquihue* Ver fuente en nota 16

19 *Cuatro tiempos del huemul* Este poema fue seleccionado por la propia Gabriela Mistral para la *Pequeña Antología,* publicada por la Escuela Nacional de Artes Gráficas, Santiago, agosto de 1950 pp 86-95 Tiene la indicación de 'Poema todavía inédito de su próximo libro *Lagar"* Sin embargo, el poema no fue incluido en la edición posterior de dicha obra (1954)

PROSA

ELOGIOS, MOTIVOS Y RECADOS

ELOGIOS

ELOGIO DE LAS MATERIAS

EL FUEGO

EL FUEGO de ajorcas rápidas con que baila el bosque y que le acicatea los talones. Tigre de salto rápido que anda cortando el bosque a tajazos de oro y que le hace unos espacios grandes como de suspiros. El Fuego quemando el rastrojo en las colinas de trigo de Arauco, con lamedura baja, y que deja las colinas pintadas como una pantera, a grandes rosas negras, o las deja blanqueadas como con la lepra blanca de la mano sobrenatural de Moisés.

El Fuego es robusto, frenético y fino.

Unica flor verdadera de la Tierra, fucsia súbita, fucsia de cuarenta pétalos que giran, tomando del aire su savia violenta.

El Fuego vencedor de la modorra de los metales, que derrite la plata por pasión de verla goteando su pesado sudor como la magnolia y derrite el oro por mostrar la sangre escondida de Dios.

El Fuego de las usinas apasionadas, oculto en las axilas más secretas de la usina, escondido como la palabra secreta, y que no se toca sin que la mano caiga en un pétalo de ceniza.

El Fuego es robusto, frenético y fino.

El Fuego del amor, que tiene lengua sin sueño y propia atizadura y que hace transparente como un largo vidrio el cuerpo del hombre para que se vea su salamandra sentada en el corazón.

El Fuego del odio que hace unas altas arquitecturas y da un ruido seco de coyunturas áridas; el Fuego del odio que el Diablo atiza como un Patrón de la llama, en la noche que para su trabajo dura.

El Fuego es robusto, frenético y fino.

El Fuego que anda en las criaturas; pequeñas mostazas de fuego corriendo por nuestra sangre y que nos vuelven vivaces como a la cabra de Arabia las hierbas acres. El Fuego del ojo del milano, quieto y seco, y el Fuego veteado en radios vegetales del ojo del jaguar: el fino Fuego de anises urgentes que anda en las criaturas. El Fuego que calienta las canciones de los hombres y hace cada una semejante a una menuda entraña de pájaro, a los riñones breves de la paloma con celo.

El Fuego es robusto, frenético y fino.

El Fuego de las pruebas que deja duras adentro de su llama las cosas verdaderas y arruga las otras como el cuero quemado; el Fuego del último día, cuando sólo los íntegros quedarán de pie como vigas del mundo.

El Fuego del Espíritu Santo, fuego en dos brasas blancas que llaman Paloma, y que cayó sobre Pablo y fundió hasta los talones sus tuétanos.

El Fuego que vino del cielo y que volverá al cielo cuando cumpla su encargo. Ganará el agua y hará con ella una gruesa hortensia de vapor que se agujeree y se abra en gajos; ganará la Tierra y la hará una dalia roja que disminuirá hasta volverse el jazmín de la ceniza pura.

El Fuego que anda por la Tierra amodorrada a grandes pasos desesperados, como el Profeta sin sueño.

El Fuego es robusto, frenético y fino.

ELOGIO DEL CRISTAL

EL CRISTAL, el cristal búdico, lleno de imágenes y sin imagen suya; el que toma mi rostro y me lo devuelve y que recibe los crepúsculos desenfrenados y no se queda con su sangre; el que lava la lluvia —la lluvia eterna y la tierra sensual— y se queda maravillosamente enjuto.

El cristal que recoge las formas y que entrega las formas; el cristal con marina, el cristal con el bosque entero en las ventanas, por él suntuosas, de los pobres; el cristal de los vasos en que el vino se cree solo, enderezado en la atmósfera por maravilla, y el agua, se piensa en una fuente sin contorno. El cristal que guarda la llama de la lámpara y cuya mejilla no se pone a arder. El cristal siempre alegre como el justo, sin mancha suya, sin lágrimas suyas, cuanto más cargado de la lágrima ajena, inocente como un Abel de la tierra.

El cristal sin venas para sangre ni anudado de muñecas; el cristal unánime; el cristal que no engruesa ni soporta añadidura, suficiente, como lo perfecto.

El cristal, única envidia de mi alma.

El cristal que sirvió al agua en su deseo de permanecer, de quedar en el cuenco de la mano sin traición, de ser leal al ojo que la mira y la ama, como la mujer más leal, y que dio al agua un segundo cuerpo que no se le escape como la saeta, loco de su propio pudor.

El cristal de nuestras ventanas, donde la noche apoya sus manos como una gran hiedra, para ser vista y que no la olvidemos completamente.

El cristal de mi deseo, el cristal que está sentado en medio del fermento de las criaturas y que no hervirá nunca, y nunca será de nadie, sino de sí mismo.

El cristal, fresco como una sien siempre fresca, guardado de la vejez desde su primer día, con infancia durable y sin madurez bella y sin madurez fea.

El cristal, descubierto con gozo, como un Cristo, por los hombres que después de él no han logrado hallazgo mejor que ese hallazgo.

El cristal que sale siempre imprevisto e inesperado de la mano de los obreros, que sienten un poco de vergüenza de que les salga así de parecido al alma, desde las manos suyas, negras y anudadas.

Los obreros que hicieron toda su vida cristales, llegaron al cielo y encontraron que era eso mismo que ellos hacían sobre la tierra: un cristal limpio anulador de las distancias, de la grande y de la pequeña y en el que Dios estaba tan lejos y tan cerca que asustaba; ellos, sin saberlo, habían sido atrapados en un cristal, tomados con su rostro, sus hombros y sus pies y vieron sus segundos hombros y pies, liberados de corrupción. Ellos, vivo todavía su asombro de aprender que ellos también eran materia de cristal cuando se movían en el taller echando sombras duras hacia los lados. Los obreros de los cristales recompensados por su mano que anduvo en el fuego como la salamandra enderezando y acostando crisoles.

Los obreros de los metales llegaron a un cielo violento de cobre y están contentos de su dicha violenta; los obreros de la madera llegaron a un cielo con olor de pino marítimo, sin resonancia, sordo y enjuto y como envejecido. Los obreros de los cristales están mirando desde su cielo los demás: el cielo de cobre, el de pino y todavía los otros.

LA CENIZA

LA CENIZA es ligera y callada.

La ceniza viuda del gayo fuego, que no brinca más con treinta piernas rojas, de fuego centauro, que siempre venció tirando lanzazos atarantados, pero que también hubo de morir. La ceniza sin fiesta, tumbada como la viuda hindú.

La ceniza-beguina, oración exenta de ímpetu, sin levantamiento de palabra en el pecho; la gris, ayuna de toda voz en su pequeña derrota; con callada muerte de pobre.

La ceniza que cubrió la brasa penúltima un poco como mujer, guardándole el tizón rosado.

La ceniza clara, que deja la leña tierna, felpa de cariño, parecida a la arruga mayor que corre por el cuello de la madre vieja, tibia como un pájaro que acaba de morir, pero que ya no se voltea y no responde.

La ceniza de los árboles amargos, que (es) acre en la lengua, que no quiere ser probada, áspera por voluntad de pureza.

La ceniza que ayuda a la tierra fecunda, hermana sin hijo que alimenta al de otra.

La ceniza es ligera y callada.

Ceniza buena de la muerte; un copo liviano sobre la boca que ya no avienta cosa alguna. Buen sayal que cae sin pliegues de la cabeza a los pies, tan largo como se quiera, tan espeso como lo pide el corazón, para ensordecerse bien.

La ceniza, que aleja de la carne tendida la hormiga larga de la muerte y el feo moscardón de la muerte.

ELOGIO DE LA ARENA

LA ARENA La arena que ha perdido nuestros pasos, aun aquellos que no queríamos perder. ¿Dónde están los míos alegres? ¿Y los que eran lentos y los veloces? ¿Dónde? Porque a veces querría acarrear a todos desde los cuatro puntos cardinales y pararme en medio de ellos para que me danzaran en torno, ahora que estoy como el eje estropeado de la rueda. La arena los ha perdido; no se acuerda de ninguno; no se acuerda de ninguno y no puede devolvérmelos.

La arena infiel por pura, como es infiel el viento y lo es la nieve y también el agua.

La arena estéril que le dijo a la hierba: *No quiero.* Y a la banalidad de las flores, parecida a la de los amantes: *No quiero;* y a los árboles, excepto al pino de Mahoma: *No quiero.*

La arena que está tibia a la tarde, cuando pasan vagabundos por la orilla del mar y suelen acostarse en ella. Ella es quien les da el pequeño calor del lecho que dejaron detrás, la misteriosa arena que nadie sabe decir.

La arena que hace suave la espalda del mundo, con lo que engaña a los que caminan sólo la orilla del mar, bebiendo resuello salino. Los vagabundos se echan en las dunas y silban canciones en las que hablan del planeta como de un hombre, sólo porque la duna se parece al lomo de un padre.

La arena de los niños, que se queda con sus jugarretas en azul loco y en rojo loco, y en amarillo loco, y los esconde hasta que se queda sola.

Entonces, los saca todos (yo la he visto) y juega con ellos como una solterona senil, a la luz vaga de las estrellas

En arena les fue dada a los pobres la porción de dicha que los otros reciben en cubos de metal o de piedra Ellos hacen con arena la casa que se les tumba y los sueños que se les deshacen y por eso no tiene coyunturas la dicha de los pobres

En arena escribió Jesucristo su único juicio, con el fin que se deshiciese antes de ser acabado y no fuesen a trocarle el sentido los jueces y ellos también, lo llamasen su patrono

La arena enjuta no tiene imaginación de no tener tampoco apetito de mentira Cerca de ella está el mar, gran embustero, y ella le mira con sorna el juego de espejos y espumajes No sabe ella, la arena, más forma que un pliegue de sonrisa grande y con él, se ríe de todas las cosas que no son arena

La arena de fuente y pies rotos, que no siente ninguna gana de juntarlos Rota camina, sin saltar pasa las cercas, y vuela en la noche, entra en las iglesias o en las casas, cae en los párpados, y no importuna el cuerpo nuestro sino en sus lagrimales tiernos

La arena salomónica y kempiana, que sabe las tres palabras del Rey, pero que no tiene deseo ni manos con qué escribirlas para que le aprovechen a la mar que le está dando siempre hazañas empingorotadas en sus olas ebrias

ELOGIO DEL AGUA

El AGUA es ágil y no lleva memoria consigo

El agua camina arrodillada, como deben ir allá arriba los ángeles de la Reverencia, corriendo hacia el mejor

El agua que va con los semblantes del paisaje, listada por el rostro de las cosas, como si fuese a dar testimonio de todas ellas, y que no se rinde, del peso, y sigue con su carga de semblantes sin que nadie vea quién se la recoge

El agua inarticulada, que tiene por voluntad el no tenerla, libre de coyunturas como el aire, sin las muñecas y los tendones de las demás criaturas El agua que se da sin romperse, única dación sin dolor, que puede ser en la altura la de los ángeles

El agua es ágil y sin objeto propio

El agua de los surtidores, con anchos brazos líquidos en los cuales el espíritu de los parques goza mil esposas y la misma esposa de mañana a noche, abrazo que la mujer no ha aprendido

El agua de las fuentes, que escucha hacia adentro como Ruysboeck, agua religiosa de labio más delgado que la daga. El agua de alguna fuente cuya mirada ahuecó mi ojo hasta la nuca y que me dijo una palabra en la cual entró la muerte y no me deja más.

El agua es ágil y sin objeto propio

El agua de los canales, agua de ingenierías de hombre, que corre como un paño burgués por su camino sin sorpresas, Cleopatra vieja que renegó la aventura a fin de seguir viviendo...

Los ríos. Los ríos que hacen sobre la Tierra sus versos ágiles: garabateo sin sentido de los primeros niños que hubo en el mundo. Los ríos pesados que alcanzan el verde como una nobleza marina; los pequeños ríos grises, que van con plumón ralo de pichón; mis ríos chilenos. Los ríos de Chile que bajan rompiendo ajorcas de vidrio por los cerros y las rehacen en el llano, y no pierden en el viaje ni una sola ajorca.

El agua es ágil y no lleva memoria consigo.

El agua de las cascadas, Penélope que teje y desteje su vestido y extiende la falda y la encoge otra vez, loca de espera y ciega de la única blancura.

El agua musical de las cascadas, que hace su fiesta para sí misma y juega a tener treinta y tres voces. El agua que engaña a las piedras con que tienen gargantas y se las muda de sitio a cada momento y les da entre pausa y pausa muerte y resurrección.

Agua de las cascadas americanas, que vienen en un juego pasándose una a la otra la estrofa bárbara, desde Alaska a la Patagonia, zancada a zancada musical, como las mujeres que bailando se pasan una flor; y la flor vuelve a subir de la Patagonia a la Alaska, y la vieja travesura no cansa al agua ni al tiempo.

El agua es ágil y sin objeto propio

El agua marina, tarde en la ira como Jehová en el salmo y cuya piedad hará tal vez los añiles de su pecho. El agua del mar que sólo quiere juntar su espejo para que el planeta líquido vuelva a correr el cielo como un pez.

El agua marina que tiene vuelta la espalda y que debajo está con el ojo fijo de Cellini, haciendo una concha marina de doscientas espirales y buscando cales para su caracol con un movimiento rápido de pestañas.

El agua marina que saló nuestra sangre y se volverá dulce con nuestra sangre al final de los tiempos, pero no antes.

ELOGIO DE LAS PIEDRAS

LAS PIEDRAS arrodilladas, las piedras que cabalgan y las que no quieren voltearse nunca, como un corazón demasiado rendido.

Las piedras que descansan de espaldas, como guerreros muertos y tienen sus llagas tapadas de puro silencio, no de venda.

Las piedras que tienen los gestos esparcidos, perdidos como hijos: en una sierra la ceja y en el poyo un tobillo.

Las piedras que se acuerdan de su rostro junto y querrían reunirlo, gesto a gesto, algún día.

Las piedras amodorradas, ricas de sueños, como la pimienta de esencia, pesadas de sueño, como el árbol de coyunturas, la piedra, que aprieta salvajemente su tesoro de sueño absoluto.

Las piedras arrodilladas, las piedras incorporadas, las piedras que cabalgan y las que no quieren voltearse, igual que corazones demasiado rendidos.

La piedra cabezal para el Jacob de nuca fuerte, la piedra enjuta como el número, sin bochorno y sin rocío igual que el número.

La piedra redondeada que es solamente un gran párpado, sin pestaña, como el de Matusalem. La cumbre en garfios de los Andes místicos, que era una llama sin danza, parada como la Sara de Lot y que no quiso contestar en mi infancia y no me contesta todavía.

Las piedras con sobresalto de oro o de plata, con punzadura súbita de cobre, que están asombradas del intruso. Piedras turbadas por sus almendras de metal, como por el dardo invisible.

Las piedras arrodilladas, las piedras incorporadas, las piedras que corren en falange o en muchedumbre, sin llegar a ninguna parte.

Las piedras mayores de los ríos, de costado escurridizo, como el ahogado, y que tienen las mismas vegetaciones lacias, que se pegan a la cabellera de las ahogadas. Las piedras suaves que pueden tocar al desollado y no lo hieren y pasan sobre su cuerpo con la propia lengua de su madre y no se cansan.

Las piedras menores de los ríos, los guijarros pintados como el fruto y que, ellos sí, pueden cantar. Yo también tuve cinco años y cuando los puse debajo de mi almohada, alborotaban como un montón de niños que se ahogaban o bien hacían ronda en torno del núcleo de mi sueño, dueños de él, guijarros pueriles venidos a mis sábanas por jugar conmigo.

Las piedras que no quieren ser lápidas ni fuente, por no recibir el gesto ajeno y se rehúsan a la inscripción intrusa para hacer subir algún día el gesto, el habla de ellas mismas.

Las piedras mudas, de tener el corazón más cargado de pasión que sea dable y que por no despertar su almendra vertiginosa, sólo por eso no se mueven.

ELOGIO DEL ACEITE

EL ACEITE, más pausado que la lágrima y también más que la sangre.

Cuando resbala hacia las vasijas de vientre negro y las vasijas de vientre rojo, donde en diciembre descansa del dolor de la exprimidura.

El aceite suavizador de la entraña. El entró en el corazón del magnánimo que perdona setenta veces, según la voluntad de Nuestro Señor y a causa de ese perdón lleva cada mañana unos ojos recién nacidos.

El aceite que suelta nuestras coyunturas lo mismo que afloja los hierros pertinaces y nos deja desgranados con dulzura en mazorcas subterráneas, cosecha de la buena muerte.

El aceite rubio, hijo solar de madre taciturna, presente y escondido en la negrura consumada de la aceituna como la sabiduría en la frente del Buen Pastor. El aceite ni dulce ni salobre, como la sabiduría.

El aceite que arde para darse en su llama una mirada a sí mismo y conocerse. Llama del aceite sin ambición, que sólo quiere señalar el punto en que está el pecho de las catedrales; llama sin ningún ímpetu que es la confidencia de Cristo que no alcanza a palabra y ni a sílaba

El aceite, más lento que la lágrima y más pausado que la sangre.

El aceite, buen samaritano, que cura y vela como el otro, digno de haber participado en el Evangelio, siendo el treceavo apóstol. De haber seguido la vía sacra, el aceite lamiera las siete llagas como un perro divino, y Cristo, tal vez, no da al morir el grito que contó Mateo.

El aceite que no quiso quemar a Juan Evangelista en la caldera, y solamente lo sumió de la coronilla a los pies y entró por sus poros a probar su sangre, única cosa mejor que él mismo.

El aceite, que va a ser convocado con las virtudes cardinales de la Tierra y se va a sentar entre las otras materias, con rostro de oro vegetal, con brazos graves y en una dorada vertical de ropas talares.

El aceite, más lento que la lágrima y más pausado que la sangre.

ELOGIO DEL VINO

EL VINO de los pobres diablos, pesado de fábulas, grávido con agua del mesonero y todo, para los de corazón vacío de grandes cuentos que quieren calentarse con fábulas.

Fabuloso, inaudito vino de los pobres diablos.

Cuando exprimían, un duende apretaba los puños del vendimiador: más grueso, más grueso, más grueso, porque están ligeros como las hojas secas y desventradas, como los espantapájaros, los pobres diablos y necesitan fábulas.

Cuando quedaron en las cubas los duendes de la luz, de ojos redondos, saltaban encima en lentejuelas insensatas y decían: Más calidez, más calidez, que se han helado como los higos, los pobres diablos.

Y cuando las cubas ya fueron guardadas, metidas en la sombra, los duendes de la noche decían: más cubas, una fila, una ronda de cubas, porque están solos los pobres diablos y tiritan cuando no llegan las fábulas populosas del vino brujo.

Los sesos sin fábulas olfatean como locos ese poco de color violento. No se acuerdan de las fábulas que han oído y no saben hacerlas.

Los que hacen las fábulas las escriben y no las cuentan, o las cuentan a quienes ni las necesitan.

Y que hacen ellos, con la noche que dura demasiado y con una mesa desnuda, sin codos afirmados de mujer, y donde el pan seco ni los huesos de frutos cuentan nada.

El vino no es ni uvas punzadas, ni agua endiablada de poniente malo, sino las fábulas de los cerros, de los ríos, de las cuevas, del mar y de los animales.

Los pobres diablos están cansados sin haber repechado cerros, ni cortado leña. ¿Cómo van a ir, al atardecer, a contar fábulas en el momento en que ellas espigan y se dejan coger con la mano? Cuesta buscarlas como las codornices; hay que ir con paso de ladrón, sujetándose el corazón que tumba y tener la mano astuta y sobrenatural. Y ellos se cansaron a los veinte años, sin nadar, sin remar, y sin salir de casa, cómo se cansaron de puro hacer pininos y gestitos para algunas mujeres.

Pero aquí está el vino. El pobre vino de los pobres diablos, pesado, cargado, fatigado de fábulas. Las fábulas de los ríos, que no se acaban de contar nunca, las fábulas de los cerros, que se cuentan como quien repecha, a jornadas, las fábulas marinas, joviales y locas como los delfines, las fábulas de las grutas, que caminan con velos, cantando y tienen un velo más a cada estrofa del relato.

¡Qué barato, y qué largo, y preciso el vino de los pobres diablos!

ELOGIO DE LA SAL

LA SAL, que en los montones de la playa de Eva del año 3000, parece frente cuadrada y hombros cuadrados, sin paloma tibia ni rosa viva en

la mano y de la roca que brilla más que la foca de encima, capaz de volver todo joya.

La sal que blanquea, vientre de gaviota, y cruje en la pechuga del pingüino y que en la madreperla juega con los colores que no son suyos.

La sal es absoluta y pura como la muerte.

La sal que clavetea en el corazón de los buenos, y hasta el de Nuestro Señor Jesucristo, hará que no se disuelvan en la piedad.

LA HARINA

LA HARINA es luminosa, suave y grávida.

La harina clara del arroz, que cruje como la buena seda; la que llaman almidón, fresca como agua de nieve y que alivia la quemadura. La harina resbaladiza como la plata, de la patata pobre. ¡Las muy suaves harinas!

La harina grave, que hace la pesadumbre de la espiga del arroz o del centeno, tan grave como la tierra, tierra ella misma que podría hacer caminos lácteos para creaturas sin pecado original.

La harina suave, que resbala con más silencio que el agua y puede caer sobre un niño desnudo y no lo despierta.

La harina es clara, suave y grávida.

La harina materna, hermana verdadera de la leche, casi mujer, madre burguesa con cofia blanca y pecho grande, sentada en un umbral con sol: la que hace la carne de los niños. Ella es bien mujer, tan mujer como la goma y la tiza; ella entiende una canción de cuna si se la cantáis y entiende en todas las cosas de mujer.

Y si la dejáis solita en el mundo, ello lo alimentará con su pecho redondo.

Ella puede también hacerse una sola montaña de leche, una montaña lisa por donde los niños rueden y rueden.

Harina-madre, y también niña eterna, mecida en el arrozal de pliegues grandes, hijita con la que los vientos juegan sin verla, tocándole el rostro sin conocérselo.

La clara harina. Se la puede espolvorear sobre la pobre tierra envejecida y negra, y ella le dará unos campos grandes de margaritas o la decorará como la helada.

La harina es clara, suave y grávida.

Si caminara, nadie le oiría los pies de algodón, que se sumen, de pesados, en la tierra; si quisiera bailar, se le caerían los brazos graves; si cantara, el canto se le apagaría en la gruesa garganta. Pero no cami-

na, ni baila, ni canta. Si quiere tener nombre, hay que hacerle nombre con tres B o tres M blandas.

LAS MADERAS

LAS MADERAS: el limonero que es madera adolescente, joven en viejos muebles e inocente hasta en un ataúd, el limonero que parece hecho en la luz, pero cierta luz anterior a la luz, donde se hace la mimosa de la que ha cogido el color tímido... De limonero tenía yo una caja en la que ponía de niña pañuelos sin arrugas y desaforadas calcomanías. Pero hoy yo la tuviese vacía. Porque he envejecido y no hay cosa joven sobre mí que yo pueda poner con justeza dentro de la cajita de limonero, cuya edad es siempre de cinco años.

La caoba: que aunque vehemente es jovial y que corresponde al vino entre las maderas. En las felices caobas debería hacerse el lecho de los jóvenes, la mesa para las fiestas en que las gentes comen con entrañas alegres, y los estuches para guardar las cartas de don Juan, que son cortesanas como la caoba; y el marco en que se pone a la Gioconda, cuya alma pudo parecerse a una caoba ejemplarmente pulida. El ataúd de los ambiciosos que vencieron, también puede ser hecho en ella y quebrarse en conos de luces rojizos.

El nogal, el nogal austero, un poco teólogo y aristocráticamente estoico a lo Séneca. Nogal regalado en espaldares de coros, con el Antiguo Testamento en rombos y cuadros que saltan, ofreciendo el sacrificio de José o los pechos de Débora cantando o la lucha de Jacob con el Angel. Desperdiciando nogal de los lechos de los viejos, lechos amplios como para que la muerte no los tantee en la orilla. Ceremonioso nogal perdido, porque los viejos deberíamos dormir cerca del suelo, a un palmo, para anticipar el hálito de la otra cama más baja, para bien aceptarla. Nogal solemne de las cómodas en que los viejos guardan sus vestidos, demasiado marcados del cuerpo viejo, que ensaya la carcasa. Nogales hacendistas de los cofres de viejo en que se ofende el oro joven, que es centauresco siempre, revuelto con fojas de Testamentos. En nogal han dormido y comido edades presuntuosas, pensativas.

Erasmo metía en un armario de nogal sus cuadernos y Santo Tomás sus acomodos de Aristóteles, que eran trampa para Aristóteles. Pero los reyes poltrones, cuya épica era la mesa de faisán y venado, en sillas de nogal yo los veo sentados, y la silla toma alguna cosa de su gota, pechos bajos que no les aumentó el resuello de las cabalgatas. Nogal y nogal de largos armarios de repecherías. Cada una albada de

focas, o de manteles en los aparadores profundos y en una sacristía, unos rollos rojos y unos rollos amatistas, parecidos a bultos de faisanes muertos, que son las casullas de la misa de Pentecostés y de Corpus Cristi, que van a arder moviéndose como élitros de langostas violentas en las espaldas episcopales.

El austero, el melancólico nogal. Un ataúd de nogal para Erasmo, y otro para Fray Luis, el de León, y otro para Paul Claudel el eclesiástico, no para mí, no para mí.

Para mí, el álamo un poco proletario en que se hacen los ataúdes de los artesanos. El pobre álamo no se compromete con eternidad, y si lo ponen en cementerio húmedo se pudre al año y suelta su fajo de podre con lo que cumple su encargo.

El pobre álamo que no echa como el nogal 50 años en crecer, ni se cuida como el algarrobo de endurecer sus huesos para ennoblecerse ni se ciñe como el quebracho para que lo llamen marfil vegetal. Un poco truhán él, con su alboroto de hojas y apresurado como un mercader fraudulento en hacer madera, el álamo atolondrado que hace mala plata en primavera y oro malo en otoño: este para mí precisamente a causa de la deslealtad con que engaña al difunto y lo *pasa* a la tierra que es durable, justamente a causa de que está limpio de cargar mariscales y académicos y de que la codicia de los preciosos no lo ha ganado y en cualquier mercado es barato como el almidón y los arroces.

El alerce, de talla faraónica debajo de cuyo tronco me gustó detenerme por el puro goce de un toldo que me cobija a mí, con toda mi familia de fantasmas; el alerce de que yo quisiera hecho, mejor que de carne, mi corazón. Porque no sabe podrirse, lo mismo que la buena cantera; y porque no cría plebe de piojo ni sucia grosura de larvas, tiene aroma que la sangre del corazón no sabe poseer, porque recién cortado sabe secarse, lo que mi corazón, rebanado de mí, no sabe; porque es rojizo, con insinuación y con intención de carne y se lo prefiere sobre otros, para lindas artesanías y él ha de gozarse, en el enternecimiento senil, las puerilidades preciosas que en él logran: el trompo de niño... tanto como la barca ballenera y los toneles en que alienta generosamente el vino.

La Tagua ecuatoriana, que repugna la abundancia tropical y que casi es pequeño por gana de restringirse el corazón afirmándoselo. La Tagua cuyo fruto cae sólo en las rodillas del indio, con una callada caridad vegetal, que contiene leche como el cuerpo de la mujer y en la leche dulce, las nueces ceñidas que entrega un sésamo mejor que el sésamo en la cobertura servil, más tenaces que la voluntad del Cid, que casi son marfil, y es fruto perfecto en la norma en que las criaturas perfectas lo han sido: con carne benévola y hueso testarudo.

ELOGIO DE LA NATURALEZA

LAS VIOLETAS de pequeños ojos, que empinan el aroma sin quererlo, que están enroscadas como el gusanillo mañoso por no ser vistas, pero cuyo aroma las grita como al santo lo grita su halo, y que paran en seco el paso al vagabundo.

La violeta que embalsama el pecho del cazador tendido en el acecho y le hace perder el salto del venado mientras le busca: la aguda violeta, que oye a sus propias hojas con sus orejilla en alto.

La violeta, que cura, que suaviza la garganta de la niña enferma y vuelve a hacerle las palabras fáciles, como es fácil su propia hojarasca.

La violeta es suave y secreta.

La amapola que hace la nuez cerrada del sueño. La planta buena de la amapola, que no estaba ocupada, como creíamos, en hacer la flor frenética, cortada en el mejor poniente, ni en hacer siquiera la hoja abundante, parecida a la cola de las isabeles reinas, sino que estaba hinchada y endureciendo el puro globo del sueño, gracias al cual la pena se descolora, y la obsesión se sume y se acaba.

La amapola ya seca, que tiene un disco parado sobre su cabeza, con dejo heráldico y que de cada uno de los radios del disco fijo, expande, en saeta, el sueño hacia la montaña y hacia el buey blanco que era dormido ahora.

La flor del saúco, que está sobre cada anécdota de mi infancia; que cae encima de siete años de mi infancia. La flor del saúco gruesa y fina y pestañuda, con un olor fresco y doméstico.

Yo veo mi taza blanca jaspeada de azul, y el corimbo pesado que había hervido de abejas humeando para mi fiebre. El saúco era verde y blanco, blanco verdoso, como uno de los ángeles de Juan de Fiésole, y yo le estoy mirando aún contra mi cielo de Elqui.

La corre-vuela blanca, que corría por la viña como un juego fatuo y se moría en tres días. Alcanzaba las cepas enanas como yo, y les colgaba sus campanas de mentira; yo les allegaba mi oído y nada; las golpeaba en el borde, nada. Después en la noche, la corre-vuela me enredaba los sueños en el chisme de su talle de hebra. La corre-vuela que anda como la culebra golpeando con el pecho el suelo.

El romero de Castilla, los romeros chilenos menudos y densos, parecidos a la oración de frases breves, romeros de flor de un azul metido en lila, que curan todos los males en una especie de catolicidad, en la que creen los que creen desde la lepra eterna a la fiebre de una noche y que no se regatea a pecho feo ni a entraña vieja, para cumplir con lo que sabe. El romero que en mi valle comienza en los cerros y

acaba en los huertos con su olor bueno que ahuyenta al brujo, con su olor sencillo que se aprende bien como dos cifras, olor honrado que da sosiego. Olor de romero en mis ropas de niñita donde estaba en un gajo en cada pieza y en colchón, áspero como de insecto seco, en el fondo de la caja. El romero jesucristiano, gratuito como Jesucristo y con El sin alabanza y con tardío recuerdo en la repletez y la vanidad de estos tiempos.

El azahar que se abre en estrella, como las cosas felices, y que hace del naranjo nocturno un jaspe que alucina; el azahar que tiene su capital de aromas en Granada, donde pára a la fuente y en la hora da su olor agudo de punzada, y que vuelve por su esencia, como grávida, una tierra y la vieja Tierra; el azahar que nos hace tambalearnos de su esencia, como la palabra de Isaías al Rabino.

El azahar amarillo de los enfermos, con olor más lejano que Omar Khayyam, amigo del corazón ciego, el cual ahora busca los aromas que son lentos, como el paso en la arena.

ELOGIOS DE LA TIERRA DE CHILE

LAS COSAS MEJORES vistas en la tierra de Chile, primero en treinta y tres años de tenerla contra el pecho y, después, en doce de llevarla en la memoria, pueden ser éstas y podrían ser más.

1 —LA CORDILLERA

La primera estación del elogio para la Cordillera, terriblemente dueña de nosotros, verdadera matriz chilena, sobre la cual nos hicimos, y que, más voluntariosa que la otra, no nos deja caer: vivimos bajo ella sin saberlo, como el crustáceo en su caparazón, y nos morimos dentro de su puño señor. En los valles, ella nos quita cielo; en las abras, ella nos lo devuelve.

Cordillera regaladora de aguas donde es preciso, y más de nieves que de aguas; pero, en verdad, hogar puro de fuego en unos volcanes adormecidos, que no dormidos. Cordillera despistadora, con su lomo cierto, y que de pronto se acuerda de su vieja danza de ménade y salta y gira con nosotros a su espalda.

2 —EL MAR

La segunda hermosura chilena la atribuyo al mar. Magallanes lo nombró a lo mago, para que el nombre adulador lo domase o lo conmoviese.

Agua grande hasta el Asia, agua solemne de verdes grises, y hacia el Polo, agua loca de cardúmenes de islas, siempre posibles de navegar y no fácil de navegar, muy mar, es decir muy dueño de voluntades y antojos.

Hasta siete gorgueras de oleaje se le cuentan en la costa de La Serena. Mar lujoso y frío antes de llegar al trópico, donde dejará las leches verdosas para no tener en adelante sino su azul de hosanna.

Las gaviotas quieren estas aguas más que las tropicales; los pingüinos hacen su guardia hacia Tierra del Fuego, en unas armadas ingenuas o en unas praderas de pechugas blandas; la ballena aparece donde se la piensa, y donde no se la piensa también, y los témpanos la hacen, en sus postrimerías, un agua fantasmal, poblada de legiones fantasmales.

3 —MINEROS Y NAVEGANTES

El tercer elogio es, naturalmente, para mineros y navegantes. Se puede ser sobre la tierra de Chile cualquier otra cosa; pero siempre, y de algún modo, se habrá sido navegante o minero, arañador de lo más terco o paseador de lo más dócil.

Los hombres nacen en Atacama y Coquimbo marcados por su demiurgo para la mina en lomo y costado, prevenidos para la barreta y el pico, y nacen también con el metal asomado en sus ojos anchos de hombres de cerros, que gozan mucha luz en las infancias y ninguna después, aparte de la que les da el metal en fogonazos repentinos.

El minero habla en su vejez con un ritmo que no tenemos los de arriba, con las subidas y bajadas de la barreta salvaje y musical, y a mí me parecían sus hablas unos "arrorrós" y unas "nanas" muy extraños cuando los oía en las noches de Elqui, a la orilla de la fogata. La barreta les "pena" en la garganta diez años después de que la dejaron.

Ahora los marinos. Antes de que la América aprendiese amor de barcos, el chileno navegó convidado por su costa y laceado por la marea, que cuando sube no busca dunas, sino pasto de hombres para su aventura.

Navegamos trópico arriba en trueque de frutos y navegamos capricornio abajo, en busca de la ballena y el lobo de mar; y hacia el Oeste navegamos para irnos a encontrar, como en un cuento, la isla nuestra de Pascua, en la Oceanía, cazada por nosotros allí, en mar remoto, tal vez sólo por eso, porque no se quedase muerto para nosotros el gran Oeste.

En los Talcahuanos y los Corrales fundamos industria de veleros y barcos. Quien recibió mucho mar queda comprometido con todas las

artesanías marinas. En cualquier caleta se tejen redes con manos chilenas, que, cuando hacen, siguen y persiguen. De Talcahuano salen orondos otra vez para el agua los barcos que desquijarran las tormentas o las lindas criaturas nuevas que llaman goletas.

4 —LAS ALAMEDAS

La cuarta estrofa alabadora se la mandamos a las alamedas.

Campos de Colchagua o de Concepción, civiles campos limpios de barbarie, grandes aseos verdes, bien está que no los partamos con muros chatos ni con alambreras plebeyas: los tajamos por la espada doble de una alameda, parcelamos con las lindes gruesas y esbeltas del álamo innumerable de California o del chopo español.

Tenemos la costumbre de ir del pueblo al pueblo, de hacer la legua o la milla marchando dentro del cañón umbroso de una alameda, de un lado oriente, del otro poniente, o de una parte cielo tenebroso y de la otra unas bellas lunas francas.

Los arrieros de metal o de frutas van arriando entre este doble amparo de álamos leales, y cualquier camino nuestro nos toma en una pausa de alameda y nos deja en el remate de la otra.

Andamos errando por extranjerías, y si nos miran los extraños en la hora del descanso, cuando el alma sube y se derrama sobre la cara, si nos ven ellos esas sombras que pasan o se quedan, aquello será un cono roto de alamedas o la lengua de un álamo solo que cae sobre nosotros.

5 —ARAUCARIA Y ALGARROBO

La quinta aleluya la ponemos sobre dos árboles de Chile, que son la araucaria, sin superlativos, y el árbol del yermo que mentamos "algarrobo".

La araucaria se lanza al cielo con una masa violenta de ímpetu y suave de grosura. Después de ella y de la palmera real, todo el resto puede llamarse plebe botánica, más o menos donosa y más o menos feliz, que ellas dos, palma y araucaria, dieron el mejor gesto y lo gastaron. Después que se la vio, contra cielo duro o contra cielo blando, el ojo se queda en el reposo del hombre del Loire que fue y volvió de Chartres.

La araucaria penetra su bajo cielo araucano, dejando cuarenta metros a costado y costado, y acepta sobre sí la nube baja, que no la agobia

ni la afea, o consiente sobre su bulto entero la niebla, que hace con ella el mayor y el mejor de los fantasmas La muy ancha se adelgaza en cielo y en valle grande, y sólo en las quebradas asusta y hace gritar; la muy hojosa se aligeró a cuchilladas horizontales, con lonjas de cielo entre los brazos; la muy verde, brotada entre grises negros de cielo y suelo, se compuso, a lo señora, un verde real, exento del descoco de los otros desalentados.

Ni necesitaba dar frutos la que cumple con ser y estar; pero los da, dentro de unas piñas pulidas, en almendras cuyo sabor anda en boca de indios. El fruto se masca en invierno, cuando el durazno ya no parece y las últimas uvas ya pararon en pasas o en vino.

Quien no goza araucaria, porque no tiene lluvia o vive en serrana calva, ése posee, aunque apenas lo mire, su algarrobo de la soledad seca.

Al tronco duro, pensado en metal, le alcanzan unas savias afligidas para echar un follaje mimoso, y, en consecuencia consigo mismo, da unas bayas, también metálicas como el leño, y ellas son las que suenan en el viento y los vientos.

Quiere eternidad el pobre algarrobo, cuyo leño dura el siglo y lo pasa. Los muchachos no le buscan la poca sombra; el arriero y su mula se la quieren el rato que dura el comer y el acinchar; no sé si el leñador, que es su hombre, lo ama o lo destesta cuando pelea con él de veras cuerpo a cuerpo, como fiera y fiera, hora de horas, hasta que el recto se tumba y el agazapado se endereza.

En la tierra de Coquimbo, donde quemamos algarrobo en la noche de helada, tan mineros parecen los leñadores como los otros, o son los mismos en la lucha con tronco o su metal.

6.—LOS FRUTOS

La sexta bienaventuranza se la llevan los frutos, es decir, el huerto chileno, que hacemos lo mismo las mujeres que los hombres.

El durazno y el damasco (melocotón y albaricoque), el manzano y el peral, serán lindos en otras partes donde tenían costumbre de dos mil años; pero allí se están como se estarían en el aire, también nuevo, del paraíso.

La manzana de Cautín y Valdivia engruesa sin caer en desabrimiento y no conoce la acidez de la pretendiente californiana. Fruta de callado y largo aroma, si no fuese tan grata a la lengua, la pondríamos a echar aroma, y nada más que aroma, en armarios y alacenas. Ella es más señora, por menor exagerada, que la piña y también

más fiel en su demorar, en su tardarse, doblando el año, intacta de contorno y entraña.

La pera le anda a la zaga, con las perfecciones opuestas: contra la sequedad de la austera, ella tiene su chorro de jugo; contra la forma clásica de fruto, ella ofrece sus jorobitas y su escorzo de niño.

El durazno se da con mil carnazones y sabores: rojea, amarillea y blanquea en una leche verdosa, y sus nombres europeos de Victoria o Rivero ya no le sirven porque ha mudado y lo han mudado en un laberinto de géneros novedosos, y ya no valen los sustantivos para él, sino los adjetivos mejor nombradores: carnudo, enjuto, suave, recio, tierno, fundido.

7 —ARCHIPIELAGO

La séptima estancia del elogio se aplica a los archipiélagos del Sur y a su desenfreno de penínsulas y canales.

Una mitología hubiese contado que un pez monstruoso vino del Polo Sur y que a cuarto de camino hacia el Ecuador fue desovando y desovando, y dejó atrás ese reguero loco de islas. El pez polar se fundió, alcanzando agua tibia, y los cardúmenes no repitieron el viaje... Allí quedaron en núcleo de Osas Mayores y Andrómedas en constelaciones verdes sobre un mar que es gris, como el bulto del pingüino. Se llaman con nombres atrabiliarios, propios y extranjeros, hasta que los rebauticemos con todas nuestras criaturas que hay que mentar de nuevo: Hannover, Wellington y Reina Adelaida...

Las gentes de gustos cómodos navegan los canales hacia el verano, por tener cielo claro y aguas sin trampa. Pero es en el invierno cuando el agua austral tiene lo suyo y entrega lo suyo, que son sus dioses huidizos. Entonces se les navega con un cortejo de témpanos destacados en santos rectángulos o en procesión de fantasmas que siguen al barco y lo toman y lo dejan en unos lugares aborrecidos del marino y a que los curiosos deseamos llegar.

Una niebla morada o amarillenta emboza las islas y ciega los barcos, niebla zorra, que dicen los marineros, por mañosa y traicionera.

No es tan perverso este último mar como lo contaron, ni tan salvaje que no le guste novedad de navegación y servidumbre de capitán. Suele tener su sol, y es el más tierno sol de este Mundo cuando se comen en horas la niebla rala y deja ver la última tierra chilena, partida en lucha por persistir y alcanzar el Polo o la nada.

8 —ARTESANIAS

El octavo regaloneo de la alabanza se les dirige a las artesanías criollas y araucanas, a los muñecos de barro que venden en la Feria de Chillán, a los vasos de cuerno que vocean en Santiago sobre las gradas de la Catedral y a los "choapinos" clásico de la Araucanía.

Las figuritas están hechas en un barro que vuelven de negro entrañable y que es tan bello como el blanco por su antojo de absoluto.

Hacen en él, sobre él y por él bestiarios nunca vistos: caballos que se pasan a venado, pavos que se deslizan a gallo, vacas que van para alpaca; ensayan ellas la marcha de una forma a otra, no se paran en ninguna y a causa de ello la serie de los modelos no se agota. Esos alfareros, esos amasadores, esos imagineros, tienen presente cuando contornean y soban las primeras formas de este mundo, antes de que se hincaran en tipos, las que balanceaban entre dos o tres intenciones muy a su gusto de no decidirse y no acabar de ser lo que ya iban a ser.

Los vasos de cuerno andan con unos colores rubio avena, rubio cáscara, rubio maíz, lindamente veteados al azar en franjas más prietas; hacen el agua que se bebe en ellos provocadora de la sed y el ojo la mira con gusto mientras la boca sorbe.

Se pliegan esos vasos, porque sirven más a viajeros que a sedentarios; se llevan en la mano cerrada o se echan al bolsillo sin que lo abulten.

El cuerno costrudo, terco y feo, pasa a ser en ellos, gracias a la mano rebosadora, una materia nueva, medio carne de niño, medio guija de arroyo, y al beber tenemos al mismo tiempo en la mano un agua de oro y en las palmas ese tacto amable.

Los "choapinos" los hace, desde que el sol alumbra artesanías, la india araucana sobre sus rodillas, y teje acompañando el ritmo del telar con la extraña canción araucana, sin comienzo ni remate.

El choapino se corta, ni tan grande que se pase a tapiz ni tan pequeño que se vuelva nadería. Lo cortan de seis cuartas por ancho, o de ocho por diez, porque es más bonito el rectángulo que el cuadrado y menos engorroso que el círculo. Sobre el cuadrado severo arden con fuego quieto unas cruces svásticas en granates o azules, y unos rombos amarantos, unas grecas de coloración eléctrica. Ni flores ni hojas, ni alas o garras de animal, ni cosa que obligue a la curva pérfida, sino dos rayas recias que se cruzan o se soslayan de cuantos modos es posible cruzarse o soslayarse.

El choapino sirve para los usos que se le ocurra a la mujer, que siempre serán muchos: calienta los pies del apoltronado, que no camina

en las lluvias de Cautín; cubre la mesa, que sin él parece cruda o como menos honesta; regalonea la cabeza cuando lo hacen cojín, o es claveteado sencillamente sobre un muro, donde da a los ojos vagos sus crucecitas precisas en que se hinquen o les regala el gozo puro de su color. En la pieza genuina, que los mestizos van degenerando, los colores del fondo rodaban siempre entre un negro topo, un café ciervo o un gris culebra, tintes que iban bien con el alma sin fiesta del araucano, la cual huye color de sol, de pájaro o piedra preciosa, que él nunca tocó en su suelo de lluvia, niebla y nieve.

Y este choapino severo, en geometría seca y viril, lo tejen sobre lana para que tenga algunas ternuras, y son ésas unas lanas bien ahiladas y bien apelotonadas. Aunque el mestizo se las imite por hacer trampa, la palma de la mano reconoce la pieza verdadera en la suavidad consumada del anverso y en el decoro de los remates del reverso.

9 —LA CUECA

El noveno jalón de la memoria es para la cueca.

Cuando septiembre nos devuelve los días buenos y en las lonjas de viña o de trigo, la vendimia o la trilla, se quiebra el invierno, la cueca comienza a hervir en nosotros como un mosto; la cueca va y viene en la luz de los valles lo mismo que las lanzaderas que corren a lo ancho del telar.

Hombres de remo y de azada y mujeres de cunas y podas, todos ellos carne batida de tirsos, abren sobre la era grande o en el patio de la casa la cueca que es la pelea de dos temas y de dos expresiones. El canto y el baile suben y bajan de la violencia a la melancolía; el frenesí se rompe en la ternura y a lo largo de las estrofas ninguno acabará ganando.

Limos del Llano Central, costras de la pampa o playas nuestras, todo eso ha saltado y gemido como un tambor loco de los talones bailadores, toda tierra chilena ha clamoreado de un taconeo febril, que se parece al de los pisadores del lagar.

La cueca tiene doble entraña y doble índole porque la bailan hombre y mujer, y a los dos, a varón y a varona, ha de complacer y manifestar Por eso ella tiene del fuego y del aire, del reto y del acatamiento.

Va el hombre en un enroscado torbellino y la mujer sale a su encuentro, casi se deja coger de la llamarada, y luego se burla con el bulto, sin quitar al hombre la presencia y siguiéndole con su vista amante.

La cantadora "lacea" con rasgueo y voz a la pareja hazañosa; pero el coro, que aquí no es mudo, lanza sobre ella además las interjecciones que adulan o escuecen, que mofan y alaban.

Vuelan sobre el grupo báquico los pañuelos, el alcohol y la pasión.

La raza sin muerte, caldo de una sangre subtropical, cuerpos que están vivos de mar o de luz de altura, baila su orgullo vital, bate su entraña que no quiere ensordecer, danza la vieja gesta del amor cerca del mar, que se la enseñó frenética, y de la montaña, que se la contó ritual.

EL PAISAJE MEXICANO

ESTE PAISAJE del Valle de México es cosa tan nueva para mis ojos, que me desconcierta, aunque el desconcierto está lleno de maravillamiento. Yo he vivido muchos años en paisajes de montañas; pero de montañas agrias, en ese que yo he llamado paisaje hebreo por la terquedad y la grandeza hosca.

También aquí me ciñe un abrazo de montes; pero, ¡qué diversos!

La meseta del Anáhuac tiene, como se sabe, una altura media de 1.800 metros sobre el nivel del mar. Sus cumbres, el Popocatépetl, el Iztaccíhuatl y el Ajusco, se elevan sobre ella, mas no dan esa impresión de formidable muro que es nuestra cordillera en Santiago: están aisladas, y su altura, de más de 5.000 metros, queda así muy disminuida, vista desde la meseta. Son cumbres dulcísimas, de una línea depurada, como hechas por la mano de Donatello. Muy dulces. Nos levantan sobre la meseta faldas anchas y poderosas. Varias líneas de lomajes y cerros velan sus asientos y aparecen solamente las cumbres buriladas contra el azul. Es la palabra, buriladas. El Dios que hizo estas montañas no es el Jehová potente, ni siquiera el Dios cuya mano enérgica amasó Rodin; éste es un Dios que hace su tierra con dedo acariciante, y yo he recordado, mirando esta naturaleza, el elogio que Anatole France hiciera del paisaje de Florencia. No me dan la visión de cordillera ni de la gran Sierra que ellas son; me parecen estas montañas obra de arte, en vez de creaciones de la feroz naturaleza.

La que más amo es el Iztaccíhuatl, o sea, La Mujer Blanca. Línea a línea, es una mujer tendida y vuelta al cielo. Tiene una elevación como de pierna recogida, y otra menor que simula el pecho. La blancura de su nieve eterna (aquí lo de eterna es verdad) aumenta la visión deleitosa.

Mi casa de Mixcoac (alrededores de México) queda frente a ella. La saludo al abrir mis ventanas como a mi diosa tutelar. Cuando no tiene su espesa supersposición de nubes, ¡qué dulces suben de ella las mañanas!

El cielo de México es maravilloso. Generalmente está límpido, en las primeras horas del día; pero mantiene siempre las nubes en los bordes del horizonte, descansando sobre su línea de cumbres

A medida que avanza el día, el cerco blanco se va subiendo al fin, se estrecha y se oscurece y empieza la lluvia de todas las tardes.

Es una lluvia ligera y breve. Ella es el eco debilitado de tempestades lejanas. Deben ser las tempestades hermosísimas y terribles en la línea de las montañas. Alcanzan al centro del valle sólo sus ecos, sus ecos.

Desde Cuba vengo habituándome al juego épico de truenos y relámpagos, juego wagneriano que a nadie inquieta y que a mí me hacía palidecer. Recuerdo el inmenso garabateo de rayos que jugaban fantásticamente sobre la Isla de Cuba la noche en que nos aproximábamos a ella, y que yo miraba temblando desde la borda. Ahora ya duermo tranquilamente con esta música guerrera que me dan las Sierras Madres; pienso que es una soberbia canción de cuna, y cierro los ojos confiada...

La lluvia cotidiana a que aludía es una de las bendiciones de Dios para esta tierra. Aunque jamás se siente en la meseta un calor intenso, es necesaria y deliciosa a la par. Hacia las seis o siete de la tarde ya ha cesado, y sube la exhalación de la tierra, en un vaho de frescura. Se hizo la desecación de los lagos que rodean a México. Según algunos, la desecación era natural y solamente se apresuró. La arena que vino a cubrir una gran extensión de terreno, vuela sobre la ciudad en un polvo menudo que esta lluvia aplaca, devolviendo al horizonte la nitidez que tiene y que es para mí el mejor atributo del paisaje.

Dije que el cielo era maravilloso. No le he visto aún las tardes ricas de color de que me hablan los mexicanos, y que vienen con el invierno. La hermosura del cielo es para mí la de su infinita extensión y la de sus anchos juegos de nubes.

Como no hay esa muralla épica de nuestra cordillera, que disminuye el horizonte, este cielo mexicano es vastísimo. Las nubes son dilatadas y ligeras y tienen como mayor movilidad, como menor espesura que las de nuestro cielo del sur. Tejen allá arriba un universo fantástico que yo suelo seguir una tarde entera desde la azotea de mi casa. Son juegos graciosos e infinitos. Es un avance hacia la mitad del cielo, y que termina con esa lluvia de todas las tardes.

No he visto muchas noches despejadas Al revés de lo que pasa en nuestra zona, estas noches vendrán con el invierno...

Mi fiesta cotidiana es la de la luz de la meseta. En los primeros días fue para mí una especie de éxtasis ardiente que sucedía al éxtasis del mar. Aunque entrecerraba mis ojos la luz por su crudeza, yo la

recibía como debieron hacerlo los aztecas, místicamente. Era la compañera de mi infancia, perdida tantos años y que vuelve a jugar conmigo...

El valle en que nací la tiene semejante, y yo le debo mi rica sangre, mi férvido corazón. Mis años de tierra fría fueron un largo castigo para estos ojos, los acostumbrados a beberla y a vivir de ella, como se vive del sustento. La he recuperado aunque sea por un tiempo y dejo que me riegue largamente. No querría perderla ni una sola mañana. Canta en mi pecho y en mis venas. La estoy alabando siempre, con una exaltación que no pueden explicarse las gentes mexicanas que nunca conocieron la tristeza desolada de la tierra austral.

No es ésta la luz de Cuba, cegadora, que parecía romper mis ojos, y que apenas me dejó mirar esa Isla que yo he llamado la rosa de fuego, porque es hermosa como una terrible hermosura de brasa desnuda. Tan intensa era esa luz que me daba la impresión de que yo no había conocido hasta entonces el sol.

Esta no: es viva sin ser heridora. Y el paisaje que pinta no es crudo ni chillón. Yo pensaba en los pintores, desde Panamá hasta Cuba. ¿Cómo pintar esas coloraciones tan de cromo, de una brillantez que en la naturaleza es maravillosa, pero que en un cuadro resultarían excesivas?

Y hablaremos del clima, consecuencia de los elementos que ya he descrito: la altura, la lluvia y la luz.

Veracruz es ardiente; un poco menos siempre que La Habana; me dicen que Yucatán es el verdadero trópico, y lo son Tabasco y Campeche, los tres estados que la península tiene en la costa sureste. A cuatro horas de Veracruz ya me encontré con una ciudad de clima clementísimo: Jalapa. Fue el saludo de dulzura que me hizo México. El clima de la meseta es una suavidad imponderable. No diré que es el mejor del mundo, porque la frase está desprestigiada ante mí misma. La dicen gentes que no han recorrido ni un cuarto de mundo, la dicen por patriotismo geográfico.

Pero puedo decir de esta temperatura que es una delicia inefable. Para definir lo que es un buen clima, voy a apelar a un viejo recuerdo. En un grupo de amigos decíamos cierta vez que la excelencia de las cosas consiste en que hagan olvidar esa misma excelencia: el mejor estilo es aquél que hace olvidar la idea de estilo, la santidad es el estado moral que borra toda impresión de santidad, reñida de lucha espiritual. El mejor clima vendría a ser aquel que hace desaparecer enteramente la idea de calor y de frío, que son los elementos que constituyen el clima. No he sentido hasta hoy nunca, ni en plena lluvia recibida sin

resguardo en el campo, frío alguno, y el grado de calor es solamente aquel necesario para dar la sensación de bienestar. Al caminar mucho se siente el cansancio que da la altura, pero no el calor.

Yo he apreciado aquí en todo su valor la importancia de una temperatura privilegiada. Solía decir en Punta Arenas que su horrible frío era una desventaja moral: me hacía egoísta; vivía yo preocupada de mi estufa y de mi carne entumecida... En La Habana viví cuatro días exclusivamente ocupada de matar el calor, de disminuirlo siquiera, con mala fortuna, por cierto. En México puedo ocuparme de todo y no sólo de mí misma. La actividad no se resiente como piensan algunos por la dulzura del clima; para los pobres que no tienen ninguna forma de felicidad mundana, se me ocurre que este solo clima suavísimo debe serles una forma de dicha. Corrijo, sin embargo, mi pensamiento: los que han nacido aquí no pueden sentir en esto lo extraordinario que yo encuentro, y que llega a producirme ventura.

De la dulzura de las cumbres y del cielo bajan los ojos a la del Valle. Esta palabra Valle la adopto sólo por respeto a la geografía oficial. El Anáhuac no es lo que nosotros llamamos en Chile un valle. Le sobra extensión para ello: es más bien un llano dilatadísimo, de una línea horizontal casi perfecta.

Es un paisaje suavísimo, como un juego delicado de las arcillas que durante siglos las vertientes de las montañas han ido depositando. En torno de la ciudad de México hay campos, campos extensos, cubiertos de pastos y de árboles aislados, grandes fresnos, graciosos chopos y huejotes (árboles muy parecidos a nuestro esbelto álamo). Todos estos árboles me hacen recordar los de Corot, elegantes y sobrios como figuras humanas.

No es nuestro campo quebrado, con hondonadas donde los matorrales dan una ilusión de grutas sombrías y frescas. La planicie es perfecta y la luz lo baña todo.

Los solares rurales están separados unos de otros por líneas extensas de magueyes, la planta característica de la región, la cual merece que yo, mala descriptora siempre, procure sin embargo describirla, porque vale el esfuerzo...

Es una planta de inmensas hojas que tienen de dos a tres metros; anchas, cenicientas, de punta zarpada, caídas hacia los lados como caen los chorros de un surtidor. Dos o tres metros de altura también; hojas durísimas y gruesas que dan la llamada pita del maguey. Esta es una fibra industrial de primer orden, que proporciona a los indios, aquí en la meseta, la materia prima para sus admirables tejidos. Otra especie de

la planta que abunda en Yucatán da la llamada fibra de henequén, de la cual se saca la seda artificial y se hacen las mejores jarcias conocidas

Ya en el trayecto de Jalapa a México venía yo alabando los hermosos magueyes como motivos ornamentales del paisaje Un compañero me rompió el elogio

—Es hermoso, pero demoniaco, me dijo Equivale a la endiablada hermosura de la viña de ustedes El indio arranca del maguey el aguamiel, de sabor delicioso, pero que se convierte después en nuestro pulque, la tremenda bebida del pueblo

Así es, mas el decorativo y noble maguey no tiene la culpa

Del centro de la planta, en el punto que puede llamarse su corazón, el indio aspira el jugo en una ablución lenta Su malicia, como la de Noé, lleva a la fermentación Obtiene después de ésta un licor que produce el efecto de los alcoholes de mayor grado Para daño del pobre indio, esta bebida resulta baratísima, y ni siquiera puede enrostrársele a él su vicio como cosa cara La planta es numerosa y no necesita cultivo

Este es, simplificadísimo, el paisaje del Valle de México suma suavidad y también suma sobriedad

Hay que salir de la meseta, según me aseguran, para encontrar el paisaje agrio y exuberante

ELOGIO DE LA ISLA DE PUERTO RICO

ESTAS SON LAS COSAS de mi isla de Puerto Rico que yo veo juntando los párpados, no tanto que las busque en el golfo interior donde se me vuelvan símbolo, ni entreabriéndolos tampoco tanto que la tierra de Cuba me las confunda con las suyas al igual de las caras de las dos hermanas que desesperaban al de la canción, como nos desesperan las confusiones

Estas son las cosas que navegando el Mar Caribe y dejando atrás mi isla pequeña, con las gentes que en ella quiero y me quieren, venía yo mascullando en el aeroplano, por deseo de que no se me olviden ni en el mañana que está cerca ni en el nunca que no está

Estas son las cosas que si no vuelvo nunca a Puerto Rico haré que me cuenten y me recuenten para que no se me deformen con el recuerdo recreador que es el mío, el cual rehace los objetos por pura ansia de resurrección y así los desfigura Estas son las cosas que en este trance me mandarán mis amigos, en fotografías, o bordadas en punto de cruz, o talladas en la calabaza del coco, o en simples cartas de un grafismo de Epinal

Estas serán las cosas que cuando me muera, si quedamos un tiempo, como dicen, entre el cielo fino y la tierra gruesa, yo bajaré a verle a mi Puerto Rico, en ese vagabundeo arrastrado de niebla de las cinco de la mañana, que hacen los muertos.

Catorce cosas son, y se me parten en porciones de siete, que es como todo, se me divide en la miga de la memoria; pero cada una es tan excelente que vale las trece restantes y me hace mucha falta en la dicha si se me queda afuera.

Hay que leerlas sin pensar que las alabadas más brevemente sean mediocres, sino que por decir algunas ansiosamente se escapan con un solo golpe de aliento.

LA TIERRA

La tierra de Puerto Rico se dice, en primer lugar, ya que es la mesa en que voy a acomodar las demás para lucirlas.

La tierra es más blanda que en parte alguna y no ha hecho sino intentona de montaña en la sierra única. El resto del territorio es una arcilla menos que arcilla, tan suave por servicial que el demiurgo ha debido hacerla después de las tierras de cuarzo y pedrusco, cuando la palma ya tuvo gana de amasar pulpa para descansarse.

Al que la cultiva no le cansa y al que la camina le va mimando los pies (La metáfora de "los caminos que nos sangran" no sirve para ustedes, Chevremont y Torrens, puertorriqueños). El bochorno la quebrajea ocho horas, y la lluvia le junta los labios enseguida, y aunque ríos-ríos no tiene, sino casi-ríos, el río cotidiano y vertical de la nube la asiste suficientemente.

COLINAS

Las mil colinas se dicen las segundas. Cosa tan blanda como ese suelo tenía que rizarse al igual que el cabello dócil; cosa tan dulce tenía que puerilizarse, y ella se puso a hacerse o a dejarse hacer ondulaciones jugando consigo misma. Alguno habrá contado la cifra exacta de esas colinas, tal vez el felibre[1] Ramírez, que es el hombre que más averigua esa tierra, y si yo viviese en la isla, como no le dejara colina por subir y bajar, me la sabría también.

---

1 Felibre, el cronista regional de la Provenza

Los fabulistas que vengan deben inventar fábulas sobre este capricho del suelo de redondearse moños, de amasarse jícaras boca-abajos y de dibujarse caracoles sentadas Los indios caribes sin duda las hicieron, pero fueron barridos de la isla y ahora están acostados con su folklore entero en lo oscuro un mito al lado de cada calavera seca

LA ATMOSFERA

La atmósfera se dice la tercera El cielo tropical es absoluto, de un absoluto teológico, y de lo que he visto yo en este mundo nada convida como este cielo tropical a pensar, a querer y hacer las cosas en el orden de perfección de este cielo que agota el azul posible

El mar está ahí, el mar está allá con caminar poquito se le deja y con caminar poquito se le vuelve a hallar maravilla de la Isla y de las islas En las otras tierras el mar es ribete del ojo y pizca de sal en la boca, en las islas se anda regustando la sal como un grano pegado a la comisura, y si el mar es padre para la vista, es madre por este saboreo En esta atmósfera está bien cualquier cuerpo, pero los mejores están como en ninguna parte y se ven cabales y se sienten cabales Al cocotero no se le ocurre existir en otro ambiente que lo borronee y aquí se ha puesto a doncelear Como el cocotero hay que hacer para sabernos nuestra sombra e ir a la isla antillana donde la luz nos recorta y nos confiesa

LOS COCOTEROS

Los cocoteros se dicen enseguida, las palmas, que no se cuentan A cada indio muerto el español plantó una palmera viva, rehaciendo el paisaje lo mismo que la raza, para olvidarse de la isla *pasada,* con indios y sin palmeras

Cuarenta días de mi vida me estuve mirando este cielo nuevo para mis ojos, listado de cuellos vegetales, estriado al millón de palmeras, especie de telar que hace las urdimbres y deja que el canto de los pájaros y de insectos locos pongan la trama invisible pero vivísima

Después me van a parecer los otros cielos como desnudos, vacantes de este soberano coro botánico Cocoteros en procesión de Panateneas, palmares en masa trashumante que ha hecho un alto por no sé qué signo de orden, palmas agrupadas en tertulia familiar, que cambian gestos de amigos Ellas se tocan por la cabeza y se huyen por el cuerpo, y suenan arriba duramente, pero siempre resulta una melodía en lo bajo lo que en lo alto es choque de cabeza crinadas

EL CAFE

El café se cuenta el cuarto y pudo también contarse antes, porque es el vestido botánico grande, y fino, y eléctrico, de la Isla.

Tan ardiente y tan tímido como suelen ser algunos ardientes, el café teme al mismo sol que le hace su frenesí y pide caperuza de tutor que lo ampare y lo refresque. La guava cumple el bonito menester; pero en Ituado lo sirve nada menos que la poma-rosa. A causa de estos gustos mixtos de frescura y bochorno, el cafetal anda trepando por lomas y quebradas. Como es el follaje cobijador el que se luce, al cafeto hay que buscarlo por las finas oscuridades de lo bajo, donde los ramilletes rojean con una ardentía confesada en el verde austero.

El cafetal de Llauco culebrea por las colinas con listón o mancha, siempre velado, y siempre delicado en la penumbra y vivaz de su fuego guardado. La tierra se llama Llauco, así con nombre diptongal, para que se oiga bien, y al forastero que pasa le apuntan este nombre a fin de que no olvide que éste es el café arcángel entre los cafés ángeles del mundo, el trozo clásico del producto prócer. El espíritu del café circula por los poros de esa tierra de migajón fácil, y es cosa más noble todavía, que el espíritu del vino en la viña de Virgilio, que necesita al cabo malicia de hombre para volverse pasión.

Yo he dormido en esta tierra vehemente de Llauco, y como al cabrito de la leyenda árabe, las venas del perfume del café, su alma circulante debajo de mi casa, me daba un sueño rico, hasta un poco alucinante, y todavía me siento la sien cargada de esa pasión que chupé y guardé en tres noches de una almohada tan fuerte.

A un vicioso de este vicio mixto de ardentía y aroma que es la taza de café, le he pedido definición del de Puerto Rico, y él me la ha dado más o menos así:

"El café asiático o africano se parece a esos padres que siendo solamente buenos pasan a ser excelentes en los hijos. Los cafés americanos, y el puertorriqueño el primero, se han llevado delante en honra y provecho al padre árabe que emigró a tierra más feliz que su Yemen, al Trópico antillano para procrear estirpe de cafés".

"El café de Puerto Rico es viril por la intensidad con que salta al cerebro apenas bebido, y es femenino por la excitación sin daño que da a su bebedor. Al jazmín se le parece en lo de ser fuerte sin golpear el olfato, y al sentimiento que conmueve y no agita".

Dejo como mío el elogio del bebedor, y veo que me ha tomado el tono de alabanza que tengo al decir las artesanías. Al cabo el café es un trabajador-duende de los nervios y lo más fino que pueda darse entre los operadores de nuestra sangre.

LOS TORONJALES

Los huertos de toronja se dicen los quintos. Muestran el oscuro-brillante de la vegetación robusta, porque en las plantas una savia demasiado rica ennegrece el árbol enmoreciéndole el color, con lo cual los toronjales tonifican el llano donde el cañaveral adulto lo emblanquecía demasiado, dando a los ojos languidez.

En los lugares donde el toronjal domina, la tierra de la maravilla revuelta que es el trópico —árboles pecho con pecho y resuello con resuello— se organiza romanamente en escuadrón de troncos bajos y gruesos, soldados de espada corta y escudo.

Los toronjales que yo no me conocía, me recibieron en fruto como para curarme gustos sensibleros de floración, y se me mostraron con sus cuerpos ya cuajados de la toronja excesiva y perfecta. Cada uno parecía un carro de tributo romano cargado hasta los topes.

Cuando los pintores de alegoría anden buscando la estampa del árbol-cananeo con el perímetro cargado de fruto; cuando se asqueen de mitología sobajeada y no quieran ya pintar la sabida Pomona del pecho acribillado de frutos, sino al mismo árbol cargado y cargador, que se acuerden del toronjal de Puerto Rico, que cumplirá bien su encargo de estampa de la abundancia. El sostiene cuanto es posible sostener en tributo si no se es un altar de piedra lleno de becerros judíos.

Una fruta casi monstruosa es la que cargan en el millar de globos que de un lado se queman con la lamida del sol hasta quedarse negros, y de otro guardan su color verdadero de miel verdosa, sin rojear nunca como los demás frutos congestionados.

Desde la cabeza a la mitad del tronco, el árbol muestra un estandarte frutal, quieto de su riqueza, y él entero es una especie de Carlomagno frutífero que se exhibe seguro de que no se puede poseer más. No se le desgajan las ramas leoninas y yo no he visto entre cargadores de leña ni de metal uno más cierto que el de que puede cargar sin rasgarse.

EL ARBOL DEL PAN

El árbol del pan se dice el séptimo. El buen gigantón tiene las hojas en mano mitológica, partida y gozando el aire. Pocas ramas lo asisten lo mismo que a nosotros poco hueso, y por eso es tan humano que dan ganas de decirle "padre" —y se lo han dicho mongoles del otro lado—; carga un follaje escaso que es hermoso de eso mismo, de

extender pocas ramas en la luz, donde se las puede contar. El fruto no sabe mucho, sabiendo, en todo caso, lo que la santa harina, y lo columpia grandote, de modo de hacerlo ver al dueño jíbaro para darle la seguridad de su mesa.

Arbol del pan, grande, sabio y sustentador, dotado con virtudes de hombre, yo quiero darle jerarquía en este mundo: primero, la palmera real de Cuba; después, la araucaria de Chile; después, y lado a lado, el árbol del pan con la ceiba.

LOS "FLAMBOYANES"

El árbol del fuego se pone el octavo, el que lleva nombre español en el Salvador y al que en la Isla le han dejado el apelativo galo, bonito, pero advenedizo, de "flamboyant", que habría que abandonar, amigos míos, porque la planta, tanto como los hombres y las bestias, quiere ser mentada en lengua propia.

Las avenidas de flamboyantes arden cuando viene el buen tiempo de la flor vehemente, y hacen pensar en las avenidas de las hogueras rituales, preparadas para el paso de la procesión sacerdotal.

Los árboles de ramas gesticulares y áridas dan la floración absoluta sin mezclarla con abundancia intrusa de hojas en un orden de ardor puro y si yo quisiera símbolo para mí y que siendo floral no sea blando, del flamboyán me acordaría, que arde lo mismo que yo, como si Dios nos hubiese hecho a ambos en el mismo momento, a mí con la derecha de hacer criatura, a él con la izquierda de hacer planta.

EL CORDERO DE ESCUDO

Ahora viene como noveno el cordero del escudo. Ocurrencia rara del conquistador, al que le gustaban águilas y leones, este corderito que le dio a Puerto Rico, bien parado sobre el Evangelio.

El cordero industrial, de lanas gordas, eso no, sino un corderito como salido de boca de Jesucristo en una bienaventuranza, con las patitas finas, el cuello también delgado y un cuerpo sólo suficiente. Contento se está allí de que su gente sea dulce, desprovista de voracidad y provista de suavidades, sabiéndose la amistad y regustándola en los días lentos; contento se está de representar una tierra pequeña que, con dos penínsulas oportunas debajo, también se habría parecido a un cordero...

Ahora se dice la entraña de la Isla agraria, diciendo al jíbaro[2] fundamental, autor del campo, proveedor de todo para sus gentes, excepto de la luz y el aire. Se dice del jíbaro español que vino de una raza hermosa, con cuerpo serpentino de Andalucía, parquedad castellana en el hablar y señorío en los gestos de vivir, y al cual han afeado los patrones con esclavitudes y hambres, y el trópico con sus siete plagas, de manera tan perfecta en la operación demoníaca, que ya nadie sabe que ese hombre de cara amarillenta y esqueleto doblado vino de España como vinieron los otros grasos de las ciudades aprovechadoras. Una se pregunta quién es, no siendo el indio americano ni el negro de las Jamaicas; se entra en sus casas que parecen un coco vaciado y puesto en el barro, y donde caben los seis o los ocho; se le mira en silencio porque quién va a preguntarle nada de su destino sobrenatural de desgracia, si él mismo no puede entenderle, y una llora de él y por él, con el llanto corriendo garganta abajo, para que él no lo vea y no entienda su cabal desventura.

Se dice al dueño de la Isla que no tiene nada en ella aparte de su cuerpo, ni la buena casa, ni la mujer feliz ni los niños sanos. Fructifica la naranja bajo su mano de riego, la palmera entrega cuanto tiene de entregar, y el café no conoce otro curador; pero sus niños ven cómo naranjas y cafés pasan del plantío a cajas y sacos, suben a los camiones y se van por las carreteras blancas al puerto y los puertos, sin detenerse ni por ocurrencia en la puerta de su casa a descargar y proveer.

La tierra labrada hija de la máquina más la mano y de ésta más el alma, la tierra cultivada y culta que casi habla, él sólo la ha limpiado y organizado, y la conoce tanto como el cuerpo de su mujer; el paisaje es voluntad suya después de la voluntad de Dios; el aire del campo no vive conmovido de otra cosa que de sus azadas rítmicas, de sus pies desnudos como el de sus bestias y de las canciones que suele cantar y en la que punza la dulzura de las esclavitudes clásicas —egipcia, hindú o quechua—.

Alabando la tierra de Puerto Rico y enumerándole mota a mota los cultivos, quién va a callar a su padre el jíbaro, el cual, como en los mitos, es padre, marido e hijo, todo en una sola pieza.

Olvidado el jíbaro, saltado en los libros de los escritores, tirado fuera del almud de la patria, en cuanto a bullicio o verdolaga[3], parece

2 Jíbaro, campesino de Puerto Rico
3 Malos pastos

que no se acordara nadie de que él existe, sino el Dios, autor de todas las gentes, que tiene el muestrario de ellas delante de los ojos y en el cual ninguna se le cae ni se le pierde.

LAS CIUDADES

Las ciudades se dicen las undécimas.

La San Juan, de Ponce de León, el que vino a sosegar en la Isla locura de "fuentes de la juventud" que no estaban en ninguna parte y que le cansaron caballo y marchas de a pie; ciudad bien fundada, es decir, bien asentada, con mar ayudador delante y todo el cuerpo de la isla detrás, como está en el barco la proa; luego se dice la Ponce andaluza de clara y de feliz, bien avenida con el calor fuerte que no la descoyunta y que la deja trabajar. La Mayagüez viene aun, la que es tan verde que habría que alzarle el follaje para mirarle la cara del caserío; y las otras y las otras ciudades Mejores las aldeas que ellas, a veces, por inocentes y por esa integridad de alma antillana, que no se han dejado estropear, viviendo de la toronja solar, viviendo de la caña que es el vestido vegetal de cualquier Antilla; o viviendo del mango o la piña que juegan al dúo de las frutas perfectas. Las aldeas y las aldeas hacen el cuerpo de la Isla, y las ciudades son no más que el gesto político burocrático, lo que es bien para país agrario, para país honrado y sensato, sin calenturas industriales, atenido al suelo y seguro de él.

LAS COSTURERAS

La puntada duodécima de alabanza para los trabajos de aguja. Las mujeres de Puerto Rico ni son mecanógrafas ni son contadoras ni burguesas de mano sobre mano Cosen para Nueva York, cosen para las Antillas, cosen para su misma gente Cortan y bordan los vestidos tropicales de dichosos colores estampados; hacen las blusas livianas que vuelven a la mujer floral de cuello a cintura, y los primores de aguja absoluta, desde el encaje al recamo, insistiendo en el encaje, en el que repiten su propia luz. De la mañana a la tarde, la máquina corre con ruido sordo-suave de agua más que de rueda. La estampa que yo les he visto es ésta. el busto recto de la obrera como fondo; los ojos de ella puestos sin distracción sobre la tela agradable de aderezar; la canción criolla acompañando la tarea y consintiéndole a la obrera piense lo que dé su corazón, mientras gana la moneda grande, el dólar preciso de que come la vieja que ya no trabaja y el niño que no trabaja aún.

Melodía de máquinas serviciales de parte a parte de la Isla, tan larga como la música de los cocoteros Diez mil mujeres plantadas como tulipas en el suelo de la Antilla pobre. En el corazón se me aposente y no se me vaya esta música parecida a las otras que llevo: la de los trigales de la Araucania, la del río nativo de Elqui y la de la marcha perdurable de los indios de México.

EL SAN JUAN

El San Juan de la Catedral capitalina se dice el décimo tercio.

Tallado totalmente en un leño, como antes lo hacía el artesano magistral que se nos ha sumido en esta época, sacando frente, cintura y pies de la misma lonja de madera irreprochable, lo quisieron hacer en leño oscuro, casi negro, por acentuación de la fuerza y del denuedo.

Es el verdadero Juan del Desierto, con el pellejo de camello cubriéndole con su ardentía el lomo, con el paso sin miedo, bien adelantado, y con el mensaje que casi se le oye en la boca, despeñadora a la vez de la cólera y de la *buena nueva.* Ganas siento de ponérmele al nivel de la boca para que me sople lo suyo, que buena falta me hace; pero está en lo alto y yo me quedo al nivel de sus pies, que no aconsejan sino andar... sin embargo, yo puedo decirle un ruego por su Isla: "San Juan fuerte, no los hagas fanáticos, pero házmelos un poco absolutos para defender ciertas cosas. Ellos te han rezado siempre en español, a ti, santo judío que casi eras español, y quieren seguir rezándote en la lengua en que entregan mejor la entraña suya; ellos quieren guardar su suelo, sabiendo, por el judío entre otros, que es malo perder la tierra asiento de los pies y del alma; y ellos quieren tener la misma honra de la América del Sur, la de ser dueños de sí mismos, que es la mínima posesión que podamos tener en este mundo".

LA LENGUA

La lengua no se me quede sin decir, la vieja habla de Castilla guardada en los recovecos de las colinas, más pura que en nuestros valles abiertos de la América del Sur, donde la tradición se evapora con las aguas a los ojos vistas; el viejo español pimentado de no sé qué clavos de olor costumbristas que no se hallan sino en la Isla leal, con no sé qué anises de familiaridad que los pueblos duros del Sur hemos perdido y que el acucioso Navarro Tomás anda recogiendo aldea por aldea como recogen los hijos las prendas de la madre en casa de parientes, donde bien se las guardaron.

Pero mejor que la carne de la lengua es todavía el dejo con que se la dice, la garganta enmielada por donde ella pasa perdiendo durezas de hierro peninsular que no caben aquí, en una luz tan dulce, y que no sirven en razas sin soldados y sin pujo voluntarioso. En ninguna parte oí más tierna la santa lengua mía; habiendo vivido entre tantas gentes, ninguna me bañó como ésta el corazón de las mieles morales de la casta. Para que yo entendiese hasta dónde llega la dulzura del idioma, cuando él quiere; hasta dónde él, que hizo el bronce cuando era trance de bronces, hace el óleo y se puede pasar, si la ocasión es de piedad, al bálsamo consumado de la consolación.

MOTIVOS

MOTIVOS DE SAN FRANCISCO

LA MADRE

Hay que empezar como en el Evangelio del otro Pobrecillo por la alabanza tuya, madre de Francisco, María italiana.

Fuiste tú, madona' Pica, la que cuajó en sus entrañas este grumo *tan suave de carne que se llamó Francisco de Asís*'.

Venías de Provenza y bajaste al valle de la Umbría'. En la mocedad te batieron sus robustos vientos y caminaste entre los olivares y las viñas muy bíblicas de tu país. Llevarías un cántaro al hombro como estas mujeres que yo miro bajar al lago, y a las cuales da el ánfora que roza la mejilla la forma de algunas flores de corola bipartida. Por el contraste de su rudeza con tu gracia, se posaron en ti los ojos de aquel rudísimo Pedro Bernardone'.

Alabo tu seno hecho cenizas. Su yema pura hizo el contorno de la boca de Francisco, la delicada boca para las canciones. Tu leche de mujer bebedora de soles debió ser magnífica. Lo sustentaste con exceso, y así tuvo él esa rica juventud, intensa como una púrpura'.

Nosotros nos conformamos con besar arrodillados su polvo, pero tú, dichosa, le tuviste acostado en tu pecho miles de noches; tú le hiciste con tus harinas esos dientecillos finos y blancos que le daban una sonrisa feliz; tú le pusiste la rica sangre que en su corazón se hizo tremenda caridad; muchas líneas de su cuerpo serían tuyas, y puede llamársete por esto *Copa de Dios;* tú le enseñaste a hablar, y de ti y no del Ber-

nardone le vino ese dejo de dulzura que le reunía a los pájaros en torno, como si sus palabras fuesen alpistes y cañamones dorados.

Y tú le hiciste jugar; redondeabas el montoncito de arena rubia que él desbarataba y volvía a hacer. Así le enseñabas formas y lo hacías el ojo amador de la gracia. Su deseo de cantar fue cosa que le vino también de las canciones con las que seguramente le anegabas cuando le tenías entre tus rodillas, mujer dichosa, buena para dar en un hijo cantador una lengua de alegría al mundo triste.

Tú, cristiana, le deslizaste en los siete años dóciles de la infancia a tu Cristo, como una gota de miel imperceptible, por los oídos, y se lo hiciste tan familiar como el pliegue de tu cuello. Y su humildad, su embriaguez de humildades, ¿no le vendría de mirarte hacer tus trabajos de la casa, el lavado de tus pisos, el barrido de tu comedor, buena esposa de mercader, que nada de esto desdeñarías?

Yo te alabo tu falta de arrebatos, cuando te llevaron los hipócritas para irritarte la alarma de la mocedad tan ardiente de tu Francisco. Les oías con calma y sonreías solamente diciendo que en el tiempo se habría de volver un buen hijo del Señor.

Y vino el día, pero trayéndote, pobre madona Pica, otra tribulación no más. Porque tu Francisco dejó caer sus manos, de repente, todos los regalos de la vida, hasta tu misma ternura, y se fue por los caminos a pordiosear.

Las comadres, asombradas, te llevaron el nuevo escándalo, sin alterar tu larga dulzura. Te damos gracias por esa fuentecita de alimentos que a escondidas del terrible Bernardone mandabas a tu loquillo a la cueva, y por aquella tu fina astucia para hacerlo escapar del encierro del mercader...

Te han agradecido los valles esas manos tan amantes que tú diste para regar su campo; los pájaros, la lengua con canción nueva que pusiste en el viento, y los pobres te agradecerán siempre al Vendador', todo él una vendilla para el mundo herido.

Ahora estás en el cielo al lado de María y cerca de la madre de San Julián el hospitalario', y sonreirás de una tierna sonrisa.

EL CUERPO

¿Cómo sería el cuerpo de San Francisco?

Dicen que de fino parecía que pudiera dispersarlo el viento. Echaba poca sombra: la sombra es como soberbia de las cosas: esa del árbol que pinta el césped o esa, de mujer que pasa empañando un instante la fuente. Apenas echaba sombra el Pobrecillo.

Era pequeñito. Como cruza un cabrilleo por el agua, cruzaba él por los caminos, y más se le sentía la presencia que se le veía la forma.

Ligeros los brazos, tanto que los costados no se los sentían caídos; la cabeza, como cabezuela de estambre dentro de la flor, tenía una mecedura llena de gracia; las piernas, leves por el pasar siempre sobre las hierbas sin doblarlas, y angosto el pecho aunque fuese tan ancho para el amor (el amor es esencia y no agua que requiere grandes vasos). Y la espalda... también era estrecha por humildad para que se pensase en una cruz pequeñita, menor que la Otra'.

Tenía enjutos de arder los costados. La carne de su juventud se había ido junto con los pecados de ella.

Tal vez le crepitaba el cuerpecillo como crepitan de ardor los cactos áridos.

La felicidad humana es una cosa como de gravidez, y no la quiso; el dolor es otra espesura que rinde, y lo huía. Lo ingrávido era ese gozo de las criaturas que quiso llevar siempre.

Solía sentir el mundo ligero como una corola. Y él, posado en sus bordes, no quería pesarle más que la abeja libadora.

¿Quién canta mejor en los valles cuando pasa el viento? Los gruesos oídos dicen que es el río que quiebra copas entre sus cascajos; otros dicen que es una mujer que adelgaza el grito en su garganta de carne.

Pero el que canta mejor es el carricillo vaciado, donde no hay entrañas en que la voz se enrede, y ese carricillo que se enguía en el valle eras tú, menudo Francisco, el que apenas rayaste el mundo como una sombrita delgada.

LOS CABELLOS

Los cabellos de San Francisco eran no más que un vientecillo en las sienes.

La madre cuaja al niño con todas sus emociones. Le endurece la armazoncilla del cuerpo con su tremenda voluntad de amor; le hace las carnes blandas con su ternura; los cabellos se los hace con ensueños. Cuando la madre de Francisco rezaba, iba jugando con el vello dorado de la cabecita. Así se le hacía la oración más delicada y ligera.

Cuando Francisco fue mozo y las mujeres le amaron, sus cabellos no las tentaban. No eran duros y quemados con esa ensortijadura italiana que se parece a la de las yerbas más tercas y que está llena de energía. No eran tampoco rojizos para cuajarle una llama en torno del cuello, haciendo como visible el sol rojo de las llanuras italianas. Eran de aquel dorado imperceptible del césped que se seca antes de

madurar, y parecían el anuncio de aquella dulzura que ya venía subiéndole a su corazón.

LAS MANOS

¿Y sus manos?

Yo he solido encontrarlas en el reverso de una hoja que tiene vello ceniciento y afelpado.

El sayal del santo era seco y áspero; su barba era como el sayal; la mejilla, estaba un poco despellejada del sol de Asís; mas, como era áspero y gris su sayal, él tenía siempre la mano extendida hacia aquellas criaturas en que la remembranza divina se vuelve suavidad y gracia.

Se quedaban en las hierbas mucho tiempo; gozaban bien al lirio, de la base hasta la torcedura del pétalo; se dormían sobre los corderillos, por el deleite del tacto.

Pero siendo manos de varón de humildad que andaban metidas en las durezas de la vida y que no conocían óleos, siendo el dorso grueso, la palma era fina y sentidora. Al dar la mano esta palma sorprendería... Aún cuando cayeran en la hora del descanso, se le quedaban esponjadas como si estuvieran siempre guardando una flor o un copo de lana.

En las llagas de los leprosos aquellas manos eran menos que un vientecillo, de livianas.

¡Cómo le cuesta a la naturaleza amasar tales manos para la misericordia!

Después de las de Jesús se demoró mil trescientos años en tejerlas. Con más facilidad hace la curva ancha de una frente para los pensamientos numerosos.

Cuando el dolor extiende ya como una red las vísceras padecedoras de los hombres, la tierra se pone otra vez a hacer estas manos.

Y yo suelo entre las multitudes buscarlas. Porque la hora, como red de pescador, gotea de sangre, y ya es tiempo de que vuelvan a asomar aquellas manos a las puertas de nuestras pobres casas.

LA CONVALECENCIA

Tu vida nueva empieza en una convalecencia, Francisco. Una enfermedad muda tu alma y te hace caer el pasado como una corteza seca.

Yo recuerdo, leyendo esta noticia a la que tu biógrafo da poca importancia, que es fino estado de alma del convaleciente, ¡y muy rico de ternura!

La sangre se ha desprendido de su grosura', y se parece más a una brisa que fuese por las venas. Está el alma fácil para el vuelo como las hojas de largo pecíolo que se mecen mejor en el aire. El alma es más aguda presencia y la carne se deja olvidar.

Los ojos, Francisco, se han ensanchado; la frente se pone como más espaciosa y más blanca. Somos tan delicados que oímos el caer de una rosa; estamos tan enternecidos que un perfume insignificante nos embriaga como un montón de espesas gardenias.

Con la fuerza se nos ha ido la crueldad, Francisco. No somos bruscos; reímos y lloramos con una finura muy exquisita en el extremo de los labios. Somos un poco angélicos, menos hombres y por eso muy dulces.

EL ELOGIO

Francisco, no querías alabar a los hombres porque es Uno solo el dueño de toda alabanza. A las cosas, sí, las alabanzas; ellas no se engríen. ¿Cuándo el lirio tiene un estremecimiento si se dice su blancura? Nosotros sí... el elogio nos hace un grato cosquilleo en los oídos; el pecho se nos hincha feamente.

Mucho alabamos en cambio nosotros, tanto que parecemos cambiadores de cuentas de colores, trocando alabanzas por alabanza... Por eso andamos lentos en la perfección. Si el lirio a cada pétalo que echa esperase el elogio tardaría en echar el otro pétalo; si el agua cantarina aguardase que la oyesen se quedaría parada en la vertiente.

Cuando nos hacemos una mancha de impureza la ocultamos con un ademán rápido; pero en cuanto nos nace una puntita de virtud la levantamos, esperando la sonrisa del que pasa...

En vez del hambre nuestra de alabanza tú tenías un hambre de humillaciones que llegaba a parecer frenesí, mi Pobrecillo. Si un día te amanecía el alma luminosa como una pradera con rocío llamabas atribulado a un fraile menor y le pedías que te humillase diciéndote una letanía de miserias que eran mentiras.

Tú, Francisco, por humildad también, no quisiste nunca pensar como los hermanos de tu fe que Dios hizo a las criaturas: corderos, vacas, venados, para el servicio y gloria del hombre. Las criaturas nacieron para sí mismas, y por eso tú las llamabas hermanas. Nosotros decimos hasta en nuestras oraciones que las estrellas del cielo alumbran para nuestros pobres ojos de gusanillos.

Somos débiles, Francisco, como la caña que necesita del viento para oírse. Tú, el pequeño Francisco, eras fuerte porque no necesitabas al cantar oír tu canto rodando por los cerros en un collar de ecos.

LA VOZ

¡Cómo hablaría San Francisco! ¡Quién oyera sus palabras goteando como un fruto, de dulzura! ¡Quién las oyera cuando el aire está lleno de resonancias secas, como un cardo muerto! Esa voz de San Francisco hacía volverse el paisaje hacia él, como un semblante; apresuraba de amor la savia en los árboles y hacía aflojar de dulzura su abullonado a la rosa.

Era un canto quedo, como el que tiene el agua cuando corre bajo la arenita menuda. Y cantaba Francisco sus canciones con ese acento amortiguado por la humildad. (Cantar es tener un estremecimiento más que una palabra en voz.)

El hablar de San Francisco se desliza, invisible, por los oídos de los hombres. Y se hacía en sus entrañas como un puñado de flores suavísimas. No entendían los hombres aquella suavidad extraña que nacía en ellos. Ignoran que las palabras son como guirnaldas invisibles que se descuelgan hacia las entrañas.

Hasta era mayor que el de las manos ese milagro de la voz.

Francisco no tocaba a veces el pecho de los leprosos. Les hablaba con sus manos cogidas, y el aliento era el verdadero aceite que resbalaba, aliviando la llaga

Y se hizo Francisco boca de canciones, para ser boca de suma bondad, boca perfecta. No quiso buscar al Señor con gemidos en la sombra, como Pascal. Lo buscó en el latido de sus canciones gozosas, semejantes al latido vivo de polvo dorado que hay en un rayo de sol.

—¿Cuál es la mayor dulzura que has alcanzado allá abajo?— solían preguntar los ángeles al Señor:

Y el Señor les respondía:

—No son los panales que se vencen: son los labios siempre muy henchidos de mi siervo Francisco cantador.

LOS OJOS

¿Y cómo serían los ojos de San Francisco? Estaban como la hondura de la flor, mojados siempre de ternura.

Habían recogido las suavidades que tienen algunos cielos; el fondo de ellos estaba mullido de amor. Le costaba cerrarlos sobre el campo cuando anochecía, después de haber besado el mundo con la mirada desde la primera mañana.

A veces no le dejaban caminar: se prendían en un remanso o en una rama florida, como el hijo al pecho materno. Le dolían de tiernos, le dolían de amor...

LOS ESCABELES

El señor tenía dos escabeles, Francisco: uno era la tierra y otro el corazón de los hombres. Sus pies descansaban con gozo sobre los dos escabeles, inocentes y lavados de gracia.

Cuando los hombres eran nuevos se exprimían bajo la presión de aquellos pies, como se exprimen los frutos.

Pecaban, pero su pecado tenía menos malicia que el nuestro y el temor de Dios los mantenía como a la yerba temblorosos y claros en el ápice. Pecaban como los ciervos y los cabritillos vivaces. Se ponían como los surcos densos de instinto; pero como los surcos eran siempre blandos en las manos de Dios. Contándole tenían grandes acentos.

Y este escabel se rompió, Francisco. Los hombres inventaron la libertad, para no ser escabeles. Su sensualidad se hizo una lascivia arrugada y triste. Si se los oprime, no revientan en una sangre como de granada: rezuman un humor impuro. Y cuando odian o tienen violencia, no rugen, dan chillidos miserables.

Dios ha retirado Su pie blanco de este escabel. Mas el Otro sigue puesto sobre la Tierra todavía. Así, ella florece en la primavera, fluye la nieve lacerada del sol y las bestiecitas abren violentas, los matorrales.

Lo que tú amabas y lo que yo amo son estas cosas que están todavía oprimidas por Su huella.

Son el aire, fresco como guirnalda mojada en la frente; son los frutos, tan llenos de donosura, pintados de todos colores, que si se abren, están intactos y maravillosos, y si se secan cerrados, dejan una pasta quemada llena de bondad; son los buenos pastos, que se doran como un vello sobre la cabecita niña de la Tierra; son los animalitos libres, que corren tan ágiles como el agua, y que miran con unos ojos llenos de divino miedo.

LA RED

Esta es una red de pescador. Es dorada, y caída en el suelo parece una gruesa enmieladura que gotea, mojando la arena. El pescador la coge, entra en la barca, y se aleja un poco, lago adentro. Ahora la alza, dándole impulso como de vuelo; ahora la deja caer. Baja hasta la hondura, en silencio. Mientras la barca cabecea, ella se está dormida en el fondo. Después, como un sueño, la veo subir cargada y siento su peso, que se marca en los músculos del brazo del pescador.

Así era tu palabra, Francisco, dorada como la red, sin brillo indiscreto. Así, con este silencio, se hundía en las almas y a veces parecía muerta en su fondo.

Y después de unos días de haberte escuchado los hombres, volvían temblorosos, a quedarse contigo para siempre.

Entonces se veía el peso de tu red en la sonrisa tuya, Pescador.

Como ésta, ahora abierta en la playa y llena de costaditos palpitantes, tu red cogía almas coloreadas, grises y violetas, insignificantes y espléndidas.

LOS SENTIDOS

(Diálogos con San Francisco)

"Francisco, dicen tus hermanos que los cinco sentidos son vasos de impureza. Querrían rompérselos...

"Los ojos —dicen— se bajan a libar las cosas, y las liban tan próximas a ellos, que les da un frenesí".

"El olfato es demoníaco: nos hace esquivar la casa de los leprosos cuando pasamos por el camino".

"Y el tacto de una rosa nos vuelve después ingrato el sayal sobre los costados".

—"No les creas, hija mía..."

—"El gusto transporta para los groseros el cielo a una mesa alta de frutos".

—"El oído —terminan— les vuelve odiosos a sus hermanos la voz áspera".

—"Se equivocan hija mía. Como a borreguitos blancos, yo hago a mis sentidos pacer con obediencia. Yo llevo mis corderos por las yerbas olorosas una mañana, y cuando se me van, golosos, hacia otras manchas de trébol, los hago volver y los pongo sobre un camino duro. Me gimen unos instantes; después se apaga su balido.

Tus ojos son hermosos, hija mía. Te los hizo Dios tan finos en los párpados como la membranilla que separa los dientes de la granada. Son tan niños, que gozan con las pintaduras de la hoja de la vid. Te están regalando a cada instante sorbos de alegría. Dios quiso que mirases su tierra coloreada. ¡Cómo vas a vaciártelos!

Tus oídos se te llenan de ruidos y silencios matizados, como los que pueblan a los caracolitos de las playas. Déjalos jugar con músicas, con las palabritas de la Tierra, que nunca quiere estarse muda, y con los cuchicheos juguetones del aire. Tú, hija, eres un vaso; no te rehúses al juego de los sonidos. ¿Por qué habías de romperte tus oídos?"

"Los sentidos andan jugando en el mundo como la luz juega en los árboles. Conocen las cosas y salen de ellas puros".

"Cuando niña jugabas con las cometas de papel. ¡Ay, cómo la encumbrabas para sentir el cielo! Subía la cometa hasta muy alto y era siempre tuya por el hilito blanco con que la movías. ¡Cómo la elevabas bien hondo en el cielo! Parecía un pájaro y se dormía en el viento. Pero tenía el temblor del pulso tuyo; y era tuya, ¡tuya! Pulsabas con ella el cielo alegremente. Cuando bajaba a tus manos, te parecía venir misteriosa y como más bella".

"Así andan ellos, tus sentidos, juguetones como las cometas, y tocan lo divino de la tierra y tiemblan, y vuelven hacia ti como bañados por la gracia del mundo".

"Yo cuidaba mis sentidos —cuídalos tú también— de que se me quedasen prendidos en el mundo como una fea cometa hecha pedazos".

ENFERMO

Enfermó Francisco, y le preguntaron cómo había tratado su cuerpo, él que repartió caricias sobre todas las cosas. Entonces confesó que no se había portado muy bien con el hermano Asno', y le pidió perdón sonriendo.

¡Sí, Pobrecillo! Toda la materia derramada en la luz te conoció la ternura, menos ese tu cuerpo apegadito a ti, dentro del cual sonaba como dentro de un junquillo tu aliento...

Desde que dejaste tu casa, donde tuvo púrpura y saboreó manjares, comenzó tu desprecio; hasta le guardabas un poco de rencor porque había gozado mucho.

No le diste a tu sien, delicadísima, una almohadita del vellón del cordero que se esponjaba para ti también; no le tenías en un colchón blando, donde no se sintieran las coyunturas descarnadas; no le regalaste con los buenos aceites de la tierra; y si le dabas algunas veces frutas, buscabas las menos sensuales, las menos deleitosas. Te gemía de fatiga y no le querías oír; pasabas de largo por las sombras de los huertos. Con el pretexto de tu amor por el hermano sol, hiciste que lo quemara, como a la vaina de la arvejita.

La humedad de la gruta' no le era grata, y lo dejabas en ella como en una piscina de penitencia. Hasta lo oprimiste con cilicio inútilmente; tu carne delgada ya había dejado caer los instintos, muertos.

Fuiste para él como un padrastro para su hijito tierno. Tanto velabas, de miedo que te tendiese una celada, que lo aborreciste. Fue

una ingratitud. Sólo le concedías dejarse traspasar por la saetita de un canto de pájaro.

Y fue mucha dureza, Francisco: Por él pudiste andar como encantado, bajo el velo inefable de la luz, y sentir al hermano viento atravesarte...

Tú dices que te enmendarás; pero él va a doblarse para siempre, y así la cosa que Dios te puso más cerca fue la única que no te derritió de ternura y que no quisiste amar.

EL LIRIO

Un lirio —dirías tú mirándolo abrirse— es el semblante de Cristo, o mejor, su mejilla puesta al viento. Es tan perfecto como si estuviese hecho para la eternidad, y dura lo que una palabra en el viento. Me estás enseñando, hermano lirio, que debo ser perfecto en mis pequeñas acciones, en esas menudillas acciones que yo suelo desdeñar.

Mi hermano lirio se halla siempre tembloroso. En el aire van pasando los suspiros de los afligidos y lo tocan sobre los pétalos. Y está tambloroso también porque es mirado del Señor, y él siente la mirada. Nosotros no la sentimos, y por eso estamos duros y erguidos.

Mi hermanito lirio es blanco, no por soberbia, sino para muestra de la blancura. Sin él y sin la nieve, que baja tardíamente, los ojos se olvidarán de ella.

Está callado, y así están todas las cosas: siguen escuchando desde el primer día de la creación. Nosotros, Pobrecillo, dejamos de oír el murmullo del que nos hizo, porque nos embriagamos escuchando nuestra propia algarabía. Y ésta ha endurecido nuestros oídos.

La divina lección es tan sencilla que nos hubiese venido sólo del lirio de las colinas, si no se hubiesen puesto otros a derramar su mentira numerosa: estar en silencio, sentir el dolor que pasa en el viento y tejerse la blancura lentamente del corazón hacia los pétalos.

Y el hermano lirio sirve, aunque no lo creas: tiene suspendido el rocío, que así no cae en la tierra. Como una mano lo tiene suspenso. Y hay muchas criaturas que sólo existen para tener una cosa suspendida. De este modo, Francisco sostiene las livianas palabras del Señor sobre la lengua.

LA DELICADEZA

Una abeja se ha entrado en un lirio. Se sacudieron un poco los pétalos y ella penetró en la corola. Hace un pequeño rumor, y el lirio se

mece. Estaba lleno de miel, y con el peso del polen abundante en el pistilo. La abeja sale con las alas manchadas y las patitas goteantes. El lirio se queda íntegro y sereno.

Yo quiero, Francisco, pasar así por las cosas, sin doblarles un pétalo. Que quede sólo un rumor dentro de ellas, y las suavísimas remembranzas de que me tuvieron.

NOMBRAR LAS COSAS

Tú Francisco, tenías don de selección y don de elogio. Tú amaste aquellas cosas que son las mejores; caminando por la tierra, todo lo conociste; pero elegías las criaturas más bellas. Y además del don de largo amor, que es el más rico de cuanto podemos recibir, te fue dada la gracia de saber nombrarlas donosamente.

Amaste el agua como Teresa' tu muy sutil hermana; el sol y el fuego, y el pardo surco de la tierra, tres bellezas diferentes, que sólo son hermanas por ser cada una perfecta.

El agua es mística como el cristal; se hace olvidar en la fuente clara, y las guijas y las vegetaciones del fondo miran el cielo, las nubes y la mujer que pasa, a través de la humildísima que se vuelve inexistente. El agua es una especie de San Francisco del mundo: es su alegría y su levedad. Hace, la loquilla, una garganta de la piedra que la rompe y se pone a cantar en ella; es ágil: tiene esa virtud que es elegancia en la pesada materia. Y en su delgadez ya más viva que los animales toscos. Donde cobra reposo se hace mirada, una profunda mirada.

Al sol lo gozaste bien por tu angostico cuerpo. Te traspasaba como a las hojas delgadas. Lo hallabas muy tierno después de la larga humedad de la gruta; era un poco excesivo, pero con el exceso del vino generoso, en tus jornadas largas por los pueblos de la Umbría, te parecía salutífero secando las llagas descubiertas de los leprosos, y muy niño cuando hace en el agua lentejita de oro...

Te gustaba sentir el fuego encendido lo mismo que el de tu pecho. Las pequeñas llamas triscadoras te parecían niños saltando en una ronda de frenesí.

Y como a pocos amantes te fue dado el saber nombrar, de precioso nombre, a las criaturas. Tu adjetivo es maravilloso, Francisco: llamas robusto al fuego, humilde y casta al agua.

Las criaturas te amaban no sólo por tu santidad, Francisco, sino porque gustan del que las nombra justamente, sin abundancia de mimos, pero sin mezquindad.

Hábil tú para muchas cosas: para acomodar a un llagado en un banquito sin que sintiese su podre, y para decirles a las cosas lo que son, dándoles alegría, con la palabra bien ajustada.

Otros santos no eran así, Francisco: descuidaban o desdeñaban su lenguaje con sus hermanos inferiores, cuidando sólo el del Señor. También era parte de tu elegancia, de tu gayo espíritu. Ni conversando con los surcos del campo te pudieron ver burdo, mi Pobrecillo.

Has de enseñarme esto también, Francisco, que es otra forma profunda de dulzura.

EL VASO

Tú estabas, Francisco, haciendo un vaso con un pedacito de leña.

Como habías mirado tanto las formas de las flores, y el mundo, que es también una copa, ibas haciendo el vaso con mucha hermosura. ¡Qué dedos tan ágiles los suyos, frailecillo, y qué corte tan espontáneo sobre la madera fresca! Pero era la hora de los rezos, y la embriaguez de la faena te hizo seguir labrando a la par que rezabas, y la oración te caía un poco descuidada de los labios, ¡mi Pobrecillo! El vaso te sorbía la mirada; la mano se te pegaba con ardor al cuenco, que iba haciéndose más y más hermoso. Entonces, al llegar a una palabra grande del salmo, fue como que despertaras. Te diste cuenta de que tu voz era desflorada y tibia en la alabanza. Sentiste que el demonio estaba haciéndote guiños desde tu propia obra, tentándote con la belleza, que es la tremenda tentación, y arrojaste tu vaso en la llama próxima.

¡Qué hermoso hubiera sido conservar la huella de tus dedos en ese leño, donde tal vez tallaste una hoja de lirio o de acacia! Los que hemos venido después amándote, siglo tras siglo, habríamos bebido el agua de las vertientes' de Asís en ese cuenco que le habría puesto como el sabor de tu mismo corazón. Era un vaso ligero, hecho con una rama no más, y lo alzaríamos como a tu cuerpo. Estarías pulido y abrillantado de nuestros besos innumerables. Los talladores tuviesen su patrono: *Francisco, el tallador,* y los que no saben ver la gracia en tus himnos, la habrían visto cuajada en el costado de ese vaso. Pero lo echaste al fuego, Pobrecillo, porque tuviste miedo que se apoderara de tu alma el demonio de la belleza.

Hiciste bien, Francisco, porque el Señor te había puesto a hinchar solamente el vaso de tu plegaria que era perfecto, y en ese vaso se debían bañar de gracia millones de almas.

E hiciste bien en hacerlo desaparecer rápidamente de tus ojos. La belleza de la obra, Francisco, coge como un pulpo a su creador, lo aprieta con enamoramiento a su copa o a su verso. Y los hombres tienen muchos vasos que poner a su mesa; pero el Señor está sin alabanzas cuando sube la mañana o baja la noche.

LA NOCHE

También sentiste la muerte como una suavidad, Francisco: al tocar tu cuerpo dócil, todas las cosas tenían que serte suavidad.

¿Cómo la sentiste?

Se te iba acercando muy callada, con talones de silencio y blanda mirada. Se sentó frente a sus rodillas; notaste que te subía por ellas, no un frío, una pequeña frescura como de agua de piscina que asciende, lenta. Te subió por los muslos descarnados insensiblemente; llegó al corazón, se derramó sobre él como una ola fresca, parándose el aliento. Te rodeó la garganta en una venda un poco apretada, y el murmullo de la oración se fue aterciopelando. Su harina iba polvoreándose en los ojos abiertos y te pareció que el hermano sol bajaba al ocaso, aunque no caía bien la tarde a esa hora. Te extendió la mano siempre recogida por el hábito de la caricia y te la dejó abierta. Dejó caer, poco a poco, como muchas felpas espesas sobre los oídos, haciéndote lejanos los rezos de los frailes que estaban a tu lado. Te estiró los miembros que recogías en el lecho, por parecer tan pequeñito como un niño. Te dio, por fin, lo que mucho habías anhelado: la pérdida del cuerpo, el cual se fue sumiendo en las aguas profundas de la inconsciencia. Y con un pequeño estremecimiento te desprendió el alma, recogiéndotela de la cabeza hasta la punta de los pies —como se recoge una llama en un tronco que arde horizontal—, en una lengua alta que subió, arrebatada.

Y así te fue la muerte amiga. No pudo traicionarte: ninguna cosa desprendida de las manos de Dios sobre nuestras cabezas nos traiciona en este mundo, Francisco.

LOS LABIOS

Y eran delgados los labios del Pobrecillo; estaban hechos para las palabras ligeras como una exhalación.

Todas las cosas tienen labios: los del surco son espesos, tienen que dar su grosura a los tubérculos y entregar el óleo de la aceituna negra;

los labios del mar son numerosos y anchos y derraman ese gozo salvaje que hace gritar a las gaviotas. Los suyos podían olvidarse porque estaban casi siempre silenciosos.

Su color no sería ardiente. Yo los veo con esa sonrosadura que tiene el jazmín en botón.

La sonrisa duraba en ellos hasta en el sueño, una sonrisa distinta de la nuestra, sin la malicia que se esconde como un granillo de mostaza en nuestras comisuras.

Ellos dieron a la tierra el beso más leve que ha recibido. Como no besaron boca de mujer, no conocieron frenesí. Le parecieron pequeños sus labios para besar el mundo, y se puso a cantar canciones (las canciones son como muchos labios derramados entre las criaturas). Su sonrisa descubría la gracia de los dientes, menudos, más delgados que los nuestros, que exprimen recias carnes.

Y el aliento no conoció el jadeo de la violencia: era como la tremolación, imperceptible de la yerba quieta.

Le labraron a Francisco los labios para la canción con misericordia.

EL CORDON

El cordón de tu sayal, Francisco, es el brazo del Señor que va de tu costado a tu costado. Y como el cordoncillo representa ese abrazo, quisiste que fuera claro, de color alegre, y que se pintara bien sobre el sayal. Puesto en la mitad de tu cuerpo, lo sientes en todo él: en los pies como en la frente. A veces lo olvidas; pero al incluirte a levantar una piedra lo sientes y te acuerdas. Sin el cordón el viento jugaría con tu sayal libremente, y tú te sentirías entregado a esa risa de la tierra; por el cordoncillo, el sayal no se bate entero y entonces tú te acuerdas. No te ciñe demasiado: deja con gozo la sangre que riega tu cuerpo; deja que puedas cargar el asno de la limosna y doblarte a lavar a los leprosos. Es gracioso el cordoncillo blanco. Se parece a los anillos claros que tienen los gusanos. Se parece a algunas pintas de las flores, que también sean una señal que les puso el Señor para reconocerlas. Todos llevamos alguna ceñidura, Francisco. En unos el cordoncillo es rojo, y se llama sensualidad, y quema; en otros, el cordoncillo es la codicia y oprime demasiado los riñones. Otros llevan un cíngulo ligero de canciones.

Poco a poco yo me voy haciendo un cintillo, semejante en torno mío'. Eres tú la ceñidura que va cuajando con lentitud. Todavía no es perfecta. Ayúdame a cerrarla con tu mano hábil en ataduras. Y hazle un

nudo firme porque siento que todavía me derramo fuera de él. Yo quiero que acabe pronto de cuajarse en torno de mi vida, su círculo', blanco.

LA LUNITA NUEVA

Estáa sobre el cielo, mirándome la luna nueva, tan leve como un aliento. Dura todavía el crepúsculo que fue suntuoso. Se demoran en las lomas los tapices maravillosos de la tarde; pero en la esplendidez del crepúsculo la lunita nueva es una gota de dulzura y yo pongo mis ojos en ella y le sonrío. Así, Francisco, en el cielo del Señor, hay santos magníficos como Pablo, rico de pasión, y como Agustín, rico como un crepúsculo de oros, y otros que forman como un ocaso grande y violento.

Mas mis ojos se han posado, y se quieren quedar, en ti, lunita nueva, tan delgada como un cabello de oro extraviado entre los arreboles.

LA ALONDRA

Tú dijiste que amabas a la alondra por sobre todos los pájaros, por su vuelo recto hacia el sol. Así querías que fuere nuestro vuelo.

Los albatros van sobre el mar, ebrios de las sales y los yodos. Son como olas desprendidas, que juegan en el aire, sin soltarse demasiado de las otras olas.

Las cigüeñas hacer largos viajes; han echado la sombra de su vuelo sobre el semblante de la tierra. Mas como los albatros, vuelan horizontalmente descansando en las colinas.

Sólo la alondra salta del surco como un dardo vivo y sube, bebida por el cielo. Entonces el cielo siente que la tierra ha ascendido. No le responden las selvas pesadas, que quedan abajo. Las montañas crucificadas sobre los llanos tampoco responden, ni el rodar melodioso del río.

Pero una saeta con alas subió en un ímpetu y está cantando entre el sol y el mundo; no se sabe si el pájaro ha bajado del sol o ha subido de la tierra. Está entre los dos, como una llama. Cuando ha cantado mucho, cae, rota, sobre los trigos.

Tú, Francisco, querías que tuviéramos el vuelo vertical, sin el zigzag, hacia las cosas donde lo posamos.

Tú querías que el aire de la mañana estuviese todo asaetado por muchas alondras libres. Imaginabas, Francisco, que una red de alondras doradas flotase entre la tierra y el cielo en cada alabanza matinal.

Somos pesados, Francisco; amamos nuestro surco tibio: nuestra costumbre. Nos empinamos en la alabanza, como se empinan las hierbas. La más alta llega no más que hasta los pinos altos.

¡Sólo al morir tenemos el vuelo vertical! ¡Nunca más como tierra pesada de surco, se agregará nuestro cuerpo a nuestra alma!

SILUETA DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ

NACE ENTRE LOS VOLCANES

Nació en Nepantla; le recortaban el paisaje familiar los dos volcanes; le vertían su mañana y le prolongaban la última tarde. Pero es el Iztaccihuatl, de depurados perfiles, el que influye en su índole; no el Popocatépetl, basto para su ápice.

Dice Nervo que la atmósfera en ese pueblo es extraordinariamente clara. Bebía ella el aire fino de las tierras altas, que hace la sangre menos densa y la mirada más tímida, y que vuelve la respiración una leve embriaguez. Es el aire delgado, maravilloso, como la delgada agua de nieves.

ERA DE GRAN GRACIA

Esta luz de meseta le hizo aquellos sus grandes ojos rasgados para recoger el ancho horizonte. Y para ir en la atmósfera sutil, le fue dada esa esbeltez suya, que al caminar era como la reverberación fina de la luz solamente.

No tiene su pueblo la vaguedad de las nieblas vagabundas; asimismo, no hay vaguedad de ensueño en las pupilas de sus retratos. Ni eso, ni la anegadura de la emoción. Son ojos que han visto, en la claridad de su meseta, destacarse las criaturas y las cosas con contornos netos. El pensamiento, detrás de esos ojos, tendrá también una línea demasiado acusada.

Muy delicada la nariz y su sensualidad. La boca, ni triste ni dichosa: segura; la emoción no la turba en las comisuras ni en el centro.

Blanco, agudo y perfecto el óvalo del rostro, como la almendra desnuda; sobre su palidez debió ser muy rico el negro de los ojos y el de los cabellos.

El cuello delgado parecido al largo jazmín; por él no subía una sangre espesa: la respiración se sentía muy delicada a su través.

Los hombros, finos también, y la mano, sencillamente milagrosa. Podría haber quedado de ella sólo eso, y conoceríamos el cuerpo y el alma por la mano, gongorina como el verso... Es muy bella, caída sobre la oscura mesa de caoba. Los mamotretos sabios en que estudiaba, acostumbrados a tener sobre sí la diestra amarilla y rugosa de los viejos eruditos, debían sorprenderse con la frescura de agua de esta mano.

Debió ser un gozo verla caminar. Era alta, hasta parece que demasiado, y se recuerda el verso de Marquina:

..."la luz descansa largamente en ella".

SED DE CONOCER

Fue primero el niño prodigio que aprende a leer, a escondida, en unas cuantas semanas; y después, la joven desconcertante, de ingenio ágil como la misma luz, que dejaba embobados a los exquisitos comensales del virrey Mancera. ¡Pobre Juana! Tuvo que soportar ser el dorado entretenimiento del hastío docto de los letrados. Seguramente a ellos les interesaban menos sus conceptos que su belleza; pero allí estaba Juana, respondiendo a sus retorcidas galanterías. La donosa conversación de los salones era un plato más en ese banquete heterogéneo de la vida colonial: Inquisición, teatro devoto y aguda galantería. Juana debía divertir a los viejos retóricos, contestar sus fastidiosas misivas en verso y pasar en las recepciones del virrey, del recitado de una ágil letrilla al zarandeo de la danza.

Más tarde, es la Monja sabia, casi única en aquel mundo ingenuo y un poco simple de los conventos de mujeres. Es extraña esa celda con los muros cubiertos de libros y la mesa poblada de globos terráqueos y aparatos para cálculos celestes.

No es verdad, en la gran monja gongorina, lo de la inspiración como ráfaga desmelenada de viento; no se puede hablar de la Musa exhalándole su ardiente jadeo sobre las sienes. Su Musa es la justeza, una exactitud que casi desconcierta; su Musa es el intelecto solo, sin la pasión. La pasión, o sea, el exceso, no asoma a su vida sino en una forma: el ansia de saber. Quiso ir a Dios por el conocimiento. No tuvo delante de lo creado el estupor, y tampoco el recogimiento, sino la delectación de gozarlo matiz a matiz y perfil a perfil. Del lucero tembloroso, ella quería saber. Su maravilla es que la ciencia no la llevara al racionalismo.

Tuvo, entre otras, esta característica de su raza; el sentido crítico, lleno de cordialidad a veces, pero implacablemente despierto.

UN AGUIJON BAJO LAS TOCAS

Y otra característica más de sus gentes: la ironía. La tiene fina y hermosa como una pequeña llama, y juega con ella sobre los seres.

No hay que asombrarse demasiado de esta alianza de la ironía con el sayal; también la tuvo Santa Teresa; era su invisible escudo contra el mundo tan denso que se movía a su alrededor: monjas obtusas que solían recelar de la letrada y veían el cuerno del demonio asomado entre los libros de la formidable estantería. Se olvidaban de otras celdas ilustres: las de los dos Luises españoles. Pero en la abeja rubia y pequeña el aguijón se embellece, porque el mismo instrumento que punza fabrica la miel.

Tan impregnada está de la ironía Sor Juana, que de la conversación y las cartas la lleva hasta el verso. No es así en el rosal, donde la suavidad del pétalo está separada de la espina; la monja pone la espina en el centro de la rosa...

SOR JUANA, MONJA VERDADERA

Viene el último período. Un día la fatiga la astronomía, exprimidora vana de las constelaciones; la biología, rastreadora, minuciosa y defraudada de la vida, y aun la teología, a veces pariente ella misma, del racionalismo. Debió sentir, con el desengaño de la ciencia, un deseo violento de dejar desnudos los muros de su celda de la estantería erudita.

Quiere arrodillarse, en medio de aquélla, con el *Kempis* desolado por el único compañero y con la llama del amor por todo conocimiento.

Tiene entonces, como San Francisco, un deseo febril de humillaciones, y quiere hacer las labores humildes del convento, que tal vez ha rehusado muchos años: lavar los pisos de las celdas y curar la sucia enfermedad con sus manos maravillosas, que tal vez Cristo la mira con desamor. Y quiere más aún: busca el cilicio, conoce el frescor de la sangre sobre su cintura martirizada.

Esta es para mí la hora más hermosa de su vida; sin ella yo no la amaría.

Coge el contagio repugnante y entra en la zona del dolor. Antes no lo conocía, y así, estaba mutilada en su experiencia del mundo. El sabor de la sangre, que es la vida, es el mismo sabor salobre de la lágrima, que es el dolor Ahora sí la monja sabia ha completado el círculo del conocimiento

Como Dios esperase esta hora de perfección, como aguarda en las frutas la laceradura, la doble entonces sobre la tierra. No quiso llamarla a Sí en la época de los sonetos ondulantes, cuando su boca estaba llena de las frases perfectas Viene cuando la monja sabia, arrodillada en su lecho, ya tiene solamente un sencillo, un pobre Padre Nuestro entre sus labios de agonizante.

Como ella se anticipó a su época con anticipación tan enorme que da estupor, vivió en sí misma lo que viven hoy muchos hombres y algunas mujeres: la fiebre de la cultura en la juventud; después, el sabor de fruta caduca en la boca, y por último, la búsqueda contrita de aquel simple vaso de agua clara que es la eterna humildad cristiana.

Milagrosa la niña que jugaba en las huertas de Nepantla; casi fabulosa la joven aguda de la corte virreinal; admirable la monja docta. Pero grande, por sobre todas, la monja que, liberada de la vanidad intelectual, olvida fama y letrillas, y sobre la cara de los pestosos recoge el soplo de la muerte. Y muere vuelta a su Cristo como a la suma Belleza y a la apaciguadora verdad.

RECADOS I

TERESA DE LA PARRA (I)

I

TERESA DE LA PARRA ha de contar con unos 26 ó 28 años; no más. Es probable que Minerva haya sido como ella y no como Fidias la impuso a los ojos griegos, convencionalmente Los dioses se acomodaban al cuerpo de sus fieles, con astucia, y el griego era moreno, como gente del vestíbulo del Asia, al cabo. El ojo sí fue verde. Más flexibilidad debe haber tenido también de la que le dieron. Menos gravedad, porque si

con una oreja oía el coro de Esquilo, con la otra atendía a Aristófanes y a los poetas risueños. Yo creo, pues, que Minerva se parecía a Teresa de la Parra si no la hubiera desfigurado el escultor para meterle en el gesto a Platón con el Egipto.

Teresa llega a la tertulia de los sudamericanos en París, que suele estar ardiendo al rojo-blanco en el comentario político. Teresa deja caer una expresión criolla. Teresa saca la conversación del cuadrilátero falso de "los principios". Cuenta la hacienda de Venezuela o explica una confitura de la mesa rural —mesa abrahámica— que es la del llano. La conversación tuerce la vereda: se calienta, se hace donairosa; se sudamericaniza a ojos vistas, como un faisán de la costa que saliese pluma a pluma de la masa del follaje.

Sin embargo, la que así acriolla la tertulia en veinte minutos, es una mujer vestida por Paquin o Ducet, y con la joya hecha para ella por el joyero de la Rue de la Paix. Su sombrero puede hacer volverse en la calle a Madame Sorel. Le da gusto al boulevard con cuanto lleva encima; costumbre adentro lo burla, quedándose con lo suyo. Es entera española de Caracas o hacendada del llano; tiene su folklore en racimo y lo ofrece en cuanto viene la ocasión; tiene su Eufemia, su Pastora, su Vicente Cochocho y su Daniel Vaquero enfilados en el papel tapiz de su habitación.

Más gestos sudamericanos ha de tener todavía, que nos irá dando, si no se pone a mudar la veta novelística, con lo que haría mal.

De estos "afrancesados" que dicen los embusteros de allá yo conozco varios. Ventura García Calderón con Lima y la sierra peruana acostadas en el ojo y que se le bajan al cuaderno en cuanto Miomandre o Cassou lo dejan solo, es uno de ellos; Toño Salazar anda con su Centroamérica en la punta de los dedos y me la pasa como una salamandra pequeñita al saludarme. Teresa se añade a estos del París pegadizo y la América clavada, que les dura.

Sigo con las probabilidades sobre... Minerva. Es posible que fuera ella, a pesar de la geometría de Euclides, un poquito popular, un poco ladeada por el coro mismo de la tragedia hacia el mercado de Atenas y metida en los grupos de los ceramistas. No es aventurarse mucho suponer que hablando con el Homero que la ceguera hizo grandilocuente, sino con las mujeres de la calle estrecha de Atenas, usara jerga popular, pimentada de burla. Se parecía, pues, a la Teresa venezolana que conversa conmigo en París.

Mes de mi santo este de abril, y mes de mi santo sin paisaje mío, que me salte al ojo cuarentañero sin acento, sin dejo mío en torno con

la lengua extraña rebotándome en la pobre oreja, y con una luz ajena también en la piel mía, que conoce los países por el ímpetu o el desabrimiento del sol.

A esta hambreadura de lo propio me llega el libro de Teresa, el segundo, el mejor.

Cuatro años entre la "Ifigenia" y "Las Memorias de Mama Blanca", y un salto grande de la capacidad, como no se da otro, creo, en prosista nuestro. Durante este paréntesis, Teresa ha debido encerrarse con sus clásicos españoles, sobre todo con los anti-retóricos que son los mejores: sus Luises prosistas, su Santa Teresa y su Arcipreste, en intimidad bien apretada. De allí ha salido con este castellano limpio y fácil, como una arcilla blanca, como ese kaolín que suda la buena porcelana, que la lengua perfecta es como la sangre, en el correr sin atajo de arenilla por la vena breve y suficiente, y que esta sangre nutre sin alharaca, se acuerda una, de tarde en tarde, por escritores como Teresa de la Parra. Engaña la facilidad de su párrafo con que la lengua es función natural. No es sino en los adultos muy adultos del lenguaje; pero Teresa convence de que la facilidad que otros atraparon hacia la cuarentena, puede también llamarse "treinta años".

Con la facilidad, la gracia, un donaire no visto en escritura mujeril española desde que se nos murió Santa Teresa. Ya le dirán que su gracia es crío galo, una yema más, lograda en un extraño, de la ironía francesa. No hay tal. Es la pura broma teresiana, más desatada, porque la Santa estuvo siempre encorsetada en la severidad de la profesión y no podemos saber hasta dónde hubiese llegado lo donoso de su escritura si no se hace monja. Teresa, la venezolana, no ha tenido por qué atajarse ni estropearse el don —cabalmente femenino— y ésta es su ventaja sobre la monja.

Su burla de abeja buena, de una abeja que hubiese metido el aguijón en su propia cera antes de picar, no da la ortigadura. Puede una revolcarse en ella como en el trébol, sin sacar una mano escaldada. Ni un solo dedo.

María Moñitos, el capítulo en que Teresa se ha entretenido burlándose de sí misma como de una compañera —ni mal ni bien querida— es la página más juguetona que yo conozca. Pronto andará en los "Libros de Lectura" escolar, dando deleite a las pebetas de la edad de la Moñitos. Pero el Cochocho se planta en núcleo del volumen. El peón de los cien menesteres, médico, regador, doméstico y niñero, bien recordado por bien querido de la contadora, viene a ser la estampa madre de la obra, aunque sean admirables las demás estampas que ella ha recortado de su memoria genial. (Existe una memoria genial por diná-

micamente sintética y por precisa; la otra, la minuciosa y seca, es la plebe de las memorias, la memorita.)

Se ve al Cochocho limpiar las lajas; se le toca, agachándose, la zarzamora de la cabeza sin peine; se le huelen los olores rurales del cuerpo, cuando se mueve, se le celebra la bigamia, como un rezago de Abraham... en Caracas. Digamos sin tartamudeo que esta fisonomía llanera es una obra maestra del género criollo. Aclaro el adjetivo: tres criollismos literarios veo yo hacia la América: uno muy zurdo, apelmazado como la cabeza del Cochocho, con tierra, ballico y cardo; el primogénito de Martín Fierro, que carga como la pampa o el llano todas las finezas y las tosquedades (Shakespeare tampoco expurgaba en el terrón el motivo), y el criollismo de Teresa de la Parra en este capítulo, que se ofrece en una lengua más perfecta que el otro, sin que perfección diga aquí sobajeo. El párrafo de Teresa muestra una espontaneidad vigilada, como la que quiere la pedagogía nueva.

Con la gracia y con la facilidad, el tono acaba el triángulo teologal. El tono maravilloso coge al lector en el prólogo y no lo deja hasta el final; le ha mecido, le ha coqueteado, le ha regalado la oreja sin quebranto, en trescientas páginas.

Con toda conciencia de que el tono es su capitanía, Teresa alaba lo que tiene, sin vanidad, pues vanidad es dar arribado lo que viene caminando...

"Si yo fuera novelista —dice— antes de comenzar un diálogo cualquiera, tendería siempre un pentagrama sobre la página. A la izquierda, como de costumbre, clave, tono y medida; luego los compases con notas y accidentes, y abajo el texto; lo mismo que para el canto".

El tono de Teresa se llama folklore más clasicismo, o bien, llaneza ingénita más elegancia decidida. Yo le miro detrás del párrafo, asomada en un mellicismo lindo, la cabeza de Perrault con la de Fray Luis de Granada. Con esa pareja se va muy lejos. Que no la pierda, que no la suelte desde ahora, ya que la ha cazado sagazmente.

Teresa me ha hecho pensar en las líneas paternas del tono. La unanimidad del tono se consigue en una obra cuando ya se ha dejado de caminar —camino, influencia— y que el escritor se ha sentado con sus adquisiciones acomodadas en la entraña. Posee su habla; el ulisismo se ha acabado; el negocio de pedir aquí, adquirir allá, se ha finiquitado con la solvencia.

Esto, hablando del tono en general. Ahora el de ella. ¿Cómo se ha logrado una tal uniformidad del tono en medio de la batahola magnífica de los tonos españoles y franceses que le danza en el oído?

Su buen sentido —gran cuerda usted, Teresa— la ha salvaguardado de adoptar dos o tres; el mismo la ha hecho evitar tonos extraños a su raza. Al revés de nuestros afrancesados de Gualligaica o Puno, ella sabe que ni el tono Giraudoux ni el Valery le servirán, sino el que, en la hacienda venezolana, entró en ella con la leche, con la guayaba, con la confitura criolla, con el "sucedido" del "Cochocho". De algo más fino se ha dado cuenta: de que la criatura americana resulta de una confluencia entre la ciudad y la hacienda, y que la literatura americana debe salir de lo mismo.

En diez años de Francia se le había sumido, no perdido, el "dejo" nuestro. Lo ha hecho subir fácilmente, como el "Cochocho" las hierbas de las lajas. Cualquiera otro no le sería así de leal, Teresa.

Yo no sé si en su Venezuela se darán cuenta del tamaño de la narradora que les ha nacido y si le agradecen o no las abnegaciones de este arte doblado en arco sobre su país, trenzado con la costumbre suya, como el quintral con el álamo de Chile, por ventosa viva.

Si no hoy, mañana o cualquier día...

De mí digo que veo la lengua como el Donador del retablo flamenco, hombre maduro pero con la mano lozana, cada vez empinando el donnuevo. Esta prosa es la última manzana arrebolada que el Donador me da a morder y que le muerdo con ímpetu en la dicha, Teresa.

TERESA DE LA PARRA (II)

PRIMEROS ENCUENTROS Teresa de la Parra nació y tuvo las infancias en ciudad y campo venezolanos; se educó en Francia, donde vivió la mayor parte de su vida; padeció las postrimerías de su dolencia en Suiza y se nos acaba de morir en tierra española, apagándose en manos cubanas después de una semana de agonía dulcísima.

Le conocimos dos partes y dos maneras, lo mismo que le recibimos dos formas de su arte. Y la segunda está tan próxima y era tan perfecta, que cuesta echarla atrás para traernos al seso la primera.

La conocimos allá por el 27 o el 28 en París, cuando acababa de ser premiada su novela *Ifigenia,* y la vimos en salud plena y en eso que llaman los campesinos de Elqui "el punto" de cualquier materia· planta aromática, dulce criollo o sazón de edad. Tan hermosa era la venezolana que su belleza hacia olvidar su rango literario, dejando a las gentes en el puro disfrute de una criatura lograda a toda maestría corporal. Mirándola se daba las gracias por ella al artesano o ángel de la raza.

La celebrada, la solicitada no era una mundana en el sentido espectacular de la palabra, aunque guardaba los adornos de mundanidad que a todos nos humanizan y que a la mujer le subrayan lo femenino. Ella habría podido decir, con la linda espontaneidad de su carácter: "Me satisface ser como soy, porque veo que causo alegría a los otros, dándomela también a mí misma".

Teresa de la Parra no contaba a los colegas azorados del éxito fulminante que fue la *Ifigenia,* su formación literaria, muy interesante por ciertas coincidencias de su caso con el de los mejores americanos. Al igual de Sarmiento, leyó sin orden en nuestra América, donde lo mejor y lo pésimo se entreveran en las lecturas del aprendiz, pero un instinto seguro la dejó pronto con lo bueno; al igual de Juana de Ibarbourou, se encontró un día escribiendo, no versos, sino prosa, desde una completa posesión de su oficio, como si nunca hubiese hecho otra cosa. No tuvo en sus comienzos ni maestros de la línea tal o cual, ni profesor ilustre a lo niño Bolívar. Y como a Rómulo Gallegos, la única ayuda que le contaremos será la que le dio la lengua hablada de Venezuela, limpia y vivaz, bebida por sus poros de niña precoz.

Su belleza de entonces estaba hecha de la esbeltez que llamaremos europea, acordándonos de la pesadez en que cae la mujer del Trópico, y residía sobre todo en una mirada y un acento que eran dones mellizos y que a mí se me fundían en una sola cosa: ambas dulces y ambas regaladoras de quien las tuvo, desde la criada al académico francés. Y esta belleza se movía dentro de una gracia gozosa, de una gracia que llovía sobre los suyos y que como la luz les ayudaba a vivir, anulando conflictos grandes y chicos. Aquellos que analizaban a "la pieza americana de París" con deseo de bajarla del superlativo, decían que sin ser sus facciones muy cabales, el conjunto resultaba óptimo. Pero así ocurre también en otras industrias de este mundo: las porciones fallan en unos gramos de más o menos, pero danza sobre el conjunto una magia subida que se acaba por llamar sin regateos "la belleza". Así es como se arreglan para ser lindos en el paisaje, sin medidas de partenones corporales, el quetzal de los mayas y el venado de Yucatán. Del primero tenía el lujo natural; del otro, la fineza mimosa.

CRIOLLA Educada en el país donde la mujer ha creado el arte ardidoso de la conversación, en la Francia maestra del buen charlar, Teresa se había quedado, por una linda persistencia de su infancia, con una conversación criolla entera, de una criollez, eso sí, depurada y decantada, tal vez la misma en la que hablarían don Ricardo Palma o don Juan Montalvo.

En la ancha colonia sudamericana de París, compuesta de tres a cinco mil personas, el festín de la criollidad lo servían por entonces, uno en su librería, la otra en su hotel, Teresa de la Parra y Ventura García Calderón. Y es que los dos venían de "buena sangre lingüística" de los excelentes terrenos raciales que se llaman Perú y Venezuela.

¿Qué ingredientes formaban la criollidad de nuestra venezolana? Una sencillez fresca y sin gasto de pueblo niño; una linda efusión y llaneza en la convivencia; nuestro placer de conversar, que es un gozo de la expresión; nuestro apetito de calidad en la criatura que no excluya la caridad hacia el individuo bajo; y es la escuela de nuestro paisaje que nos hace para toda la vida sensibles, por una sensualidad de la buena, al repertorio de las artes todas.

La dejé en París por el año treinta y dos, viviendo su deliciosa, su ancha fiesta de mujer que, por ingeniosa, había aprendido el arte de ser feliz con los medios que da el alma y sólo después de ella, la fortuna. La dejé rodeada de un corro mixto de adoradores y de letrados, que la celebraban sin engreírla, como a un regalo raro que les hiciera la orilla "salvaje", el continente que sólo de tarde en tarde ellos ven y estiman. Al irme a Italia, perdí con otras ventajas la de mi nutrimiento americano en su frecuentación y en la de los García Calderón, Zaldumbide, Arguedas y Belaúnde, transeúntes normales de París. Admirándola mucho y queriéndola más, pero nos escribíamos, manteniéndonos siempre cogidas como de la mano, en una alianza de criaturas que sirven al dios secreto de la América, que andan la misma ruta y truecan de tarde en tarde los trances de gozo o de pena que da la extranjería.

SAUDADE Por ese tiempo aparecieron, en español y en francés, *Las Memorias de Mamá Blanca,* relato de infancia magistral, acierto de un género no descubierto hasta entonces por nosotros y una maravilla de lengua donairosa, cuya serenidad sonriente ya estaba tomada de cierto clasicismo criollo-español. La crítica de ojo sagaz dijo de este segundo libro la superioridad que tiene sobre *Ifigenia* en la dignidad del idioma y en la experiencia madura de la contadora. Buena parte de la crítica cursilona lamentó la tala del romanticismo cumplida por Teresa entre las dos obras, y habló de la decadencia de ella, precisamente en la hora mejor de su producción.

La imaginería de la infancia, que Teresa había removido para vaciarla en las *Memorias,* se le quedó hirviendo en tactos y vistas, y ella quiso volver al Trópico. Hizo el viaje peligroso de los regresos que, o es de segundo enriquecimiento, o es de un desengaño disolvente.

Fue a Cuba, a Colombia y a Venezuela, en una gira que le devolvió las grecas borroneadas del paisaje, entregándole además a manos llenas el amor de los suyos, en una de las sabidas cornucopias sudamericanas cuyo exceso o deshace o tonifica.. Tampoco la vi a su regreso; pero una carta suya, tendida como las rutas de su Orinoco, me llevó hasta Italia su contento de la excursión larga y una especie de entrega nueva a lo americano, con lo cual me daba toda complacencia.

LA DOLENCIA Pocos meses después me dijo Gonzalo Zaldumbide, su padrino de letras y su estimador más lúcido, que Teresa había entrado en un sanatorio. A mí, como a otros amigos nos costaba creer en que la tuberculosis pudiera amargar una vida que vimos tan placentera. Ni ellos ni yo nos dimos por notificados del desastre que venía. Tan normal parece el bien en ciertas criaturas, y tan absurdo el derrumbe de un cuerpo noble, que yo retuve como "la única verdadera" la Teresa de París, que en aquellos meses mismos la tisis majaba como una presa entregada, como la medusa que desbaratan en la duna el aire y el sol. Teresa de la Parra había dejado la llanura del Sena, que hirió de muerte a la hija de Meseta, por su cielo bajo, su niebla mala y su aire industrial, y ahora vivía en la montaña suiza, de la cual no se baja sino para consumar un acabamiento.

Yo no creía en la desventura, hasta que me la encontré, en 1935, en Cataluña. ¡Qué asombro tan triste el mío en el hotel de Barcelona, después de cinco años de ausencia! Había que aprenderse como un paisaje trocado la corporalidad de la preciosa criatura; había que recoger de un golpe el estrago no seguido poco a poco en las facciones del rostro querido, honra de nuestra raza mestiza. Y había que estar tranquila y sonriente delante de la muy sutil para que el espejo de mi cara no le devolviese su mudanza lamentable. La Teresa de antes, el venado rápido de nuestra sierra, andaba ahora lentamente; el jadeo se había aposentado en su garganta; su espalda se deformaba ligeramente; las canas acudidas le habían dado de un golpe edad madura, aunque le allegasen mayor dulzura todavía de la que siempre llevó aquel rostro que era piadoso además de bello. El derrumbe cumplía en su cara un curioso trabajo: aparecían los rasgos indios de la criolla, en los pómulos ahora ostensibles: —"Gabriela, ya soy indita para su gusto; ahora cualquiera me conoce, mirándome, la doble vertiente de sangres". Yo miraba la faisana nuestra, la gala de mi raza, con una ternura deshecha y una tristeza indecible.

Pero todavía yo confiaba, viviendo la misma y terca esperanza de su única y noble enfermera, la cubana Lydia Cabrera[1], que a la hora del desbande de las amistades, estaba con ella y quedaría a su lado hasta las postrimerías.

No se va un bien tan grande como la belleza, que a veces se llamaría sobrenatural, no abandona a ciertos privilegiados, sin que las reemplace alguna cosa fascinante como ella misma, que trae una fuerza igual. Esta contraparte es la que cuenta D'Annunzio en la agonía de Adolfo Bermond ("Contemplación de la Muerte"). Y yo me he visto el fenómeno oculto sólo en el caso de la extraordinaria venezolana.

TERESA DE LA PARRA (III)

NOS NACIÓ en la montaña suiza la segunda Teresa de la Parra, que sus amigos de esta y la otra orilla no conocerían, y que yo tuve bajo mis ojos, por diez meses, para consolación permanente a mi pesar y quién sabe si para volteadura de mí misma.

Teresa de la Parra buscaba ahora la vida sin sensualidad alguna, y lo hacía de un modo especial y secreto. "Puede convenir el que me salve, pero pudiese también no tener eso ninguna importancia para los asuntos de mi alma".

El alma como la mira absoluta, se le había revelado en la montaña alpina hasta un punto que no se sabe decir, porque aquí damos nada menos que con el bulto de aire de la Gracia.

Teresa de la Parra hablaba de sucesos grandes y de menudencias caseras desde un centro o eje especial, y el tema serio o trivial no importaban: eran acento, actitud y dejo los que habían mudado. Daban ganas de preguntarle qué experiencia había tenido en los días y las noches del sanatorio extranjero. Sus respuestas, a veces esquivadoras, a veces fiadas a mí, me las cuento entre las cosas sin precio que yo he alcanzado a saber de lo inefable en este mundo, donde nada me importa como este género de noticias.

Lydia Cabrera podrá contar para los suyos está industria callada y definitiva del trueque de la Teresa, la mujer de mundo en la Teresa gobernada por un manejo divino y sordo.

Entre pedazo y pedazo del pan y sorbo y sorbo del café que le gustaba servirme de su mano, yo bajaba los ojos y lloraba a hurtadillas.

---

1 La admirable cuentista del negro cubano en Contes Négros", *Nouvélle Revue Française*, París

Parecía una reina santa, Isabel de Hungría o Isabel de Portugal, ayudando a su cocinera torpona o sirviendo a la mesa. Se tenía una punzada de intuición respecto de su secreto viendo estas y otras grandes humildades suyas; quemaban de pronto por lo que había en ellas de otro orden, y yo recibiéndolas sentía alguna cosa como un calofrío de vergüenza.

Supo vivir como pocas la juventud en su rojez de fruto cabal, sin disminuciones míseras, pero siempre con un perfecto decoro; supo vivir su madurez amagada de un mal terrible, en su estoicismo exento de sequedad, y supo padecer su acabamiento, hincada ya en unas realidades del espíritu que bien veía "quien tuviese ojos para ver".

Grande y querida criatura, ayudarla parecía en ocasiones un privilegio ganado y en otras, un afán inútil. Ni servicio, ni conversación religiosa, ni nada de nuestra medida parva le hacían falta a la que en dos años de la montaña trabajaron no sé qué filos delgados de escoplo oculto.

La herramienta invisible que la labró en unos años de soledad alpina, yo no puedo llamarla con este o aquel nombre. Me basta saber que existe esa cuchilla devastadora o lengüetada y toque de fuego porque vi y palpé su logro en esa criatura al alcance de mi mano.

Yo sabía lo que cuento de una manera vaga y, sin embargo, muy segura. Cuando ella llegaba a mi casa de Ciudad Lineal, yo la acomodaba en sillón o cama, dándole sobre la espalda, ahora gibada, y sobre las piernas frioleras, el sarape guatemalteco o mejicano, por allegarle cosas nuestras, creyendo, como el indio mago, que nos ayuda con su exhalación sólo aquello que es nuestro, que fue hecho o que viene de sitio o circunstancia de nuestro parentesco.

No puedo contar al curioso que lee, con la objetividad que él querría, la "vía de Teresa", los santos dados de principios espirituales que corrían por sus manos. Es probable que no hubiese en todo ello ninguna novedad de doctrina como no la hay en muchos cristianos o en todo cristiano al que de pronto le crece la luz sobre la cabeza y delante de los pasos. Cuanto sabía se le vuelve más aguzado y exigente: cuanto había recitado en regazo materno o en nave de iglesia, cobra súbitamente dentro de él una vivacidad grande: se le pone a vivir la cristiandad desde el pecho a los tuétanos y no ocurre nada más que eso, siendo eso un trueque del ser.

El señorío natural de Teresa, suelo en el que vivió siempre, se había vuelto una especie de cortesía ancha que ahora abrazaba pueblos, amigos, enemigos, paisajes y animales. Llegaba a la conciliación total que en los más se produce a los bordes de la muerte, pero que ella ejercitó mucho tiempo antes, y no era la simpatía espectadora y más o menos estética de las almas delicadas que llegan hasta ahí por discipli-

nas lentas, sino una iluminación vertical, un desgarrón de nuestras cortezas íntimas. Su entendimiento, que siempre quiso comprender para excusar, parecía ahora entender por un relámpago alumbrador, cada hecho, cada caso, y responder a lo visto con una acción inmediata de sus nuevos sentidos. Se habían rasgado sus ojos de mujer rica a la vista de la miseria del mundo y la afligía el hambre del pueblo castellano, último espectáculo de su vista. Le dolían en las potencias vivísimas las injusticias temerarias, y la última escritura suya que yo leí sería una carta que quiso enviar a sus amigos bogotanos sobre cierto manifiesto de señoras católicas en el que se decían tristes torpezas respecto de las actividades diplomáticas de Palma Guillén, cuyo cristianismo de diamante Teresa conocía tanto como yo. (No la dejé enviar su protesta asombrada, porque no envolviese también a ella la torpe disputa.)

Antes le repugnaba, ahora le entristecía infinitamente el mal. Oía crujir el mundo del lado de Europa por culpa de la ceguera de los poderosos y de la cólera atolondrada de los hambreados. Y echaba sus ojos, junto conmigo, hacia la América Latina en consulta ansiosa de nuestro "pasado mañana"...

Me parecía Teresa en este punto de su vida criatura tan preciosa que yo le seguía los actos menudos ávidamente por no perderle nada. Como el dibujante japonés que quería atrapar a su modelo prócer desde el modo de comer hasta el de volver la cara, yo le seguía desde la mano que mondaba la naranja hasta su risa niña por la criollada gruesa de su visitante llanero

DESPOJO Todavía yo volteaba en mis vacaciones de Lisboa mi cinta de imágenes de esta segunda Teresa conocida; todavía me fiaba a la pericia o la vanidad del último médico, cuando el telegrama de la cubana fiel vino a notificarme del fracaso. El aviso llegó en un día de salud rota, consecuencia de una noche que estuvo llena de esos tics de aire y luz que no alcanzan a señales y que vienen de alguna parte. No creo mucho a tales muecas, a veces embusteras, y siempre mancas. Si señales son, ¿por qué tan inseguras todas ellas? y, si pueden venir, ¿por qué quedó el aire tan vacío de ellas en otros trances iguales? —"Teresa vino, Teresa no vino. —Eran las horas de su agonía. —Era ya pasado el trance".

Como siempre me quedé sin comprender cabalmente. Pero lo que sí veo claro y me desconcierta es el que una criatura que atravesaba el meridiano mejor del alma para ayudarnos a los demás con lo que acababa de saber, se nos borre en esta hora precisa, se nos invalide en el tiempo mismo de su aptitud ya consumada para socorrer nuestra confusión.

Al nacimiento de cada uno, el cuerpo y el alma nuestra firman con la tierra un vago convenio: el uno dando la robustez del buen esclavo Esopo, la otra ofreciendo buen pozo que devolverá el jadeo en cántaras colmadas. El esclavo trabaja cuarenta años, recibiendo poca liberalidad de la linfa mañosa, hasta que un buen día su cubo acierta con una veta repentina. En este momento de la Navidad de su oficio de hombre y de aguador, precisamente en esta coyuntura, el esclavo cae rebanado por la urna del aire que le falta, lo ahoga y lo tumba. Parece un absurdo de alfarero que quiebra el torno; parece un atarantamiento de lamparero que no acordó bien el depósito bruto con el globo aéreo. Entonces sentimos los que vemos el descalabro, un desprestigio de la vida entera y de la nuestra por añadidura.

Así como era normalidad feliz comer con Teresa el melón y el pan de Castilla, oyéndola alabar el bocado y la tajada solar; así como era acto dulce alargar el agua mejor a su boca reseca, se vuelven ahora desabrimiento completo y no sé que indecoro el comer, caminar y el alentar, después de su enajenamiento definitivo.

En el oficio o condena de escribir donde duelen las palabras por desabridas e incapaces, de pronto ellas mismas abren unos disparaderos de consolación.

Se dice "enajenamiento"... Casi es decir "traspaso", casi insinuar el préstamo. ¿A quién y en qué clase de transacción? Yo le pregunto a ella, sabiendo que no me contestará, que esta vez ya no me vale para tener respuesta ni siquiera esa cortesía de ella, flor de su naturaleza, que yo llamaba "natural y sobrenatural".

DEVOLUCIÓN Y REGRESO. El único daño real que yo debo a la española santiaguina que me hizo dejar los Madrides, es la pérdida de los últimos días de Teresa de la Parra, a los cuales yo no pude asistir. Una tontería imperdonable tuvo la culpa de que yo no peinase para la sepultura, con Lydia Cabrera, aquella cabeza querida y de que no pusiese mi mano criolla sobre la caja, la piedra y el suelo extranjeros que apretujaron y recibieron su forma.

En el nicho número 101 del Cementerio del Oeste espera Teresa de la Parra su tránsito a la meseta de América que le dio la infancia maravillosa.

A Rómulo Gallegos, su hermano mayor en el relato de América, y a las mujeres de Venezuela, yo les hago el encargo de ir preparando esta vuelta que ella aprobará en donde esté y que le llevará mayor gozo a donde tenga gozo. Haya o no haya resurrección de la carne "en especies físicas", bueno es que cada cual responda al cuerno de llamada

desde su célula natural y su yacija legítima, y las de Teresa se llaman tierra, limo y pedruscos de Venezuela.

UNA VIDA DE RUBEN DARIO

FRANCISCO CONTRERAS, el buen chileno y el buen americano del *Mercure de France,* ha publicado la biografía cabal y colmada de Rubén Darío, que ya venía siendo una deuda atrasada de nuestros escritores hacia el Maestro.

La obra sale de una mano ejercitada en la crítica literaria durante veinte años, en la grande, que es la crítica sin histerismos de admiración ni de aborrecimiento, y de la que Francia ha sido y sigue siendo la enseñadora. Enseñadora, ella, de aquellos que pueden aprenderla, que son, de una parte, los capaces de labor bibliográfica tiesa y dura, y, de otra, los de naturaleza sana que no inficionan un trabajo crítico con su propio humor ponzoñoso.

Rubén Darío, que todo lo fecundó y de todo proveyó a nuestra raza (poetas, narradores y críticos), andaba por ahí con su pobre nombre llevado y traído en artículos de buena o de mala voluntad, más o menos extensos, más o menos anecdóticos, de anécdota veraz unas veces, desfigurada las más y también perversa.

La filialidad literaria, tan común en una Alemania joven que se ha puesto a montar guardia celosa en torno a su Nietzsche, o en una Provenza vieja, que cela, como la niña de sus ojos, la vida de su Mistral; la filialidad de las gentes europeas que saben lo que significa para su propia estampa perdurable fijar de una vez por todas la verdad acerca de sus maestros, es cosa que en nuestra América está todavía en puro agraz.

En tres ocasiones solamente yo he sentido que el Rubén que me servían era el legítimo, el Rubén que no tuve la fiesta pascual de conocer; una fue en la conversación de Manuel Ugarte, hombre aseado en la conciencia literaria como en las otras, y cuya mano trata sin tiznar su asunto americano; otra fue en las charlas familiares que tuvimos Lolita de Turcios, la santa hermana de Rubén, y yo en el San Salvador de nuestro encuentro; la otra en la lectura de la obra de Francisco Contreras, más lo que de su boca recogí hace años en su casa, contenta de escuchar en acento chileno cosas nobles sobre Darío.

—"Es malo deber —me decía una vez Pedro Prado, explicándome la malquerencia de un deudor—. La sensación de servicio es nociva de sentir para algunos porque les humilla, por ahí les irrita, y ya en esta irritación comienza la llaga".

Me he acordado de estas palabras muchas veces, a propósito de Darío No sólo dio mucho, sino que casi nadie se libró de recibirle, hasta a pesar suyo le recibieron, y lo regalado eran cosas fundamentales, como "ojos nuevos" y "orejas nuevas" y algún trueque de entraña, de modo que tales presentes durables, no se pueden ni negar ni olvidar

Una biografía de Rubén Darío de este tono sereno, de esta visión completa de conjunto y detalle, no nos la esperábamos pronto, sin embargo, aunque la estuviésemos necesitando La gesticulación en torno del Maestro, la favorable y la adversa, no han pasado todavía, y ese manoteo doble conturba al mejor crítico y le vuelve la cabeza a derecha e izquierda, rompiéndole en zigzag el flechazo de la mirada

La obra de Contreras se halla dividida en dos porciones desahogadas sobre la Vida y la Obra, y cada una de las partes ha sido tratada con un orden y una claridad que llamaríamos *docente* si la noble palabra no estuviera tan envilecida

Creíamos sabernos bien esta *Vida,* de tanto chismecillo que nos ha corrido por la oreja sobre los cuarenta años del Maestro Lo peor en estas cosas no es estar en ayunas de noticias, sino haberlas recibido a tontas y a locas, es decir, de tontos y de pícaros

Al fin tenemos aquí articulada de modo que nada útil nos falte, la existencia del hombre nacido para nosotros en Nicaragua, zarandeado en una docena de países nuestros y claveteado como un pobre quetzal en el cartón frío de Europa —para bien suyo, creía él— para su bien y para su mal por iguales partes, decimos nosotros ahora, las criollistas Aquí están, en la cumplida biografía, los tres casamientos, que llamaríamos mejor *casorios,* por lo mal hechos, bien seguidos están los viajes en busca de dineros americanos que nunca dieron de vivir, porque no eran estables, y que, si lo hubieran sido, no le bastaran al amiguero dispendioso que fue siempre, y el carácter noble, el natural caballeroso, guardado a pesar de enfermedades y pobrezas, para acoger a los amigos —a los de su jerarquía, a los medianitos y a los ínfimos—, dándoles su tiempo liberalmente, la manera reservada, sin perfidia mestiza, y el rebosamiento de la alegría en las noches de copas", la lengua de hombre pulcro, desprovista de obscenidad y de injuria, rara en español pirenaico o ultramarino, y tanta menudencia valiosa del trato, que sirve para informar y sugerir, se nos entregan aquí desmenuzadas abundantemente, y son cosa de agradecer al "memorioso que las supo guardar, y al acumulador de datos que las ha escogido en montaña anecdótica Cuenta a su Maestro con precioso pudor Francisco Contreras, y, a la vez, sin pujos de defensa protectora refiere lo romántico de aquella vida y señala lo feo sin dejar ahí el índice pegado, y no tiene verguenza

de ser tierno muchas veces y de desenterrar a su Lázaro como Jesús al suyo, descompuesto de sepultura, con los ojos húmedos. El lector dice lo que los otros: "Ved cómo le quería". Mejor es que desentierren así los del oficio crítico que como J. J. Brousson lo hizo y lo sigue haciendo. El que mucha podre saca, tiene cierto gusto de ella, y parece que la aumenta en su mano.

Rubén Darío arrastra todavía una reputación que no alcanza a la de poeta maldito, pero sí a la de alcohólico empedernido, o sea, a la de hombre desmoralizado.

Hasta qué punto fue Darío un alcohólico, hasta dónde dio largos años a la bebida, yo no lo sé, a pesar de todas las confidencias fáciles que de él nos han hecho sus compañeros. Sabemos, eso sí, que un hombre de botella cotidiana no deja detrás treinta y cinco volúmenes; sabemos que un alcoholismo radical elimina toda posibilidad de trabajo, y, especialmente, de un trabajo de calidades, sabemos que la abulia alcohólica más los delirios que van llegando, disuelve al ebrio como un jabón en una baba buena para nada, y sabemos que un hábito alcohólico pulveriza al mismo tiempo que el cuerpo, el decoro personal, y nuestro Darío frecuentó gentes e hizo vida social la mayor parte de su tiempo de Europa y de América, y no fue rechazado en esos círculos como harapo sucio. La embriaguez de Darío, precisa decirlo, no fue más allá de la ebriedad del hombre de nuestra raza, y, con ella, de la inglesa y la rusa, que forman el trío de este frenesí.

Verlaine dejó menos labor, también menos, Poe, es decir, aquellos que para el vulgo comparten el tabladillo de la embriaguez grotesca. En vez de esto tuvimos en Darío un trabajo constante de escribir; otro cotidiano de leer para informarse. Leyó lo clásico sustancial y leyó todo lo moderno; tanto leyó que no hemos tenido cabeza más puesta al día que la que nos prueban *Los Raros* y los libros numerosos de crítica literaria.

Después del hábito laborioso que es por sí solo una forma de moralidad, hay que anotarle a Rubén Darío la hidalguía perfecta en las relaciones literarias, otra señal fuerte de moralidad. Hombre lavado de la clásica envidia española estudiada por Unamuno, y de la otra envidia en fiebre palúdica, del mestizaje latinoamericano, fue nuestro Rubén Darío. Lleno de derechos al desdén, por estar colmado de capacidad verdadera, cabeza confesada de vasta escuela literaria, aristócrata, y nato, a lo largo de su obra sin caída, a nadie desdeñó en la masa de sus seguidores; a ninguno quiso aplastar con su nombre de viga madre literaria; a ninguno le rasó la alabanza cuando la merecía. Más alabó de lo que debía hacerlo un escritor de su tamaño, en esas crónicas suyas

disminuidas y despreciadas precisamente a causa de una prodigalidad de niño cariñoso.

El pudo decir de sí lo que Whitman, que no fue generoso, se aplicaba a su gusto: "Yo riego las raíces de todo lo que crece". La naturaleza del maestro, en el sentido paternal, la llevaba visible Darío: confortó a cuanto escritor tuvo cerca; dio, desde el apretón de manos hasta el abrazo efusivo, a cuanta larva de letras se le cruzó en el camino; excitó a los jóvenes y les dio paridad a los maduros, lo mereciesen o no, lo mereciesen unos y otros. Sentía un gozo de veras de jardinero multiplicador de especies, y una efusión de patriarca que cuida y mima carne salida de su carne. Posiblemente resida en esta cordialidad del gremio la moral verdadera del artesano de letras, y la única que debamos pedirle. Las otras morales las pide la religión y no nos toca cobrarlas a nosotros.

La parte crítica de la obra de Contreras ha sido cuidada como de quién la escribe y para quién la escribe. Ocasión lujosa es la de hacer un estudio largo de Darío para hombre de profesión juzgadora. Contreras ha aceptado los dictámenes sustanciales que corrieron y corren sobre Darío, dejando así opinar a la época que su derecho tiene; pero su propio juicio es casi siempre el que mejor sitúa la pieza estudiada. A Dios gracias, el libro no se nos queda, como otros del género, anegado en pastos de citaciones reiteradas y empalagosas. El autor corriente de estudios literarios aparece o como respetuoso amilanado por el respeto o como un perezoso que acarrea demasiados asombros de construcciones ajenas. Hay pocas cosas más antipáticas para un lector que esa albañilería confusa y pesada de las referencias ajenas inacabables.

El libro de Contreras va a servir, esperémoslo así, como un molde paterno para los análogos que nos faltan y que irán llegando. Vidas de José Martí, de Palma, de Nervo, etc. El molde se trae excelencias que nos faltan por allá; la naturalidad, abajadora de la cresta inútil en el elogio literario; la verdadera escritura crítica, que es antilírica y neutra como los vitrales blancos; el tratamiento suave-firme de la mano, que no se afloja demasiado ni aprieta tampoco la pieza que es de tratar y no de atormentar.

La obra de Contreras vale por el mejor de esos cursos de conferencias sobre los clásicos que se oyen en las universidades europeas o norteamericanas Los vale, gracias al tono apaciguado, próximo a lo docente; los vale, por el acopio abundante y la ordenación escrupulosa de la materia, y los vale, particularmente, por la equidad sostenida como un pulso leal a lo largo de la biografía como del estudio literario. Yo la utilicé en mis clases de los Estados Unidos y me sirvió preciosamente.

A propósito, es tiempo ya de ir pensando en unos *Cursos Rubén Darío* para las universidades españolas y latinoamericanas, y las secciones de español de las de los Estados Unidos. Hay *Cursos Calderón,* Lope de Vega, Garcilaso y Góngora, y todavía nos retiene un poco la idea del "Curso Rubén Darío".

La retención nos viene de que aún nos corre por las canales toda la necedad profesoril y crítica que corrió quince años sobre el Maestro. Se nos enreda todavía la lengua al decir ciertas frases que podemos pronunciar a todo paladar y toda garganta, la dicha por Benavente hace mucho: "Rubén Darío es el primer poeta de la lengua, ni más ni menos". Dicho eso, tanto para los demás como para nosotros mismos, cumpliremos en seguida la obligación de honra máxima que es la de esos cursos especializados.

"Un reformador de la lengua" —decimos—; y debemos decir que es el mayor de los habidos, si hubo otros de su clase. "El más grande poeta latinoamericano", decimos, y es como marcar la uva en el gajo y no el racimo. Hay que decir: "El mayor poeta en castellano". Garcilaso, hacedor de *Eglogas,* no da con ellas solas, bulto para cubrirlo; Jorge Manrique tampoco da con el patético de las *Coplas,* masa con qué desplazarlo; solamente el Romancero puede ponerse como un peso honorable en el otro platillo de la balanza.

Sin miedo, pues, digamos cada vez que se presente la ocasión: "Rubén Darío, primer poeta del habla y padre de la poesía española del siglo XX". Esos regateos se llaman de otra manera: miserias se llaman y comenzones de envidia.

Han dicho a Contreras que su excelente obra llega en un momento en que al modernismo se le descascara el dorado malo y se desmorona entero. Cierto que los fervores histéricos han pasado, y que el modernismo, que nos dio cuanto trajo en la entraña de bienes y de males, ya no muestra colores prósperos. Pero no hay que olvidar que bien nos lo aprovechamos, devorándole, desde la carne inferior, hasta el tuétano de oro. Es el caso de contestar a los que declaran el modernismo barrido, porque no lo ven, lo que declararon los comensales honrados al que llegó tarde al banquete preguntándoles por el buey: "Nos lo comimos". Aprovechando en lo que de bueno trajo, el modernismo está despedido en el resto que era superchería. Es honrado confesar que le debemos alguna sangre, algunas sales útiles, algunas electricidades vivas que nos han servido para las otras cosas que ahora nos nutren: americanismos, futurismos, dadaísmos y... neoclasicismos. Nos lo comimos, al buey robusto, que ya no humea en el fuego, y está en nosotros.

UN HOMBRE DE MEXICO: ALFONSO REYES

DESCONCERTANTE ALFONSO REYES, hombre salido de nuestra América y en el cual no están los defectos del hombre de nuestros valles: la vehemencia, la intolerancia, la cultura unilateral: al revés de eso, una cordialidad fabulosa hacia los hombres y las cosas, especie de amistad amorosa del mundo; paralela con el amor de las criaturas, una riqueza de conocimiento del cual vive ese amor.

La conversación, una fiesta. ¿Qué fiesta? La del paisaje de Anáhuac que él ha reproducido en una prosa de esmalte: la luz aguda, el aire delgado, las formas vegetales heráldicas. Solidez y finura; antipatía siempre presente del exceso. Y la bondad, la bondad circulando por los motivos, suavizando aristas de juicios rotundos: Bondad sin los azúcares de la cortesanía y sin penacho retórico, también como de sangre que corre escondida, pero que se siente, tibia y presente.

Pero no sólo la charla coloreada, que el buen americano tiene siempre, sino cosas además: la gravidez del pensamiento en cada rima fina de la frase. Una vida interior que se revela a cada paso, sin que él —que también es un pudoroso de su excelencia interior— lo busque. Detrás de la sonrisa se le descubre la tortura, que podemos llamar, en español, unamunesca, del hombre que la introspección sangra cotidianamente. Yo suelo recordar oyéndolo: "la camisa de mil puntas cruentas", que dijo Rubén. Algo mejor que el ojo goloso de formas del americano. Escarbador de su "carne espiritual", entera se la conoce; como ha palpado el contorno de su naranja de Tabasco, así palpa los contornos de su espíritu.

Mucho enriquecimiento le ha venido de los tres contactos mayores que se ha dado a sí mismo: el inglés, el español y el francés. Cavando en uno solo de esos suelos, por mucha suerte que tuviese en la cava, se le hubiesen quedado perdidos muchos hallazgos. Harto bien le llegaron su Chesterton —que tradujo—, su Mallarmé cuyo ascetismo de belleza sigue, su Góngora amado.

Y sube sin brinco ambicioso. La "Ifigenia cruel" es lo mejor suyo, aunque tras ella esté la estupenda "Visión de Anáhuac". Esta Ifigenia andará poco zarandeada en comentarios, que es agua de hondura inefable, y quienes no bajaron con él a la cisterna, no sabrán gozarla.

Y el divulgador que divulga con fácil donosura —una especie de profesor a lo Renán— lo suyo, la historia de México, la flora de México. Tendría para lo didáctico, si quisiera ejercerlo, el juicio agudo y la expresión bella. ¡Cómo le envidiaría un geógrafo su descripción de la

meseta de Anáhuac! Tiene la disertación suya una ceñidura sobria que le da toda la autoridad de lo docente; y para alejarle antipatía de lo docente, ahí está la gracia, presente.

¡Y vaya que le sirve a un diplomático el saber decir bien lo suyo, en un medio de agudas exigencias mentales, y de dar, deleitando, la historia de su país en una conferencia de la Sorbonne.

Se recuerda delante de él la vieja disputa: ¿Es mejor que un pueblo dé conjuntos estimables —Suiza, Estados Unidos— o que dé, como una tela preciosa y breve, unos cuantos individuos selectos? México, en el pasado, ha sido individualista y se defiende con unos cuantos hombres, aplastando el reparo de que su conjunto no es homogéneo: un Nervo, un Vasconcelos, un Alfonso Reyes y la extraordinaria Sor Juana.

¡Qué hermosa planta americana, más cafeto que plátano, cafeto de menudo grado acendrado!

Edwards Bello me decía:

—Es el mejor diplomático hispanoamericano.

Y yo:

—Si pudiera ser esto: ¡un Ministro de México, y de la América del Sur, además!

RECADO SOBRE PABLO NERUDA

PABLO NERUDA, a quien llamamos, en el escalafón consular de Chile, Ricardo Reyes, nos nació en la tierra de Parral, a medio Llano Central, en el año 1904, al que siempre contaremos como de Natividades verídicas. La ciudad de Temuco le tiene por suyo y alega el derecho de haberle dado las infancias que "imprimen carácter" en la criatura poética. Estudió Letras en nuestro Instituto Pedagógico de Santiago y no se convenció de la vocación docente, común en los chilenos. Algún Ministro que apenas sospechaba la cosa óptima que hacía, lo mandó en misión consular al Oriente a los veintitrés años, poniendo mucha confianza en esta brava mocedad. Vivió entre la India Holandesa y Ceylán y en el Océano Indico, que es una zona muy especial de los Trópicos, tomó cinco años de su juventud, trabajando su sensibilidad como lo hubiesen hecho veinte años. Posiblemente las influencias mayores caídas sobre su temperamento sean esas tierras oceánicas y supercálidas y la literatura inglesa, que él conoce y traduce con capacidad prócer.

Antes de dejar Chile, su libro *Crepusculario* le había hecho cabeza de su generación. A su llegada de provinciano a la capital, él encontró un grupo alerta, vuelto hacia la liberación de la poesía, por la reforma

poética, de anchas consecuencias, de Vicente Huidobro, el inventor del Creacionismo

La obra de los años siguientes de Neruda acaba de ser reunida con un precioso esmero por la editorial española Cruz y Raya, en dos muy dignos volúmenes que se llaman *Residencia en la Tierra* La obra del capitán de los jóvenes ofrece, desde la cobertura, la gracia no pequeña de un título agudo

Residencia en la Tierra dará todo gusto a los estudiosos, presentándoles una ligazón de documentos donde seguir, anillo por anillo, el desarrollo del formidable poeta Con una actitud de lealtad a sí mismo y de entrega entera a los extraños, él ofrece, en un orden escrupuloso, desde los poemas —amorfos e iniciales— de su segunda manera hasta la pulpa madura de los temas de la Madera, el Vino y el Apio Se llega por jalones lentos hasta las tres piezas ancladamente magistrales del trío de las materias Recompensa cumplida los poemas mencionados valen no sólo por una obra individual, podrían también cumplir por la poesía entera de un pueblo joven

Un espíritu de la más subida originalidad hace su camino buscando eso que llamamos la expresión", y el logro de una lengua poética personal Rehúsa las próximas, es decir, las nacionales Pablo Neruda de esta obra no tiene relación alguna con la lírica chilena Rehúsa también la mayor parte de los comercios extranjeros, algunos contactos con Blake, Whitman, Milosz, parecen coincidencias temperamentales

La originalidad del léxico en Neruda, su adopción del vocablo violento y crudo, corresponde en primer lugar a una naturaleza que por ser rica es desbordante y desnuda, y corresponde en segundo lugar a cierta profesión de fe antipreciosista Neruda suele asegurar que su generación de Chile se ha liberado gracias a él del neogongorismo del tiempo No sé si la defensa del contagio ha sido un bien o un mal, en todo caso la celebraremos por habernos guardado el magnífico vigor del propio Neruda

Imaginamos que el lenguaje poético de Neruda debe hacer el escándalo de quienes hacen poesía o crítica a lo ' peluquero de señora '

La expresividad contumaz de Neruda es una marca de idiosincrasia chilena genuina Nuestro pueblo está distante de su grandísimo poeta y, sin embargo, él tiene la misma repulsión de su artista respecto a la lengua manida y barbilinda Es preciso recordar el empalagoso almacén linguístico de bulbules , cendales , y rosas en que nos dejó atollados el modernismo segundón, para entender esta ráfaga marina asalmuerada con que Pablo Neruda limpia su atmósfera propia y quiere despejar la general

Otro costado de la originalidad de Neruda es la de los temas. Ha despedido las empalagosas circunstancias poéticas nuestras: crepúsculos, estaciones, idilios de balcón o de jardín, etc. También eso era un atascamiento en la costumbre empedernida, es decir, en la inercia, y su naturaleza de creador quema cuanto encuentra en estado de leño y cascarones. Sus asuntos deben parecer antipáticos a los trotadores de senderitos familiares: son las ciudades modernas en sus muecas de monstruosas criaturas; es la vida cotidiana en su grotesco o su mísero o su tierno de cosa parada o de cosa usual; son unas elegías en que la muerte, por novedosa, parece un hecho no palpado antes; son las materias, tratadas por unos sentidos inéditos que sacan de ellas resultados asombrosos, y es el acabamiento, por putrefacción, de lo animado y de lo inanimado. La muerte es referencia insistente y casi obsesionante en la obra de Neruda, el cual nos descubre y nos entrega las formas más insospechadas de la ruina, la agonía y la corrupción.

Pocos sabores españoles se sacarán de la obra de Neruda, pero hay en ella esta vena castellanísima de la obsesión morbosa de la muerte. El lector atropellado llamaría a Neruda un antimístico español. Tengamos cuidado con la palabra mística, que sobajeamos demasiado y que nos lleva frecuentemente a juicios primarios. Pudiese ser Neruda un místico de la materia. Aunque se trata del poeta más corporal que pueda darse (por algo es chileno), siguiéndole paso a paso, se sabe de él esta novedad que alegraría a San Juan de la Cruz: la materia en la que se sumerge voluntariamente, le repugna de pronto y de una repugnancia que llega hasta la náusea. Neruda no es un adulador de la materia, aunque tanto se restriega en ella; de pronto la puñetea, y la abre en res como para odiarla mejor... Y aquí se desnuda un germen eterno de Castilla.

Su aventura con las Materias me parece un milagro puro. El monje hindú, lo mismo que M. Bergson, quieren que para conocer veamos por instalarnos realmente dentro del objeto. Neruda, el hombre de operaciones poéticas inefables, ha logrado en el canto de la Madera este curioso extrañamiento en la región inhumana y secreta.

El clima donde el poeta vive la mayor parte del tiempo con sus fantasmas habrá que llamarlo caliginoso y también palúdico. El poeta, eterno ángel abortado, busca la fiebre para suplirse su elemento original. Ha de haber también unos espíritus angélicos de la profundidad, como quien dice, unos ángeles de caverna o de fondo marino, porque los planos de la frecuentación de Neruda parecen ser más subterráneos que atmosféricos, a pesar de la pasión oceánica del poeta.

Viva donde viva y lance de la manera que sea su mensaje, el hecho de contemplar y respetar en Pablo Neruda es el de la personalidad Neruda significa un hombre nuevo en la América, una sensibilidad con la cual abre otro capítulo emocional americano Su alta categoría arranca de su rotunda diferenciación

Varias imágenes me levanta la poesía de Neruda cuando dejo de leerla para sedimentarla en mí y verla tomar en el reposo una existencia casi orgánica Esta es una de esas imágenes un árbol acosado de líneas y musgos, a la vez quieto y trepidante de vitalidad, dentro de su forro de vidas adscriptas Algunos poemas suyos me dan un estruendo tumultuoso y un pasmo de nirvana que sirve de extraño sostén a ese hervor

Las facultades opuestas y los rumbos contrastados en la criatura americana se explican siempre por el mestizaje, aquí anda como en cualquier cosa un hecho de sangre Neruda se estima blanco puro, al igual del mestizo común que, por su cultura europea, olvida fabulosamente su doble manadero Los amigos españoles de Neruda sonríen cariñosamente a su convicción ingenua Aunque su cuerpo no dijese lo suficiente el mestizaje, en ojo y mirada, en la languidez de la manera y especialmente del habla, la poesía suya, llena de dejos orientales, confesaría el conflicto, esta vez bienaventurado, de las sangres Porque el mestizaje, que tiene varios aspectos de tragedia pura, tal vez sólo en las artes entraña una ventaja y da una seguridad de enriquecimiento La riqueza que forma el aluvión emotivo y linguístico de Neruda, la confluencia de un sarcasmo un poco brutal con una gravedad casi religiosa, y muchas cosas más, se las miramos como la consecuencia evidente de su trama de sangres española e indígena En cualquier poeta el Oriente hubiese echado la garra, pero el Oriente ayuda sólo a medias y más desorienta que favorece al occidental La arcilla indígena de Neruda se puso a hervir al primer contacto con el Asia *Residencia en la Tierra* cuenta tácitamente este profundo encuentro Y revela también el secreto de que cuando el mestizo abre sin miedo su presa de aguas se produce un torrente de originalidad liberada Nuestra imitación americana es dolorosa, nuestra devolución a nosotros mismos es operación feliz

Ahora digamos la buena palabra americanidad Neruda recuerda constantemente a Whitman mucho más que por su verso de vértebras desmedidas por un resuello largo y un desenfado de hombre americano sin trabas ni atajos La americanidad se resuelve en esta obra en vigor suelto, en audacia dichosa y en ácida fertilidad

La poesía última (ya no se puede decir ni moderna ni ultraísta) de la América, debe a Neruda cosa tan importante como una justificación

de sus hazañas parciales. Neruda viene, detrás de varios oleajes poéticos de ensayo, como una marejada mayor que arroja en la costa la entraña entera del mar que las otras dieron en brazada pequeña o resaca incompleta.

Mi país le debe favor extraordinario: Chile ha sido país fermental y fuerte. Pero su literatura, muchos años regida por una especie de Senado remolón que fue clásico con Bello y seudoclásico después, apenas si en uno u otro trozo ha dejado ver las entrañas ígneas de la raza, por lo que la chilenidad aparece en las Antologías seca, lerda y pesada. Neruda hace estallar en *Residencia* unas tremendas levaduras chilenas que nos aseguran porvenir poético muy ancho y feraz.

RECADOS II

FRAY BARTOLOME

CAMINANDO A VECES en Méjico o en Guatemala por aquellas regiones de calentura solar y de casticismo en la costumbre, Chiapas y Vera-Paz, asistida de esas dos noblezas del sol y de la tradición, me he puesto a pensar en lo que muchos otros habrán pensado antes que yo: en que tal vez los huesos de Fray Bartolomé de Las Casas entrarían en esas gredas como la abeja en su alvéolo propio, en su verdadero hogar geográfico, que sería ése.

Si se considera al hombre con un criterio... botánico, sus huesos deben estar donde él nació, cerca del paisaje de su adoctrinamiento y de las cosas que fueron la amistad más larga de sus ojos. Pero la criatura, al revés del olmo y la mejorana, y muy lejos del cobre o el estaño regionales, suele irse lejos a realizarse a sí misma y a servir a sus semejantes, o a sus diferentes; suelen sus potencias hallar su excitación y su regalo en unos suelos los más extranjeros del mundo. El oficio que traían escrito y prescrito en sus facultades y que es siempre lo que más importa de la criatura, ya sea menester de soldado, de sabio o de santo, no les habló nunca o les habló bajito en su país, y en cambio en el otro se les enderezó y se les despeñó en la acción. España ha castellanizado en definitiva al Greco y la América nuestra lleva camino de declarar a Fray Bartolomé su padre por los tres costados de protección y también su hijo por el de la ternura.

Con cierta razón: Fray Bartolomé sale de España hecho un Licenciado corriente, más o menos brillante, más o menos mozo de porvenir, y se embarca para las Indias del fácil negociar y de yantar abundante; deja la costa suya en un velero de buena voluntad como un simple hombre de este mundo que ha estudiado una profesión en que ganar dinero con los pleitos del prójimo, feos cuando no sucios.

Fray Bartolomé toca una tierra nueva de inaudita novedad, que es magnífica en los productos y miserable en el habitante, una tierra que ha sido tomada por su gente como pieza que costó ganar y que es justo retener con cuanto ella contiene. El hombre de los artículos de Código y de las buenas letras clásicas que sirven en el tiempo para lograr función administrativa o lucro comercial entra en ese nuevo ámbito de costumbre y de luz y se muda en pocos años, gracias al choque (que nadie sabe hasta dónde opera) con la experiencia fabulosamente remecedora. La culebra no deja caer en el suelo más entero su pellejo de la estación de lo que nuestro Fray Bartolomé dejó caer al "hombre viejo" del Evangelio, para no volver a recogerlo en toda su vida.

Allá se quedará por muchos años, entre bosques y plantaciones, y cuando volverá a Castilla en esos veleros y travesía de meses, será solamente para venir a alegar delante de unos reyes escuchadores, de unos clérigos acomodaticios y de unos encomenderos ladinos, sobre la América suya, adoptada por él como un niño ajeno, con nombre y lacerías.

Después de treinta años, volverá para quedarse en España, o cansado de su gesta de fuego, que lo ha quemado, o echado de las colonias con disimulo por los capitanes. Y se vendrá a vivir en su convento una vejez que será aceda como la de cualquier vencido, o más que la del vencido común. Pero en esos años de preparación para el buen morir, él no sabrá hacer otra cosa en su celda que escribir sobre su aventura formidable, como un embriagado de cólera y de caridad. ¿Cómo se puede sustentar cólera y caridad en el mismo cuadro del pecho, cómo se puede detestar y defender en la misma página?, le preguntaban, y le preguntan todavía sus enemigos. El les contestó y les contesta en su grueso libro donde hay bastante espacio para entenderlo. Unamuno podría explicar también, él que ha vivido trance semejante y que suele parecernos un hermano siamés del fraile, que eso es muy posible, y dar el cómo y el porqué del caso enrevesado.

Los misioneros españoles fueron muchos; algunos de ellos, según lo aseguran don Carlos Pereyra y otros historiadores, valían más que Fray Bartolomé como realizadores de sus planes y como beneficiadores de la indiada. Motolinia, Pedro de Gante, Luis de Valdivia, y especialmente el gran Vasco de Quiroga cumplieron un trabajo misionero más

eficaz porque eran pedagogos sociales y porque se fijaron en un cuadro de labor más modesto.

Siendo eso verdad, resulta sin embargo que para las masas lo mismo que para los intelectuales americanos, Fray Bartolomé sigue representando el misionero por excelencia, el misionero al rojo blanco, salido de un cristianismo vertical; y nadie arrancará ese concepto que está clavado con clavos y argollas en esos países.

La honra histórica de las misiones españolas crece en el Continente a ojos vistas y cubre el horizonte histórico: no hay ninguna otra, ni la de los navegantes geniales ni la de los exploradores centaurescos que se la lleve en resplandor de prestigio.

Los educadores nuestros, guiados por Vasconcelos hacia esta reivindicación, declaran que sus métodos mixtos de trabajo manual y de instrucción alegre son los mejores que valgan con el indio (pieza tan difícil de tratamiento); los políticos habilidosos quieren remozar un poco y "preparar" para las indiadas unos sistemas colectivos que atrapen al inatrapable en esas redes dulces del trabajo y del beneficio en común; los escritores se desentienden todavía del Cortés que fue grande o del Virrey Mendoza que lo fue también, e insisten en la glorificación de estos santos realistas que si de un lado estaban "locos de Dios", estaban del otro llenos de intuición civilizadora. Si la Iglesia hubiese canonizado a Fray Bartolomé, pasando por alto sus violencias, como ha excusado otras de santos en ebullición, entonces el nicho, la nave, la capillita rural o catedral del patrono cubrirían ahora el Contienente, porque los hubiese tenido en todas partes. La grave y ligera figura estaría reemplazando en el altar a los santos "afuerinos" que no tienen por dónde aferrarse del indio y que así y todo lo han cogido: el San Antonio Paduano, el Niño Praguense o a la Teresita normanda.

Nadie puede imaginar el torrente de fervor, la reverberación de agradecimiento que un tal santo promulgado por Roma haría levantar en esos pueblos sensuales-místicos, donde un catolicismo criollo mantiene ardiendo el horno de la fe que en Europa ya se enceniza o se muere. Roma no ha querido, pero puede querer un día...

En oposición a este meridiano lascasista de la América, algunos peninsulares se han puesto a clasificar a Fray Bartolomé entre los autores directos de la "España Negra", y uno de esos hijos dudosos que echan con su santidad vanidosa unas luces malas sobre su madre y dan margen al enemigo de ella para que la maltrate con palabras recogidas en su boca.

Nosotros, los de allá, creemos que estos rigurosos hacen mal estropeando a un español siete veces representativo de su casta.

La tradición de España —y la de cualquiera patria grande— es triple y hasta décuple si se quiere, y no constituye un bloque, sino un manojo de líneas paralelas; línea de guerreros y políticos; línea de sabios y letrados; línea de santos. Esas tradiciones de violencia afortunada, de alta profesión humana, de inteligencia maliciosa o de inteligencia generosa, son cada una verdadera y resulta una niñería borrar con el dedo ésta o aquélla. Cortés se retiñe dentro de la suya y Fray Bartolomé hace lo mismo para sus fieles. Aparte de que el hombre de hoy, en cualquiera patria, lleva en su cuerpo esas sangres emocionales opuestas y forcejea en vano contra algunas que le parecen feas —o que lo son—; y discursea o plumea vanamente por echar fuera de su historia ciertos humores demasiados fuertes o venenosos de su último pasado. Las patrias tienen la terrible composición de las tierras fértiles, barro sano, sales, carbones, y algunas carroñas fermentales.

Sigo imaginando la fiesta americana al arribo de los huesos de Fray Bartolomé a nuestro suelo.

¿A dónde se destinarían las reliquias si nos las quisiera dar la España nueva? El andariego ambuló por varios paralelos tropicales con su Evangelio a cuestas, y mejor que a cuestas, ensartado a medio pecho, y ensayó el "plan de Dios" en varias regiones. ¿Quedaría en las Chiapas —mejicana, de su obispado casi nominal—, o en la zona guatemalteca de la Vera-Paz —lindo nombre que arranca de él—, donde de veras vivió luchando mucho y realizó lo que le dejaron realizar?

Allá, acá, donde sea, esos huesos bajarían como la abeja entra a su alvéolo propio; caerían en nuestras arcillas como un radium despertador de quién sabe qué virtudes secretas y serían honrados infinitamente, por las indiadas grandes e infelices todavía, y por el mestizaje lo mismo.

Esas tierras de su sede tropical, que espejean como el alma lascasista de una claridad no vista en otra parte; esas tierras hermosas que pagaron el sacrificio de Fray Bartolomé sólo con la gratificación cotidiana de su belleza, convocarían a sus gentes, casi entendiendo el sucedido, "casi hablando", para la recepción que el Gobierno llamaría nacional; pero que sería del Continente.

El orador y los recitadores sobrarían si se acuerdan de la frase dicha sobre el fraile por un historiador extraño y que deja saciados a los suyos: "Vuelve a estar con nosotros Fray Bartolomé, *honra del género humano*". El indio es sobrio; somos los mestizos quienes plumeamos largo. El indio entendería que eso basta, y que no rebosa la verdad de esas cuatro palabras que son supremas.

BOLIVAR A LOS 40 AÑOS

EL ROSTRO CUARENTAÑERO de Bolívar es y será siempre uno de los que más intriguen en la escenografía americana, cosa muy diversa de la placidez sonrosada de Washigton y menos feo, pero no menos patético que el de Lincoln. No tiene más de cuarenta años, y las arrugas le hacen una reja de prisionero, y la prisión es verdadera y corresponde a la fatiga y al desengaño que por fin le han atrapado. Las arrugas lo trabajan de dentro afuera, al revés de los demás hombres maduros. A los otros les estropea la edad y a éste el corazón, su enemigo, el clavo de adentro que no se puede despuntar.

El aguileñismo salta aquí y allá en la iconografía indoespañola del Cura Hidalgo a Sucre; de Sucre a San Martín; de Portales a Alberdi; salta con todos sus grados y sus modos: aguileño-árabe, aguileño-indígena y aguileño-caucásico. Como el más riguroso aguileño se nos queda el de Bolívar

Dicen que entre las facciones este tabique divisorio de la cara cuenta muchísimo, y en el caso de Bolívar lo cuenta con su delgadez de navaja que es el filo mismo de la voluntad y sin lentitud de grosuras.

Nos han hablado mucho de los ojos, muy negros y muy grandes, que gobernaban cuando querían, y también cuando no querían, por bellos y por cargados de pasión.

¿Quién no querría ver la mirada de Bolívar y repartírsela en este momento? Las mujeres desearíamos que nos diera la que daba a Teresa de Toro; los muchachos le pedirían la que lamió la urna en que iba el corazón de Girardot, los generales, la que tenía en lo apretado de la batalla, cuando la derrota posible endurecía los ojos o se los enloquecía de dignidad; los viejos buscarían la de la meditación de Jamaica, aplacada y melancólica. Todos querríamos mirarle, pero habría que saber a quién él querría mirar..

Si queremos averiguar algo de cualquier personaje entre los que clavetean nuestro oficialismo sudamericano con tachuela de oro o clavo rústico, hagamos este ejercicio sencillo: "¿Comería este señor en la mesa del fino Bolívar? ¿Le tomaría Bolívar del brazo yendo al comicio? ¿Le retendría cerca de su cama de morirse, para hacerle un encargo respecto de su gente?"

La frente le desequilibraba enteramente la cabeza; se la llevaba consigo, o como dice no sé quién, se la comía. La mitad de la cara la toma ella de sien a sien, aquella especie de llano surcado, de campo de labor con la esteva visible que acaba de pasar. Es tan vieja la frente que se necesita saltar pronto a los ojos para que ellos nos devuelvan la fuerza.

La mitad inferior de la cara humana parece ser aquella que da: aliento, mirada, sonrisa, gestos y frases; la mitad superior recibe, muy quieta, muy parada, las respuestas que le echan al rostro. Ha oído tristes cosas esta frente de Bolívar; le han contestado las miserias que sabemos de Páez sobre la lealtad; el Perú las suyas sobre la anarquía, y todas las otras sobre el agradecimiento. Peores son las que ha recibido después, el gran pobre.

Esta frente se pone a mirar la tierra de Sudamérica para ver si la han dividido, y allí se está ella, todavía hecha provincias, con su poltrón mestizo dueño de la cosecha india; se echa atrás la frente para mirar lejos, y lo que ve son las fronteras que él no quiso y que cada día se cuajan y se enderezan más a veces, esta frente con ojos intrusos se nos cae encima de nosotros a ver lo que somos, y nos halla celosos como Páez, traicioneros como el negro malo de Jamaica, y sobre todo, lacios del trópico que a él no lo descoyuntó nunca.

La boca delgada y larga, que hablaba a veces preciso y a veces abundante, tiene los dos canales de la pena que se la desgarran un poco y ella nada muestra de victoriosa ni de confiada. Lo desalentador que vieron aquellos ojos y lo podrido que olfateó la nariz alerta ha bajado a la boca, y allí están las arrugas evidentes contando el sucedido de la cara entera.

Las mejillas se secaron tanto que hacen acordarse del eucalipto o del quillay, cuando lo arrancan de un tirón. No quedó en ellas nada de la grosura infantil, de que todos conservamos algo, y si su madre hubiese visto a su hijo cuarentón, ¡qué pena habría sentido de esta lonja de hueso con piel en que había parado la morbidez de su vientre de criolla!

Dicen que el cabello mulateaba, con rizos bien confesados, pero éstos eran suaves y brillantes. Las que habrían contado este cabello de ardentía y suavidad en el tacto habrían sido las mujeres de su vida. Lástima que entre los contadores del héroe, los O'Leary y los Ludwig lo pongan todo, y las mujeres que mucho podemos decir, no digamos nada o digamos lo mismo que se les ocurre a los hombres.

Ya sabemos que el cuerpo pecaba más bien de pequeño y yo no escondo que un Bolívar con cuatro palmos más de cuerpo llenaría el gusto de mis ojos, que disfrutaban viendo los sarmientos en llama del Greco, que se estiran todo lo posible. Sin embargo, aun esto se lo alabo como manera de... lealtad a la raza. Nuestro indio-español es pequeño, sin la insignificancia del otro mongol, pequeño y eléctrico como el andaluz, o pequeño suficiente como el francés. Hay que bajar a una quebrada de Chile para hallar en el mestizo de vasco, cuerpos lanzados con un puñado de barro a la altura posible. Pequeño, Don Simón, y lo ágil que se sabe; no cansó monturas, no ladeó sillas y

Edison diría de él que era la materia de su gusto, la bombilla eléctrica que da lo más con lo menos.

Sabemos que a este hombre de batallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba, era civil, como si al general lo dejase en el estribo, y por añadido tan cortesano, que bailaba como si se pasara el día danzando sobre los tapices.

Servía para muchas cosas, y en esto como en el cuerpo menudo, hay que anotarle el sudamericanismo. Para muchos menesteres servimos, a fuerza de llevar dos y tres sangres, y no somos raza tiesa ni de un solo pedal.

Fascinante, ágil y definitivo Bolívar.

Hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario, vivámosle en la permanencia y no sólo en las lentas puntadas de los centenarios.

Vivámosle en continuidad como se vive una ley; pongámonos a tenerlo por paisaje nuestro, hasta que nos corra por la sangre hecho la masa de nuestra sangre.

LA AMBICION DE BOLIVAR

LOS ESCRITORES que malquieren a Bolívar insisten mucho en su ambición; la sacan a lucir como una medida mañosa que le rebaje la mitad de la estatura y vuelven y revuelven con la palabrita hasta que echa ella sobre el hombre unas luces sesgadas.

Hasta donde se toca ambición se tiene tacto leal de hombre; cuando ya no se la toca, la criatura se vuelve nada menos que el santo y produce no sé qué vértigo. Nadie piensa a nuestro Bolívar como un ciudadano de la otra orilla ni se ha hecho intentona de altares en su favor...

Ambición natural la que llevó y mostró, tan natural como su corazón vivo y lleno de sangre que buscaba empleo, tan natural como que comiese y llevase ropas, ¿qué querían, pues, los hipocritones? Un santo-general no se ha visto y menos un Libertador de un continente de tierra y agua.

Al no haber sido rico, hablarán de su ambición de plato más grande de habichuelas; al no haber sido un buen mozo, se les ocurriría su ansia de mujeres. Poseyó cuanto puede poseer un hombre para que la juventud se le acueste en Capua y allí se le quede; cuanto puede pedir la criatura sensual que es el criollo y cuanto ha menester el hombre de cualquier parte para aceptar su lote magnífico y quedarse sobajeando toda la vida, agradecido y orondo.

La ambición de Bolívar después de nacer en la familia donde nació, de recibir el legado casi bautismal del Canónigo Aristiguieta y de vivir en cortes europeas que llegaron a parecerle domésticas, debía volver la cara inteligente hacia lo único que le faltaba, que era la gloria. Poseía la mirada panorámica, así para la geografía como para la historia y con este ojo de beber masas y de coger volúmenes él vio que ella le faltaba para sentirse completo, que es como le gusta sentirse a los héroes y a los santos. Bienhaya su "vistazo" y su determinación, bienhaya por él y por nosotros.

Ya pueden ir llegándonos otros tan cargados de este "morbo" como él lo estuvo y tan despeñados como él hacia glorias de la misma calidad y del mismo bulto.

La ambición se la fueron encandilando muchas cosas: primero, la educación plutarquiana que ha sido la copita de vino empujadora de las mejores gentes en cualquier tiempo; luego, al ver hacerse a Napoleón como un árbol de esos que los magos ponen a crearse en unas horas; luego, el darse cuenta, con sus ojos caladores de la ineptitud que lo rodeaba, de que estaban sin hacerse los dos tercios de la América; luego, la época en que caían los reyes necios como las nueces secas con el viento; luego, el que se le muriera la mujer, en la que habría hallado empleo blando su alma venida para empleos duros. Podrían haberlo sujetado muy pocas cosas: el tener miedo, y no había nacido, como los más, pegado a un cuco familiar; el ser atrapado por el mucílago bueno de una segunda esposa y de muchos hijos, o sencillamente el dudar, con duda perversa, de que los hombres respondan al bien, lo dejen hacer y ayuden a quien se los haga. Ninguna de estas cosas le sujetó el alma desembarazada que era la suya ni el cuerpo ganoso.

En vez de contarle y medirle la ambición —con cierta manita peluda de murciélago—, mejor sería darse cuenta de cómo ella fue metal químicamente puro, o mejor una especie de agua superfiltrada en la que no se quedó bailando una arenita obscura, una hilacha de dineros, una pajita sospechosa de medro. Asombra de veras ver el brazo de Bolívar aventar las tentaciones una y diez veces, en su Caracas, en su Bogotá, en su Quito, en su Lima. Mas, desconcierta cuando a cada bandeja de frutas de oro que le pasa el Demonio delante, tenemos presente que este hombre ama la vida en grande, que puede encariñarse con un palacio gubernamental, porque se crió en casa-palacio y sobre todo que Plutarco le ha sugerido, si no enseñado, el derecho de los mejores, el mando largo, el mando que dura y que permite hacer las muchas cosas comprometidas.

La división de las gentes en ambiciosos y no ambiciosos daría, por otra parte, unas curiosas sorpresas con los dos lotes. Una especie de

limbo, donde se hallarían los limpios de culpa y que estaría formado por los zonzos de zoncera redonda, los lisiados de los miembros más nobles del alma, y los viejos que han pasado los sesenta y comen su sopa de sagú... Una especie de senado, donde las primeras filas las acapararían los justos que se adjudicaban lo suyo precisamente por ser justos, y luego todos los constructores que construyen en grande por la espuela visible que los mordía y por la flecha también visible que su mano apuntaba lejos, ambas cosas instrumentos del ansia, de la ambición, cuerpos del delito...

La división racional mejor que aquélla podría ser la siguiente: lote de quienes ambicionaron las cosas de precio que a la vez eran las más difíciles, y que jugaron a ellas al cuerpo y el alma, que es cuanto podemos jugar y que es el precio más alto del mercado; lote de quienes ambicionando las mismas cosas, les jugaron un poco de aliento flojo y otro poco de alma sietemesina, con lo que no ganaron todo lo que querían y lograron sólo algunos trozos, pagados con fraude, esos mismos.

SANDINO (I)

Me pregunta Ud., amigo D'Ambrosis, lo que pienso sobre la resistencia del general Sandino a las fuerzas norteamericanas Me pone Ud. en apuros yo oigo hablar de política la mitad del año —el tiempo que paso en París— pero yo no querría saber nada de todo eso Sin embargo, voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque política vendrá a ser (perversa política) la entrega de la riqueza de nuestros pueblos; el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo; la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad, el jacobinismo avinagrado, de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios, las influencias extranjeras —que ya se desnudan con un absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes Van, por servirlo, estas líneas que contienen, más que observaciones mías, comentarios oídos en París a sudamericanos dirigentes.

G. M.

SON CIERTAS LAS PALABRAS con que Froylán Turcios ha hablado del general Sandino: "Los ojos del mundo (yo diría del mundo español, porque al resto le importamos bien poco) están puestos en Sandino". Sin esperanza alguna de que él venza, por un destino de David hondero, que ya no aparece, con la esperanza únicamente de que alargue lo

más posible la resistencia y postergue la entrega del territorio rebelde, a fin de que se vea hasta dónde llega la crueldad norteamericana, hija de la lujuria de poseer.

La prensa francesa e inglesa demuestran —y hasta de ello hacen alarde— estimación y estímulo hacia el partido liberal de Nicaragua, así como de repugnancia por la extorsión de Estados Unidos. Si los norteamericanos no poseyesen esa impermeabilidad de diorita para la opinión del mundo y sus expresiones de simpatía o de repulsa, tomarían en cuenta este coro reprobatorio de los grandes cotidianos europeos. Pero su insensibilidad, que hace parte de su fuerza, los deja sordos a semejante réplica que ningún otro pueblo desentendería.

Algunos esperan que una resistencia de un año alcance a desentumir la conciencia de los demás países nuestros y a decidirlos a una acción diplomática de conjunto, semejante a la que provocó la conferencia de Niágara Falls en la cuestión con México.

Otros desean que Sandino y su gente vayan semana a semana elevando el tono de su hazaña, para que los Estados Unidos, midiendo las dificultades de la dominación en un país pequeño, no emprendan la de los grandes...

Tal pensamiento, que he sorprendido en más de uno, me parece, por malicioso, un poco ruin.

Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un Club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos. (Al cabo tiene Nicaragua dos fronteras no demasiado pequeñas y que es posible burlar.) Cuando menos, si a pesar de sus arrestos verbales, no quieren hacerle el préstamo de sí mismos, deberían ir haciendo una colecta continental para dar testimonio visible de que les importa la suerte de ese pequeño Ejército loco de voluntad de sacrificio. Nunca los dólares, los sucres y los bolívares sudamericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarían mejor donados.

Francia vio en la guerra aumentar día por día la llamada *Legión extranjera,* formada por jóvenes que de los pueblos amagados por el peligro venían a ofrecerle lo mejor que puede cederse, que es la sangre joven. Sandino, según parece, no ha visto llegar hasta hoy los mozos argentinos, chilenos, ecuatorianos, que son su misma carne, y que le deben una lealtad temeraria y perfecta que sólo la juventud puede dar. ¿Dónde está la naturalísima, la lógica *Legión hispanoamericana de Nicaragua?*

Sí, Froylán Turcios dice también verdad escueta asegurando que la lucha en que se ha echado como en una marejada mortal el general Sandino, alcanza y supera las Troyas clásicas que los bachilleres aprenden de memoria para sus exámenes. Sólo que aquella época que ellos celebran en sus tesis no tenía como ésta el concepto *espectacular* de un choque de razas, sino que griegos y troyanos precipitaron la flor de su generación en el infierno de la lucha, porque la justicia entonces era cosa más viva, más caliente e inmediata, un salto recto de flecha hacia el objeto angustiador. En nuestro tiempo, a esta hora en que escribo, y con el derecho internacional que jiba al mundo, se está "discutiendo en La Habana el derecho a discutir la cuestión de Nicaragua", y se oye con una paciencia que yo llamaría de otra manera, el discurso, con inflexiones a lo Marco Aurelio o a lo cuáquero, de Mr. Coolidge. Su discurso de apertura a la Conferencia Panamericana será el ejemplar mejor de la literatura política del sepulcro blanqueado que suelen enseñarnos las razas anglo-sajonas.

La aseveración más grave que yo he oído es la de que "en Nicaragua los norteamericanos tienen razón porque apoyan a un gobierno aceptado y querido por una mayoría a la cual la intervención yanqui da complacencia a causa de las ventajas y el logro material que lleva consigo".

Son palabras de un joven nicaragüense, y no le han quemado la boca ni siquiera alterado el rostro cuando me las repetía.

—"El derecho, si por tal hemos de entender la voluntad expresa de la mayoría, está con el señor Díaz".

Y yo le he contestado el argumento, porque ya he aprendido en muchas fealdades semejantes de los políticos, a distinguir entre "derecho" y justicia, es decir, entre forma y espíritu, entre el hueso muerto y el tuétano vivo, entre papel sellado y honestidad. Le dije solamente que, a creerle, sería verdad lo que se ha dicho por un español: que la traición es la mitad del temperamento mestizo, una especie de aliento nuestro que nos envenena y una aventura cotidiana en cuya trampa hemos de perecer.

Es muy difícil, a esta distancia, formarse juicio cristalino de lo que allá ocurre. Pero aun ignorando detalles y con un puñado de datos, las líneas grandes de la situación ya rojean y hasta llamean de verdad: el general Sandino carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza; gracias a él, cuando la zancada de botas de siete leguas que es la norteamericana, vaya bajando hacia el Sur, los del Sur se acordarán de "los dos mil de Sandino" para hacer lo mismo. Gracias a él, los

nicaragüenses que ayudan al establecimiento del protectorado, ellos mismos, serán menos desdeñados que el protector que les concederá cierta honra porque son, al cabo, el hermano o el pariente de "aquel Sandino". Suelo arrebatado pulgada a pulgada, como es el de la zona rebelde, y no entregado como una pieza de lienzo, suelo mordido por la granada de los aeroplanos, por el precio infinito de la hazaña y centuplica los fusiles y las máquinas infernales, cobra el valor de sus poblaciones: como que se vuelve la carne viva de la historia.

Echa este rectángulo de suelo un aroma de santidad que purifica el resto deshonrado y hace recordar y bajar la cara a los que malamente llegan a dominar semejante lote de gentes y de naturaleza.

Ya se ve —¿por qué no decirlo, aunque los burlones se rían con su fácil sonrisa?—, ya se ve un culebreo de resplandor eléctrico sobre esas sierras que dan escondite al pobre y heroico Sandino, y se mira hacia esa uña geográfica de su quebrada con un angustioso amor que pide día a día mensajes para saber si el caudillo vive.

El Angel de los oficios no le dio en vano el de herrero: iba a necesitar el hacha más ligera para alzarla y más pesada para dejarla caer. Se le oye el resuello fatigoso y dan ganas de enderezarle el viento para que ayude sus pulmones.

El señor Sacasa decepcionó a muchos que esperaban en él. Sandino endereza, hasta ahora, los entusiasmos que el otro dejo caer.

SANDINO (II)

SANDINO CON sus leales está cercado, cercado como una bestia fabulosa, como el onagro, como la hidra de Lerna, como el dragón que comía poblaciones, en una quebrada pequeña de la mínima Nicaragua. Le mandan 2.000 tiradores (él tiene 600 pobres hombres a media hambre); le mandan varios aeroplanos, que no son el de Lindbergh, y no van tampoco a gozar el paisaje de Rubén Darío.

Pero... en La Habana los delegados de la Conferencia plantan, mientras tanto, una ceiba como símbolo de la fraternidad del Nuevo Mundo.

No dice el artículo lacrimoso que me informa, derretido de pasión botánica, quiénes han sido los de la idea. Suelen los yanquis tener unas ternezas que desorientan en sus caras rapadas, su traje kaki y sus polainas de cuero. Yo he oído a uno de éstos, especie de Mr. Pershing con duras arrugas de pescador, hacerme, con las lágrimas a medio caer, un recitado de cuaquerismo que me sorprendía como si Kipling me dijera una jaculatoria. A raíz de esta conversación quemada de brasa mística

que casi le creo y casi le lloro también, hablamos de eso de Santo Domingo. Y este hombre caliente de Biblia todavía, me dijo las cosas más desnudamente cínicas sobre las gestiones de los "independientes" dominicanos "entregándome su credo de norteamericanos respecto de los pueblos débiles, pobres y desordenados".

"—Un pueblo fuerte y magníficamente organizado tiene derecho natural, que no necesita consultarle a nadie, de vigilar un poco sobre sus vecinos, cuyo desorden impenitente puede dañarle".

"Nosotros necesitamos para nuestra industria, que va camino de hacerse la mayoritaria en el mundo, el petróleo de Méjico, la caña de Cuba y el café de Centro América. Si dejamos que en esos países cunda la riña, no explotarán lo suyo o nos estorbarán las explotaciones a nosotros. Es prudencia que redunda en bien de ellos, el que intervengamos".

"Por otra parte, el cristiano debe interesarse en parar la matanza cotidiana de esos países. Ayudamos casi siempre a los mejores".

—Ayudan Uds. casi siempre a los peores —le dije— porque tienen que ser peores quienes pidan que la policía extranjera les arregle la reyerta".

Puede ser, volviendo a la ceiba, que la idea haya salido de un delegado del sur. ¡Tenemos una mezcolanza tan curiosa de lagrimeo y matonismo! Varios caudillitos nuestros tienen don de "fondeamiento" y don de lágrimas, todo junto.

¿Por qué una ceiba? El artículo que me informa dice que por ser ella el árbol "más umbroso de la América".

Y yo entiendo, un poco perversamente, el más espeso, para que cubra feas cosas; el que echa más diámetro de sombra, refrescadora, no ya de pastores y ganados completos, como el árbol del poema, sino de caucheros y mineros acalorados de logro y violencia sobre los indios... La palma no, porque no esconde cosa alguna con su voluntad de desnudez, que es una como franqueza vegetal...

Pudieron, en vez de ceiba, plantar una caña —en tierra de caña— símbolo más ceñido de la realidad. Así, los delegados mayores, los del Mississipi, se acordarían de que "casi es aire" de puro fina, esa armonía de las tres Américas desiguales, la América patrona, la América casi doméstica, que es la Central, y la América en tratamiento de domesticidad que es la que sigue.

Yo tengo muchos deseos de que la ceiba se les seque. ¿Por qué no ha de tener imperativo categórico también el pobre árbol bueno un poco madre de Maceo, el negro? Podría resultar ella con más vergüenza que un político, y secarse voluntariamente, parándose como el Fakir la

respiración y el suave pulso de la savia. Entonces podría llamársele con nombre largo como en las fábulas: "La Ceiba-decorosa como un hombre", "La Ceiba-Martí" o "La Ceiba-Maceo".

No va a pasar eso. Ya es criatura fiscal, lo que vale decir bien nutrida, casi diplomática, y en las tempestades eléctricas de Cuba, cuando la isla se ve asaetada desde el cielo como un San Sebastián maravilloso, para que no le vaya a caer un rayo, le pondrán encima un buen tallo de fierro preservador. El agua cae en abundancia y la helada no se conoce.

Tampoco se puede aconsejar a los scouts, ni siquiera a Roig o a Massaguer, que la asierren a la mala una noche, porque la pobre no tiene la culpa de ser testimonio próspero de una mentira. Ella es sólo "la pobre Ceiba de la amistad panamericana". Entra, pero por la puerta mala, en la jerarquía de los árboles ilustres, del Arbol de la Noche Triste y del árbol del tule de Oaxaca, que la mirarán con desconfianza de gente de pura raza para la de sangre sospechosa.

Yo no sé quiénes hicieron los discursos de la pobre ceiba. Seguramente no ha sido Mr. Coolidge, que apenas alcanzó a mirar la cara de los delegados y a decir sus afirmaciones rotundas de derecho de gentes contra el cielo absoluto de La Habana, donde las verdades y los embustes se ven tan netos como la derechura de la palmera...

¿Qué hará a esta hora la ceiba con sus tres discursos sobre la espalda ligera, entreverados seguramente con estrofas, a lo mejor hasta con un período tremolante de nuestro Martí? Sobrelleva su mala suerte de criatura del 1900, en que la malicia —en el sentido teológico de engaño— reúne a una ceiba de Cuba con el señor Machado en la misma complicidad.

Al terminar, yo vengo a preguntarme por qué escribo este articulejo casi político, yo, que no tengo manía política...

Y me contesto rápidamente: —Porque el artículo de marras sobre la ceiba de La Habana, me ha irritado una de mis bravas pasiones: la pasión forestal, tan fuerte en mí como la de las bestezuelas. Me deja sin cuidado que la gente de Brooklyn o de la Nicaragua oficial, digan sobre la visita de vistas de Mr. Coolidge, cosas embusteras. Al cabo "La santidad de la palabra" nadie la defiende después que se nos murió Maragall. Pero las ceibas estaban todavía inéditas para "los hombres de engaño", que dice el Evangelio. ¿Por qué manosearlas y rebajarles el prestigio vegetal?

Me consuelo pensando en que no se les ocurrió elegir y plantar árbol de alianza en Chile durante la Conferencia pasada. Habrían caído sobre la araucaria, bastante limpia todavía de contaminación. Y me

habría dado más pena. Al cabo, conozco menos a la ceiba que, sin embargo, me ha apesadumbrado tanto...

SANDINO (III)

MR HOOVER HA declarado a Sandino "fuera de la ley". Ignorando eso que llaman derecho internacional, se entiende, sin embargo, que los Estados Unidos hablan del territorio nicaragüense como del propio, porque no se comprende la declaración sino como lanzada sobre uno de sus ciudadanos. "Fuera de la ley norteamericana".

Los desgraciados políticos nicaraguenses, cuando pidieron contra Sandino el auxilio norteamericano, tal vez no supieron imaginar lo que hacían y tal vez se asusten hoy de la cadena de derechos que han creado al extraño y del despeñadero de concesiones por el cual echaron a rodar su país

La frase cocedora de Mr. Hoover suena a ese "Halalí" de las grandes cacerías, cuando sobre la presa que ha asomado el bulto en un claro del bosque, el cuerno llamador arroja a la jauría. Es numerosa la jauría, esta vez hasta ser fantástica: sobre unas lomas caerán cinco mil bombas y decenas de aeroplanos. También equivale la frase a la otra de uso primitivo: "Tantos miles de pesos por tal cabeza", usada en toda tierra por los hombres de presa.

Lástima grande que la cabeza enlodada del herrero que la prensa yanqui llama de "bandido", sea, por rara ocurrencia, una cabeza a la cual sigue anhelante el Continente donde vive toda su raza y una pieza que desde Europa llaman de héroe nato y de criatura providencial los que saben nombrar bien.

El herrero se parece más a Hércules que al Plutón infernal que ve Mr. Hoover. Enlodado corre por las cuchillas, a causa de los pantanos en que ha de escurrirse como culebra; carga las dos o tres pistolas que le dan las fotografías malignas de los semanarios neoyorkinos porque corre perseguido por los ajenos y los propios, y cada árbol y cada piedra de su región le son desleales; y su defensa toma aspectos de locura porque vive un caso fabuloso como para voltear a cualquiera la masa de la sangre.

Desde los años de 1810; o sea, desde el aluvión guerrero que bajó de Méjico y Caracas hasta Chile, rompiéndolo todo para salvar una sola cosa, no habíamos vivido con nuestra espectación un trance semejante.

Mr. Hoover, mal informado, a pesar de sus veinte y una embajadas, no sabe que el hombrecito Sandino, moruno, plebeyo e infeliz, ha

tomado como un garfio la admiración de su raza, excepto uno que otro traidorzuelo o alma seca del sur. Si lo supiese, a pesar de la impermeabilidad a la opinión pública de la Casa Blanca (la palabra es de un periodista yanqui) se pondría a voltear esta pieza de fragua y de pelotón militar tan parecida a los Páez, a los Artigas y a los Carreras, se volvería a lo menos caviloso y pararía la segunda movilización.

El guerrillero no es el mineral simple que él ve y que le parece un bandido químicamente puro; no es un pasmo militar a lo Pancho Villa, congestionado de ganas de matar, borracho de fechoría afortunada y cortador de cabezas a lo cuento de Salgari. Ha convencido desde la prensa francesa y el aprecio español hasta el último escritor sudamericano que suele leer, temblándole el pulso, el cable que le informa de que su Sandino sigue vivo.

Tal vez caiga ahora esa cabeza sin peinar que trae locas las cabezas acepilladas de los marinos ocupantes; tal vez sea esta ocasión la última en el millar de las jugadas y perdidas por el invasor. Ya no se trata de una búsqueda, sino de una cacería, como decimos.

Pero los marinos de Mr. Hoover van a recoger en sus manos un trofeo en el que casi todos los del sur veremos nuestra sangre y sentiremos el choque del amputado que ve caer su muñón. Mala mirada vamos a echarles y un voto diremos bajito o fuerte, que no hemos dicho nunca hasta ahora, a pesar de Santo Domingo y de Haití: "¡Malaventurados sean!".

Porque la identificación ya comienza y a la muerte de Sandino se hará de un golpe quedándose en bloque. El guerrillero es, en un solo cuerpo, nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestros Carreras y nuestro Artigas. La faena es igual, el trance es el mismo.

Nos hará vivir Mr. Hoover, eso sí, una sensación de unidad continental no probada ni en 1810 por la guerra de la independencia, porque este héroe no es local, aunque se mueva en un kilómetro de suelo rural, sino rigurosamente racial Mr Hoover va a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado: sentirnos uno de punta a cabo del Continente en la muerte de Augusto Sandino.

LA LENGUA DE MARTI

A INSTANCIAS MÍAS, para una serie, "El pensamiento vivo", que publicaba la Editorial Losada, Gabriela Mistral proyectó la redacción de un breve libro sobre José Martí. Debía de ser hacia 1941. Gabriela Mistral residía entonces en Petrópolis, próxima a Río de Janeiro, como cónsul

de su país, Chile. Su generosa humanidad se desbordaba en una preocupación constante sobre los amigos próximos y lejanos —particularmente por el destino de los españoles exilados, durante aquellos años dramáticos—; una correspondencia innumerable acaparaba las horas que hubiera podido consagrar a su obra personal. Por este motivo no llegó nunca a rematar el planeado libro sobre Martí. A modo de anticipo me envió únicamente el capítulo que hoy exhumo: es una versión más depurada —y como tal puede considerarse inédita— de una conferencia que había dado en La Habana, 1934. La prosa de Gabriela Mistral posee tan subidos o superiores quilates a los de su verso. Inclusive en ella se expresa de modo más vivo y directo su acento personal e inconfundible, su lengua propia, tan americana y teresiana a la vez. —*Guillermo de Torre*

IMITACION La imitación cubre en América la época anterior y la posterior a Martí: cien años de calco romántico y cincuenta de furor modernista son los cortes en que aparece dividido nuestro suelo literario. Tenemos que confesar que la imitación aparece en nosotros más que como un gesto como una naturaleza: nuestra piel toda poros es lo mejor y lo peor que nos ha tocado en suerte y a causa de ella vivimos a merced de la atmósfera.

Por esto, la originalidad adquiere en Indoamérica el aspecto de un asa salvadora de nuestro decoro y el escritor sin préstamo o con un mínimum de préstamos vale por el golpe seco de una afirmación.

El fenómeno del escritor que procede de sí mismo aunque haya vivido en la corte de los maestros, oyéndolos hablar y recitándolos sin estropeo del acento propio, significa en nuestros pueblos un hecho digno de ser hurgado para exprimirle el ejemplo.

Aseguran algunos que la cultura es el enemigo por excelencia de la originalidad, y el juicio trasciende a Juan Jacobo en su simplismo. Pero el Adán literario, sobre el cual nadie ha puesto la mano, ya no existe a estas alturas del tiempo. Se produce todavía, a Dios gracias, cierta originalidad mantenida, sostenida debajo del peso enorme de una cultura literaria; el hecho se produce aún y resulta bellamente heroico y remece todo el ambiente.

La primera, la segunda y la última impresión de Martí es la de una voz autónoma levantándose desde un coro de voces repetidoras. Veremos a Martí marcar varonía en cada paso de su vida de hombre; pero desde que comienza su carrera literaria varón será también en esta naturaleza antiimitativa, o sea, antifemenina.

ORIGINALIDAD ¿En qué consiste la originalidad de Martí? Las mujeres no sabemos explicar nada en bloque y sólo tenemos una habilidad de encajeras, es decir detallista. Parece que la originalidad esencial de Martí arranque de una vitalidad tropical. Si la imitación se explica como la cargazón de muchas atmósferas sobre el cuerpo que no las resiste, la originalidad sería la robustez brava de un airoso que puede con ellas, se ríe del peso y corre con él sobre el lomo.

Martí es muy vital y tal vez su robustez sea la causa de su independencia. Comió del tuétano de buey de los clásicos; nadie puede decirle lo que a otros, que se quedase ayuno del alimento formador de la entraña: él se conoció sus griegos y sus romanos y fue también el buen lector que pasa por los setenta rodillos de la colección Rivadeneira sin volverse papilla y caldo.

Guardó a España la verdadera lealtad que le debemos, la de la lengua, y ahora que los ojos peninsulares pueden mirar a un antillano sin tener atravesada la pajuela de la independencia, ya podrán desde Madrid decir leal al insurrecto, porque conservó una fidelidad más difícil de dar que la política: ésta de la expresión. Tanto estimó a los padres de la lengua que a veces toma en cuenta a los segundones y tercerones de ella.

Pero más apegado que a clásicos enteros y a los semiclásicos se le ve abrazado a los escritores modernos de Francia y de Inglaterra, cosa muy natural en hombre que tenía su tiempo presente y vivía registrándolo día a día. La dominación de los modernos sobre él parece que sea simpatía hacia sus ideas más que apego a las esencias de los idiomas extraños. "La lengua vieja, las ideas nuevas", diría él.

Gran sensato, Martí no tuvo la ocurrencia de otros, de admirarle a Cicerón la letra y la ideología, y de creer que Homero y Virgilio obligan al descontento de la época y a una nostalgia llorona de tal o cual César. El tiene encargos que cumplir, trabajos que hacer en la carne de su tiempo, y se siente ligado a las almas francesas, norteamericanas e inglesas por el parentesco que crea una época común.

Ahora, sabiendo que la originalidad de Martí ha sufrido la prueba de los magisterios naturales, veamos por averiguar en qué consiste ella misma. Parece ser que esté hecha de tono, de vocabulario y de sintaxis propios.

Los escritores de estilo novedoso no siempre son diferenciados en cuanto al tono; pero los realmente personales, traen siempre un acento particular. En la literatura española, por ejemplo, Calderón tiene un estilo, pero en Santa Teresa hay un tono; en la francesa, Montaigne tiene más dejo galo que el propio Racine. Martí salta a nuestros ojos

con el cuerpo entero de un estilo, pero lo mejor de gozarle, para mí, son los imponderables del tono criollo que se le deslizan por las hendijas del tronco castizo.

EL ORADOR. Acordémonos de que este hombre fue orador nato, para estimarle suficientemente la maravilla de la naturalidad. La oratoria carga con una cadena de fatalidades. El orador comienza siendo el recitador que se regodea en un vasto espacio y delante de una masa. Lo primero lo echa a gritar, y la mucha carne escuchadora lo tienta a hacerle concesiones, a darle halagos. La voz tonante de una parte, y de otra el apetito de convencer, le sacan los gestos violentos, y las dos calamidades de berreo y gesticulación, lo echan de bruces en el extremismo del vocabulario. Así, se va trenzando una cadena de fatalidades.

Yo no tengo amigos oradores y no he podido recibir su confesión; pero se me ocurre que el escritor honrado debe detestar sus discursos cuando palpa allí una máquina montada con piezas de mentira, la cual se emplea para convercer... de la verdad. En los mejores la oratoria se resuelve en una forma didáctica, o en el desfogamiento de un lirismo impotente que no llegó al poema.

Anotemos en Martí el que siendo el orador honrado dentro de un gremio fraudulento, no se aparte de las líneas clásicas dentro del género; si abrimos un texto de retórica, veremos que Martí cumple con toda la ley y la costumbre como un buen hijo acatador de la tradición.

Pero el fenómeno del Martí orador consiste en que, manejando un género de falsas virtudes, lo servirá con virtudes verdaderas. Mientras el demagogo simula su indignación y lanza desde el tabladillo sus llamitas pintadas, Martí está ardiendo de veras; mientras el mero arengador sube la cuesta del período en una hazaña de gimnasta sólo para hincar la pica del remate, él trepa el período temblando de cólera o de fe indudables; mientras el embusterillo lanza en frío sus metáforas, Martí las desmorona vivas desde su boca escocida por ellas. Con todo lo cual vuelve espectáculo natural una cosa que los demás aderezan, y en su imprecación verídica, se da en pasto a su gente sin ahorro alguno del alma.

Yo llegué tarde a su fiesta y una de las pérdidas de este mundo será siempre la de no haber escuchado a Martí. Amigos suyos me han hablado de su voz, pero en esto cualquier información se queda manca. Debe haber tenido "gracia de voz", si creemos a los *yoghis* que las vísceras mansas hacen dulce la voz. Me acuerdo siempre de Emerson en su elogio de la voz grata, y como él desconfío de los acentos pedregosos o broncos: piedras llevan... Y en cuanto al ademán, el tribuno

educador debe haberlo tenido como aquellos efusivos que por pudor gesticulan con un *suave ímpetu.*

No le conocimos acento ni mímica, pero lo demás nos ha quedado, a Dios gracias, en el cuerpo de los discursos. Y qué noble anatomía la de su oración cívica o militante que nos va a mostrar sus miembros extendidos de atleta en la mesa de las mediciones.

El período copioso se nos había hecho antipático en los seudocervantistas, porque sabemos que la sintaxis es cosa funcional y arranca desde adentro o nace muerta. Puede resultar que, como la sangre abundante, el período logre ser ligero en ciertos sanguíneos ágiles, pero lo común en nosotros, gente de lengua colonial, es que no salte con borbotón espontáneo sino que él sea sobre el papel como las manufacturas resobadas.

En Martí no fatiga el período a fuerza de estar vivo de cabeza a pies. A los prosistas mediocres, incapaces de fundir los materiales de la oración como el volcán los suyos, dan ganas de pedirles que truequen el acápite español por la sintaxis sumaria del francés, que queda al alcance de sus fuerzas en una frase corta y portátil. Esta cláusula tiene a lo menos lástima de nuestro aliento y cortesía de la oreja tendida, mientras que el continente verbal pide titán y las manos comunes no tienen nada de prometeicas.

TRASCENDENTALISMO Y ÉNFASIS Vamos hacia otra hazaña más difícil de lograr todavía: el trascendentalismo exento de declamación.

El orador de aquella época era, por contagio de Víctor Hugo y de Quintana, trascendentalista y enfático. Estos profetas sin santidad suelen ser sinceros, pero lo común es que simulen el arrebato y el trance. Los amigos del patético y del sobrenatural no son muchos y sus adversarios, al no entenderlos, prefieren llamarlos farsantes. Por eso la popularidad del romanticismo a mí me desconcierta. ¿Cómo se las arreglaron aquellos romanticones para embarcar en su nave a nuestros abuelos? Tal vez algunos hallaron gran clientela precisamente por ser almas de drama real, pero lo más sólo serían gente que representaba bien su comedia.

A nuestro Martí no lo pondremos bajo el pabellón absoluto del romanticismo trascendentalista. Tal vez podamos afiliarlo en la banda pero bajo unos subtítulos restrictivos, porque este hombre se mueve en un turno de grandeza y cotidianeidad. Pensemos, aunque parezca absurdo, en un Víctor Hugo corregido de su trompetería por un trato diario del Montaigne doméstico; él vivió haciendo este peregrino zigzagueo. Suelta una alegoría que relampaguea, y sigue con una frase de buena

mujer, cuando no de niño; hace una cláusula ciceroniana y la neutraliza con un decir de todos los días; abaja constantemente los vocablos suntuosos allegándoles un adjetivo de lindo sabor popular. Tal vez leía su *Biblia* saltando de un profeta a un evangelista, de Ezequiel a Lucas, o bien iba y venía de San Juan el Divino al San Pedro pescador.

Cuando ustedes lo llaman Arcángel, se acuerdan de Miguel y su espada pinchadora del dragón; pero él contiene también a Rafael, arcángel transeúnte, que caminando con Tobías le escondió hasta el final su condición alada. Esta conjugación de lo arcangélico militante con lo arcangélico misericordioso nos valga para símbolo del martianismo.

El arcangelismo de Miguel tiene grandes riesgos porque se resuelve en una función de fuego y de hierro más exterminadora que redentora. En el Arcángel hostigador del Diablo eso está bien, ya que la finalidad es matar el dragón; pero en las turnas humanas la operación resulta peligrosísima. El combatiente acaba entero en espada, va reduciendo su cuerpo a vaina y por último a filo. Celebremos, pues, este raro arcangelismo español que hace correr a lo largo de la espada un constante aceite de piedad.

LENGUA Examinada así, en bruto, la originalidad del tono de Martí, pasemos a la del vocabulario, que, como se sabe, cuenta entre los más ricos de nuestra literatura.

Martí posee el castellano, tanto en el aspecto de la intensidad, como en el de la extensión, colocándose así, al lado de Juan Montalvo en el millonarismo de vocablos. Montalvo manejó, es cierto, mayor cantidad de voces; pero hay entre ambos vocabularios una diferencia grande de calor, de color y de sabor. La lengua rica de Montalvo le viene de una frecuentación visible —demasiado confesa— del *Diccionario*. (Yo suelo recomendar a mis alumnas que se lo lean, en un ejercicio que les ahorrará en buena parte el librote tremendo.) Agradecemos a Montalvo el mérito de su acumulación de Creso, pero marcamos bien la diferencia que corre entre estas dos riquezas. Montalvo trabajó primero en su Ecuador, después en Francia, en ausencia amarga del idioma pleno, ya que en su país lo indígena triplica lo español y que en Francia vivió la dieta del idioma. Así se entiende el que se doblase veinte años sobre el Diccionario pidiendo al mamotreto frígido el calor que el ambiente no daba ni prestaba.

Martí, por el contrario, vivió las edades formativas —infancia y adolescencia— sumergido en un español casticísimo, hablado por la burguesía y en uno acidulado y pimentado que era y es hasta hoy el del pueblo cubano. Cuando salió al destierro, llevaba, seguro como

las entrañas que no nos dejan, la lengua completa chupada en veinte años de su Isla.

Me señalaba el chileno Díaz Arrieta, que el español escrito en América confiesa una pobreza vergonzosa y sobre todo un gran desabrimiento, y mi amigo tiene razón (las "Catilinarias" y los artículos de polémica se salvan a causa de ser una escritura de guerrilla). Los pueblos no antillanos somos hijos del injerto verbal, es decir, de una aventura, lo que trae consigo riesgo, algunas posibilidades de superación y muchas de degeneración. Pero a la Isla de Cuba le cayó en suerte el ser ella un desgajamiento directo de la Península echado al mar; el nacer prima hermana de las Canarias, es decir, el haber sido y seguir siendo una España insular.

Naturalmente, un verdadero vital no se conforma con el idioma que recibe, porque cualquier naturaleza rica se pone a crear sus órganos, rebasa los medios recibidos y echa de sí los que le faltan.

Antes de Rubén Darío, Martí se había puesto a la invención de vocablos y aquél le reconoció el mayorazgo. Me gustan más los que salieron de la mano de Martí que los venidos de Rubén Darío. Todos lo sabemos y se puede decirlo sin mengua para el nicaragüense que en su uso del galicismo había tanta necesidad de fineza como alarde de cosmopolitismo o de mucho ingenio.

Martí crea sus pocos neologismos como un lingüista profesional, guardando todo respeto a la tradición en los derivados e inventa por necesidad verdadera, por el hambre de expresividad que había en él.

El vocabulario martiano no será nunca extravagante, pirotécnico ni *snob,* pero será novedoso hasta volverse inconfundible. El verbo, más que el mismo adjetivo, él lo busca a la medida de su necesidad. Son verbos activísmos; él dice "desjarretar", "sajar", "chupar", "pechar". Sus adjetivos son, en la prosa, táctiles y embadurnados de color y yo pienso que nadie entre nosotros llevó más lejos la ceñidura del apelativo a la cosa. En su complacencia de grafismo, movimiento, intensidad, dice "tajadas", "carneada", "fundida", "volcada", "regada", etc. Trabaja con *epítetos extremosos* y aunque los administre de más en la oración no se le engrasa y le salta viva como el lazo venteado del gaucho.

TROPICALIDAD. Vamos a la vitalidad tropical. Muchos miran el Trópico como un bochorno que descoyunta y acaba a su criatura. Como yo siento algo de eso cuando vivo en él, no niego el hecho, pues, aunque admire y ame el trópico, pruebo en mi cuerpo la perfidia suave, la succión blanda.

Tan perfecto me parece, sin embargo, como una medida cabal de la riqueza terrestre, como el cubo de Dios, que siempre rebosa, y tan noble lo veo en su generosidad, que en vez de tacharle el calor genesíaco, prefiero creer que no podemos con él por una penuria corporal de mestizos flacos. El que no podamos mirar esta luz sin pestañeo y el que no alcancemos estos pulsos fuertes culpa nuestra es.

Cuando me encuentro un hombre semejante a Martí o a Bolívar, que en su Trópico, de treinta años, no se descoyunta y se mueve en él lo mismo que el esquimal en la nieve, trabajando sin agobio y rindiendo la misma cantidad de energía que el hombre de climas medios, vuelvo a pensar que lo elefantiásico y monstruoso del Ecuador no existe. José Martí cayó en el Trópico como en su molde cabal; él no rezongó nunca contra la latitud porque no se habla mal del guante que viene a la mano.

Hay una inquina especial de las tierras frías contra el Trópico que pudiese ser la del sietemesino contra el niño de nueve meses. Una de las manifestaciones de ella se nota en lo peyorativo de los vocablos "tropicalismo" y "tropical" cuando los usa la crítica literaria. Los dos se han vuelto motes de injuria y liquidan a un escritor. Es necia su aplicación al bloque de los que viven entre Cáncer y Capricornio, pues difieren entre ellos, tanto como planta y animal. No hay razón para que un autor tropical haya de ser necesariamente malo sin más razón que la del termómetro. Pero la comicidad del asunto reside en que el Trópico americano no ha dado verdaderos tropicales, excepto uno, óptimo, este Martí que es el único a quien conviene el rubro, y uno malo, nuestro Vargas Vila... que vivió cuarenta años en Europa.

Pedro Henríquez Ureña, al que debemos muchas definiciones del hecho americano, se encargó de enderezar el vocablo torcido. El prueba que nosotros llamamos "tropicales" los estilos superabundantes y empalagosos de los subrománticos franceses hospedados aquí por escritores más segundones aún. El clima nada tiene que hacer con el pecado, y para no citar sino un caso, cerca de aquí nació y pasó la infancia esencial un poeta no dañado por la alentura del Caribe: en la Martinica vivió años Francis Jammes.

Al revés de cuanto se ha dicho, la soberana belleza tropical de América se quedó al margen de nuestra literatura, sin influencia verdadera sobre el escritor y como rebanada de él. Ojos, oreja y piel se los hemos regalado a Europa: paisaje europeo, desabrido y neutro, es lo que se encuentra en nosotros los criollos. Antes y después de José Martí ninguno se había revolcado en lo fogoso y en lo capitoso de estos suelos.

Hay que llamar al cubano "hombre leal" por muchos capítulos, pero, principalmente, por haber llevado el resuello de su tierra y haber

vaciado la cornucopia de una geografía a lo largo de toda su obra, en la expresión hablada y en la escrita

¿Qué hace el Trópico en la obra de nuestro Martí, el único que lo representa?

En primer lugar una calidez gobernada o suelta corre por su prosa en un clima de efusión, marca sus arengas, los discursos académicos, los artículos de periódico y las simples cartas Yo digo calidez y no digo fiebre Tengo por ahí pespunteada una vaga teoría de los temperamentos de nuestros hombres los que se quedan en el fuego puro y se secan y se resquebrajan, y los que viven del fuego y del agua, es decir, de un calor húmedo y se libran del resecamiento y la muerte Martí fue de éstos A él lo asiste siempre la brasa confortante o un rescoldo cordial Si como pensaba Santa Teresa nuestro encargo es el de arder, y la tibieza repugna al Creador, el Diablo es uno que tirita, bien cumplió José Martí su encargo de vivir encendido y sin atizaduras artificiales El ardía abastecido del combustible de su temperamento cubano-español y también del Espíritu Santo que recorre su escritura en garabateo visible

La segunda manifestación del Trópico en Martí, sería la abundancia El Trópico es abundante por esencia y no por recargo de bandullos o perifollos El barroco fue inventado por arquitectos no tropicales, los cuales buscando ser magníficos cayeron en gordinflonerías y excrecencias

Más claro se verá el hecho visto en el árbol coposo él no es un abullonado, él es la fuerza llegando a sus topes Hay que meter la mano en la masa de sus ramas para hallar grosuras, mirado, él es esbeltamente soberbio, nada más que eso

En el tropicalismo de Martí, la abundancia es natural por venir de adentro, de los ríos de su savia interna En cuanto a natural no es pesada, no carga ornamentos pegadizos, se lleva a sí misma sin pena, como los grandullones llevamos nuestra talla

Además el criollo lector, congestionado de lectura, hervía de ideas, a revés de los que siguen una sola como regato en tierra pobre, el corazonazo caliente de emocional le subía a la garganta hasta en la charla corriente, el vocabulario pasmoso le entregaba a manos llenas la expresión justa y la más feliz ¡Cómo no había de ser copioso! Lo hicieron en grande y no hay por qué una criatura ubérrima dé la espalda a su haber y se fuerce a regímenes de arroz Corríjasele la abundancia y Martí nos disuelve Que los demás escritores ecuatoriales vivan sin conmoverse delante de su gracia, negocio de ellos es, mal negocio de distracción o de renegamiento, pero dejemos que este *respondedor* describa su aposento geográfico que es su mesa de vivir y su lecho de morir

EL METAFÓRICO Otra manifestación del tropicalismo martiano es la lengua espejeante de imágenes, el desatado lujo metafórico.

Dicen que en la naturaleza tropical fauna y flora están supeditadas al ornato y por eso resultan más hermosas que productivas; dicen que son blandas y fofas sus criaturas y que su belleza engaña como la gesticulación ampulosa y huera. La verdad es que la naturaleza, que en otras partes cumple su obligación de alimentar, aquí se da el gusto de servir deslumbrando El árbol de la goma, el cocotero, el mismo plátano llevan vitalidad suficiente para dar mucho y les quedan todavía jugos para follajes superlativos. No sé qué hay de propietario, de asalariado en la naturaleza europea donde el sembradío se ciñe a la utilidad y no le sobra nada para fantasía y locura. El Trópico nuestro se parece a Hércules, que era servicial y magnífico en una sola pieza, vale decir, hazaña.

Pasemos esta misma generosidad a la naturaleza de Martí: El es un divulgador de ideas, pero como la savia le alcanza, él las echará a rodar en torrente de símiles. Por otra parte, no es cosa de olvidar que él es sobre todo un poeta, que puesto en el mundo en una hora de dura necesidad, aceptó ser conductor de hombres, gacetillero, profesor, etc., pero que de nacer en una Cuba adulta y sin urgencias, se hubiese quedado en el hombre de canto mayor y menor, de canto absoluto.

Como el árbol tropical que gasta mucho en la periferia florida y que engaña con que descuida el rigor del tronco, así engaña la prosa de Martí, y ha hecho decir a algún atarantado que su prosa no es sino casullas de ropería arzobispal.

Suntuoso, es cierto, a la manera de los reyes completos que dictaban legislación, religión, costumbre y poesía, que siendo sacerdotes no descuidaron el espejeo justo de trono y vestimenta y hasta solían corregir a sus costureros e inventar danzas.

También aquí está el hombre construido en grande, que no quiere constreñirse ni mutilarse de nada y hace brazada con las cosas buenas de este mundo, hombre antiasceta (aunque cuidase mucho de su decoro) por hallarse cerca de la naturaleza que se burla de las penitencias.

Al lado de la extraordinaria sintaxis de Martí, está, como otro pilar de su maestría, la metáfora espléndida. La tiene impensada y no extravagante, original y no estrambótica; la tiene virgínea y siempre nueva, sin caer por reincidencia en la misma o en la semejante; "imaginífero" —D'Annunzio se llamaba así a sí mismo—, cuyo *stock* no se vaciaba nunca.

La sabida frase del hombre que piensa en imágenes, conviene a Martí como a ninguno de nosotros. Hay que caer sobre algunas páginas del Asia, en las cuales la poesía se traduce en una pura reverberación

alegórica, para encontrar algo semejante a su escritura. Pero la diferencia con el lirismo asiático está en que, mientras aquel cae al atollamiento de flores y gemas, Martí nos hace siempre sentir el hueso del pensamiento bajo la floración.

La metáfora cerebral y de química esotérica de los que han venido después, no era suya; el corazón fogoso y fogueado era su proveedor de metáforas: así la tiene de espontánea y de cándida lo mismo en lo tierno que en lo colérico.

Dicen que el estudio de un poeta lo dan sus metáforas por sí solas. El método es habilidoso, pero se nos quedarían afuera los buenos poetas ralos y hasta los ayunos de símil, que los hay. Para Martí el procedimiento resultará excelente. En su montaña de metáforas se puede descomponer su alma entera.

La última manifestación de tropicalismo que anotaremos en nuestro hombre es la generosidad que le viene, en parte, de su riqueza misma. El temperamento criollo rebosa de liberalidades; él se derrama en hospitalidad y dispendios. Nosotros no somos pueblos de vísceras resecas, arca vigilada ni alarmas de vieja despensera. Este sol que en vez de asistir solamente a la creación, la inunda y la agobia, nos ha criado en una pedagogía derrochadora. Estamos llenos de injusticias sociales, pero ellas derivan más de una organización torpe que de una sordidez congenital; andamos buscando un abastecimiento racional de nuestros pueblos y cuando lo hayamos encontrado, los sistemas económicos de la América serán mucho más humanos que los europeos.

Todo lo quiere para su gente Martí: libertad primero, cultura y bienestar en seguida. Y como su estilo forma el aspa visible de su rueda oculta, las liberalidades de Martí se traducen en su lengua por una desenvoltura de señor acostumbrado a poseer y a dar. Voltéese en la mano el estilo de los egoistones y se les sentirá la reticencia en la sequedad y el temblorcito de la avaricia en la indigencia de la frase.

PERSONA FASCINANTE La averiguación de la lengua se me ha resbalado hacia el hombre, al cual yo no iba a comentar porque la crítica literaria moderna está empeñada en deslindar obra e individuo y reducirse a la escritura a secas.

Hay escritores con los cuales sobra la divulgación de persona y vida; hay otros que no pueden ser manejados sino en el bloque de escritura y carácter. Martí es de éstos y hasta tal punto que no sabemos bien si su escritura es su vida puesta en renglones, o si su vida es sólo su escritura enderezada. Además, es de aquellos que se hacen

amar de tal modo que su devoto quiere saberlo todo de ellos, desde cómo rezaban hasta cómo dormían...

Es cierto que se puede hablar aquí de "un caso". ¿De dónde sale este hombre tan viril y tan tierno, por ejemplo, cuando en nuestra raza el viril se endurece y se brutaliza? ¿Y de dónde viene este hombre, según la teología, trayendo de veras en su ser el trío de "memorias, inteligencia y voluntad? ¿De dónde nos llega esta criatura, en la cual los hombres hallan la varonía meridiana, la mujer su condición de misericordia y el niño su frescura y su puerilidad? ¿De dónde sale en raza de probidades dudosas este varón que no da de sí una borra de logro, y no acepta condescender con la corrupción?

Veremos por contestar, y si erramos la intención nos valga. El viril nos viene de la sangre catalana, que es fuerte y activa, muy diversa su acción a la de Castilla, correa de cuero de la historia, y terror de pueblos flacos. El tierno le viene del limo y del ambiente antillanos donde la piel del toro español se suavizó hasta volverse una badana dulce. A menos que sea el negro y no el clima el autor de esta blandura inédita en la prole del Cid aliviada de calentura por el mar. En Cuba, que produce la caña mansa y el tabaco piadoso, se da fácilmente el hombre benévolo y no es raro que saltase de aquí la cifra humana que llamamos "José Martí, el bueno".

Martí fue, además, el hombre maduro, en el cual se retarda la infancia y de otro lado se anticipa la vejez; hombre cenital que goza desde un punto mágico las dos mitades del cielo. Por eso se abre en pulpas humanas por donde se le toque y por eso se sabe tanto del negocio de vivir, de padecer, de caer y de levantarse. A criatura tal los amigos querían contarle todo y a veces no le contaban nada porque él los adivinaba con sólo mirarles. El serviría las funciones humanas mejores: la de consolar, la de corregir y la de organizar.

Muchas veces se ha aplicado en la historia la frase de "amigos de los hombres"; Martí se la ganó de vivo, y de muerto la retiene en la mano parada.

Es preciso alabar también al luchador sin odio. El mundo moderno anda alborotado con la novedad de Mahatma Gandhi, combatiente ayuno de furor. Pero el fenómeno de combatir sin aborrecer, apareció entre nosotros mucho antes en este "santo de pelea". Pónganle encima si quieren, la lupa acusadora; mírenle las arengas, proclamas y cartas, y no saltará al ojo una sola peca de odio. Empujado a la cueva de las fieras, constreñido a buscar fusil y a echarse al campo, este hombre va a pelear sin malas artes, sin interjecciones feas, sin que se le pongan sanguinosos los lagrimales. Posiblmente hasta los luchadores de la Ilía-

da dejaron escapar en lo apretado del apuro algún "terno" que Homero se guarda. Martí pelea sobrenaturalmente, sintiendo detrás de sí la causa de la independencia cubana que le quema la espalda, y mirando delante el montón impersonal de los enemigos de la libertad que para él no tienen cara ni nombre personal.

Y aquí mis amigos, Martí resulta sujeto sin amarras con la raza indo-española. Ella ha odiado mucho, ha puesto siglos de empeño en aborrecer de cabeza a pies y ha tomado el sobrehaz de la tierra como un campo patagónico de "carneada". Aunque la frase se nos tiña de cursilería, digamos que Martí vivió embriagado de amor humano, y tanto que sus entrañas no le dieron ni un grito de venganza.

Todo es agradecimiento en mi amor de Martí: gratitud hacia el escritor que es el maestro americano más ostensible de mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres que la América produjo en una especie de *Mea culpa* por la hebra de guías bajísimos que hemos sufrido, que sufrimos y sufriremos todavía. Angustia siento yo, americana ausente, cuando me empino desde la tierra extraña a mirar hacia nuestros pueblos y diviso a mi gente atollada todavía en las viscosidades acuáticas de las componendas y en las malquerencias fronterizas que tijeretean el continente de todos lados.

Cuando los ausentes hacemos estas asomadas penosas al hecho americano, necesitamos acarrear de lejos a Bolívar para que nos apuntale la fe, y de menor distancia a Martí para que nos lave con su lejía las roñas de la criollidad. El es para nosotros, los ansiosos, uno de esos raros refugios que se hallan en el bajío pantanoso y al que se entra por comer y dormir allí, sin tocar pringue o lama.

Esa frente familiar a ustedes, nos tranquiliza con sus planos serenados; esos ojos de dulzura inmediata, a flor de la "niña", donde se chupa sin tener que ir al fondo como la abeja; ese mentón delgado que desensualiza la cabeza en su segundo extremo, repitiendo lo que la frente hizo en lo alto, nos consuelan de tanto semblante torcido o ácido que corre por la iconografía criolla. Hemisferios de agradecimiento son para mí la literatura y la vida de José Martí.

FUENTES MISTRALIANAS
PARA LOS ELOGIOS, MOTIVOS Y RECADOS

1 *Elogios de las materias* *El fuego (El Mercurio,* Santiago, 30 de enero de 1927 p 3) *Elogio del cristal (El Mercurio,* 16 de julio de 1933 p 2) *La ceniza (El Mercurio,* Santiago, 28 de noviembre de 1926 p 3) *Elogio de la arena (El Mercurio,* Santiago, 26 de octubre de 1941 p 2) *Elogio del agua (El Mercurio,* Santiago, 23 de enero de 1927 p 3) *Elogio de las piedras (El Mercurio,* 26 de octubre de 1941 p 3) *Elogio del aceite (El Mercurio,* Santiago, 26 de octubre de 1941 p 3) *Elogio del vino (El Mercurio,* Santiago, 29 de agosto de 1927) *Elogio de la sal (El Mercurio,* Santiago, 29 de agosto de 1927) *La harina (El Mercurio,* Santiago, 28 de noviembre de 1926 p 3) *Las maderas* (lo selecciona Roque Esteban Scarpa en *Elogio de las cosas de la tierra* de G M, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979 pp 56 57) *Elogio de la naturaleza (El Mercurio,* Santiago, 11 de junio de 1933 p 3)

2 *Elogios de la tierra de Chile* Escrito por Gabriela Mistral en Madrid, el 18 de septiembre de 1934 Lo recoge Roque Esteban Scarpa en *Gabriela anda por el mundo* Santiago, Ed Andrés Bello, 1978 pp 359-367

3 *El paisaje mexicano* en *El Mercurio,* Santiago, 15 de octubre, 1922 p 7 También en *Croquis mexicano,* de G M (Santiago, Ed Nascimento, 1979 pp 7 12 Prólogo y selección de Alfonso Calderón)

4 *Elogio de la isla de Puerto Rico* Publicado originalmente en *El Mercurio,* Santiago, 10 de enero de 1932 p 2 Lo recoge también Alfonso Calderón en *Materias,* de G M (Ed Universitaria, Santiago, 1978 pp 76-88)

5 *Motivos de San Francisco* Entre abril de 1923 y octubre de 1926, G M escribió estos *Motivos* que se publicaron principalmente en *El Mercurio,* de Santiago Con selección y prólogo de César Díaz Muñoz Cormatches se publicaron por la Editorial del Pacífico, Santiago, 1965, aunque la obra no reune la totalidad de los textos Los Motivos *Los escabeles, La red* y *Los sentidos,* que allí se incluyen, son inéditos y, en consecuencia, se publican por primera vez Están fechados por G M en Oaxaca, México, 1923 Los rescaté del Archivo de Alfonso M Escudero O S A (Biblioteca de la Iglesia de San Agustín, Santiago de Chile)

6 *Silueta de Sor Juana Inés de la Cruz* Con el título de *Figuras de la Colonia mexicana,* se publicó en *El Mercurio,* Santiago, 16 de septiembre de 1923 También la propia G M lo seleccionó para su antología *Lecturas para mujeres* (Mexico, 1924, Secretaría de Educación Pública, pp 130 135)

7 *Teresa de la Parra (I)* Con el título de *Gente americana Teresa de la Parra,* se publicó en *El Mercurio,* Santiago, 23 de junio de 1929

8 *Teresa de la Parra (II)* Con el título de *Teresa de la Parra Primeros encuentros,* en *El Mercurio,* Santiago, 27 de septiembre de 1936 p 3

9 *Teresa de la Parra (III)* Con el título de *Teresa de la Parra Ultimos moldes,* se publico en *El Mercurio,* Santiago, 4 de octubre de 1936 p 2

10 *Una vida de Rubén Darío* en *El Mercurio,* Santiago, 21 de febrero de 1932 pp 1 2 Lo recoge Roque Esteban Scarpa en *Gabriela piensa en* (Ed Andrés Bello, Santiago, 1978 pp 201-206)

11 *Un hombre de México Alfonso Reyes* en *El Mercurio,* Santiago, 18 de abril, 1926 p 3

12 *Recado sobre Pablo Neruda* Publicado en *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica Tomo XXXI, 23 de abril de 1936 pp 278 279 Lo selecciona Alfonso M Escudero O S A en *Recados contando a Chile,* de G M (Santiago, Editorial Del Pacífico, 1957 pp 165 169)

13 *Fray Bartolomé* en *El Mercurio,* Santiago, 6 de noviembre de 1932 p 2

14 *Bolívar a los 40 años* en *El Mercurio,* Santiago, 1 de febrero de 1931 p 5 También con el nombre de *El rostro cuarentañero de Bolívar,* lo publica *Repertorio Americano,* San José, Costa Rica, Tomo XII, 14 de marzo de 1931 pp 157 58

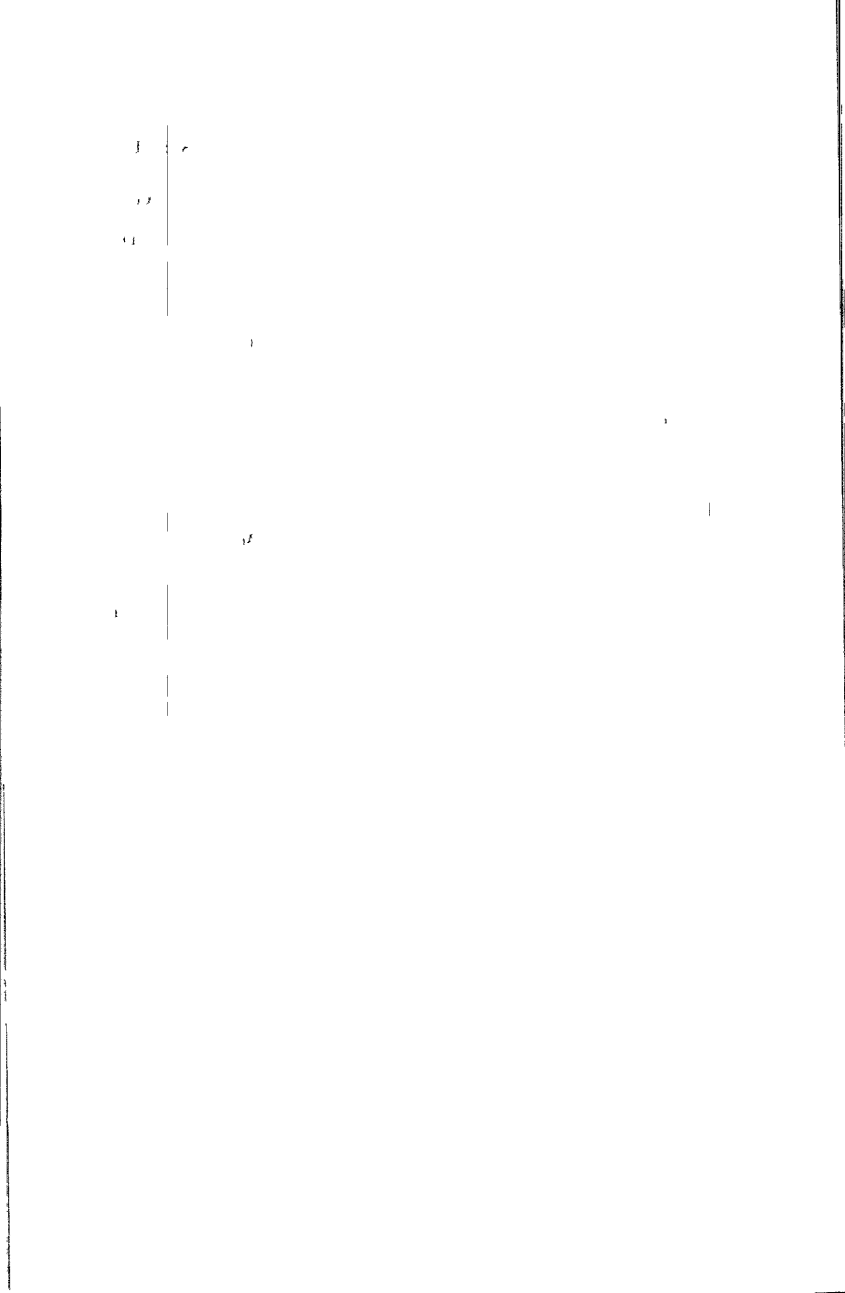
15 *La ambición de Bolívar* en *El Mercurio,* Santiago, 19 de abril de 1931 p 4 Lo recoge Roque Esteban Scarpa en *Gabriela piensa en* (Santiago, Ed Andrés Bello, 1978, pp 240 242

16 *Sandino (I)* El título original de este recado es *Sandino Contestación a una encuesta* Publicado en *El Mercurio,* Santiago, domingo 4 de marzo de 1928 p 5 G M lo escribe en febrero de 1928 cuando radica en París

17 *Sandino (II)* Publicado con el título *La pobre ceiba* en *El Mercurio,* Santiago, domingo 25 de marzo de 1928 p 5 G M lo fecha en el Puerto de Bastia, isla de Córcega, en febrero de 1928

18 *Sandino (III)* Publicado originalmente con el título de *La cacería de Sandino,* en *El Mercurio,* Santiago, 7 de junio de 1931 p 7 El recado está fechado en Nueva York, abril de 1931

19 *La lengua de Martí* Conferencia de G M dictada en La Habana y publicada por la Secretaría de Educación Pública de Cuba, 1934 La incluye Alfonso Calderón en *Materias,* de G M (Ed Universitaria, Santiago, 1978, pp 278 297)



CRONOLOGIA

GABRIELA MISTRAL
A TRAVES DE SU VIDA

1889 Gabriela Mistral (de nombre entonces Lucila Godoy Alcayaga) nace en Vicuña (7 de abril), pequeña ciudad precordillerana del valle de Elqui, distante a 540 kilómetros al norte de Santiago de Chile Hija única de Juan Jerónimo Godoy (maestro de escuela) y de Petronila Alcayaga Rojas (modista y bordadora), cuyo matrimonio se había realizado el año anterior El mismo día de su nacimiento es bautizada, con el nombre de Lucila de María, en la iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción en Vicuña La casa en que yo nací no existe ya (calle Maipú Nº 759) Yo misma la vi caída en el suelo Es cierto que nací en Vicuña, pero a los diez días mis padres me llevaron al pueblo de La Unión (hoy Pisco-Elqui), donde se habían casado Mi nacimiento en Vicuña fue un puro azar "

1890 Su padre, de origen minero, es maestro rural en la escuelita de La Unión 'Hombre extraordinario que sabe demasiadas cosas Artista modesto, con ambiciones literarias Versifica con facilidad a la manera de los payadores o trovadores Además de enseñar y escribir versos, toca la guitarra y sabe algo de latín Y siempre un espíritu de aventura lo anima " Su madre, descendiente de antepasados vascos, "es una mujer muy hermosa y muy delicada, cuya voz, que conmovía oír, me habla siempre en el recuerdo como la más perfecta voz humana que yo haya escuchado A esa voz suave y patética se le había subido la caridad maravillosa de su corazón '

1891 Mientras su padre prepara la puerta, cultiva el jardín o borda la tela, Lucila crece y muda sus días al ritmo de las canciones de cuna ("que caían dulces y mansas como la claridad de la luna') escritas, entre las ausencias y retornos hogareños, por su padre ' Cuatro o cinco estrofas que mi padre hizo a su compañera para acunarme Tal vez no son hermosas, son tiernas y simples nada más *Duérmete Lucila que el mundo está en calma, / Ni el cordero brinca, ni la oveja bala / Duérmete, Lucila, que cuidan de vos / En tu cuna un ángel, en el cielo Dios*

1892 Jerónimo Godoy abandona definitivamente el hogar el padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día Antes de marcharse, sin embargo, contando historias y fábulas, plantó en el huerto de la casa higueras y nogales, y hasta construye con sus manos una bañera para su hija en el patio Desde el pueblito de La Unión es llevada por su madre a Montegrande, aldea del valle de Elqui, donde su hermanastra, Emelina Molina de Barraza (hija de un primer matrimonio de su madre) es maestra rural y enseña en la escuela lugareña Asume, también, las responsabilidades familiares en reemplazo del padre Verdaderamente Montegrande será la infancia de Gabriela

1893 "Un valle cordillerano de Chile cubrió mi infancia el valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco

ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes Estoy segura que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle "

1894 Robando horas al descanso, su hermana Emelina (15 años mayor que Gabriela) le enseña las primeras letras, la educa, es su devota y generosa guía —"cuanto sé y quién soy se lo debo a ella"— en la muy particular Escuela Primaria que tiene en su propia casa 'Pero en esa escuela sin tablas en el suelo, de puro barro reseco, barrido con un decoro japonés o belga, allí me fui haciendo el alma, y allí me acudieron los primeros ritmos" Su hermana será después la mismísima imagen, humana y lírica, en los versos célebres de *La maestra rural* ("Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano / ¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!")

1895 Aprende perfectamente a leer Un manual de *Historia Sagrada* —y que parece ser el libro usual en la aldea elquina de Montegrande— es uno de los primeros textos que cae en sus manos Le llama vivamente a interés el ancho despliegamiento de estampas, las láminas de escenas religiosas, las motivadoras representaciones bíblicas, ' todo en un chorro de criaturas judías que me inundó la infancia" Se siente más discípula del texto que de la clase, "porque la distracción, aparte de mi lentitud mental, medio vasca, medio india, me hacían y me hacen aún la peor alumna de una enseñanza oral"

1896 "Yo era una niña triste, una niña huraña Y mi madre sufría de que su niña no jugara como las otras Y solía decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa me encontraba conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino " Pero también se entretiene con juguetes que son de su gusto huesos de fruta, vidrios de colores, piedras de formas extrañas Escucha por primera vez la palabra *Albricia* (un objeto escondido que se busca, un hallazgo) "Tengo aún en el oído los gritos de las buscadoras y nunca más he dicho la preciosa palabra sino como la oí entonces a mis camaradas de juego"

1897 La naturaleza y el paisaje del valle de Elqui, con sus montañas, su río y sus huertos de árboles frutales, constituye su patria real y verdadera También sus primeros trabajos o faenas Colabora, junto a otras niñas de la aldea, en la cosecha y ' pela del durazno" (con anterioridad a la máquina deshuesadora), y en la preparación de los arropes, los uvates y otros infinitos dulces caseros del valle

1898 Una auténtica imaginería tropical, vivida en un valle caliente, conoce en casa del hacendado Adolfo Iribarren que tiene, en Montegrande, un parque medio botánico y zoológico ' Allí me había yo de conocer el ciervo y la gacela, el pavo real, el faisán y muchos árboles exóticos, entre ellos el flamboyán de Puerto Rico" El hacendado y naturalista elquino le enseña el nombre de las plantas y flores o la instruye en la historia de los animales Aprende geografía y botánica ("de la cual me habría de enamorar más tarde") También adquiere elementales conocimientos de astronomía

1899 Cumple diez años de edad De boca contadora de su gente elquina conoce (lo que no tiene en libros) cuentos, fábulas y leyendas "Dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui —mi región— y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil" El día de la Virgen Inmaculada (8 de diciembre) realiza, vestida de traje blanco, su Primera Comunión

1900 Ingresa, para terminar su último curso de preparatorias, a la Escuela Superior de Niñas de Vicuña Gabriela deja de ser feliz apenas sale de su valle de Elqui Nadie podrá devolverle ahora la alegría que le robaron "La directora de la escuela (Adelaida Olivares) era mi madrina y tenía una reputación de santa Estaba casi ciega y por ello me hacía que yo la acompañara al colegio, para no tropezar en la calle Mi madrina me había puesto para que yo repartiera el papel a las demás alumnas Yo era tímida y las otras muchachas, audaces, y con un manotón me quitaban siempre más cuadernillos Resultado, el papel se acabó antes de la mitad del año Cuando esto ocurrió, me acusaron a mí de habérmelo robado La directora sabía que mi hermana era profesora y me daba todo el papel que yo quería ¿Para qué iba yo, entonces, a robarme el papel? Sin embargo, fui acusada de ladrona Yo, que era una niña puro oídos y sin conversación, no dije nada Las otras muchachas me esperaban con los delantales llenos de piedras, que lanzaban contra mí Aquellos hechos nunca pudieron borrarse de mi mente Después me quedé un tiempo de vaga en la casa Me pasaba las horas en el puerto con los árboles, que eran mis amigos" Su hermana Emelina vive en Diaguitas, cerca de Vicuña, donde enseña en la escuela del poblado

1901 Breve temporada de vivir con su familia (madre y hermana) en el Molle, y luego residencia en La Serena y Coquimbo De su laberinto de cerros tutelares elquinos llega a conocer la costa marítima de Chile La niña de 12 años se encuentra con el mar "Me eché en la arena mojada, sobre unos rollos endiablados de plantas y animales marinos hurgando lo muerto y lo vivo, queriendo entender, criatura de cerros y quiscos y caída de bruces al mar Primer tacto del mar gusto y susto" En la Serena frecuenta a su abuela paterna, doña Isabel Villanueva, que vive de bordar casullas y ornamentos de iglesia Y tiene la pasión de leer textos bíblicos De ella conoce, muy sentada a sus pies en un banquito o escabel, los Salmos de David Mi abuela pasó por mi vida parece que sólo para cumplir este menester de proveerme de Biblia Ella sería la criatura más penetrante que cruzó por mi vida chilena Pasó de veras como un dardo de fuego, por la niñez mía"

1902 Ha aprendido los estudios elementales que le dio la escuela pública de Montegrande, Diaguitas, Vicuña Estudia ahora por su cuenta Empieza a hacerse una entusiasta y constante autodidacta Busca libros Lee sin método ni idea alguna de jerarquía Toda nueva página es una fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vesperal y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más" Aprende, también, de las gentes, de las cosas, de la naturaleza Escucha arrobada

a las mujeres —contadoras— coquimbanas o serenenses decir sus cuentos, sus fábulas Su valle de Elqui es reemplazado por el mar Se pierde mañanas enteras recorriendo la playa Guayacán Herradura (Coquimbo), deslumbrada —"yo, una niña de 13 años, arremangada metiéndose al mar al encuentro de una medusa"— de sus albricias o hallazgos marinos Los primeros balbuceos de sus versos quedan escritos en el cuaderno de una amiga, pero nadie me toma en serio, tonterías de chiquilla'

1903 "Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad A la directora no le caí bien Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil, ni la fisonomía grata que gana a las gentes Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás"

1904 En La Compañía, pequeño poblado en las afueras de La Serena, estudia, lee y escribe sus primeras composiciones literarias Su nombre empieza a ser conocido entre la muchachada estudiantil de la ciudad ' Un viejo periodista y sabio maestro de La Serena, don Bernardo Ossandón, dio un día conmigo y yo con él Poseía el fenómeno provincial de una biblioteca, grande y óptima El buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino ' El bondadoso Ossandón le presta libros a manos llenas Gabriela Mistral (entonces todavía Lucila Godoy) lee con admiración las obras del colombiano José María Vargas Vila (1860-1933), las teorías astronómicas del francés Camilo Flammarión (1842-1929), y un buen número de biografías formativas y encendedoras El libro mayor es un ensayo filosófico de Montaigne (1533-1592), ' donde me hallé por primera vez delante de Roma y de Francia Trabaja sus primeros artículos en prosa que envía al periódico *El Coquimbo,* de La Serena Su primera prosa —"La muerte del poeta"— se publica el 30 de agosto, cuando tiene 15 años Firmado por *Lucila Godoy A* , su texto refiere la historia de un poeta desgraciado de nombre Heberto, a quien Judith, una joven romántica, encontró en un bosque cuando el poeta estaba moribundo La joven quiso consolarlo y volverlo a la vida, pero ya era tarde También en *El Coquimbo* (25 de octubre) se publica 'En la siesta de Graciela' , sus primeros versos "¡Oh, qué feliz seré, si en la mañana, / Cuando ya el tiempo mi existir minore, / Tú calmes el pesar que mi alma emana / Y el llanto enjugues cuando triste llore!"

1905 Para seguir cursos regulares de profesora ingresa a la Escuela Normal de La Serena Luego de haber sido admitida es rechazada por Manuel Ignacio Munizaga, capellán del establecimiento Las ideas expresadas por la joven postulante a profesora en sus artículos periodísticos, trascienden no sólo cierto vago romanticismo, también ideas consideradas ateas, filosóficas y revolucionarias para la sociedad provinciana que habita En su escuela de La Compañía, además de

hacer clases diurnas, enseña a leer y escribir, y algo de aritmética, a peones y obreros que asisten a una escuela nocturna niña todavía, cosa apenas formada, yema de persona, y estaba yo 'mascando piedras' para que mis gentes mascaran su pan Nuevos artículos literarios para *El Coquimbo* ('Espejo roto , Gemidos , Sonrisas del alba) Empieza a colaborar en *La Voz de Elqui*, periódico radical de Vicuña 'Ecos (21 de marzo) se llama su primera entrega en prosa, y "Flores negras ' (8 de agosto), un poema de doce estrofas Una y otra colaboración las fecha en La Compañía, y las firma con su nombre de *Lucila Godoy y Alcayaga* Usa también los seudónimos de *Soledad, Alguien*

1906 Publica en *La Voz de Elqui* (marzo) un llamativo artículo que titula "La instrucción de la mujer", una de sus primeras preocupaciones por el tema femenino "Se ha dicho que la mujer no necesita sino una mediana instrucción, y es que aún hay quienes ven en ella al ser capaz sólo de gobernar el hogar Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla Abrirle un campo más vasto de porvenir Instrúyase a la mujer, no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el hombre Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas '

1907 Es trasladada a la escuela de La Cantera, pueblito de la provincia de Coquimbo Con el seudónimo de *Alma* escribe para la revista de arte *Penumbras,* que circula en la ciudad de La Serena Conoce a Romelio Ureta Carvajal, un joven empleado ferroviario de Coquimbo 'Nos pusimos de novio, pero él no tenía dinero para tomar mujer Un día me dijo que se iba al norte a buscar trabajo en las minas para hacer dinero y regresar a buscarme para que nos casáramos Aquella promesa constituye el recuerdo más dulce que tengo de él Pero volvió al poco tiempo sin nada Luego se enredó con una muchacha perteneciente a una familia que tenia humos de grandeza, y lo hizo llevar una vida cuyo tren él no podía seguir Dejamos de vernos y de escribirnos

1908 Nombrada secretaria en el Liceo femenino de La Serena Primeras aproximaciones a la obra de Rubén Darío, a quien lee y admira por el sentido del ritmo y de la eufonía verbal de su modernista y motivadora poesia (años después lo llamará el ' ídolo de mi generación, el primer poeta de habla castellana) El antólogo Luis Carlos Soto Ayala la incorpora en la antología *Literatura Coquimbana* (Santiago, Imp Francia, 1908) Le dedica un breve estudio, presentándola como 'la inteligente prosista, cuya pluma de oro se moja en ambrosía' Selecciona tres prosas poéticas de la autora Ensoñaciones", 'Junto al mar' y Carta íntima', textos que originalmente se habían publicado en los periódicos de la región El 23 de julio aparece publicada en *El Coquimbo* la poesía ' Del pasado", con la firma de *Gabriela Mistral*

1909 Se desempeña como maestra en la escuela de Cerrillos (pueblito camino a la ciudad de Ovalle, en el Norte Chico chileno) Colaboraciones para *El Coquimbo*

y *La Tribuna,* periódicos provinciales que publican sus escritos También para la revista *Idea,* de La Serena En Coquimbo se suicida (25 de noviembre) su amigo Romelio Ureta Carvajal (empleado ferroviario, soltero, 27 años) 'Como no podía seguir el tren de lujo en que se hallaba metido, se había dedicado a jugar Un día tomó dinero de la Caja del Ferrocarril donde era empleado Después, en un momento de desesperación, decidió quitarse la vida Antes del suicidio rompió todas las cartas de su novia Después se vistió para la muerte y se disparó un tiro Pero en un bolsillo se le encontró una postal mía ¿Por qué estaba allí cuando hacía años que no nos escribíamos? A causa de aquella tarjeta, sin embargo, se asoció su nombre conmigo Yo no tuve nada que ver con su suicidio" El trágico suceso, además de su aureola de mito y de leyenda, motiva en Gabriela Mistral la escritura de una serie de dolorosos poemas *Los sonetos de la muerte,* entre ellos
Durante los primeros meses del año *Idea* publica, con su nombre de Lucila Godoy Alcayaga, las colaboraciones 'Saludo al invierno (4 de abril), 'Paisaje" (2 de mayo), Música evocadora (30 de mayo)

1910 Conoce en La Serena al poeta Víctor Domingo Silva (1882-1960), que la estimula en sus gestiones pedagógicas Para que se le reconozcan sus estudios y conocimientos adquiridos en la práctica escolar, durante sus años de maestra en distintas escuelas de la provincia de Coquimbo, rinde examen en la Escuela Normal N° 1 de Niñas, de Santiago Obtiene el título de maestra primaria Ejerce en una escuela rural de Barrancas, al norponiente de Santiago *El Coquimbo* (de La Serena) publica Ventajoso canje , un artículo que ha escrito sobre la instrucción primaria obligatoria Vargas Vila sigue siendo su maestro 'y al que profeso una admiración fanática, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones" Pasando de la enseñanza primaria a la secundaria, es nombrada (septiembre) profesora de Higiene en el Liceo de Niñas de Traiguén, pequeña ciudad agrícola y triguera ("donde yo caí de golpe en una floración de cerezos) de la región de la Araucanía, al sur de Santiago de Chile

1911 Es trasladada al Liceo de Niñas de Antofagasta (zona de desierto y pampa salitrera, a mil kilómetros al norte de la capital chilena) A bordo del vapor Panamá" llega (enero) a ejercer su cargo de Inspectora general y profesora de Castellano La revista *Sucesos* (Santiago, 16 de febrero) publica su poema Ausente "Y evoco el paisaje la alameda muy larga ", firmado con su nombre de Lucila Godoy A consecuencia de una neumonía muere su padre (30 de agosto) en el hospital de la ciudad de Copiapó Jerónimo Godoy Villanueva tenía 54 años y es sepultado en el cementerio copiapino, "en tierra y de tercera ', según consigna el certificado de defunción (Años después, recorriendo la meseta mexicana, Gabriela Mistral se admirará observando los rostros de los campesinos indígenas, "porque había en esos rostros caxaqueños un no sé qué de mi padre diaguita muerto") Con artículos de temas pedagógicos y de análisis del sistema educacional chileno, colabora en el diario *El Mercurio* de Antofagasta En la edición del 1° de octubre se publica su cuento "El rival' y que firma con el nombre de *Gabriela Mistraly.*

1912 Se le designa (junio) Inspectora y Profesora de Geografía y Castellano en el Liceo de Niñas de Los Andes, ciudad cordillerana a no más de 140 kilómetros al nororiente de Santiago Fija su residencia en Coquimbito, sector aledaño a la andina ciudad, 'en el donoso valle de Aconcagua" Se inicia uno de los períodos más tranquilos y gratos, dedicados plenamente a la enseñanza y a la escritura poética gracias al estímulo y buena comprensión de doña Fidelia Valdés Pereira (' alma escogida ', como la llama), directora del establecimiento Colabora con notable abundancia en la prensa chilena Con la firma de *Gabriela Mistraly,* la revista *Sucesos* publica, en su serie 'Lecturas infantiles', los poemas 'El ángel guardián" (julio), ' El saludo de las gaviotas" (agosto), Matinal" (septiembre) Humildemente (soy una desconocida ') Lucila Godoy escribe una carta (octubre) al ' grande y nobilísimo Rubén Darío, gloria de nuestra América Latina", que se encuentra en París dirigiendo la revista *Elegancias* Enviándole un cuento y uno de sus poemas "Rubén si Ud no encuentra en mi cuento i en mis estrofitas sino cosa hueca, hilachas solamente de cosa inútil i vulgar, escríbame sólo esto en una hoja de papel Malo, malo I fírmela ¡Yo, devota de hoi seguiré siendolo tanto o más!'

1913 Permanece en Los Andes (este es un pueblo intelectualmente infeliz, aquí nadie, o casi nadie, lee"), saliendo lo menos posible de la ciudad Santiago no le interesa, toda vez que la capital no tiene lo que ella necesita para vivir dichosamente cielo y árboles, mucho cielo y muchos árboles" Ha encontrado en el libro de Federico Mistral —*Mireya*— su fuente de nutrimiento 'Poema de Mistral, olor a surco abierto / que huele en las mañanas, yo te aspire embriagada" La revista *Elegancias* publica en París su poema El ángel guardián" (marzo) y su cuento infantil 'La defensa de la belleza" (abril) Con una tarjeta de saludo "al grande i caro Rubén", la autora agradece la publicación de sus envíos Se trata de la primera edición de sus textos en una revista extranjera Con los nombres de Lucila Godoy (' El himno cotidiano ', *Revista de Educación Nacional,* julio) y de Gabriela Mistral (Las fuentes cegadas', revista *Norte y Sur,* Santiago, septiembre) firma indistintamente sus poemas Aunque esta última revista anuncia a pie de página 'Bajo el seudónimo de Gabriela Mistral se oculta el nombre de una distinguida escritora chilena que será una de nuestras más asiduas colaboradoras"

1914 Diversas publicaciones literarias *(Sucesos),* pedagógicas *(Revista de Educación Nacional)* y de instituciones teosóficas chilenas *(Nueva Luz)* dan a conocer respectivamente, sus poemas últimos ' El árbol dice", "Himno al árbol", "La charca' También escribe poemas ocasionales 'con motivo de la primera comunión de doña María Reyes Santelices, alumna del Liceo de Los Andes' o "a la dulce memoria de la que fue Victoria Fernandois"
Un jurado, integrado por los poetas Manuel Magallanes Moure, Armando Donoso y Miguel Angel Rocuant, le otorga el premio de los Juegos Florales de Santiago, la más alta distinción del certamen poético organizado por la Sociedad

de Artistas y Escritores de Chile (22 de diciembre) Recibe flor natural, medalla de oro y corona de laurel por la trilogía de sus *Sonetos de la muerte* que, con el seudónimo de Gabriela Mistral, concursa entre cuatrocientos trabajos No asiste personalmente a recibir el galardón, pero viaja desde Los Andes y presencia la ceremonia, anónima y oculta, entre el público de la galería del Teatro Santiago ("me abriera de nuevo la llaga central de mi corazón', dice, al escuchar sus *Sonetos* laureados, leídos por el poeta Víctor Domingo Silva) Su nombre literario de *Gabriela Mistral* se consagra definitivamente

1915 Breve viaje (enero) a la ciudad de Concepción Maravillada del verde paisaje del bosque sureño, escribe su poema "Pinares" ("Pinos calmos, graves / como un pensamiento") que entrega a la revista penquista *Ideales* (30 de enero) En Santiago, la revista *Zig zag* (6 de marzo) publica *Los sonetos de la muerte,* premiados en los Juegos Florales del año anterior Los sonetos, fechados por la autora en 1909, llevan su firma de Gabriela Mistral *Revista de Educación Nacional* (Santiago, mayo) da a conocer en su página "Extensión artística" el poema "La maestra rural' Colaboraciones para nuevas revistas 'Como lo vio mi espíritu" *(Primerose,* Chillán, mayo), "Los cantos del scout" *(Pacífico Magazine,* Valparaíso, junio), ' La prevención" *(Figulinas,* Santiago, junio), "Plegaria por el nido" *(Familia,* Santiago, julio) En las tranquilas tardes de Los Andes —"mi lectura vesperal"— lee a Rabindranath Tagore, a Maeterlink, a Amado Nervo ("místico dolorido y sereno"), a Romain Rolland, todas figuras admiradas y queridas que parecen insinuarle "el lado maravilloso de la vida y en vivir vida honda, espiritual' Larga relación epistolar con el poeta chileno Manuel Magallanes Moure (1878-1924) A lo largo de centenares de cartas le receta un poco de fe en lo sobrenatural y de búsqueda de experiencia interior ' El se sentía con cierta obligación de cuido sobre mi poesía, yo con la de un vago cuido de su alma No llegamos a nada fuera de conocernos un poco y de acompañarnos casi sin cara, porque hasta entonces no me había visto nunca" Anuncia que a finales de año publicará un volumen de versos escolares (con prólogo de Víctor Domingo Silva) "una poesía escolar nueva, la que hay en boga no me satisface"

1916 Conoce en Pocuro, lugarejo a no más de dos kilómetros de Los Andes, al profesor, abogado y político radical Pedro Aguirre Cerda (1879-1941) que será, desde entonces, su amigo y protector ("el único que me ayuda") Aguirre Cerda, a su vez, admira la obra poética de Gabriela Mistral, y su labor como educadora En Pocuro, también, recuerda al escritor, maestro y estadista argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), que vivió en este lugar sus años de exilio en Chile, desterrado por la tiranía de Rosas El paisaje geográfico de Los Andes es su gozo permanente 'El aire del valle de Los Andes, siendo muy de altura, muy cortador de la cara y demasiado ligero para el pecho de carne, es ya cosa más humana que la luz él contiene y balancea los olores de los muchos huertos y el de la vendimia, subiendo un poco, él ya tiene los aromas que punzan de hierbas de olor y de espinos, los cuales huelen intenso como los suelos donde la aridez comienza"

1917 La revista *Los Diez* (órgano del grupo homónimo que integran, entre otros, Pedro Prado, Manuel Magallanes Moure, Augusto D'Halmar en su entrega de febrero, publica El maestro rural (extenso poema de treinta estrofas) Y anuncia también la pronta publicación del libro *Suaves decires,* colección de autores inéditos Para los *Libros de Lectura* (destinados a la enseñanza de las escuelas de Chile), del maestro-editor Manuel Guzmán Maturana, escribe un buen número de cuentos escolares ('La raíz del rosal', Limpia tu fuente") y de poemas ('Caperucita Roja', "Piececitos , 'El himno cotidiano) Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya en su obra *Selva Lírica* (Santiago, Imp y Lit Universo), importante estudio antológico sobre los poetas chilenos, seleccionan 'Los sonetos de la muerte", "Los versos de noviembre', "La maestra rural", "El ruego", entre otros diecisiete textos, señalando que ' la poesía de Gabriela Mistral es nerviosa y firme No hay en ella vagidos temerosos, sensiblerías mujeriles ni actitudes herráticas Surge de sus robustos poros la savia torrentosa de ideas macizas y profundas, reveladoras de las fuertes pasiones que encierra, y que cubre sus desnudeces con vestiduras dignas de su abolengo Es la primera muestra poética, amplia y completa, que se publica en Chile de Gabriela Mistral

1918 Por decreto N° 216, firmado por el ministro de Instrucción Pública, Pedro Aguirre Cerda, es nombrada (15 de febrero) Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas En Valparaíso, y en un vapor mercante, se embarca hacia las grises postrimerías La tierra a la que vine no tiene primavera" En la más austral ciudad del mundo, en pleno territorio de Magallanes, cumple funciones de educadora y de chilenidad reorganizar un colegio dividido contra sí mismo y ayudar en la chilenización de un territorio donde el extranjero superabunda Dicta conferencias, crea bibliotecas, abre cursos nocturnos para obreras En estas soledades de la Patagonia, sólo un elemento trágico recuerda al habitante su tremenda ubicación austral el viento, capataz de las tempestades, recorre las extensiones abiertas como una divinidad nórdica, castigando los restos de los bosques australes, sacudiendo la ciudad de Magallanes, clavada a medio Estrecho, y aullando con una cabalgata que tarda en pasar días y semanas" Los versos "¡Padre nuestro que estás en los cielos, / por qué te has olvidado de mí', cierran su poema Nocturno" que publica, en Santiago (20 de julio), la revista *Zig-Zag*

1919 En Punta Arenas y Ultima Esperanza, viviendo la aurora austral y en un clima extraño y perverso, escribe sus *Paisajes de la Patagonia,* serie de poemas entre los cuales se incluyen Arbol muerto" y "Desolación" ("¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido / si más lejos que ella sólo fueron los muertos?") Muere, en Montevideo, el poeta mexicano Amado Nervo, uno de sus más preferidos autores En su homenaje ("a pesar de toda la ternura por el muerto, hubiera querido callar') escribe el poema ' In Memorian ' (De donde tú cantabas se me levantó el día / Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz') En grandes cuadernos escolares toma notas y observaciones sobre los ríos de Chile, los pájaros de Chile, las voces indígenas, el folklore, las hierbas medicinales, y

otros valiosos temas que van documentando sus clases, sus conferencias y sus escritos Escribe las primeras versiones de 'El pensador de Rodin , Balada , "Dios lo quiere , Credo , Coplas ', y otros poemas, sonetos y canciones de cuna que pasarán a formar parte (después) de su libro *Desolación*

1920 Abandona la ciudad de Punta Arenas Con la obediencia y el deseo de servir de una empleada pública, accedí a ir al Magallanes, dejando atrás familia y todo, a 'reorganizar' el Liceo de la ciudad Un pueblo entero desde el obrero de la Federación hasta los capitalistas, pueden decir en qué forma cumplí mi misión" Es designada (abril) Directora y profesora de Castellano del Liceo de Niñas de Temuco, provincia de Cautín Zona de frontera y colonización y con viva presencia de población mapuche (' región de la maravillosa rebeldía", dice Gabriela Mistral) Conoce a Pablo Neruda (Neftalí Reyes Basoalto), alumno en el Liceo local y corresponsal en Temuco de *Claridad,* revista de la Federación de Estudiantes de Chile Gabriela Mistral se suscribe a la revista Visitas periódicas del joven poeta, mostrándole sus primeros poemas La maestra lo estimula y le presta libros, de manera especial le da a conocer la obra de los novelistas rusos (Tolstoi, Gorki, Dostoievski, Andreieff) Recorre reducciones indígenas, en un acercamiento directo con la brava-gente-araucana ', visitando sus campos y caseríos Invitada por el poeta regional, Augusto Winter (1868-1927), el autor de *La fuga de los cisnes,* visita Puerto Saavedra y Lago Budi, después de navegar por el río Imperial En su casa de Temuco protege, en calidad de huésped, al joven escritor José Santos González Vera, estudiante perseguido, que busca refugio a raíz de graves acontecimientos político-militares en Santiago Con una intención casi religiosa escribe Poemas de la madre más triste ', textos en prosa motivados de una dolorosa experiencia 'Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su rancho Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura Pasó delante de ella un hombre, y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando *Zig Zag* (18 de diciembre) publica su recado Escultura chilena , dedicado a su primera secretaria, la artista chilena Laura Rodig

1921 Se funda en Santiago el Liceo N° 6 de Niñas, Gabriela Mistral es designada (mayo) su primera Directora Deja la ciudad de Temuco (' de triste recuerdo para mí") y se traslada a la Capital Santiago sólo le gusta por su Biblioteca Nacional ("la facilidad para leer libros que necesito) y los teatros ("la comunión más continua con otras formas de belleza la música, el drama") Para el nuevo Liceo compone un cartabón poético didáctico de dieciocho máximas, que van dirigidas fundamentalmente a las maestras Enseñar siempre, en el patio y en la calle como en la sala de clases, Toda leccion es susceptible de belleza' , Para corregir no hay que temer, el peor maestro es el maestro con miedo' , etc , etc El escritor costarricense, Joaquín Garcia Monge (1881 1958) la invita a colabo

rar en su prestigiosa revista *Repertorio Americano,* que se edita en San José En el volumen II (10 de junio) aparece su primera entrega "Poemas de la madre' (que en *Desolación* estarán dedicados a doña María Luisa Fernández, madre del poeta Vicente Huidobro), con una advertencia al editor "temo que espanten a las beatas, porque aunque son puros, son crudos" *Zig-Zag* (Santiago, 29 de octubre) publica sus textos en prosa "Lo feo", "A un sembrador", pertenecientes al ciclo Lecturas espirituales La Universidad de Chile hace gestiones para otorgarle, a través de su Instituto Pedagógico, el título de profesora de enseñanza secundaria (' Por mi falta de título soy una intrusa en el grupo de maestras, mis opiniones parecerían siempre a la mayoría las de un literato o las de un dilettante de la pedagogía) Vistiendo un sobrio traje de faldas talares y usando sombrero de ancha ala, llega a la ciudad de Concepción (noviembre), invitada por el rector de la reciente Universidad penquista, don Enrique Molina Garmendia

1922 Inicia una permanente colaboración —prosas, artículos, comentarios— para el diario *El Mercurio,* de Santiago 'La raza triste" (22 de enero), "Sobre canciones de cuna" (23 de abril), "Un libro del escritor chileno Eduardo Barrios *El hermano asno"* (26 de mayo), La tierra y los jardines (11 de junio) Por iniciativa del gobierno de México (presidencia de Alvaro Obregón), y a través de su ministro de Educación Pública, el filósofo, educador y político José Vasconcelos, es invitada oficialmente a permanecer en tierra mexicana, por todo el tiempo que sea necesario para que Ud sature este ambiente con los dones de su noble espíritu" Termina su tarea de educadora en Chile dejando la dirección del Liceo Nº 6 de Niñas "las tengo presentes en toda hora de emoción Hay entre ustedes almas que me dieron mucha ternura y cuya guía yo no abandono", dice Gabriela Mistral a sus alumnas al momento de la despedida, "no me olviden, siéntanme presente, y ayuden a su directora, y a sus profesoras a hacer la faena dura y difícil que yo tuve que abandonar, pero que sigo con un ansia que ustedes han de sentirme" Abandona Chile (23 de junio) embarcándose en el puerto de Valparaíso en el vapor *Orcoma* En su viaje recibe el homenaje de Cuba (12 de julio) al hacer una escala de 4 días en La Habana Se reúne con maestros cubanos y ofrece conferencias sobre Chile y su poesía Su llegada a México es su mejor bienventuranza es aclamada generosamente por todo un país La maestra Palma Guillén y el poeta Jaime Torres Bodet le dan la bienvenida Gabriela Mistral se incorpora de lleno a sus nuevas tareas colabora en los planes de enseñanza, en las misiones rurales e indígenas, en los programas de la reforma educacional ('¡Mi México! El único que está en el corazón, mis indios de palabra sobria y donosa, mis niños de largo ojo oscuro, que me corrigen la pronunciación de una palabra azteca, mis mujeres de piel dorada y habla dulcísima') Entrega a los estudiantes mexicanos un mensaje —del cual es portadora— enviado por el presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, el poeta Julio Barrenechea El gobierno de México inaugura, en la capital del país, la Escuela Hogar 'Gabriela Mistral' En una comida literaria del diario *El Universal,* de Ciudad de México, y ofrecida en su honor, lee sus *Poemas del cuerpo humano,* cinco textos en prosa escritos por estos días (septiembre)

El Instituto de las Españas de Nueva York, por iniciativa de uno de sus directores, Federico de Onís (profesor de Literatura Española en la Universidad de Columbia), publica *Desolación,* su primer libro de verso y prosa La obra, que Gabriela Mistral dedica Al señor don Pedro Aguirre Cerda y a la señora doña Juana A de Aguirre, a quienes debo la hora de paz que vivo", termina, a manera de colofón, con un oracional Voto 'Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme"

1923 Con prólogo del chileno Pedro Prado (1886-1952), Editorial Nascimento publica en Santiago de Chile (mayo) la segunda edición de *Desolación* Se incorporan algunos nuevos poemas — Mis libros", Elogio de la canción", 'El Ixtlazihuatl', "Himno a la Escuela Gabriela Mistral"— escritos en su permanencia en México Realiza una activa labor docente en diferentes lugares mexicanos con los pescadores del lago de Chapala, con los obreros de cerámica en las fábricas de Puebla y, sobre todo, con los campesinos y los niños de las escuelas granjas "Vuelvo a ser la maestra rural que fui y que nunca se me ha borrado del corazón" Se inaugura su estatua en la Escuela que lleva su nombre La Secretaría de Educación Pública de México le encarga la preparación de un Libro de Lecturas Escolares, destinado a la enseñanza del lenguaje El 31 de julio Gabriela Mistral termina de escribir —"palabras de la extranjera"— la introducción de *Lecturas para mujeres,* que se edita en Ciudad de México (y luego en Madrid) en un tiraje de veinte mil ejemplares La obra antológica, que reúne una extensa selección de los más destacados autores universales, pretende dar a conocer 'las páginas hermosas de nuestra literatura" Gabriela Mistral (o La Recopiladora, como se firma) incluye en sus páginas el poema "Maestranzas de noche", de Pablo Neruda (1904-1973) El primer texto del poeta chileno que se publica en el extranjero Prepara una biografía de San Francisco de Asís (santo del cual es muy devota), escribiendo una serie de textos en prosa con el nombre de *Motivos de San Francisco* Primera correspondencia con el escritor mexicano Alfonso Reyes (1889-1959), de quien había seleccionado, en *Lecturas para mujeres,* algunos trozos de su obra *El paisaje de Anáhuac*

En Chile, el Consejo de Instrucción Primaria, a propuesta del rector de la Universidad de Chile, Gregorio Amunátegui, le otorga el título de Profesora de Castellano

Escribe una treintena de artículos y recados sobre los más variados temas mexicanos —gente, paisaje, geografía, botánica, arte, educación— que publica en *El Mercurio* (Santiago) 'El maguey" (21 de enero), "El presidente Obregón" (15 de abril), "La palmera real" (15 de julio), "Silueta de la india mexicana" (5 de agosto), 'Las grutas de Cacahuamilpa" (12 de agosto), "Silueta de sor Juana Inés de la Cruz" (16 de septiembre), Las jícaras de Uruapan" (30 de septiembre), "La educación en México" (30 de diciembre)

1924 Se despide de México (abril) 'Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por un tiempo a un gobierno extranjero Será en mí siempre un

sereno orgullo haber recibido de la mano del Licenciado, señor Vasconcelos, el don de una Escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único período de descanso que ha tenido mi vida" A bordo del *Patric* llega a los Estados Unidos, en su primera visita a la América del Norte En Washington es homenajeada (13 de mayo) en la Unión Panamericana Su discurso, *Unión cristiana de las Américas,* es reproducido en las diversas publicaciones en las cuales colabora *(El Mercurio, Repertorio Americano, Nueva Democracia)* El Embajador de Chile, Beltrán Mathieu, le ofrece una recepción oficial en los salones de la Unión Panamericana En la Universidad de Columbia (Nueva York) ofrece una conferencia sobre la Reforma Educacional en México En Madrid, la Editorial Saturnino Calleja publica *Ternura* (libro escolar, nada tiene de extraordinario, pero es útil y sano), rondas y canciones que originalmente formaban parte de *Desolación,* agregándose ahora Canción del maizal', Canción de las mazorcas , Romance del establo de Belén , Romance de Nochebuena', Caricias', Dulzura", "Hombrecito" Recibe de la editorial 16 mil pesos por derechos de autor Realiza su primer viaje a Europa, costeado por México ('gracias a mi amistad con Obregón y al apoyo de Vasconcelos No lo debo a sacrificios del presupuesto de Chile) Visita Italia, Francia, Suiza, España Navega por el mar Mediterráneo Motivada por la vida y la obra de Teresa de Jesús recorre Castilla (Castilla no es una tierra, es una norma no se le olfatea, se la piensa, nacen conceptos de ella, en vez de olores') En Florencia siente que ha cumplido con un mandato superior leer el terceto del Dante sobre el agua del Arno, pesada como médula En la Perugia italiana conoce a Giovanni Papini (' he tenido el privilegio de oír a un hombre moderno que tiene vida profunda, un milagro en esta hora de triste banalidad de Europa ')

1925 En el vapor *Oropeza,* y navegando por el Atlántico, regresa a Chile Homenajes, a su paso, en Brasil, Uruguay y Argentina ('no me creo ni siquiera una mujer de talento, sino un ser imaginativo y emocional, que ha hecho, sin inteligencia, poesía, con imágenes y dolores) Es festejada en su país natal, permaneciendo una breve temporada en Santiago Se radica algunos meses en la ciudad de La Serena Aquí cuida de su madre y cultiva un huerto casero (trabajo en un huerto menudo, chiquito, haciendo hortaliza y jardín') Piensa formar una pequeña *escuela granja (según mi conciencia religiosa, agrícola y de programa simple')* para niños pobres La Municipalidad de Vicuña la declara Hija ilustre y predilecta de la ciudad' (Vicuña es mi único hogar estable junto con el valle de Elqui, en el cual me crié y donde viví mi primera docena de años) Por su larga trayectoria como maestra, desempeñando diversos cargos en la enseñanza, y por su producción literaria de excepcional importancia para la cultura chilena, el gobierno de Chile —por gestiones del ministro de Educación, José Maza—, con aprobación del Parlamento, le concede una pensión de jubilación (Comencé a servir a mi patria a los catorce años Cuando mi cabeza ya esté inútil, abandonaré mi cargo ') Desde La Serena escribe para *El Mercurio* (5 de julio) su artículo Organización de las mujeres , en el cual desarrolla un largo y detallado análisis

del asunto mujeril, reparando en una falta de organización femenina, en una necesidad de conocerse y hacer causa común en sus problemas y realidades y, sobre todo, un plantear la debilidad del feminismo chileno Continúa trabajando sobre los *Motivos de San Francisco,* que espera terminar este año, "a fin de darlo en el centenario nuevo del Santo" Escribe "Alabanzas a la Virgen", una estampa religiosa que publica en *El Mercurio* (23 de agosto) Su permanencia en su provincia de Coquimbo no la hace estar ajena a los problemas recientes que la afectan prolongada sequía que mata animales, daña tierras, produce hambrunas diarias Escribe 'Una provincia en desgracia' *(El Mercurio,* 13 de septiembre) "La sequía ha encontrado a los campesinos sin cooperativas y sin ahorros, que no se ahorra con un salario inicuo'

1926 El gobierno de Chile, a través de su Ministerio de Relaciones Exteriores, la designa Consejera en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (organismo de la Sociedad de las Naciones), con sede en París Viaja en tren (febrero) hasta Buenos Aires ("¡Esta es, por fin, la Argentina! Después del valle de Uspallata, solemne y fantástico, de montañas aleonadas que me prolongan durante mucho tiempo la visión de Chile, viene la pampa'), embarcándose luego a Europa Asume sus funciones en la capital francesa "Es una labor técnica, un poco estadística, con utilidad a la larga, algo burocrática, pero seria y humana' Para superar sus dificultades económicas escribe artículos para distintos periódicos de América Latina, toda vez "que los sueldos que paga la Sociedad de las Naciones son decorosos sólo en Ginebra, por vanidad francesa este Instituto quedó costeado por el gobierno francés y el resultado ha sido unos sueldos calamitosos" Recorre Francia, la región de Los Pirineos Va a Lourdes ("me detengo en cada uno de los almacenes buscando alguna estampa o algún bajo relieve que sean dignos del fervor del lugar, que yo pueda llevarme como testimonio de la hora que aquí he conocido') Visita Bélgica y Suiza, escribiendo luego *(El Mercurio,* 16 de mayo) su "Elogio de los países pequeños' La Editorial Nascimento publica en Chile la tercera edición de *Desolación,* con prólogo del crítico literario Hernán Díaz Arrieta (Alone)

1927 Vive en una pequeña casa de campo en Fontainebleau (Francia) Ocupa el cargo de Delegado de Chile en el Instituto de Cooperación Intelectual, en reemplazo del escritor chileno Joaquín Edwards Bello (1887-1968) 'Cada país europeo o americano, ha designado un representante con el nombre de Delegado No son funcionarios, pero tienen cierta fuerza moral en el Instituto El trabajo de información, en lo referente a nuestros países americanos, lo hago yo casi enteramente El nuevo nombramiento no me recarga, por lo tanto, de labor, sólo me allega más derecho para tratar las cuestiones de Chile" En colaboracion con otros miembros del Instituto —Alfonso Reyes, Gonzalo Zaldumbide, Alcides Arguedas, Jaime Torres Bodet, Víctor Andrés Belaúnde— funda la colección de Clásicos Iberoamericanos, creada para familiarizar al público de habla francesa con los principales escritores latinoamericanos me-

diante traducciones de sus obras más representativas Gabriela Mistral propone traducir obras del cubano José Martí, del puertorriqueño Eugenio María de Hostos y del nicaraguense Rubén Darío Conoce a destacados intelectuales del mundo Henri Bergson, Paul Rivet, Miguel de Unamuno (que vive sus años de exilio en París) En Ginebra participa en el Congreso de Protección a la Infancia, y en Locarno (Suiza) asiste, en representación de la Unión de Profesores de Chile, al Congreso de la Educación Para el *Repertorio Americano* (7 de mayo) escribe Palabras de despedida a Alfonso Reyes Y para la misma revista costarricense (5 de noviembre), su emotivo artículo Cinco años del destierro de Unamuno

1928 Desde París envía a la Primera Conferencia Internacional de Maestros, celebrada en Buenos Aires (enero), su ponencia *Los Derechos del Niño,* texto que resume en siete acápites —desde la salud y educación hasta el vigor y la alegria— las disposiciones fundamentales en beneficio de la infancia Se traslada a vivir a Provenza, entre Orange y Avignon (Francia) Viaja permanentemente a París, Ginebra, Roma para asistir a reuniones de trabajo Los graves sucesos de Nicaragua (intervención armada norteamericana en el país centroamericano) la conmueven profundamente Solidariza con la causa sandinista escribiendo artículos de apoyo a César Augusto Sandino Fecha sus mensajes en París (4 de marzo) o en el Puerto de Bastia, isla de Córcega (25 de marzo) Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos" En representación de Chile y de Ecuador asiste al Congreso de Mujeres Universitarias, que se celebra en Madrid (agosto) Se alberga en la Residencia para señoritas (La patria no me preguntaron, La cara no me la sabían / Me señalaron con la mano / lecho tendido, mesa tendida) Propone al Instituto de Cooperación Intelectual la incorporacion del escritor y académico Eugenio D Ors, como representante de España La Sociedad de las Naciones la designa (septiembre) para un cargo en el Consejo Administrativo del Instituto de Cinematografía Educativa, con sede en Roma Instituto creado para educar al pueblo por la bienaventurada pedagogía objetiva, vivificándole en la pantalla su historia y revelándole su territorio, entregar al extranjero, paralelamente, la fisonomía geográfica y moral de la Italia de todos los tiempos ' En Italia recorre, una vez más, Roma, Nápoles, Florencia ("ando de nuevo por las calles de la ciudad querida, de la ciudad que es perfecta, porque no ha aceptado tener el perímetro insensato de las llamadas grandes, de las viciosamente grandes, porque quien la ama la camina a pie y con deleite en el paso")

1929 Entre Paris, Ginebra y Roma celebra sus cuarenta años de edad (7 de abril) Mes de mi santo este abril, y mes de mi santo sin paisaje mío, que me salte al ojo cuarentañero sin acento, sin dejo mio en torno con la lengua extraña rebotándome en la pobre oreja, y con una luz ajena también en la piel mía, que conoce los países por el ímpetu o el desabrimiento del sol" Escribe sobre Teresa

de la Parra *(El Mercurio,* 23 de junio), la escritora venezolana autora de *Ifigenia* y *Las memorias de Mamá Blanca* (Yo no sé si en Venezuela se darán cuenta del tamaño de la narradora que les ha nacido') En la ciudad de La Serena, Chile, y a los 84 años de edad, muere su madre (7 de julio), doña Petronila Alcayaga Rojas Su madre era su razón de vivir y una presencia que la sostenía Escribe a su amigo, el diplomático chileno Alfonso Bulnes Calvo (1885-1970) "Ella era una especie de subsuelo mío, de donde me venía fuerza y no sé qué nobleza, esa nobleza de tener madre, que en las gentes se conoce en cosas imperceptibles, pero ciertas Me siento como las plantas de agua cuando se les corta el pobre péndulo y van y vienen Y me siento desposeída de esta dignidad que da un arrimo de este tamaño, especie de vagabunda que no tiene más que el aire y la luz en este pobre mundo El mismo día que muere su madre aparece, en *El Mercurio* (7 de julio) su "Respuesta a una encuesta sobre el modernismo' 'Todos los grupos se sienten y se proclaman, uno a uno, el más importante, creacionismo, imaginismo, estridentismo, y etc ( ) el Diluvio Yo no me siento capaz de orientarme en esta batahola magnífica La traductora norteamericana Alice Stone Blackwell la incluye en su *Antología de poetas hispanoamericanos* (Editorial Appleton, Nueva York) Después de recorrer la Provenza —el tiempo de Mistral, la costumbre de Mistral, la ideología de Mistral— escribe su evocativo recado "La leyenda prodigiosa de Federico Mistral" (14 de septiembre, en *Repertorio Americano)* El general Carlos Ibáñez, que gobierna militarmente a Chile, le suspende por seis meses su pensión como maestra (' Si la misericordia de Dios botara a Ibáñez de la presidencia, yo pediría un consulado en El Cairo o en Atenas, o en cualquier puerto caliente Pero Dios se olvida de nuestras patrias infelices") Escribe gacetillas para periódicos Una barbaridad de artículos 'que me mantienen"

1930 En los países europeos, que a menudo visita, dicta conferencias sobre Chile *(El país mídito,* como lo llama) Y escribe numerosos artículos para *El A B C,* de Madrid, *La Nación* de Buenos Aires, *El Universal,* de Caracas, *El Mercurio,* de Santiago, *Repertorio Americano,* de San José Su creación poética queda, en muchos casos, postergada "Hago ahora periodismo intenso Seis artículos al mes El trabajo para los periódicos me ocupa prácticamente todo el tiempo He escrito algunos versos en Italia y en Francia También quisiera, con tranquilidad, ordenar un libro de poemas inéditos' De esta tarea para periódicos y revistas nacen sus singulares *Recados,* escritura de intenso lenguaje conversacional, ' que lleva el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural con el que he vivido y con el que me voy a morir

Invitada por la Universidad de Columbia (Nueva York) visita por segunda vez los Estados Unidos Encuentro con Federico de Onís, que mucho tuvo que ver con la publicación de *Desolación,* su primer libro Enseña un semestre (temporada de invierno) en Barnard College Dicta cursos sobre literatura latinoamericana y la historia de la civilización de las Américas españolas De este último tema no hay nada escrito, y es menester que yo estudie las fuentes originales Todo esto re

quiere tiempo, tranquilidad y aislamiento Y no tengo ninguna de las tres cosas Sin embargo, estoy contenta También dicta charlas en el Middlebury College (Vermont) No resiste la tentación de visitar, recorrer y subir a la Estatua de la Libertad que sigue siendo una de las facciones fundamentales de la terrible Nueva York y uno de sus imperativos inevitables sobre el ojo del viajero

1931 El Director General de la Unión Panamericana, Leo S Rowe, la invita a escribir un mensaje para la juventud escolar de las veintiuna repúblicas americanas, en el Día Panamericano o Día de las Américas (14 de abril) Gabriela Mistral, que permanece aún dictando cursos en Nueva York y Washington, responde escribiendo su significativo Voto *Nosotros, americanos del Norte y del Sur,* e insta a la juventud a repugnar la violencia en el trato de estas veintiun naciones y rechazar la injusticia como una disminución de su honra gloriosa"
Invitada por la Universidad de Puerto Rico (mayo) habla en el acto de graduación correspondiente al curso de 1931 En su conferencia —*El sentido de la profesión*— se refiere a palpitantes y permanentes problemas universitarios, señala que todo el desorden del mundo viene de los oficios y de las profesiones mal o mediocremente servidos Además de sus conferencias universitarias y pedagógicas, conversa con las mujeres portorriqueñas (ustedes sienten como yo la angustia de conflictos que planean sobre su pueblo) sobre asuntos mujeriles y sociales Se interesa por la publicación de las obras de Eugenio María de Hostos (que fue educador también en Chile), el patriota 'que enseñará a la América a pensar" y por cuya vida y obra tiene gran admiración Escribe un maravillador "Elogio de la isla de Puerto Rico", gozosa de recorrer el paisaje de la pequeña isla, "con las gentes que en ella quiero y me quieren"
Volando en pequeños aeroplanos (' vencido al fin este miedo romántico rural de una *María* de Isaac ya vieja y de un *Martín Fierro* de Elqui, todo junto") viaja por las Antillas, el Caribe y los países centroamericanos Visita Santo Domingo, la primera colonia española de América La prensa dominicana (junio) la recibe con laudatorios artículos Luego es recibida en Cuba En La Habana, presentada por el pedagogo Jorge Mañach, dicta un ciclo de conferencias (julio), una de las cuales está dedicada al poeta y patriota cubano José Martí Recepciones y conferencias en Panamá (agosto) Se le otorga la Orquídea de Oro y la Flor del Espíritu Santo, las más altas insignias que la Escuela Normal de Institutoras de Panamá concede a sus visitas ilustres El gobierno de El Salvador la recibe oficialmente como huésped de honor (septiembre) En la Universidad Nacional Salvadoreña, la gallarda sembradora de ideas , dicta una conferencia sobre *El origen indoamericano y sus derivados étnicos y sociales* Breve permanencia en Costa Rica (29 de septiembre) Encuentro en la localidad de Puntarenas con el escritor Joaquín García Monge, director de *Repertorio Americano* La Universidad de Guatemala (octubre), en claustro reunido en solemne ceremonia, le confiere el Doctorado Honoris Causa Gabriela Mistral dicta su conferencia *La unidad de la cultura* No puede visitar Nicaragua, país ocupado por la intervención norteamericana, pero envía un mensaje a los estudiantes nicaraguenses

Que sepan padecer en el alma y en el cuerpo mientras pasa esta hora larga de la intervención Que los que puedan llegar, lleguen hasta los Cerros Santos de Sandino a pelear la buena pelea indiscutible que el mundo sigue, y los que no puedan se hagan en donde estén la voz de Sandino que falta, la lengua y la escritura de Sandino con hechos, pero sin elocuencia para convencer

1932 Con la firma del Presidente de la República de Chile, don Juan Esteban Montero, se le nombra cónsul particular de elección de Chile', designándosele prestar sus servicios en Nápoles (Italia) Es el lugar que ella desea, toda vez que el clima italiano se aviene con su temperamento y sus gustos Es la primera mujer chilena designada para un cargo consular Sin embargo, no puede asumir sus funciones (abril) por causa del régimen fascista que impera en Italia El puesto se suprime por razones de economía (Me vine a Nápoles, nombrada cónsul de Chile El bello régimen medieval no acepta a las mujeres en estos cargos y negó el exequátur, por eso u otra razón) Escribe sus artículos "Música araucana *(La Nación* de Buenos Aires, 17 de abril), ' El trópico y José Martí *(El Mercurio,* 24 de julio), El tipo de indio americano" *(Repertorio Americano,* 8 de octubre) Descansa en Cavi di Lavagna (Prov de Génova) y prepara su próximo viaje (noviembre) a Puerto Rico

1933 Estancia en Barcelona (enero) Se embarca de nuevo para Puerto Rico, invitada por su Universidad, en Rio Piedras Desempeña una catedra como profesora visitante Dicta un ciclo de conferencias sobre hispanismo, autodidactismo e historia indoamericana Estimula la creación de un comité que reúna fondos para la publicación de las obras de Eugenio María de Hostos Acompañada del rector de la Universidad, Carlos Chardón, excursiona por la isla de Puerto Rico "El botánico iba diciéndome su tierra y señalándome los cultivos con amor de patriarca que recuenta su prole La Cámara de Representantes de Puerto Rico, con la concurrencia del Senado, la declara (marzo) hija adoptiva de la isla, como testimonio del respeto, admiración y cariño de este pueblo a tan ilustre representante de la raza

Acepta el ofrecimiento del gobierno de Chile para ocupar el cargo de Cónsul en Madrid Reemplaza al poeta Víctor Domingo Silva Gabriela Mistral, embajadora espiritual de la America española', anuncia la prensa madrileña Al asumir sus funciones (junio) en la capital de España, señala Nunca América ha seguido con mayor interés los acontecimientos de España y, por mi parte, creo que este país está tomando cada dia mayor importancia para el movimiento intelectual de la America Latina

Escribe el prólogo al libro *Caravana parda* (Santiago, Imp Letras), de la poetisa elquina María Isabel Peralta Crítica de sus versos yo no voy a ensayar La he encontrado en su arruga brava de la cordillera y me ha interesado como formación de un alto espiritu en la soledad La quiero por eso y también un poco porque amo cada piedra del valle de Elqui, cada granada y cada vaina de algarrobo

1934 El asesinato de Sandino en Nicaragua (febrero) la hace decir, en carta a su amigo *Alfonso Reyes* "He llorado la muerte de Sandino, más que todo por ser un crimen nuestro, una suciedad más Paciencia" Con el título de *Nubes Blancas* (ed Bauzá, Barcelona) circula en España un libro antológico de sus poemas Según Julio Saavedra Molina, se trata de una reproducción clandestina de las secciones en verso de la 2a ed de *Desolación* y de los poemas nuevos de *Ternura*" Del ajetreo del consulado de Madrid —consulado honorario, sin sueldo alguno— sale para Barcelona (yo ando por las ramblas con la nostalgia de las ciudades viejas), para Mallorca (yo me siento mujer mallorquina, desde las faldas de las mujeres, hasta la torcedura del olivo, nada me rechaza, se me crea un acuerdo con las cosas, que casi es la dicha"), para Malaga (hablando en una conferencia sobre Chile Han dado a Chile los comentaristas la forma de un sable, por remarcar el carácter militar de su raza Mejor sería darle forma de un remo Buenos navegantes somos en país dotado de inmensa costa) La Secretaría de Educacion Publica de Cuba, publica en La Habana, su conferencia *La lengua de Martí* El 28 de noviembre aparece en *El Sol,* de Madrid, su colaboración Orfebres de Toledo

1935 El Senado de la Republica de Chile (17 de septiembre) despacha la ley especial, solicitada por el presidente Arturo Alessandri y su ministro de Hacienda, Gustavo Ross, que crea el cargo consular inamovible y vitalicio para Gabriela Mistral El mes anterior un grupo de intelectuales europeos (Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Romain Rolland, George Duhamel, Maurice Maeterlink) sugería tal iniciativa al presidente de Chile También un grupo de señoras santiaguinas hace otro tanto pidiendo públicamente la urgencia en el despacho de esa ley "Gabriela Mistral, gran poeta, es, por lo tanto, uno de los medios por el que nuestro Chile afirma su supervivencia Pero antes de aspirar a sobrevivirnos en ella, consintámosle, a ella, por un principio elemental de lógica, primordialmente, vivir *(El Mercurio,* 18 de agosto) Acusada, por un grupo de inmigrantes españoles residentes en Santiago, de abrigar sentimientos antiespañoles, deja su cargo de Cónsul en Madrid Queda establecido para un criterio lúcido, el que yo, periodista, he escrito con destino a la publicidad, incontables articulos sobre lo mejor de España que pasó por mis sentidos, y que yo, individuo que tiene amigos, vacié en unas hojas de cartas, dos materias de juicio mi horror del abandono en que vive el pueblo español y mi asombro respecto de porciones de la idiosincracia del mismo que yo no me conocía (Respuesta a un manifiesto de españoles", *El Mercurio,* 8 de noviembre) Asume funciones consulares —de Cónsul honorario a Cónsul de segunda clase— en Lisboa A los cuarenta y seis años de edad, es decir, después de una vida entera dada, de cerca o de lejos, a la cultura del pais, tengo un cargo de Consul de segunda clase Escribe Recado sobre Balmaceda *(El Mercurio,* 21 de septiembre) y Recado sobre Anthero de Quental, el portugués *(El Mercurio,* 24 de noviembre)

1936 Además de sus tareas consulares, encuentra en Lisboa tranquilidad y cura para su cuerpo y alma (En ocho meses de Portugal me he salvado la salud y me he

ganado un ánimo alegre y ligero, medio infantil, que es el mío de los buenos tiempos") En el dulce suelo y el dulce aire portugueses, prepara un libro de versos, *¿Tala?* Se familiariza con la lengua portuguesa Con el nombre de *Saudade* ("lo cual significa vivir en extrañeza del mundo') termina de escribir un ciclo de poemas *Repertorio Americano* (23 de abril) publica su ' Recado sobre Neruda , en el cual comenta elogiosamente *Residencia en la tierra* (Madrid, ed Cruz y Raya) ' Neruda significa un hombre nuevo en la América, una sensibilidad con la cual abre otro capitulo emocional americano En España ha estallado la guerra civil, tragedia que Gabriela Mistral siente como propia En Lisboa yo no duermo muchas veces pensando en el dolor del pueblo Presiento hasta el ruido de los bombardeos Imagino el espanto de las poblaciones indefensas, y sufro' Viaja a París Asiste (noviembre) a las reuniones del Comité de Publicaciones de la Colección Clásicos Iberoamericanos (Instituto Internacional de Cooperación Intelectual) Se interesa por la preparación de un volumen dedicado al folklore chileno cuentos, historias, leyendas, mitos, fábulas y poesía araucana con sus conjuros e invocaciones Trabaja en estrecho contacto con el profesor Paul Rivet, su amigo

1937 Permanece en Lisboa (haciendo una suplencia larga del Ministro de Chile), aun cuando su destinación es Oporto Escribe su poema Dos ángeles", un alucinado texto que formará parte de su libro próximo *(Tala)* Durante junio-julio va a París Asiste a Congresos de profesores, reuniones del PEN Club y del Comité de Artes y Letras, este último presidido por el poeta Paul Valéry Ayuda, a través del Comité de Cooperación Intelectual, a profesores españoles sin empleo, que han dejado su país camino al exilio Encuentro en Copenhague con Palma Guillén, su amiga mexicana que cumple funciones diplomáticas en Dinamarca ("desde que la conocí yo ensalcé en ella a la primera profesora de nuestros pueblos entre las que conozco') Para participar en unas jornadas de conferencias, viaja al Brasil (agosto) 'El Brasil toma y retiene con su esplendor físico, con su suave temperamento racial y con su originalidad de patria americana con facciones propias" Es declarada miembro honorario de la Sociedad Panamericana de Brasil (São Paulo) Charlas y lectura de sus poemas en instituciones culturales y escuelas de Río de Janeiro Conoce a Cecília Meireles, Tasso de Silveiro, Anna Amelia Mendonça y otros escritores, maestros y músicos brasileños Se interesa por la música (dulce ha sido oír todo esto') y las danzas indígenas del Brasil Los niños le regalan un álbum de leyendas ' de nuestros árboles copiadas por nuestras manos Ella misma planta un árbol —un cítrico— en el patio de una escuela de Río de Janeiro

1938 Viaje a Uruguay y Argentina En Montevideo participa (enero) en los Cursos Sudamericanos de Vacaciones, organizados por la Universidad Habla (junto a la argentina Alfonsina Storni y la uruguaya Juana de Ibarbourou, las poetisas de América) de su manera de escribir Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera En algunas

ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me funden en una especie de canción de cuna" Además, cierra el ciclo con su conferencia *Literatura, geografía y folklore chilenos* Invitada por la escritora argentina Victoria Ocampo permanece una temporada en Mar del Plata ("Yo no sé si es mejor fruta que pan / y es el vino mejor que la leche en tu mesa') Editorial Sur (Buenos Aires) publica *Tala,* su tercer libro, con poemas escritos en sus viajes por América y en su estancia en Europa Gabriela Mistral dedica su libro, ordenado principalmente en Portugal, A Palma Guillén, y en ella, a la piedad de la mujer mexicana Y lo publica por no tener otra cosa que dar a los niños españoles dispersados a los cuatro vientos del mundo

Como la mujer más aclamada del continente regresa (mayo) a Chile, su patria, después de trece años de ausencia Homenajes públicos en Osorno (por cuya región cordillerana y fronteriza ingresa al país), Valdivia, Chillán y Santiago Conmovida del paisaje geográfico sureño escribe sus soberbios poemas 'Volcán Osorno" y Lago Llanquihue En Santiago ofrece un recital popular en el Teatro Caupolicán, y una conferencia —*El escritor y la política*— en la Sociedad de Escritores de Chile Propone la necesidad de crear un Premio Nacional de Literatura Visita también el valle de Elqui (Vicuña y Montegrande) En mi Vicuña iba yo por las noches, con una velita de cebo, atravesando mis calles de la infancia Cuando se encuentra en Chile, su amigo y protector Pedro Aguirre Cerda es proclamado candidato del Frente Popular a la presidencia de la República Como huésped del gobierno del Perú visita (julio) Lima Es recibida como 'la eminente maestra y excelsa lírica" Encuentro con maestros e intelectuales peruanos Habla a los estudiantes limeños sobre *O'Higgins, símbolo de la gesta de la emancipación y de la amistad del Perú y Chile* Permanece algunas semanas en Ecuador (el país de Gonzalo Zaldumbide, su amigo y colega en el Instituto de Cooperación Intelectual) El Círculo de Estudios de la ilustre Universidad de Guayaquil la designa Socio Correspondiente Dicta (agosto) una conferencia sobre *Juan Montalvo y el clasicismo*

Nuevo viaje a Cuba Bienvenida del alcalde de la ciudad de La Habana y de la escritora Dulce María Borrero En la Institución Hispanocubana de Cultura ofrece una conferencia (octubre) sobre los *Versos sencillos,* de José Martí Y en la Asociación de Escritores y Artistas, habla en el acto de celebración de *El día de la cultura americana* Cuba es el último jalón de mi América que yo subo esta vez, camino del norte

En París, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (colección Iberoamericana) publica el volumen *Folklore chilen,* con estudio-prólogo de Gabriela Mistral Tema motivado por los ensayos de Tomás Guevara, Ricardo E Latcham, Julio Vicuña Cifuentes, Ramón Laval y otros estudiosos y recopiladores de la literatura folklórica de Chile

1939 Visita por tercera vez (enero febrero) los Estados Unidos Se radica en St Augustine, Florida, pero viaja a Nueva Orleans, Nueva York y Washington En el

Palacio de la Unión Panamericana (Washington) dicta su conferencia *Geografía humana de Chile,* y lee por primera vez, como textos inéditos, sus poemas "Salto del Laja' y "Volcán Osorno' Escribe para los amigos de la América su recado ' La tragedia andina' *(El Mercurio,* 12 de febrero), que se refiere al terremoto que destruyó (24 de enero) la ciudad de Chillán (Chile) La Secretaría de Educación de Cuba edita, en La Habana, *Versos sencillos,* de José Martí, con prólogo de Gabriela Mistral, recogiendo la conferencia que sobre el poeta y patriota cubano había dictado el año anterior El presidente de Chile, Pedro Aguirre Cerda, la designa 'Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario" ante los gobiernos de la América Central, con residencia en San José (Costa Rica) Gabriela Mistral agradece dicho nombramiento pero, por razones de salud, no acepta el cargo Permanece como Cónsul de Chile en Niza (Italia)
En Chile y otros países latinoamericanos se inicia una campaña, de personalidades e instituciones, en favor del Premio Nobel de Literatura para Gabriela Mistral "No he creído, ni antes ni ahora, en la eficacia de esa candidatura mía al P N , salida de Ecuador (por la escritora Adelaida Velasco Galdós), acogida por el presidente Aguirre Cerda y luego sonada —¡Dios mío, en exceso!— por gentes y otros países nuestros

1940 En París una selección de su poesía se traduce al francés para un volumen destinado al público europeo La obra, con prólogo de Paul Valéry, queda interrumpida por el inicio de la segunda guerra mundial La guerra influye, también, para pedir su traslado consular (' Qué mundo el que nos ha tocado ver antes de irnos y el que tal vez nos toque dejar a los que queden') Es destinada a Brasil para hacerse cargo del Consulado de Niteroi Viaja acompañada de su amiga, la puertorriqueña Consuelo Saleva y de su sobrino Juan Miguel Godoy Mendoza (Yin Yin), hijo de su hermanastro, y que recibió en 1928, cuando el niño tenía cuatro años En Río de Janeiro dicta (octubre) una conferencia sobre la música chilena de carácter folklórico ('también aquello era mío por ser chileno y de la chilenidad rural, que tal vez sea la única que llevo") En Río de Janeiro escribe su texto en prosa "La madre obra maestra ' Con motivo de la muerte, en Chile, del periodista Carlos Silva Vildósola ('que con su llaneza de maestro criollo, me llevó a escribir prosa y me hizo un sitio a su lado '), escribe, en agradecido recado 'Un maestro del periodismo chileno' *(La Nación,* Buenos Aires, 3 de noviembre)

1941 Buscando un mejor clima para su salud se traslada a la ciudad de Petrópolis, distante 75 kilómetros de Río de Janeiro 'Petrópolis tiene su derramamiento de colinas, danza desordenada, y tiene sus jardines, tantos que no hay quién los cuente, grandes percales coloreados, cada uno lindo a su manera, muchos ejemplares, varios indecibles De mes en mes escribe un recado sobre gente de la literatura brasileña la novelista Carolina Nabuco *(El Mercurio,* 20 de julio), el poeta Jorge de Lima *(El Mercurio,* 9 de agosto), el cronista y hombre del periodismo Assis de Chateaubriand *(El Mercurio,* 9 de septiembre) Recibe la visita del escritor chileno Benja-

mín Subercaseaux (1902-1973), autor de *Chile o una loca geografía,* y para quien escribe su notable ensayo Contadores de patrias' 'Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio universal de poetas y se den con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene juntamente los pies trajinadores y la densa pasión" La Editorial Zig-Zag (Santiago de Chile) publica una *Antología de Gabriela Mistral,* con selección de la propia autora y prólogo de Ismael Edwards Matte

1942 Deprimido por las últimas noticias de la guerra que estremece al mundo, se suicida en las proximidades de Petrópolis, donde vivía su exilio brasileño, el escritor austríaco-judío Stefan Zweig La trágica muerte de tan cercano y entrañable amigo produce en Gabriela Mistral un hondo sentimiento de tristeza y dolor Escribe un directo testimonio "La muerte de Stefan Zweig" *(El Mercurio,* 9 de marzo) "Cuando hablábamos de la guerra, yo seguía en su cara, punto a punto, su corazón en carne viva e iba midiendo lo que yo podía decir, lo cual no me ha ocurrido con ningún hombre de letras Y no era que perdiese en momento alguno su control riguroso era que los hechos brutales, o simplemente penosos, no parecían ser oídos, sino tocados por él en el mismo instante en que los escuchaba y le caía al rostro una tristeza sin límites que lo envejecía de golpe" Días antes de la muerte de Stefan Zweig (febrero) escribe 'La Trocada', un poema que tendrá el calco de las Locas mujeres' de *Lagar* "Pero mi voz la tengo nueva / como alondra recién cazada, / y está mi voz amanecida / horas y días calla y calla, / de no saber si es el amor / o de qué nombre se le llama"

1943 Visita (marzo) Belo Horizonte, capital de Minas Gerais ("la ciudad bien nombrada que tiene el horizonte espacioso, para holgura de las vistas y del alma") Pasa días felicísimos en la minera ciudad con niños, muchachos, maestros y colegas en sus oficios de poeta y de educadora, y que ' me dieron la honra de su confianza y el regalo de su cariño" *El Mercurio* (25 de abril) publica su "Recado para Julio Barrenechea ' Recibe uno de los golpes más trágicos y dolorosos en su vida se suicida (agosto) su sobrino Juan Miguel Godoy Mendoza, a quien llamaba cariñosamente desde los cinco años Yin Yin ("Que el niño mío / así se me queda / No mamó mi leche / para que creciera) Juan Miguel, que la acompañaba en Petrópolis, muere de una dosis de arsénico, cuando recién pasaba de los 17 años Nunca la poesía fue para mí algo tan fuerte como para que me reemplace a este niño precioso con su conversación de niño, de mozo y de viejo" Vive ahora como una sonámbula Para mitigar sus tristezas escribe, casi día por día, sus Oraciones a Dios Padre por Yin, Al Espíritu Santo por Yin, A Cristo Jesús por Yin, A la Virgen por Yin, A los Santos por Yin "San Francisco de Asís, con esa delicadeza que adormecías palomas sobre tu pecho de palomo, toma un rato a mi Juan Miguel, y dale la compañía bienaventurada de tu pecho" *La Nación* (Buenos Aires, 5 de septiembre) publica ' Recado sobre el copihue chileno", una botánica, ecológica y étnica estampa escrita en Petrópolis

1944 Su actividad literario-periodística la mantiene comunicada con el mundo Temas brasileños, chilenos, mexicanos van y vienen por sus artículos y colaboraciones a

la prensa Desde Petrópolis escribe Recado sobre una maestra argentina *(La Nación,* Buenos Aires, 23 de abril), Chile y la piedra *(El Mercurio,* 24 de abril), 'Sobre el maestro Juan Francisco González' *(La Nación,* Buenos Aires, 25 de junio), Recado sobre Michoacan *(El Mercurio,* 3 de julio), Herminia Racagni en Rio *(El Mercurio,* 6 de agosto) Proyecta escribir un libro con el título de *Poemas para los niños de Chile,* una serie de textos que hablen de la flora, fauna y geografía de su país natal Uno de estos poemas — El Cuco"— que evoca su infancia en las tardes de Montegrande, se publica en *La Nación* de Buenos Aires Prepara, también, un estudio acerca del sentido que tendría el género de la Canción de Cuna, en cuanto a cosa que la madre se regala a sí misma y no al niño, que nada puede entender, a menos de *guaguetear,* a grandulones de tres años Lo medular de este ensayo, y a pedido de su editor argentino, se incluirá en la edición segunda de *Ternura,* que se anuncia para el próximo año En Estocolmo, el miembro de la Academia Sueca, Hjalmar Gullberg, estudia la obra de Gabriela Mistral, y la difunde en Suecia

1945 Por su poesía lírica, inspirada por poderosas emociones y que ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano , la Academia Sueca le otorga, en Estocolmo, el Premio Nobel de Literatura El embajador de Suecia en Brasil le comunica oficialmente (15 de noviembre) la honrosa noticia Gabriela Mistral, que tiene 56 años y que permanece en su residencia de Petrópolis, es el primer escritor de América Latina que recibe un Premio Nobel de Literatura, continente que recibe el Premio como suyo también En el barco *Ecuador* que navega con bandera sueca, viaja a la capital del nórdico país De manos de Su Majestad Real, el Rey Gustavo V, de Suecia, recibe (10 de diciembre), en el Palacio de los Conciertos de Estocolmo, el universal galardón En su breve discurso de agradecimiento, Gabriela Mistral se declara una hija de la Democracia chilena , señalando luego que por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América ibera para honrarla en uno de los muchos trabajadores de su cultura El espíritu universalista de Alfred Nobel estaría contento de incluir, en el radio de su obra protectora de la vida cultural, al hemisferio sur del Continente Americano tan poco y tan mal conocido En el Parlamento chileno, el poeta Pablo Neruda, senador de la República, rinde solemne homenaje a la personalidad y obra de su ilustre compatriota Gabriela nos honra ante el mundo por honrar a Chile dentro de sí misma, vive en preocupación de toda su tierra, sin compararla, sin menospreciarla, sino plantándola y fertilizándola con esa mano creadora, poblandola con ese espíritu hoy iluminado por la gloria
La editorial argentina Espasa Calpe publica en Buenos Aires, *Ternura,* con notables variaciones en relación a la primera edición madrileña (1924), y con un estudio — Colofón con cara de excusa — epilogal de la autora

1946 Viajes por Francia, Italia y Gran Bretaña, países que visita oficialmente invitada Huésped del gobierno francés, recibe en Paris la condecoración con grado de

Chevalier de la Légion d'Honneur En Italia, la Universidad de Florencia le otorga el grado académico *Doctor Honoris Causa* El Papa Pío XII la recibe en audiencia especial en la Ciudad del Vaticano En la entrevista conversa con el Pontífice de las culturas y realidades indígenas del Nuevo Mundo
Es nombrada, por el gobierno de Chile, Cónsul en Los Angeles (California) En los Estados Unidos el Consejo Directivo de la Unión Panamericana (Washington) la recibe (mayo) en una sesión extraordinaria en su honor Gabriela Mistral lee su discurso *La faena de nuestra América* Desde la decisión de la Academia Sueca viene ocurriendo en torno mío que las gentes me dan cosas que nunca merecí y ni siquiera soñé Si no tuviese delante de mí el friso tremendo del mundo, parecido al delirio castigador de nuestro padre Dante, yo nada entendería al ver rodar mi nombre de pobre mujer en el cable y las revistas Pero veo y palpo a cada momento el friso infernal de la post guerra que nos mira y habla a todos a la vez con su desafío colérico En Nueva York ofrece una conferencia en el Bernard College Conoce a Doris Dana, que será pronto su amiga y secretaria Al hacerse cargo de su consulado (junio) se radica en Monrovia y en una californiana calle llamada Buena Vista (aunque su propia vista no es de las mejores, 'da para poco y avanzo lo que el topo ciego')
La gloria del Premio Nobel no la deja tranquila Recibe la más variada correspondencia, a lo menos 700 o más cartas de todos los lugares del mundo La Asociación Bibliográfica y Cultural de Cuba le otorga la *Medalla Enrique José Varona,* en la primera distinción a un ciudadano extranjero En París (traducción de Mathilde Pomés y Francis de Miomandre) se edita *Poemes Choisis* También, Gallimard, Cinquième Ed publica *Poèmes* (trad et postface de Roger Caillois)

1947 En Nueva Orleans, ciudad que admira y que había visitado en un viaje anterior, se la declara "Hija de la ciudad' El Mills College, Oakland, California, le otorga el título de *Doctor Honoris Causa* En la Universidad de California (Los Angeles) ofrece un recital de su poesía, centrándose fundamentalmente en su poema 'Beber' (de *Tala),* explicando de manera conversacional sus cuatro sorbos de beber el agua También en la misma Universidad lee su ensayo La aventura de la lengua" "El aprendizaje de un idioma fue siempre una aventura fascinante, el mejor de todos los viajes y el llamado más leve y más penetrante que hacemos a las puertas ajenas, en busca, no de mesa ni lecho, sino de coloquio, de diálogo entrañable'
Se traslada a vivir a Santa Bárbara (junio), casa que ha adquirido con el dinero del Premio Nobel Santa Bárbara es para mí sobre todo, un cierto airecillo que me aligera el corazón, que me lo descansa y suaviza Ando allí sin cansarme a causa de él, ando con otro genio, ando otra Y creo que todo eso es el cierto airecillo del mar" Vive con sosiego y sin vida social alguna Trabaja Escribe 'Algo sobre el pueblo quechua" *(La Nación,* Santiago, 20 de julio), y envía un celebratorio recado para *El Mercurio* de Valparaíso (septiembre), en el aniversario 120 de uno de los periódicos más antiguos del continente

En la ciudad de La Serena (Chile), muere su hermana Emelina la maestra rural que le enseñó a leer y ver el mundo en el valle de Elqui Gabriela Mistral le había dedicado la edición argentina de *Ternura* (1945) A la memoria de mi madre y a mi hermana Emelina También el poema-ronda El corro luminoso

1948 Visita el *High School* de Santa Bárbara (mayo) para dictar su conferencia *Palabras sobre la paz* Es su ultima presencia en California Regresa a México por segunda vez, siendo ministro de Educación el poeta Jaime Torres Bodet, por cuyo conducto la invita oficialmente el presidente Miguel Alemán Permanece, primero, en el Estado de Yucatán (hay dos puntos cardinales son Montegrande y el Mayab '), pero razones de salud la llevan pronto a trasladarse a Veracruz Cumple tareas como Cónsul de Chile, residiendo en Fortín de las Flores, Jalapa, Orizaba y, la mayor de las veces, en el puerto de Veracruz No visita la capital mexicana Recibe visitas de ilustres escritores que vienen de Ciudad de Mexico Palma Guillén (que desde 1922 es su fiel compañera), Daniel Cossío Villegas (a quien le dedica su poema La cajita de Olinalá) y, muchas veces, el mismo Alfonso Reyes En el Estado de Veracruz recorre aldeas campesinas, granjas y campos Se interesa por cultivar algún huerto propio con frutales Ofrece conferencias, reuniones con maestros, inaugura bibliotecas ('las bibliotecas que yo más quiero son las provinciales, porque fui niña de aldeas y en ellas me viví juntas la hambruna y la avidez de libros) El presidente Alemán —"presidente civilizador , como lo llama— le obsequia un terreno de cien hectáreas en Sonora (Yo me crié en el campo, en una quebrada cordillerana Y en la más estrecha tierra que se pueda imaginar se nos da la mejor fruta del país Cuento parece Infimas huertas y todas celadas y mimadas Y viví después suspirando por sosiego para comprarme un pedacito Nunca pude hacerlo, anduve errante, también allá adentro de Chile)

1949 Con la autoridad literaria e intelectual de un Premio Nobel, escribe (enero) al Secretario de la Academia Sueca, Anders Osterling, reiterando su adhesión a la candidatura de Alfonso Reyes para el premio de la Academia Alfonso Reyes es, realmente, varios hombres un clásico americano, un elaborador de cultura y también un conciliador, en prosa y en verso, de las tendencias criollo-futuristas que recorren la América Latina y sólo en él se trasmiten en creación seria y en asimilación verdadera' (La Academia Sueca otorga, sin embargo, el Premio Nobel de Literatura al novelista norteamericano William Faulkner)
En Veracruz, y en presencia de numerosos maestros de las escuelas veracruzanas, lee su estimulante conferencia *El oficio lateral* (que reproduce en Chile la revista *Pro Arte* Santiago, 14 de abril) 'Algunos de ustedes se van a decir ahora '¿Y por qué a Gabriela le importa tanto defendernos del tedio y quiere poner solaz a una profesion cuya índole sera dura y producirá agobio? Yo les respondo que la felicidad, o al menos el animo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños su gozo, y del gozo necesitan ellos tanto como de adoctrinamiento'

Descansa algunos dias (julio) en Jalapa, revisando mi último libro de versos allí hay recuerdos de Chile, que no son adulaciones patriótico económicas, que son memoria limpia y fiel Es eso un poema bastante largo sobre varias re giones chilenas

1950 Se despide otra vez de México y de la tierra veracruzana (soy niño perdido en el Mexico del año 50, me tengo sólo el del 22 ') Regresa a los Estados Unidos En Nueva Orleans el alcalde le hace entrega simbólica de las llaves de la ciudad En la Biblioteca del Congreso (Washington) graba algunos de sus poemas Lee principalmente sus Jugarretas y Cuenta-mundo de su libro *Ternura* Es distinguida con el Premio Anual de la Academia Norteamericana de la Historia Franciscana Galardon que se otorga en Washington a una insigne contribución individual en el campo de la cultura, en cuanto a las relaciones interamericanas Un pergamino ilustrado a mano es entregado a Gabriela Mistral en ceremonia que se efectúa en la Universidad Católica, presidida por el Obispo auxiliar de Washington, el Reverendo Patrick J McCornick, rector de dicha Universidad La poetisa chilena, vestida de negro, con una orquídea prendida al hombro, agradece el homenaje (12 de diciembre) con emocionada alocución Cuando el mundo repentinamente se endurece y se torna en una especie de fiera mitológica en vez de la consumada humanidad que Dios deseara, el genio franciscano, que es sobre todo un genio espiritual, se expande, se hace más sólido y se intensifica como lo hacen las fuerzas cósmicas
Ha sido designada Cónsul de Chile en Nápoles (Italia) A fines de diciembre se embarca en Nueva York rumbo a Génova

1951 Reside en Rapallo, Italia Por su oficina consular me han pasado las gentes más diversas de mi país liberales, conservadores, demócratas, comunistas ' Vive en una casa rodeada de arboles con la presencia cerca del mar Por razones de salud renuncia a un cargo ofrecido por el Fondo de las Naciones Unidas para la Educación y la Infancia (UNICEF) en sus planes de una gira de conferencias por toda America del Sur En Chile, un jurado integrado, entre otros, por el rector de la Universidad de Chile, Juvenal Hernandez, el poeta Juan Guzmán Cruchaga y el escritor y diplómatico Luis Cruz Ocampo, le otorga el Premio Nacional de Literatura, por la trayectoria y prestigio de una obra y por toda una vida dedicada a la creación literaria ' El premio (dotado de 100 mil pesos chilenos) lo destina a crear un fondo de ayuda a los niños desvalidos del valle de Elqui Antes de Gabriela Mistral, otros nueve escritores chilenos (Augusto D Halmar, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Samuel A Lillo, Angel Cruchaga Santa Maria, Pedro Prado, Jose Santos González Vera) habían obtenido el Premio Nacional de Literatura, desde que se creó en 1942

1952 Entre sus tareas consulares y sus residencias de Rapallo y Nápoles, se documenta leyendo libros de geografía y textos de flora y fauna de su país natal

Trabaja poéticamente en la preparación de una obra sobre Chile 'Toda mi vida yo sentiré el remordimiento de no haber caminado Chile zancada a zancada, de poseer en mis sentidos apenas unos rumbos de mi tierra y unos cuantos colores organizados en mi recuerdo, y unos pedazos de carreteras La obra se llamará *Poema de Chile* (yo pienso alguna vez hacerme en un libro el perro de Tobías que condujese a los cegatones propios y extraños por la bien hallada tierra chilena, volverme el lazarillo ganoso que trotase al lado de los indígenas de fervor)
Desde su casa de Nápoles (que tiene un jardincito, a Dios gracias) y con el título de 'Un pastor menos , escribe con recogimiento su artículo sobre el Padre Hurtado, el apostólico sacerdote chileno fallecido por estos días (revista *Mensaje,* Santiago, noviembre) Alguna mano fiel ponga en mí unas cuantas ramas de aromo o de pluma de Silesia sobre la sepultura de este dormido que, tal vez, será un desvelado y un afligido mientras nosotros no paguemos las deudas contraídas con el pueblo chileno, viejo acreedor silencioso y paciente"

1953 En su ya larga carrera consular, es designada ahora Cónsul de Chile en Nueva York Deja Italia con destino a los Estados Unidos El gobierno de Cuba la invita (enero) a participar en los actos de homenaje con motivo del centenario del nacimiento de José Martí (Todo es agradecimiento de Martí, gratitud hacia el escritor que es el maestro americano más ostensible de mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres que la América produjo en una especie de *mea culpa* por la hebra de guías bajísimos que hemos sufrido, que sufrimos y sufriremos todavía) En el Ateneo de La Habana ofrece un recital de su poesía, presentada por la poetisa cubana Dulce María Loynaz
En los Estados Unidos fija su residencia en Roslyn Harbor, Long Island, Nueva York Participa (marzo-abril) como delegada de Chile en la Comisión de las Naciones Unidas La Condición Jurídica y Social de la Mujer Su salud parece afectarse cada vez más problemas de visión, diabetes, corazón malito Continúa escribiendo su Poema sobre Chile, y a menudo recibe visitas en su hospitalaria casa desde Haya de la Torre hasta los exiliados bolivianos y centroamericanos

1954 Conferencia en la Universidad de Nueva Orleans (marzo), y lectura de poemas en la Universidad de Pittsburg (mayo) Viaja a Chile (agosto) invitada por el gobierno y el presidente Carlos Ibáñez del Campo (el mismo que me rebanó mi jubilación el año 29) Llega al puerto de Valparaíso (septiembre) a bordo del *Santa María* después de 16 años de ausencia del país natal Recibe en Santiago una bienvenida apoteósica y deslumbrante Honores oficiales Desde los balcones del Palacio Presidencial —La Moneda— habla al pueblo de Chile (Yo soy una chilena ausente, pero no una ausentista) Se interesa por el destino del país, por la vida de los campesinos, por una reforma agraria que con justicia pueda favorecerlos La Universidad de Chile la recibe solemnemente en su Salón de Honor (La Universidad se honra hoy recibiendo a Gabriela Mistral, una de las encarnaciones más altas y puras de la humanidad americana) y la condecora

con su máxima distinción académica el título de *Doctor Honoris Causa* (que otorga por primera vez) Gabriela Mistral agradece los honores definiéndose como una simple y antigua maestra rural' Pablo Neruda, desde la costa chilena de Isla Negra, escribe un mensaje de saludo "Todos te recibimos con alegría Nadie olvidará tus cantos a los espinos, a las nieves de Chile Eres chilena Perteneces al pueblo Nadie olvidará tus estrofas a los pies descalzos de nuestros niños Nadie ha olvidado tu *palabra maldita* Eres una conmovedora partidaria de la paz Por esas, y por otras razones, te amamos" 50 mil escolares chilenos le rinden homenaje, la escuchan y la aplauden en el Estadio Nacional de Santiago Anuncia su próximo libro De paso por las provincias del sur, y por la mía, me será muy grato conversar con su gente y recoger el material que me falta sobre la flora chilena en un largo poema sobre Chile"
A su regreso a los Estados Unidos (octubre) recibe en Nueva York, junto a otras personalidades del mundo, el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Columbia, que celebra el bicentenario de su fundación En Santiago (diciembre) la Editorial Del Pacífico publica *Lagar,* su cuarto libro de poemas Es la primera vez que una de sus obras se edita originalmente en Chile

1955 Permanece en su residencia de Roslyn Harbor, Long Island Su salud se debilita Corrige las distintas versiones de los poemas últimos que escribe algunos textos rezagados de *Lagar,* otros próximos a su proyecto de *Poema de Chile* 'Ahora, escribiendo estrofas de mi Recado sobre Chile, huelo en el aire frío, atrapo sobre el frescor de la nieve, un aroma que llega roto por los pinares, y en el que reconozco, pobre de mí, las manzanillas que mi madre ataba para sus infusiones" Con ocasión de celebrarse el séptimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos Básicos, es invitada oficialmente a las Naciones Unidas (10 de diciembre), en Nueva York Al recibirla, el Secretario General, Dag Hammarskjold, señala que "las Naciones Unidas no pueden rendir homenaje a ninguna persona, pero como seres humanos podemos rendirle honor aquí en su presencia" El embajador José Maza, representante de Chile en la Asamblea General, lee el texto del Mensaje escrito por Gabriela Mistral 'Yo sería feliz si vuestro noble esfuerzo por obtener los Derechos Humanos fuera adoptado con toda lealtad por todas las naciones del mundo Este triunfo será el mayor entre los alcanzados en nuestra época'

1956 Invitada de honor, asiste al acto de homenaje a Chile organizado por la Asociación Panamericana de Mujeres (Nueva York) Lee (acompañada de Marie-Lise Gazarian Gautier, estudiosa de su obra) los poemas 'País de la ausencia' (cuya última estrofa concluye con el verso "Y en país sin nombre me voy a morir"), de su libro *Tala,* y 'La huella" ('¡Voy corriendo, corriendo, la vieja Tierra!"), de *Lagar* En Washington (abril) participa en una de las sesiones de la Unión Panamericana (organismo antecesor de la Organización de los Estados Americanos, OEA), entregando un mensaje americanista a los países miembros Es su último acto público El gobierno de Chile (octubre) gestiona una pensión especial

por ley Para algunos exámenes médicos es internada (primeros días de noviembre) en el Flower and Fifth Avenue Hospital (Nueva York) Se le descubre un cáncer en el pancreas (' Con los años nos vamos reduciendo a escombro ¡Cuánto temía esto yo cuando era una muchachita elquina que no se cansaba de trepar los peladeros buscando flores y piedras") Recibe la visita del escritor y filósofo francés, el católico Jacques Maritain, que enseña en la Universidad de Princeton (Nueva Jersey) En su residencia de Soruch Sprint Roos Ville, Long Island, Nueva York, redacta su testamento (17 de noviembre), estableciendo en diez cláusulas su última voluntad

1957 Su estado de salud (2 de enero) empeora rápidamente (Estoy con tiempo y obras anuladas ') Internada en el Hempstead General Hospital (Long Island) recibe de un sacerdote católico la extremaución, y la bendición papal Días des pués pierde el conocimiento y cae en agonía Muere la madrugada (4 18 hrs) del 10 de enero, mientras la ciudad se cubre de nieve (Baja en la nieve tu mortaja inmensamente / y la tremenda albura cayó sobre tu faz") Tenía 67 años *Trun fo,* fue su última palabra

La misma mañana, la Asamblea General de las Naciones Unidas, que debate los recientes sucesos de Hungría, interrumpe su sesión para rendir homenaje a la mujer cuyas virtudes la señalaron como una de las más valiosas personalidades de nuestro tiempo"

El cardenal Francis Spellman oficia una misa fúnebre en la Catedral de San Patricio, Nueva York (14 de enero) Sus restos mortales son trasladados vía aérea a Chile El gobierno chileno declara duelo oficial de tres días, recibiendo condolencias de todo el mundo Homenajes póstumos en la Universidad de Chile, en cuya Casa Central un país acongojado vela sus restos niños, mujeres y hombres le devuelven su amor con reverencia En sus funerales (21 de enero), el humanista y hombre de Universidad, Luis Oyarzún Peña (1920 1972), que la había recibido académicamente en septiembre de 1954 al otorgársele el Doctorado Honoris Causa, la despide, a nombre de los intelectuales chilenos, en el Cementerio General de Santiago Recuerdo haber visto cómo se le acercaban en los campos, interrumpiendo sus trabajos, con mirada honda y tierna, los hombres que labraban la tierra, esa tierra que misteriosamente era suya, la tierra a que ella vuelve hoy, semilla casi impalpable, para siempre Está con nosotros y estará con nuestros hijos Sus palabras modificaron nuestro idioma y cambiaron el orden de nuestro corazón'

1960 La mañana del 22 de marzo los restos mortales de Gabriela Mistral son trasladados de su provisorio nicho (Mausoleo de la Sociedad de Educación Primaria), en el Cementerio General de Santiago, a su amado pueblo de Montegrande, en el valle de Elqui Cumpliéndose así con su expresa voluntad establecida en la cláusula novena de su testamento Aquí, en el valle de Elqui, había nacido en 1889, y vuelve ahora a descansar como piedra laja vuelta hacia sus cerros tutelares

Mi mayor flaqueza de chilena y de mujer tal vez sea esta busco la familiaridad inmediata, quiero la buena fe, pido, como todos los errantes, la casa tibia en que entrar, pues llevo años de ruta helada y de viento y polvo en el rostro Gracias a cada niño que me dijo, sin mas, *Gabriela*, y a cada maestra que vio su oficio en mis gestos'

BIBLIOGRAFIA

I. OBRAS DE GABRIELA MISTRAL

1 POESIA

Desolación Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1922 248 pp Tiene un retrato a lápiz de G M y el facsímil de su firma Prólogo con el título *Palabras preliminares*

Desolación Santiago, Editorial Nascimento, 1923 355 pp No dice II ed Tiene un retrato fotográfico de G M y el facsímil de su firma Prólogo de la edición norteamericana por el Instituto de las Españas Prólogo de la edición chilena *Al pueblo de México,* de Pedro Prado Colofón Con esta obra se iniciaron los trabajos de los talleres gráficos de la Editorial Nascimento Se concluyó la impresión a los XXI días del mes de mayo del año de MCMXXIII"

Ternura Madrid, Editorial Saturnino Calleja, 1924 105 pp Tiene un subtítulo *Canciones de niños,* y 32 grabados en madera

Ternura Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945 190 pp No dice II ed En cambio, afirma I ed popular Tiene un epílogo *Colofón con cara de excusa,* escrito por G M

Tala. Buenos Aires, Ediciones Sur, 1938 286 pp La dedicatoria dice "A Palma Guillén, y en ella, a la piedad de la mujer mexicana" Colofón Se acabó de imprimir este libro, para la Editorial Sur, a los veintisiete días de abril de mil novecientos treinta y ocho, en la Imprenta López"

Tala 2a ed , Buenos Aires, Editorial Losada, Colección "Poetas de España y América", 1947 187 pp Colofón 7 de abril de 1947

Lagar Santiago, Editorial Del Pacífico S A , 1954 191 pp Colofón Obras Selectas, Volumen VI, *Lagar,* por Gabriela Mistral se terminó de imprimir bajo el sello de la Editorial Del Pacífico S A , el 24 de diciembre de 1954, en las prensas de la misma Editorial '

2 ANTOLOGIAS

Lecturas para mujeres (Destinadas a la enseñanza del lenguaje) México, Secretaría de Educación Pública, 1924 Recopilación en prosa y verso de cien autores, clásicos y modernos Se incluyen 19 textos de la propia autora Prólogo dice Introducción a estas *Lecturas para mujeres",* firma *La Recopiladora* México, 31 de julio de 1923 Se imprimió en Madrid, Imprenta Zoila Ascasíbar, 450 pp

Antología. Santiago, Editorial Zig-Zag, 1941 318 pp Selección de la autora (poesía y prosa) Prólogo de Ismael Edwards Matte

Pequeña Antología Santiago, Talleres de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, 1950 153 pp Selección hecha por Gabriela Mistral Prólogo El mundo poético de

G M" por Luis Oyarzún La presentación dice "Los alumnos de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, expresan su emocionada gratitud a Gabriela Mistral, por esta Edición de su *Pequeña Antología,* en la que figuran bellísimos poemas todavía inéditos de su próximo libro *Lagar,* junto a otros, seleccionados por nuestra gran poetisa'

3 PUBLICACIONES POSTUMAS

Poesías completas Madrid, Aguilar S A de Ediciones, Biblioteca Premios Nobel de Literatura, 1958 836 pp Edición preparada por Margaret Bates Estudio crítico-biografico por Julio Saavedra Molina, y un recuerdo lírico por Dulce María Loynaz

Poema de Chile Barcelona, Editorial Pomaire, 1967 244 pp Tiene una breve presentación —*Al lector*— de Doris Dana También hay una edición de lujo y formato mayor, que suprime el texto de presentación y agrega, en cambio, un retrato de la autora (dibujo de C Dorthiac)

Poema de Chile Santiago, Cochrane Planeta Editores, Colección Literatura Contemporánea Seix Barral, 1985 205 pp Primera Edición en Chile Prólogo y anexo de Jaime Quezada

Ternura Santiago, Editorial Universitaria, 1989 247 pp Primera Edición en Chile Prólogo, notas críticas y referencias de Jaime Quezada Ilustraciones de Roser Bru

Lagar II Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1991 172 pp Presentación de Sergio Villalobos R , Prólogo de Gastón Von Dem Bussche, e Introducción de Pedro Pablo Zegers

4 PROSA Y RECADOS

Recados contando a Chile Santiago, Editorial Del Pacífico, S A , 1957 269 pp Selección, prólogo y notas de Alfonso M Escudero, O S A

Págmas en prosa Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1962 84 pp Selección, estudio preliminar y notas de José Pereira Rodríguez

Motivos de San Francisco Santiago, Editorial Del Pacífico, S A , 1965 149 pp Selección y Prólogo de César Díaz-Muñoz Cormatches Ilustraciones de Eduardo Cristi Anríquez

Materias Santiago, Editorial Universitaria, 1978 412 pp Selección y prólogo de Alfonso Calderón

Gabriela anda por el mundo Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978 392 pp Selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa

Gabriela Mistral piensa en Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978 435 pp Selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa

Gabriela Mistral en el "Repertorio Americano" San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1978 Prólogo, selección y notas de Mario Céspedes

Prosa religiosa de Gabriela Mistral Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978 185 pp Introducción, recopilación y notas de Luis Vargas Saavedra

Croquis mexicano Santiago, Editorial Nascimento, 1979 182 pp Selección y prólogo de Alfonso Calderón

Magisterio y niño Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979 289 pp Selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa

Grandeza de los oficios Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979 226 pp Selección de prosas y prólogo de Roque Esteban Scarpa

Elogio de las cosas de la tierra Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979 136 pp Selección y prólogo de Roque Esteban Scarpa

Remo Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso-Universidad Católica de Valparaíso, 1983 233 pp Recopilación y prólogo de Gastón Von Dem Bussche

5 EPISTOLARIOS

Cartas a Eugenio Labarca (1915-1916) Santiago, *Anales de la Universidad de Chile,* Núm 106 Año CXV, Segundo trimestre de 1957 pp 266-281 Introducción y notas de Raúl Silva Castro

Cartas a Matilde Ladrón de Guevara, en *Gabriela Mistral, rebelde magnífica* Santiago, Imprenta Central de Talleres del Servicio Nacional de Salud, 1957 pp 97-162

Cartas a Juan Ramón Jiménez Ediciones de La Torre, 1961 Nota y prólogo de Julio Rodríguez Luis (Lo cita Jaime Concha en "Bibliografía elemental" de su libro *Gabriela Mistral,* Ediciones Júcar, Madrid, 1987 p 232)

Cartas a Amado Nervo, en *Revista Iberoamericana,* XXXV, Núm 72, 1970 pp 495 508 Estudio de Juan Loveluck

Cartas a Jaime Eyzaguirre, en 'Cartas de Gabriela Mistral", por Luis Vargas Saavedra Santiago, *Revista Mapocho,* Biblioteca Nacional, Núm 23, Primavera, 1970 pp 19-29

Cartas a Isauro Santelices Escalante, en *Mi encuentro con Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Del Pacífico S A , 1972 pp 73-102

Cartas a Roque Esteban Scarpa, en *La desterrada en su patria* Santiago, Editorial Nascimento, 1977 Tomo II pp 333-375

Cartas a Pedro Aguirre Cerda Santiago, Revista *Mapocho,* Núm 24, Biblioteca Nacional, 1977 pp 174-210

Cartas a Manuel Magallanes Moure, en *Cartas de amor de Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978 pp 97-197 Introducción, recopilación y notas de Sergio Fernández Larraín

Cartas a Joaquín García Monge, en *Gabriela Mistral y Joaquín García Monge una correspondencia inédita* Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989 pp 79-144 Introducción y relación epistolar de Magda Arce

Cartas a Eduardo Frei Montalva, en *Memorias (de Eduardo Frei M) 1911 1934, Correspondencias con Gabriela Mistral y Jacques Maritain* Santiago, Editorial Planeta, 1989 pp 129-155

Cartas a Eduardo Barrios, en *Epistolario de Gabriela Mistral y Eduardo Barrios,* de Luis Vargas Saavedra Santiago, Centro de Estudios de Literatura Chilena, Universidad Católica, 1989 pp 7 101

Cartas a Alfonso Reyes, en *Tan de Usted, Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes,* de Luis Vargas Saavedra Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile-Ediciones Pedagógicas Chilenas, S A , 1991 pp 33-230

II. OBRAS SOBRE GABRIELA MISTRAL

1 BIOGRAFIAS Y ESTUDIOS RELACIONADOS CON SU VIDA

ALEGRIA Ciro *Gabriela Mistral, íntima* Lima, Editorial Universo S A , 1968

ALVAREZ GÓMEZ Oriel *Jerónimo Godoy V , padre de Gabriela* Copiapó, Chile, s/p i , 1985 20 pp

BAHAMONDE Mario *Gabriela Mistral en Antofagasta Años de forja y valentía* Santiago, Editorial Nascimento, 1980 183 pp

BARRAZA DE ESTAY Isolina *Gabriela Mistral y su sobrino* La Serena, Chile, Editorial del Norte, 1978

CARRIÓN Benjamin *Santa Gabriela Mistral* Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1956

CÉSPEDES Mario (y Garreaud, Lelia) *Gabriela Mistral* San José, Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, de Costa Rica, 1977 230 pp

FIGUEIRA Gastón *De la vida y la obra de Gabriela Mistral* Montevideo, Talleres Gráficos Gaceta Comercial, 1959 72 pp

FIGUEROA, Virgilio *La Divina Gabriela* Santiago, Imprenta El Esfuerzo, 1933 318 pp

GAZARIAN GAUTIER Marie-Lise *Gabriela Mistral, la maestra de Elqui* Buenos Aires, Editorial Crespillo, 1973 147 pp Versión española de Alberto R Cellario

GAMUCIO Alejandro *Gabriela Mistral y el Premio Nobel* Santiago, Editorial Nascimento, 1946 64 pp

IBACACHE Carlos Rene *Presencia de Gabriela Mistral en Chillán* Chillán (Chile), Ediciones Millalen, 1989 22 pp

ILLANES ADARO Graciela *Gabriela Mistral y el valle de Elqui* Santiago, Joaquin Al mendros editor, 1971 96 pp

LADRÓN DE GUEVARA Matilde *Gabriela Mistral, rebelde magnífica* Santiago, Imprenta Central de Talleres del Servicio Nacional de Salud, 1957 186 pp

LAGOS CARMONA Guillermo *Gabriela Mistral en México* México, Secretaria de Educacion Publica, 1945 89 pp

LEIVA BERRIOS René *Gabriela en Saladillo* Saladillo (Chile), Ediciones Alto Aconcagua, 1987 55 pp

MARCHANT LAZCANO Jorge *Gabriela* (espectáculo teatral en dos actos basado en la vida de G M) Santiago, Ediciones Cerro Santa Lucía, 1981 75 pp + paginas con fotografias de la obra

MONSALVE Josué *Gabriela Mistral la errante solitaria* Santiago, Talleres Graficos Lautaro, 1958 112 pp

PETIT Magdalena *Biografía de Gabriela Mistral* Santiago, Editorial La Salle, s/f 23 pp

PINCHEIRA Dolores *Gabriela Mistral guardiana de la vida* Santiago, Ediciones Grupo Fuego de la Poesía, 1979 203 pp

PINILLA Norberto *Biografia de Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Tegualda, 1946 128 pp

RODRÍGUEZ VALDÉS Gladys *Invitación a Gabriela Mistral* México, Fondo de Cultura Económica (Coleccion Tierra Firme), 1990 270 pp

SAAVEDRA MOLINA Julio *Gabriela Mistral su vida y su obra* Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1946 87 pp

SAMATAN Marta Elena *Gabriela Mistral campesina del valle de Elqui* Buenos Aires, Instituto Amigos del Libro Argentino, 1969

SAMATAN Marta Elena *Los días y los años de Gabriela Mistral* México, Editorial José M Cajica JR S A , 1973

SANTELICES ESCALANTE Isauro *Mi encuentro con Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Del Pacífico S A , 1972 106 pp

SCARPA Roque Esteban *La desterrada en su patria* Santiago, Editorial Nascimento, 1977 Tomo I, 358 pp Tomo II, 399 pp

SILVA Lautaro *Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Orbe, 1967 218 pp

SZMULEWICZ Efraín *Gabriela Mistral, biografía emotiva* Santiago, Editorial Atacama, 1958 185 pp

TEITELBOIM Volodia *Gabriela Mistral pública y secreta* Santiago, Ediciones Bat, 1991 323 pp

URZUA María *Gabriela Mistral genio y figura* Santiago, Editorial Del Pacífico, s/f 89 pp

VARGAS SAAVEDRA Luis *El otro suicida de Gabriela Mistral* Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985 129 pp

2 LIBROS Y MONOGRAFIAS

ALEGRIA Fernando *Genio y figura de Gabriela Mistral* Buenos Aires, Ediciones Universitarias de Buenos Aires (Eudeba), 1966 192 pp

ALONE *Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Nascimento, 1946, 109 pp

ARCE DE VASQUEZ Margot *Gabriela Mistral, persona y poesía* San Juan, Puerto Rico, Ediciones Asonante, 1964 196 pp

ARRIGOITIA Luis de *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral* San Juan, Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989 408 pp

BUSSCHE Gastón Von Dem *Visión de una poesía* Santiago, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, 1957 65 pp

CONCHA Jaime *Gabriela Mistral* Madrid, Ediciones Júcar (Colección Los Poetas), 1987 233 pp

DAYDI TOLSON Santiago *El último viaje de Gabriela Mistral* (se refiere a Poema de Chile) Santiago, Editorial Aconcagua, 1989 222 pp

IGLESIAS Augusto *Gabriela Mistral y el modernismo en Chile* Santiago, Editorial Universitaria, 1949 452 pp

MARCHANT Patricio *Sobre árboles y madres* (el árbol como 'madre-arcaica' en la poesía de G M) Santiago, Ediciones del Gato Murr, 1984 153 pp

PIÑONES LIZAMA Julio *Tala, de Gabriela Mistral (Matrimonio de sol y cordillera)* La Serena, Chile, Editorial Rosales Hnos , 1988 28 pp Colección Centenario

QUEZADA Jaime *Gabriela Mistral una vida una enseñanza* Valdivia, Universidad Austral de Chile Fundacion Andes, 1989 19 pp

SANTANDREU Cora *Aspectos del estilo en la poesia de Gabriela Mistral* Santiago, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, 1958 97 pp

SCARPA Roque Esteban *Una mujer nada de tonta* Santiago, Editorial Nascimento, 1978 230 pp

SILVA CASTRO Raúl *Estudios sobre Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Zig Zag, 1935 253 pp

TAYLOR Martin C *Sensibilidad religiosa de Gabriela Mistral* Madrid, Editorial Gredos, 1975

TORRES RIOSECO Arturo *Gabriela Mistral* Valencia, España, Editorial Castelia, 1962

VEHER Cintio *La voz de Gabriela Mistral* Santa Clara, Cuba, Universidad Central de las Villas, 1957

3 ARTICULOS Y CAPITULOS DE VOLUMENES

BIANCHI Soledad 'Descubriendo la prosa de Gabriela Mistral , en *Revista Araucaria* Num 6, Madrid, 1979 pp 9 19

———— Amar es amargo ejercicio (Cartas de amor de Gabriela Mistral), en *Una palabra cómplice* (varias autoras) Santiago, ISIS Internacional Casa de la mujer La Morada, 1990 pp 87 94

———— Enfoques a Gabriela Mistral , en *Poesía Chilena* Ediciones Documentas Ceneca Cesoc, Santiago, 1990 pp 175 200

BLUME Jaime Gabriela Mistral en *Un Prologo y tres autores* Santiago, Ediciones Aconcagua, 1977 pp 139 258

CALDERON Alfonso Entrevista postuma a Gabriela Mistral Prologo a la *Antologia poetica de Gabriela Mistral* Santiago, Editorial Universitaria 1974 pp 10 25

CARRASCO MUÑOZ Iván El mito de Orfeo y el Poema de Chile de Gabriela Mistral , en *Revista Chilena de Literatura,* Nums 9 10 Departamento de Literatura, Universidad de Chile, Santiago, 1977, pp 21 40

———— Dos discursos complementarios las dedicatorias y las notas', *Estudios Filológicos,* Num 14 Facultad de Filosofia y Humanidades, Universidad Austral de Chile, 1979 pp 129 137

———— Intima, de Gabriela Mistral la escritura correctora, en *Estudios Filológicos,* Num 18 Facultad de Filosofia y Humanidades, Universidad Austral de Chile, 1983 pp 35 48

———— ' Un poema de la lectura de Gabriela Mistral" [Se refiere al poema "Mis libros], en *Revista ALPHA,* Núm 5, Departamento de Educación y Ciencias, Instituto Profesional de Osorno, Chile, 1989 pp 91-102

CUNEO, Ana María ' Gabriela Mistral a cuarenta años del Nobel de Literatura", en *Revista Signos,* Volumen XVIII, Primer y segundo semestre, Núm 23, Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje, Universidad Católica de Valparaíso pp 3-12

———— 'Hacia la determinación del Arte poética de Gabriela Mistral", en *Revista Chilena de Literatura,* Núm 26, Departamento de Literatura, Universidad de Chile, noviembre, 1985 pp 19-36

———— Aproximaciones al libro *Lagar* de Gabriela Mistral' , en *Revista Chilena de Literatura,* Núm 32, Departamento de Literatura, Universidad de Chile, noviembre, 1988 pp 45 61

DAYDI TOLSON Santiago 'El yo lírico en *Poema de Chile* de Gabriela Mistral ', en *Revista Chilena de Literatura,* Núm 19, Departamento de Literatura, Universidad de Chile, 1982

FERRERO Mario Gabriela Mistral" en *Premios Nacionales de Literatura* Santiago, Ediciones Ercilla, 1965 Tomo II, pp 83-145

GOIC, Cedomil ' El emblema del amor tirano en Gabriela Mistral' , en *Revista Mapocho,* Núm 24, Santiago, Biblioteca Nacional, 1977 pp 19-26

———— ' 'Cima', de Gabriela Mistral , en *Revista Iberoamericana,* Núms 118-119, 1982 pp 59 72

GONZALEZ VERA José Santos "Gabriela Mistral", en *Algunos* Editorial Nascimento, Santiago, 1959 pp 125 150

GUZMAN Jorge ' Gabriela Mistral Por hambre de su carne' ', en *Diferencias Latinoamericanas,* Santiago, Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1984 pp 11-77

IBAÑEZ LANGLOIS José Miguel "Gabriela Mistral la dolorosa", "Todas íbamos a ser reinas ', ' La Mistral como judía , Dios lo quiere ', en *Poesía Chilena e Hispanoamericana actual* Editorial Nascimento, Santiago, 1975 pp 89-108

LEFEBVRE, Alfredo 'Gabriela Mistral dos poemas ('Balada', Puertas')' , en *Poesía española y chilena* Santiago, Editorial Del Pacífico, 1958 pp 130 147

NAVARRO T , Tomás 'Métrica y ritmo de Gabriela Mistral ', en *Los poetas en sus versos,* Barcelona, Ariel, 1973 pp 291 326

OROZ Rodolfo ' Los números en la poesía de Gabriela Mistral", en *Romanica Europaea et Americana* Bouvier Verlag Herbert Grundmann, Bonn, 1980 pp 402-409

———— "Sobre neologismos en la poesía de Gabriela Mistral", en *Litterae Hispanae et Lusitanae* Max Mueber Verlag, Munchen, s /a

OYARZUN PEÑA, Luis 'Gabriela Mistral en su poesía", en *Temas de la cultura chilena* Santiago, Editorial Universitaria, 1967 pp 40-83

RABANALES, Ambrosio "Tendencias métricas en los sonetos de Gabriela Mistral", en *Homenaje a Dámaso Alonso* Madrid, Editorial Gredos, 1963 Tomo III

RODRIGUEZ FERNANDEZ, Mario "El lenguaje del cuerpo en la poesía de Gabriela Mistral", en *Revista Chilena de Literatura,* Núm 23, Departamento de Literatura, Universidad de Chile, abril, 1984 pp 115-128

SAAVEDRA MOLINA, Julio "Gabriela Mistral su vida y su obra", prólogo a *Poesías Completas de Gabriela Mistral* Madrid, Aguilar (Biblioteca Premios Nobel de Literatura), 1958 pp XV CXI

SCHOPF Federico 'Reconocimiento de Gabriela Mistral', en *Revista Eco,* Núm 248, Bogotá, junio, 1982 pp 152-171

SILVA, Hernán "La unidad poética de *Desolación",* en *Estudios Filológicos,* Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, Núm 4, 1968 pp 152-175 y Núm 5, 1969 pp 170-196

SUBERCASEAUX Bernardo "Gabriela Mistral espiritualismo y canciones de cuna', en *Historia, Literatura y Sociedad* Santiago, Documentas-Céneca-Cesoc, 1991 pp 57-83

URRUTIA BLONDEL, Jorge 'Gabriela Mistral y los músicos chilenos', en *Revista Musical Chilena,* Facultad de Ciencias y Artes Musicales, Universidad de Chile, Núm 9, enero de 1946 pp 11-20

TORRES ALVARADO Rodrigo Gabriela Mistral y la creación musical en Chile', en *Revista Musical Chilena,* Universidad de Chile, Facultad de Artes, Santiago, Núm 171, Año XLIII, enero-junio 1989 pp 42 106

VALDIVIESO, Jaime Gabriela Mistral y Pablo Neruda dos formas de desmitificación del europeísmo chileno, y fundamentos de una auténtica identidad nacional", en *Chile un mito y su ruptura* Ediciones LAR, Santiago, 1987 pp 78-95

VILLEGAS MORALES Juan 'El estado como Mecenas el caso de Gabriela Mistral", en *Estudios sobre poesía chilena* Santiago, Editorial Nascimento, 1980 pp 95-104

WITKER Alejandro "Gabriela Mistral y los artículos sobre Sandino', en revista *Literatura chilena en el exilio* Los Angeles, California, Núm 1, 1977 pp 32-3

4 DISERTACIONES DOCTORALES Y OTRAS TESIS

CAIMANO Emily Mary *'Mysticism" in Gabriela Mistral A Clarification* Ph D St John s University, Nueva York, 1967

CARRASCO MUÑOZ, Iván *Gabriela Mistral la escritura al descubierto* Tesis de Magister, Escuela de Graduados, Universidad Austral de Chile, 1981

CORD, William O *Major themes in the Poetry of Gabriela Mistral,* Washington University, Saint Louis, Miss 1948

GAZARIAN, Marie-Lise *The Prose of Gabriela Mistral An Expression of her Life and Personality,* Ph D Columbia University, 1967

JIMENEZ, Onilda A *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral* Miami, Ediciones Universal, 1982 Paper 303 pp

OELKER LINK, Dieter *La actitud mítica, poético religiosa en las "Historias de loca" de Gabriela Mistral* Universidad de Concepción, Chile, 1966 132 pp

PRESTON, Sister Mary Charles Ann *A Study of Significant Variants in the Poetry of Gabriela Mistral* Washington, The Catholic University of America Press, 1964

5 HOMENAJES Y VOLUMENES COLECTIVOS

Anales de la Universidad de Chile Santiago, Edición de Homenaje a Gabriela Mistral, Núm 106, Año CXV, Segundo Trimestre de 1957 300 pp + material iconográfico Contiene, entre otras, colaboraciones de Alone ("Interpretación de Gabriela Mistral"), Alfonso Reyes (Himno a Gabriela Mistral '), Federico de Onís ("Gabriela Mistral '), José Santos González Vera ("Comienzos de Gabriela Mistral"), Eduardo Barrios ('El primer libro de Gabriela Mistral'), Magda Arce ('Presencia de Gabriela Mistral"), Juan de Luigi (Gabriela Mistral en su primera época"), Hans Rheinfelder ("Gabriela Mistral "), Rafael Heliodoro Valle (Gabriela Mistral en mis recuerdos"), Benjamín Carrión ("Meditación sobre Gabriela Mistral"), Pedro del Alba ("Hispanismo e indigenismo de Gabriela Mistral"), Tomás Lago ("Gabriela el nardo de Las Parábolas"), Enrique Espinoza ("Gabriela Mistral y el espíritu de la Biblia"), Julio Molina Muller ("Naturaleza americana y estilo en Gabriela Mistral") Otras colaboraciones importantes (Luis Oyarzún, Gaston Von dem Bussche, Cora Santandreu, Raúl Silva Castro), han sido citadas en las referencias precedentes

Panamerican Union Gabriela Mistral (1889 1957) Washington, D C , 1958 94 pp Contiene Juan Marín, ' Recuerdo de Gabriela Mistral", Juan Uribe-Echevarría, Gabriela Mistral aspectos de su vida y de su obra ', Rafael Heliodoro Valle, ' Alabanza de Gabriela Mistral", José A Mora, 'Las ideas americanistas de Gabriela Mistral", Norah Albanell y Nancy Mango, "Los escritos de Gabriela Mistral y estudios sobre su obra"

Cuadernos Israelíes. Nueva York, Homenaje a Gabriela Mistral, Volumen IV, Instituto Central de Relaciones Culturales Israel-Iberoamérica, España y Portugal, 1960 90 pp Contiene Hiram Peri, ' Gabriela Mistral", Arturo Capdevila, "Paz, Gabriela Mistral", Berta Singerman, "Recuerdos de Gabriela Mistral", Cecilia Meireles, Um Pouco de Gabriela Mistral", Germán Arciniegas, "Gabriela, la fantástica chilena", José Santos González Vera, ' Gabriela Mistral", Waldo Frank, "Gabriela Mistral ', Alfonso Reyes, "Sobre Gabriela Mistral", Pablo Antonio Cuadra, Ga-

briela Mistral", Gastón Figueira, "La depuración estilística en Gabriela Mistral", Carlos Sabat Ercasty, 'La Gabriela que yo vi"

Orfeo Santiago, Revista de Poesía y teoría poética Edición Extraordinaria en Homenaje a Gabriela Mistral, Núms 23-27, 1967 256 pp + material iconográfico pp I-LXXXVIII Contiene una selección antológica de poesía y prosa de Gabriela Mistral

Gabriela Mistral Xalapa, Veracruz, México Introducción de Mirella Servodidio y Marcelo Coddou, Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana, 1980 153 pp Contiene los trabajos leídos en el Simposio *Una reevaluación de Gabriela Mistral a dos décadas después de su muerte,* celebrado en Barnard College, Nueva York, abril de 1978 Ponencias de Humberto Díaz-Casanueva ('Evocación de Gabriela Mistral"), Peter Earle ('Gabriela Mistral los contextos críticos"), Eliana Rivero ("Para una actualización de Gabriela Mistral conciencia y poesía"), Gastón Von Dem Bussche ('Poesía y lenguaje poético en Gabriela Mistral"), Fernando Alegría ("Aspectos ideológicos de los *Recados* de Gabriela Mistral"), Jaime Concha ("Mi corazón es un cincel profundo"), Jaime Giordano ("Gabriela Mistral o la ronda extraviada"), Martin Taylor ('Mistral y Darío congruencias y divergencias), Margaret T Rudd ('Diálogo Mistral-Neruda"), Juan Loveluck ('Estirpe martiana en la prosa de Gabriela Mistral), Pedro Lastra ('Gabriela Mistral y nosotros"), Emir Rodríguez Monegal ("Lectura de *Tala"),* Cedomil Goic ("Himnos americanos y extravío 'Cordillera', de Gabriela Mistral"), Gonzalo Rojas (Recado del errante')

Acta Literaria Concepción, Publicación anual, Núm 14, Departamento de Español, Facultad de Educación, Humanidades y Arte, Universidad de Concepción, Chile, 1989 198 pp Contiene Seminario *La obra de Gabriela Mistral* Trabajos de Ivette Malverde Disselkoen ("Gabriela Mistral quiere educar mujeres relectura de 'Introducción a estas Lecturas para mujeres'"), Patricia Pinto Villarroel ("La mujer en *Poema de Chile'* entre el decir y el hacer en Gabriela Mistral"), Ana María Cuneo ('El tiempo', de Gabriela Mistral, un poema en proceso constructivo'), Raquel Olea ("Otra lectura de 'La otra "), Jorge Guzmán ('Dos poemas de Gabriela Mistral), Mario Rodríguez Fernández ('Alucinación de *Tala,* otra lectura"), Mauricio Ostria González ("Un ala color fuego y otra color ceniza sobre el dualismo en el discurso poético mistraliano"), Dieter Oelker ('Gabriela Mistral poesía enigmágica/poesía dialéctica"), Jaime Quezada (Gabriela Mistral Algunas referencias a *Ternura"),* Benjamín Rojas Piña ("Literatura infantil en *Desolación* rondas")

Gabriela Mistral Nuevas Visiones Valdivia, Estudios Filológicos, Anejo 13, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, 1989 144 pp Contiene Nicanor Parra, 'Tres antipoemas para la Mistral , Miguel Arteche, 'Seis o siete materias alucinadas", Jaime Quezada, "Dos santos en la obra de Gabriela Mistral, Francisco de Asís y Teresa de Jesús", Ana María Cuneo, "La poética mistraliana', Hugo Montes, 'Afán epistolar de Gabriela , Gastón Von Dem Bussche, "De las tinieblas al llamado del mundo', en Gabriela Mistral", Mauricio Ostria González, 'Sobre el americanismo de Gabriela Mistral", Iván Carrasco Muñoz, "Poesía de la escucha 'Tamborito panameño', de Gabriela Mistral' , Claudia Rodríguez M y Samuel Salamanca C , "Gabriela Mistral una lectura de una lectora', Luis Vargas Saavedra, *"Lagar II* de Gabriela Mistral", Mario Rodríguez Fernández, La mirada y la mano en *Desolación",* Dieter Oelker, "Lectura intertextual de dos poemas de *Tala"*

RNC Revista Nacional de Cultura Caracas/Venezuela, Año LI / Núm 275, Homenaje a Gabriela Mistral en el centenario de su nacimiento, Consejo Nacional de la Cultura, Noviembre/Diciembre 1989 108 pp , y material iconográfico Contiene Alfonso Reyes, 'Himno a Gabriela Mistral ', Jaime Quezada, 'Velo-Velando o una poesía de la vigilia referencias sobre algunos poemas inéditos de Gabriela Mistral", Nelson Osorio T , "Sobre Gabriela Mistral, su prosa y Sandino , Gabriela Mistral, "Primer y segundo 'Recado sobre Teresa de la Parra'", Antonio Skarmeta, "Una vuelta en el aire", Dolores Pincheira, "Algunos aspectos relevantes de la vida y la obra de Gabriela Mistral", Gladys García Riera, Gabriela Mistral y Venezuela algunas fuentes para su estudio", Velia Bosch, ' Gabriela Mistral, una vida en ascenso"

Taller de Letras Santiago, Revista del Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Núm 17, 1989 110 pp Homenaje a Gabriela Mistral (1889-1989) Premio Nobel de Literatura Contiene Maximino Fernández F , "'Cordillera', poema de la recuperación", Iván Carrasco M , "Gabriela Mistral y los poemas de la lectura ', Gastón Von Dem Bussche, ' El gran 'Nocturno de *Desolación"*; Jaime Giordano, *"Locas mujeres* ¿locas?", Alfonso Calderón, 'El Valle de Elqui. una mirada interior' , Manuel Jofré, 'Todas las Gabrielas una Mistral resemantizaciones e hipogramas en la diégesis mistraliana", Benjamín Rojas P , "La significación relevante de Prosa escolar' en *Desolación",* Martín Panero, 'Notas de urgencia sobre Gabriela Mistral", Satoko Tamura, 'Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana desde la perspectiva de la literatura femenina japonesa el caso de Gabriela Mistral", Gabriela Mistral, 'Carta inédita", Magda Arce, ' Interpretación del sueño de Gabriela"

6 COMPENDIOS BIBLIOGRAFICOS

ROSENBAUM Sidonia 'Bibliografía, en Gabriela Mistral", en *Revista Hispánica Moderna,* Nueva York, Año III, Núm 2, 1937 pp 135-40

PINILLA, Norberto *Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral* Santiago, edición de la Universidad de Chile, 1940

ROMO ARREGUI, Josefina ' Bibliografía de Gabriela Mistral", en *Homenaje a Gabriela Mistral,* Madrid, Editorial Blass, 1946

ESCUDERO, Alfonso M *La prosa de Gabriela Mistral* Santiago, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, 1957 60 pp (Contiene 549 fichas)

SILVA CASTRO, Raúl "Producción de Gabriela Mistral de 1912 a 1918" Santiago, *Anales de la Universidad de Chile,* Año CXV, Núm 106, Segundo trimestre de 1957 pp 195-249

ALBANELL Norah y MANGO Nancy Los escritos de Gabriela Mistral y estudios sobre su obra", en *Panamerican Union Gabriela Mistral (1889 1957),* Washington, 1958 pp 49-90 (Contiene 506 fichas)

INDICE

GABRIELA MISTRAL
A TRAVÉS DE SU OBRA, por *Jaime Quezada* IX
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN LXIII

DESOLACION
(1922)

VIDA

El pensador de Rodin 3
La Cruz de Bistolfi 3
Al oído de Cristo 4
Al pueblo Hebreo 5
Viernes Santo 6
Ruth 7
La mujer fuerte 9
La mujer estéril 9
In Memoriam 10
Credo 11
Mis libros 12
El Dios triste 13

LA ESCUELA

La maestra rural 14
La encina 16

DOLOR

El encuentro 17
Amo Amor 18
El amor que calla 19
Extasis 19
Intima 20
Dios lo quiere 22
Desvelada 23
Verguenza 23
Balada 24
Tribulación 24
Nocturno 25
Los sonetos de la muerte 26
Interrogaciones 28
La espera inútil 29
Coplas 30
Ceras eternas 31
El vaso 32
El ruego 32
Poema del hijo 34
Palabras serenas 37

NATURALEZA

Paisajes de la Patagonia 37
I Desolación 37
II Arbol muerto 38
III Tres árboles 39
La Montaña de noche 40
Cima 41
El Ixtlazihuatl 42

PROSA

La oración de la maestra 43
Poemas de las madres 44
Motivos del barro 49

TERNURA
(1924)

CANCIONES DE CUNA

Meciendo 57
Hallazgo 57
Apegado a mí 57
Me tuviste 58
Dormida 59
Arrorró elquino 60
Canción quechua 61
Canción amarga 62
Semilla 63
Sueño grande 64
Arrullo patagón 65
Canción de la muerte 66
Niño mexicano 67

RONDAS

¿En dónde tejemos la ronda? 68
La margarita 69
Dame la mano 69
Tierra chilena 70
Los que no danzan 70
Ronda de la paz 71
Ronda de la ceiba ecuatoriana 72
Todo es ronda 73
El corro luminoso 73
Ronda argentina 74
Ronda cubana 75

LA DESVARIADORA

Que no crezca 76
Encargos 77
Miedo 78
Bendiciones 79
La cajita de Olinalá 82

JUGARRETAS

La pajita 84
La manca 85
La rata 85
El papagayo 86
El pavo real 86

CUENTA-MUNDO

El aire 87
La luz 87
El agua 88
Mariposas 88
Montaña 89
La casa 90
La Tierra 91

CASI ESCOLARES

Piececitos 93
Manitas 93
Echa la simiente 94
Caricia 95
Dulzura 95
Obrerito 96
Doña Primavera 97
El Angel Guardián 98
Himno al árbol 99
El Himno cotidiano 101
Hablando al padre 102
Canción del maizal 104

CUENTOS

La Madre Granada 105
Caperucita Roja 108

TALA
(1938)

MUERTE DE MI MADRE

La fuga 113
Lápida filial 114
Nocturno de la Consumación 115
Nocturno de la derrota 116
Nocturno de los tejedores viejos 117
Nocturno del Descendimiento 119
Locas letanías 120

ALUCINACIÓN

La memoria divina 122
Gestos 123
La copa 123
La medianoche 124
Dos ángeles 125
Historias de loca 125
La muerte-niña 125
La flor del aire 127
El fantasma 130

MATERIAS

Pan 132
Sal 133
Agua 135
El aire 136

AMÉRICA

Dos Himnos 137
I Sol del Trópico 137
II Cordillera 141
El Maíz 145
"Tamborito panameño" 150

SAUDADE

País de la ausencia 152
La extranjera 153
Beber 154
Todas íbamos a ser reinas 155
Cosas 157

LA OLA MUERTA

Ausencia 159
Muro 160
Leñador 161

CRIATURAS

Canción de las muchachas muertas 162
Gracias en el mar 163
Vieja 164

RECADOS

Recado de nacimiento, para Chile 166
Recado para las Antillas 169
Recado a Victoria Ocampo en la Argentina 171

NOTAS de Gabriela Mistral a su libro *Tala* 173

LAGAR
(1954)

GUERRA

Caída de Europa 181
Campeón finlandés 182
La huella 183
Hospital 185

JUGARRETAS

Ayudadores 186
Cajita de pasas 187
Doña Venenos 188
Nacimiento de una casa 189

LUTO

Aniversario 191
El costado desnudo 193
Luto 196
Mesa ofendida 197
Una palabra 199

LOCAS MUJERES

La abandonada 200
La ansiosa 201
La desasida 202
La desvelada 204
La dichosa 205
La fervorosa 207
La fugitiva 209
La que camina 210
Una piadosa 212
La humillada 213
Mujer de prisionero 214

NATURALEZA

Amapola de California 216
Hallazgo del palmar 218
La piedra de Parahibuna 219
Muerte del mar 220
Ocotillo 223
Palmas de Cuba 224
Vertiente 225

NOCTURNOS

Madre mía 227
Canto que amabas 230

OFICIOS

Herramientas 231
Manos de obreros 232

RELIGIOSAS

Almuerzo al sol 234
El regreso 235
Lámpara de Catedral 237
Memoria de la Gracia 239
Procesión india 241

VAGABUNDAJE

Puertas 243
Recado terrestre 245
Patrias 247
Adiós 248
Despedida 249
Ultimo árbol 250

POEMA DE CHILE
(1967)

Hallazgo 255
En tierras blancas de sed 258
Atacama 260
La chinchilla 261
Montañas mías 263
A veces, mama, te digo 264
Animales 265
Valle de Elqui 267
El cuco 269

Huerta 271
El mar 272
Palmas de Ocoa 274
Monte Aconcagua 275
Valle de Chile 278
Jardines 278
Luz de Chile 279
Manzanos 280
Manzanillas 281
Cordillera 283
El maitén 286
Garzas 287
Frutas 287
Chillán 289
A dónde es que tú me llevas 291
Campesinos 293
Reparto de tierra 294
Bío-Bío 295
Araucanos 297
Copihues 299
Araucarias 302
Islas australes 303
Patagonia 304
Despedida 305

POEMAS INEDITOS

La palabra 309
Eva 309
La casa del Señor 311
Ronda de los altos pinares 313
Golondrinas del yodo 314
El Séptimo (Historias de loca) 315
Espíritu Santo 317
Los versos viejos 318
La trocada 319
Soñolienta 320
Versos de álbum 321
Yo no sé cuáles manos 321
¿Sientes allá abajo? 322
Hace sesenta años 323
Poemas del cuerpo humano 323

Salto del Laja 326
Volcán Osorno 327
Lago Llanquihue 329
Cuatro tiempos del Huemul 330

FUENTES MISTRALIANAS PARA LOS POEMAS INÉDITOS 335

PROSA

ELOGIOS, MOTIVOS Y RECADOS

ELOGIOS

Elogio de las materias 341
El fuego 341
Elogio del cristal 342
La ceniza 343
Elogio de la arena 344
Elogio del agua 345
Elogio de las piedras 347
Elogio del aceite 348
Elogio del vino 348
Elogio de la sal 349
La harina 350
Las maderas 351
Elogio de la naturaleza 353
Elogios de la tierra de Chile 354
El paisaje mexicano 361
Elogio de la isla de Puerto Rico 365

MOTIVOS

Motivos de San Francisco 374
Silueta de Sor Juana Inés de la Cruz 389

RECADOS I

Teresa de la Parra (I) 392
Teresa de la Parra (II) 396

Teresa de la Parra (III) 400
Una vida de Rubén Darío 404
Un hombre de México: Alfonso Reyes 409
Recado sobre Pablo Neruda 410

RECADOS II

Fray Bartolomé 414
Bolívar a los 40 años 418
La ambición de Bolívar 420
Sandino (I) 422
Sandino (II) 425
Sandino (III) 428
La lengua de Martí 429

FUENTES MISTRALIANAS
PARA LOS ELOGIOS, MOTIVOS Y RECADOS 442

CRONOLOGÍA
GABRIELA MISTRAL A TRAVÉS DE SU VIDA 447

BIBLIOGRAFÍA 481

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Prólogo Augusto Mijares
Selección, notas y cronología
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel Motivos de Proteo
Prólogo Carlos Real de Azúa
Edición y cronología Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología Juan Loveluck
Variantes
Luis Carlos Herrera Molina, S J

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología
José Miguel Oviedo

8
Teatro Rioplatense
(1886 - 1930)
Prólogo David Viñas
Selección, notas y cronología
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo Angel Rama
Edición Ernesto Mejía Sánchez
Cronología Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli me Tangere
Prólogo Leopoldo Zea
Edición y cronología Márgara Russotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa Grande y Senzala
Prólogo y cronología Darcy Ribeiro
Traducción Benjamín de Garay
y Lucrecia Manduca

12
DOMINGO F SARMIENTO
Facundo
Prólogo Noé Jitrik
Notas y cronología
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres Horas de Lucha
Prólogo y notas Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo Juan Marinello
Selección y notas Hugo Achugar
Cronología Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo Juan Liscano
Notas, variantes, cronología y bibliografía
Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala
El Alhajadito El Señor Presidente)
Introducción Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología
Eduardo Camacho Guizado
y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias
(El Cosmopolita El Regenerador)
Selección y prólogo Benjamín Carrión
Cronología y notas
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación
(1790 1825)
Prólogo José Luis Romero
Selección, notas y cronología
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas Antonio Cándido
Cronología Laura de Campos Vergueiro
Traducción Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología
Carlos M Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos Los Lanzallamas
Prólogo, edición, vocabulario
y cronología Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, compilación, estudios
introductorios, versión de textos
y cronología Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo Angel Rama
Selección, notas, vocabulario
y cronología Jorge B Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo Augusto Roa Bastos
Compilación y notas Miguel A Fernández
Cronología Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815 1898)
Prólogo José Luis Romero
Compilación, notas y cronología
José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Compilación, prólogo, notas
y cronología Margot Arce de Vásquez

33
JOAQUIM M MACHADO DE ASSIS
Cuentos
Prólogo y selección Alfredo Bosi
Cronología Neusa Pinsard Caccese
Traducción Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología
Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
La Utopía de América
Prólogo Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología Angel Rama
y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo Mario Vargas Llosa
Cronología E Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria (1918 1930)
Selección, prólogo y cronología
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo y cronología Cintio Vitier
Selección y notas Cintio Vitier
y Fina García Marruz

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas de América
La Creación de un Continente
Prólogo Luis Alberto Sánchez
Cronología Angel Rama
Traducción Ana María Julliand

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y cronología
Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo Idea Vilariño
Edición, notas y cronología Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del
Modernismo Brasileño (1917 1930)
Compilación y prólogo Aracy Amaral
Cronología José Carlos Serroni
Traducción Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio de Lector
Compilación, prólogo y cronología
Juan Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha El triste fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo Pedro Grases
Cronología Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración (Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología
José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo Roberto Schwarz
Cronología Neusa Pinsard Caccese
Traducción Juan García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo Carlos Fuentes
Cronología Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prologo Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Selección, notas y cronología
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo, notas y cronología
Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida
(Novela, cuento, ensayo, epistolario)
Selección, prólogo y notas
Gilda de Mello e Souza
Cronología Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro
Traducciones Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas
Mercedes de la Garza
Cronología Miguel León-Portilla
Traducciones Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Edición, prólogo, notas y cronología
Enrique Ballón Aguirre

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología Emilio Carilla
Traducción Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva Moral para Intelectuales
Prólogo Manuel Claps
Cronología Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología
Mariano Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea
Allá Lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología Jean Franco
Traducciones Idea Vilariño y Jaime Rest

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias
y Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología
Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología
Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación
(Argentina 1846 1880)
Compilación, prólogo y cronología
Tulio Halperín Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación
de la Realidad Peruana
Prólogo Aníbal Quijano
Notas y cronología Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios,
notas y cronología Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo José Ramón Medina
Cronología Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas
y cronología Charles Minguet
Traducción Marta Traba

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Corónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo, notas
y cronología Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, traducción, notas
y cronología Edmundo Bendezú Aybar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología
Walnice Nogueira Galvao
Traducción Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, selección, prólogo y cronología
José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo José Balza
Cronología Salvador Tenreiro
Bibliografía Horacio Jorge Becco

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas
y cronología Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología.
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo Haroldo de Campos
Cronología David Jackson
Traducciones Santiago Kovadloff,
Héctor Olea y Márgara Russotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo Orlando Araujo
Cronología María Beatriz Medina
Bibliografía Horacio Jorge Becco

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés o la Loma del Angel
Prólogo, notas y cronología Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo
Emir Rodríguez Monegal
Cronología Alberto Oreggioni

89
EUGENIO DE SANTA
CRUZ Y ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas
y cronología Philip L Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De mi Propia Mano
Selección y prólogo
José Luis Salcedo Bastardo
Cronología Inés Mercedes Quintero
Montiel y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
Fundación de la Nacionalidad Panameña
Selección, prólogo y cronología Ricaurte Soler
Bibliografía Juan Antonio Susto
y Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología
Antonio Cándido
Traducción Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas
y cronología Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio crítico
y cronología Velia Bosch
Teresa de la Parra Las voces
de la palabra Julieta Fombona
Bibliografía Horacio Jorge Becco
y Rafael Angel Rivas

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología
Jorge Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social Sociología
Prólogo y cronología
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología
Miguel A Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo J L Salcedo-Bastardo
Cronología Manuel Pérez Vila
y Josefina Rodríguez de Alonso
Bibliografía Horacio Jorge Becco

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología
Guillermo Sucre
Bibliografía Rafael Angel Rivas Dugarte

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo Jaime Mejía Duque
Edición y cronología Kurt L Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las Grandes Elegías y Otros Poemas
Selección, prólogo, notas
y cronología Angel Augier

104
RICARDO GUIRALDES
Don Segundo Sombra Prosas y Poemas
Selección, estudios y cronología
Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V MANSILLA
Una Excursión a los Indios Ranqueles
Prólogo, notas y cronología
Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGUENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo Irving A Leonard
Edición, notas y cronología
William G Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas
y cronología Daniel R Reedy

108-109 110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de las Indias
Edición, prólogo, notas
y cronología André Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas Lope de Aguirre,
Príncipe de la Libertad
Prólogo José Ramón Medina
Cronología y bibliografía Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito
(Período Jesuítico)
Selección, prólogo y cronología
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas
y cronología Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El Lazarillo de Ciegos Caminantes
Introducción, cronología y bibliografía
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y Cuentos
Carta en mano propia Julio Cortázar
Selección, notas, cronología
y bibliografía José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre Héroes y Tumbas
Prólogo A M Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones El Aleph El Informe de Brodie
Prólogo Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
La Crítica de la Cultura en América Latina
Selección y prólogo Saúl Sosnowski
y Tomás Eloy Martínez
Cronología y bibliografía
Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras
Prologo Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra Poética
Selección y prólogo
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía Elí Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el Supremo
Introducción, cronología y bibliografía
Carlos Pacheco

124
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
Novelas y Ensayos
Selección y prólogo
Osvaldo Larrazábal Henríquez
Cronología y bibliografía
Roberto J Lovera De-Sola

125
SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
Visión del Paraíso
Prólogo Francisco de Assis Barbosa
Cronología Arlinda Da Rocha Nogueira
Bibliografía Rosemarie Erika Horch
Traducción del texto de Sergio Buarque
de Holanda Estela Dos Santos
Traducción del prólogo y la cronología
Agustín Martínez

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin Destino y Otros Ensayos
Selección Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo Mario Briceño-Iragorry
Cronología Elvira Macht de Vera
Bibliografía Horacio Jorge Becco

127-128
JOSE RAFAEL POCATERRA
Memorias de un Venezolano
de la Decadencia
Prólogo y cronología
Jesús Sanoja Hernández
Bibliografía Roberto Lovera De-Sola

129
FRANCISCO BILBAO
El Evangelio Americano
Selección, prólogo y bibliografía
Alejandro Witker
Cronología Leopoldo Benavides

130
JUAN MARINELLO
Obras Martianas
Selección y prólogo Ramón Losada Aldana
Cronología y bibliografía
Trinidad Pérez y Pedro Simón

131
HUMBERTO DIAZ CASANUEVA
Obra Poética
Prólogo, cronología y bibliografía
Ana María del Re

132
Manifiestos, Proclamas y Polémicas de la
Vanguardia Literaria Hispanoamericana
Edición, selección, prólogo,
notas y bibliografía Nelson Osorio T

133
Pensamiento Político
de la Emancipación Venezolana
Compilación, prólogo y cronología
Pedro Grases
Bibliografía Horacio Jorge Becco

134
AUGUSTO CESAR SANDINO
Pensamiento Político
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Sergio Ramírez

135
LUIS ALBERTO SANCHEZ
La Vida del Siglo
Compilación, prólogo y notas
Hugo García Salvattecci
Cronología y bibliografía
Marlene Polo Miranda

136
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Obra Literaria Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Julio César López

137
Cancionero Rioplatense (1880 1925)
Edición, prólogo, selección, notas,
bibliografía y apéndices
Clara Rey de Guido y Walter Guido

138
Relatos Venezolanos del Siglo XX
Selección, prólogo, notas y bibliografía
Gabriel Jiménez Emán

139
VENTURA GARCIA CALDERON
Obra Literaria Selecta
Prólogo Luis Alberto Sánchez
Cronología y bibliografía
Marlene Polo Miranda

140
Viajeros Hispanoamericanos
Selección, prólogo y bibliografía
Estuardo Núñez

141
VICENTE HUIDOBRO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Luis Navarrete Orta

142
JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía
Hugo Verani

143
SALVADOR GARMENDIA
Los Pequeños Seres Memorias
de Altagracia y Otros Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía
Oscar Rodríguez Ortiz

144
PEDRO GRASES
Escritos Selectos
Presentación Arturo Uslar Pietri
Selección y prólogo Rafael Di Prisco
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

145
PEDRO GOMEZ VALDERRAMA
Más Arriba del Reino
La Otra Raya del Tigre
Prólogo, cronología y bibliografía
Jorge Eliécer Ruiz

146
ANTONIA PALACIOS
Ficciones y Aflicciones
Selección y prólogo
Luis Alberto Crespo
Cronología y bibliografía
Antonio López Ortega

147
JOSE MARIA HEREDIA
Niágara y Otros Textos
(Poesía y Prosa Selectas)
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Angel Augier

148
GABRIEL GARCIA MARQUEZ
El Coronel no Tiene Quien le Escriba
Cien Años de Soledad
Prólogo Agustín Cueva
Cronología y bibliografía Patricia Rubio

149
CARLOS FUENTES
La Muerte de Artemio Cruz - Aura
Prólogo Jean Paul Borel
Cronología y bibliografía Wilfrido H Corral

150
SIMON RODRIGUEZ
Sociedades Americanas
Prólogo Juan David García Bacca
Edición y notas Oscar Rodríguez Ortiz
Cronología Fabio Morales
Bibliografía Roberto J Lovera De-Sola

151
GUILLERMO CABRERA INFANTE
Tres Tristes Tigres
Prólogo y cronología
Guillermo Cabrera Infante
Bibliografía Patricia Rubio

152
GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA
Obra Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Mary Cruz

153
ISAAC J PARDO
Fuegos Bajo el Agua
Prólogo Juan David García Bacca
Cronología Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía Horacio Jorge Becco

154
Poesía Colonial Hispanoamericana
Selección, prólogo y bibliografía
Horacio Jorge Becco

155
El Anarquismo en América Latina
Selección y notas Carlos M Rama
y Angel J Cappelletti
Prólogo y cronología Angel J Cappelletti

156
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
Diferencias y Semejanzas
entre los Países de la América Latina
Prólogo Liliana Weinberg de Magis
Cronología y bibliografía
Horacio Jorge Becco

157
JOSE DONOSO
El Lugar sin Límites El Obsceno
Pájaro de la Noche
Prólogo, cronología
y bibliografía Hugo Achugar

158
GERMAN ARCINIEGAS
América, Tierra Firme y Otros Ensayos
Prólogo Pedro Gómez Valderrama
Cronología y bibliografía
Juan Gustavo Cobo Borda

159
MARIO VARGAS LLOSA
La Guerra del Fin del Mundo
Prólogo y bibliografía José Miguel Oviedo
Cronología José Miguel Oviedo
y María del Carmen Ghezzi

160
LEOPOLDO ZEA
La Filosofía como Compromiso de Liberación
Prólogo Arturo Ardao
Selección, cronología y bibliografía
Liliana Weinberg de Magis y Mario Magallón

161
ELISEO DIEGO
Poesía y Prosa Selectas
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Aramís Quintero

162
ANTONIO CANDIDO
Crítica Radical
Selección, notas, cronología
y bibliografía Márgara Russotto
Prólogo Agustín Martínez

163
ALFONSO REYES
Ultima Tule y Otros Ensayos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Rafael Gutiérrez Girardot

164
LAUREANO VALLENILLA LANZ
Cesarismo Democrático y Otros Textos
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Nikita Harwich Vallenilla

165
MARIANO AZUELA
Los de Abajo La Luciérnaga
y Otros Textos
Selección, prólogo y bibliografía
Arturo Azuela
Cronología Jorge Ruffinelli

166
JUAN LISCANO
Fundaciones, Vencimientos y Contiendas
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Oscar Rodríguez Ortiz

167
JOAQUIM NABUCO
Un Estadista del Imperio y Otros Textos
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Francisco Iglesias

168
JULIO ORTEGA
Una Poética del Cambio
Prólogo José Lezama Lima
Cronología y bibliografía Lourdes Blanco

169
ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Edmundo Ribadeneira M

170
ESTEBAN ECHEVERRIA
Obras Escogidas
Selección, prólogo, notas, cronología
y bibliografía Beatriz Sarlo
y Carlos Altamirano

171
JORGE AMADO
Cacao Gabriela, Clavo y Canela
Prólogo, cronología
y bibliografía José Paulo Paes
Traducción Estela Dos Santos
y Haydée Jofre Barroso

172
PABLO ANTONIO CUADRA
Poesía Selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía Jorge Eduardo Arellano

173 174
FRAY PEDRO SIMON
Noticias Historiales de Venezuela
Selección y prólogo Guillermo Morón
Reestablecimiento y notas del texto
Demetrio Ramos Pérez
Cronología y bibliografía
Roberto J Lovera-De Sola

175
JOSE OVIEDO Y BAÑOS
Historia de la Conquista y Población
de la Provincia de Venezuela
Prólogo Tomás Eloy Martínez
y Susana Rotker
Notas Alicia Ríos
Cronología Tomás Eloy Martínez
Bibliografía Tomas Eloy Martínez
y Alicia Ríos

176
Historia Real y Fantástica del Nuevo Mundo
Introducción José Ramón Medina
Prólogo, selección y bibliografía
Horacio Jorge Becco

177
JORGE BASADRE
Perú Problema y Posibilidad
y Otros Ensayos
Selección, prólogo y cronología
David Sobrevilla
Bibliografía Miguel Angel Rodríguez Rea

178
Testimonios, Cartas y Manifiestos Indígenas
(Desde la Conquista hasta
comienzos del siglo XX)
Selección, prólogo, notas, glosario
y bibliografía Martín Lienhard

179
JUAN ANTONIO PEREZ BONALDE
Poesía Selecta
Selección, prólogo, notas y cronología
Argenis Pérez Huggins
Bibliografía Horacio Jorge Becco

180
DARCY RIBEIRO
Las Américas y la Civilización
Prólogo María Elena Rodríguez Ozán
Cronología y bibliografía
Mercio Pereira Gomes
Traducción Renzo Pi Hugarte

181
JOSE VASCONCELOS
Obra Selecta
Estudio preliminar, selección, notas,
cronología y bibliografía
Christopher Domínguez Michael

182
Poesía y Poética del Grupo Orígenes
Selección, prólogo, cronología testimonial
y bibliografía Alfredo Chacón

183
CARACCIOLO PARRA PEREZ
Historia de la Primera
República de Venezuela
Estudio preliminar Cristóbal L Mendoza
Cronología y bibliografía
Rafael Angel Rivas

184
MIGUEL ANTONIO CARO
Obra Selecta
Selección, prólogo, cronología y bibliografía
Carlos Valderrama Andrade

185
La Fundación de Brasil
Testimonios 1500 1700
Prólogo Darcy Ribeiro
Selección de textos Darcy Ribeiro
y Carlos de Araujo Moreira Neto
Notas introductorias
a los textos-testimonios
Carlos de Araujo Moreira Neto
Cronología y revisión
de textos traducidos
Gisela Jacon de A Moreira
Traducciones Aldo Gamboa
y Marcelo Montenegro
Reproducción fotográfica
Luiz Carlos Miguel

186
CLORINDA MATTO DE TURNER
Aves sin Nido
Prólogo Antonio Cornejo Polar
Notas Efraín Kristal y Carlos García Bedoya
Bibliografía y cronología Efraín Kristal

187
LISANDRO OTERO
Pasión de Urbino General a Caballo
Temporada de Angeles
Prólogo Fernando Alegría
Bibliografía y cronología
Tomás Enrique Robaina

188
LEON DE GREIFF
Obra Poética
Selección y prólogo
Cecilia Hernández de Mendoza
Cronología y Bibliografía Hjalmar de Greiff
y Cecilia Hernández de Mendoza

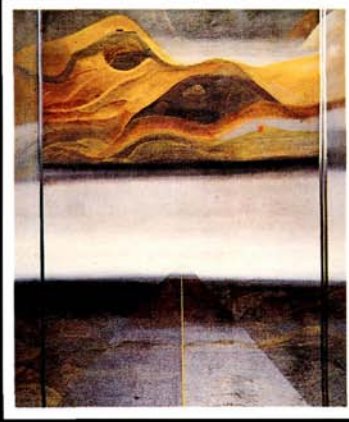
COLOFON

Este volumen, el CLXXXIX de la Biblioteca Ayacucho, se terminó de imprimir en Santiago (Chile), el día 10 de diciembre de 1993 en los talleres de Editorial Antártica S A
La edición consta de 3 000 ejemplares
(1 500 rústicos y 1 500 empastados)

PROXIMOS TITULOS

Juan Bosch
CUENTOS SELECTOS

César Dávila Andrade
POESIA. NARRATIVA. ENSAYO



En la portada: *Camino a Machu Picchu* (1975)
por Nemesio Antúnez (Chile, 1918-1993)
Oleo sobre tela 127x127 cm.
Colección Museo de Bellas Artes, Caracas

GABRIELA MISTRAL

POESIA Y PROSA

Selección, prólogo, cronología y bibliografía

JAIME QUEZADA

"Por mi voz hablan muchas mujeres de clase media y del pueblo", dirá Gabriela Mistral por el año constitucional chileno de 1925. Y en esa frase está resueltamente su identidad social y su visionario compromiso con las realidades contingentes patrias. No sólo autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e hispanoamericana del siglo veinte, sino que a la par también una mujer ciudadana en su tiempo y en su porvenir. Se diría, conciencia viva de una época que resume en sus recados y ensayos el ritmo vital de Chile, la faena de América y la visión del mundo.

JAIME QUEZADA

Pero la cordillera viva que fue siempre Gabriela nos enseñó la piedra fundadora como nadie. Así se lo dijo una vez a Alfonso Reyes, el mexicano de la región más transparente: "Esto de haberse rozado en la infancia con las rocas es algo muy trascendental".

GONZALO ROJAS

BIBLIOTECA AYACUCHO